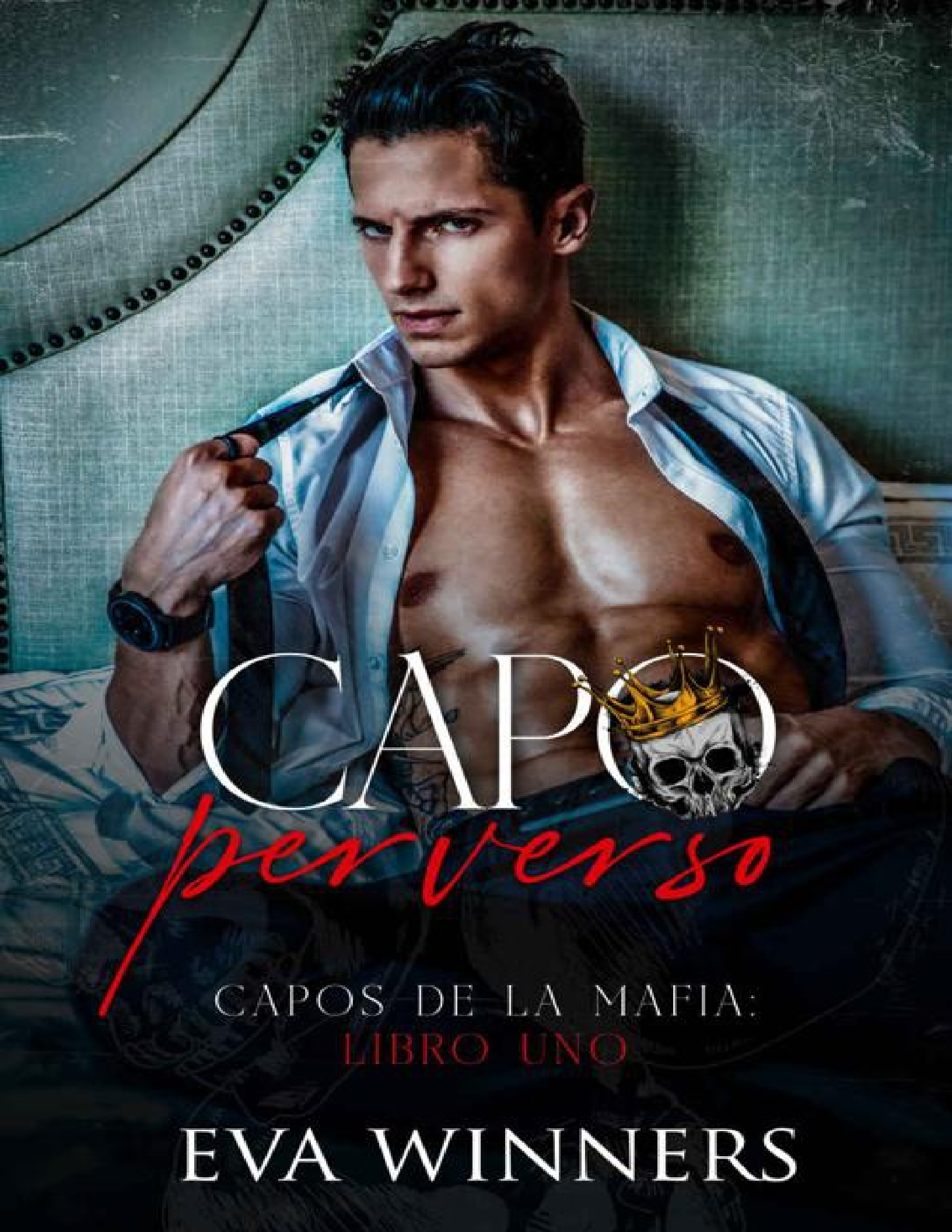

CAPO
perverso
CAPOS DE LA MAFIA:
LIBRO UNO
EVA WINNERS

Capo Perverso

CAPOS DE LA MAFIA: LIBRO UNO

EVA WINNERS

Derechos reservados © 2022 por Winners Publishing, LLC y Eva Winners
Diseñador de imagen de portada: Eve Graphic Design LLC
Fotógrafo: Michelle Lancaster
Modelo: Tyler James
Traducción, edición y corrección al español: Sirena Audiobooks LLC.

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de este libro puede reproducirse de ninguna forma ni por ningún medio electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso escrito de la autora, excepto para el uso de citas breves en una reseña del libro.

Índice

Colección Capos de la Mafia
Playlist
Nota De La Autora

Prólogo
Capítulo Uno
Capítulo Dos
Capítulo Tres
Capítulo Cuatro
Capítulo Cinco
Capítulo Seis
Capítulo Siete
Capítulo Ocho
Capítulo Nueve
Capítulo Diez
Capítulo Once
Capítulo Doce
Capítulo Trece
Capítulo Catorce
Capítulo Quince
Capítulo Dieciséis
Capítulo Diecisiete
Capítulo Dieciocho
Capítulo Diecinueve
Capítulo Veinte
Capítulo Veintiuno
Capítulo Veintidós
Capítulo Veintitrés
Capítulo Veinticuatro
Capítulo Veinticinco
Capítulo Veintiséis
Capítulo Veintisiete
Capítulo Veintiocho
Capítulo Veintinueve
Capítulo Treinta
Capítulo Treinta Y Uno
Capítulo Treinta Y Dos
Capítulo Treinta Y Tres
Capítulo Treinta Y Cuatro
Capítulo Treinta Y Cinco
Capítulo Treinta Y Seis
Capítulo Treinta Y Siete
Capítulo Treinta Y Ocho

Capítulo Treinta Y Nueve
Capítulo Cuarenta
Capítulo Cuarenta Y Uno
Capítulo Cuarenta Y Dos
Capítulo Cuarenta Y Tres
Capítulo Cuarenta Y Cuatro
Capítulo Cuarenta Y Cinco
Capítulo Cuarenta Y Seis
Capítulo Cuarenta Y Siete
Capítulo Cuarenta Y Ocho
Capítulo Cuarenta Y Nueve
Capítulo Cincuenta
Capítulo Cincuenta Y Uno
Capítulo Cincuenta Y Dos
Capítulo Cincuenta Y Tres
Capítulo Cincuenta Y Cuatro
Capítulo Cincuenta Y Cinco
Capítulo Cincuenta Y Seis
Capítulo Cincuenta Y Siete
Capítulo Cincuenta Y Ocho
Capítulo Cincuenta Y Nueve
Capítulo Sesenta
Capítulo Sesenta Y Uno
Capítulo Sesenta Y Dos
Capítulo Sesenta Y Tres
Capítulo Sesenta Y Cuatro
Capítulo Sesenta Y Cinco
Capítulo Sesenta Y Seis
Capítulo Sesenta Y Siete
Capítulo Sesenta Y Ocho
Capítulo Sesenta Y Nueve
Capítulo Setenta
Capítulo Setenta Y Uno
Capítulo Setenta Y Dos
Capítulo Setenta Y Tres
Epílogo

Agradecimientos
Conecta Conmigo

A mis hijas: las amo siempre y para siempre.
A mis lectores: GRACIAS por leer mis creaciones y por todos sus maravillosos mensajes.
A mis Happy Hour Ladies: ¡lo que pasa en la hora feliz, se queda en la hora feliz!

Colección Capos de la Mafia

Cada libro de esta serie puede leerse como tomo único.
La cual está relacionada con los personajes de la serie de Bellas & Mafioso y Placer Corrompido. Ciertos acontecimientos de este libro hacen referencia a libros anteriores.

Playlist

SI QUIERES escuchar el *soundtrack* con canciones que aparecen en este libro, así como canciones que me inspiraron, aquí tienes el enlace:

https://open.spotify.com/playlist/2pS7DbRok206rj1qwrXXI2?si=Rzvog3ggTBmj-gZP8jfqaw

Nota De La Autora

Este libro contiene escenas perturbadoras y lenguaje para adultos. Toca temas oscuros y puede resultar ofensivo para algunos lectores.
Por favor, procede con precaución.

Prólogo

BASILIO



La crueldad corría por mis venas.

Formaba parte de mí. Igual que la sangre, el oxígeno y lo ilícito. Eso éramos los DiLustro. La gente se cagaba en los pantalones cuando me veían.

Sin embargo, la chica de los rizos dorados ni siquiera pestañeó. Cayó literalmente por el balcón y directa a mis brazos, y puso mi vida patas arriba. Puso mi mundo de cabeza, y por primera vez en mi vida, no todo era sangre y dinero.

Se trataba de una mujer. *Mi mujer.*

Nunca me había sentido tan feliz. Tan bien, y fue gracias a ella. Wynter Star. Y al igual que su nombre, se había convertido en mi estrella. Mi luz guía en la oscuridad de mi infierno.

Las últimas semanas habían sido sin duda los mejores días de toda mi vida. Y ahora que me había jurado amor y lealtad, sabía que nuestro futuro sería feliz. Juntos.

Y todo gracias a ella. Mi ángel de rizos dorados y grandes ojos que brillaban como piedras preciosas cuando me miraba. Solo a mí.

Había visto y hecho muchas cosas jodidas, y había acabado con más que algunas miserables vidas como para saber que, cuando encontrabas *esto*, tenías que tomarlo y atesorarlo. Mi única oportunidad de ser feliz.

Ella era la única oportunidad que tenía para poder conservar la humanidad en mi alma. A diferencia de todos los demás en mi mundo, era pura y gentil, daba amor sin querer nada tangible a cambio. Solo a mí.

Tenía poder sobre mí sin intentarlo. No me arriesgaría a perderla.

Ante nadie: primos, familia, mafia rival o cualquier otra persona.

Pondría fin a los planes de robo que tenía con sus amigas. A la mierda. Si esas cuatro tenían problemas de cleptomanía, les montaría tiendas que pudieran robar sin problemas. Tenía dinero de sobra para las próximas veinte vidas.

Metí la mano en el bolsillo, con la cajita de terciopelo quemándome el traje de tres piezas. La acaricié por enésima vez desde que la había recogido.

Me moría de ganas de deslizar una promesa en su dedo. Mientras llevara mi anillo, eso era lo único que me importaba.

Mis labios se curvaron en una sonrisa pensando en cómo la dejé. Desnuda. La sonrisa más suave que jamás había visto en el rostro de una mujer. Su piel enrojecida por lo que acabábamos de hacer. Sus ojos brillando como las más bellas esmeraldas. Y su cabello. Dios mío, sus rizos dorados se esparcían por mis sábanas de satén negro. Era como un ángel capturado en la cama del diablo.

Un ángel dispuesto en la cama del diablo. *Mía.*

Nunca renunciaría a ella. Me importaba un carajo a quién tendría que arruinar o matar. Era mi perfección. Lo mejor era que ella me dejaría porque quería ser mía.

Mis enemigos me llamaban el *Capo Perverso*. Un diablo con traje de tres piezas. Ella me llamaba suyo. Me amaba, tal como era. Y, Dios sabía, que yo la amaba tal como era. Mi más bella perfección.

Doblé la esquina de mi calle y una alerta instantánea me recorrió.

El coche de mi padre estaba aquí.

¿Qué demonios hacía él aquí?

El pavor trepó por mi espina dorsal y mi sexto sentido hizo saltar las alarmas de advertencia. Nunca venía a visitarme. Nunca, maldición. Cada célula de mi ser se puso en alerta y me desabroché la chaqueta para asegurarme de tener fácil acceso a mi pistola.

Entonces empujé la puerta principal para abrirla. *Sangre.*

Huellas de manos ensangrentadas decoraban las paredes del vestíbulo. Manos pequeñas. El sabor del miedo era nuevo. Algo que no había sentido en tanto tiempo que olvidé su sabor amargo en el fondo de la garganta. Como el metal y la pólvora que seguro iban a arrebatarte algo que amabas, más que nada en este mundo.

Se apoderó de mi garganta y me ahogó. Se me nubló la vista y una neblina roja lo cubrió todo.

Como una jodida película sangrienta.

Saqué mi pistola y, a cada paso que daba, mis pies crujían sobre los cristales rotos, rompiendo el ominoso silencio. De esos que traían noticias que te cambiaban para siempre.

«*Qué no sea ella*», recé por primera vez en mi vida. «*Tómalo todo, pero no a ella*».

Escuché voces de hombres en voz baja, gruñidos, y enrosqué el silenciador en la boca del cañón, sin detener mis pasos. Cada segundo contaba en ese momento. Doblé la esquina de mi sala.

Entonces lo vi.

Mi padre, sangrando como un cerdo en medio de mi sala. Dos disparos en su pierna derecha. Un trozo de cristal clavado en su cuello, y el lado derecho de su cara cortada. Angelo, su *hacker* y mano derecha, le curaba las heridas.

Sus miradas se dirigieron hacia mí. Una cautelosa y la otra furiosa. La última pertenecía a mi padre.

—¿Dónde está? —pregunté, con la voz vibrando de rabia mientras miraba a mi alrededor. El pavor era como una cadena alrededor de mi corazón, apretando cada vez más fuerte—. ¡¿Dónde demonios está?! —bramé, mi voz rebotando en las paredes y devolviendo mi propio eco como respuesta.

Tenía que mantener la calma, de lo contrario la rabia me cegaría y dejaría de pensar racionalmente. No obstante, la adrenalina que corría por mis venas se negaba a hacer caso de la advertencia. Solo le importaba encontrar a mi mujer.

La sala estaba completamente desordenada. Los suelos de madera estaban manchados de sangre y había cristales rotos y muebles volcados esparcidos por toda la habitación.

—Rusos —escupió mi padre, con la sangre brotándole por la comisura de sus labios—. Se la llevaron.

Tenía una fea cortada en el rostro, de la que manaba sangre, además de las heridas de bala. Sin embargo, no lo mataría.

—Nombres —gruñí, arrodillándome para mirar directamente a los ojos de mi padre.

Tuve que tragarme la rabia ardiente hasta que tuviera los hechos para poder recuperar a mi

chica. Quería matarlo por permitir que se la llevaran. Por no dar su vida para protegerla.

La furia se apoderó de mí y la sangre retumbó en mis oídos. Estaba perdiendo el control.

—No los reconocí. —Algo en el tono de su voz me advirtió que estaba mintiendo—. Intentó huir —declaró mi padre—. La maldita chica intentó huir, y ya sabes cómo a los rusos les gusta la persecución.

La neblina de mi visión se oscureció hasta volverse carmesí al imaginarme lo aterrorizada que debía de estar. Las imágenes de cómo el miedo habría inundado sus grandes ojos no dejaban de reproducirse en mi mente. Juraba por Dios que, si esos desgraciados le ponían un solo dedo encima, quemaría sus casas, sus ciudades y mataría a sus familias.

—¿Dónde estaban ustedes? —siseé—. ¿Los guiaste hasta aquí? ¿Cómo es que no te mataron?

La *Bratva* no dejaba sobrevivientes. Así como ninguno de nosotros, los *Capos*, dejábamos testigos. Por una razón.

—Los encontramos cuando se iban —replicó mi padre, escupiendo sangre al suelo. Un diente rebotó en la madera—. Desgraciados. —Maldijo.

Cerré los ojos, respiré hondo y me levanté.

Será mejor que no hayan tocado a mi chica. Ni un maldito mechón de su cabello dorado. Y si alguien la lastimaba, les causaría estragos y a este puto mundo.

Salí furioso de la sala, con la pistola aún en la mano, y subí corriendo las escaleras hasta mi dormitorio. Mientras las subía de tres en tres, mis dedos se clavaron en la barandilla de caoba, los peldaños de mármol resonaban bajo mis pies, y no pude evitar recordar que ella bromeaba sobre eso. La llamaba una lujosa casa de mafiosos.

Joder, se suponía que era el hogar más seguro de este país. Le prometí que estaría segura aquí.

Empujé la puerta entreabierta del dormitorio, sin embargo, era como si aquí arriba no hubiera pasado nada. Aún podía oler su débil aroma floral. Las sábanas estaban arrugadas igual que cuando la dejé. Excepto que ella no estaba entre ellas.

Su maleta estaba en el alféizar de la ventana, donde le gustaba sentarse.

Se la habían llevado.

Mi estrella. Mi luz. Mi vida.

«No te la lleves», recé. *«A cualquiera menos a ella. Tráela de vuelta»*.

Y por primera vez en mi vida, caí de rodillas.

Si no la recuperaba, sería el villano más despiadado del mundo.

No había vida sin ella.

Capítulo Uno

WYNTER



Cuatro meses antes

—Esta es una noche de chicas —protestó Juliette, mirándome enfadada—. Quédate.

Negué con la cabeza. No podía permitirme el lujo de perder el tiempo. En teoría, debería estar en California ahora mismo, entrenando enérgicamente todos los días con Derek. Era campeona de patinaje artístico individual, mas el patinaje en pareja era nuevo para mí. Mi madre había sido una prometedora patinadora artística, no obstante, tener una hija y una lesión de rodilla truncaron su carrera. Había patinado con mi padre, pero sabía muy poco de su vida. Nunca decía nada sobre eso, salvo que confiaba en él sobre el hielo. Supongo que eso era lo único que le importaba.

Para mí era más difícil confiar. Me costó acostumbrarme en confiar en que alguien me atraparía después de lanzarme por los aires. Mi instinto prefería caer de pie en lugar de confiar en que Derek, mi compañero de patinaje, me atraparía. Estaba acostumbrada a depender en mi propia fuerza y confianza para volar por el aire, a saltar y patinar sobre el hielo con velocidad y precisión.

Patinaje artístico. Lo amaba. Para mí era una de esas cosas que me gustaba hacer sola. Pero después de ganar la medalla de oro olímpico en patinaje artístico individual, mamá no dejaba de insistir en que intentara hacer patinaje artístico en pareja. Me resistí durante unos años y finalmente cedí.

No estaba en mi naturaleza ceder ante la gente, no obstante, odiaba ver a mi madre disgustada. Esos fantasmas que acechaban en sus ojos, la forma en que me observaba en el hielo con esa mirada melancólica, pero con su rodilla lastimada apenas podía caminar con un bastón y mucho menos patinar.

Quería hacerla feliz.

—Lo sé, pero necesito aprovechar cada hora que pueda para practicar —expliqué por millonésima vez mientras me ponía mis tenis *Chucks*.

Me puse mis mallas negras, calentadores y un suéter blanco grande que me llegaba a medio muslo. Los inviernos en New York eran brutales. Sí, me llamaba Wynter, pero no había nada que me gustara sobre congelarme el trasero.

El patinaje sobre hielo era diferente. Era ejercicio, mi sangre bombeaba adrenalina y me mantenía a gusto.

—Bueno, oíste a mi padre —respondió Juliette, engreída con su razonamiento. Ella debería saberlo mejor que todas, habíamos hecho muchas cosas a escondidas cuando éramos niñas—. No

podemos vagar por la casa.

En ningún momento detuve mis movimientos. Metí los patines de hielo en la bolsa de lona, donde llevaba un cambio de ropa. Siguió mi teléfono y cerré la cremallera.

Davina, Juliette, Ivy y yo decidimos en el último momento pasar el fin de semana en casa del tío Liam. Éramos amigas desde hace cuatro años y, después de este semestre, nuestra estancia en Yale llegaría a su fin. No podía decidir si estaba feliz o no.

Mi madre era implacable y una entrenadora difícil de complacer. Había conseguido más en patinaje artístico de lo que ella había soñado, pero por alguna razón, no parecía ser suficiente para ella. Sospechaba que no sería suficiente hasta que consiguiera la medalla que intentó conseguir con mi padre. Patinaje artístico olímpico de parejas.

—Esa es la razón por la que voy a salir por el balcón —avisé con calma—. Que alguien me tire la bolsa una vez que baje.

Me miré en el espejo. Llevaba el cabello recogido en una cola alta, apartándolo de la cara. Era un fastidio patinar con el pelo en la cara.

—¿Es prudente? —inquirió Ivy preocupada, parpadeando—. Podrías romperte las piernas.

Agité la mano. Tenía buenos reflejos y piernas fuertes.

Juliette refunfuñaba y se quejaba, llamándome la peor prima del mundo. Olvidaba que era su única prima, así que no había mucha competencia en esa área. Al menos eso sabíamos, ya que al igual que el inexistente conocimiento de mi padre, lo mismo ocurría con la madre de Juliette.

Sacudí las manos para aflojar las articulaciones, inhalé y luego exhalé lentamente.

—Bien, allá vamos —murmuré, abriendo de golpe la gran puerta francesa. Casi esperaba que Quinn, la mano derecha de mi tío, nos gritara desde algún lugar, pero no pasó nada.

Salí al balcón y miré la distancia que me separaba del suelo.

—Maldición, espero no romperme las piernas —dije entre dientes. Era ridículo que tuviera que recurrir a esto. Pero conocía a mi tío. Si decía, quédense en su lugar y manténganse en el segundo piso, nada lo disuadiría.

Pasé la pierna por encima de la barandilla de mármol, probando la hiedra que serpenteaba hacia abajo por la mansión. Esperaba que soportara mi peso. Seguí con la otra pierna y me balanceé en el borde mientras mis manos se agarraban a la hiedra.

—Juro que si me caigo y me rompo el cuello… —refunfuñé mientras buscaba el mejor sitio para encontrar el equilibrio —. Mataré a mi tío y a su visitante.

Quien quiera que fuera su invitado.

Sabía que, si el visitante no había llegado, vendría pronto y el balcón estaba a tres metros de la entrada principal. Tenía que salir de aquí con antelación. Miré hacia abajo, observando el suelo con nostalgia. Tenía que concentrarme en bajar un pie a la vez.

Busqué la rama de hiedra más gruesa y estiré la mano para jalarla. Parecía lo bastante resistente. Moví la pierna, buscando apoyo en otra enredadera enmarañada. Apoyé mi peso en ella y la rama se partió.

—¡Por todos los infiernos! —exclamé, colgando, con las manos agarradas a las ramas con fuerza.

—Esa caída va a doler. —Me puse rígida al oír la voz del hombre y vi por encima del hombro para encontrarme con unos ojos oscuros que me miraban fijamente. Estaba demasiado oscuro para verle la cara.

—Hola —susurré, tratando de actuar con indiferencia—. ¿Cómo estás?

Me ardían los brazos. Mi cuerpo era fuerte, mas la fuerza superior de Derek era mucho mejor que la mía. Al fin y al cabo, él levantaba mi peso por encima de su cabeza, no al revés.

—Parece que estoy mejor que tú —contestó.

Sabelotodo.

Volví a mirar por encima del hombro. Ojalá pudiera verle la cara.

—¿Podrías ayudarme, por favor? —indagué—. Te pagaré. —Ofrecí esperanzada, ya me temblaban los músculos. Tendría que empezar a levantar pesas. Esto era inaceptable.

En mi cabeza repasaba mi mesada. Tío y mamá eran generosos, sin embargo, solía gastarme mucho dinero en mi equipo. Además, nunca cocinábamos, así que gastábamos mucho dinero en restaurantes, fiestas y otras chucherías.

—Quinientos dólares —añadí, gruñendo mientras movía mi peso—. Pero no dejes que me rompa las piernas. Valen mucho.

—Sí, se ven muy bien desde aquí abajo —musitó, el humor coloreando su profunda voz—. No tienen precio.

—Gracias a Dios que llevo pantalones —refunfuñé.

—Qué lástima. —Dios, este tipo era un idiota—. Apuesto a que sería una vista aún mejor.

—Vamos —supliqué—. Te daré lo que sea. Solo atrápame.

Una risita suave.

—De acuerdo, *Principessa* fugitiva. Suéltate y te atraparé. —*¿Principessa?* Lo dijo con acento italiano.

Incapaz de pensar en eso ahora mismo, cerré los ojos un momento, rezando para que el tipo no fuera un idiota y no estuviera bromeando con atraparme.

—¿Lo prometes? —Respiré, con los músculos adoloridos y temblorosos.

—Por mi vida. Prometo atraparte.

Cerré los ojos y me solté.

Capítulo Dos

BASILIO



Su cuerpo menudo y delgado aterrizó en mis brazos, y un ligero aroma a flores llegó a mis fosas nasales mientras sus largos rizos rubios me rozaban la cara. Sorprendentemente, su cuerpo era todo músculos esbeltos. Fuerte y con el trasero más increíble que jamás había visto en una mujer.

Se dio la vuelta y su cuerpo rozó mi traje de tres piezas como si necesitara ver quién acababa de salvar sus preciadas piernas. Tenía unas piernas muy bien formadas, mas fue su cara, con esos ojos verde claro, la que me golpeó justo en el pecho. Un ángel me miraba fijamente con sus largos rizos dorados, brillando como una estrella. Pero no era nada comparado con sus ojos. Eran grandes, almendrados y radiantes. Brillaban como esmeraldas claras con chispas de oro en el fondo.

Pecho contra pecho, cuando nuestros ojos se conectaron, el mundo dejó de girar durante una fracción de un latido. Nos mirábamos y tuve la certeza de que, a partir de ese momento, nada volvería a ser igual.

Sus carnosos labios rojos se curvaron en una sonrisa mientras inclinaba la cabeza.

—Supongo que te debo quinientos dólares —declaró, con los ojos picaros.

Nada de rozarse accidentalmente contra mí. Ninguna mirada coqueta. Solo pura curiosidad mientras esos orbes verdes claro, me estudiaban. Ella era *diferente*.

No podía decidir si me importaba o no. Por primera vez en mi vida, realmente quería que una mujer mostrara interés. No me faltaban mujeres, buscadoras de emociones y niñas mimadas y superficiales, aburridas de sus vidas que querían probar el peligro. Coqueteaban y estaban siempre ansiosas, pero siempre había una mirada de miedo subyacente en sus ojos.

Si eran inteligentes.

Sin embargo, no percibí miedo en esta chica y no pensé que fuera tonta. La inteligencia resplandecía en sus ojos.

—Quédate el dinero —aseguré.

Se rio suavemente y sus ojos brillaron como estrellas en el cielo. Se deslizó suavemente por mi cuerpo y aterrizó sobre sus pies, dando un pequeño paso atrás. Luego inclinó la cabeza hacia atrás y sus ojos siguieron estudiándome.

Era mucho más baja que mi metro ochenta. Casi frágil. Sin embargo, sentí sus músculos de primera mano cuando aterrizó en mis brazos.

—Normalmente discutiría e insistiría en pagarte el dinero prometido —bromeó, con una sonrisa divertida en los labios—. No obstante, este mes gasté demasiado dinero en mi equipo y mi mesada no llega hasta dentro de dos semanas. —Se encogió de hombros—. Intenté convencerla de que me aumentara la mesada. —Se apartó del rostro un rizo rebelde que se le

había escapado de la cola alta y puso los ojos en blanco—. Eso te enseña a administrar el dinero, *Star* —dijo con voz nasal, y deduje que imitaba a su madre.

Levanté una ceja. Esta chica realmente no tenía reparos en hablar conmigo. ¿Y realmente se llamaba *Star*? Sería lo más apropiado.

—Oh, mierda, mi bolsa de lona —agregó, luego se dio la vuelta y volvió a mirar hacia el balcón, pero no había nadie—. Tira mi bolsa. —Su voz era como un murmullo ronco mientras susurraba. Supuse que no quería que la descubrieran. ¿Qué hacía en casa de Liam Brennan? No parecía irlandesa y él no tenía hijas. La idea de que fuera su mujer no me gustaba para nada.

—¿Qué demonios? —escupí y di un paso a la derecha, atrayéndola hacia mí justo a tiempo, para evitar que la golpeara la bolsa que viajaba por el aire.

—Malditas borrachas —siseó Star, mirando hacia el balcón—. ¿Intentan matarnos?

—¿Matarnos? —inquirió una voz, pero no pude ver a nadie en el balcón.

Star gimió suavemente y me puso el dedo en el labio. Supongo que para asegurarse de que no me hiciera notar.

—A mí y a mi fabuloso yo. Nosotros —explicó a quien fuera con quien estuviera hablando. *«Seré su pequeño secreto»*, pensé.

—¿Estás bien, Wyn?

—Sí, estoy bien —confirmó. Me lanzó una mirada, con el dedo aún en mis labios. Luego, como si se hubiera dado cuenta, lo retiró rápidamente y se apartó de mí, con las mejillas ligeramente sonrojadas. Volvió a mirar hacia el balcón—. Déjame adivinar. Juliette está enojada y tiró mi preciosa carga con la esperanza de que me cayera en la cabeza.

Parecía que había bastantes chicas allí arriba.

—No. Ten cuidado. Y mantén el teléfono encendido. —Parecía que a Star no le gustaba que le dijeran lo que tenía que hacer porque volvió a poner los ojos en blanco.

Sus ojos regresaron a mí.

—De todos modos, tengo que irme —indicó, manteniendo la voz baja—. Gracias por atraparme. —Agarró la bolsa del suelo y se la echó al hombro. Por la forma en que lo hizo, me di cuenta de que lo había hecho muchas veces.

Se acomodó un rizo rubio salvaje detrás de la oreja, sonriendo, con aquellos ojos salvia cautivadores. Era impresionantemente hermosa. De hecho, deslumbrante.

—Nos vemos.

Mis ojos se centraron en su bolsa de lona roja, pero lo único que había en ella eran tres letras bordadas en blanco.

W. S. F.

Con una última sonrisa, se dio la vuelta y se alejó a toda prisa. La seguí con mis ojos hasta que su cabeza rubia desapareció de mi vista. Algo me hizo querer ir tras ella para asegurarme de que llegara sana y salva a su destino. Era imposible que perteneciera al bajo mundo. En su rostro no había rastro de cautela o miedo y sonreía con demasiada libertad. Demasiado feliz.

No tardó en rugir el motor de un coche y sonar música a todo volumen por los altavoces.

"Youngblood" de 5 Seconds of Summer.

Era lo suficientemente fuerte como para despertar a los muertos. Sin duda, alertó al dueño de la casa. La puerta principal de la residencia de Brennan se abrió de golpe y Liam estaba parado allí enfurecido. El hombre era de mi estatura, pero tenía el físico de un luchador de MMA.

—DiLustro —reviró, pero sus ojos no estaban puestos en mí. Debía de estar buscando a Star. Cuando volvió a fijarse en mí, se hizo a un lado para dejarme pasar—. ¿A quién has visto? —preguntó, aparentemente despreocupado, aunque con los hombros demasiado tensos.

—Nadie —manifesté con indiferencia—. Aunque puede que tengas a algunos *gangsters* conduciendo por tu barrio con música insoportablemente alta. Y no, no me refiero a mí ni a mis primos.

Eso pareció apaciguarlo.

«¿Quién es ella?», me pregunté. Aunque esa pregunta no importaba en ese momento. La música a todo volumen aumentó en el piso de arriba y, por los sonidos que se oían, era una fiesta bastante salvaje. Liam frunció los labios, molesto.

—¿Fiesta? —cuestioné mientras la puerta se cerraba detrás de mí, dejándome a solas con el jefe de la mafia irlandesa.

—Alquilé el piso de arriba —refunfuñó y enarqué una ceja ante la inesperada respuesta. No es que me importara una mierda. En cambio, mantuve la mirada fija en el hombre que dirigía la mafia Brennan.

Los irlandeses y los italianos llevaban en guerra tanto tiempo. Lo mismo ocurría entre irlandeses y rusos. De hecho, las cosas eran aún peores entre la *Bratva* y los Brennan. El odio era excepcionalmente profundo. Se decía entre la *Bratva* que los rusos culpaban a los Brennan por una princesa perdida de la mafia rusa hacía mucho tiempo. Y recientemente, creían haberla encontrado entre los irlandeses. Quienquiera que fuera, los rusos la querían de vuelta a toda costa.

La relación de los DiLustro con los Brennan no era mucho mejor. Fue hace veintiún años más o menos cuando las cosas empeoraron. Cuando Liam Brennan perdió a su hermana. Se quedó sin familia. Se decía por ahí que los miembros de la familia Brennan en Irlanda se negaban a reconocer a su hijo adoptivo y ya tenían en la mira la posición de Liam. Los rusos seguían atacándolo. No podía permitirse luchar contra nosotros, los rusos y sus propios miembros. Así que tenía una sugerencia para él, una que reforzaría mi posición.

La mía, la de mi hermana y la de mis primos. Definitivamente no la de mi padre.

Mi padre era un desgraciado sádico y algunos días me había planteado meterle una bala en la cabeza. Acabaría con toda esta mierda y gobernaría New York como era debido. Él derramaba demasiada sangre y propagaba muerte innecesaria a su paso. No le importaba torturar a mujeres y niños inocentes. Le encantaba infligir dolor. Se le ponía dura; lo vi de primera mano.

Insistió en que la crueldad y la sangre eran necesarias en nuestras posiciones. No estaba de acuerdo. Sí, se requería mano dura, mas la crueldad y los asesinatos fuera de lugar no lo eran. Desafortunadamente, mi padre fue uno de los hombres que inició el *Sindicato de la Mafia,* a los Capos de la Mafia. La gente lo seguía a pesar de sus métodos bárbaros.

Sin embargo, había ido fortaleciendo mi posición en el Sindicato, mi riqueza ya superaba la de mi padre. Mis primos, *Priest* y Dante, mi hermana, y yo logramos hacer crecer nuestro imperio sin un constante baño de sangre y luchando entre nosotros. Si hubiera una manera de operar dentro de esta ciudad sin una batalla constante, la tomaría. Lograr algún tipo de paz con los irlandeses de mi ciudad era un paso en la dirección correcta.

—Tengo una proposición para ti, Brennan. —Empecé, metiéndome las manos en los bolsillos—. Creo que te hará feliz y espero que ponga fin a este derramamiento de sangre entre nosotros. Mantén a los irlandeses en el Oeste y los italianos en el Este de New York.

Una hora más tarde, el trato estaba hecho. Sabía que Liam Brennan tenía más sentido común que mi propio padre.

Mientras salía de la casa de Brennan, mis ojos recorrieron el gran patio cubierto por la oscuridad.

La princesa de oro no estaba por ninguna parte.

Capítulo Tres

WYNTER



Tres meses después

Estábamos sentadas en mi Jeep en el estacionamiento de *Whole Foods*, en el *Upper West Side* de New York. La capota estaba abajo, soplaba la brisa de mayo y era un respiro bienvenido. Echaba humo por dentro, como llamas lamiéndome la piel. Irónico, dada nuestra situación actual.

Solo queríamos ir por las cosas de Davina mientras Garrett, su ahora exnovio, seguía en el trabajo. Desgraciadamente, Juliette se salió de control e Ivy dejó caer torpemente un cerillo sobre su alfombra empapada de alcohol.

Podría gritarles, pero no serviría de nada. Era tan culpable como ellas.

Apreté la cabeza contra el volante, con el remordimiento y la retrospectiva asolándome. Fue una maldita estupidez. Debería haberlo sabido. Ahora toda la maldita casa del exnovio de Davina se había quemado. Tuvimos suerte de que no ardiera todo el barrio.

El hollín me manchaba la mejilla y la ropa, pero estaba demasiado cansada para seguir limpiándomelo. Parecía que limpiaba una mancha y aparecía otra. Como una maldita plaga. Necesitaba una ducha.

—Dios mío. Dios mío. —La voz de pánico de Davina atravesó y su respiración era agitada —. Iremos a la cárcel.

Dios, si la amenaza de Garrett iba en serio, y me relacionaban con un crimen, mis posibilidades en las Olimpiadas se irían por el inodoro. Decepcionaría a mi madre. Este era su sueño tanto como el mío. A veces parecía que el amor de mi madre solo llegaba cuando yo patinaba. Naturalmente, siempre quise apaciguarla, así que me aseguré de patinar lo mejor posible.

Y esto... Esto lo arruinaría todo. Mi madre estaría decepcionada.

El mensaje de texto de Garrett a Davina se reproducía en mi mente una y otra vez, como un disco rayado.

> Garret: Zorras estúpidas. Sé que fueron ustedes cuatro. Las cámaras estaban encendidas. Quinientos mil dólares. Veinticuatro horas. Tráiganme el dinero mañana a las 10 p.m. O iré a la policía.

Si mi nombre estuviera relacionado con algo así, me prohibirían competir. Todo se iría por el escusado.

—Lo siento —lloriqueó Ivy—. Fue un accidente. Quizá podamos explicarlo.

Era la más torpe de las cuatro. Me golpeé suavemente la cabeza contra el volante, deseando inútilmente poder retroceder en el tiempo.

—¿Explicar qué? —murmuró Juliette, con los ojos muy abiertos por la sorpresa. Supongo que se le había pasado la locura temporal—. Teníamos cerillos y alcohol. Teníamos intención.

De repente, mi prima conocía la ley. Era un poco tarde. Debió haberlo pensado antes de entregar los malditos cerillos a alguien.

—¡*Tú* tenías la intención! —Davina estaba furiosa. Con justa razón—. ¡Solo quería agarrar mis cosas y largarme de allí!

—Davina tiene razón —susurró Juliette, con aire ligeramente derrotado.

—No debería haberlas dejado ir —gruñí, y a continuación solté unas cuantas palabrotas creativas. Oía muchas de mi primo Killian—. No debí haberlas llevado. Debí haber hecho que nos quedáramos en el dormitorio universitario. Deberíamos haber llamado al tío Liam y pedirle que enviara a alguien.

Me enderecé y miré a mis amigas a los ojos. Hicimos esto juntas y saldríamos de ello juntas. Para eso estaban las amigas y la familia, nos manteníamos juntas.

—Quizá deberíamos pedirle ayuda al tío —sugerí, pasándome ambas manos por los rizos. Me temblaban mucho las manos—. Estamos fuera de nuestro elemento aquí.

—¡No! —gritó Juliette, con los ojos desorbitados.

—No —protestó Davina con firmeza—. Ya han hecho bastante. Debería ir a la policía y simplemente decirles que lo hice, decirles que estaba enfadada y perdí el temperamento.

—Maldita sea. ¡No! —replicamos Juliette, Ivy y yo al unísono.

—Además, ese desgraciado dijo que nos tiene a las cuatro grabadas —agregué, tratando de razonar con ella—. No tiene sentido admitir nada con semejantes pruebas.

—Esa pequeña comadreja imbécil —dijo Juliette—. Deberíamos matarlo.

—Sí, añadamos asesinato a los cargos de destrucción de la propiedad e incendio provocado. —Me reí entre dientes. Eso seguro que haría que me expulsaran de las Olimpiadas.

«Solo si me atrapan», susurró mi mente.

Uno de estos días, Juliette molestaría a la persona equivocada y acabaría matándonos. A veces era demasiado imprudente. Y, en serio, ¿matarlo? No éramos asesinas. Diablos, ni siquiera éramos criminales.

El tío Liam y Killian hicieron un buen trabajo manteniéndonos a Juliette y a mí al margen de sus actividades en el bajo mundo. A pesar de no formar parte de la mafia Brennan y de la distancia geográfica del territorio del tío, habíamos escuchado rumores sobre la guerra del tío con los rusos y los DiLustro. No sabíamos las razones. Demonios, tío y Killian podían hacer desaparecer a la gente y nosotras ni siquiera sabíamos cómo entrar en una casa sin ser detectadas. Por supuesto, incendiar la casa de Garrett no estaba en el plan original.

Ugh, ojalá tío y Killian nos hubieran enseñado algunas actividades delictivas, en lugar de tratarnos como cosas frágiles que necesitaban protección. Podríamos haber sabido cómo salir de este lío.

—Pero el video demostrará que ocurrió por accidente —razonó Ivy.

Suponiendo que alguien nos diera tanto crédito, por ser tontas y torpes, seguiríamos siendo culpables de provocar un incendio. Accidental o no.

—Juliette, deberíamos salir de la ciudad —declaré. Buscar refugio en la casa de tío en los Hamptons nos daría tiempo para reagruparnos, y tal vez incluso, para tener una idea de cómo manejar el problema en el que nos habíamos metido—. Vayamos a la casa de playa de tío en los Hamptons.

—¿Quieres irte de vacaciones en este momento? —preguntó Ivy asombrada, sus ojos color avellana se movían entre las chicas y yo.

—Puede que tengas razón —aceptó Juliette pensativa. Las dos compartimos una mirada, y Juliette explicó—: Quizá podamos encontrar algo de valor en la casa de los Hamptons y pagarle a ese idiota. O, como mínimo, pasar desapercibidas hasta que averigüemos cómo salir de este lío.

«El dinero en efectivo sería mejor», pensé en silencio, aunque no había nada divertido en este desastre.

—¿Y si no se detiene en quinientos mil? —cuestionó Davina. Al menos era lista. Lo más probable era que Garrett intentaría chantajearnos de nuevo—. A estas alturas, no me sorprendería que nos chantajeara el resto de nuestras vidas.

—Entonces lo matamos —concluyó Juliette, como si esa fuera una solución normal para cualquier chantajista. Si escuchabas a Killian, efectivamente esa era una solución.

—No nos convirtamos en asesinas todavía —protesté secamente, poniendo los ojos en blanco ante la estúpida sugerencia de mi prima, y arranqué el Jeep para dirigirnos a la casa de la playa.

—Dios, necesito un trago —murmuró Juliette desde el asiento trasero.

—Yo también —coincidió Ivy.

Juliette e Ivy siguieron lanzando ideas mientras ponía el Jeep en marcha y salía del estacionamiento de *Whole Foods*. Las ignoré, no estaba de humor para escuchar sus ideas. La mayoría de ellas nos pondrían tras las rejas antes de recibir nuestros diplomas de Yale University.

Davina se sentó a mi lado, su humor sombrío coincidía con el mío. Sabía que se culpaba, pero la verdad era que todas la habíamos jodido. Todas sabíamos distinguir el bien del mal.

Mi teléfono zumbó y miré el identificador de llamadas. Era tío Liam. Ignoré el mensaje. Había exigido que Juliette o yo lo llamáramos. Ninguna le respondió. Hoy no podía aguantar tanta mierda. Juliette lo había estado ignorando durante meses y no estaba de humor para hacer de moderadora.

Aceleré por las calles mientras mi cerebro trabajaba enérgicamente en las posibilidades. No era un cerebro criminal, sin embargo, debería haber una forma de salir ilesas de esta. Las cuatro.

Matar a Garrett, el ex infiel de Davina, era un no definitivo. Nos metería en más problemas.

Darle dinero era una opción, pero como dijo Davina, no me extrañaría que volviera a chantajearnos. Suponiendo que pudiéramos reunir quinientos mil. Tío Liam era rico, pero eso no significaba que nos daba dinero a montones. Tanto mamá como tío creían que nos forjaría el carácter si Juliette y yo ganábamos nuestro propio dinero.

No es que el producto de sus actividades delictivas fuera dinero ganado con esfuerzo.

Mis dedos apretaron el volante. Odiaba esta sensación de impotencia. Mamá siempre decía que el trabajo duro me llevaría a donde quisiera. Pues bien, había trabajado demasiado desde que tenía uso de razón. Era increíble sobre el hielo y la medalla de oro en patinaje artístico por parejas era lo que deseaba.

El semáforo se puso en rojo y me detuve en un paso peatonal de cuatro vías. Observé las luces, pero en mi cabeza estaba muy lejos. El desconocido de ojos oscuros y cabellera aún más oscura pasó por mi mente. Hacía tres meses que no lo veía, pero me había pasado frecuentemente por la cabeza.

Algo en él despertó mi curiosidad, incluso antes de saber quién era. Cuando volví a hurtadillas después de mi sesión de entrenamiento, escuché a mi tío mencionarle a Quinn *su* visita.

Basilio DiLustro. Capo del Sindicato de New York.

Había oído hablar de los DiLustro, pero la verdad era que no conocía muchos datos concretos sobre ellos. Así que lo busqué. Google estaba lleno de información sobre la familia DiLustro. Se susurraba que los Capos de la Mafia eran una de las familias criminales más peligrosas del mundo. Se especulaba que el Sindicato estaba formado por peces gordos de la *Yakuza*, hasta la *rússkaya máfiya*, y todos los de en medio. Tenían conexiones con las familias más influyentes de Estados Unidos. Leer sobre Gio DiLustro no me interesaba especialmente. En cambio, devoré todo lo que encontré sobre Basilio DiLustro.

Un día, Basilio se convertiría en el Capo del Sindicato de New York. Y era tan letal, si no más, que su padre. Aunque no me pareció tan cruel como el infame Gio DiLustro.

Después de todo, me atrapó cayéndome por el balcón. Fue algo romántico, si realmente lo pensabas. Como un romance tipo *Romeo y Julieta*. Arrugué las cejas. Esos dos tenían una historia de amor trágica.

Quizá debería abstenerme de esa comparación.

En cualquier caso, mi respiración se entrecortó en el momento en que nuestros ojos se encontraron. Sentí como si el mundo dejara de girar por un instante y mi vida cambiara para siempre. Era ridículo, lo sabía. Pero desde entonces no he podido dejar de pensar en él.

Lo busqué. Más de una vez.

A diferencia de mis mejores amigas, yo no perdía el tiempo con chicos. Eran una distracción que no necesitaba. Sin embargo, ese hombre. No era un chico. Basilio DiLustro era un hombre que sabía lo que quería y cómo conseguirlo. Apostaría mis medallas de oro olímpicas y toda mi vida en ello. Un cálido escalofrío recorrió mi espalda cuando me encontré con su profunda mirada, con los ojos marrones más oscuros y las pestañas más largas que jamás había visto en un hombre. Incluso en ese instante, al pensar en él, algo inquietante me revoloteaba en la boca de mi estómago.

La mano de Davina cubrió la mía, que sujetaba el volante, obligándome a concentrarme en el presente.

—Lo siento, Wyn —dijo Davina con voz ronca.

La observé, apartando todos los pensamientos sobre Basilio DiLustro. Sacudí la cabeza con una expresión de disgusto y mis malditos rizos rebotaron con cada movimiento.

—Es tanto culpa mía como tuya. —Sonreí cansada. No me gustaba verla alterada. De las cuatro, Davina se partía el trasero trabajando. Era la mejor de su clase y trabajaba en una cafetería por las mañanas y cerraba los turnos por la noche—. Todo sucedió tan rápido.

Un fuerte claxon sonó detrás de nosotras, sobresaltándonos a todas. Juliette e Ivy saltaron en sus asientos y empezaron a insultar al coche como las neoyorquinas nativas que eran. Negué con la cabeza, miré por el retrovisor y regresé la vista a la carretera.

Fue entonces cuando *lo* vi. Venía en dirección contraria, conduciendo un elegante auto deportivo negro.

Mis ojos se abrieron de par en par e inmediatamente me vino una idea a la cabeza. Basilio DiLustro era la respuesta a todas mis plegarias. Nuestras miradas se cruzaron. Me invadió la misma sensación de aleteo, pero al mismo tiempo de esperanza.

Las puertas de mi Jeep rojo estaban retiradas y ahora me arrepentía. Porque estaba hecha un desastre y a la vista de todos. Tenía marcas de hollín en las piernas y mis ajustados *shorts* blancos ya no eran tan blancos. Mi blusa rosa sin hombros manchada de hollín era transparente y dejaba entrever mi sujetador del mismo color.

Aunque parecía que le gustaba lo que veía. Su atención se sintió como una brisa cálida sobre mi piel desnuda y el ardor subió a mis mejillas. El momento apenas duró un segundo, pero me

parecieron largos minutos. Mi cerebro elaboró furiosamente una idea.

—¿Qué pasa, Wynter? —indagó Davina, con los ojos detrás de mí, siguiendo al hombre que invadía mis sueños y pensamientos desde hacía tres meses.

—T… tengo una idea —musité. Aunque no estaba segura de si era una buena o mala idea.

—¿Qué?

Sin demora, antes de que se alejara demasiado, hice girar el volante. Los neumáticos chirriaron e hice un giro brusco en U en medio de la ciudad, violando múltiples leyes de tránsito. Acelerando, adelanté a dos coches, antes de encontrarnos detrás del McLaren negro.

«Apuesto a que sabría cómo deshacerse de ese vídeo de vigilancia y de cualquier prueba que nos relacionara con la casa de Garrett», pensé para mis adentros. No era un ignorante como nosotras y probablemente disponía de muchos recursos. Todo lo que teníamos era a nosotras mismas. Sí, tío Liam y Killian nunca permitirían que nos hicieran daño, pero de qué servía cuando tenías que depender de otra persona para que te salvara todo el tiempo.

Apreté la palma de la mano contra el claxon.

Honk. Honk. Honk.

—¿Qué haces? —cuestionó Davina, con los ojos muy abiertos.

Honk. Honk. Honk.

El coche se detuvo de repente y frené de golpe para no chocar con su caro vehículo. El tráfico a nuestro alrededor ya tocaban sus bocinas. Mi corazón tamborileaba de anticipación y ansiedad, ignorando todo y a todos. Esta podría ser nuestra salida.

—¿Qué estás haciendo? —Juliette exigió saber.

—Tengo una idea —pronuncié—. Podría haber una manera de borrar la vigilancia.

Todo el mundo sabía que los DiLustro hacían que sucedieran cosas. También los Brennan, pero acudir a mi tío o a Killian no era una opción. Este último lo habría sido si no se hubiera ido del país, mas al parecer estaba persiguiendo sus propios fantasmas. El mensaje que nos envió a Juliette y a mí fue literalmente:

Killian: Volveré. Voy a cazar algunos fantasmas.

Lo que sea que esa mierda significara.

Empecé a sentir que a Juliette y a mí nos ocultaban muchas más cosas que actividades delictivas.

—¿Cómo? —cuestionó Davina.

Salté del Jeep y me pasé los dedos por el cabello, con la esperanza de parecer presentable, aunque probablemente fracasé miserablemente. Estuve tentada de preguntarles qué aspecto tenía, pero sabía que levantaría sospechas, así que opté por no hacerlo.

Mis ojos recorrieron a las tres.

—Solo confíen en mí.

Escuché sus jadeos detrás de mí mientras me acercaba al elegante auto negro, pero las ignoré.

Basilio DiLustro podía sacarnos de este lío. La pregunta era: ¿cuánto nos costaría? O a mí.

Se me humedecían las manos mientras me dirigía a su coche. Actuaba ante millones de personas y, sin embargo, nunca había estado tan nerviosa. Me pasé los dedos por los rizos una vez más y luego los alisé. Esperaba no mancharme la maldita cabeza de hollín.

Cuando llegué al auto, observé que no estaba solo. De su pasajero solo pude ver unas piernas largas y un traje de tres piezas. Basilio también llevaba un traje negro de tres piezas y, bajo el sol del cálido día de mayo, parecía aún más atractivo.

Un escalofrío de reconocimiento recorrió mi espalda cuando nuestros ojos se encontraron.

Algo divertido y peligroso bailaba en la mirada de Basilio, tentándome a caer bajo su oscuro hechizo. Mi corazón se aceleró y sonreí. Aunque no estaba segura de por qué. No había nada feliz en la situación actual ni en hablar con un hombre con la peor reputación de New York.

Me gustaba. Quiero decir, ¿cómo no iba a gustarme con esa preciosa sonrisa y esos ojos oscuros que podían consumirte el alma?

Cabello negro despeinado. Pómulos afilados, mandíbula fuerte. Rostro hermoso en general. Preciosa boca con una sonrisa arrogante. Una expresión melancólica y oscura mientras me observaba. Toda su personalidad gritaba poder despiadado y su atractivo sexual rezumaba a su alrededor. Prácticamente podía saborearlo. Y por primera vez en mi vida, quise dejarme llevar para que este hombre pudiera atraparme.

Me di una bofetada mental. Tenía que ser el efecto de enamoramiento del que siempre hablaban las chicas.

—Hola —saludé, con la voz ligeramente entrecortada.

—Hola de nuevo —pronunció. *«¡Se acuerda de mí!»,* pensé emocionada, para reprenderme mentalmente de inmediato. Ahora no había tiempo para embelesarse.

Aunque cuando sus ojos me recorrieron de pies a cabeza, mis mejillas se sonrojaron al instante.

—*Umm.* —Me balanceé de un pie a otro. Mis nervios estaban un poco alborotados. Nunca había tenido problemas para hablar con chicos, por muy guapos que fueran. Eran demasiado superficiales, demasiado salvajes, o simplemente demasiado exigentes. Y nunca tenía tiempo para nada de eso ni para esas cualidades.

Sin embargo, este... Bueno, era *sexy*. Cualquiera con dos ojos podía verlo. No obstante, era más que eso. La forma en que sus ojos oscuros me observaban, como si ya fuera suya, hizo que mi corazón revoloteara como una mariposa atrapada en un tarro.

—¿Sí? —Una comisura de sus labios se levantó y la diversión brilló en sus ojos. Luego, como si hubiera revelado demasiado, endureció su expresión y se pasó un pulgar por el labio inferior, oscureciendo aún más sus ojos. Esperaba que eso no significara que estaba enfadado conmigo. Todavía no había hecho algo.

Bien, aquí vamos.

Respiré hondo y exhalé.

—Sé quién eres —solté.

Un latido.

—Tienes ventaja, entonces —aseveró, alisándose con una mano la corbata, en un movimiento distraído—. Todo lo que tengo es tu primer nombre. Star. —Fruncí el ceño. No recordaba haberle dicho mi nombre—. Imitaste la voz de tu madre —me recordó.

Ahhh. Sus palabras fueron profundas y suaves, y una extraña sensación de calor recorrió cada centímetro de mí. Pero la forma en que me miraba hizo que mis mejillas se sonrojaran.

—Es justo que me digas quién eres.

Dos latidos.

—Wynter —suspiré. Me encantaba cómo me miraba. Posesivo. Y ni siquiera sabía quién era yo—. Wynter Star —enuncié con voz ronca, dándole solo mi primer y segundo nombre.

Capítulo Cuatro

BASILIO



Wynter Star.

El nombre le quedaba bien. Daba la sensación de ser una princesa de hielo, pero cuando sonreía y sus ojos brillaban, se sentía como un cálido sol en mi piel.

«Mira cómo me estaba poniendo todo poético», me burlé en silencio.

Se colocó un mechón de cabello rebelde detrás de la oreja, con la mano visiblemente temblorosa. Me pregunté si la había asustado. O si le había pasado algo malo. Tenía tizne en la mejilla y algo en la ropa. No obstante, seguía impresionantemente hermosa. Más aún bajo los brillantes rayos del sol. Sus rizos rubios resplandecían como el oro bajo la luz del día, y sus ojos verdes me recordaban los colores del Lago, justo antes de que lo azotara una tormenta.

Una mezcla de verde claro, gris y azul.

—Yo… Mis amigas y yo necesitamos ayuda. —Sus ojos se movieron nerviosos, como si alguien la persiguiera. Algo protector se alzó en mi pecho. Fue inesperado, sorprendente—. Incendiamos una casa.

Dante, mi primo, que iba sentado en el asiento del copiloto, tosió, probablemente ahogando una carcajada.

—¿Eso es todo? —musitó Dante.

Los ojos de Wynter miraron detrás de mí, pero a menos que se agachara, no podría verlo. Y tuve la sensación de que no quería inclinarse hacia delante y enseñarme su escote. Me alegré por ello, porque no quería que tampoco Dante lo viera.

—Fue un accidente —añadió, su tono miserable—. Bueno, algo así. Era prenderle fuego a la casa o cortarle el pene. Ninguna de las dos cosas era ideal, pero al menos así está vivo. —Las palabras salieron volando de su boca como si ya no pudiera contenerlas—. Y ahora nos chantajea con el vídeo de vigilancia donde se prueba que le prendimos fuego a su casa. Aunque en realidad fue un accidente. Las chicas se pusieron demasiado salvajes.

La risita de Dante llenó el coche. Apuesto a que al idiota nunca le había pasado una mierda así en Chicago. Bienvenido a New York, donde *todo* era posible.

Wynter se mordió el labio inferior nerviosamente.

—Mi madre me matará si...

Su voz se entrecortó. Sabía quién era yo, sin embargo, en lugar de tenerme miedo, se lo tenía a su madre y de meterse en problemas. Otro vehículo pasó volando, tocando el claxon como si su vida dependiera de ello.

Tiré de la manija de la puerta y salí a la acera. Que intentaran seguir tocando el claxon conmigo aquí fuera. Si me conocían, y la mayor parte de New York lo hacía, sabrían que iría por ellos.

Wynter no se apartó y el miedo no apareció en sus ojos. De hecho, el alivio se mostró en su rostro, y fue algo nuevo para mí. Me miraba como si fuera su salvador. Y joder, quería serlo.

Aunque, si necesitaba que la salvaran, significaba que no tenía nada con Liam Brennan. De lo contrario, sería él quien la salvaría. Hablando del jefe de la mafia irlandesa, acababa de salir de su oficina, acordando una tregua que nos ayudaría a eliminar las constantes peleas por el territorio. Mañana, yo obtendría la escritura de *The Eastside Club*.

—Dime con qué necesitas ayuda —exigí, llenándome de ella como si fuera mi sol personal.

—¿Hay alguna forma de que puedas...?

No pudo terminar la pregunta, así que lo hice por ella.

—¿Matarlo?

Un grito ahogado salió de sus labios entreabiertos. Y demonios, mi polla se agitó solo con ese pequeño gesto inocente.

—No, no matarlo —aclaró, sus ojos observándome como si fuera un dios—. ¿Tal vez borrar la evidencia?

Se lamió nerviosamente los labios y mis ojos bajaron hasta ellos. Eran tentadores, carnosos y rosados. Seguro que también eran suaves. Nunca había sentido la necesidad instantánea por alguien. ¡Jamás! Pero había algo en ella que me llamaba. ¿Cuántas veces había pensado en este ángel en los últimos tres meses? Más de las que me importaba admitir.

Y ahí estaba. Necesitando un favor mío, y libre para que yo la tomara.

Mis ojos se desviaron hacia su Jeep rojo. La atención de sus amigas estaba puesta en mí. Las dos del asiento trasero parecían algo desaliñadas, con la cara manchada de hollín. Como si hubieran bajado por la chimenea o algo por el estilo. Tenía sentido si habían prendido fuego a la casa de alguien.

Devolví mi atención a la joven rubia que tenía adelante y una sonrisa se elevó en mis labios.

—¿Qué obtengo a cambio? —inquirí.

«La deseo». Y no quiero nada más. Reprimí mi expresión, preocupado por asustarla si leía mis pensamientos.

Sus pálidas mejillas se sonrojaron con un rojo más intenso. Seguía sin tener miedo. Pequeña cosita valiente.

—¿Qué quieres? —preguntó, levantando la barbilla. No dudó en mirarme, aunque tuvo que estirar el cuello. Solo me llegaba hasta el pecho, su complexión era menuda comparada con mi metro ochenta.

Me metí las manos en los bolsillos mientras la estudiaba. Aquel cabello suyo era algo impresionante, como una melena rizada con un halo radiante sobre su cabeza. Si alguna vez hubo una imagen para una *niña de oro*, era ella.

—¡Wyn, aléjate de él! —gritó una de sus amigas, o quizá fueron las tres—. ¡Parece un maldito italiano!

Wynter soltó un suspiro exasperado. Rodó los ojos y les hizo un gesto con la mano, articulando *cállense*. Luego me devolvió su mirada deslumbrante.

—Lo siento —murmuró, alisándose los rizos—. Jules, mi prima, puede ser un poco exagerada. Pero tiene buenas intenciones—. Divagó, con un ligero tono de voz. Incluso era más linda cuando divagaba—. En realidad, se llama Juliette.

Noté una marca de quemadura roja e irritada en su antebrazo derecho y tomé su mano entre las mías, pasando un pulgar por su suave piel. Una leve mueca de dolor cruzó su expresión y saqué un pañuelo.

—Ponte un poco de *aloe vera* ahí cuando llegues a casa —le sugerí, envolviéndole el

antebrazo.

No trató de tirar de su brazo, sus ojos en mí, estudiando cada uno de mis movimientos.

—Lo haré. Ahora dime qué quieres a cambio.

—Tu número de teléfono —anuncié—. Y una cita para ir a cenar.

Por un momento me observó, con expresión cautelosa.

—¿Eso es todo? —indagó desconfiada.

Tenía razón en sospechar. No obstante, yo quería su sumisión, porque *ella* lo quisiera. No como un pago a un favor.

—Sí.

Saqué un bolígrafo del interior de mi traje, con la funda de la pistola al descubierto. Por suerte, estaba demasiado concentrada en mi rostro como para darse cuenta. Se lo entregué.

—Si eso es todo, es todo tuyo —manifestó, ahogando una suave risita al morderse el labio inferior—. Aunque tengo la sensación de que me la estás poniendo demasiado fácil.

Mis labios se elevaron en una sonrisa. Hermosa e inteligente. Me tomó la mano, sus dedos eran pequeños comparados con los míos. Empezó a escribir su número en la palma de mi mano. Hablando de movimientos retro. ¿No solían hacer eso los chicos en la preparatoria? Por suerte, a mí se me daban bien los números, así que memoricé inmediatamente el número de teléfono.

—¿Cuál es la dirección? —cuestioné. La recitó, sin apartar los ojos de mi cara. Si seguía mirándome así, podría sucumbir y besarla ahora mismo—. Te enviaré un mensaje cuando esté hecho —afirmé.

—Gracias. —Me apretó los dedos suavemente y volvió a verme a los ojos. Había algo tranquilizador en su mirada. Mi pulgar rozó su suave piel y me encantó sentirla. Se ruborizó, mas no se apartó.

Esperaba que no era porque le preocupaba que no fuera a hacerle ese favor. Aunque no lo creía. Su sonrisa era demasiado sincera, sus ojos demasiado brillantes, su expresión demasiado suave.

—Bueno, será mejor que me vaya —murmuró suavemente, bajando los ojos hacia mi pulgar que acariciaba su piel. Todavía no había retirado la mano—. No queremos encontrarnos con Garrett por accidente.

De mala gana, la solté y la pérdida fue instantánea. Me golpeó como un tren de carga desbocado.

La vi correr de vuelta a su coche y ponerse al volante, y solo una vez que su Jeep estuvo fuera de mi vista subí a mi auto.

—Realmente quería hablar contigo, *¿eh?* —Dante sonrió satisfecho—. ¿Quién es Wynter Star?

—La chica con la que me voy a casar.

Capítulo Cinco

BASILIO



Al día siguiente, Dante y yo entramos en *The Eastside Club*. El guardia de la entrada no se molestó en preguntarnos nada mientras entrábamos. Todo el mundo sabía a estas alturas que el bar estaba pasando a manos de la familia DiLustro.

Tomé el hecho de que estuviera lleno como una buena señal. Apenas se acercaban las ocho de la noche y el club estaba a reventar. Era uno de los locales más populares del Este de New York.

Eché un vistazo a mi teléfono y comprobé si había mensajes. Angelo, la mano derecha de mi padre, debía confirmar que había borrado todas las pruebas de que Wynter y sus amigas habían incendiado la casa. Estaba repasando toda la vigilancia para asegurarse de que cubría todas las bases y de que nada apuntaba a las chicas. Y *me* enviaría todas las pruebas.

—Nos está esperando, ¿verdad? —preguntó Dante mientras la canción cambiaba a Selena Gomez. Sin darme cuenta, tomé nota de que debía mejorar la música. Ya que sería mi club, me aseguraría de que todo fuera de primera.

—Sí, nos entregará las escrituras del club —comuniqué—. Su plazo vence a medianoche.

Con suerte, no esperaría hasta el último maldito minuto.

Mi teléfono zumbó y le eché un vistazo, esperando que fuera Wynter. Hacía más de tres horas que le había enviado un mensaje para informarle de que la eliminación de las imágenes estaba casi terminado. Era Angelo.

Angelo: Borrado. Tú tienes la única copia.

Pulsé la grabación y vi cómo las mujeres corrían frenéticamente por la casa. La de cabello castaño seguía intentando hacer el fuego más grande, mientras las demás gritaban. Wynter parecía ser la única que intentaba mantener la cabeza fría y tratar de apagarlo.

Satisfecho, guardé el teléfono.

—¿Dónde demonios está, entonces? —reflexionó Dante, mientras sus ojos recorrían la multitud. Brennan estaría aquí, no tenía ninguna duda.

El ritmo retumbaba en el suelo. En la zona principal se oían gritos de júbilo, pero aún no habíamos llegado ahí.

—¿Así que lo hiciste? —cuestionó Dante.

Ambos fuimos criados como hermanos. No teníamos una relación lejana como primos. Su padre dirigía la Mafia de Chicago, igual que el mío dirigía la de New York. Y así como sorprendí a mi padre, también lo hizo Dante. Nuestros viejos podían ser los jefes del Sindicato, sin embargo, nosotros éramos los Capos. Dante, *Priest*, quien dirigía Philadelphia, y yo. Mi hermana

dirigía Las Vegas, pero solo mis primos, mi padre, mi tío y yo sabíamos que era ella quien movía los hilos.

Cada día éramos más poderosos y fuertes que nuestros padres.

—¿Hacer qué? —repliqué distraídamente. Debía mantener mi enfoque. Desde que volví a encontrarme con Wynter, no podía sacarla de mi cabeza.

—¿Hiciste que borraran la vigilancia para la princesa de oro? —Dante rio sombríamente. La diversión cruzó su expresión, aunque sus ojos se clavaron en la multitud que nos rodeaba. Ninguno confiaba en los irlandeses—. Nunca te había visto mirar así a una mujer.

Me encogí de hombros. No significaba nada. Era una mujer despampanante y estaba seguro de que estaba acostumbrada a la atención masculina con su aspecto.

La canción cambió a *Legends Are Made* de Sam Tinnesz y todo el bar se alborotó aún más que hacía unos minutos. El sonido de los vítores y los aullidos se extendió por todo el local mientras los altavoces emitían el ritmo y la letra de la canción.

Aquí era demasiado ruidoso.

—¿El entretenimiento viene con el club? —bromeó Dante—. Veo a tu *principessa* de oro y a un par de alborotadoras más.

Seguí su mirada para encontrar a tres mujeres bailando encima de la barra, sus vestidos juntos haciendo el color de la maldita bandera irlandesa. Y mi *principessa* con el halo dorado bailando encima, seduciendo a todos como una seductora. Wynter Star se movía tan *sexy*, cada balanceo de su cuerpo grácil como si hubiera hecho esto un millón de veces antes.

Los ojos de los hombres la devoraban, ansiosos por un vistazo de su delicada piel. Mis ojos recorrieron su cuerpo en lo que debía de ser el vestido blanco más corto del planeta. Nunca me había quejado de que una mujer llevara tan poco. Esta era la primera vez.

Todos los ojos del bar estaban puestos en ellas.

Una bola ardiente de energía me atravesó y me abrasó las entrañas.

—¿Qué demonios? —gruñí, mirando a todos los hombres. Quería matarlos a todos. Tal vez podría romper una botella de cerveza y usarla como arma. Degollarlos a todos de uno en uno. Aunque probablemente sería más rápido dispararles.

Las tres chicas compartieron una mirada y luego giraron la cabeza en la misma dirección. Dante y yo seguimos su línea de visión y vimos a Liam Brennan que se dirigía hacia ellas con una expresión muy enfadada.

—Supongo que el jefe de los irlandeses no lo aprueba —se mofó Dante, aunque la diversión tiñó su voz.

Ambos observamos cómo Liam le rugía a las mujeres, tratando de abrirse paso entre la multitud salvaje de hombres.

—¡Baja a las malditas mocosas de la barra! —demandó, pero era una cuestión discutible. La multitud ya estaba demasiado enloquecida—. ¿Dónde está la cuarta mujer? —reviró, sus ojos recorriendo la multitud y buscando a quién diablos sabía.

Dante y yo observábamos a las mujeres en el bar. Estaba claro que tramaban algo. La pregunta era qué y por qué estaban haciendo pasar un mal rato a Liam Brennan.

Liam se giró hacia su mano derecha, Quinn, y ladró una orden, aunque tenía la cabeza girada, así que, no pude leer sus labios.

Los ojos de Quinn se volvieron hacia las chicas y asintió, luego se abrió paso entre la multitud. Observé cómo las tres mujeres en la barra compartían una mirada, cambiaban la posición y una de ellas le bajaba la cremallera del vestido a Wynter mientras se balanceaba, quitándose los tacones.

El vestido se deslizó por su cuerpo, dejándola en *boyshorts* y un sujetador blanco que la cubría por completo.

¡Jesucristo!

Los hombres se volvieron locos, pero solo escuchaba zumbidos en mis oídos. La sangre corrió por mi cuerpo y fue directa a mi ingle. Wynter Star tenía el cuerpo más dulce que jamás había visto. Era tan digno de ser el centro de atención. Me llamaba, como una canción a un sinsajo.

Era el sueño húmedo de todo hombre. Y lo que es más importante, era *mi* sueño. Cuerpo perfectamente tonificado, pequeña con curvas. Y ese trasero.

¡Mierda!

Ambas mujeres se dirigieron al extremo derecho de la barra mientras Wynter se paseaba como si estuviera en la pasarela hacia la izquierda, con solo la ropa interior puesta. La verdad es que parecía un traje de baño, no obstante, si intentaba quitárselo, yo haría una matanza.

—¿Son irlandesas? —preguntó Dante.

Maldición, ni idea. Busqué el nombre de Wynter Star, pero apenas apareció información. Le pedí a Angelo que la investigara. Y nada. También se lo pedí a *Priest*. Nada. Era como si la chica apenas existiera. Nacida y criada en California. Sin familia. Nada realmente valioso o notable en sus antecedentes. Sin embargo, su forma de comportarse me decía que tenía que haber algo más en ella. Se comportaba con confianza, como si supiera lo que valía y no permitiría que nadie se lo quitara. Daba la impresión de ser una princesa de hielo, aunque apostaría mi vida a que debajo de todo eso había un corazón cálido y resplandeciente.

En cualquier caso, no tenía intención de dejar de indagar. Encontraría cada pieza de información sobre esta mujer.

—No lo creo —murmuré mientras veía a Wynter mover el culo encima de la barra. Las otras mujeres también lo hacían como si estuvieran en una competencia de *twerking*, pero no podía apartar los ojos de la figura de Wynter.

Entonces, de la nada, Wynter recogió su vestido y se enderezó, a apenas metro y medio de donde yo estaba. Mirando a Quinn, le guiñó un ojo mientras él maldecía como un hijo de puta.

—¡La tres están expulsadas! —bramó enfurecido—. Necesitan unas buenas nalgadas.

La chica pelirroja le mostró el dedo medio. Podría ser irlandesa; al menos lo parecía. Tras una última mirada compartida entre las tres mujeres, Wynter asintió con la cabeza y encaró a la alborotada multitud con una dulce sonrisa.

—¡Atención todo el mundo! —gritó y la habitación se calmó un poco—. Muévanse para que pueda saltar. —Los hombres se separaron como el Mar Rojo. Nivelando sus manos en el aire, Wynter se elevó en el aire en un salto mortal y aterrizó sobre sus pies, justo en frente de mí.

Sin mirar, se adelantó y chocó directamente contra mi pecho.

—*¡Auch!* —chilló, dando un pequeño paso atrás y llevándose la mano a la frente, frotándosela.

Levantó los ojos. Un destello de reconocimiento y sorpresa brilló en ellos.

—Hola —me saludó con su voz musical, con esos labios carnosos curvados en una sonrisa. Vi por encima de su hombro y seguí su mirada. Quinn estaba demasiado lejos y no podía vernos. Al menos, todavía no.

—¿Sueles bailar en los bares semidesnuda? —inquirí, con un tono ligeramente posesivo. Si se dio cuenta, no lo dijo. Esta abrumadora sensación de tenerla para mí solo era algo nuevo. No había ni una sola mujer en toda mi vida por la que me obsesionara. Mierda, *nunca*. Pero las curvas de Wynter. Sus pechos. Necesitaba ser el único hombre que los viera.

—*Oh*, esto no es nada —musitó—. Estoy acostumbrada a estar semidesnuda con todo mi entrenamiento. —Un gruñido se elevó en lo profundo de mi garganta. Por el rabillo del ojo, noté la sonrisa retorcida de Dante—. ¿Quieres tener esa cena ahora? —inquirió, poniéndose el vestido —. Quiero saldar mi deuda.

Ya vestida, mis ojos recorrieron su cuerpo, la prenda blanca abrazaba sus curvas. ¡Maldición! Aquella visión quedaría tatuada para siempre en mi memoria. Cada centímetro suyo era perfecto. Piel tonificada y suave. Sus rizos rubios y salvajes. Sus ojos brillantes. Y su boca que sonreía, como si estuviéramos solos en el mundo.

—Te faltan los zapatos —señalé, tratando de controlarme.

Se rio, sus ojos brillaban como malditas esmeraldas. Esta chica se iluminaba cuando reía. Brillaba, joder. Me agarró de la mano y jaló de ella, arrastrándome.

—Cómprame un par nuevo y te los pagaré con otra cena —sugirió con picardía—. Aunque tendrás que pagar. Estoy en la ruina. —No dejaba de mirar por encima del hombro, en dirección a Quinn. Ni siquiera se fijó en Dante—. Vamos. —Tiró de mi mano.

Los ojos de mi primo se encontraron con los míos por encima de su cabeza.

—Yo me encargo —me apaciguó Dante con una sonrisa de satisfacción. Tendría que borrarle esa sonrisa de la cara la próxima vez que lo viera. Pero, por otra parte, me estaba haciendo un gran favor, así que tal vez lo dejaría salirse con la suya.

—Vamos. —Volvió a jalarme, tentándome con su sonrisa y fui de buena gana. Como un moribundo sediento al que llevaban al agua.

La rodeé con el brazo por los hombros y la apreté contra mí, después empecé a utilizar mi altura y mi fuerza para apartar a los hombres de mi camino. Una vez afuera, buscó entre la gente que había alrededor. Divisé a sus amigas al mismo tiempo que se llevaba los dedos a la boca y silbaba con fuerza.

Arqueé una ceja, sorprendido por su habilidad. Parecía demasiado pulida para silbar como un marinero.

—¡Vamos, Wyn! —vociferó la pelirroja—. Antes de que el maldito imbécil salga y nos atrape.

Wynter hizo un gesto con la cabeza.

—Vayan ustedes. Nos vemos en los dormitorios más tarde.

—¡¿Qué?! —chilló la mujer de cabello oscuro y ojos azules. Adiviné que tenía que ser su prima por la forma en que frunció el ceño hacia mí—. ¿Por qué?

Wynter puso los ojos en blanco.

—No te interrogo cuando sales con chicos —protestó.

Tuve que burlarme de que me llamara chico. Ni siquiera recordaba la última vez que me sentí como uno. Probablemente el día que mi madre me abandonó.

—¿Cómo se llama? —siseó su prima.

—No es asunto tuyo —contradijo Wynter secamente—. ¿Dónde está Davina? —preguntó.

Ambas mujeres se encogieron de hombros y señalaron el teléfono. Wynter metió la mano debajo del vestido y me di cuenta de que tenía un bolsillo secreto. Sacó el teléfono y leyó un mensaje.

Davina: Todo bien. Váyanse sin mí. Nos veremos en los dormitorios.

—Qué raro —murmuró.

—¿Tú y tus amigas se están metiendo en problemas?

Levantó la cabeza y sus ojos radiantes se encontraron con mi mirada.

—*Nunca* —contestó inexpresiva, mas sus ojos brillaban con picardía.

Capítulo Seis

WYNTER



Dejando a Ivy y Juliette boquiabiertas detrás de mí, seguí a Bas hasta su coche.

Me abrió la puerta del pasajero y me deslicé en el asiento de su Lamborghini. Mientras lo observaba rodear el coche, me pasé los dedos por el cabello. No era exactamente cómo me imaginaba encontrármelo de nuevo, pero no podía evitarlo. No era como si fuera a admitir ante el Capo italiano que nosotras éramos una distracción mientras nuestra cuarta amiga le robaba a mi tío. Quien resultaba ser el jefe de la mafia irlandesa Brennan.

Bueno, ignoraría ese pequeño detalle.

La puerta del conductor se abrió y se puso detrás del volante.

—Se acabó bailar semidesnuda en las barras de bares —gruñó Bas en voz baja mientras arrancaba el vehículo y nos alejábamos calle abajo.

—También me alegro de verte —pronuncié y le dediqué mi sonrisa más radiante—. ¿No me digas que tus ojos se ofendieron?

Mis mejillas se sonrojaron ante mi intento de coqueteo. Nunca me había molestado en hacerlo, aunque ahora deseaba haber tenido más práctica. Bajé los ojos, estirando las piernas mientras miraba fijamente mi pedicura francesa.

—¿Eres mayor de edad para estar en los clubes? —exigió.

Lo miré por debajo de mis pestañas. Tenía razón, no era lo bastante legal para entrar en ese club. Sin embargo, eso nunca fue un problema teniendo en cuenta su dueño. Por supuesto, decirle a Bas que estaba emparentada con el conocido mafioso propietario del club estaba fuera de discusión. El tío Liam nos mantenía ignorantes de sus actividades, pero sabía lo suficiente como para comprender que fraternizar con cualquier DiLustro estaría muy mal visto. Además, mi madre odiaba todo lo relacionado con el bajo mundo.

—Cumpliré veintiuno dentro de unas semanas —admití suavemente.

—Jesucristo, eres más joven de lo que pensé —refunfuñó en voz baja—. ¿Cómo entraste en *The Eastside*?

—A la antigua —me burlé—. Con una identificación falsa—. Sonrió satisfecho—. ¿Cuántos años creías que tenía? —pregunté con valentía, girando la cabeza para observar su perfil.

Y qué perfil tan hermoso. Mi corazón latía a un ritmo desigual, como nunca antes. Lo único que me había emocionado antes era el patinaje sobre hielo. Por patético que sonara. Aunque era mi vida. Vivía y respiraba patinaje artístico.

Sin embargo, ahora temía que viviría y respiraría por este hombre.

Demonios, esto tenía que ser el karma por todos mis comentarios sarcásticos sobre el amor a primera vista.

—Bueno, esperaba que tuvieras al menos veintiuno —respondió.

Me encogí de hombros.

—Los tendré dentro de unas semanas —repliqué—. ¿Eso ayuda? —Su risita llenó el coche y me gustó bastante el sonido. Tenía la sensación de que no se reía frecuentemente—. ¿Cuántos años tienes?

—Veintisiete.

—*Hmmm.*

—Pronto cumpliré veintiocho años.

—*Hmmm.*

—¿Y qué significa *hmmm*? —desafió.

Lo miré juguetonamente.

—Estoy tratando de decidir si eres viejo.

Otra risita.

—Tal vez soy lo suficientemente viejo.

Fue mi turno de reír.

—Tal vez.

—Veo que voy a tener que convencerte —expresó.

Volví a hacer un ruido *hmm* mientras se me cortaba la respiración ante todas las formas posibles en que podía convencerme. Y permítanme decirles que las imágenes que tenía en la cabeza eran solo para adultos. Para ser alguien que nunca había tenido relaciones sexuales, estaba un poco sorprendida de mí misma.

Una extraña emoción me recorrió las venas y el calor me subió a las mejillas.

Bas soltó otra risita.

—Algo me dice que tus pensamientos no son tan puros en este momento, *Wynter*.

Puse los ojos en blanco.

—*Oh*, ¿y los tuyos lo son, *Bas*?

—*Touché.* —Algo divertido y seductor apareció en su mirada cuando sus ojos se desviaron hacia mí—. ¿Bas? —cuestionó con voz suave, sus ojos ardiendo con pasión.

Mi corazón palpitaba tan rápido que pensé que se me saldría del pecho. Estaba acostumbrada al entrenamiento por intervalos de alta intensidad en el hielo y en la máquina de correr para preparar mi corazón para las 200 pulsaciones por minuto de mis actuaciones. Sin embargo, ninguno de esos ejercicios podía prepararme para este tipo de aceleración cardiaca.

—¿No es ese tu nombre? —Respiré.

Un rápido parpadeo en mi dirección, sus ojos en mis labios y devolvió su atención a la carretera.

—Nadie me llama Bas. Solo Basilio. —Su voz era profunda y suave.

—*Oh*. Basilio es tan rígido, ya sabes. —Se encogió de hombros—. ¿Sabes que tu nombre significa “rey”? —solté, probablemente sonando como una tonta. El hecho de que supiera lo que significaba su nombre probablemente revelaba lo detallada que fue mi investigación sobre él.

—Lo sé —agregó.

—Bueno, me gusta tu nombre, pero me gusta más Bas.

Se rio divertido, ofreciéndome una mirada fugaz.

—Me agrada, pero solo tú puedes llamarme Bas.

Mi respiración se volvió superficial y algo cálido parpadeó en mi pecho. Algo tan simple e inocente, no obstante, sentí que había hecho algo bien y me había ganado su elogio. Era estúpido, lo sabía. Mas no podía deshacerme de esa sensación.

—De acuerdo, *Bas* —recalqué su nombre—. ¿Dónde iremos a comer? Me muero de hambre.

Me ardía la piel. Esta reacción al sexo opuesto era una novedad. Leí sobre ello. Escuché hablar de ello. Pero nunca lo había *sentido*. Nunca había experimentado ni siquiera un atisbo de posibilidad de atracción hacia alguien. Y aquí, con este hombre, la ola de atracción se abalanzó sobre mí y empapó cada una de mis células.

—¿Supongo que no leíste mi mensaje? —inquirió y recordé. Me envió un mensaje hoy temprano, pero estaba en medio de sostener la cabeza de Ivy sobre el inodoro.

Pasamos la noche en casa de tío, en los Hamptons. Teníamos que salir de la ciudad y, una vez ideado el plan para robar la caja fuerte de él en *The Eastside*, Ivy, Juliette y Davina empezaron a beber. Había que reconocer que me uní, aunque no me emborraché como ellas.

—Lo siento mucho —me disculpé rápidamente y agarré mi teléfono—. Abrí tu mensaje, pero no llegué a leerlo. Ivy empezó a vomitar.

—¿Noche de borrachera? —musitó. Asentí con la cabeza, sonriendo—. Olvida tu teléfono. Estoy aquí ahora, así que puedo entregar el mensaje personalmente.

—*Tan* mandón —contesté, fingiendo irritación. Estaba acostumbrada a que la gente me diera órdenes. Entrenadores, tutores, instructores. Mientras sus consejos fueran buenos, siempre los escuchaba. Tenía la sensación de que Bas siempre daba buenos consejos.

Llevé la mano a la radio para ocultar mi sonrisa, aunque sospechaba que a este hombre no se le escapaba nada. La canción que sonó no podía ser más apropiada, “Eastside” con Halsey & Khalid. Qué oportuno, ya que me lo encontré en *The Eastside Club* y huíamos juntos de Quinn y el tío. Poéticamente hablando.

El silencio se prolongó, las palabras sonaban por los altavoces a bajo volumen. Se me erizó la piel y una llama encendida me recorrió. El estómago haciéndome volteretas.

«Contrólate, Wynter».

Debía estar perdiendo la maldita cabeza. ¿O el corazón? Quiero decir, No debería suceder tan rápido. Solo lo había visto dos veces antes. Apenas lo conocía.

—El video de vigilancia está borrado.

Mis ojos se abrieron de par en par.

—¿En serio? —Jadeé. De repente, la semana estaba mejorando.

—Sí —confirmó.

—¿Qué pasa con los vecinos y sus cámaras?

—Todo está borrado —aseguró—. Los videos de Garrett. El de los vecinos. Incluso el de la ciudad. No hay rastro de que te hayas aventurado por ahí.

Sonreí radiantemente. Podía ser un criminal famoso, mas en este momento era mi héroe.

—Muchas gracias, Bas.

—No hay problema —indicó—. Después de todo, lo estás pagando.

Se detuvo en el semáforo en rojo, en pleno corazón de Manhattan. Las luces de la ciudad parpadeaban. La sirena de una ambulancia resonó en la distancia. El autobús se detuvo a nuestro lado. Pero para mí todo aquello no era más que ruido de fondo. Distante y débil.

Todos mis sentidos se centraban en este hombre a mi lado.

—No es con mucha dificultad —suspiré.

—Me alegra oírlo. —Nuestras miradas chocaron, la suya quemándome. De la mejor manera posible.

Sus ojos recorrieron mi cuerpo, lentamente, como si estuviera memorizando cada centímetro. Sus ojos se detuvieron en mis pies descalzos antes de tomar mi mano entre las suyas y sentí que me marcaba como suya. El calor de su tacto se filtró en mi torrente sanguíneo mientras su pulgar rozaba mis nudillos.

Igual que cuando le pedí que borrara el video de vigilancia.

—Vamos a conseguirte unos zapatos —anunció. Mis ojos se posaron en donde sostenía mi mano. La suya grande contra la mía pequeña. Su agarre era firme, posesivo. Como si ya me considerara *suya*. Y no me importaba. Sabía que había matado a hombres con esa misma mano y, sin embargo, el miedo dentro de mí estaba ausente.

Su vista volvió a recorrer mi cuerpo y sentí que cada centímetro de mi piel zumbaba bajo su escrutinio. Se me aceleró el pulso, se me hinchó el pecho.

—¿Bas? —cuestioné con voz ronca, mi voz apenas por encima de un susurro.

—¿Sí?

—¿Por qué solo pediste una cita para cenar? —Podría haber pedido mucho más y yo lo hubiera hecho.

—Porque, Wynter Star… —Su profunda voz comentó con voz ronca—. Me *darás* todo lo demás. Por tu propia voluntad.

Capítulo Siete

BASILIO



El semáforo se puso en verde y conduje por la carretera hasta que nos detuvimos frente a Corso Vittorio, una tienda de zapatos de alta gama que era propiedad de una de las esposas de los hombres que trabajaban para mí.

Wynter se quedó callada tras mi declaración. Más bien se quedó muda. Realmente le solté esa información.

Pero ¡a la mierda! ¿Para qué andarse con rodeos?

Sabía lo que quería y era a *ella*. Sin la más mínima duda en mi mente, lo *sabía*. Y la tendría. No obstante, lo que dije era cierto. Ella también me querría. Hasta entonces, esto sería puramente platónico.

—Los zapatos de Corso Vittorio son caros —musitó—. Demasiado caros.

Jalé de la manilla de la puerta del coche, di la vuelta y abrí la puerta del pasajero.

—Deja que me preocupe por el dinero —contesté—. Te conseguiremos aquí los zapatos.

Sus ojos se desviaron hacia la tienda.

—Parece que van a cerrar —protestó.

—Se mantendrán abiertos por nosotros —aseguré. Le tendí la mano y, sin vacilar, colocó sus dedos en mi palma y me miró a los ojos. Dios, me encantaba cómo me miraba. Confianza, curiosidad y algo más.

Las estrellas parpadeaban sobre nosotros, las luces y los transeúntes de Manhattan zumbaban a nuestro alrededor. Sin embargo, si me preguntabas quién estaba a mi lado o detrás de mí, nunca podría decírtelo.

Había dos reglas que siempre seguía al pie de la letra: Nunca ir a ninguna parte sin mí .45, y nunca preocuparse tanto por alguien que si lo pierdes podría destruirte. Sin embargo, en ese momento que veía a esta joven con estrellas en los ojos, sabía que había roto la segunda regla. No podría soportar perderla.

Apenas la había tocado y ya estaba ardiendo. Quería alimentar el fuego hasta que nos consumiera a ambos.

Dante y *Priest* se morirían de risa si lo supieran. La más mínima caricia me excitaba y me dejaba hambriento de más.

Wynter Star me calmaba e inquietaba. Una sensación tan confusa y contradictoria que desconocía.

—Vamos por tus zapatos, Cenicienta —declaré mientras cerraba la puerta del vehículo.

Se rio cálidamente, dejando su mano en la mía.

—Guíame, Príncipe Encantador.

Príncipe Encantador. Nunca alguien me había llamado así. El príncipe malvado tal vez. Un

villano definitivamente. Ciertamente nunca encantador.

Sin los zapatos, apenas me llegaba al pecho. Parecía demasiado pequeña y frágil. Aunque impresionantemente hermosa. Y no fui el único que se dio cuenta. Los peatones que se apresuraban de derecha a izquierda no podían evitar mirarla dos veces. Admiración y hambre en las caras de los hombres y envidia en las mujeres.

Acercándola a mí, con nuestros dedos entrelazados, entramos en la tienda justo cuando Emilia, la esposa de Vittorio, estaba a punto de cerrar la puerta. Ella era la esposa de uno de los hombres de mi padre.

—Basilio —me saludó con una gran sonrisa—. ¿Qué haces aquí? Vittorio no está aquí.

Emilia parpadeó los ojos y sonrió seductoramente. Llevaba años intentando meterse en mi cama. Nunca sucedería, mas eso nunca le impidió intentarlo.

—No estoy aquí por Vittorio —avisé, acercando a Wynter a mí. Nunca entendería por qué aquel hombre se había casado con ella, aunque sospechaba que mi padre había tenido algo que ver y que Vittorio se arrepentía enormemente. La mujer era una víbora.

Sus ojos se desviaron hacia Wynter, observándola con curiosidad. Emilia tenía unos cuarenta años, pero aún se comportaba como si tuviera veinte. Y vestía como si los tuviera. Llevaba un delgado vestido rojo que combinaba con su brillante labial y unas botas hasta la rodilla.

—Tenemos una emergencia —repliqué, mirando los pies de Wynter—. Perdimos sus zapatos. ¿Te importaría ayudarnos?

—¿Quién es? —Los ojos de Emilia se entrecerraron en Wynter—. Se parece a esas malditas rusas. —Sentí que Wynter se ponía un poco rígida a mi lado. Un gruñido amenazador se formó en mi garganta, la sobreprotección surgiendo de cada parte de mí.

—Ella es importante para mí —aseveré, clavando en la mujer de Vittorio la mirada perezosa y autocrática que me caracterizaba. La advertencia estaba clara en mi rostro. Además, ¿quién demonios era ella para juzgar cuando puso a su propia hija en subasta hace unos años? No dudó en utilizar a Thalia para saldar su deuda con Benito King. Desafortunadamente para ella, fue mi padre quien saltó a comprarla. No es que hubiera muchos hombres honrados participando en esas subastas con los que le hubiera ido mejor.

Emilia era una vergüenza de madre. Siempre fingía tristeza, pero no le creía ni por un maldito segundo. Ofreció a Thalia en lugar de usarse a sí misma para pagar su propia deuda.

El disgusto brilló en sus ojos oscuros.

—Nunca he oído hablar de ella —se mofó, con su fría expresión puesta en Wynter. Me molestó muchísimo—. Parece una puta rusa.

Me incliné sobre Emilia, frunciendo el ceño.

—Te cortaré la lengua si dices otra maldita grosería. O incluso si la miras mal. Y sabes que nunca es bueno estar en mi lado malo, Emilia. Ni para ti ni para tu marido. Así que mostrarás respeto a mi mujer.

Palideció. Quería recalcarlo. Wynter era mía y Emilia nunca lo sería. Y si enfadaba a Wynter, lo pagaría. Sabía que mis amenazas no eran vacías. Era una cualidad de mi padre que me había sido transmitida. Excepto que podía ser mucho más despiadado que el viejo.

En este caso, no me importaba porque Emilia se lo pensaría dos veces antes de decir otra palabra sobre ella.

Una sonrisa falsa y forzada apareció en su rostro.

—Por supuesto. ¿Número de zapato?

De nuevo, apenas miró a Wynter. Me preguntaba si alguna vez había pensado en Thalia, su propia hija. Emilia era egoísta más allá de lo razonable.

—Siete —murmuró Wynter, con los hombros tensos, mientras Emilia desaparecía por la parte trasera de la tienda.

Tomados de la mano, nos dirigimos hacia la sala de estar.

—Parece enojada —susurró Wynter con Emilia fuera del alcance del oído—. No la enfades más.

Su mirada se encontró con la mía y pude ver la preocupación nadando en esos grandes ojos.

—No te preocupes.

Conseguiríamos los zapatos, dejaría a Emilia con dinero extra y seguiríamos nuestro camino. Dejaría que esa jodida mujer reflexionara sobre las consecuencias de sus palabras y acciones.

Sus dientes tiraron de su labio inferior, su mirada fugaz en la dirección de los tacones de Emilia. Luego suspiró resignada.

—¿Por qué eso hace que me preocupe más? —Porque Wynter tenía buenos instintos—. ¿Bas?

—Sí.

—N… no puedo meterme en problemas. —Volvió a mirarme. Fue un comentario extraño, aunque lo atribuí a que sabía quién era yo. Si me había investigado, sabría que los problemas me perseguían—. ¿De acuerdo?

—*Principessa*, te mantendré alejada de los problemas —aseguré suavemente—. Nadie te hará daño.

En ese momento, Emilia volvió con varias cajas, las colocó sobre la pequeña otomana y abrió la primera. Unos tacones rosas de diseñador y el suave jadeo de Wynter llenaron el espacio a mi alrededor. Parecía que a Wynter, como a muchas otras mujeres, le encantaban los zapatos.

Emilia le entregó el zapato a Wynter, pero lo agarré antes que Wynter.

—Permíteme —le dije a Wynter.

Me arrodillé, le agarré el pie y le puse el zapato.

—Mira eso. Quedan perfectos.

La suave risita de Wynter llenó el espacio.

—Y no desaparecen a medianoche —bromeó. Su vista se dirigió a Emilia, que nos observaba como un halcón. Era casi cómico—. Tus diseños de zapatos son increíbles —elogió Wynter—. Siempre me han encantado.

—¿Has venido antes a esta tienda? —preguntó Emilia y Wynter negó con la cabeza.

—No a esta —explicó mientras observaba el intercambio—. He estado en la de San Francisco.

Un segundo de silencio.

—Me resultas familiar. —Emilia la miró, como si intentara recordar algo. No había ninguna posibilidad de que alguien que hubiera visto a Wynter la olvidaría.

—Me lo dicen todo el tiempo —habló Wynter.

—¿Quiénes son tus padres? —Emilia siguió interrogándola y estaba a punto de interrumpirla, cuando Wynter contestó.

—Bueno, mi padre está muerto y mi madre es entrenadora deportiva —expresó Wynter, la suavidad de su voz un relato positivo de que le importaba su madre—. Es una de las mejores. Por supuesto, soy parcial.

Wynter soltó una risita, pero Emilia no se molestó en responderle y Wynter desvió la mirada de vuelta a mí.

—*Umm*, estos están bien. ¿Podemos irnos?

Nunca lastimaba o intimidaba a las mujeres. Aunque ahora estaba seriamente tentado de

hacerlo. Alrededor de Wynter mi tendencia a proteger se multiplicaba por diez. Emilia estaba incomodando a Wynter y no lo toleraría. Sospechaba que la mirada de advertencia que acababa de dirigirle a Emilia parecía asesina.

—Nos los llevaremos todos, Emilia. ¿Hay algunos *flats* en esas cajas?

—No, no, Bas —objetó Wynter en voz baja—. Es demasiado. Solo un par.

—Sí, un par de *flats* negros y otro blancos —respondió Emilia, ignorando las protestas de Wynter.

—Bas...

La agarré suavemente de la barbilla y detuve su protesta.

—¿Cuáles prefieres ponerte esta noche? —inquirí suavemente, manteniendo sus ojos en mí. Emilia pagaría por su falta de respeto.

—*Flats* blancos, por favor.

Wynter se colocó los zapatos con mi ayuda y me puse de pie, encontrándome con la mirada de Emilia. Avancé un paso hacia ella y le dediqué una fría sonrisa.

—Mantén la boca cerrada sobre nuestra visita —amenacé—. Si haces algo que ponga en peligro a Wynter o hablas de ella con alguien, volveré. —La advertencia de lo que vendría después flotaba en el aire. La expresión de Emilia decayó por un momento y sus ojos se llenaron de miedo, pero rápidamente lo enmascaró con desafío—. ¿Entendido? —gruñí.

Dio un paso atrás, asintió rápidamente y bajó la mirada. A Emilia le gustaba causar problemas para los que consideraba menos dignos. Wynter era definitivamente más digna que ella, pero Emilia no lo veía así. A menos que tuviera poder y estatus, no era nadie para ella.

Mis músculos estaban llenos de tensión, la necesidad de hacerla pagar por haber disgustado a mi mujer me arañaba.

—¿Bas? —La suave voz de Wynter calmó la rabia que llevaba dentro e inhalé profundamente, su aroma a miel se filtró en mis pulmones. Era tan hermosa y amable que casi me dolía mirarla. Era mucho mejor de lo que yo merecía—. ¿Estamos listos?

Asentí con la cabeza, rodeándola con los brazos y mirándola. Dios, esos ojos suyos podían calmar a la bestia que llevaba dentro en los días más oscuros. Había algo extraordinariamente tranquilizante y consolador cuando te ahogabas en sus ojos.

Veinte minutos después, estábamos de vuelta en mi coche.

—Gracias de nuevo —comentó en voz baja—. N… no quería decir nada en la tienda, pero no puedo llevarme todos esos zapatos a casa.

—¿Por qué no?

—Bueno, todavía estoy en la residencia universitaria. Pronto me mudaré y explicarles a las chicas lo de los zapatos de veinte mil dólares será difícil.

—¿A qué universidad vas? —cuestioné—. ¿Aquí en la ciudad?

Negó con la cabeza, haciendo rebotar sus rizos dorados.

—No en la ciudad. Voy a *Yale University*.

Mis labios se curvaron en una sonrisa.

—Chica lista, *¿eh?*

Se rio entre dientes.

—No soy muy lista. Davina, mi amiga, es brillante e inteligente. Entré con una beca deportiva.

—¿Qué tipo de deporte?

Se encogió de hombros.

—Del tipo general.

Raro. Evitó darme detalles y me extrañó que se sintiera incómoda compartiéndolo.

—¿Qué estás estudiando? —inquirí con curiosidad. Quizá la familia de Wynter no estaba bien económicamente y le incomodaba hablar de la beca. Por supuesto, nunca más tendría que preocuparse por el dinero.

—Matemáticas y Física.

—Y dices que no eres lista —me burlé—. Matemáticas y Negocios eran mis carreras, pero ni siquiera yo podría con la Física.

Soltó una carcajada que resonaba en el coche.

—De alguna forma, lo dudo. —Me golpeó el antebrazo juguetonamente. La chica realmente no me temía. Me encantaba, y mientras sonreía de felicidad, no podía apartar los ojos de ella.

Al notar mis ojos clavados en ella, elevó las cejas.

—¿Qué? —preguntó, con sus hermosos labios curvados y sus ojos radiantes.

—Me gusta tu risa —admití. Y luego decidí volver a su pregunta original—. Te guardaré los zapatos en mi casa. —Ofrecí—. Quiero ver que los uses todos.

Se le iluminó la cara y pensé cómo podría mantener todas sus sonrisas y su atención para mí.

—¿Eso significa que voy a volver a verte? —Mantuvo sus ojos en los míos, su mirada suave y esperanzada. Si supiera las ideas que flotaban en mi cerebro. Quería encerrarla y tirar la llave.

—Cuento con ello, *Principessa*.

Porque nunca te dejaría ir.

Capítulo Ocho

WYNTER



—Esto es precioso. —Respiré, mirando el horizonte de New York—. Llevo aquí cuatro años y no sabía que esto existía.

Convencí a Bas para que no cenáramos en un restaurante elegante. En su lugar, compramos *sushi* para llevar de un pequeño restaurante japonés. Él juraba que tenían el mejor *sushi* de la ciudad. Entramos juntos en el abarrotado lugar, donde la gente miraba a Bas con los ojos muy abiertos. Nunca me había alegrado tanto de convencer a alguien de que pidiera comida para llevar.

De vez en cuando, me cruzaba con un fanático del patinaje artístico y la cosa se ponía incómoda. Pero esta vez, Bas se llevó todo el *show*. Probablemente era muy conocido, teniendo en cuenta quién era.

Cuando recogimos nuestro pedido, Bas nos llevó hasta *Hamilton Park* y ahora estábamos sentados en el capó de su Lamborghini, hombro con hombro, con la mejor vista de la ciudad extendiéndose kilómetros frente a nosotros. Las luces brillaban, mas el ruido de la ciudad no llegaba hasta aquí. Había tanto silencio que lo único que oía era nuestra respiración y el suave sonido de las olas que nos separaban de la Gran Manzana.

Sacó unos palillos de la bolsa y me los dio. Tanteé un poco, tratando de encontrar la mejor manera de agarrarlos.

—¿No me digas que nunca has usado palillos?

Empujé mi hombro contra el suyo.

—No lo he hecho —concedí—. Pero no te preocupes, aprendo rápido.

—¿Quieres que te ayude? —Ofreció, mientras sacaba comida de la bolsa. Luego abrió la primera caja con rollos de atún.

Me moría de hambre. Los últimos días, con todas las travesuras que nos habíamos encontrado, había quemado más calorías de las consumidas.

Agarrando los palillos, seguí intentando tomar un rollo sin que se me cayera. Después de varios intentos, desistí. Tenía demasiada hambre para esto en ese instante.

—*Ah*, a la mierda. —Deshaciéndome de un palillo, sujeté el otro como un tenedor y apuñalé el rollo de *sushi*, luego lo recogí y lo mojé en salsa de soya.

Se rio cuando me metí el rollo en la boca e instantáneamente el sabor del *wasabi* se encendió en mi lengua.

—Maldición —me quejé, con la nariz y la lengua ardiendo mientras buscaba la bebida.

Sus continuas carcajadas llenaron el silencioso aire nocturno mientras sacaba una botella de agua mineral y me la daba. Si no me estuviera quemando la lengua, me reiría de que se haya asegurado de tener agua mineral costosa. Como una borracha, le arrebaté la botella y me la llevé

a los labios.

Me la tomé como un hombre muriendo de sed, parpadeando para despejar las lágrimas.

—¿Estás bien? —inquirió.

—¿Qué demonios? —Carraspeé, dejando la botella—. ¿Cuánto *wasabi* había en esa salsa de soya?

—Debí haberte avisado —expresó, aún con humor en su voz—. Ese sitio sabe que me gusta extrapicante, así que suelen prepararlo así. —Sacó un pañuelo de algún lugar y me secó los ojos —. Lo siento.

Inhalé y dejé que me secara con el pulgar las lágrimas que bajaban por mis mejillas. Su tacto era suave, casi reverente, y me hizo palpitar el pecho. Lo único que me hacía vibrar el corazón era el patinaje sobre hielo y sentirlo cerca de este hombre me conmocionaba cada maldita vez.

Aún más preocupante era lo mucho que me gustaba.

—No es culpa tuya —pronuncié—. Solo fue inesperado. La próxima vez estará bien. No dejaré que mi rollo de *sushi* se empape tanto en la salsa de soya.

Bas agarró otro rollo y lo mojó durante un segundo. Luego lo levantó y lo sostuvo frente a mí. Me incliné hacia delante, sosteniendo su mirada, y cerré los labios en torno a los palillos, luego me alejé.

—*Hmmm*. —Saboreé—. Mucho mejor.

Los ojos de Bas se oscurecieron, sus ojos se clavaron en mí como si fuera lo mejor que había visto en su vida. Nunca nadie me había observado así ni me había hecho sentir mariposas en el estómago. La sensación me emocionaba y me asustaba al mismo tiempo.

Tragué la comida, mientras las palabras de mi madre resonaban en algún rincón de mi mente. Las que siempre nos decía a Juliette y a mí durante nuestra adolescencia. Hacía tiempo que no las decía. Sin embargo, ahora gritaban en mi cerebro.

El primer amor destroza tu inocencia y acaba con tus sueños.

¿Era esa la razón por la que nunca me molesté con los chicos? Los chicos siempre intrigaron a Juliette, más aún después de aquellas palabras. No hice caso de la advertencia porque el patinaje sobre hielo lo era todo para mí y eso parecía complacer inmensamente a mamá.

Por supuesto, mi mamá no se comportaba como las madres de nuestras amigas. Acompañaban a sus hijas en las citas, las educaban sobre el sexo seguro y les daban anticonceptivos. La mía abarrotaba mi horario con entrenamiento y el de Juliette con *ballet.*

—¿Qué estás pensando? —indagó Bas, su mirada me quemaba con su intensidad.

—Recordé algo que mi madre nos decía a mi prima y a mí.

—¿Qué? —cuestionó con curiosidad.

Era una tontería decírselo a un hombre de veintisiete años cuya reputación de asesino experto y soltero codiciado lo precedía. Llámame estúpida, pero confiaba en él y quería compartir lo que pudiera con él.

—Cuando empezamos a interesarnos en los chicos en el instituto, nos decía que el primer amor destroza los sueños y la inocencia —comenté, manteniendo la voz baja.

—Bastante morboso —reflexionó.

Asentí. No le dije que nunca había resonado en mí hasta ese instante. Porque algo en este hombre podría destrozarme. Me jugaría la vida en ello. Y lo peor de todo, se lo permitiría.

Agarró otro trozo de *sushi* y lo tomé con avidez. La comida siempre era más fácil de manejar que las profundas discusiones sobre el amor. Ya que renuncié a mis propios palillos, dejé que me alimentara.

—No te olvides de comer un poco —le recordé antes de agarrar un bocado, así que él tomó el

siguiente y comimos en silencio. Aquel momento bajo las estrellas se me quedaría grabado para siempre. Fue sencillo y complicado. Romántico y peligroso.

Nada de eso me detuvo. Me gustaba este hombre. El borde oscuro que lo rodeaba tiraba de cuerdas que no sabía que existían y susurraba a algo en lo más profundo de mi alma.

—¿Comes *sushi* a menudo? —preguntó.

Recordé la última vez que lo comí. Fue con mi madre justo antes de irme a Yale. Nos llevó a Juliette y a mí a un pequeño lugar escondido, pero tenían el mejor *sushi* de California. Al menos eso creía ella.

Por supuesto, las tres optamos por tenedores en lugar de palillos. Aún recordaba aquel silencio tenso pero confortable mientras comíamos nuestros rollos California. Supongo que aquel día estábamos decepcionadas. Esperaba que por una vez me acompañara a la Costa Este y me viera partir hacia la universidad. Ella esperaba que eligiera una universidad en la Costa Oeste. Juliette estaba de mi lado, por apoyo moral.

Suspiré.

—Mi última noche en California, antes de que Jules y yo viniéramos a la universidad, mamá nos llevó a comer *sushi* —dije en voz baja, mirando al cielo. Era una buena madre. Sabía que me amaba. Tanto a Juliette como a mí. Pero a veces parecía más una entrenadora que una madre. Era como si hubiera muerto junto con mi padre—. La decepcionó que eligiéramos Yale en vez de una universidad de la Costa Oeste, así que no fue la velada más agradable.

El cielo estrellado centelleaba en la oscuridad, susurrando secretos en un idioma que nunca entendería. Y sabía sin duda que había muchos secretos. No fue hasta hace poco que empecé a reflexionar sobre lo que escondían mi tío y mi madre. Su negativa a nunca venir a New York o a la Costa Este, y todo el asunto de Juliette encontrando actas de nacimiento que tenían los nombres de los Cullen como padres de ella y Killian. Nos estaban ocultando muchas cosas, dejándonos ciegas a lo que realmente éramos.

Lo miré y me di cuenta que me estaba observando. Le sonreí.

—¿Cómo terminaste tan...? —*Peligroso.* Aunque esa no era la palabra correcta. Los periódicos lo llamaban peligroso y despiadado. *El Capo Perverso.* Esas tampoco eran las palabras correctas. Sin embargo, ninguna otra encajaba mejor. Así que al no saber cómo decirlo delicadamente, simplemente lo solté—. ¿Cómo acabaste siendo uno de los hombres más temidos de New York?

Sentía curiosidad por este hombre. Quería saberlo todo, no solo lo que contaban los periodistas y los *paparazzi.*

—Siguiendo los pasos de mi padre —respondió, con voz ligeramente amarga.

Ladeé la cabeza pensativa. Dudaba que hubiera una persona en toda la Costa Este que no hubiera oído hablar de Gio DiLustro. Los monstruos eran reales, y por todo lo que había escuchado, Gio DiLustro era uno de ellos. Todo lo que había que hacer era buscar su nombre en Google, y las pistas sobre su crueldad y sus crímenes estaban por todas partes. Propietario de negocios sospechosos, muertes en su club de *striptease* y en sus restaurantes.

Era un hombre del cual deberías mantener distancia. También lo era su hijo. Según la prensa, Basilio DiLustro no era menos despiadado ni menos letal que su padre. Excepto que ya había caído bajo su hechizo en el momento en que me atrapó escapándome por el balcón.

Gracias al aspecto de Bas, los reportajes lo etiquetaban como carismático, intrigante y uno de los solteros más codiciados. No se equivocaban, pero tenía la sensación de que escondía mucho más debajo de todo eso.

—No soy como tus chicos de Yale —gruñó Bas, con voz grave y oscura.

Sin embargo, mientras lo observaba, no sentía miedo. Podía sentir su oscuridad, que se filtraba a través de cada palabra y cada mirada. La ligera necesidad posesiva psicópata acechaba bajo cada palabra y cada mirada. A pesar de todo, lo encaré de frente. Me encantaba y esa era la parte que me asustaba. La forma en que parecía atraerme como una corriente subterránea que me tragaría entera.

—No lo eres —reconocí en un susurro. Nadie podía confundir a Basilio con un chico cualquiera. Su poder y confianza rezumaban en cada fibra de su traje de tres piezas.

—No soy un buen hombre, Wynter. —Asentí, sus ojos oscuros y posesivos. Cada mirada y cada toque suyo destilaban dominio, control y poder—. He matado a muchos.

Mi corazón martilleaba contra mis costillas, amenazando con romperse. Dios, ojalá pudiera decir que era por miedo. Puede que incluso con el tío Liam protegiéndonos a Juliette y a mí del bajo mundo, no sirvió de nada. Habíamos nacido en él, habíamos formado parte de él sin saberlo, y también moriríamos en él.

—Lo sé —comenté con voz ronca.

—¿Quieres irte? —La última oportunidad para salir. Su voz era grave, incluso carente de emoción, como si se preparara para que huyera. Negué con la cabeza en respuesta—. ¿Aun sabiendo que he visto y hecho cosas malas? —Negué de nuevo, así que continuó—: ¿Incluso sabiendo que tengo las manos manchadas de sangre? No voy a fingir que soy alguien bueno y mentirte.

Mi corazón, mi alma y mi mente estaban de acuerdo. Me quedaría. Quería esto. A él. ¿Era inteligente? No, probablemente no. Pero eso no me detendría. No cuando se trataba de todos estos nuevos sentimientos hinchándose dentro de mi pecho, y apenas habíamos empezado.

—No iré a ninguna parte —suspiré.

Me agarró de la nuca e inclinó mi cabeza para que lo mirara fijamente a los ojos, nuestras narices estaban a centímetros de distancia.

—Una vez que seas mía, no te dejaré ir.

Sus palabras eran profundas. Suaves. *Definitivas.* Y que Dios me ayudara, sentía que ya era *suya*.

Mi familia no lo aprobaría. Tío no lo haría. Mi madre definitivamente no. Ni siquiera estaba segura de que Juliette estaría de mi lado con esto. Y toda mi vida siempre había estado de mi lado. Nada de eso me detuvo.

La punta de su nariz rozó la mía.

—Tu familia probablemente conoce mi reputación —advirtió.

Demonios, ni me importaba en ese momento. Sentí su mano caliente sobre mi piel, sus dedos firmes en mi nuca, manteniéndome bajo su control. Los latidos de mi corazón rebotaban erráticamente en mi pecho y la excitación me recorría las venas. Era lo único que me importaba. Esto era más fuerte que mi pasión por el patinaje sobre hielo.

—No creo que seas del todo malo —musité—. Hay bondad en ti, Bas —susurré. Tal vez era estúpida, mas estaba convencida de ello. Un hombre malo no habría venido a rescatarme. Un villano habría exigido un precio más alto por ayudarme—. Y mi familia también lo verá.

Estaba segura de ello.

Ojalá no me demostrara que estaba equivocada.

Compartimos *sushi*, agua e historias durante horas. Fue sin duda la mejor cita que había tenido

alguna vez.

—Juliette, mi prima, es un poco salvaje —comenté cuando me preguntó por mi familia—. Solo estamos ella, su hermano y yo. Su hermano se quedó con el tío —anuncié. Tío Liam y Killian eran miembros activos del bajo mundo, por lo que no revelé sus nombres—. Jules se quedó conmigo y con mi madre. Así que realmente nos criamos como hermanas.

—Apuesto a que te metía en problemas todo el tiempo —reflexionó.

Parecía que interpretaba bien a mi prima sin siquiera conocerla.

—Aquí y allá —concedí con una sonrisa—. Sin embargo, es una de esas personas que nunca me traicionaría. Siempre está de mi lado. Pase lo que pase.

Asintió.

—También tengo algunos primos así. Es importante tener gente que te apoye, pase lo que pase.

Algo me decía que hablaba por experiencia. Aunque quién se atrevería a traicionarlo o a ser tan estúpido estaba más allá de mí.

—Tengo suerte de tener a Davina e Ivy, junto con Jules —afirmé—. Juliette y yo conocimos a Davina e Ivy cuando empezamos en Yale, pero congeniamos enseguida. Ivy y Juliette son un poco salvajes. Davina es demasiado seria.

—Escuadrón de cuatro chicas salvajes, ¿eh? —La diversión acechaba en sus ojos y apostaría todo mi dinero a que había visto la vigilancia de las cuatro locas quemando la casa del ex de Davina.

—¿Vienes aquí seguido? —indagué en su lugar, tratando de cambiar de tema mientras volvía a mirar la vista. Sería mejor centrarme en Bas que pensar en secretos que no podía desentrañar sobre mi tío y Killian.

—No, no desde que tenía como cinco años.

Incliné la cabeza hacia él. Me observó, aunque había algo vulnerable en su mirada que me atravesó el pecho. Sin pensarlo, estiré la mano hacia la suya.

—¿Estás bien?

Y sin más, su expresión borró toda emoción.

—Antes de que mi madre se fuera, me trajo aquí —manifestó, con voz distante. Su explicación me sorprendió. Me lo esperaba todo menos ese tipo de confesión—. Me dejó aquí y se marchó con mi hermanita. Aún era una niña. Mi padre no toleraba la desobediencia ni la traición. La encontró. Ella murió.

Las palabras no pronunciadas eran más claras que el cielo estrellado de la noche. Y un escalofrío me recorrió. Su padre asesinó a su madre. Apostaría mi vida en ello.

—¿Por qué nos trajiste aquí? —inquirí en voz baja, apretando suavemente su mano—. ¿Quieres irte?

Se quedó callado un momento, sus ojos oscuros se encontraron con los míos. Me dolía el corazón por él, a pesar de haber borrado cualquier rastro de vulnerabilidad en él.

—Podemos sustituirlo por un recuerdo mejor —sugerí suavemente, observándolo.

Levantó la comisura de sus labios y me miró con expresión enigmática. Se sentía como si mirara al sol, me cegaba su oscuridad y me encantaba cada segundo.

Se me aceleró el pulso. Mis mejillas se encendieron y sentía calor en la boca de mi estómago.

Las chicas dirían que fue mi primer flechazo. No lo creía así. Se sentía que era mucho más que eso. Como si el mundo se saliera de su eje y solo este hombre pudiera mantenerme en pie. Me habían gustado chicos antes, incluso había tonteado un poco con ellos. Sin embargo, nunca me pareció tan excitante, así que terminaba antes de empezar.

No obstante, en ese momento, mientras observaba a este hombre, sabía que era a él a quien estaba esperando. Nada me había hecho sentir como una simple mirada suya. Caliente por todas partes. Derribó muros invisibles en mi interior, me descubrió, y luego se grabó en la médula de mis huesos.

Y ni siquiera me había besado. *Todavía.*

Sabía que era solo cuestión de tiempo. Formaba parte de cada mirada que compartíamos. Cada respiración. Cada latido.

—¿Quieres bailar? —No era una pregunta, aunque la formuló como tal. Pero tampoco era una exigencia.

Me deslicé por el capó de su costoso coche. Me siguió. Sacó su teléfono, abrió una aplicación y arrancó el auto. Una música suave sonó por los altavoces y me tomó de la mano.

Durante un instante nos quedamos frente a frente, latido a latido y nuestras miradas fijas.

Exhalé un suspiro superficial y di un paso más hacia él, hasta que quedamos frente a frente. La forma en que se alzaba sobre mí debería asustarme. En cambio, este hombre hizo que algo caliente se desenredara dentro de mí y me zambullí en él, necesitando cada gramo suyo.

Tomó mi mano entre las suyas, entrelazó nuestros dedos y empezamos a movernos. Nuestros cuerpos bailaban, encajando perfectamente el uno contra el otro.

Lento. Sensual. Mágico.

A través del zumbido de mis oídos llegó la letra de la canción *I Found* de Amber Run.

Mis pechos rozaron su traje de tres piezas, mis pezones se tensaron. Mi corazón se aceleró tanto que no podía inhalar suficiente oxígeno en mis pulmones.

Elevándose sobre mí como una nube oscura y protectora, sus ojos se posaron en mis labios. Tragué saliva, mas me negué a apartar mi atención. En lugar de eso, me ahogué en su aroma cálido y especiado, y en su mirada oscura, embriagándome de él. Las mariposas en mi estómago alzaron el vuelo y un cosquilleo vibró bajo mi piel.

Nunca había deseado nada más que *a él* en este momento y, de algún modo, sabía que podía verlo en mis ojos. O tal vez podía sentirlo.

Agachó la cabeza y acercó sus labios a los míos.

—Te encontré —susurró, su aliento rozando mis labios.

Sin importarme las consecuencias ni quién era, le rodeé el cuello con las manos y cerré la pequeña brecha que nos separaba. Nuestros labios se unieron y los fuegos artificiales estallaron en cada célula de mi cuerpo.

Besar a Basilio DiLustro se sintió como cometer el pecado más delicioso.

Mi boca se separó y él profundizó el beso. Su lengua rozó mi labio inferior y un gemido me subió por la garganta. Mi interior se estremeció con una necesidad desconocida.

El toque de sus labios con los míos hizo arder cada centímetro de mi piel. No podía respirar, era demasiado. No era suficiente. Me mareé, perdida en la sensación de él. Sus labios eran suaves, mis venas ardían con algo caliente y entre mis muslos palpitaba un dolor que solo él podía saciar. Besarlo era mejor que cualquier otra cosa que hubiera experimentado jamás. Mejor que el patinaje artístico o los saltos más altos y complicados sobre hielo. Mejor que experimentar ese primer cuádruple salto *AxeI* perfecto sobre hielo o el triple *Lutz*.

Besar a Bas era como estar al borde de un acantilado mientras una brisa cálida te acariciaba el rostro, viendo el mundo extenderse ante ti. Era eufórico.

Nada ni nadie se acercaba a esta sensación. Ni siquiera mi *quad Lutz* o mi *quad flip*.

Capítulo Nueve

BASILIO



Lo más platónico que había hecho alguna vez con una mujer.

Mi cuerpo cobró vida como nunca antes. Su aroma me penetró la piel y dentro de mis pulmones. En cuanto separó los labios y mi lengua acarició su labio inferior, se rindió a mí sin pensarlo dos veces. Con tan solo eso encendió mi deseo.

Su sabor era a miel y a ráfagas de nieve. La combinación más extraña, pero me encantaba. Sabía bien. Como mi perfección.

Mi beso se volvió más exigente. Y joder, a ella no parecía importarle. Su cuerpo se apretó más contra el mío. No tenía ni una maldita idea de cuando fue que mis manos bajaron por su cuerpo, mas mis dedos agarraban su trasero. Con fuerza, necesitando cada centímetro suyo.

Quería reclamarla. Nunca dejarla ir.

Fue en ese mismo momento cuando me di cuenta de que si había algo en este mundo que pudiera debilitarme, era *ella*. Sacrificaría todo y a todos por ella. Para mantenerla conmigo.

Nunca la dejaría ir.

Mi beso se volvió más fuerte con esa autorrevelación. Quería que sintiera el mismo hechizo que yo. Que se aferrara a mí como si lo fuera todo para ella. Que nunca me dejara.

Desde el momento en que puse mis ojos en ella, algo en mí se reinició.

Soltándola, acerqué una mano a sus rizos dorados y agarré suavemente su melena. Otro gemido.

—Mírame —exigí. Sus ojos se abrieron. El halo dorado de su cabello la hacía parecer un ángel. Como si hubiera nacido para mí. Para ser mía—. Ahora eres mía —murmuré contra sus labios, con su suave respiración abanicándome la boca.

Permaneció en silencio, observándome. Sin confirmación. Ni negación.

Tomé su barbilla entre mis dedos. Suave pero firme. Mi corazón latía con fuerza en mi pecho, preocupado de que me lo negaría. Era joven. No formaba parte del Sindicato ni del bajo mundo. Me negaba a perderla antes de atarla a mí.

—Wynter, no soy de los que comparten —gruñí, dejando que una pizca de mi oscuridad se filtrara en mis palabras.

Sin embargo, el miedo no apareció en sus ojos. Sus labios se curvaron en una sonrisa, se puso de puntillas y sus labios rozaron los míos.

—Bien. Yo tampoco —anunció, sorprendiéndome—. Seré tuya mientras seas mío.

Sus ojos brillaban con promesas y un futuro que sería más feliz con ella a mi lado.

—Tuyo —juré.

—Tuya —repitió mi juramento con su voz suave, y maldita sea, se sentía como si fueran los votos pronunciados ante Dios.

Choqué mis labios contra los suyos y nuestras lenguas bailaron. Quería consumirla, saborear cada centímetro de sus labios y su cuerpo. La forma en que me respondía era adictiva. Me tenía excitado como nunca. Su cuerpo se fundió en mí y sus manos se aferraron a mi camisa como si no pudiera acercarme lo suficiente. Bajé la boca por su mandíbula hasta la suave piel que había debajo de su oreja.

Sus caderas se rozaban contra mí, sus movimientos espasmódicos y sin práctica. Y era el espectáculo más erótico.

—Bas —gimió, con las mejillas teñidas de rosa.

—Eres tan hermosa —elogié con voz áspera, mordisqueando su cuello. Esperaba dejar marcas para que el mundo las viera. Seguí chupando la suave piel de su cuello mientras mi mano se deslizaba entre sus muslos.

—*Ohhh.*

Nunca pensé que un gemido tan suave y necesitado de una mujer pudiera ponérmela tan dura. Apreté los dedos contra su vientre, lo único que me separaba de su coño era la fina tela de sus bragas. Y estaba empapada.

Meneó las caderas, apretándose contra mi mano.

—Dios mío. —Jadeó.

—Dios no, *Principessa* —gruñí, celoso de que lo llamaba a él y no a mí—. Di mi nombre cuando te corras —reclamé, apretando con más fuerza su cabello e inclinando su cara hacia arriba para que me viera. Para que supiera quién le daba placer.

Sus ojos esmeraldas se oscurecieron, su mirada se clavó en la mía y una sensación de satisfacción me invadió. Su vista se volvió pesada cuando aumenté la presión sobre su clítoris, a través del material húmedo. Sus labios rosados se entreabrieron. Mientras nos observábamos fijamente, sus caderas se movían contra mi mano cada vez más fuerte y rápido.

Gruñí con toda mi atención en ella, no dispuesto a perderme el destello de una sola emoción en su rostro.

—¿Quieres correrte?

Los ojos de Wynter se posaron en mis labios mientras su lengua recorría su labio inferior. Asintió y volví a besarla mientras mi otra mano seguía descansando entre sus muslos. Le aparté las bragas y le pasé un dedo por el clítoris. Empezó a temblar y a respirar agitadamente. Acaricié sus pliegues con los dedos y luego introduje un dedo en su centro.

Estaba tan apretada que no pude evitar imaginarme cómo se sentiría mientras la penetraba. Pensé que iba a estallar en mis pantalones aquí y en ese instante. Sus entrañas se apretaron con avidez alrededor de mis dedos mientras gemía suavemente en mi boca.

Era como corromper a un ángel, aunque no me sentía culpable. La guie suavemente hacia atrás, hasta que sus piernas chocaron con la parte delantera de mi Lamborghini. La senté sobre el capó del coche y me incliné sobre ella. Mientras tanto, mis dedos frotaban su clítoris y mi lengua acariciaba la suya.

Sentí su cuerpo estremecerse bajo el mío, sus caderas se elevaron para frotarse contra mí. Dios, era tan sensible. Tan hermosa.

Sus manos me agarraron los hombros, sus uñas se clavaron en mis músculos mientras se estremecía debajo de mí.

—Bas —gimió, necesitada—. *Bas. Bas. Bas.*

Su cuerpo se balanceó contra mi mano y pude saborear su orgasmo casi como si fuera mío. Podía oler su excitación, dulce y deliciosa. Sus jugos empaparon mis dedos y me negué a ceder. Deslizando el dedo dentro y fuera de su resbaladizo cuerpo, se retorcía debajo de mí.

—Mírame —ordené, y abrió los ojos para verme a través de sus párpados entrecerrados.

Estaba cerca. Su hermoso rostro era tan expresivo mientras la guiaba más y más cerca de su orgasmo. Su primero conmigo, y definitivamente no el último. A partir de ese día, todos serían míos.

Estaba tan duro, pero tener las pelotas azules valdría la pena para ver cómo se deshacía por mí. Se estremeció y jadeó, sus gemidos aumentaron de volumen. Deslizándome dentro y fuera de sus pliegues, mientras mantenía un dedo presionado contra su clítoris, lo froté más rápido y empujé mis dedos con más fuerza.

Sus manos se apretaron a mí alrededor y me encantó cómo me necesitaba.

Se corrió con fuerza, con el cuerpo temblando, el coño convulsionándose alrededor de mis dedos y mi nombre en sus labios. Me enterró la cabeza en mi cuello y me invadió la paz.

Por primera vez en mi vida, realmente saboreé la luz.

Capítulo Diez



—Vamos a vernos mañana.

Cada fibra en mí se llenó de calidez. Nos sentamos en su coche frente al edificio de mi residencia universitaria. Era casi medianoche y me sentía como Cenicienta. Mi cuerpo aún zumbaba con las secuelas del orgasmo más fuerte que jamás había experimentado. Era mi primer orgasmo con un hombre, tal vez por eso. Pero no lo creía.

Su tacto abrasaba. Sus labios consumían. Y sus dedos concedieron.

Lo sentí en todas partes, aunque nuestras ropas permanecieron puestas.

—¿Todavía quieres verme? —Respiré la pregunta, mi lengua recorriendo mi labio inferior nerviosamente. Todavía podía sentir su sabor en mi boca. Era afrodisíaco.

Tenía la esperanza de que llegara hasta el final después de haberme corrido sobre sus dedos. En lugar de eso, lo vi lamerse los dedos. Y, Dios mío, era tan erótico que un delicioso escalofrío me recorrió la espalda. Quería sentirlo dentro de mí. Darle mi virginidad.

Era *él* al que había estado esperando.

Sin embargo, en lugar de tomarme, me ayudó a bajar del capó y me acomodó en el auto.

—Ahora eres mía —repitió su afirmación anterior. No me molestaba su posesividad, mas me confundía.

—Pero tú no haz... —Mi voz vaciló y mis mejillas se sonrojaron. Estaba bastante segura de que mi cuerpo le mostraba claramente que lo deseaba. No me contuve. ¿Lo hice?

Me tomó la barbilla y la sujetó entre sus dedos. Mis ojos se encontraron con los suyos, ahogados en su oscuridad.

—¿No qué? —requirió.

Puse los ojos en blanco.

—No intentaste tener sexo conmigo —solté, un poco nerviosa porque me obligó a decirlo en voz alta.

Se rio suavemente, con la nuez de Adán moviéndose en su garganta, y me pareció tan *sexy*. Tuve que luchar contra el impulso de inclinarme hacia delante y lamerle el cuello. Todo en este hombre era atractivo.

Me agarró la mano y se la puso en la ingle. Jadeé y se me encendieron las mejillas. Estaba duro. Y tan grande que no creía que podría caber dentro de mí.

—Dime ahora que no quiero follarte —desafió entre dientes.

Mis mejillas se sonrojaron y me ardían las entrañas.

—¿Entonces por qué no lo hiciste? —Exhalé la pregunta con valentía.

—Wynter Star. —Se inclinó hacia delante y me pasó la lengua por la comisura del labio—. Cuando te folle, no será algo rápido en el asiento trasero de un coche. Será en una cama, para

poder abrirte bien y tomarme mi tiempo para adorar cada centímetro de tu cuerpo. —Un escalofrío recorrió mi piel ante sus palabras—. Te comeré el coño. Luego te lo cogeré. Y vas a cabalgarme toda la maldita noche. —Mi boca se entreabrió y mis ojos se abrieron de par en par —. Quiero tus labios, tu coño y tu cuerpo porque quieres darmelo, Wynter. No porque quieras pagar una deuda.

Algo caliente me quemaba por dentro y me provocaba un dolor sordo entre los muslos.

—Santos cielos —murmuré, con todo el cuerpo encendido. Casi estuve tentada de rogarle que me llevara a su casa esta noche—. Te invitaría a empezar todo eso esta noche —agregué, intentando parecer seductora, pero mi voz era demasiado gutural. Estaba recubierta de una lujuria espesa y profunda que sentía en la boca del estómago—. No obstante, tengo compañeras de piso.

—Veme mañana —sugirió, con su voz más grave de lo habitual y sus ojos ardiendo con llamas oscuras que sentía dentro de mí.

No había nada ni nadie que me impidiera verlo.

—De acuerdo —suspiré—. Tengo clase de *ballet* con Madame Sylvie mañana por la tarde. ¿Después de eso?

Asintió sin demora.

—Mándame un mensaje con la dirección y la hora.

Salió del vehículo y fue a abrirme la puerta. Para ser un mafioso, era todo un caballero. La parte romántica en mí, que permanecía inactiva hasta que conocí a este tipo, estaba entusiasmada.

Tomé su mano extendida, me levanté y me atrajo contra su cuerpo alto y duro. Antes de que pudiera saborear los fuertes brazos que me rodeaban, me agarró por la nuca y presionó sus labios en un beso consumidor.

De los que te hacían que se te curvaran los dedos de los pies.

Era el beso sobre el que se escribían canciones. De los que te cambiaban para siempre.

Capítulo Once

BASILIO



Atravesé la entrada de mi casa poco después de las dos de la madrugada. Tras dejar a Wynter en Yale, aceleré por la oscura carretera de vuelta a New York.

Su olor aún permanecía en el coche. Era como una droga para mí. Intoxicante y, al mismo tiempo, relajante. Nunca pensé que habría luz en mi vida. Todo lo que había conocido era la penetrante oscuridad que era mi vida. La crueldad que rodeaba al mundo del *Sindicato de la mafia*. Cada *Capo* era conocido por ello, y yo no era diferente.

Desde muy joven luché en contra para no convertirme en mi padre. Su sangre era mi sangre. Sus monstruos eran mis monstruos. Nuestra crueldad era como el veneno. Corría por nuestras venas hasta infectar tu corazón.

Más monstruo que hombre. Era lo que la gente susurraba a mis espaldas. A espaldas de todos los DiLustro.

Sin embargo, en presencia de Wynter solo sentía el calor del sol. Incluso bajo el cielo nocturno, juraba que su halo dorado proyectaba el mismo sol.

—¿Qué haces todavía levantado? —inquirí cuando vi a Dante con los pies sobre la mesa de centro, viendo béisbol.

Miró por encima de su hombro.

—Viendo a los Yankees perder contra los Cubs.

Me burlé.

—Ya quisieras.

Se acercó a la mesa auxiliar, agarró un trozo de papel y me lo lanzó.

—Las escrituras de *The Eastside* —notificó, con los ojos de nuevo en la pantalla—. Apareció el imbécil de tu padre.

Mis hombros se tensaron. Se suponía que debía mantenerse alejado de ese club. ¡Mierda! Odiaba a ese maldito desgraciado entrometido. Estaba tan paranoico con que todo el mundo, incluida su propia familia, lo derrocarían y acabarían con su patética vida que tenía que meterse en todo. Por supuesto, no se equivocaba cuando se trataba de su familia. Lo odiábamos a muerte, sobre todo yo.

—No te preocupes; Liam en realidad le hizo creer que ya habías recogido las escrituras.

—¿Por qué?

—Supongo que nos odia menos que a él —replicó. Agarré una botella de agua y me senté a su lado, estirando las piernas—. ¿Estabas ahí afuera mojando la polla?

No me molesté en contestarle. No quería hablar de Wynter. No era como las demás mujeres. Todo lo que pasaba entre ella y yo, era privado. Era solo mía.

—Así que la rubia es todo para ti, *¿eh?* —Dante cuestionó cuando me quedé callado.

—Sí.

Wynter no era un tema a discutir, independientemente de que no le ocultaba nada a Dante, a su hermano, *Priest*, o a mi hermana. Los cuatro éramos la única familia con la que contaba, a pesar de la distancia. Emory se quedó en Las Vegas, tan lejos de nuestro padre y nuestro tío, *Priest* gobernaba Philadelphia y Dante Chicago.

Todos odiábamos a nuestros padres. Sus maneras sádicas. Y sobre todo, odiábamos saber que nos convertiríamos en ellos. Aunque Gio, mi propio padre, ganó el primer puesto en crueldad. Al menos la barbarie de mi tío no se extendía a su familia. La de mi padre sí.

Durante un tiempo, temí haberme convertido ya en él. Hasta el día en que Wynter cayó en mis brazos. Literalmente. La forma en que me miró, respiró esperanza y luz en mi alma. Cursi, sí. Pero joder, la forma en que me hacía sentir era intensa. Posesiva. Era la primera mujer que me hacía *sentir algo*.

Tomé un trago de agua, con el aroma de la excitación de Wynter aún en mis dedos. Casi no quería ducharme para poder mantener su olor.

«Mañana», me tranquilicé. Mañana volvería a verla.

—¿Te diste cuenta del comentario de Liam ayer? —pregunté a Dante, dejando de lado el tema de Wynter.

Antes de que Liam entregara las escrituras de *The Eastside Club*, nos reunimos con él en su oficina. Había conseguido parte de la propiedad que yo tenía en el Lado Oeste a cambio del club. Desgraciadamente, mi padre apareció e hizo que las cosas se pusieran más tensas de lo normal. Liam lo odiaba a muerte y su comentario hacia mi padre aludía al pasado.

Fuiste tú quien empezó este desastre entre nuestras familias. Esas fueron sus palabras exactas. Los DiLustro y Brennan nunca se llevaban bien, pero nunca oí que mi padre lo empezara.

—¿Cuál? —Se rio Dante—. Tu padre y Liam se comportaron como si estuvieran listos para una batalla. Tuvimos suerte de que no sacaran las armas.

Tenía razón. Esos dos se odiaban a muerte desde que yo tenía memoria. Ni siquiera se molestaban en ocultar su rivalidad.

—Liam culpaba a Padre por empezar esta guerra. —Había permanecido en el fondo de mi mente desde entonces. Liam Brennan era nuestro enemigo, pero era un hombre justo. A diferencia de mi propio padre.

La mirada aburrida de Dante se dirigió hacia mí.

—Probablemente guardan algún secreto. Preocupados por mostrarnos como realmente son. —Un aliento sardónico me abandonó. Era demasiado tarde para eso. Había visto la verdadera cara de mi padre cuando tenía cinco años y mató a mi madre delante de mí—. Si tuviera que adivinar, diría que el comentario de Liam probablemente tiene algo que ver con el hecho de que Gio le disparó a la hermana de Brennan.

Fruncí el ceño.

—¿Qué?

—Gio le disparó a la hermana de Liam —explicó Dante.

—No, eso no lo sabía. —Apenas había información sobre la hermana de Liam. Tampoco fotos. Killian era su hijo adoptivo, pero incluso su información era difícil de conseguir—. ¿Cómo lo sabes?

Dante se encogió de hombros.

—*Priest*. Ya sabes que le gusta desenterrar mierda. Además escuchó la conversación de Padre con tío Gio. Él no quería apoyar tu trato con Brennan y se debatió en llevarlo ante el

Sindicato. —Demonios, eso habría sido arriesgado. Especialmente con los miembros más antiguos, ya que estaban atascados en sus costumbres—. El odio de tu padre por los Brennan va más allá de la rivalidad normal. Aunque mi padre lo convenció para que lo aceptara y acabara con todo el asunto de dispararle a la hermana de Liam.

¡Jesucristo!

—¿Por casualidad *Priest* escuchó por qué le dispararía a una mujer? —inquirí. Independientemente de que fuera una Brennan, era una mujer. Matar mujeres y niños estaba mal visto. No, a menos que hubieran hecho algo que nos comprometiera. Dante negó con la cabeza —. Por supuesto que no. No sería tan fácil.

—Si tuviera que adivinar, tendría que ser por el poder —especuló Dante—. Es lo único que le importa.

Nuestros padres aún dirigían el *Sindicato de la Mafia* solo de nombre. Durante los últimos ocho años, Dante, *Priest* y yo habíamos trabajado para aumentar nuestra influencia, poder y riqueza. Incluso Emory. Durante los últimos tres años, ella gobernaba Las Vegas, construyendo el poder de la organización allí. En el mundo de mi padre, era hundirse o nadar. Y aplicó eso a mi hermana también. La protegí tanto como pude, mas no fue suficiente. Tenía que volverse fuerte y despiadada. Así que la ayudé a serlo, con el apoyo de Dante y *Priest*, y superó nuestras expectativas.

Me hizo sentir muy orgulloso. A pesar de lo que nuestro padre le hizo, salió adelante. Algún día pagaría por lo que le había hecho. Se lo juré y estaba trabajando para quitarle lentamente las cosas que más le importaban.

Poder. Dinero. Conexiones.

Nuestro poder y nuestra riqueza multiplicaban por diez a las de nuestros padres. Por desgracia, en nuestros círculos se seguía cierta jerarquía y patriarcado. Y matar a tu progenitor estaba mal visto. *Muy mal visto*. Así que seguí buscando otras opciones. No estaba más allá de contratar a un asesino, el problema era encontrar a alguien en quien confiara que no se pondría contra mí.

—¿Cómo murió la hermana de Liam? —pregunté.

—Me picó la curiosidad y lo busqué —comentó Dante, y por el tono de su voz, supe que no me iba a gustar lo que iba a venir—. Murió tras recibir un disparo. Su hijo nonato tampoco sobrevivió.

—Maldición —murmuré.

—Sin embargo, es extraño —continuó Dante, con la voz baja como si tratara de darle respeto a la mujer que nunca conocimos—. No hubo mención que le dispararan ni nada por el estilo. Según la documentación oficial, su muerte fue un accidente. Ni una sola foto de ella en ningún lugar. Uno pensaría que Liam habría hecho todo lo posible para mandar a la cárcel a Gio. Si *Priest* no me hubiera contado la conversación entre tu padre y el mío, no lo habríamos sabido. No hay rastros de ella en ninguna parte de la *web.*

—Brennan debería haberlo matado —refunfuñé.

Nos habría ahorrado a todos tantos años de brutalidad y dolor. A mi madre. A mi hermana menor. Fue la razón por la que mi madre se fue. No podía soportarlo. Más aún porque no quería ver a su hijo crecer y convertirse en un monstruo como su padre. Así que tomó a Emory y huyó.

Se fue como una ladrona en la noche, aunque no era de noche. Fue en la plena luz del día cuando me dejó en el parque y me abandonó allí. Una ventaja que no la salvó. Mi padre la encontró y la mató, luego trajo a mi hermanita de vuelta. Debería haber sabido que una ventaja no habría importado. No había forma de esconderse de él. Ningún lugar a donde correr que él no

la encontraría.

Aunque tenía razón al preocuparse por mí, porque me había vuelto como mi padre. Maté a mi primer hombre a los doce años. Y aún recordaba aquel primer asesinato. La forma en que la sangre caliente y pegajosa manchaba mis manos, el olor a cobre y orina mezclado con el sonido de los gritos del tipo en el húmedo sótano. Los puños, las cuchillas y las duras palabras de mi padre me convirtieron en un monstruo.

El poder no ofrece piedad, solo brutalidad. Ese había sido mi cuento para dormir desde la muerte de mi madre.

Mirando fijamente la repetición del partido de béisbol, tanto Dante como yo perdidos en nuestros pensamientos, los fantasmas nos perseguían, acechando en la oscuridad de nuestras mentes. Excepto que vi la luz en la forma de una mujer joven.

La luz de Wynter brillaba en mi oscuridad más que la luna en el cielo nocturno. Y así seguiría siendo. Nunca dejaría que nadie apagara esa luz. Si alguien lo intentaba, se ganarían mi ira, y no dudaría en usar la brutalidad que me enseñaron.

Y lo más importante, mantendría a Wynter lejos de mi padre a toda costa. Destruía todo lo que tocaba, sobre todo a las mujeres jóvenes. Pensaba que solo servían para follar y romper. Si alguna vez se atrevía a tocarla, lo mataría. Mis manos se cerraron en puños apretados, ansiando cortarlo en pedacitos, matarlo, sin importar las consecuencias.

—Sabes que uno de estos días tendremos que deshacernos de él. —Era la primera vez que pronunciaba esas palabras en voz alta. Dante se encontró con mi mirada—. No acerques a tu mujer a él —advirtió, reflejando exactamente mis pensamientos—. ¿Por qué crees que estoy evitando la idea de comprometerme con alguien?

Lo sabía. Hasta Wynter, era exactamente lo que sentía sobre los compromisos y el matrimonio. Cuando cayó en mis brazos tres meses atrás, algo hizo *clic* en mi pecho. Aun así la dejé alejarse de mí. Sin embargo, la vida la arrojó nuevamente a mis brazos.

Tenía que significar algo. Que era mía para quedármela.

Me levanté y salí de la sala con los fantasmas pisándome los talones.

—Me voy a dar una ducha y luego a dormir. Deberías intentar descansar un poco.

Ninguno de los dos dormía mucho. Supongo que era el resultado de años de *entrenamiento*.

Mientras me preparaba para la ducha, esos viejos fantasmas me llamaron y mi mente vagó hacia el pasado que nunca visitaba voluntariamente.

Vi a mi madre salir corriendo con la pequeña Emory en brazos, sollozando. Aún era una bebé y lloraba mucho. Necesitaba mucha atención, mas no me importaba. Mientras mi madre me mantuviera con ella. A veces me mandaba con Papà al club. No me gustaba.

Aun parado en el parque lleno de felicidad y risas, lo único que sentía era mi corazón acelerado. Esperaba que se diera la vuelta. Nunca lo hizo. Ni una maldita vez.

Los minutos se convirtieron en horas. Los desconocidos me lanzaban miradas curiosas. También lo hacían los otros niños, sin embargo, no me movía de mi sitio, mirando fijamente en la dirección en que se había ido mi madre.

—Volverá —susurré en voz baja—. Volverá por mí. Me ama.

Me escocían los ojos, me palpitaba la cabeza, se me secó la boca.

El aire húmedo de agosto me dificultaba la respiración. Hacía calor y tenía la frente pegajosa de sudor. Mi estómago rugía de hambre. Pero no me moví. Me negué. Necesitaba estar aquí cuando ella volviera. Un paso en falso y podría perderla.

Tardé años en comprender que ella no soportaba mirarme. Veía a mi padre cada vez que sus ojos se posaban en mí, y si me llevaba con ella, habría sido su recordatorio de lo que soportaba con él cada maldito día.

Una sombra oscura se proyectó sobre mí y levanté lentamente la vista para encontrarme con el rostro furioso de mi padre mirándome.

—¿Dónde está tu madre? —siseó.

Parpadeé viendo a mi padre, sin tener la respuesta para él. Parecía algo borroso, así que volví a parpadear.

Me agarró por el cuello y me llevó lejos de allí. Como si fuera un pedazo de basura. Cuando llegamos a su coche, me sacudió y me aventó dentro.

—¡Deja de llorar o te daré algo por lo que llorar!

Por alguna estúpida razón, el niño de cinco años que había en mí notó que no me ponía en el asiento del coche. Mamá ***siempre*** *me ponía en el asiento del coche.*

Mi padre se puso al volante y pisó el acelerador tan fuerte que salí volando de mi asiento y mi frente se golpeó contra el respaldo del asiento delantero. Me costó levantarme, luego volví a subirme al asiento, después busqué el cinturón de seguridad y tiré de él sobre el pecho para abrocharlo.

No tenía ni idea de cuánto tiempo habíamos conducido. Mi padre ladró varias veces para que me detuviera, pero no estaba seguro qué detener. Mis ojos seguían los autos y edificios que pasaban, luego la autopista. El viaje duró demasiado y no lo suficiente. Se me revolvió el estómago, amenazando con vaciar el contenido, pero en el fondo sabía que eso me valdría una paliza.

Mamá no estaba aquí para detenerlo.

El vehículo se detuvo de repente. Antes de que pudiera parpadear, la puerta del auto se abrió y Papà me golpeó con fuerza en mi rostro.

—¡Deja de llorar!

Me agarró por la camisa, mirándome con desprecio, pero debía de seguir llorando porque me pegó aún más fuerte.

—Vamos —ordenó, jalándome del brazo. El vecindario era hostil, las miradas que nos lanzaban se volteaban rápidamente.

—Esa puta cree que puede huir de mí —reviró, con el rostro retorcido por la rabia—. Llevarse a mi hija. —Me agarró el brazo con más fuerza, jalándome. Me dolía el hombro, sus dedos se clavaban en mi extremidad, pero no me atreví a hacer un sonido.

Llegamos a una puerta desgastada, a través de la cual sonaba el llanto familiar de un bebé. Padre no se molestó en tocar. Abrió la puerta de una patada y unos familiares ojos castaños oscuros llenos de miedo nos miraron a Padre y a mí.

Los gritos llenaron el pequeño y sucio espacio. El cuerpo de mi papà chocó contra el de mi madre y sus gritos subieron de tono. También los de mi hermana pequeña. Corrí hacia ella, la levanté del suelo y la puse en mi regazo. Como me enseñó mi madre. Era la única forma en que me dejaba cargar a mi hermanita, y mientras sus gritos subían de tono, yo me esforzaba por calmarla.

Vi con los pulmones apretados cómo Papà volvía a golpear a mamá.

—¡Para! —grité, con la voz temblorosa—. ¡Para! ¡Papà! Por favor.

Su rostro se transformó en una máscara fea y aterradora cuando su ira se dirigió hacia mí. Me preparé porque sabía que iba a recibir otro golpe. Moví el cuerpo y protegí a mi hermanita en el regazo, justo cuando mi padre me golpeó. Su palma tocó mi mejilla derecha, la sensación de ardor fue instantánea y los ojos se me llenaron de lágrimas.

Luego volvió a centrar su atención en mi madre, sacó un cuchillo y lo empuñó con fuerza. Observé con horror cómo daba dos zancadas y le cortaba el cuello antes de que pudiera abrir la boca y suplicar por su vida.

Me quedé helado al ver a mi madre gorgotear, ahogándose en su propia sangre y con los ojos muy abiertos por el terror. Jadeaba, con desesperación en sus ojos mientras me miraba. No, no a mí... a mi hermanita. Mi padre la empujó al suelo y la sangre se acumuló rápidamente a su alrededor, alejándola cada segundo más y más de mí. De nosotros.

El olor a cobre se mezclaba con el perfume de mamá y aromatizaba el aire. Observé cómo la luz se apagaba lentamente de sus ojos castaños oscuros, dejando un horror helado en su rostro. Triste y sola, asustada, observándome fijamente.

Excepto que no me veía.

Fue el primer cadáver que vi, pero no iba a ser el último.

Con el tiempo, supe que mi padre había instalado un *chip* en mi madre que le permitía rastrearla. Estaba condenada desde el principio.

Ese mismo día, después de dormir unas horas, recibí un mensaje de mi padre. Quería vernos a Dante y a mí.

«Qué mala sincronización», refunfuñé en silencio.

Esperaba que después de todo el calvario con *The Eastside*, no hubiera necesidad de verlo. Al menos durante unas semanas.

Dante me miró interrogante.

—¿Por qué demonios quiere *verme*?

Hice una mueca.

—¿Quieres que le de ese mensaje?

Se burló, aunque parecía haberse tomado un trago amargo.

—No. Todos sabemos cuánto le gusta que lo *cuestionen.* —Su voz contenía sarcasmo al hacer su comentario—. Debería haberme ido anoche, ahora tengo que hablar con él antes de ir al aeropuerto.

—Estoy seguro de que tu avión no saldrá sin ti —repliqué secamente—. Vamos para que puedas volver a Chicago.

Cuando llegamos frente a la mansión en *Fifth Avenue*, tuve que luchar contra el impulso de reducir a cenizas todo el maldito edificio. Odiaba este puto lugar. Odiaba al imbécil de mi padre. Y, sobre todo, odiaba la oscuridad que prosperaba en los recuerdos que este lugar evocaba.

Estacionando mi coche al pie de las escaleras que conducían a las puertas dobles, tal y como le molestaba mi padre, Dante y yo salimos del auto y subimos las escaleras. Este lugar estaba mejor protegido que la Casa Blanca. Había cámaras de alta tecnología por todas partes y

guardias.

Nos encontramos con Thalia, la hija de Emilia y la mujer que mi padre le compró a Benito King en la subasta de las *Bellas y Mafiosos* hace unos cinco años.

Estaba en el vestíbulo, mirando la salida con nostalgia. Demonios, quería sacarla de este infierno. Tenía la cara manchada de lágrimas y un moretón negro le marcaba todo el lado derecho de la cara.

Gimió al vernos y retrocedió un paso. Tanto Dante como yo nos quedamos quietos.

—Mierda —murmuró.

No tenía buen aspecto. Probablemente la razón por la que se había quedado dentro de la casa. Esperando a que sus moretones se desvanecieran antes de mostrar su rostro en público.

La brutalidad de mi propio padre me llenaba de rabia. Una cosa era golpear a los hombres y torturar a los traidores. Otra muy distinta era abusar de los inocentes que no podían defenderse. Mi padre era diez veces más fuerte que Thalia, incluso a su edad.

Y Thalia solo tenía veinticinco años. No había hecho nada para merecer esto.

Acabaría matándola uno de estos días, igual que mató a la hermana de Brennan. No me extrañaba que Liam nos odiara a muerte.

—Thalia, deberías dejar que te ayudemos —susurré tan bajo que solo ella y Dante podían oírme.

Sacudió la cabeza.

—Matará a mi madre.

Apreté la mandíbula. Thalia se preocupaba por su madre y esa maldita zorra solo pensaba en sí misma.

Mi teléfono zumbó y abrí el mensaje sin comprobar de quién era.

Wynter: Lo siento mucho. Tengo que salir de la ciudad. ¿Podemos vernos cuando vuelva?

Yo: No tardes mucho.

Solo había pasado menos de medio día y ya la extrañaba. La quería siempre conmigo. Aunque una parte de mí sabía que eso no sería posible. No con mi padre cerca.

Al oír unos pasos que eran inconfundiblemente los de mi padre, volví a meter el teléfono en mi bolsillo mientras Thalia se alejaba a toda prisa. Probablemente quería estar en cualquier sitio menos donde estaba mi progenitor. No es que pudiera culparla.

—*Ah*, aquí están. —Su voz retumbó en el gran vestíbulo. Realmente no estaba de humor para hablar con él. El odio que sentía por él era profundo y nunca se calmaría. No hasta su último aliento.

Se nos acercó, vestido con su traje de tres piezas, sin pistola. Parecía tan seguro de sí mismo que creía que no la necesitaba. Sería tan fácil sacar mi arma y dispararle. Excepto que sabía que su transmisión de vigilancia iba directamente al Sindicato. Maldito desgraciado enfermo.

Mientras se paseaba por su casa sin armas, yo siempre llevaba mi pistola conmigo. Cuando dormía, estaba en mi mesita de noche o debajo de la almohada. Nunca se sabía cuándo iba a llegar un ataque.

—Querías vernos —dije fríamente.

—Sí, vamos a mi despacho. —Se dio la vuelta y se dirigió hacia los pasillos, que llevaban a la parte trasera de la casa, donde estaba su oficina. Esperaba que lo siguiéramos como perros y lo odiaba.

Dante y yo compartimos una breve mirada, pero no dijimos nada. Sabíamos que no debíamos decir nada delante de él.

Una vez en su despacho, cerré la puerta y me metí las manos en los bolsillos. Así era más fácil ocultar las ganas de pegarle a mi padre. Me apoyé en la repisa de mármol de la chimenea, manteniendo la compostura relajada y la expresión aburrida.

Dante hizo lo mismo, salvo que se sentó y apoyó el tobillo en la rodilla mientras se reclinaba en la silla con una expresión igualmente aburrida.

Mi padre estaba sentado detrás de su escritorio y nos observaba. Le gustaba mostrar su poder, además de ejercerlo. Aunque estaba demasiado ciego para ver que poco a poco se le escapaba de las manos. Era demasiado arrogante, estaba demasiado seguro de ser invencible.

Ni Dante ni yo rompimos el silencio. Quería vernos retorcernos, sin embargo, ya no éramos niños. Habíamos hecho y visto nuestra cuota de brutalidad, y el silencio no nos molestaba en lo más mínimo. Excepto que me dejaba contemplar algunas formas más creativas de matarlo.

Sostuve su expresión, ocultando todos mis planes y mi agitación en el fondo, donde él nunca los vería. Después de todo, tuve dos décadas para perfeccionarlo. A mi viejo le gustaba provocar, y no le daría esa satisfacción.

—Los rusos atacaron a Brennan. —Padre rompió finalmente el silencio, con una sonrisa benévola en sus labios—. Creen que tiene algo suyo.

—¿Qué es? —pregunté, ocultando mi curiosidad tras un tono aburrido.

—Una mujer —indicó con expresión sombría.

Una mujer sería la perdición de mi padre. Lástima que no pudiera llegar ya.

—Estoy seguro de que Brennan tiene muchas mujeres a su disposición —aseveré, encogiéndome de hombros—. ¿Tenemos detalles específicos?

—Es la bisnieta de un poderoso *Pakhan* —refunfuñó, con amargura en la voz—. Se supone que tanto su madre como su hija están muertas. —Dante y yo compartimos una mirada, mas ninguno pronunció alguna palabra. Era mejor que papá no se enterara de nada—. El rumor es que tanto la madre como la hija están vivas y bien, escondiéndose del bajo mundo. El *Pakhan* quiere recuperarlas.

—¿Por qué suena como si quisieras encontrarlos antes que el *Pakhan*? —cuestioné secamente.

—Nos daría una ventaja —comunicó, con la expresión cruel y oscura que había llegado a conocer bien acechando en sus ojos—. No solo sobre los rusos, sino también sobre los irlandeses.

Dios, me enfermaba. Mis dedos se movieron, la necesidad de sacar mi pistola y meterle una bala entre los ojos era tan fuerte que mis músculos rebosaban tensión. Si encontrábamos a las princesas perdidas de la mafia rusa, me aseguraría de que desaparecieran antes de que él les pusiera las manos encima. No repetiría el mismo error que con Thalia. Si ella me dejaba ayudarla, también la haría desaparecer.

—¿Cómo se llama la chica? —indagué—. ¿Qué edad tiene la niña?

—Tendría unos veinte años —informó papá—. Su madre era un buen pedazo de culo. Estoy seguro de que su hija también. Está en sus malditos genes.

Mis manos se cerraron en un puño y la culpa de tanto tiempo atrás se agolpó en la boca de mi estómago. No salvé a mi propia madre, tal vez podría salvar a esta mujer y a su hija. Al menos de mi viejo.

—Ni Brennan ni los rusos son de nuestra incumbencia —declaré—. Si encontramos o escuchamos algo, seguiremos la pista.

Aunque solo para alejarla de este imbécil. Se me revolvía el estómago al pensar lo que mi padre les haría a las mujeres. Lo que le hizo a Thalia. Ese temido miedo a que las palabras de mi madre se convirtieran en verdad siempre acechaba en lo más profundo de mi mente. Sí, la crueldad corría por mis venas. Me la habían metido a golpes, pero ahí era donde yo ponía el límite. No le haría daño a una mujer *inocente*. Traicióname y te haré pagar.

—Este es el momento débil de Brennan —protestó mi padre. Siempre quería ponerse en modo de ataque con los Brennan—. Podríamos eliminarlo a él y a su desgraciada familia de la faz del planeta.

Me sorprendió que Brennan permitiera a los rusos volver a la ciudad si, de hecho, su hermana y su sobrina estaban vivas. En los últimos veinte años, los rusos atacaban aquí y allá, mas siempre era esporádico. No tenían presencia en New York. No desde hace algunos años. Hasta hace unos tres meses. Por toda la información que tenía, se peleaban con los rusos peor que con nosotros los DiLustro, y era mucho que decir ya qué nos odiaba a muerte.

—No es un buen momento. —Sin mencionar que estreché su mano y le di mi palabra de que tendríamos paz. Me negaba a romperla.

—Deberíamos aprovechar la oportunidad y atacar a Brennan —insistió Padre con obstinación. La alerta se disparó por mi espalda, pero mantuve mi cara inexpresiva—. No puede luchar contra ambos. Deberíamos golpearlo en su punto más débil.

Dejó que su rabia o sus celos, o la maldita venganza personal que tenía con los Brennan, dictaran su comportamiento. Lo hacía estúpido e imprudente. Sin embargo, no faltaré a mi palabra. Mi promesa a Liam Brennan fue que me mantendría en el Lado Este, siempre y cuando él se mantuviera en el Lado Oeste de New York.

No tenía intención de romper mi acuerdo.

—Brennan tiene alianzas —comenté con calma—. Con Cassio King y su banda. Buscar una pelea con él significaría ir contra todos ellos.

Padre agitó la mano como si fuera nada.

—Tenemos a Chicago, Philadelphia y Las Vegas para apoyarnos.

Apreté la mandíbula con fuerza. No había nada que deseara más que acercarme a él a grandes zancadas y rodearle la garganta con mis manos, y luego contemplar cómo aquella luz cruel se extinguía en sus ojos. Igual que la extinguió en los ojos de mi madre cuando la degolló.

Pero la Mafia nunca aceptaría el parricidio. Si permitían que un hombre matara a su padre, otros lo seguirían.

—Y Brennan tiene a Cassio King y su gente —repetí—. Esa banda es mucho más grande.

—Tenemos al *Sindicato* —objetó, golpeando la mesa con el puño e ignorando la razón. A aquel desgraciado nunca le gustaba escuchar razones—. ¿Qué dices, Dante? —indagó a mi primo, sonriendo con una mueca de autosatisfacción.

—Somos fuertes —alegó diplomáticamente Dante, dedicándole una sonrisa tensa—. Aunque ahora estamos luchando contra *The Unione Corse* en Philadelphia y contra los canadienses en Chicago. Alessio Russo, quien también es cercano con Cassio King, nos tiene en la mira. Sería difícil apoyar otro combate.

La Unione Corse era una mafia corsa. Su sede y principal operación estaba en Córcega y Marseille, pero también tenían presencia en Estados Unidos. Llevaban años intentando expandirse, y solo gracias a *Priest* y a nuestros esfuerzos no lo consiguieron.

En resumidas cuentas, Dante y *Priest* tenían las manos llenas sin añadir otro lío que podría evitarse.

—Necesitamos que los Brennan se vayan —expresó con voz extraña, y cada fibra en mí se

puso en alerta—. Han sido una espina en nuestro costado durante demasiado tiempo.

Entrecerró los ojos y mis músculos se tensaron. A decir verdad, rara vez pensaba en los Brennan. No me molestaban. Había muchos tratos que hacer para dividirlo en veinte partes. Liam se dedicaba principalmente a sus cosas y nosotros a las nuestras. Excepto cuando mi maldito padre intentaba provocarlo.

Me obligué a relajarme. Empecé a pensar que sería inevitable que algún día mataría a mi propio padre, aunque no podía ser hoy. No en su propia casa. Tendría que matar a todo su equipo y eso sería difícil de ocultar.

—Si los rusos ya lo están atacando, ¿por qué no dejarlo pasar? —cuestioné en su lugar, con una sonrisa fría—. Que acaben con él.

Lo observé a los ojos, insistiendo mi punto. Me picaban las manos para desenfundar la pistola, pero me obligué a permanecer inmóvil.

Entornó los ojos hacia mí y luego hacia Dante. ¿Se daba cuenta de que todos lo odiábamos? No lo creía. Dante era tan bueno como yo ocultando sus emociones. La crueldad corría por las venas de los DiLustro y llegaba directamente a nuestros corazones.

Entonces, como si se hubiera dado cuenta, mi padre soltó una carcajada.

—Tienes razón, hijo. Dejaremos que los rusos acaben con él. —Luego me dio esa sonrisa que conocía tan bien. La que decía problemas—. Ahora háblame de esa chica de la que me ha mencionado Emilia.

Me invadió la ira. Forcé mi cuerpo a permanecer inmóvil o arriesgarme a volar sobre su escritorio y matarlo. Emilia tuvo que habérselo dicho. Pagaría por eso

—Solo una chica que me encontré en un club. No es nadie. —*«Ella lo es todo»*. Pero ese sentimiento permanecería enterrado en lo profundo para que él nunca lo viera.

Revolvía unos papeles en su escritorio, aparentemente desinteresado, mas lo conocía mejor que eso. Esperaba a que tuviera un lapsus y le diera más información, porque Emilia no tenía ninguna. Era la única explicación de que supiera lo de Wynter. Esa zorra probablemente esperaba ganar algunos puntos con el idiota.

—Solo recuerda, Basilio —advirtió, levantando los ojos y estrechándolos hacia mí—. Las mujeres solo sirven para follar. No olvides lo que le pasó a tu madre.

La ira me hervía bajo la piel y la niebla roja empañaba mi visión. Estaba listo para abalanzarme sobre él y estrangularlo con mis propias manos, cuando llegó la voz de Dante.

—Lo sabemos, tío. Nos enseñaste bien.

Demasiado bien.

Capítulo Doce

BASILIO



La frustración me arañaba el pecho.

Habían pasado varios días y mi padre no había cedido. ¡Jodida Emilia! Tuvo que abrir la boca y hablarle de Wynter. Así que, no tan solo me molestaba con borrar de la existencia a los malditos Brennan, sino también lo hacía con lo de Wynter. Quería saber quién era.

Preferiría cortarme la verga antes que hablarle de ella.

Nunca me había alegrado tanto de que ese cártel viniera de visita, interrumpiendo el interrogatorio de Padre.

Puta Emilia.

Al parecer, necesitaba un recordatorio de quién demonios era yo. Justo después de esto, iría a darle una lección a la perra celosa. Era una zorra codiciosa y sedienta de poder. Si había algo que mi padre me había inculcado, era que el perdón te hacía parecer débil.

Así que después de esta reunión, me aseguraría de hacerle una visita. Y si algo le pasaba a Wynter por soltar la boca con mi padre, la haría pedazos.

El ambiente en el lugar era tenso. Nos reunimos con el cártel en uno de nuestros almacenes, que también tenía una sala de conferencias para las reuniones con los miembros de mayor rango. Prefería no llevarlos a mis establecimientos y mi padre me dejaba bastante libertad a la hora de las reuniones.

Me senté en la silla y crují los nudillos. Debería estar concentrado en la situación de la habitación, pero solo podía pensar en Wynter. Su último mensaje decía que estaba en camino de vuelta. Y sabía dónde había estado. Por supuesto, lo sabía gracias a Dante.

Volvió en la mañana temprano después del fiasco en su casino. Mi mujer estaba directamente involucrada en ello. Su escuadrón de chicas era más problemático de lo que pensé inicialmente. Qué carajos. Wynter me aceptó por lo que era, así que la aceptaría por lo que ella era. Si le gustaba engañar y robar, a la mierda, la dejaría. Tal vez la contendría en ambientes seguros donde pudiera protegerla.

Por fin la vería mañana. No podía esperar.

La necesidad ardiente y la preocupación por Wynter corrían por mis venas. Me preocupaba lo que ella y sus amigas estuvieran tramando, y que hiciera que la mataran. Me preocupaba que mi padre la estuviera investigando.

Me preocupaba por ella, y punto. Sabía que no podría soportar que le pasara algo.

La mirada de Dante parpadeó hacia mí, advirtiéndome que mantuviera la calma. Tendría mi mierda en su lugar cuando le disparara a todos estos cabrones idiotas, incluyendo a mi propio padre. No tenía tiempo para esta estupidez y esta supuesta negociación era una maldita pérdida de tiempo.

El maldito Sebastian Tijuana podría haber llamado, en lugar de insistir en una reunión cara a cara. Ya debería saber que sería a mi manera o nada.

—Diez millones de dólares por dos camiones llenos y...

—Siete millones —interrumpí al jefe del cártel Tijuana, mi voz permaneciendo impasible. Escuché que el hermano del desgraciado le hizo pasar un mal rato a Raphael Santos. De ahí la razón de su prematura muerte—. Una semana. Un cargamento aquí y el otro en Philadelphia. Tómalo o vete a la mierda.

No tenía tiempo para esta ridiculez. Había muchos distribuidores en el mercado y este imbécil lo sabía. Sebastian Tijuana no era tonto, y mucho menos ignorante para no darse cuenta de que me estaba cobrando de más por el cargamento de droga.

Se respiraba un aire tenso en la habitación. Podía ver incluso desde mi lugar que la tez de mi padre se ponía roja, aunque por suerte no dijo nada. Al fin y al cabo, este era mi negocio y mi almacén. Últimamente no había tenido éxito en la gestión de sus negocios. Puede que tuviera algo que ver en ello, al haberlo ido desgastando.

«La venganza es una perra y su venganza viene en camino».

Quizá si sacaba la cabeza de su trasero, y dejaba de obsesionarse con los Brennan, se daría cuenta. Tal vez incluso tendría éxito en el crecimiento de algunas de sus propias malas relaciones. Su perdida, mi ganancia.

—Siete millones —asintió Sebastian, poniéndose de pie. Nos dimos la mano y salió por la puerta.

¡Gracias a Dios!

Si tan solo mi padre lo siguiera, el día mejoraría.

—Bueno —expresó mi padre desde el asiento de detrás de mí—, si así es como llevas los negocios, hijo, no sé cómo seguimos activos.

Apreté los dientes. Apenas se movía con sus ideas antiguas y obsoletas. La Mafia Italiana prosperaba gracias a los negocios que hacíamos Dante, *Priest*, Emory y yo. Aunque en ese preciso momento, los negocios eran la menor de mis preocupaciones.

—No es buen negocio molestar a los proveedores, Basilio —continuó Padre, reclinándose en su silla, con los ojos clavados en mí—. ¿O esto tiene algo que ver con la rubia libertina de la que me habló Emilia?

Decidí que la mataría. La despellejaría viva. Debería haberla matado cuando vendió a Thalia para saldar su deuda.

—Salió todo bien —afirmé, mirando hacia la mesa donde mi padre estaba sentado con Angelo, su mano derecha—. No permitiría que nos jodiera.

—¿Y la puta? —No podía dejarlo ir, aunque había algo en la petulancia de sus ojos que me desagradaba.

—Como he dicho, no es nadie. —Un borde oscuro se deslizó en mi voz.

Me negaba a hablarle de Wynter. Mi padre tenía tendencia a destruir las cosas buenas. Y, primero muerto, antes que permitirle siquiera intentar contaminar a esa mujer de cabellos dorados que sonreía inocente y feliz.

Wynter y sus amigas podrían tener algunas actividades sospechosas, pero no las juzgaría. Tal vez les faltaba dinero y esta era la única forma de conseguirlo. Me aseguraría de que a Wynter nunca le faltara nada. Tenía dinero de sobra para mantener cualquier cosa que tuviera en marcha.

Aunque la revelación de Dante seguía sin tener sentido para mí. Una partida de póquer con trampas y algunos daños materiales en su casino, *Royally Lucky*, en Chicago. Allí es donde fueron Wynter y sus amigas, la razón por la que me canceló, costándole a Dante un par de

cientos de miles de dólares en ingresos perdidos. Dante reconoció a la mujer que había visto con Liam y el resto de las chicas que bailaban en la barra de *The Eastside Club*.

Al parecer, había un escuadrón de chicas de *Misión Imposible* entre las cuatro mujeres. Aunque tengo que admitir que me impresionaron las habilidades de juego de Wynter. Estaba claro que contaba cartas y nunca me habría imaginado que fuera capaz de hacerlo. Por suerte, Dante era mi primo, pero si hubieran entrado en uno de los negocios que tenía mi padre o alguien como él, estarían muertas.

Había empezado a comprar aquellos clubes que me parecía que podría estar planeando robar junto con sus amigas. Era eso o le pondría fin. Por el bien de Wynter.

Me había dado cuenta de que había estado suspirando por Wynter desde que cayó en mis brazos por primera vez hace tres meses. Pensaba en ella con demasiada frecuencia desde esa noche, sin embargo, acepté que seguiría siendo un misterio para mí. Era mejor de esa manera, para ambos.

Pero entonces nos cruzamos de nuevo y la hice mía, le gustara o no. Y le gustaba, al igual que a mí. Tenía un cuerpo en el que quería enterrarme. Sus sonrisas eran mi versión personal del cielo. No hacía falta ser un genio para darse cuenta de que mi control se estaba perdiendo a su alrededor y apenas habíamos empezado.

Estaba obsesionado con Wynter, cayendo rápido, furioso y profundo. Sabía que debía casarme rápido con ella.

Viendo que no conseguiría nada conmigo, mi padre se levantó y nos hizo un gesto con la cabeza a Dante y a mí antes de salir de la habitación. Se ganó su diez por ciento solo por sentarse aquí y molestarme. *¡Desgraciado!*

Cuando la puerta cerró, Dante rompió por fin el silencio.

—Tienes que disimularlo mejor, Basilio —señaló—. Te juro que veo humo saliendo de tu cuerpo. Está a punto de iniciar un incendio forestal y consumirlo todo.

Le mostré el dedo medio. No tenía ni idea de lo bien que era sentir el pequeño cuerpo de Wynter apretado contra mí. El momento en que sus labios conectaron con los míos fue lo más *vainilla* que había experimentado en más de una década. Sin embargo, me inquietó más que cualquier otro acto sexual que hubiera realizado. Se repetía sin parar en mi mente.

La forma en que gemía en mi boca. El olor de su excitación. La necesitaba y no había necesitado nada en mucho tiempo.

Joder.

Dante tenía razón. Debería ocultarlo mejor.

—¿Cuál es tu plan con la mujer de Brennan? —cuestioné. Hice que Angelo me enviara información sobre Davina Hayes. Al igual que Wynter, no tenía ninguna conexión con el bajo mundo. Bueno, excepto con Liam Brennan. Te hacía preguntarte cómo demonios se habían juntado esos dos, teniendo en cuenta su marcada diferencia de edad.

Se encogió de hombros.

—Le cobraré las pérdidas del póquer y los daños.

Todavía no podía asimilar las imágenes de Wynter jugando póquer. Más aún, lo buena que era. Si hubiera sabido que estaría en Chicago, en el casino de Dante, me habría asegurado de estar allí. Entonces la habría tomado y me habría pasado días enterrado dentro de ella. Se veía como un millón de dólares caminando por el casino como si fuera la dueña del lugar. Y la forma en que mantenía la calma mientras jugaba era excitante.

La mujer me estaba sorprendiendo.

—Llamemos al imbécil irlandés —anunció Dante—. Es la única razón por la que volé de

vuelta a New York.

Así que llamé a Liam desde el altavoz de la sala de conferencias. No tardó nada en contestar.

—¿Qué? —ladró.

—¿Así es como saludas a todos tus socios? —indiqué, molesto por tener que volver a hablar con él.

—Solo los fastidiosos —gruñó—. Y estás lejos de ser mi socio.

—Todos necesitamos metas —contesté, aunque la verdad era que me importaba un bledo ser socio de Liam.

—¿Por qué me molestas, DiLustro?

Asentí a Dante. Más le valía explicarlo. Lo único que me importaba era que el nombre de Wynter quedara fuera de esa conversación.

—La mujer de *The Eastside Club* estaba en mi casino —informó Dante.

—Arruinó su primer piso y le costó a Dante ganancias de días de negocios —añadí para que entendiera que habría una factura que pagar.

—¡¿Ella qué?! —bramó Liam con un gruñido—. ¿Me estás jodiendo?

Mis labios se curvaron en una sonrisa. Rara vez había visto al hombre enfadado, pero fuera quien fuera aquella mujer, se las había arreglado para llegar al desgraciado irlandés. Ya me caía bien.

—No eres mi tipo —repliqué secamente.

—Ni el mío. Aunque tu chica, por otro lado... —Dante dejó la frase sin terminar, y ya podía imaginarme al idiota en la línea echando humo de rabia.

—Se acercan a Davina y les cortaré la polla —gruñó, confirmando mis sospechas. Me importaba una mierda su mujer. Ni ninguna otra.

—Me gustaría que lo intentaras —desafié, aburrido con la conversación.

—Tengo unos cuantos años más que ustedes. Aún estaban cagando en pañales mientras me ocupaba de los colombianos, los rusos y ustedes, malditos italianos.

¡Sí, era un viejo imbécil! Si estuviera en su lugar, no le habría recordado a nadie mi edad.

—Dios, me siento querido —dije arrastrando las palabras—. ¿Y tú, Dante?

—Tan amado —se burló Dante—. ¿Enviaste a tu mujer a mi casino?

—Dime exactamente qué pasó —ordenó, evitando la pregunta. Confirmó mi sospecha de que no tenía ni idea de lo que hacía su mujer.

—Debió de tirar de la palanca de emergencia, arruinando las ganancias de la noche, y luego, para colmo, tiró aceite de lavanda por todo el suelo de mármol. El maldito edificio huele como un *spa* —narró Dante, molesto—. No es exactamente la vibra que buscaba.

—¿Estaba sola? —Brennan exigió saber.

—El casino estaba lleno, pero estaba sola —respondió Dante, con tono uniforme—. No te preocupes, viejo, no tenía otro *papi* allí con ella.

—Quiero ver pruebas —demandó. Lo esperábamos.

—Pensé que lo preguntarías —afirmó Dante—. La grabación te está llegando ahora.

Oímos el teléfono de Liam sonar por el altavoz.

—También necesito otros ángulos —requirió—. Si estuvo en el casino, tuvo que haber jugado a las tragamonedas o al menos una partida. ¿Por qué aparecería allí solo para derramar aceite de lavanda en tus preciados suelos de mármol?

—Espera un segundo —intervine, y luego silencié la línea.

—Mi mujer ya está en el radar de mi padre gracias a Emilia. No quiero que Liam también haga preguntas sobre ella —le dije a Dante—. La primera vez que la vi, saltó por su ventana. Así

que es probable que la reconozca.

¡Mierda! Se me salió y él lo supo por la sonrisa de complicidad que me dedicó.

—Tu mujer, *¿eh?* —Como no respondí, continuó—: ¿Lo sabe ella?

—Lo sabrá. —*«Muy pronto»*.

—Bien, Basilio. Le enviaré otros ángulos, excepto en el que vemos a tu mujer.

Desactivé el altavoz.

—Dante te está enviando grabaciones de las cámaras sur y oeste. Las otras cámaras tienen información confidencial, así que no las recibirás. —No había nada más que necesitara saber.

Un minuto de silencio y solo pude imaginarme cómo echaba humo mientras veía la cinta. Ni maldita idea de lo que pensaba su mujer arrojando aceite de lavanda en el mármol. Miré la grabación varias veces. No se me escapó cómo miraba Dante a la chica que le había dado una patada en las pelotas. Conocía bien a mi primo y sabía que la deseaba. El hecho de que ni siquiera la mencionó lo confirmaba.

—¿Cuál es el maldito daño? —Se oyó la voz de Liam. Ningún otro comentario, no es que lo esperara. Las pruebas eran bastante convincentes.

Y llegamos a otro acuerdo.

Era tarde en el día cuando me encontré frente al dúplex de ladrillo rojo de Vittorio en la ciudad. Él vivía en un lado y su madre en el otro. Su madre no soportaba a Emilia, y la anciana apenas hablaba con su hijo desde que se casó con ella. La anciana sabía, al igual que los demás, cómo Emilia sacrificaba a su hija por su propio beneficio. Mientras Thalia quedaba a merced de mi padre, Emilia se fue a casar con Vittorio y a vivir una vida mucho mejor que la de su hija.

Naturalmente, todas las madres decentes la despreciaban.

Golpeé la puerta. Una vez. Dos veces.

Luego esperé. El sonido de pasos, demasiado pesados para pertenecer a una mujer.

La puerta se abrió y me encontré cara a cara con Vittorio.

La sorpresa apareció en su rostro.

—Basilio, ¿qué estás haciendo aquí?

Me pasé un pulgar por la mandíbula, mirándolo con dureza.

—He venido a lidiar con Emilia.

Apretó los dientes.

—¿Qué hizo?

Se hizo a un lado y me indicó que entrara. Atravesé la puerta mientras me desabrochaba la chaqueta para asegurarme de tener un acceso rápido a mi funda.

Una vez que la puerta se cerró detrás de mí, le dije:

—Le advertí que mantuviera la boca cerrada sobre algo importante para mí. Y fue a mis espaldas y se lo contó a mi padre.

El disgusto cruzó su cara y el idiota parecía cansado. Casi derrotado. Aún llevaba el traje, no obstante, la corbata estaba ligeramente torcida y el cabello plateado alborotado, como si se hubiera pasado la mano por él demasiadas veces.

—Hay que ocuparse de ella, Vittorio —declaré—. Thalia está pagando el precio de su madre todos los días. Emilia puso a alguien que me importa mucho en el radar de mi padre. Ella no lo vale.

—Thalia ama a su madre —rezongó—. La destruirá.

Mi expresión se ensombreció.

—Se queda con mi padre solo para proteger a Emilia. Se muere cada día y rechaza mi ayuda para huir. Por su madre. Para protegerla. —Lo sabía, su expresión lo decía todo—. La matará uno de estos días —siseé—. Thalia tiene suerte de haber sobrevivido tanto.

Unos pasos suaves se nos acercaron, arrastrando los pies por el suelo de madera. En cuanto Emilia nos vio, sus pasos se detuvieron y nos observó con aquellos ojos oscuros. El sonido de la ciudad zumbaba afuera, pero no se comparaba con la atmósfera volátil del interior de esta casa.

—¿Qué estás haciendo aquí? —susurró, con los ojos muy abiertos. Llevaba una bata roja de satén y el cabello oscuro suelto sobre sus hombros. Me revolvía el estómago que viviera rodeada de lujo y satisfacción mientras torturaban a su hija a treinta minutos de distancia.

—¿Qué te dije cuando fui a tu tienda? —pregunté, aparentemente despreocupado.

Me sostuvo la mirada, las mentiras y el engaño nadando en su mirada.

—*Niente*. No he dicho nada.

—Eres un pedazo de mierda —siseé—. No dudas en destruir a quien se cruza en tu camino, incluida tu propia hija.

—Amo a mi hija —gimoteó.

Patética, egoísta mentirosa.

—¿Cuándo fue la última vez que visitaste a Thalia? —indagué, entrecerrando los ojos. Como no respondió, le dije—: Ha pasado un maldito año entero.

No se merecía a su hija.

Miró a Vittorio esperando ayuda. Ella también arruinó su vida, saliendo por ahí y poniendo en ridículo su buen corazón. ¿Por qué él la apoyaría?

Al darse cuenta de que su esposo no la ayudaría, Emilia enderezó los hombros y levantó la barbilla.

—Mi relación con mi hija no es de tu incumbencia —espetó—. Y Gio es el jefe, no tú.

Maldita zorra.

—¿Cómo quieres pagar por tu traición? —inquirí sin emoción—. ¿Rápido y relativamente suave? ¿O largo y muy doloroso?

Era más de lo que se merecía, aunque había salido más bien parada que su hija.

Su expresión decayó por un momento, aunque luego se recompuso.

—D… debes estar bromeando. Tu padre no lo permitirá.

—Te advertí que mantuvieras la boca cerrada, ¿no? —reviré fríamente, mirándola con dureza.

—No dije nada —mintió de nuevo.

Los labios de Vittorio se adelgazaron. La culpa se reflejaba claramente en el rostro de Emilia. Ambos compartimos una mirada. No hicieron falta palabras. O lo hacía él, o lo haría yo.

Inclinó la cabeza, permitiéndome acabar con ella. No es que su permiso significara mucho. O era él quien apretaba el gatillo. O yo.

Saqué mi pistola y luego el silenciador, mi mirada helada sobre ella. Abrió la boca para gritar, mas ni un solo tono salió de su garganta.

Se oyó un *estallido* sordo en la habitación, la sangre salpicó la madera y ella se desplomó en el suelo.

La perra estaba muerta.

Capítulo Trece

WYNTER



Me moría de ganas de volver a verlo.

Las chicas y yo fuimos a Chicago. Teníamos un brillante, o no, plan para jugar en el *Royally Lucky* Casino. Jugué póquer y gané trescientos mil. Conté las cartas, por supuesto. Solo las chicas lo sabían. La estrategia de salida no fue tan elegante como la de entrada, pero salimos de allí intactas.

Vi cómo el semáforo se ponía en rojo y gemí en silencio. Davina conducía demasiado despacio. Siendo realistas, respetaba el límite de velocidad y las leyes de tránsito. Era la razón por la que siempre la dejaba conducir mi Jeep. A diferencia de Juliette, Davina era responsable. No obstante, hoy deseaba que acelerara por la autopista y me llevara a mi destino cuanto antes.

Le dije a Bas que tenía clase de *ballet* con *Madame* Sylvie y que podría verlo después. Le pareció bien y me preguntó si estaría dispuesta a ir a Philadelphia con él. Nuestra pequeña escapada de fin de semana. Por supuesto, le dije que sí e inmediatamente preparé mi maleta con ropa bonita, ropa para correr y la ropa interior más *sexy* que pude encontrar.

Ojalá pudiera faltar a clase de *ballet.* Había perdido las de los dos últimos días. No asistir a otra era un definitivo no. Le avisaría a mi madre, así que era mejor que me adhiera a mi horario.

En cuanto entramos en el estacionamiento del edificio de *Madame* Sylvie, lo vi vestido con su traje de tres piezas, apoyado en su elegante McLaren negro. Tenía demasiados coches.

Mi corazón se agitó, sus ojos ya estaban sobre mí. No esperaba que estuviera allí. Dijo que me recogería después de mi clase.

Me miré y di gracias a todos los santos por arreglarme y secarme el cabello. Lo hice para que a *Madame* Sylvie no le pareciera raro que llegara con una ropa y me fuera con otra. Llevaba unos *shorts* en *jeans,* una blusa rosa brillante y unos *flats* rosas a juego, y el cabello recogido en una cola alta.

—Llámame si me necesitas —susurró Davina una vez que se estacionó. No la necesitaría; tendría a Bas. Me incliné hacia ella y le di un beso en la mejilla, sin poder evitar una sonrisa de felicidad.

Luego agarré mi bolso del asiento trasero y la dejé, corriendo hacia Bas. Lo había extrañado en los últimos días. Intercambiamos algunos mensajes, pero no era lo mismo que estar con él. Me esperaba con las manos en los bolsillos, aunque sus ojos fijos en mí, y el corazón me latía a mil por hora.

Su mirada oscura y ardiente se cruzó con la mía y sentí un calor intenso en la boca del estómago, que luego se extendió a través de mí como un reguero de pólvora. Era la misma vista que me dirigió antes de besarme. Como si lo fuera todo y fuera lo único que quería y necesitaba.

Me consumió sin siquiera intentarlo. Mi respiración se ralentizó y mi corazón bailó mientras

sus ojos recorrían mi cuerpo. Me detuve a escasos centímetros de él. Mi piel zumbaba de emoción y ansiaba volver a sentir sus manos sobre mí.

—Hola, Bas —suspiré, con el corazón martilleándome contra las costillas—. No pensé que estarías aquí todavía.

—Me moría de ganas de verte —admitió suavemente y levanté la cara hacia la suya. Su presencia era grande y podía intimidar, sobre todo si creías todos los rumores sobre los DiLustro. Sin embargo, no sentía nada de eso cerca de Bas.

La brisa que nos rodeaba se calentaba y mis pechos hormigueaban ante la expectativa de sentir su duro cuerpo apretándose contra el mío. Todas estas emociones por él inundaron mi torrente sanguíneo, calándome hasta los huesos.

Se inclinó hacia mí, su aliento caliente contra el lóbulo de mi oreja.

—Te he echado tanto de menos.

La aspereza de su voz me recorrió el cuello y un escalofrío bajó por mi espalda. Me puse de puntillas y apreté la boca contra su cuello, con su calor quemándome los labios. Sabía tan bien.

Como el pecado, el *whiskey* y las malas decisiones. Como un hombre que me quería por mí. No la patinadora artística. No la atleta. No la mujer que batió récords. Solo *yo*.

Nunca había deseado tanto deshacerme de mi horario estricto como ahora.

—También te extrañé —murmuré contra su cuello, con su fuerte pulso vibrando directamente en mi interior. Su mano me rodeó la cintura y tiró de mí contra él.

—Bien. —Carraspeó, con voz grave—. Quiero que me eches tanto de menos que nunca te irás.

Capítulo Catorce

BASILIO



J*ódeme.* Era preciosa cuando bailaba.

No podía apartar los ojos de su figura. A pesar de su pequeña estatura, era bastante fuerte. Fui testigo de ello al ver sus saltos y aterrizajes.

Durante la última hora, la observé bailar con una mirada decidida en su rostro. Ella y su pareja de baile repetían el mismo movimiento una y otra vez. No me pareció un movimiento de *ballet*, pero qué demonios sabía. No veía *ballet*. Todo lo que sabía era que era impresionante. Absolutamente hermosa.

La atrapé moviendo los hombros un par de veces mientras su profesora francesa no paraba de decirle estupideces. Tuve que luchar contra el impulso de ir a callar a la mujer. Fuera lo que fuera lo que le estaba diciendo a Wynter, no era bueno, porque prácticamente podía saborear la tensión de Wynter.

—Otra vez —ladró *Madame* Sylvie con su marcado acento. La piel de Wynter brillaba con una capa de sudor. Tenía que estar agotada, sin embargo, se negó a pedir un descanso.

Los ojos de Wynter miraron el reloj, *Madame* Sylvie lo captó y esta la miró con el ceño fruncido, luego una retahíla de palabras en francés salió de su boca. Wynter se encogió de hombros y murmuró algo que no pude oír.

Fuera lo que fuera, a *Madame* Sylvie no le agradó.

—*Encore* —exigió. *Otra vez.*

Wynter se giró hacia su compañero y le dijo algo, luego ambos asintieron. Más pasos, movimientos tan sincronizados que era hipnotizante verlos. Entonces su compañero la lanzó tan alto en el aire, que se me paró el maldito corazón. Quería irrumpir en el estudio y darle una paliza.

Wynter giró en el aire, luego cayó de pie y se equilibró.

—*¡Bien!* —exclamó Madame Sylvie—. *¡Bien!*

—Por fin, maldición. —Escuché decir a Wynter, ganándose una mirada fulminante de su instructora mientras mis labios se curvaban en una sonrisa.

Mi teléfono zumbó y miré los mensajes. Eran de *Priest.*

Priest: La suite presidencial es toda tuya. Será mejor que aparezcas, idiota.

Entonces le mandé un mensaje a Dante.

Yo: ¿Tienes todo listo para sacar a Thalia?

Ahora que su madre estaba muerta, la sacaríamos. Le habíamos encontrado un lugar y suficiente dinero para que nunca tuviera que trabajar.

La respuesta de Dante llegó al instante.

> Dante: Mientras estás teniendo sexo en Philadelphia, la tendré fuera y escondida. El viejo nunca la encontrará.

Antes de que pudiera responder, la puerta de la suite se abrió y los ojos de *Madame* Sylvie se entornaron hacia mí.

—¡Ah! Por esto está distraída —protestó con su marcado acento francés—. ¡No chicos! Nada de chicos.

Wynter vino justo detrás de ella y puso los ojos en blanco, luego me agarró de la mano y me arrastró fuera.

—Le gusta torturar a la gente —se quejó Wynter, todavía con el leotardo puesto—. Tengo que ducharme. Sé que esto ha durado más de cuarenta y cinco minutos. ¿Tenemos tiempo?

—Sí, tómate tu tiempo.



—Ves, sabía que nos traerías aquí en una pieza —alabé, recostado en el asiento del copiloto de mi McLaren mientras Wynter estacionaba el coche delante del edificio del club y hotel de mi primo en Philadelphia.

Me miró de reojo y luego puso los ojos en blanco.

—Bas, o estás loco o ciego. Casi choco con otro vehículo al menos tres veces. Y no me llores cuando encuentres un rasguño en tu caro y lujoso coche —me advirtió.

Sonreí ampliamente.

Fue la mejor manera que se me ocurrió para distraerla de su clase de *ballet.* O empezaba a besarme con ella o hacía que nos llevara a Philadelphia. Hubiera preferido lo primero, pero besarme con Wynter en el estacionamiento del edificio de *Madame* Sylvie no era ni el momento ni el lugar.

—Y tampoco me envíes la factura —lanzó, entrecerrando los parpados, pero su amenaza quedó arruinada por un brillo travieso en sus ojos—. Pude haber destrozado tu auto. O peor aún, haberte hecho daño. Nunca había conducido un coche con palanca de cambios.

—Es solo un auto —la tranquilicé—. Y presté atención todo el tiempo. Nunca dejaría que te pasara algo.

Jalé la manilla y salí del vehículo, luego di la vuelta para ayudarla a salir, mientras agarraba su bolsa de viaje y mi propia bolsa del asiento trasero.

Rodeándola con mi mano, entramos juntos en el club y hotel del que era propietario mi primo *Priest*.

—Ahora, quiero que te relajes y disfrutes de nuestras pequeñas vacaciones —requerí.

—¿Compartiremos habitación? —preguntó con curiosidad.

—Tenemos la *suite* presidencial. Hay lugar de sobra para que duerman diez personas. —Me detuve y ella también lo hizo, su cara se giró hacia mí con curiosidad—. Wynter, no quiero que te preocupes por nada.

Sus cejas se alzaron, una mirada perpleja en sus hipnotizantes ojos.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que nunca te tocaré sin tu consentimiento. —Cuando no dijo nada, continué —: Si te sientes más cómoda, puedo conseguir otra habitación y te quedas con la *suite.*

Sacudió la cabeza.

—No te atrevas a dejarme sola —advirtió, mas su voz era demasiado suave para ser eficaz—. Si me preocupara que me obligarás a hacer algo, no habría venido. —Se puso de puntillas y me dio un beso en la mejilla—. Confío en ti, Bas. Así que mejor quédate en la misma habitación conmigo.

Era mía. Mía para proteger. Y mía para amar.

Capítulo Quince

WYNTER



Estaba acostumbrada al lujo.

Mamá y Liam insistían en que nos ganáramos nuestro propio dinero para ciertas cosas, pero a Juliette y a mí nunca nos faltó nada. Sin embargo, con Bas era diferente. Se desvivía por asegurarse de que tuviera todo lo que pudiera desear. Como un par extra de *AirPods*. Para asegurarse de que pudiera salir a correr si los míos se morían porque olvidé llevar un cargador. O paquetes y paquetes de ropa y joyas dispuestos para mí. *Solo porque sí*, dijo.

Pero en ese momento, mientras paseaba por la *suite* del hotel reservada para nosotros, me di cuenta de que *esto* era el lujo. Teníamos toda la última planta del hotel con una magnífica vista de la ciudad. Me sentía como una princesa atrapada en una torre con un príncipe a mi lado, mostrándome su imperio. La ciudad resplandeciente con un río que la atravesaba.

De pie en el gran balcón de la *suite*, admiré el horizonte de la ciudad. Nunca había pensado que Philadelphia fuera una ciudad romántica, pero para mí lo sería para siempre. El cielo oscuro brillaba con las estrellas mientras las luces de la ciudad resplandecían bajo él.

—¿Te gusta? —La voz de Bas vino detrás de mí y me giré para verlo.

Se apoyó en la puerta de cristal con un cigarrillo apagado en la boca. Parecía el chico malo más guapo que había conocido o con el que me había relacionado. Había emoción en ello, aunque era mucho más que eso.

La forma en que me miraba. La forma en que me sonreía.

—Es la primera vez que vengo a Philadelphia —admití sonriendo, mientras la brisa me revolvía el cabello. Me acomodé los rizos detrás de la oreja y di un paso más hacia él—. Me gusta. —Me gustas *tú*.

Nunca había sido una cobarde. Sin embargo, no quería parecer una chica tonta e insegura enamorada del hombre que tenía adelante. Yo era mucho más que eso.

—No sabía que fumabas —comenté, porque la forma en que me observaba me inquietaba. Hizo que cada fibra de mí cobrara vida por él.

Es cierto que no sabía mucho sobre él, pero por alguna razón, nunca me había sentido tan a gusto cerca de otro ser humano. Era como volver a casa.

—Lo dejé. —Su atención se clavó en mí, y con el cielo iluminado por las estrellas, el ambiente desprendía vibraciones románticas.

En toda mi vida, nunca me habían acusado de ser romántica. Más bien realista. Pero alrededor de Bas, era como si hubiera nacido una nueva yo. Me derretía con cada dulce palabra o acción. Su mera presencia hacía que algo caliente se desatara dentro de mí, y sospechaba que solo reaccionaría así ante él. Mi cuerpo inerte esperaba ser despertado por mi príncipe azul.

Sacudí la cabeza y me burlé en silencio de esa idea.

—¿En qué estás pensando? —indagó, su voz grave hizo que me temblara el pulso.

Di otro paso, dejando medio metro de espacio entre nosotros. Debió de notar que miraba el cigarro, porque se lo quitó de los labios y me lo dio.

—No quiero que mueras de cáncer de pulmón —musité, porque admitir mis otros pensamientos no era una opción. Al menos no todavía.

Una oscura diversión se reflejó en su expresión.

—¿Me echarías de menos?

Algo se apretó en mi pecho ante la idea de perderlo. No era nada que hubiera sentido antes.

—Lo haría —concedí, agarrando su cigarrillo—. Muchísimo.

Observé cómo su hermosa boca se curvaba en aquella sonrisa medio arrogante y una corriente llenó mi torrente sanguíneo. Mi cuerpo reaccionó a él con tanta fuerza que temí que me destruiría sin siquiera intentarlo. Y se lo permitiría.

Volvieron las palabras de mi madre. *El primer amor destroza tu inocencia y acaba con tus sueños.*

Entonces, ¿por qué sentía que mis sueños en torno a este hombre me llevaban cada vez más alto? Él nunca me destrozaría.

—¿Por qué me trajiste a Philadelphia? —cuestioné en un intento de cambiar de tema.

—Mi primo dirige esta ciudad. —Mis cejas se alzaron—. Y tengo algunos asuntos de los que ocuparme.

—¿Tienes muchos primos? —indagué.

Se encogió de hombros.

—Sí. Pero solo cuentan Dante y *Priest*. Y, por supuesto, mi hermana.

—*Priest*, *¿eh?* —pregunté con curiosidad sobre su primo—. ¿Apodo?

Bas asintió.

—Recita los últimos sacramentos a los hombres antes de acabar con ellos.

Sentí que mis ojos se abrían de par en par y tragué en seco. Sin saber qué responder, decidí que probablemente era mejor no decir nada. *Priest* debía de ser un tipo aterrador, y ahora no estaba muy segura de si era inteligente conocer a alguien así.

Así que volví a un tema más seguro. La hermana de Bas.

—Antes mencionaste a tu hermana. ¿Cómo se llama? —Era cierto que no sabía mucho sobre las familias de la organización, pero no recordaba haber visto nada sobre una hermana cuando lo busqué. También mencionó a su hermanita en nuestra primera cita.

—Emory. Tiene veintitrés años. —Ladeé la cabeza estudiándolo—. ¿Y tú?

—Solo los dos primos que mencioné —declaré—. Somos principalmente Jules, mamá y yo.

—Jules, la loca —reflexionó—. Ese debería ser su título. —Cuando elevé una ceja, me explicó—. Vi el video. Fue ella la que reunió los suministros para incendiar la casa.

Suspiré.

—Está pasando por momentos difíciles.

Jules encontró un certificado de nacimiento con los nombres de sus padres biológicos. Al principio pensábamos que eran falsos, no obstante, resultaron que eran reales. Fue un *shock* para todas, sobre todo para Juliette.

—Eres protectora con ella y con tus amigas.

Asentí.

—¿Eres cercana a tu madre? —cuestionó y mis ojos volvieron a la ciudad.

Era una respuesta complicada a una pregunta sencilla. Suspiré, porque no tenía con quién comparar mi relación con mamá. Davina creció al cuidado de su abuelo. Juliette y Killian no

tenían madre. Y la madre de Ivy murió cuando ella era muy pequeña.

—Creo que sí —reconocí finalmente. Cuando Bas enarcó una ceja, intenté explicarle—: También es mi entrenadora. Algunos días parece que es más mi entrenadora que otra cosa. Mi desayuno lo determinó mi entrenadora, no mi madre. Mi horario de clases. Mis vacaciones. Todo. —Volví a centrar mi atención en el fascinante hombre que tenía adelante—. Probablemente por eso elegí Yale. Estaba en la costa opuesta a la de mamá.

—Me alegro de que lo hicieras —añadió, y el profundo timbre de sus palabras me hizo arder por dentro—. ¿Qué entrena?

—Un poco de todo —repliqué—. Es versada en coreografía, patinaje, *ballet.* Lo que se te ocurra, lo sabe hacer.

—Una mujer muy capaz.

—Lo es —asentí—. Su carrera se vio truncada por una lesión de rodilla, pero es muy buena en todo y una entrenadora muy solicitada. Tengo suerte de tenerla.

—Apuesto a que también tiene suerte de tenerte. —Su voz era suave y cálida, tejiendo su red a través de mi corazón. Como una polilla acercándose a la llama, aunque su calor encendió algo crudo y profundo dentro de mí, cambiándome para siempre.

—Cuando te investigué —susurré—, no vi nada sobre tus primos o tu hermana. —Me sonrojé al instante al admitirlo, cada centímetro de mi piel se calentó.

—Me investigaste, *¿eh?* —musitó. Otra inclinación de cabeza—. ¿Qué encontraste?

Levanté la vista hacia el cielo estrellado, temerosa de ahogarme en el calor de su mirada si seguía observándolo.

—Que eres un hombre muy peligroso —respondí en voz baja.

—Ven aquí, Wynter. —Su voz era suave como el terciopelo, con una exigencia entrelazada en su profunda voz. Mi cuerpo se movió por sí solo dos pasos más y quedamos frente a frente.

—¿Me tienes miedo? —Mi corazón se detuvo antes de saltar, mi pulso revoloteándome en el cuello.

No le tenía miedo. Al menos no de la forma que él pensaba. Tenía miedo de la forma en que mi cuerpo y mi corazón reaccionaban ante él. Tenía miedo de lo que podría hacerme el enamorarme tan profundamente de él. Mi madre había sido un cascarón de mujer toda mi vida. Una vez escuché a mi abuelo y a mi tío discutir que era por su relación. Lo que fuera que eso significara. Siempre supuse que perder a mi padre la había destruido.

—No —revelé—. ¿Debería?

Me tomó la cara entre sus grandes palmas y esta vez me dejé ahogar en su oscuridad.

—Nunca me tengas miedo, *Principessa*.



Capos de la Mafia.

Observé el cartel de la pared con una gran calavera. Contrastaba con toda la habitación, como si *Priest* y Bas quisieran que todo el mundo pensara que eran intocables. Lo más probable es que lo eran.

En la pista de baile se balanceaban algunos cuerpos y luces rojas los iluminaban. La música llenaba el salón y el ritmo vibraba en cada centímetro mío. Por eso amaba patinar y bailar. Sentía la música; me ponía triste, feliz, apacible.

Mis dedos se enredaron en el cabello negro de Bas y su cuerpo musculoso se pegó al mío. Me sentía más feliz que nunca. Despreocupada, a pesar de lo que se avecinaba.

Seis meses de ejercicio intenso y vigoroso. Sin vida social. Apenas tiempo para dormir y comer. Mi madre era una entrenadora exigente, y el hecho de que era su hija la hacía aún más. A veces hasta el punto de tenerme al borde de lágrimas. Pero ella las odiaba, así que había aprendido a ocultar mis emociones. Sabía que tenía buenas intenciones y que quería lo mejor para mí. Quería que *yo* fuera la mejor.

Los ojos de Bas recorrieron todo mi cuerpo, ignorando a todos los que nos rodeaban. Éramos los dos solos en este club. Guardaría este momento para siempre en mi corazón.

—¿En qué estás pensando? —inquirió Bas, y me tomé un segundo para ordenar mis pensamientos. No quería parecer que me quejaba.

Sonreí.

—Tengo otras semanas en Yale, como mucho —comenté—. Luego tengo que volar de vuelta a California.

Sus dedos en mi cintura se tensaron y contuve la respiración.

—Quédate. Olvídate de California.

Mi pecho rozaba su traje de tres piezas. El pulso me latía desbocado en la garganta y, dondequiera que me tocaba, sentía su calor abrasándome la piel. Olía tan bien que no pude evitar aspirar su aroma hasta lo más profundo de mis pulmones.

El club estaba lleno. Nos balanceábamos al ritmo de la música, mientras todos a nuestro alrededor se desvanecían en el fondo. Estábamos solos. Como en nuestra primera cita.

Un hombre tan alto y fuerte como Bas no debería moverse con tanta gracia en la pista de baile. Sus ojos fijos en mí y sus manos posesivas en mi cintura me hacían sentir segura.

Sus labios se estrellaron contra los míos, exigentes y duros.

—Quédate por mí —gruñó.

¿Era esto normal? Nos habíamos visto ya tres veces, si contamos aquella pequeña interacción cuando me sorprendió saltando por el balcón. Sin embargo, sentía como si lo conociera de toda la vida. Como si mi alma hubiera estado perdida hasta que me encontré con él.

Todavía quería el oro olímpico. No obstante, lo quería más a él.

—Quiero quedarme —dije con voz ronca—. Pero primero tengo que arreglar algunas cosas con mi madre.

Sus ojos no se apartaban de los míos mientras bailábamos. La melodía de “Hypnotic” de Zella Day, sonaba por los altavoces del club y nuestros cuerpos se balanceaban al unísono. Por la forma en que se movía, era evidente que era un buen bailarín.

El aliento caliente de Bas me rozó la oreja mientras me estrechaba contra su cuerpo.

—Podemos hablar con tu madre juntos.

Dios, que incluso se ofreciera lo convertía en un verdadero *príncipe azul* en mi historia. Esta atracción debería asustarme. Debería haberme hecho correr en dirección contraria. Mis instintos me advertían que eran los sentimientos que todo lo consumían los que podían hacerte feliz, mas también destruirte.

Incliné la cabeza para mirarlo fijamente y un escalofrío me recorrió la espalda. Me hacía sentir protegida. Invencible.

Ninguno notó al hombre alto y rubio que apareció a nuestra derecha.

—¿Se la están pasando bien? —preguntó con unos ojos azules brillantes que nos miraban a Bas y a mí.

No pude luchar contra mi curiosidad ni contra mis modales.

—Hola.

—Vete a la mierda, primo —replicó Bas secamente, sin mirarlo.

Mis cejas se alzaron. No parecían primos, salvo por la oscuridad que brillaba en sus ojos claros. Su cabello rubio castaño y sus ojos azules lo diferenciaban del llamativo cabello y los ojos oscuros de Bas. Cada uno de sus movimientos gritaba intriga, y esa boca carnosa suya probablemente hacía que las damas cayeran rendidas a sus pies.

No podía quitarme la sensación de que había algo familiar en él. No podía precisarlo. Tal vez era la oscuridad que se parecía a la de Basilio o tal vez la forma en que llevaba su traje de tres piezas.

—Hola —saludé de nuevo—. Soy Wynter.

—Soy *Priest* —se presentó. Me puse rígida un segundo, recordando la explicación de Bas sobre su apodo. Este hombre daba los últimos sacramentos a un hombre antes de matarlo. Sin embargo, parecía demasiado guapo para ser un psicópata. *¡Jesucristo!*

—No asustes a mi novia —gruñó Bas y al instante mi preocupación se evaporó. Nunca dejaría que *Priest* me recitara los últimos sacramentos. Le patearía el trasero.

Así que sonreí y extendí mi mano derecha. La tomó en un agarre firme.

—Encantado de conocerte, Wynter.

—A ti también. —Lo estudié con curiosidad. Era muy guapo. Algo misterioso y carismático. Por supuesto, nada que ver con Basilio. Aunque había una cosa que ambos primos compartían. El aura despiadada que los rodeaba.

—Déjame adivinar, naciste en invierno —se burló *Priest*.

Sacudí la cabeza.

—En realidad ni siquiera cerca.

Su ceja se levantó.

—Estoy intrigado. ¿Por qué Wynter, entonces?

—Era el nombre de mi abuela —expliqué—. El mío se escribe diferente. Mi abuelo insistió en tener una nieta con el nombre de su verdadero amor.

—Familia romántica, *¿eh?* —dijo inexpresivo.

Me encogí de hombros y volví a prestar atención a Bas, que me escuchaba atentamente.

—Basilio es un nombre romántico —declaré sonriendo.

La risa de *Priest* vibró en el aire, mezclándose con el ritmo de la música.

—Hombre, tengo que compartir eso con Dante. Se meará en los pantalones.

Puse los ojos en blanco.

—De acuerdo, qué maduro —murmuré con sarcasmo y *Priest* se rio aún más.

—Ya veo por qué le gustas a Basilio.

El calor se apoderó de mis mejillas y miré al hombre que me había conquistado. Nunca me había ruborizado hasta que conocí a este hombre.

Los ojos de Bas estaban llenos de promesas, su oscuridad sin remordimientos. No se molestaba en negarlo y lo amaba aún más por ello. La forma en que su mirada ardiente acariciaba mi rostro prometía placer y pecados.

—A mí también me gusta —admití, sin importarme quién me oyera mientras la mirada abrasadora de Bas incendiaba mi torrente sanguíneo.

—Basilio, nos reuniremos con los distribuidores en cinco minutos y quería hablar de la otra cosa —le recordó *Priest* a su primo—. Ustedes podrán *jugar* después.

Puse los ojos en blanco, sonriendo ante la insinuación de *Priest*. Bas no había sido más que un caballero todo el tiempo. Para mi desgracia. Tendría que aprovecharme de él si no hacía algo pronto.

El arrepentimiento inundó su rostro y me pareció oírlo refunfuñar en voz baja:

—Maldito negocio.

—Está bien —aseguré—. Vuelve cuando hayas terminado. Estaré aquí —confirmé.

Bas miró hacia el bar y luego a los dos porteros que había al lado, haciéndoles un tenso gesto con la cabeza.

—Esos hombres te vigilarán. Volveré tan rápido como pueda.

Asentí.

—De acuerdo, Bas.

Me agarró la barbilla entre los dedos y me pasó el pulgar por el labio inferior.

—Guárdame otro baile.

Sonreí.

—Por supuesto. —No quería bailar con nadie más, solo con Bas.

Luego, él y *Priest* se abrieron paso entre la multitud que se abrió por ellos, sintiendo el peligro. Me di la vuelta y me dirigí a la zona del bar, sentándome en un taburete vacío.

En mi periferia, vi a un hombre sentado a mi lado, mas no me molesté en saludarlo. Con los años, aprendí que algunas personas toman un simple saludo como una señal para coquetear. No quería los avances de nadie. Solo había un hombre para mí y estaba sentado con *Priest* detrás de una gran ventana de cristal.

Hacía unos minutos que me había dejado y me había prometido que no tardaría.

Me moví en el taburete y miré al *bartender* a los ojos. Llevaba camisa blanca y chaleco negro. Era un uniforme diferente, pero funcionaba. Le daba un aire de bar de *mafiosos*. Tuve que reírme ante mi descripción.

—¿Qué te hace tanta gracia, amor? —Ronroneó una voz a mi lado, y me aparté ligeramente. Sentí literalmente su aliento caliente en el cuello y lo odiaba. Tenía el cabello castaño claro, revuelto y desordenado, y sus labios se curvaron en una sonrisa burlona.

Decidí ignorarlo y pedí un agua mineral. El *bartender* elevó una ceja ante mi elección de bebida, aunque no dijo nada. Vio quién me había sentado aquí y le advirtió que me diera lo que quisiera. No se atrevería a cuestionar la elección de bebida de Basilio DiLustro.

—Te haces la difícil, *¿eh?* —El tipo a mi lado continuó.

Le lancé una mirada glacial. Estaba demasiado cerca para mi gusto.

—No estoy sola.

Bas podría no estar aquí, pero sus guardias sí. ¿Cierto?

Eché un rápido vistazo por encima del hombro, pero antes de que pudiera verlos, la mano del asqueroso se acercó a mi muslo. Lo aparté, asqueada por su contacto.

—Disculpa —siseé entre dientes, sintiéndome de repente al límite—. Mantén tus manos fuera de mi espacio.

Se rio como si hubiera dicho algo gracioso y solté un suspiro, sintiendo la agitación cocinándose a fuego lento bajo mi piel. Incómoda por la forma en que me miraba lascivamente, aparté la vista de él. Aquel hombre me ponía los nervios de punta.

Se acercó a mí para agarrar un palillo, me rozó con el brazo y me aparté aún más. Me estaba dando serias vibras de acosador. Me preparé para levantarme y marcharme cuando su mano me agarró el trasero y su aliento rancio me llegó al oído.

—Te has puesto ese vestidito brillante porque quieres que te follen.

Lo fulminé con la mirada y le aparté la mano de un manotazo.

—No me toques —reviré.

Me di la vuelta para alejarme de él cuando me agarró del brazo y me jaló hacia él. Un grito de mujer sonó en algún lugar detrás de mí, sin embargo, mantuve la mirada fija en el peligro que

tenía adelante.

—No te hagas la difícil, puta. —Su boca apestaba a cigarro rancio—. Voy a follarte hasta dejarte cruda y...

No llegó a terminar la frase porque el siguiente sonido que llenó la habitación fue su aullido, seguido de un grito agonizante. Me soltó y cayó al suelo. Hubiera retrocedido, pero unos fuertes brazos me atraparon. Enseguida percibí el olor de Bas y exhalé un suspiro de alivio.

Mis ojos se alzaron hacia su rostro para encontrar sus ojos enfocados en el hombre. Su rostro carecía de emoción, y si esta hubiera sido la primera cara que hubiera visto al conocerlo, me habría asustado. Llevaba una máscara impasible, mas sus pozos ardían con tanta ira que temí que mataría a alguien.

Seguí su atención hasta el hombre y me di cuenta de que Bas le había dado un puñetazo. No tenía ni idea de cómo se me había pasado, pero el hombre se estaba poniendo de pie a duras penas y la zona alrededor del ojo derecho ya se le estaba poniendo azul.

—¡Tocaste a mi mujer! —rugió Bas y el otro hombre parecía a punto de cagarse encima—. ¿Te dice que no te quiere y luego amenazas con follártela?

La voz de Bas me produjo un escalofrío. Por fin veía de primera mano al *Capo* sobre el que había leído. Esta era su versión más aterradora.

El hombre sacudió la cabeza frenéticamente, levantando las manos.

—No sabía que era tuya.

Bas me miró, luego al hombre que estaba detrás de mí.

—*Priest*, vigílala —ordenó, y antes de que pudiera parpadear, Bas rodeó el cuello del otro hombre con la mano y lo levantó del suelo. Mis ojos se abrieron de par en par y vi la escena en cámara lenta. La cara del hombre se tiñó de rojo sangre y todo su cuerpo tembló mientras intentaba desesperadamente ponerse de pie.

Bas utilizó la mano libre para clavarle el puño en la cara. Le siguió otro puñetazo, un chasquido de nariz rota. Y otro golpe.

Todo el mundo nos observaba. Ni siquiera se molestaron en ocultar sus miradas. Dios mío, si hubiera un solo reportero aquí, estaría arruinada. Nada de Olimpiadas. Decepción para mamá. Impactaría a mi compañero de patinaje, Derek.

—Bas, no vale la pena —expresé con voz ronca, luego di un paso para agarrarle la mano, sin embargo, el agarre de *Priest* se apretó contra mí, tratando de arrastrarme lejos.

Giré la cabeza para mirarlo, pero me encontré con la fría mirada de *Priest* dirigida al tipo al que Bas estaba golpeando. Era como si quisiera unírsele a su primo, con un brillo excitado en los ojos. Era casi aterrador.

«¿Quién demonios se emociona con hacerle daño a alguien?».

Mis ojos recorrieron el club. La música ya no sonaba. Algunas personas están grabando todo el incidente. Los dos porteros asignados para vigilarme estaban manteniendo a raya a la multitud.

—Se va a meter en problemas —musité en voz baja, volviendo a mirar a Bas, que estaba ahogando al hombre hasta matarlo.

—¡La tocaste! —bramó Bas.

—Yo… yo no… —El tipo no llegó a decir nada porque Bas lo lanzó al otro lado de la habitación y el cuerpo del hombre golpeó la pared con un fuerte ruido y se desplomó en el suelo.

—Solo me estaba divirtiendo un poco —gimoteó el tipo, y luego empezó a llorar—. No iba a hacerle daño.

Sus ojos revolotearon hacia mí como si esperaba mi ayuda, pero eso pareció enojar aún más a Bas. En cinco zancadas, Bas estaba de nuevo frente a él y encorvado, colocándose en su cara.

—¡No la mires, maldición! —reviró—. Ahora dame la mano con la que te atreviste a tocarla. —El hombre empezó a sollozar. No sentía pena por él, mas no quería que arrestaran a Bas—. Tu mano, o te corto la verga.

Miré frenéticamente a *Priest*.

—Haz algo —siseé en un susurro—. Hay gente grabando esto.

No parecía preocupado en absoluto. En cambio, levantó su muñeca izquierda y dijo algo en ella.

Mis ojos se desorbitaron al ver a los porteros hacer una ronda por la sala, tomando los dispositivos de los clientes.

Devolví mi atención a Bas, cuyo rostro estaba retorcido por la rabia. Era como si el atisbo del hombre que llegué a conocer hubiera desaparecido.

Este era el hombre despiadado que el mundo conocía y temía. Basilio DiLustro. El villano en un traje de tres piezas.

Capítulo Dieciséis

BASILIO



La tocó, joder.

Una rabia abrasadora se extendió por mis venas como un maldito ácido. Traje a Wynter aquí para una escapada romántica y porque sabía que estaría a salvo en el club de *Priest*. En vez de eso, tuvo que soportar a este imbécil manoseándola.

La ira se metió bajo mi piel, quemándome y exigiéndome que lo hiciera pagar.

No debería haberme sorprendido de que otro hombre la deseara. Esperaba miradas hambrientas hacia ella. Estaba hermosísima con su vestido rosa claro y *flats* blancos que le compré. No pretendía ser glamurosa, pero a pesar de todo se veía como un millón de dólares.

—¿Qué mano usaste? —pregunté por última vez, con voz fría. Me invadió una furia roja que retumbaba en mis oídos.

—Por favor, por favor —gimió.

Ninguna cantidad de súplica funcionaría conmigo. Acerqué mi cara a la suya y sonreí con dureza.

—Entonces será cortarte la polla —declaré, con una sonrisa cruel en la comisura de los labios.

Saqué mi cuchillo y el desgraciado por fin entendió el mensaje. Sacó la mano derecha, temblando como una hoja. Bajé mi cuchillo sobre los dedos de su mano derecha, presionando la cuchilla contra su piel y ya cortándolo. La sangre chorreaba y él gritaba como el maldito cobarde que era.

—Bas. —La pequeña mano de Wynter se acercó a mi hombro y parte de mi rabia se calmó —. Bas, mírame.

Al levantar los ojos, me encontré con su rostro marcado por la preocupación y la aprensión que se reflejaba en sus esmeraldas. *Priest* intentó apartarla, mas Wynter se negó y lo empujó.

Sus manos tomaron mi cara entre las suyas.

—No vale la pena —indicó en voz baja, su vista verde clara enviando calma a través de mí —. Solo dale un ojo morado y déjalo ir.

Me encontré con su mirada que me suplicaba que mantuviera la calma. Sin embargo, la sola idea de que ese pedazo de mierda la tocara me provocaba una ira ardiente en el pecho que me hacía ver rojo.

—Muy bien —asentí, y luego le rebané los dedos índice y medio de la mano derecha.

Su grito agudo llenó la habitación, pero lo ignoraba mientras le hice una seña a *Priest*. Él sabría qué hacer. Observé alrededor del grupo de gente que contemplaba boquiabierta la escena. Me puse de pie y me centré en Wynter, que estaba pálida.

—Eso no es exactamente un ojo morado —opinó débilmente, con su atención fija en mí.

—Te tocó —gruñí, apoyando la frente contra la suya.

La idea de que cualquier otro hombre le pusiera la mano encima mandaba furia por todo mi cuerpo y me nublaba la vista con una neblina roja. La ira era tan fuerte que tuve que ahogarla. Por ella. Sí, me aceptaba por quien era, no obstante, matar a un hombre delante de ella sería ir demasiado lejos.

No era racional. O tal vez lo era. Demonios, no lo sabía. Mi brújula moral estaba jodida. En toda mi vida, nunca me había arrepentido de nada de lo que había hecho. No había lugar para arrepentimientos en nuestra vida. Esos te mataban.

—Sí, pero cortarle los dedos fue empujar el límite —susurró, sin romper el contacto visual.

Le había dado involuntariamente una idea de quién era realmente, para bien o para mal. En cualquier caso, había visto de primera mano quién era yo, quién siempre había estado destinado a ser. Y era muy bueno en ello. Nací en el lado equivocado de la ley y prosperaba en eso.

Nunca había tenido la tentación de seguir la ley. Hoy, aún menos. En ese momento, sabía que nunca sería capaz de soportar ver a otro hombre tenerla. La rabia cuando este idiota la tocó ardía fría por mis venas y tuve que luchar contra el impulso de golpearlo un poco más.

Mi pecho se retorció con algo desconocido.

Ella sería mía. Para el resto de mi vida.

Capítulo Diecisiete

WYNTER



Me senté junto a Bas, cuyos nudillos tenían marcas rojas por haber golpeado al hombre que se atrevió a tocarme el trasero. Él y *Priest* hablaban de negocios. La única razón por la que estaba aquí era porque Bas se negaba a perderme de vista.

Esta noche no salió exactamente como esperaba. Debí haberle dicho a Bas que lo esperaría en la *suite*. Me mordí el interior de la mejilla mientras mis pensamientos se arremolinaban en mi mente. Ver esa faceta de Bas debería haberme dado un susto de muerte y haberme hecho salir corriendo. Sin embargo, su feroz protección me calentó por dentro y por fuera.

Quizás había algo malo conmigo. O tal vez a pesar de vivir con mamá en California lejos del tío, Killian, y su bajo mundo, estaba tan manchada como ellos. Mataría como ellos seguramente lo hicieron. Igual que Bas.

Un suspiro pesado me abandonó.

—¿Estás bien? —La interrogante de Bas me hizo levantar la vista para encontrarme con seis pares de ojos clavados en mí.

La iluminación era baja y el aire desprendía una pizca de humo de cigarrillo. En realidad era una oficina muy elegante, con detalles en azul oscuro, varios televisores de pantalla plana y el minibar más grande que había visto alguna vez. Y no es que hubiera visto muchos. Los hombres sentados alrededor de la mesa estaban tensos, discutiendo algún asunto de negocios. Alternaban entre el italiano y el inglés, y como las únicas lenguas extranjeras que yo hablaba eran el gaélico y el ruso, no podía seguir lo que decían, aunque tampoco me importaba.

El ritmo de la música latía a través de las paredes y los cristales que nos separaban de la pista de baile y la zona del bar donde me toquetearon.

Una densa atmósfera flotaba en el aire entre los hombres sentados alrededor de esta mesa redonda de caoba.

—Sí, todo bien —concerté, ofreciendo una sonrisa tranquilizadora.

Los hombros de Bas se tensaron y soltó un suspiro sin gracia. No dijo nada más, pero no me creía. Excepto, que no sabía cómo asegurarle que su comportamiento ligeramente perturbador no era la causa de mi angustia.

Fue la revelación de que no me molestaba tanto como debería. No me hizo huir de él y toda mi razón decía que debería.

—Me resultas familiar —comentó uno de los hombres de la mesa—. Juro que te he visto en alguna parte.

Busqué mi teléfono en el bolsillo y vi que tenía un montón de mensajes perdidos.

—Me lo dicen todo el tiempo —manifesté, sin levantar la cabeza y pasando el dedo por el primer mensaje abierto.

Juliette, Ivy y Davina propusieron un montón de ideas para la escuela que estábamos planeando fundar algún día. Un mensaje perdido de mi madre.

—Ya recordaré —insistió el tipo—. No se olvida a una chica bella con tu cara.

Bas gruñó y reconocí la voz de *Priest*.

—Esa es la chica de Basilio, así que reconsidera tus próximas palabras.

Una sonrisa se elevó en mis labios. Era una tontería que ser etiquetada como la chica de Basilio me entusiasmara. Intenté disimularlo, manteniendo la vista baja.

En vez de eso leí el mensaje de mi madre.

Mamá: Tres semanas y tienes que volver a casa. Derek ya tiene su rutina. Madame Sylvie confirmó que la tuya también está lista. Mencionó un chico como distracción. ¿De qué está hablando?

Se me escapó otro suspiro pesado. No tardó en obtener una actualización.

Escribí mi respuesta.

Yo: No estoy segura de lo que está hablando.

Gemí en mi mente. Debería decirle que quería quedarme más tiempo. En lugar de eso, no hice ningún comentario sobre su petición de volver a casa. Ese era el plan desde el principio, no obstante, ahora tenía una razón convincente para quedarme.

Bas se levantó de su lugar y mis ojos se dirigieron hacia él. Me observaba mientras se acercaba. Su estado de ánimo era sombrío y lo observé mientras se desabrochaba la chaqueta de su traje. Se metió las manos en los bolsillos, con una mirada intensa, y se dejó caer en cuclillas ante mí.

Llevó sus manos a mis muslos y le sostuve la mirada mientras el corazón me retumbaba en el pecho. Su aroma a especias invadió mis pulmones, y alargué la mano para pasarla por su espesa cabellera...

—No corras, *Principessa*. —Su voz era un susurro áspero que nadie más podía oír—. Te di una advertencia justa.

Era todo bordes ásperos con los demás, mas a mí me ofrecía destellos de su vulnerabilidad. Nunca quise ser la causa de ello.

—Nada de correr —prometí.

Se quedó quieto, como si lo hubiera sorprendido con mi promesa, pero entonces sus dedos se apretaron en mis muslos y me invadió un calor intenso. Dios, me estaba enamorando rápidamente y con fuerza de este hombre. Mi respiración se entrecortó ante su proximidad, su mirada cálida sobre mí. Como si fuera mi gravedad, me le acerqué, inhalando profundamente.

—¿Qué te molestó? —exigió.

—*Ah*, mi madre me envió un mensaje —murmuré.

Mi teléfono sonó en ese mismo momento y la pantalla parpadeó con la persona que llamaba. *Mamá*. Fruncí el ceño y lo miré con incertidumbre. A veces era mucho más fácil evadirla.

—Puedes contestar en la habitación de allí —señaló Bas, inclinando la cabeza hacia la habitación que no había visto antes—. Los hombres de *Priest* usan esa habitación. Así puedes tener algo de privacidad.

No era privacidad lo que me preocupaba. Era que me reprendieran.

—Gracias —susurré, y luego le di un beso en la mejilla. Debería enfrentarla y hablar con ella.

Levantándome de un salto, me dirigí hacia la habitación mientras contestaba el teléfono.

—Hola, mamá.

—Wynter, ¿quién es ese hombre que mencionó *Madame* Sylvie?

Solté un suspiro frustrado. Nada de "hola". Ningún "cómo estás". Nada. Simplemente directo a la inquisición.

—Davina me pidió prestado el Jeep —declaré en tono exasperado—. Así que necesitaba un aventón.

Entré en la habitación justo cuando salía un hombre.

—Voy al baño —enunció y asentí. Sospeché que solo quería darme un poco de privacidad.

La voz de mamá llegó a través del auricular.

—Nada de distracciones —advirtió.

—No estoy distraída —argumenté en voz baja—. Terminé la sesión y cumplí con mi horario.

—Eso no es lo que me dice *Madame* Sylvie —discutió y pude oír desaprobación en su voz. Casi podía imaginarme sus cejas fruncidas y su mirada crítica.

—Mamá, dame algo de crédito —protesté—. No es mi primer rodeo y sé lo que se necesita para ganar.

—¿Cómo puedo hacerlo si guardas secretos? —cuestionó, con una voz llena de desaprobación—. Tanto tú como Juliette.

—No lo hacemos —gemí—. Hemos estado ocupadas empacando el dormitorio. —Y lidiando con el resultado de quemar la casa de Garrett, así como planeando atracos, pero esas palabras me las guardaría para mí—. Solo quiero… —Hice una pausa por un momento, luego continué—: Necesito poder tomarme un descanso, también.

—Wynter, te he dicho que es importante mantener el enfoque. —Su voz reservada llegó a través de la línea, pero en lugar de calmarme, alimentó mi frustración—. Los Juegos Olímpicos no se celebrarán hasta dentro de cuatro años. Ahora es el momento. Ya estás en desventaja ya que Derek y tú no practican juntos. Las grabaciones solo llegan hasta cierto punto.

Dios, no escuchó ni una palabra de lo que dije.

Cerré los ojos con incredulidad.

—¿Te mataría ser mi madre tan solo un minuto? —Las amargas palabras se escaparon con una respiración estremecedora—. ¿Tienes que ser mi entrenadora todo el maldito tiempo? —pregunté secamente.

El tenso silencio se prolongó y me di cuenta de mi error. Mi madre odiaba el dramatismo. Vivía y respiraba disciplina. La utilizaba como si fuera su propia jaula y también me metía en ella. Creo que nunca la había escuchado reír. Rara vez sonreía y sus elogios se limitaban a mis logros en el patinaje.

—Podríamos entrenar aquí —sugerí, las palabras saliendo de mis labios con esperanza en el corazón.

—¿Quién es el hombre? —inquirió sin responder a mi pregunta y supe que ninguna cantidad de súplica la haría venir.

—Nadie —respondí con resignación.

Hizo un comentario sobre los peligros de la Costa Este, aunque en mi mente ya había dejado de escuchar. Bajé los ojos hacia el documento que había sobre la mesa. Era un plan de fechas y rutas. Lo agarré, le di la vuelta en la mano y en el anverso decía "Recogida de efectivo.**"**

Al mirar por encima del hombro, me di cuenta de que la puerta estaba cerrada y la fotografié rápidamente, mientras mi madre seguía hablando de mi disciplina y de la necesidad de un horario estricto.

Este podría ser nuestro próximo proyecto.

Capítulo Dieciocho

BASILIO



Los rizos rubios de Wynter brillaban bajo las luces del club.

Los hombres la miraban, pero ninguno se atrevía a acercársele demasiado. No después de lo que le había hecho al último hombre que se atrevió a tocarla sin su permiso. A decir verdad, lo habría hecho aunque ella le hubiera dado su consentimiento. Solo por atreverse a tocarla.

Nadie toca lo que es mío y ella era mía.

Se movía sensualmente al ritmo. Después de verla bailar con *Madame* Sylvie, no me sorprendió verla moverse con tanta gracia.

Me incliné hacia su oído y le susurré:

—¿Estás bien? —Sus ojos verdes claro se encontraron con los míos y su ceja se alzó en forma de pregunta—. Escuché una parte de la conversación con tu madre.

Un suave suspiro salió de sus labios y sus hombros se hundieron ligeramente.

—Le preocupan las distracciones —explicó, encogiéndose de hombros—. Los chicos son una distracción.

Me reí entre dientes.

—Eso se rectifica fácilmente.

—¿Como? —preguntó con curiosidad.

—La haremos venir a New York y verá que no soy un chico.

Echó la cabeza hacia atrás y su melodiosa risa resonó entre nosotros.

—Una laguna legal, *¿eh?* —musitó y sonreí—. Odia New York y dice que aquí hay demasiados criminales.

—*Hmmm*, las probabilidades están todas en mi contra —aseveré, mas no me importaba. Impresionaría a su madre aunque fuera lo último que hiciera. Wynter sería mía.

La acerqué más a mí y sonrió suavemente. Mierda, me ponía de rodillas con esa sonrisa. Esta oleada de posesividad era abrumadora y me recordaba a mi padre. Odiaba la comparación, pero no podía evitarla. Excepto que Wynter me quería. Vio mi brutalidad y aun así me deseaba. Sabía que nunca le haría daño.

Agarré sus caderas con más fuerza y nos movimos juntos. Este momento en el que nadie ni nada importaba, solo nosotros.

La sorprendí bostezando y sonreí.

—¿Te estoy aburriendo, *Principessa*?

Se rio suavemente, sus ojos brillando con diversión.

—Bas, nunca podrías ser aburrido. —Se puso de puntitas y rozó sus labios con los míos—. Estoy despierta desde el amanecer. No suelo acostarme tarde. Aunque las últimas semanas han sido una locura con las chicas.

Teniendo en cuenta que ella y sus amigas quemaron una casa y luego se fueron a Chicago a jugar póquer, mientras Wynter también entrenaba, no había duda de que estaba cansada.

Acaricié su mejilla, rozando nuestras narices. Si *Priest* nos estaba mirando, sabría que estaba dominado por ella. Me importaba una carajo. Había encontrado mi perfección y mi luz en la oscuridad del inframundo.

Todo sobre ella me fascinaba. Cada palabra. Cada mirada. Cada maldita cosa.

Era mi perfección. Mi opuesto perfecto. Mi obsesión más dulce.

—¿Quieres volver a nuestra habitación? —indagué mientras le rozaba el labio inferior con el pulgar.

—Pensé que nunca me lo preguntarías —respondió con picardía, curvando los labios en una suave sonrisa.



Al salir de la ducha, me encontré a Wynter profundamente dormida y el programa que estábamos viendo, *Good Girls*, aún reproduciéndose. No habría sido mi elección. Una serie para chicas, pero quería hacerla feliz. Parecía emocionada y le daría lo que quisiera solo por ver sus ojos brillar.

Aunque sospechaba que el programa podría ser una mala influencia para ella y sus amigas.

Me dejé caer sobre mis rodillas junto a ella y la observé dormir un momento. Estaba acurrucada en posición fetal durmiendo, mirando hacia la puerta del baño, como si me estuviera esperando. Tenía las manos cruzadas bajo la mejilla y uno de sus suaves pies medio colgando de la cama. Llevaba una camisetita de tirantes y unos *boyshorts* rosa fuerte.

Maldición, su trasero era perfecto. Cuando empezó a pasar los dedos por mis músculos, con un tacto suave como una pluma, tuve que luchar contra el impulso de no darle la vuelta y arrancarle la ropa. Su aroma era suficiente para excitarme.

Pero estaba demasiado exaltado por lo que paso antes, la necesidad de matar ardía en mi pecho. Wynter no se merecía una follada furiosa. No le haría eso. Nunca a ella. Merecía romance, que la llevara a lugares costosos.

Me froté la cara. Mierda, había perdido la maldita cabeza, suspirando por una mujer tan desesperadamente.

«Todo monstruo tiene una debilidad y ella es la mía», reflexioné. Mi obsesión. Mi adicción. Mi única salvación.

Parecía un ángel con sus largas pestañas rubias abanicando sus mejillas. Respiró hondo y suspiró suavemente. Qué tranquila parecía. Quería que se mantuviera pacífica e inocente.

Dejándola dormir en paz, salí de la *suite* y bajé al sótano asegurado que *Priest* mantenía para hombres como nuestro invitado más reciente. *Priest* estaba muy interesado en las ironías de la vida. Tres pisos más arriba estaban los dormitorios más lujosos de Philadelphia. Aquí abajo, era el infierno para cualquiera que se atreviera a traicionarnos.

Encontré a nuestro invitado atado a una silla y a *Priest* ya entretenido, recitando su versión de los últimos sacramentos al hombre.

—Que el Espíritu Santo te libere de esta miserable vida y tus pecados te traguen entero con la gracia del Espíritu Santo. Amén, hijo de puta.

Priest era un maldito enfermo. Menos mal que era mi primo y lo apreciaba.

Aceché hacia nuestro invitado, con la furia ardiendo en mis venas. Lo mejor sería aplastarle el cráneo contra la pared y que su cerebro se desparramara por el suelo. Sería un final demasiado

rápido para esta rata asquerosa.

—Así que crees que puedes manosear a mi mujer, *¿eh?* —siseé, con la voz ronca por la rabia que intentaba contener.

—No sabía que era tuya —lloriqueó, con los ojos crueles llenos de terror. Tenía la mano ensangrentada y los dedos que le corté colgaban de un collar que debió de hacer *Priest* mientras me esperaba.

Como dije... un enfermo hijo de puta.

—No importa, amigo —comentó *Priest*—. No se manosea a ninguna mujer en mi club. Acabas de cagarla al tocar a la mujer de Basilio. —Los ojos de mi primo se encontraron con los míos—. Hora de ensuciarse.

—Y acabo de ducharme. —Fingí decepción, aunque la ira me quemaba la garganta. La única razón por la que me duché fue para tener un poco de espacio de Wynter antes de ceder a la tentación más dulce. Quería tocarla y follármela hasta que sintiera esa misma obsesión que me quemaba el pecho.

Agarré un cuchillo de *Priest* y lo clavé en el muslo de nuestro invitado. Rugió de agonía, pero acababa de empezar. Torcí el cuchillo, girándolo bruscamente y sus ojos se pusieron en blanco.

Él no duraría mucho.

—Ves, desgraciado. —Empecé con mi sonrisa demente—. Hay una cosa que odio más que nada en el mundo. —Gimió como el bebé que era—. Pregúntame qué es —ordené.

—¿Q… qué es?

—Gente que le hace daño a los más débiles. A los inocentes. ¿Sabes lo que les hago? —Gimoteó en respuesta, sacudiendo la cabeza—. Los mato.

Lo vi palidecer, con las pupilas dilatadas dándose cuenta de que nunca saldría de esta. Era hombre muerto. No obstante, antes sufriría y me rogaría que lo matara. Mis ojos se posaron en él, tratando de decidir la mejor manera de causarle dolor. O la peor, dependiendo de cómo lo miraras.

La barbilla del imbécil tembló y empezó a llorar, con los ojos moviéndose con terror. Empezó a suplicar, mas lo ignoré. No había cantidad de súplica que hiciera que le perdonara la vida.

Tenía la cara ensangrentada hecha un desastre. Lo agarré por la garganta, lo levanté de un tirón, junto con la silla, y lo estrangulé. Al cortar la cuerda que lo ataba, la silla cayó con un fuerte golpe y lo lancé por los aires. Se estrelló contra la pared y cayó al suelo. La habitación se llenó de sus gritos agonizantes.

Sus ojos se desviaron hacia *Priest*, quien estaba apoyado contra la pared, con las manos en los bolsillos. Parecía aburrido. Di cinco pasos y me arrodillé frente a él. *Priest* se unió, con esa mirada loca y desquiciada centrada en el idiota que gemía delante de nosotros.

—Ya estás muerto —anunció *Priest*, con voz seca—. Lo estabas en el momento en que te leí tus sacramentos.

—¡Estás loco de remate! —gritó el desgraciado—. Ambos. Apenas toqué el culo de la chica.

Fue entonces cuando perdí la cabeza. Le bajé los pantalones de un tirón y acerqué mi cuchillo a su verga. Mi labio se curvó de asco al oler su orina y su colonia barata.

Acerqué mi cara a la suya, sonriendo bruscamente.

—No tienes ni idea de lo loco que estoy.

Le clavé el cuchillo en la ingle, se lo acerqué al miembro y corté la carne blanda. Sus gritos eran agudos, el imbécil gorgoteaba en su propia saliva y la sangre se amontonaba a su alrededor.

Me levanté, con el miembro desechado en el charco de sangre y el idiota retorciéndose en su propio vómito y el mar de sangre a su alrededor.

—Ahora tengo que ducharme otra vez —me quejé, con mi oscuridad y brutalidad hirviendo a fuego lento bajo la piel.

—Y me llamas *a mí* enfermo hijo de puta. —*Priest* sonrió estúpidamente.

Capítulo Diecinueve

BASILIO



Me recosté en el asiento y estiré las piernas, disfrutando de la vista de mi conductora.

Wynter estaba detrás del volante del Jeep de *Priest*. A diferencia del suyo, este era muy lujoso. A ella no le interesaba el lujo, pero la convencí de que lo condujera. La capota estaba abajo, y no tenía las puertas, y el viento azotaba los rizos alrededor de la cara que no pudo meter bajo su gorra de béisbol rosa.

Me miró, con una gran sonrisa en la cara.

—Empiezo a pensar que me trajiste para que fuera tu chofer.

Ella no sabía que rara vez me sentaba en el coche con alguien si no era yo quien conducía. Me aseguraba de tener el control y la mayoría de la gente eran malos conductores.

—Eso y algunas cosas más —declaré.

Se sonrojó al instante y me reí entre dientes. Sinceramente, nunca pensé que un rubor pudiera ponerme tan duro. Anoche, después de otra ducha, me metí en la cama con Wynter y, por primera vez en mi vida, dormí en la misma cama que una mujer. Nunca confié en nadie más allá de mis primos y mi hermana. Cuando tu propia madre te traicionó, era difícil confiar en la gente. No obstante, la noche anterior, al escuchar su respiración uniforme, tranquila y suave, fue la canción de cuna que no había tenido el lujo de escuchar cuando era niño.

Wynter Star estaba cambiando mi mundo. Para mejor.

La observé conducir, con sus diminutos *shorts* verdes que dejaban ver la mayor parte de sus largas piernas, y su blusa rosa que le daba un aire totalmente femenino. La chica estaba seriamente obsesionada con el rosa. No pensaba que sería capaz de ver el color de nuevo sin pensar en ella.

La observé a través de mis gafas estilo aviador. No se molestó en ocultar sus ojos, y me alegré por ello. Me dirigió una mirada y su vista recorrió mi cuerpo.

Tiró de su labio inferior entre los dientes y sus ojos me observaron.

—Me gusta verte en algo que no es un traje de tres piezas. —Levanté una ceja, divertido—. Te hace parecer... más joven.

Me reí entre dientes.

—Mi objetivo es complacerte, *Principessa*.

Siguió mordisqueándose el labio.

—Vas a usar un traje de baño también, ¿verdad?

Una risa profunda me abandonó.

—¿Estás tratando de aprovecharte de mí?

Devolvió la atención a la carretera, aunque no sin antes ver cómo sus labios se curvaban en una sonrisa.

—¿Puedes culparme?

Su sinceridad era refrescante. Ni en mis sueños más salvajes pensé que estaría suspirando por una chica. Y menos una que no tuviera conexiones con el bajo mundo. La forma en que me miraba con su expresión curiosa y suave me quemaba la piel, y hacía que la sangre corriera directo a mi longitud.

—Supongo que también usarás traje de baño, *Principessa*.

Sonrió.

—Lo haré. Compré uno en la tienda del hotel. Lo puse en la cuenta de la habitación. —Frunció las cejas como si le disgustara. Insistí en que pusiera todo en mi cuenta y se comprara varias cosas—. Sabes que esa tienda podría ser acusada de extorsión por lo locos que son sus precios.

Había delitos peores que la extorsión.

—Me lo puedo permitir.

Puso los ojos en blanco.

—El más rico, joven y *poderoso multimillonario*.

Me reí entre dientes.

—Conque *poderoso multimillonario, ¿eh?*

Se encogió de hombros.

—Es lo que decían los periódicos.

—¿Crees todo lo que lees y oyes en los medios de comunicación?

Por un momento se puso rígida y una sombra pasó por su expresión.

—No, no todo.

Los rayos de sol atrapaban mechones de su cabello, haciéndolos brillar como el oro. Era un misterio y un libro abierto. No se hacía la tímida. Percibí su sinceridad cuando respondía, pero había partes de ella que ocultaba. No podía deshacerme de esa sensación, y normalmente mi sexto sentido nunca me fallaba.

Anoche escuché parte de su conversación con su madre. Tuve la sensación de que se preocupaba mucho por ella, sin embargo, estaba claro que había algunos problemas en su relación.

El chirrido de unos neumáticos sonó detrás de mí y eché un vistazo por el retrovisor. Vi la curva de un Land Rover negro tres coches más atrás. Era una costumbre comprobar los alrededores y ahora me alegraba de ello porque juraba que el mismo Land Rover negro nos seguía desde que salimos del hotel.

—¿Wynter?

—*Hmmmm.*

—¿Crees que podrías perder ese Land Rover negro que está tres coches detrás de nosotros?

Miró por el retrovisor y frunció las cejas, con la preocupación cruzándole la cara. Luego sus ojos se dirigieron hacia mí.

—No quiero que me multen —murmuró. No pude evitar sonreír. Le preocupaba que la multaran, mientras yo había hecho cosas mucho peores.

—No te multarán —aseguré—. Si nos detienen, me encargaré de la policía.

Una chispa brilló en sus ojos.

—¿Lo prometes?

Asentí. Era todo el estímulo que necesitaba. Pisó el acelerador y el vehículo aceleró tan rápido que mi espalda se apretó contra el asiento. *«Esta chica tiene algo de temeraria en ella»*, medité mientras sacaba el teléfono y enviaba un mensaje a *Priest*.

Vi su velocímetro llegar a 80... 90. Era una conductora segura. Todavía tenía que encontrar algo que no me gustara de esta chica.

—Será mejor que le digas a *Priest* que es culpa tuya si estrello su elegante Jeep —bromeó—. Y nunca lo dejes que me recite los últimos sacramentos.

Eché la cabeza hacia atrás y me reí.

—Le aplastaría la garganta antes de que pudiera decir la primera palabra.

Sonrió feliz, luego estiró la mano y subió el volumen de la música. Fue lo primero que hizo cuando se sentó en el Jeep. Conectó su música al *Bluetooth*. Tenía un montón de canciones de chicas y clásicas, aunque mientras estuviera feliz, no me importaba.

Mirando detrás de mí, vi que el Land Rover seguía allí. Mi teléfono zumbó. Era un mensaje de *Priest*. Había localizado mi posición y había enviado hombres. No esperaba que nadie nos siguiera en Pensilvania, así que solo llevaba una pistola, guardada en la parte trasera del pantalón. Me negué a arriesgar la vida de Wynter si había hombres tras de mí.

Señalé la salida que teníamos que tomar y Wynter aminoró la marcha para tomarla, luego vio por encima del hombro y atravesó por tres carriles en el momento justo para tomarla, dejando atrás a nuestros amigos del Land Rover.

—Buen trabajo —elogié.

Ella sonrió.

—Gracias. Mi primera persecución a alta velocidad.

—Puede que te esté corrompiendo —especulé.

Se encogió de hombros y le brillaron los ojos.

—Me gusta.

Maldición. Podría estar corrompiéndome también, de la mejor manera posible.

Porque esta sensación a su alrededor era adictiva. Su sonrisa. Haría cualquier cosa por verla sonreír.



Me acerqué a los dos hombres que colgaban del techo. Dos días seguidos en el sótano de *Priest*. ¿Qué tenía Wynter que atraía a los locos? ¿O tal vez estaba sacando la locura aún más en mí?

Mirando alrededor, sangre fresca cubría el suelo de cemento. Parecía que *Priest* ya le había tomado el gusto a uno porque estaba en mal estado.

Los ojos del otro tipo se movían de maldito terror. Funcionaba bien cuando podían presenciar la tortura de su compañero cómplice.

—¿Algo sobre la razón por la que me seguían? —le pregunté a *Priest*.

Priest agarró por la garganta al hombre al que había golpeado hasta casi matarlo y tiró de él hacia arriba, asfixiándolo.

—Dile lo que me dijiste —decretó.

—Bus-cando a la princesa per-dida —balbuceó con su marcado acento.

Elevé una ceja.

—Odio tener que decírtelo. No soy una princesa. Soy tu peor maldita pesadilla.

Enrollándome las mangas, me le acerqué y miré fijamente a uno y luego al otro. El que había sido torturado por *Priest* se desmayó, o tal vez murió, no tenía ni la más mínima idea, pero el otro temblaba con miedo en los ojos.

—Dime, camarada. —Sonreí sombríamente mientras acercaba mi cara a la suya—. ¿Por qué me sigue la *Bratva*?

Intentó escupirme, a pesar del claro miedo que coloreaba su expresión.

—Haz lo que quieras. Nunca traicionaré a nuestro *Pakhan*.

Me enderecé y agarré el cuchillo que había sobre la mesita.

—Antes de morir, me lo contarás todo.

Apreté los dedos sobre el cuchillo y lo bajé hasta su meñique, cortando a través de hueso y carne. Sus gritos fueron música para mis oídos. No me detuve ahí. Pasé al siguiente dedo, luego al siguiente. Los gritos de este cobarde resonaban en las paredes de hormigón del sótano.

—No sabía que fueras cantante de ópera —se mofó *Priest*—. Pésimo como la mierda, pero aun así.

Con los dedos cortados, volví a preguntar:

—¿Por qué me seguían?

—¡Vete a la mierda! —Idiota.

Con una amplia sonrisa, lancé el cuchillo por los aires.

—Esperaba que dijeras eso. —Antes de que pudiera parpadear, le clavé el cuchillo en el estómago y lo giré bruscamente. Su rostro se volvió cenizo y los ojos se le pusieron en blanco, mientras rugía en agonía.

—¡No, no! —lloró—. Por favor.

El imbécil finalmente entró en razón.

—Ahora estás recobrando la razón.

—No sé nada —alegó, quejándose como un cobarde.

Hicieron falta dos horas y veinticinco minutos y un montón de sangre derramada para doblegar al idiota llorón ruso. En este punto, estaba cubierto en sangre de pies a cabeza. Iba a llevar a Wynter a cenar y no me quedaba mucho tiempo para este desgraciado.

Me incliné más hacia él y gruñí, su hedor invadía mis sentidos.

—Dime otra vez por qué me estás siguiendo.

La hoja de mi cuchillo presionó contra la cuenca de su ojo y no me contuve.

Gimió.

—Estamos buscando a la princesa perdida de la mafia.

—¿Cómo se llama? —cuestioné.

—No lo sé —sollozó—. Me matarán.

—¿Qué crees que te haré? —pregunté con una sonrisa mientras presionaba con más fuerza la punta del cuchillo contra su sien.

—Nos dieron esta ubicación y nos dijeron que te siguiéramos y a la mujer que estaba contigo. —Graznó—. Eso es todo lo que sé.

Le clavé el cuchillo en el ojo y vi cómo la luz abandonaba sus ojos y ponía fin a su miserable existencia.

Capítulo Veinte

WYNTER



Durante los dos últimos días, solo había sido la chica de Basilio.

No me quejaba.

Me contó historias sobre sus primos y su hermana. Le conté historias sobre Juliette, Davina e Ivy. Pero ambos nos limitábamos a comentarios generales. Tal vez era una coincidencia afortunada o tal vez era autopreservación. No tenía ni idea.

Incluso encendí la televisión y puse un maratón de *Good Girls*. Se rio porque adelanté muchas partes.

—Solo necesito el final —le dije sonriendo. En ese momento era la chica más feliz del mundo.

Normalmente nunca tenía tiempo para ver la televisión o mantenerme al corriente con las series, y sabía que si no la terminaba, no lo haría en un futuro próximo. Así que me siguió la corriente, aunque no era exactamente su tipo de serie. Había que reconocer que nos distrajimos un poco. Nos besamos. Nos tocamos, pero él no fue más allá.

Créeme, lo intenté. Cuando se sentó contra la cabecera, con la camisa blanca desabrochada y la corbata colgando del cuello, babeé. Se me hacía agua la boca con sus abdominales. Y no pude resistirme a su tatuaje, que jugaba a las escondidas conmigo. Era un tatuaje peculiar y se parecía a la calavera que había sobre el club de *Priest*, justo debajo del letrero de *Capos de la Mafia*. Lo exploré, recorriendo con los dedos cada centímetro duro suyo.

Hasta que me calenté tanto que pensé que me iba a quemar. Él también estaba duro; podía ver el contorno de su dura longitud empujando contra sus pantalones. Mi corazón se agitó con expectación e incertidumbre mientras deslizaba la mano hacia abajo y le acariciaba su erección a través de los pantalones. Dejó escapar un áspero gemido, mientras sus ojos se oscurecían y me animaban, y llevé la mano a su cinturón. Mi sexo palpitaba con la necesidad de sentirlo dentro de mí y sus manos agarraron mis rizos, apartándolos del camino.

Se apretó aún más contra mi palma, su polla dura, grande y caliente a través de la tela. Era gruesa, grande y tan perfecta.

Apreté los labios contra su cuello. Su piel caliente me quemaba los labios y su sabor se impregnaba en mi torrente sanguíneo. Bajé más, rozando con la boca su estómago y besando sus duros abdominales. Luego le lamí la piel, justo encima del cinturón desabrochado que ni siquiera recordaba haber desabrochado.

Un estruendo escapó de su pecho.

—Wynter —gimió cuando intenté meter los dedos en sus bóxers. Me agarró de la muñeca y saltó fuera de la cama.

Luego me tomó la cara y me besó.

—Es tarde y estás cansada.

—No estoy tan cansada —refuté, negando con la cabeza.

Su pulgar rozó mi mejilla.

—Si estás despierta cuando salga de la ducha...

El significado quedó en el aire cuando se dirigió al baño mientras admiraba su trasero. A un hombre no se le debería permitir tener uno tan atractivo.

Me di la vuelta, decidida a mantenerme despierta mientras veía *Good Girls* y las mujeres se metían en más líos que mis amigas y yo. Me pesaban los párpados, pero me froté los ojos, el sonido de la ducha seguía corriendo.

—Saldrá en cualquier momento —susurré, cerré los ojos un segundo y el sueño se apoderó de mí. Era lo malo de despertarse al amanecer o incluso antes.

Me desperté con la mejilla apoyada contra su cálido pecho y su brazo rodeándome. Pudo haber baba involucrada de mi parte, pero la limpié rápidamente. Me quedé entre sus brazos, disfrutando del calor de su cuerpo y de los latidos de su corazón, que palpitaba bajo mi oreja. Tan fuerte y confiado.

Al despertarme así, quería abandonar mi sesión de trotar y quedarme más tiempo en la cama. Disfrutar de este momento. Sin embargo, era difícil romper el hábito y la culpa de saltarme el ejercicio vigoroso. Tenía kilómetros que quemar. Una medalla que ganar. Récords que batir... y cosas así.

Me moví para levantarme y Bas se movió, sus ojos encontraron los míos y mis labios se curvaron en una sonrisa. Dios, nunca nadie me había hecho sonreír como él. Podría acostumbrarme a despertarme a su lado. Podría acostumbrarme a esto.

—¿Adónde vas? —requirió.

Suspiré.

—Tengo dieciséis kilómetros que quemar.

Ladeó una ceja y miró la hora.

—¿A las cinco de la mañana?

Me encogí de hombros y salté de la cama antes de que me ganara la tentación. Mientras me quitaba la pijama y me ponía unos *shorts* para trotar y un sujetador deportivo, sus ojos no se apartaban de mí. Su intensa mirada me atravesó, encendiendo chispas en mi interior y, por primera vez en mi vida, agradecí tener un cuerpo tonificado.

«Tal vez debería sacar el trasero, hacer twerking o algo así», pensé en silencio y me pregunté cómo podría hacerlo con elegancia.

—Iré contigo —anunció mientras salía de la cama y me sacaba de mi plan de *twerking*.

—Quédate durmiendo —protesté.

—Mierda, no —gruñó—. No voy a quedarme en la cama mientras mi chica va a trotar al amanecer.

Era imposible resistírsele, así que corrimos juntos dieciséis kilómetros y conseguimos impresionarnos mutuamente. Después de correr, nos duchamos y fuimos a la playa.

Había sido uno de los mejores días de mi vida.

Cuando volvimos al hotel, se reunió con su primo y yo me duché. Después, teníamos una cita para cenar en uno de los restaurantes de lujo.

Y ahora esperábamos a que el ascensor nos llevara a nuestra *suite* del hotel. Era nuestra última noche antes de volver a New York.

La puerta del elevador sonó y se abrió. Entramos juntos, con la palma de su mano en la parte baja de mi espalda. Una sensación de opresión me envolvió los pulmones. No quería irme de

Philadelphia sin tener a Bas. Necesitaba que supiera que lo deseaba.

—¿Bas? —Lo miré con valentía, con el corazón retumbando y el pulso palpitando entre mis piernas.

—*¿Hmmm?* —Sus hombros estaban relajados. Sus ojos me miraban hambrientos. Pero se negó a hacer un movimiento. Entonces sus palabras de nuestra primera cita volvieron a mí.

Quiero tus labios, tu coño y tu cuerpo porque quieres dármelo, Wynter. No porque quieras pagar una deuda.

Tal vez no le había dicho explícitamente que lo deseaba y él estaba esperando eso. Entré en su espacio y tomé su corbata entre mis dedos. Siempre parecía llevar un traje de tres piezas. Recordé haber oído a Killian bromear sobre los italianos y sus trajes.

Me puse de puntillas y apreté los labios contra su mandíbula, la barba áspera contra mis labios. Mis adentros se estremecieron de placer. Me encantaba sentir su duro pecho contra mi cuerpo. Su aroma especiado. Aspiré profundamente su aroma. Olía tan bien. Nunca nadie olería tan bien como él.

Besé una línea a lo largo de su garganta, mareándome por su aroma.

—Te deseo —suspiré mi admisión—. Tanto que me duele.

Se quedó quieto, su mirada profunda y oscura. Me quemaba, como si estuviera adelante de una chimenea, las llamas lamiéndome la piel, amenazando con quemarme viva. Y aun así, era incapaz de moverme, dejando que el fuego me consumiera.

Entonces, con un movimiento rápido, me agarró por la nuca y su boca presionó contra la mía. Me besó profunda y lentamente, encendiendo mi cuerpo. Un deseo ardiente recorrió mi cuerpo mientras me apretaba contra el suyo. Su beso me consumía y mis manos se enredaron a su alrededor.

Se apartó y quejé mi protesta.

—Bas, por favor —gemí, inclinándome hacia delante.

—Aquí no —pronunció con voz ronca, sus ojos carbones ardientes. Sonó la puerta del ascensor, me rodeó la cintura con el brazo y entramos apresurados en nuestra *suite*.

En el momento en que entramos, un suave jadeo me recorrió mientras miraba hipnotizada la habitación.

Toda la *suite* estaba decorada con rosas rojas y blancas, y velas parpadeantes, que daban a toda la habitación un aire romántico.

—¿Quién... qué...? —No podía formar una pregunta.

—Nuestra primera vez juntos será especial, Wynter Star. —Sus palabras enviaron calor por mi cuerpo, me quemaron el pecho y me aceleraron el corazón. Amaba a este hombre. Ya fuera un flechazo o amor verdadero, me hacía feliz. Me hacía sentir viva.

Estábamos frente a frente, sus labios tan cerca de los míos que podía sentir su aliento caliente abanicándome los labios. Había caído bajo el hechizo de Bas y nada podía apartarme de él.

Mis dedos recorrieron la tela de su traje, sintiendo sus músculos debajo. Di un paso atrás, mis dedos agarraron su chaqueta y él me siguió. Otro paso atrás. Volvió a seguirme.

—No importa a dónde vayas, Wynter —aseveró con voz ronca—. Siempre te seguiré.

Se me hinchó el pecho. Con los años aprendí a no dejar ver mis emociones. Mi madre siempre decía que era impropio. Que mostraba debilidad al mundo. Sin embargo, en este preciso momento, mis emociones eran tan fuertes que las lágrimas me picaban en la parte posterior de los ojos.

Nunca había deseado tanto a nadie ni a nada como a este hombre. Incluido el patinaje artístico. Nada igualaba la intensidad de estos sentimientos.

Me asustaba y emocionaba al mismo tiempo. Apenas habíamos empezado y ya sentía mucho por él.

—¿Bas?

Su boca tocó la mía y cerré los ojos, inhalando su aroma hasta lo más profundo de mis pulmones. Cuando su boca tiró suavemente de mi labio inferior, gemí mi aprobación. Entonces nos besamos, hambrientos y desesperados. Nuestras respiraciones calientes y necesitadas se mezclaban.

El beso se detuvo demasiado rápido.

—Sí.

Mis dedos se enredaron en su cabellera y lo atrajeron hacia mí. Lo necesitaba como el desierto necesitaba agua.

—Me estoy enamorando de ti —admití suavemente contra sus labios.

Su cuerpo se tensó durante una fracción de segundo. Pasó un latido.

Más tarde, mucho más tarde, me di cuenta de que ya le había dado mi corazón a este hombre mucho antes de saberlo.

Me ahogué en su mirada oscura, encontrando en ella una seguridad que nunca creí posible. Su lengua me pasó por el labio inferior y, antes de saber lo que ocurría, mi cuerpo se apretó contra el suyo, ansioso de él.

—No te vayas nunca, Wynter —murmuró, rozando su nariz con la mía.

No podía prometérselo. Todavía no. Mi corazón quería quedarse con él para siempre, pero sabía que había cosas que tenía que resolver. Sin embargo, no podía pensar en eso ahora.

Así que le di todo menos palabras. Subí las manos por su espalda y recorrí con ellas sus músculos, sintiéndolos contraerse bajo su traje. Me besaba con una dulce atracción, mientras capturaba suavemente mi labio superior entre los suyos. Separé la boca y un gemido me subió por la garganta. Los latidos de mi corazón bailaban alegremente y me perdí en la sensación.

Mi lengua rozó contra su labio inferior y un gemido brotó de lo más profundo de su pecho. Sus manos me rodearon con fuerza e intensificó el beso. Su lengua se deslizó entre mis labios y exploró mi boca. Cada centímetro de ella.

Me tomó de la nuca y me inclinó la cabeza mientras me besaba más fuerte y más profundamente. El pulso me retumbaba en los oídos y en mi pecho. Me estaba consumiendo y se lo permitía felizmente. Era el aire de mis pulmones.

—Te amo. —Las palabras se me escaparon. Su mirada oscura buscó la mía y la sostuve. Un escalofrío me recorrió, preocupada por haber arruinado el momento. Mas no retiraría las palabras.

No sabía si era un amor de tipo encaprichamiento o de los que se quedaban para siempre. Lo único que sabía era que quería darle todo lo que tenía y tomar todo lo suyo. Protegerlo. Amarlo. Hacerlo reír. Quería compartirlo todo con él.

—¿Estás segura? —dijo

Lo miré fijamente y asentí. Nunca hacía nada a medias, y no iba a empezar ahora.

—Sí. —Si no quería mi amor, ahora era el momento de decirlo.

—También te amo. —Su nariz tocó la mía, rozándola de un lado a otro. Luego apretó su frente contra la mía, sus ojos clavados en mí—. Es como si fueras una parte de mí y te hubiera estado buscando todo este tiempo.

Mi alma se estremeció ante tan hermosa admisión.

Entonces sus labios volvieron a tomar los míos mientras me levantaba y me acercaba a la cama llena de rosas.

Capítulo Veintiuno

BASILIO



Me ama.

Confianza brilló en los hermosos ojos de Wynter y se me apretó el maldito pecho. Nunca había deseado nada tanto, como a esta mujer. Apenas la conocía, pero había una conexión con mi esencia. Era como si una parte que me faltaba volviera a mí y me armara.

Mientras la bajaba a la cama, mi polla se tensaba contra mis pantalones. Me quité la chaqueta y la tiré al suelo sin hacer ruido. Luego me quité la funda y la dejé sobre la mesita de noche. Sus ojos se desviaron hacia ella durante una fracción de segundo, sin embargo, no estaba asustada.

En cambio, sus ojos hambrientos volvieron a mirarme. Extendió las manos y sus dedos tantearon los botones de mi chaleco, así que la ayudé. Mi camisa siguió.

—Eres tan hermoso —susurró, sus dedos recorriendo mis abdominales. Me subí encima de ella, reclamando sus labios. Su sabor era perfecto, como el de una miel exótica y adictiva. Necesitaba poseerla por completo. La ayudé a quitarse el vestido.

Sabía que era impresionante. Lo vi esa noche en *The Eastside Club*. Pero, aun así, me dejó sin aliento. Dejé que mis ojos la recorrieran, memorizando cada centímetro suyo.

—Eres mía —gruñí, observándola hambriento. Parecía un ángel, con el cabello dorado esparcido a su alrededor y los ojos brillando como diamantes.

—También eres mío —aclamó y nada era más cierto. Era solo suyo. Por el resto de mis días.

Enganché los dedos en sus bragas y las empujé hacia abajo por sus delgadas piernas.

—Bas, quítate también la ropa —suplicó Wynter, con sus ojos llenos de lujuria clavados en mí. Me encantaba que no fingiera timidez. Daba y recibía. Así que me levanté y me la quité.

Con las piernas abiertas y los ojos fijos en mí, parecía una virgen sacrificada, hambrienta por placer. Era tan pequeña que me preocupaba romperla. Sin embargo, vi de primera mano lo fuerte que era su cuerpo. El resplandor de la ciudad brillaba sobre su cuerpo desnudo, y nunca había visto nada tan dolorosamente hermoso.

Bajé por su cuerpo y acerqué mi boca a sus pechos. Wynter arqueó la espalda y su coño resbaladizo se frotó contra mis abdominales.

—Bas —gimió. Jalé de su pezón entre los dientes, sosteniéndole la mirada, y me deleité con sus estremecimientos y sus ruiditos mientras jadeaba. Era magnífica. Perfección, hecha para mí. Recorrí con mis manos sus costillas y su esbelta cintura. Mientras se retorcía debajo de mí, gimiendo con necesidad. Bajé la boca por su cuerpo, adorándola.

Separé sus muslos, abriendo su coño rosado para mi plena vista. Y mierda, se me hizo agua la boca. Estaba resplandeciente de humedad, el aroma de su excitación suave se colaba en mis pulmones.

—Eres tan hermosa —tarareé, presionando un suave beso en el interior de su muslo.

Dejó escapar un pequeño gemido y le mordí ligeramente la cara interna del muslo.

—Bas. —Jadeó, arqueándose.

—¿Qué necesitas? —pregunté, mi mirada perezosa en ella.

Se retorció debajo, apretándose contra mí.

—P-por favor.

—¿Quieres que te bese el coño? —cuestioné, viendo cómo su cuerpo se estremecía en respuesta.

—Sí —gimoteó.

—¿Qué más? —Levanté la vista y me encontré con su mirada esmeralda clavada en mí. Se veía preciosa, con los ojos nublados con deseo y la boca entreabierta, observándome con tanta confianza que me dolía el maldito pecho.

—Todo. —Respiró—. Lo quiero todo.

Sin apartar mis ojos de sus esmeraldas llenos de lujuria, metí las palmas bajo su trasero y me llevé su coño a la boca. Besé sus pliegues empapados y sus labios se separaron en un suave gemido.

—¿Te gusta? —murmuré contra su coño. Su aroma era embriagador. La abrí con el pulgar y lamí sus jugos mientras se estremecía debajo de mí—. Dime —demandé, y luego le succioné ligeramente los labios.

—Sí —gimoteó, moviéndose contra mi boca—. Sí, por favor.

Rodeé su abertura, después introduje mi lengua en su interior. Sus muslos se cerraron en torno a mí y levantó las caderas.

—Por favor, Bas —rogó. Era tan sensible. Cada vez estaba más mojada, se retorcía y gemía. Le rocé el clítoris con la lengua y se estremeció violentamente.

—¿Quieres que te chupe el clítoris? —gruñí.

—Sí, sí, por favor.

Cerré los labios alrededor de su botón y empecé a succionar mientras deslizaba el dedo dentro y fuera de Wynter. Estaba tan apretada y la idea de que me aprisionara la verga con sus paredes me hacía palpitar con necesidad.

Se estremeció debajo de mí y su rostro se enrojeció con placer, sus ojos clavados en mí, cabalgando la ola de su orgasmo.

—Bas, necesito más de ti —imploró, sonrojada, y nunca había visto nada más hermoso.

Rodeé su clítoris con la lengua una última vez y subí, separando suavemente aún más sus piernas.

Alineando mi longitud con su entrada caliente, pude sentir su coño codicioso apretando. Le besé la comisura de los labios, luego el labio inferior y el superior, mientras movía las caderas para que la punta de mi polla entrara en su centro.

El dolor apareció en su rostro y me quedé quieto. Estaba muy mojada, no debería sentir ninguna molestia.

—Wynter. —Sus ojos me buscaron y se me oprimió el pecho al ver la confianza en su mirada —. ¿Has...?

Demonios, esto debió de haber sido algo que habláramos antes.

—Tomo anticonceptivos —musitó, besándome la cara. Por Dios. Eso era lo mucho que me inquietaba. Ni siquiera había pensado en usar preservativo. Nunca me había follado a nadie sin protección, pero no quería que nada nos separara.

—Iba a preguntarte si eres virgen. —No necesité que me lo confirmara para saber que lo era. Su cara era expresiva y la admisión estaba escrita en ella.

Me dedicó una pequeña sonrisa.

—Debí decir algo antes —susurró, rodeándome con las manos, como si tuviera miedo de que me fuera.

—¿Estás segura de que me quieres como tú primera vez? —Mi última pizca de honor, solo para ella.

Elevó una ceja.

—¿Por qué?

—Porque voy a querer todas tus primeras veces —aseveré con voz ronca. Ella era todo para mí.

Su agarre a mi alrededor se hizo más fuerte.

—Por favor, no te detengas.

Besándole la sien, moví las caderas para que la punta entrara apenas un centímetro y ella se sintió como el cielo.

—Nada podría detenerme —declaré con voz ronca—. Excepto tú. Me dices si se vuelve demasiado. ¿De acuerdo?

Asintió y me agarró el bíceps.

—No será demasiado —aseguró, rodeándome con las piernas. Me deslicé más adentro en ella y mi boca rozó su frente. Sería el único que la sentiría apretarse a mi alrededor. Sería el único hombre que la tendría.

Tomando su boca en un beso, empujé hacia adelante y me tragué su jadeo, su respiración se volvió agitada. Exhalé un suspiro, sintiendo cómo sus paredes se cerraban en torno a mi polla y la ordeñaba. Ella era el paraíso en esta tierra.

Me ahogué en sus grandes ojos, me cautivaron sus ligeras manchas doradas, verdes y grises. Entonces, de un rápido empujón, me deslicé aún más dentro de ella, rompiendo su barrera. Dios, se sentía tan bien. El agarre de sus paredes, ordeñando mi longitud, me proporcionó un placer como nunca había experimentado.

—Eres mía —le susurré al oído—. De nadie más.

—Tuya. —Por la forma en que me miraba, con esos ojos que brillaban con amor, estaba cayendo bajo su hechizo. Sabía que nadie más sería para mí. Solo ella.

—Bas —protestó, levantando las caderas—. Por favor.

Empecé a moverme, pequeños empujones superficiales. Sus adentros me apretaron con avidez y mantuve los ojos fijos en su rostro, atento por cualquier señal de dolor o miedo. No había ninguno. La necesidad de tenerla me consumía. Me preocupaba perder el control y follármela hasta dejarla inconsciente.

—Maldición, te sientes tan bien —elogié. Me retiré un poco y luego la penetré más profundamente, apretando mi pelvis contra su clítoris. Los labios de Wynter se entreabrieron y parpadeos de placer cruzaron su rostro.

—Más, Bas —suplicó, arqueando la espalda de la cama. Mis embestidas se hicieron más fuertes, podía sentir sus uñas arañándome la espalda.

Mis músculos temblaban mientras entraba y salía de ella, llenándola hasta lo más profundo. Mi placer crecía cada vez más, sus gemidos se hacían más fuertes y necesitados. Apreté nuestras bocas, tragándome todos sus sonidos como un desgraciado ambicioso. Empujé dentro de ella con más fuerza, golpeando más a fondo. Nada en este mundo se sentía mejor.

—No te detengas —imploró, como si pudiera aunque quisiera. Estaba más allá del control. Sentí un hormigueo de placer en la base de la columna y se me tensaron las pelotas. Metí la mano entre nuestros cuerpos y le froté el clítoris furiosamente mientras la penetraba.

—Mierda —gemí, mis embestidas se volvieron convulsivas.

Su espalda se arqueó y observé hipnotizado a través de párpados pesados cómo el placer cruzaba su rostro. Su coño ordeñó mi verga, apretándola con fuerza, y eyaculé dentro de ella. Mi miembro se sacudió, llenándola con mi semilla.

Una fuerte emoción me recorrió junto con el orgasmo. Hundí la cara en sus rizos dorados y respirábamos entrecortadamente. Su cálido aliento abanicó sobre mi piel y sus palmas acariciaron mi espalda, su toque suave y tierno.

Inhalé su aroma y disfruté sintiendo su suave cuerpo bajo el mío y nuestros olores mezclándose.

Me deslicé fuera lentamente, me aparté de ella y la abracé. Quería estar cerca de ella y, obviamente, también necesitaba estar cerca de mí, porque se acurrucó a mi lado. Ladeó la cara y me miró con esos preciosos ojos, y no pude resistirme a darle un beso en la nariz.

Le rocé la mejilla con los dedos. Era tan hermosa que me quitaba el aliento. Sus rizos rubios coronaban su cabeza y su cuerpo desnudo se estrechaba contra el mío.

—¿Te lastimé? —inquirí, pero negó con la cabeza.

—No, nunca podrías hacerme daño.

Si tan solo esa fuera la verdad.

Capítulo Veintidós

WYNTER



Extrañaba a Bas y solo habían pasado unos días.

Las chicas y yo conseguimos llevar a cabo nuestro plan, aunque dudaba si decir que nuestro atraco en Philadelphia había sido un éxito. Seguimos el camión blindado del dinero desde el club de *Priest* hasta la gasolinera. Ivy sedujo a los hombres y los drogó, luego lo robamos y lo condujimos hasta Trenton, al lugar perfecto en *Delaware River*.

Ocurrió un pequeño contratiempo.

Alexei y Sasha Nikolaev nos atraparon *in fraganti*, empujando el vehículo blindado al río. Casi nos cagamos en los pantalones al vernos acorraladas por ellos. Sí, eso fue inesperado.

En retrospectiva, fue mejor que nos atraparan ellos y la hermana de Davina que *Priest*. Después de todo, no me pareció un hombre que perdonaba, sobre todo teniendo en cuenta que le robamos cuarenta millones. *Priest* nos habría leído los últimos sacramentos.

Un escalofrío me recorrió la espalda.

Honestamente, no estaba segura de quién daba más miedo. *Priest,* Alexei Nikolaev, O Sasha Nikolaev que tenía un aspecto ligeramente desquiciado. Jesucristo, nos hundíamos más y más en el bajo mundo. Tío y mamá nos mantuvieron fuera de él durante veintiún años y nos las arreglamos para saltar directamente en él. En lo más profundo.

No obstante, lo manejamos admirablemente. Eso creía. *¿Quizás?*

Bueno, considerando que nunca tratábamos con mafiosos, diría que merecíamos una maldita medalla. Aunque no estaba segura si ganaría una medalla por salir con el Capo más *sexy*. Sí, no compartiría eso todavía.

Tío Liam ya estaba bastante furioso sin divulgar ese pequeño detalle extra. Pero al menos se sinceró con Jules. Ella merecía saber la verdad sobre sus padres biológicos. El hecho de que no fuéramos parientes de sangre no disminuía la realidad de que era mi prima. Nada podía quitarnos eso. Aunque me hizo preguntarme, ¿cuánto más nos ocultaban en realidad?

Tal vez era el estrés de la noche anterior lo que me hizo patinar fatal. Llevaba dos horas y media sobre el hielo y cada vez mis saltos se volvían peor.

Normalmente, cuando entraba en el hielo, dejaba de pensar. Para mí, todo era instinto y sensaciones mientras saltaba y me deslizaba por el hielo. Era una sensación de libertad tan estimulante que era adictiva.

Hasta recientemente. Especialmente hoy había sido tan malo.

Con cada latido, mi corazón tiraba de mí, empujándome hacia Bas y alejándome de mi madre y del hielo.

No quería irme de New York. Lo único que sentía era angustia porque mis días en Yale se acercaban a su fin. Sabía que la única manera de quedarme con Bas era hacerle daño a mamá.

Quería quedarme con él. Me sentía viva y feliz a su lado. Sabía que después de mi conversación con ella mientras estaba en Philadelphia, nunca consideraría mudarse aquí. Y aun así le envié un mensaje la noche anterior preguntándole si podíamos continuar nuestras prácticas aquí en New York. No podía dejar de tener esperanzas. No quería decepcionarla y no quería dejar a Bas.

Su respuesta fue inmediata. Mi esperanza fue destrozada.

Así que volqué toda mi frustración en el patinaje. Trabajé en mis elementos técnicos: saltos, triples *Salchows*, giros, más saltos. Bombeaba mi corazón, con la esperanza de quemar esa sensación desbordante dentro de mí que odiaba.

Impotencia.

Giré mi cuerpo para patinar hacia atrás lo más rápido posible y poder hacer un triple *Lutz*. Ese salto en particular siempre me hacía sentir mejor. Sin embargo, mientras volaba por el aire, supe que la había jodido. Una vez más. Mi equilibrio estaba mal, mi velocidad estaba mal, mi maldita mente estaba mal.

Apenas aterricé. Mi pierna cedió en el momento en que mis patines tocaron el hielo. Mi cuerpo intentó compensar y soportar el peso. Sentí como si cayera sobre cemento. En todos mis años de patinaje, nunca me había caído tantas veces como este día.

Culpar al agotamiento no tenía sentido. Ya había patinado antes con menos horas de sueño. Era mi mente la que me estaba jodiendo. Bueno, mi mente y mi corazón.

Tirada sobre el hielo, me di la vuelta y me quedé mirando al techo. No tenía sentido seguir. Mi cabeza estaba en otro lugar. Mi corazón también. Pero ¿cómo se lo explicaría a mi madre? Se sabía que Basilio DiLustro formaba parte del Sindicato y mi madre odiaba todo lo que tuviera que ver con ese tipo de vida.

Ella no cedería por su hermano; ciertamente no lo haría por un simple extraño. Sin embargo, no podía evitar preguntarme qué había ocurrido para que huyera del bajo mundo. Ahora que tío Liam había confirmado que Jules y Killian no eran sus hijos biológicos, no podía evitar preguntarme qué otros secretos se escondían en nuestro pasado. De alguna manera, no creía que la historia terminaba ahí. Mi instinto me advertía de que había cosas importantes que tío y mamá nos habían ocultado.

Davina apareció a mi lado y se puso de rodillas. A veces la utilizaba para grabarme y así poder detectar mis errores cuando repasaba los vídeos. No tendría que ver este porque cada uno de los movimientos que había hecho en las últimas dos horas era un gran desastre.

—Wynter, ¿qué tal si te tomas un descanso? —sugirió—. No tiene sentido magullarte todo el cuerpo. Ayer tuvimos una larga noche. Necesitas un buen día de descanso.

Me quedé mirando al techo. Necesitaba mucho más que un buen día de descanso, pero no quería decírselo a Davina. Ya le guardaba suficientes secretos en nuestro nombre a su marido. *Davina y el tío Liam*. ¿Quién lo hubiera pensado? Estaba emocionada por ellos, pero aún no me acostumbraba a la idea.

—Sí —concordé. No había solución para mi dilema. Al menos no una que no disgustaría a alguien. O rompía el corazón de mi madre, o rompía el de Bas y el mío.

Davina me agarró la cara entre las palmas de las manos y sus ojos grises se clavaron en mí.

—¿Qué pasa? —preguntó en voz baja—. ¿Es por el dinero que robamos?

Un suspiro pesado se deslizó por mis labios y una nube de aliento caliente se esparció por el aire frío. Uno pensaría que el lidiar con los mafiosos Nikolaev, y nuestros robos serían mis únicos problemas.

Pero no, algo tan simple como continuar mi carrera ya sea en la Costa Este o en la Costa

Oeste era otro de mis problemas.

—¿Es sobre tu chico? —susurró Davina, mirando a su alrededor como para asegurarse de que nadie pudiera oírnos. Cuando no respondí, continuó—: ¿Sobre la escuela? ¿Sobre lo que pasó ayer?

Asentí.

—Me alegro de que todo saliera bien ayer. Y conocimos a tu hermana.

Era mejor si la dejaba pensar que se trataba de eso. Nos atraparon. A tío casi le dio un infarto.

Moví la cabeza y volví a concentrarme en el techo, con la preocupación inundando mi mente. ¿Por qué no podía quedarme en la Costa Este? Derek, mi compañero de patinaje, podría trasladarse aquí por un tiempo y yo podría tener patinaje, a Bas y a mis amigas. Después de todo, la propiedad que queríamos comprar para la escuela estaría en esta costa.

—Dime, Wyn —Davina interrumpió mis pensamientos dispersos—. Estoy preocupada por ti.

Un suspiro pesado se deslizó por mis labios. Hundí los patines, picando el hielo mientras doblaba las piernas.

—No quiero volver a California —admití—. Pero mi madre no vendrá aquí...

Buscar otro entrenador no era una opción. No es que pudiera permitírmelo. No tendría acceso a mi herencia hasta que tuviera veinticinco años o me casara. Pero lo más importante, no podía hacerle eso a mi madre. El oro olímpico era tanto por ella como por mí. Su sueño era patinar, mas un extraño accidente cuando estaba embarazada de mí le había destrozado la rodilla y nunca pudo recuperarse.

Nunca hablaba de ello, pero la dañó más que físicamente. Mató a mi padre. Los detalles eran vagos y nunca volví a preguntarle sobre lo sucedido, al ver el dolor en el rostro de mi madre. Sin embargo, siempre reflexioné sobre ello. Dijo que su accidente ocurrió en New York, pero negarse a visitar tu ciudad natal durante veinte años parecía un poco extremo. A menos que hubiera algo más.

Tenía que haber algo más. ¿Qué había pasado realmente? ¿Estaba relacionado con la muerte de los padres de Juliette y los mejores amigos de tío Liam?

—Ya veo. —La mirada de Davina se encontró con la mía y, de algún modo, intuí que veía más de lo que yo quería.

Golpeando el hielo con las manos, gruñí suavemente mientras me ponía en pie, equilibrándome sobre las cuchillas. Fue entonces cuando vi a Bas en la salida de la pista. Parecía casi fuera de lugar, vestido con su traje oscuro de tres piezas y su cabello oscuro como el carbón brillando como si acabara de ducharse.

Nuestros ojos se conectaron y las mariposas revolotearon en mi vientre mientras un calor se extendía por mi pecho. No podía renunciar a él. Lo amaba. Tanto que no me sentía completa sin él.

—Tu Bas está aquí —anunció Davina innecesariamente. Asentí, sin dejar de mirar a Bas, y mis labios se curvaron en una sonrisa por primera vez desde que me desperté esa mañana. Él me hacía feliz.

—Bueno, al menos puede sacarte del hielo —bromeó—. Tu triple *Salchows* puede esperar.

No me molesté en corregirla que mi último salto había sido un *3L*. En lugar de eso, nos dirigimos hacia el muro corto que rodeaba la pista.

—*Ouch* —murmuré en voz baja. Ahora que la adrenalina no corría por mis venas, podía sentir el dolor en mis músculos y huesos. Caerse sobre el hielo era una mierda.

—Te vas a llevar mi Jeep, ¿verdad? —pregunté, frotándome la cadera izquierda mientras nos acercábamos a la puerta, y donde estaban mis protectores de patines.

—Sí. —Ella volvería con el tío Liam y luego irían a ver al abuelo de Davina para anunciarle la noticia de su matrimonio. Me alegraba por ellos, aunque sentía un poco de envidia—. Es *sexy* —añadió en voz baja.

—Es genial. —Mucho más que solo *sexy*. Tan considerado y amable. Incluso sus locuras dementes me hacían desmayarme por él.

Una vez que llegamos a él, Davina lo saludó.

—Hola.

—Hola —devolvió el saludo con voz grave, pero sus ojos no se apartaban de mí. Me encantaba cómo su mirada intensa me consumía posesivamente.

—Hablaremos más tarde, Wyn. —Davina me dio un beso en la mejilla y la observé.

—De acuerdo —repliqué. Davina salió y volví a poner mi atención en Bas—. Llegas antes —musité en voz baja.

Me agarró por la nuca, enredando sus dedos en mi cabello, y luego enterró la cara en mi cuello inhalando profundamente.

—Te extrañe —comentó con voz ronca.

Un ruido masculino de satisfacción vibró en su pecho y pude sentirlo en lo más profundo de entre mis muslos.

—También te extrañé —admití. *«Dios, no puedo dejarlo»*. Solo de pensarlo me dolía el corazón y me daban ganas de gritar en agonía.

Miró detrás de mí.

—¿Qué te hizo querer patinar sobre hielo?

Me encogí de hombros. Debería decirle que era por la competencia, lo que siempre había hecho, pero por alguna razón no me apetecía. Me gustaba que él no supiera quién era y aun así me amara.

—Solía patinar en la universidad —habló y mis ojos se abrieron de par en par—. *Hockey* —aclaró.

—El intrépido Capo jugaba *hockey* —musité incrédula—. ¿Cuándo tenías tiempo de jugar? ¿Y por qué no están los periodistas encima de eso? —bromeé.

Me mordió el labio inferior.

—En las mañanas, practicaba. Luego por la noche, era el Capo. A menos que hubiera un partido.

Una suave risita vibró en mi pecho.

—Parece una agenda muy ocupada. —Miré a mi alrededor. La pista seguía vacía y se me ocurrió una idea—. ¿Quieres patinar? —indagué—. Sé dónde esconden los patines.

—*Principessa,* ¿estás sugiriendo que robe patines? —contestó, fingiendo estar sorprendido.

—Simplemente los tomaremos prestados —justifiqué—. No dejaré que te caigas y mantendremos intacto tu impecable traje.

Se rio entre dientes.

—No estoy preocupado.

Diez minutos después, ambos estábamos sobre el hielo. Sus patines negros contra los míos blancos. Mis *leggings* y mi camiseta holgada frente a su traje de tres piezas. Probablemente nos veíamos ridículos, aunque no me importaba. Me dio un vuelco el corazón cuando me tomó de la mano, como si le preocupara que me cayera, y no pude evitar sonreír ante su consideración.

—Eres sorprendentemente estable sobre los patines. —Me felicitó, con el timbre profundo de su voz calándome hasta el alma.

Sonreí. Quizá podía impresionarlo y volar por los aires. O tal vez no, ya que hoy había

aterrizado más en mi trasero que de pie. Aun así, esto era muy divertido.

—Usted también, señor Capo. —Fue un poco tonto porque todavía llevaba su traje de tres piezas. Sin embargo, lo hizo lucir con estilo. Este hombre no podía hacer nada mal. Al menos no ante mis ojos.

Era elegante, peligroso y fascinante, todo en uno. Mi propio *Capo perverso* romántico.

Levanté los ojos y lo observé, mientras mi pecho se llenaba con calor. Enarcó una ceja, como preguntando si todo estaba bien y mi corazón revoloteó como una mariposa capturada en un frasco. Excepto que yo era su víctima voluntaria.

Me rodeó la cintura con los brazos y me levantó como si no pesara nada. Mis manos rodearon su cuello y nuestros labios se encontraron, mientras mi cuerpo se apretaba contra el suyo. No tenía experiencia en relaciones, pero estos sentimientos... quería ver adónde nos llevaban.

Había algo cómodo y fácil en estar con él. Incluso mejor que la estimulante sensación que tuve desde el momento en que pisé el hielo. Los periodistas me llamaban princesa del hielo. Era natural en el hielo, como si hubiera nacido en él. Pero ni siquiera eso se comparaba con estos sentimientos que tenía por Bas.

Nuestras lenguas se deslizaban una contra la otra, su boca me consumía y me besaba más profundamente. Se tragó mis gemidos, luego me mordió el labio inferior.

—¿Lista para ir a casa? —dijo contra mis labios. *A casa*. Sí, estaba lista para ir a casa. Con él. Y llevar esto hasta el final. Sin importar si terminaba en un cuento de hadas o con el corazón roto, porque había algo que sabía que sería aún peor. Preguntarme el resto de mi vida si había perdido mi oportunidad de amar.

Asentí con la cabeza.

Patinó hacia atrás y lo seguí. Recordé sus palabras de antes. *Siempre te seguiré*. También lo seguiría siempre, porque era mío tanto como yo era suya.

Fue en ese mismo momento en que decidí que me quedaría con él.

Basilio DiLustro se marcó en mi piel, en mi médula, y no podía dejarlo ir.

Capítulo Veintitrés

BASILIO



Supe que algo estaba mal en cuanto salimos de la pista de patinaje para agarrar mi motocicleta. La había estacionado a unos cuantos lugares de distancia de su Jeep cuando llegué.

Wynter se puso rígida, sus ojos se movieron alrededor frenéticamente y casi se le cae el bolso de lona.

—¿Qué pasa? —pregunté, arrastrándola hacia mi izquierda para poder recuperar fácilmente mi arma con la mano derecha.

—Mi coche sigue aquí —avisó, luciendo conmocionada—. Se suponía que Davina se lo llevaría.

Se apresuró hacia su Jeep y tomé su mano entre las mías, apretándola en señal de consuelo. Mientras tanto, me mantuve alerta para asegurarme de que nadie nos sorprendiera. Solo había un auto aquí, y era el Jeep de Wynter.

Esta área estaba demasiada aislada, y te dejaba vulnerable si pasaba algo. Pero la salida de la pista estaba en este lado. Una vez junto a su Jeep, Wynter jadeó. Seguí su mirada para ver un sujetador deportivo en el suelo, en el lado del conductor.

—Se le habrá caído a alguien —declaré, pero Wynter negó con la cabeza.

—No estaba aquí cuando me estacioné. —Fue a abrir la puerta, y la detuve.

—Permíteme. —La puse detrás de mí y luego abrí la puerta para encontrar una bolsa en el asiento del conductor, abierta de par en par y a la vista. Wynter me rodeó y la tomó.

—Dios mío —se quejó—. Es el bolso de Davina. —Su cara se giró hacia mí, y pude ver sus ojos brillando con lágrimas que intentaba contener—. Alguien se la llevó, Bas.

Alcancé mi teléfono para llamar a mis contactos, mientras Wynter sacaba el suyo.

—Tengo que llamar a mi tío.

Mientras llamaba a Liam, llamé a Angelo para que *hackeara* la vigilancia de los alrededores.

Su tío debió de contestar al primer timbrazo, porque de la boca de Wynter salieron palabras a borbotones.

—Tío, alguien debió llevarse a Davina. Dios mío. Esto es malo. ¿Verdad? Esto es muy malo.

No pude oír lo que dijo su tío, pero debió de decirle que se calmara, porque Wynter inhaló profundamente y luego exhaló.

—Se suponía que Davina se iba a llevar mi Jeep. Pero todavía está aquí. Y su bolso está aquí. ¡Eso fue hace una hora! —Siguió el silencio y Wynter contestó—: Northwell Health Ice Center. —Otro tramo de silencio—. Pero... —De acuerdo —suspiró—. Tengo un amigo aquí conmigo. Así que no estaré sola. —Negué con la cabeza ante su etiqueta de “amigo” para mí. Debió de haber leído mis pensamientos porque me dio una mirada de disculpa—. No mandes a nadie a buscarme. Estoy bien.

Mi teléfono sonó y era la respuesta de Angelo. Estaba en ello. Si Davina significaba tanto para Wynter, entonces también me importaba. Nunca quería ver a Wynter disgustada.

—No, no —protestó, moviendo la cabeza como si su tío pudiera verla—. No me iré del lado de mi amigo. Te lo prometo.

Claro que no. Tal vez robaron a la persona equivocada y ahora sus vidas estaban en peligro. No era algo imposible.

—Estoy a salvo —aseguró—. Mi amigo no se irá de mi lado.

Esta vez escuché una pregunta amortiguada a través de sus auriculares.

—*¿Qué amigo?*

Wynter se sonrojó y mi verga respondió al instante. Jodido, lo sé.

—*Ummm,* no lo conoces. Es de la universidad. —Otra mirada de disculpa—. Vayan en busca de Davina. C-creo que... —Más preguntas apagadas y silencio. Entonces Wynter continuó—: *Ummm,* no. Creo que no. Nada más que lo que ya sabes.

Una cosa era segura. Wynter no era una buena mentirosa. Ignoré el resto de la conversación y me alejé para enviar mi propio mensaje. No toleraría ninguna amenaza directa o indirecta hacia Wynter.

Me pregunté si Liam Brennan sabía que su mujer estaba en problemas. Desde donde estaba, vi a Wynter asentir con la cabeza mientras hablaba por teléfono con su tío mientras yo escribía un mensaje a Angelo para que revisara el video de vigilancia de la pista de hielo. Llevaba una camiseta blanca larga sin hombros y unos *leggings* negros. Parecía llevarlos a menudo, como si fuera su vestuario distintivo.

Al terminar la llamada, se limpió la nariz con el dorso de la mano temblorosa. Eso me decía lo asustada que estaba. Era un gesto tan infantil. Verla alterada y con lágrimas en los ojos fue como una puñalada en mi corazón. No me gustaba para nada.

Este tipo de cosas no me aceleraban el corazón. Había visto cosas mucho más espantosas en mi mundo, y durante una fracción de segundo, mi conciencia me señaló lo mucho peor que sería mi mundo para ella.

Sin embargo, me negué a considerar siquiera la posibilidad de renunciar a ella. La necesitaba en mi oscuridad, para mantenerme cuerdo. Para evitar que me convirtiera en un monstruo. Todo monstruo tiene una debilidad y Wynter era la mía.

Y como un desgraciado egoísta, alejé de la cabeza cualquier posibilidad de vivir sin ella y la jalé en un abrazo.

—Le mandé mensaje a mi contacto y está revisando el video de vigilancia —murmuré en su cabello—. No dejaremos que le pase algo a tu amiga.

Inhaló en mi pecho, y mierda, si eso no hizo que me doliera mi propio pecho.

—Debería haber dejado que Jules lo matara —susurró.

Se me escapó una risa ahogada.

—¿Quería matarlo?

Asintió.

—Córtale el pene, quemar su casa, matarlo. Está un poco desquiciada.

—Diría que sí. —Le froté la espalda, sintiendo cómo sus tensos músculos se relajaban lentamente—. ¿Qué hará tu tío?

Se tensó ligeramente.

—Llamará a la policía —mintió—. Tiene algunos conocidos. —Sus ojos se apartaron de mí —. Me preocupa que no hagan algo hasta que hayan pasado veinticuatro horas. ¿No son esas las reglas?

Sacudí la cabeza.

—No necesariamente. —Se mordió nerviosamente el labio inferior—. Si sus conexiones en la policía no pueden ayudar, tengo mis propias conexiones ya trabajando en ello.

La cara de Wynter se iluminó esperanzada.

—¿En serio?

Asentí con la cabeza.

—No te preocupes por nada.

Tragó saliva, sus emociones brillando en sus ojos.

—Muchas gracias, Bas. —Exhaló—. No sé cómo agradecértelo.

—No hace falta que me des las gracias —aseveré—. Vamos a mi casa.

Sus ojos parpadearon hacia mi moto.

—¿Vamos a irnos en eso?

Sonreí.

—¿No me digas que tienes miedo? —bromeé, tratando de distraerla.

—Claro que no —respondió indignada—. Es que no quiero hacerme daño. Necesito que mis piernas funcionen perfectamente durante otros diez meses más o menos. —Mis ojos vagaron por sus *leggings*, dándome una vista perfecta de sus curvas y la forma de sus piernas.

—Tus piernas son realmente preciosas —halagué—. Las mantendré a salvo, *Principessa*.

Puso los ojos en blanco.

—¿Pero es un traje de tres piezas el vestuario adecuado para una motocicleta? —cuestionó —. Podríamos llevarnos el Jeep —sugirió.

Sacudí la cabeza.

—No te preocupes por mi traje, *Principessa.* —Ronroneé—. Súbete a la moto. Quiero sentir esas hermosas piernas contra las mías.

La verdad era que odiaba andar en moto con otra ropa que no fueran *jeans*, pero tuve que dejar el coche en el almacén y agarrar este medio de transporte para llegar a tiempo.

El rubor coloreaba sus mejillas y nunca había visto algo tan hermoso.

—Bien —acordó con un suspiro.

Pasé la pierna por encima del asiento, la ayudé a ponerse detrás de mí y le di el casco. Batalló con él y la ayudé a ponérselo, con sus rizos rubios asomándose por debajo. Cuando tuve la certeza de que estaba bien asegurado, me puse mi propio equipo y arranqué. Sus manos me rodearon la cintura al instante, agarrándome con fuerza. Se sintió tan bien su cuerpo apretado contra el mío.

Tomé el camino largo hasta mi casa en la ciudad y, con cada calle que dejábamos atrás, sentía cómo su cuerpo se relajaba contra mí. Sus finos dedos se deslizaban por el broche de mis pantalones y mi corazón hacía un extraño *bum-bum* contra mis costillas. Solo lo hacía cerca de ella.

Fue en ese mismo momento cuando me di cuenta... de que el día en que aterrizó en mis brazos fue el día en que realmente empecé a vivir. Ella reinició mi corazón y nunca la dejaría ir.

Observé a Wynter deambular por mi sala, con sus finos dedos recorriendo la superficie de los muebles. De vez en cuando se detenía a estudiar un retrato. No tenía muchos y los pocos que tenía estaban ahí porque Emory los había colocado.

—*Priest* no se parece en nada a ti —destacó, lanzándome una mirada por encima del hombro

—. Aunque parece ligeramente... *ummm*... brutal, como tú. Pero el otro se parece a ti.

—Dante. Es el hermano de *Priest*.

—Sí, Dante. —Pasó a la siguiente foto. La única con Dante, Emory, *Priest* y yo juntos—. ¿Tu hermana vive en New York?

Sabía que solo intentaba distraerse, pero incluso así me tensé. No lo notó porque su atención estaba en la fotografía. Manteníamos en secreto la ubicación de Emory y que ella, dirigía Las Vegas, temiendo que si la gente sabía que era una mujer, encontrarían en Las Vegas un blanco fácil.

—No, no en New York —contesté.

Si Wynter se dio cuenta de que evadía contestarle, no lo dejó ver.

—Supongo que se parece a ti. Con su cabello y sus ojos oscuros.

Ahí era más o menos donde terminaba nuestro parecido. Me parecía a nuestro padre. Ella se parecía a nuestra madre.

—¿A quién te pareces? —pregunté.

Encogió sus delgados hombros, sus rizos rebotando por su espalda.

—A mi madre y mi abuela.

Un fuerte suspiro la abandonó y me levanté, acercándomele.

—Todo estará bien.

Se dio la vuelta y apretó la cara contra mi pecho.

—Todo se ha salido de control —murmuró contra mi corazón.

Tomé su barbilla y levanté su rostro hacia el mío. Mi mirada se encontró con sus ojos y apreté mi frente contra la suya. Abrí la boca para decirle que lo arreglaría todo, pero en ese instante sonó mi teléfono.

Le besé la punta de la nariz y volví al sofá donde había dejado mi móvil.

Era Dante.

—Sí —respondí.

—*No vas a creer esta mierda* —siseó y me tensé al instante.

—Habla.

—*Gio acaba de ponerle precio a la cabeza de la mujer de Liam.* —Mis ojos se dirigieron instintivamente hacia Wynter. Si se enteraba de esto, seguro que se iría—. *Era capturar o matar. Siempre y cuando Brennan ya no la tuviera.*

La ira era tan fuerte que tuve que contenerla o arriesgarme a asustar de muerte a Wynter. Me lanzó una mirada vacilante, probablemente sintiendo la furia. Me quemaba la garganta, el pecho, los malditos pulmones.

—¿Cómo lo sabes? —cuestioné, conteniendo la ira en mi voz.

—*Priest hackeó la computadora de Garrett. Aparentemente, al tipo le gusta guardar notas de sus negocios ilegales y tenía grabados todos sus planes e instrucciones de Gio. Maldito idiota.*

—¿Has enviado a nuestros hombres tras ella?

—*Lo hice, pero los hombres de Liam se nos adelantaron.* —Demonios, si se enteraba de la conexión de papá con su secuestro, tendríamos una maldita guerra—. *Tenemos que hacer algo* —gruñó.

Tenía que derrocar a mi padre. O hacer que lo mataran. Cualquier cosa antes de que nos sumergiera en el maldito caos. Aún más aterrador era que Wynter estaba con Davina. Si no hubiera hecho planes, el desgraciado podría haberse llevado a Wynter también.

—*De lo contrario, todos estaremos muertos. Brennan tiene buenas conexiones y no*

necesitamos su atención —continuó Dante. Mierda, claro que sabía eso. No necesitábamos joder con Cassio King y su grupo. Los viejos idiotas estaban casados y asentados. Me gustaría mantenerlos centrados en sus familias en lugar de mirar hacia nosotros. Era nuestro turno de gobernar y nuestro alcance a través de la mafia, con el Sindicato, abarcábamos el mundo entero.

El teléfono de Wynter empezó a vibrar, saltó y se apresuró a contestar al primer timbrazo. Observé su rostro y vi que el alivio se reflejaba en su expresión.

—Sí, tendremos que lidiar con ello —reconocí la insinuación ante Dante.

—*Ven a Chicago.* —Refunfuñó—. *Debemos diseñar un plan y ejecutarlo a la perfección.*

—Tengo a Wynter conmigo.

—*Tráela* —razonó—. *Ya sabe que tienes una mujer y siente curiosidad. Tampoco estará a salvo de él. Suponiendo que no haya desenterrado ya toda la información sobre ella.*

Tenía razón. Aunque los antecedentes de Wynter no le revelarían nada. Su vida era sencilla comparada con la nuestra.

—Iremos juntos. —Pero primero me casare con ella—. Te llamaré más tarde.

Capítulo Veinticuatro

WYNTER



Me invadió un sentimiento de alivio y las lágrimas quemaban mis ojos. Si le hubiera pasado algo a Davina, nunca me lo habría perdonado. Deberíamos haberla acompañado hasta el Jeep y habernos asegurado de que se fuera sana y salva.

Por un momento, pensé que nuestras fechorías nos alcanzaban. Primero, quemamos la casa de Garrett, luego contamos cartas en Chicago, y finalmente robamos el camión blindado. Gracias a Dios, Davina estaba bien.

Me acomodé en el sofá junto a Bas y me rodeó con una mano.

—¿Davina está bien?

Asentí.

—Sí. Por un momento... —No me salían las palabras. Solo pensar que alguien a quien amaba pudiera resultar herida me causaba tanta angustia—. Las chicas y yo, hicimos algunas estupideces en las últimas semanas. Pensé que esa situación nos había alcanzado.

Se quedó quieto, mas no me interrumpió. Me mordí el labio inferior, mientras Bas me observaba atentamente.

—Yo… nosotras… las chicas y yo robamos algo de dinero —confesé, mirándolo por debajo de las pestañas—. No debíamos haberlo hecho y fue estúpido. Al principio, lo hicimos para pagar el chantaje de Garrett, por si no cumplías. Luego, cuando lo hiciste, nos quedamos el dinero. Hicimos algunas otras cosas estúpidas.

Los ojos oscuros de Bas me evaluaron, aunque no pareció sorprendido.

—Creí que era consecuencia de ese problema —susurré ligeramente avergonzada.

Me tomó la barbilla con la mano y me inclinó la cabeza, obligándome a mirarlo a los ojos.

—No te juzgo, *Principessa* —afirmó, rozando sus labios contra los míos—. Pero no más robos. Tengo suficiente dinero.

Se me escapó una risa ahogada.

—Tampoco estoy precisamente en la ruina.

Realmente no lo estaba. Mi abuelo tenía un fondo fiduciario establecido para mí. También tío Liam. Mamá insistió en que ni Juliette ni yo recibiéramos demasiado para que aprendiéramos el valor del dinero. Tío estuvo de acuerdo, aunque nunca nos dejó sin nada.

—Tengo algo para ti —soltó Bas, interrumpiendo mis pensamientos.

—¿En serio? —pregunté emocionada, enderezándome. Me encantaban las sorpresas—. ¿Qué es?

Sonrió.

—Es un regalo de cumpleaños.

Parpadeé.

—Pero mi cumpleaños no es hasta dentro de unos días.

—¿Quieres esperar? —bromeó—. O podrías tenerlo ahora y decirme si no te gusta para que pueda comprarte algo que te guste.

Una sonrisa emocionada que no pude contener curvó mis labios. Se inclinó y abrió el cajón de su mesita auxiliar. Había una pistola y una cajita que sacó y me entregó. Tío nunca tenía un arma en la sala.

—Feliz cumpleaños, *Principessa*. —La moví entre mis manos, preguntándome qué era—. Ábrela —animó, con la palma de la mano apoyada en mi cadera.

Levanté la tapa y se me cortó la respiración al contemplar el hermoso collar que sostenía una medalla. Era una calavera que hacía juego con su tatuaje. Tracé el delicado oro con el dedo.

—Es el colgante de *Capos de la Mafia* —murmuró—. Así que no importa dónde estés, si alguien te hace daño, sabrá de quién es la ira que se ganará. *Priest*, Dante, Emory y yo llevamos el tatuaje.

Me acordé del tatuaje. Lo tracé con mis dedos cuando estábamos en Philadelphia. Sería imposible olvidar algo que me fascinaba, y todo lo relacionado con este hombre me interesaba.

Lo saqué de la caja con cuidado.

—Lo amo —susurré suavemente—. Es parte de ti.

Bas me levantó, colocándome sobre su regazo, y luego me ayudó a ponerme el collar. Una vez asegurado, su boca me rozó la nuca y se me erizó la piel.

—Bas —murmuré mientras inclinaba la cabeza para permitirle un mejor acceso.

—*¿Hmmm?*

—Me quedaré contigo —dije, y se quedó quieto, con su aliento rozando mi piel. Alguien podría haberme acusado de tomar una decisión sobre la marcha, pero me sentí tan bien—. Aquí, en New York. No volveré a California.

Contuve la respiración con expectación mientras el corazón me latía desbocado bajo mi pecho.

—¿Sí?

—Sí —confirmé.

Me agarró por la nuca, enredó sus dedos en mi cabello y hundió su cara en mi cuello. El ruido masculino de satisfacción que hizo vibró en lo más profundo de mi estómago y la opresión de mi pecho se aflojó.

—Maldición —gimió—. Eso me hace tan feliz. —Me rodeó la cintura con el brazo y me hizo girar sobre su regazo para que quedara frente a él—. Ven a Chicago conmigo —gruñó contra mi garganta—. Mañana.

Asentí con la cabeza, cada célula de mi cuerpo zumbaba de amor y de un anhelo tan intenso que me hizo palpitar el corazón.

—Siempre te seguiré —prometí en un susurro sin aliento, repitiendo sus propias palabras.

Apoyé las palmas de las manos en su pecho y su calor se filtró en mi interior. Dios, amar tanto a alguien podía ser emocionante y aterrador al mismo tiempo.

Pasé las manos por su chaleco y me temblaron los dedos al desabrochar un botón y luego el siguiente. Con cada uno que desabrochaba, el corazón me latía con más fuerza y el pulso se me aceleraba.

Acorté la distancia entre nosotros, quedándome a un suspiro, su forma inmóvil. Como si esperara algo. Entonces cerré la distancia. Me besó con tanta pasión que no pude mantener los ojos abiertos y todo pensamiento me abandonó.

Nuestro beso se volvió frenético. Una presa se rompió, dejando tras de sí un deseo

desbocado. Le pasé los dedos por el cabello, acercándolo. Necesitaba su piel sobre la mía.

—Bas, por favor —supliqué.

Sus manos me agarraron el trasero y me levantaron, mis piernas rodearon su cintura.

Me mordió el labio inferior, suavemente, aunque lo suficiente como para escocerme, y gemí en su boca. Sentía su deseo arder y estrellarse con el mío. No tenía ni idea de cómo nos habíamos encontrado en el baño, con la espalda apoyada contra la fría baldosa, refrescando mi piel ardiente.

Abrí los ojos y me encontré con su atención clavada en mí, estudiándome. Su mirada oscura brillaba con fuego, un infierno en sus profundidades.

Me deslizó por su cuerpo y me quitó la camiseta, luego me desabrochó el sujetador y lo tiró a un lado. Sus dedos recorrieron mi cuerpo, erizándome toda la piel. Luego metió los dedos en mis pantalones y bragas. Después bajó sobre sus rodillas, deslizándolas por mis piernas.

Un siseo de apreciación salió de sus labios. Me temblaban las piernas y me habrían fallado si sus fuertes brazos no me hubieran sostenido. Me las separó, su mirada oscura me quemaba la piel y me provocaba un dolor palpitante en mi sexo. La evidencia de mi excitación se deslizaba por el interior de mi muslo. En el momento en que su boca tocó mi centro, un fuerte gemido resonó en el baño, vibrando contra los azulejos.

Me levantó una pierna y la colocó sobre su hombro, sin apartar la boca de mi parte más íntima.

—*Mmmmm*. —Su ruido vibró en mi interior y mis dedos se enredaron en su cabello oscuro.

—Bas. Dios mío, Bas. —Me devoraba, y metía su lengua en mi entrada—. Maldición.

Mi espalda se arqueó contra la pared de azulejos. La sensación era excesiva. No era suficiente. Su dedo se introdujo en mi interior. Su lengua recorrió mis pliegues húmedos, provocándome una serie de estremecimientos.

Estoy muriendo. El mejor tipo de muerte. Dulce, estimulante, volcánica.

Chupó y lamió sin descanso mi coño. Cada fibra en mí se estremeció de placer. Estaba justo ahí, a mi alcance.

—Mírame, Wynter —ordenó, con la voz ronca.

Abrí los párpados y me encontré con sus ojos oscuros mientras los músculos de su mandíbula se contraían al comerme. Me mordió el clítoris y me sacudí contra la pared, arqueándome en su boca. Su mano se movió hacia mi estómago, sujetándome, y mis manos se aferraron a su cabeza.

—Oh, oh, oh. —Jadeé, sus lengüetazos no aflojaban. Con sus lamidas firmes, deslizó un dedo dentro de mí. El placer se encendió, enviando un calor lánguido a través de mi torrente sanguíneo. Un temblor me recorrió mientras metía y sacaba los dedos una y otra vez. Con fuerza y rapidez.

Dios, los profundos ruidos de satisfacción que vibraban a través de él serían mi muerte. Con su mirada oscura clavada en mí, volvió a mordisquearme el clítoris. El orgasmo me desgarró como una presa abierta. El placer me recorrió las venas y me produjo un hormigueo.

Su lengua no se detuvo, chupó y lamió, tomando hasta la última gota del orgasmo. Me temblaban las piernas y me zumbaban los oídos mientras me recostaba contra la pared. Su boca me besaba la cara interna del muslo.

Dejando escapar un suspiro tembloroso, volví a enfocar el rostro de Bas y mis dedos siguieron enredados en su cabellera oscura. Sus ojos ardían con hambre, pero no hizo ademán de desvestirse. Aún llevaba su traje de tres piezas, mi débil intento con varios botones desabrochados.

Se levantó, con una mano aún en mi cadera, mientras con el dorso de la otra se limpiaba la

boca.

Nuestros ojos se clavaron, nuestras respiraciones se sincronizaban, ninguno de los dos apartó la mirada. Quería darle el mismo tipo de placer. Poseía todo el mío, yo quería poseer todo el suyo.

Al ver que no se movía, estiré la mano y le quité la chaqueta de los hombros, después le desabroché el resto de los botones del chaleco. El hecho de que no me detuviera avivó mi valentía y disparó adrenalina por mis venas.

Los nervios revolotearon en mi vientre, mas los ignoré. En lugar de eso, lo miré a los ojos.

—Dime si no lo estoy haciendo bien —pedí con voz ronca.

—Todo contigo está bien. —Su voz era profunda y gutural, su control a punto de deshacerse.

Le quité la camisa y la tiré al suelo. Sus anchos hombros me dejaron sin aliento. La vista de sus músculos y su hermosa piel bronceada me hizo agua la boca. El sonido de la cremallera resonó en todo el baño. Sin dejar de observarme fijamente. Le bajé los pantalones hasta los tobillos. No llevaba nada debajo.

Este hombre era perfecto.

Tenía el vientre duro como una roca y unos abdominales de lavadero que me hacían palpitar de dolor en mi sexo. Su enorme miembro colgaba pesado y grueso entre sus piernas. Lo admiré, comiéndomelo con los ojos. Unas gruesas venas recorrían su dura longitud.

Se quitó los pantalones y los zapatos de una patada, quedando gloriosamente desnudo. Se quedó quieto, con una mano en mi cabello y la otra a su lado, mientras mis ojos lo observaban.

Apoyé la palma de la mano en su pecho y su corazón retumbó bajo mi contacto.

—Eres tan hermoso —susurré, bajando los ojos.

Mi mano rodeó su gruesa verga, y froté su punta que goteaba presemen. Una fuerte inhalación salió de sus labios y mis ojos se alzaron hacia su oscura mirada.

Mi pecho subía y bajaba, luchando por aire. Esta necesidad desesperada por él, su sabor, sería mi adicción. Lo sabía.

Él era mi droga favorita.

El corazón me retumbaba en el pecho. Me temblaban las manos al rodear su erección con los dedos. Lo sentía tan cálido y suave, con el presemen tentándome a probarlo. Así que lo hice, lo lamí y un gemido grave vibró contra los azulejos.

Mi cuerpo zumbó en respuesta.

Se sentía como un poder peligroso y me encantaba. Le pasé la lengua por la cabeza antes de metérmela en la boca. Su mirada oscura se volvió negra como el carbón y echó la cabeza hacia atrás.

—Mierda, eso es, *Principessa*.

Alentada por sus elogios, volví a chuparlo, introduciéndolo más profundamente en mi boca. Moví la cabeza arriba y abajo, tomando todo lo que podía.

El agarre de su mano en mi cabello se apretó y movía mi cabeza, controlando el ritmo. Y la forma en que me dominaba hizo que volviera a estar caliente y palpitante por él.

Guió mi cabeza. Arriba y abajo, empujando más profundo en mi boca cada vez.

—Mírame cuando te follé la boca —exigió, con la voz ronca.

Mis ojos se desviaron hacia él y descubrí su vista ardiente. Por mí.

Sus caderas empujaban hacia adelante, introduciéndose más profundamente en mi boca y golpeando el fondo de mi garganta, mis ojos se llenaron de lágrimas. Pero me negué a rendirme. Respiraba agitadamente, la tensión en él crecía hasta alcanzar la cúspide.

Su mano libre me acunó un costado de la mejilla, su pulgar acariciando como si yo lo fuera

todo para él.

—¿Puedo correrme en tu boca, *Principessa*? —preguntó en un gruñido.

Un leve asentimiento y siguió cogiéndome la boca. Más profundo y fuerte. Mis dos manos se aferraron a sus muslos y mis uñas se clavaron en sus músculos. Gemí, había algo emocionante en verlo deshacerse.

Su gemido retumbó en lo más bajo de su garganta, el sonido fuerte contra las paredes y pude sentirlo vibrar entre mis piernas. Cuando terminó, me tragué todo su semen, deseando cada gota suya. Mientras su mirada oscura me encendía y me derretía el alma.

Ambos nos observábamos, el silencio entre nosotros lleno de esperanzas para el futuro. Permanecí arrodillada, con el corazón retumbándome en el pecho y un dolor palpitante entre las piernas.

Se me escapó un pequeño chillido cuando se agachó, de repente me levantó agarrándome por los muslos y lo rodeé con las piernas. Su boca se presionó contra la mía y nuestras lenguas se deslizaron una contra la otra.

—Te amo, Wynter Star —soltó contra mis labios y mi corazón se detuvo en seco antes de acelerarse. Nunca me cansaría de oírlo decir esas palabras.

—También te amo, Bas. Siempre. —Era mi promesa para él.

Nos metió a ambos en la ducha y la abrió. Chillé al sentir las gotas frías sobre mi piel caliente. Me apreté más contra él, robándole su calor.

—¡Basilio! —protesté.

Se rio y nos dio la vuelta para que él tuviera toda el agua fría. Ya me había duchado con agua helada después de practicar patinaje, pero eso no significaba que me gustara.

—Te mantendré cálida —declaró—. Siempre. Con mi cuerpo y mi p...

—¡Bas! —exclamé, sintiéndome de repente muy acalorada.

Sonrió, de repente parecía más joven que sus veintisiete años. Me agarró los muslos con los dedos y me froté contra él.

Otro gemido salió de sus labios y nuestras bocas colisionaron. El corazón se me hinchó y las emociones se apoderaron de mí. Estaba tan enamorada de él y, por primera vez en mi vida, temía quedarme sin alguien.

Pero entonces se deslizó dentro de mí y el mundo entero quedo en el olvido. Éramos solo él y yo.

Una hora más tarde, yacíamos entre las arrugadas sábanas de satén negro de Basilio. Apoyé la cabeza en su pecho y escuchaba los latidos de su corazón, que me arrullaban para dormir. No habría nada comparable a esto. Ni siquiera el patinaje sobre hielo, el cual yo amaba.

Su mano frotó mi espalda, su tacto me calmaba. Arriba y abajo, arriba y abajo. Sabía que había algo en su mente, pero no quise entrometerme. Supuse que me lo diría cuando estuviera preparado.

—*Principessa.* —Su voz era un susurro caliente contra el lóbulo de mi oreja.

—*Hmmm* —murmuré, mi cuerpo débil contra él y mi mente se alentó lentamente.

—Cásate conmigo. —Todo mi cuerpo se sobresaltó, buscando su rostro.

—¿Qué? —No lo escuché bien.

Tomó mis hombros entre sus manos, su toque firme, aunque suave y nuestras miradas se cruzaron. Separó nuestros rostros unos centímetros.

—Cásate conmigo, Wynter Star. —Se me aceleró el pulso y me zumbaron los oídos. No podía haberlo oído bien. El intenso orgasmo que acababa de provocarme debía de haberme dañado el cerebro—. Has sido mía desde el momento en que caíste en mis brazos —continuó y la convicción en su voz hizo que la adrenalina corriera por mi sangre hasta llegar directamente a mi corazón—. Dijiste que me amabas.

—Lo hago —confirmé en voz baja, mientras la sangre me latía en los oídos. Lo *amaba* tanto que me dolía, maldición.

Se bajó de la cama, solo en bóxers y con una sonrisa enorme en su cara. Se arrodilló, sin dejar de mirarme a los ojos.

—Wynter Star, ¿me harías el honor de convertirte en mi esposa?

Se me escapó una risa ahogada, mientras debatía si aquello era romántico o no. Mi corazón cantaba mientras él me miraba con tanta intensidad, que me derretía el corazón. Mataría por este hombre porque vivir sin él no sería vivir.

—Sí —acepté, moviéndome en la cama para estar más cerca de él. Luego me lancé sobre él, tirándolo al suelo—. ¡Sí, sí, sí! Me casaré contigo.

Capítulo Veinticinco



Vestida con una de las camisetas blancas de Bas que me llegaba a la mitad de los muslos y mis *boyshorts*, deambulé por su casa.

A diferencia de la mayoría de los solteros de los que había oído hablar, la casa de Basilio estaba impecable. Podía ir a preparar algo de comer, pero probablemente era más seguro que no lo hiciera. Aunque era buena en el hielo, era terrible en la cocina. No quería arriesgarme a quemar su casa.

Vagué de habitación en habitación. Había que reconocer que era un poco curiosa. Más temprano, estaba demasiado preocupada por Davina y luego me enredé con Bas para absorber este lugar, no obstante, en ese momento tenía tiempo.

Su cocina era grande y elegante para un soltero. No es que me atraparías en ella. Pero el resto de su casa era el epítome de la comodidad con aire de hogar. Un despacho con un gran escritorio de caoba y muebles a juego, un baño de invitados pintado en blanco y negro, y una habitación de invitados en tonos tierra oscuros parecía acogedora, aunque no se comparaba con el propio dormitorio de Bas.

Las paredes de su dormitorio eran de un blanco inmaculado, con una gran cama cubierta con sábanas de satén negro. Le quedaba a la perfección, como la guarida de un diablo que tentaba a las mujeres con promesas de pecado, placer y felicidad.

Estaba flotando en una nube mientras exploraba su casa, con las palabras de su proposición reproduciéndose en mi cabeza en repetición. Una y otra vez, emocionándome. Me casaría con él. Y no podía esperar.

Desde que conocí a Basilio, la vida había sido diferente. La disfrutaba más. Apreciaba los momentos libres y disfrutaba pasándolos fuera del hielo. Además, le prometí a Bas que me quedaría aquí. Me llevé la mano al collar que llevaba en el cuello y mis dedos giraron el colgante de calavera.

Lo metí bajo la camisa y miré a mi alrededor, con los pies descalzos fríos sobre la madera.

Él tocó algo muy dentro de mí, se grabó bajo mi piel, en mi médula, y ya no había forma de soltarlo.

Le prometí que nunca me iría y pensaba cumplir esa promesa. A pesar de la oscuridad que lo rodeaba, también había luz en él. O quizás era precisamente su oscuridad lo que me atraía.

Estaba tan sumida en mis ensoñaciones que nunca escuché los pasos.

—Ahora entiendo por qué mi hijo ha estado tan ocupado —reflexionó una voz desconocida. Me giré y me encontré cara a cara con una versión mucho más vieja de Basilio. Una versión mucho más oscura y cruel.

Era curioso, porque físicamente el hijo y el padre se parecían mucho. Su cabello negro

azabache tenía mechones plateados por todas partes. Basilio era uno o dos centímetros más alto que su padre, y aunque ambos eran fuertes, su padre parecía más fornido porque era más bajo. No me cabía duda de que Basilio se parecería a su padre en la vejez.

Sin embargo, algo en la crueldad de los ojos de este hombre lo diferenciaba de Bas. Basilio nunca podría convertirse en este hombre.

El despiadado Capo del Sindicato de New York estaba a apenas metro y medio de mí.

Puede que tío y Killian nos mantuvieran a Juliette y a mí a ciegas sobre el bajo mundo, pero había oído suficientes historias sobre Gio DiLustro como para saber que no era inteligente estar a solas con él. O estar en su radar.

Me dio un vuelco el corazón, mas mantuve el rostro inexpresivo. Después de todo, tenía años de práctica.

El padre de Bas se apoyó en la puerta de la sala, como si estuviera en su propia casa. En su propio territorio. Bueno, estaba en su territorio. Esta parte de la ciudad pertenecía a los DiLustro. ¿Cuántas veces nos había advertido tío Liam que no cruzáramos a este lado de la ciudad?

Podía saborear el miedo en la lengua mientras observaba a uno de los hombres más temidos de New York. A diferencia de Bas, este hombre era todo crueldad y corrupción. Maldad. Estaba en la brutalidad de su mirada. En la oscuridad del aire que parecía palpitar a su alrededor con cada leve movimiento que hacía.

—Basilio no está en casa —anuncié con firmeza, aunque el corazón me retumbaba con tanta fuerza que podría haberme partido las costillas.

—Casa, *¿eh?* —Se rio, aunque había algo amenazador sobre su risa. Depredador—. Veo que ya te sientes como en tu hogar.

No me gustó su tono. Que me atraparan sola en la residencia de Basilio con este hombre estaba destinado a acabar mal.

No se había movido, pero por la forma en que me observaba, como un depredador, sentí que estaba demasiado cerca. La habitación se cerraba sobre mí. Bajó la mirada y observó los brillantes dedos de mis pies pintados, y luego subió por mis piernas. Me sentía demasiado expuesta, demasiado desnuda.

Dio un paso hacia mí e, instintivamente, retrocedí. No quería que se me acercara más, aunque por la forma en que sonreía, parecía que le había alegrado el día. A este hombre le gustaba la persecución y ahora mismo parecía un gato a punto de atrapar al canario.

Busqué mi teléfono con la mirada. Estaba en la mesita auxiliar.

¡Mesita auxiliar!

La vi cuando Basilio me dio el collar. Guardaba su pistola ahí. Su padre no se molestó en apartar la vista de mí. No me consideraba una amenaza.

Me desplacé a mi derecha, hacia la mesa. Me siguió.

—¿Cuánto? —Se me paró el corazón y parpadeé confundida. Se rio oscuramente—. ¿Cuánto por dejarme follarte? —El corazón me latía con fuerza, mas me negué a mostrarlo. Bas volvería pronto. Me mantendría a salvo—. Di tu precio. Estoy dispuesto a negociar.

Olvidé temporalmente la pistola y la mesa auxiliar, me quedé observándolo atónita.

—No tengo precio —solté, tragándome un nudo en la garganta—. Esto no tiene nada que ver contigo.

Me estudió lascivamente con una sonrisa cruel en su rostro. Su mirada me produjo un escalofrío de miedo. Su boca se elevó en una gran sonrisa amenazadora que erizó mi piel. Un terror sin precedentes se apoderó de mi garganta.

No estaba preparada para esto. Para luchar. Para defenderme.

Mi corazón retumbó contra mi caja torácica. Por primera vez en mi vida, tenía miedo porque la forma en que este hombre me miraba prometía pesadillas y retribución. Al hombre no le gustaba que se le negaran.

—Todo el mundo tiene un precio.

Y aquí fue donde apareció mi infame temperamento irlandés. Cuadré los hombros y lo fulminé con la mirada.

—Pues yo no —espeté—. No quiero ni necesito tu asqueroso dinero.

En dos grandes zancadas, el hombre estaba en mi cara. Lo había enfadado. Este era el mafioso aterrador, despiadado y loco. Literalmente se alzaba sobre mí, trabajando en su intimidación.

No obstante, lo que me sorprendió fue el odio que había en sus ojos. ¿Qué podía haber hecho para que este hombre me odiara tanto? El odio solía ser personal y este hombre acababa de conocerme.

Utilizando toda la fuerza que me habían dado años de entrenamiento, le di una patada entre las piernas y corrí hacia la mesa auxiliar. No fui lo bastante rápida o no lo golpeé lo suficientemente fuerte. Su mano me agarró del brazo y me tiró hacia atrás. Perdí el equilibrio y caí al suelo. Mi cabeza crujió contra el suelo de madera. Las estrellas bailaron en mí vista.

Eran peculiares los pensamientos que pasaban por la cabeza de uno cuando entrabas en pánico. No pensé en mi madre. No pensé en Basilio. No pensaba en sobrevivir. Mi único maldito pensamiento era no romperme nada ni sufrir una conmoción cerebral para poder continuar con mi entrenamiento.

Mis prioridades estaban jodidas. O, tal vez, el patinaje sobre hielo y el entrenamiento llevaban tanto tiempo arraigados en mí que no sabía pensar en otra cosa.

Me agarré con fuerza a la pata de la mesa y me puse de rodillas. Estaba desesperada por alejarme de él. No fui lo bastante rápida. Sus manos me agarraron por las caderas y me empujaron hacia atrás.

Al perder el equilibrio, mis rodillas cedieron y mi cabeza se golpeó contra la esquina de la mesita. Las estrellas volvieron a arremolinarse en mi visión.

¡Demonios!

Su risa áspera llenó la habitación. Me perforó los tímpanos. Envió miedo a cada célula en mí. Sentí que un líquido pegajoso se deslizaba por mi sien, el rojo goteaba frente a mi visión.

No podía rendirme. Tenía que luchar.

Su mano rodeó mi garganta desde atrás, su cuerpo se apretó contra mi trasero y con horror me di cuenta de que el hombre estaba duro. El bulto en sus pantalones no podía confundirse con otra cosa.

Al segundo siguiente, me volteó sobre mi espalda. Mi cabeza volvió a golpear el suelo. Me sacudí contra él, resistiéndome, pero no pareció inmutarse en absoluto. Sus dedos rasgaron la camisa por la mitad.

Me dio una cachetada que me quemó la mejilla, me nubló la vista y me zumbaron los oídos. Se me llenó la boca de sangre, con un sabor metálico abrumador. La tenía en la lengua, en la garganta. Podía olerla.

Las lágrimas me empañaron los ojos, no sabía si por el dolor de la bofetada o por el terror helado. Nunca me habían pegado en toda mi vida.

—No te preocupes —me siseó en la oreja; con la otra mano empuñaba mi cabello y jaló de él hacia atrás—. Te entrenaré. Sabía que tu madre estaba viva. Esa puta irlandesa mentirosa y asquerosa.

Parpadeé, confundida por su referencia a mi madre.

Pero no podía especular sobre ello. Su respiración era agitada, su aliento vil contra mi piel mientras separaba mis muslos. *«Lucha»*, exigía mi mente. «*Lucha»*.

El sonido de la cremallera fue siniestro. Su verga salió disparada y retrocedí de un tirón, girándome. La bilis me subió a la garganta y amenazó con vaciarme el estómago.

Tenía que alejarme de él. Me arrastré sobre mis manos y rodillas.

—También puedo follarte el culo. Te voy a domar, chiquilla.

Forcejeé contra él. Le di un codazo lo bastante fuerte como para oír sus gruñidos y su asqueroso aliento en mi cuello. El cristal se hizo añicos, un jarrón de la mesita auxiliar. Me agarró del cabello y me tiró de la cabeza hacia atrás con tanta fuerza que un dolor agudo me recorrió el cuello y la espalda.

Las náuseas se revolvieron mi estómago. Su risa resonó en mis oídos. Me agarró las bragas y me las bajó por las piernas. Sus dedos se introdujeron entre mis piernas y sentí el sabor del vómito en la garganta, el ácido que lo quemaba.

Eché la cabeza hacia atrás y le di un cabezazo. No vi venir su puño, ni la mano que me ahogaba hasta la muerte. Ignorando el dolor que sentía en cada centímetro de mi cuerpo, volví a darle otro cabezazo. Su agarre se aflojó lo suficiente para que le clavara el codo en el estómago.

Aproveché su recuperación y empecé a arrastrarme, con los cristales cortándome las palmas de las manos.

Le bastó un segundo para reaccionar y apretar su agarre en mi cabello. Se me escapó un aullido y el cuero cabelludo me ardió de dolor.

Su boca se aferró a mi nuca y me mordió con fuerza. Grité. Grité tanto y tan fuerte que me ardían los pulmones. Se me llenaron los ojos de lágrimas. Este hombre iba a violarme. Tenía que pensar en una forma de escapar de este monstruo.

Tenía que poner mis manos en esa pistola. Usando todos mis músculos, le di una patada con el talón del pie. Su agarre se aflojó lo suficiente como para permitirme moverme.

Ignorando el dolor en las palmas de las manos y en el hombro, agarré la manija del cajón. Tiré con fuerza de él, todo el cajón se desprendió de los deslizadores y salió volando hacia el suelo.

—Eres explosiva, ¿verdad? —se burló. Al segundo siguiente sentí que me daba una golpe en la cabeza tan fuerte que me zumbaban los oídos.

«No moriré así», susurré en mi mente. *«No puedo morir así»*.

Se rio, casi como si hubiera oído mis pensamientos.

—Debiste haber aceptado la oferta —se mofó—. Te habría dado unos millones y te habría follado. Ahora, voy a follarte y matarte.

Me palpitaba la cara. Todo mi cuerpo pulsaba. La sangre manchaba mis manos. Las piernas. Pude ver la pistola por el rabillo del ojo. Me abalancé sobre ella, pero su mano tiró de mi camisa y otro sonido de algodón rasgándose llenó el aire.

La pistola era mi objetivo final. Necesitaba esa arma.

Sus manos llegaron a mi cintura y me voltearon, golpeándome la espalda contra el suelo. La camisa rasgada no podía proteger mi espalda desnuda de los fragmentos de cristal que me cortaban la piel. Un grito salió de mi garganta. Las lágrimas empezaron a brotar. Su puño golpeó mi mandíbula y unas manchas bailaron ante mi vista, tonalidades negras y rojas. Tal vez azules. No sabría decirlo.

—Tu madre también se creía demasiado buena —siseó, y su aliento golpeó mis fosas nasales. Olía a *whiskey* y a cigarrillos.

Sus palabras no tenían sentido. Tal vez estaba loco.

Su rodilla separó aún más mis piernas y otro grito desgarró mis labios. Lleno de angustia. De dolor. De terror.

Pateé. Lo arañé y golpeé su cara. Su palma chocó con mi mejilla y al instante mi mejilla estalló de dolor.

«Piensa», me repetía mi mente. *«Piensa»*.

Relajé mi cuerpo y al instante pude ver cómo la victoria se reflejaba en su rostro. La maldad en sus ojos era negra y vacía.

—Sabía que lo verías a mi manera —agregó, con la respiración agitada.

Mantuve el cuerpo relajado y esperé. Su mano me agarró un pecho. Su tacto me repugnó. Se me subió la bilis a la garganta. «*Concéntrate*», pensé.

—Ya veo por qué le gustas —dijo arrastrando las palabras, y su aliento golpeó mis fosas nasales. No tenía ni idea de qué demonios estaba hablando, pero me quedé quieta. Seguí mirándolo con los párpados entrecerrados, esperando mi oportunidad—. Tu fuego probablemente lo excita. Igual que a mí.

Dios, quería escupirle en la cara. Luego estrellarlo contra todos los cristales del suelo.

—Pero es solo un chico. —Ronroneó—. Te enseñaré cómo folla un hombre de verdad.

Estaba tan excitado que me soltó las muñecas para acercar su miembro a mi entrada, y fue entonces cuando vi mi oportunidad. Con todas mis fuerzas, le di un rodillazo en las pelotas y entonces mi puño voló por el aire y conectó con su cara. Lo empujé y corrí por la pistola que estaba a medio metro de mí.

La agarré, me puse en pie y le apunté, deslizando el martillo hacia atrás para asegurarme de que había una bala en la recámara, lista para disparar.

Se rio.

—No vas a dispararme.

—No apostaría en ello.

Me observó y debió de ver algo en mi cara que lo convenció de que apretaría el gatillo. Me aseguré de que se mantuviera alejado de mí mientras volvía a ponerme los *boyshorts*.

—¿Sabías que conocía a tu madre? —Mis ojos se abrieron de par en par. Fue un error. Se aferró a mi sorpresa y siguió presionando esa debilidad—. Se suponía que era mía.

—Estás mintiendo —protesté.

—No, no lo estoy —discutió—. Pregúntaselo. Ella no amaba a tu padre.

Esto no tenía sentido. Mi madre no hablaba de mi padre, sin embargo, decía que lo amaba. ¿Cierto? Mi mente trabajaba enérgicamente, recordando lo poco que me había contado.

—*Me enamoré. No fue aceptado.*

—*Tuve que elegir. El amor o mi carrera. Acabé perdiendo ambos.*

Gio estudió mi expresión.

—Te pareces a ella —continuó—. Pero eligió mal.

Un grito ahogado recorrió la habitación. ¿Mi madre amaba a Gio DiLustro? ¿Cómo entró en juego mi padre? No, no, no. Este hombre era cruel. Malvado. Era evidente en sus ojos y en su expresión. No había posibilidad de pasarlo por alto.

—La bala en su rodilla... —Vi cómo sus ojos oscuros se endurecían—. Yo la puse ahí. —Mi pecho se congeló y luego se convirtió en un infierno furioso. Me consumió por dentro y me hizo temblar las manos.

Gio se rio, como si fuera lo más gracioso cuando eso habría arruinado su vida. Eso solo avivó aún más mi ira. Patinar sobre hielo era como respirar para mamá. Para mí.

—¿Crees que le gustará mi hijo como su yerno?

No lo haría. Por fin tenía sentido por qué mi madre se negaba a venir a la Costa Este. La oportunidad de un futuro con Bas se alejaba lentamente como una pluma en la brisa.

El dolor en el pecho abrumaba todos mis demás sentidos y opacaba el dolor físico. Era el tipo de dolor que dificultaba la respiración. El tipo de dolor que te hacía débil en las rodillas de la peor manera posible.

—Mi madre vivía por el patinaje sobre hielo —pronuncié, con el pecho apretado con cada respiración—. Lo disfrutaba y prosperaba con ello.

Ni un solo músculo se movió en la cara de Gio. Ni arrepentimiento. Ni pena. Nada.

—¿Por qué fuiste tan cruel? —susurré, sabiendo cuánto había roto a mi madre haber perdido su oportunidad de patinar. Su pasión.

Lo veía cada día en su cojera. O cuando le molestaba la rodilla. La forma en que la tristeza llenaba sus ojos a veces cuando me veía patinar. Lo tuvo, y luego lo perdió. Todo por culpa de este hombre.

—La amaba —dijo, con voz fría—. Su herencia rusa era un extra. —Fruncí el ceño—. Sí, su madre era la hija amada del *Pakhan*. ¿Por qué crees que los rusos no soportan a tu familia? Los Brennan secuestraron a tu abuela. —La sorpresa me invadió ante aquella revelación y lo único que pude hacer fue mirarlo fijamente—. Pero tú maldita madre, lo único que quería era a mi hermano. Cuando lo dejó, en vez de acudir a mí, se casó con un patinador frívolo —se mofó y casi parecía como si quisiera escupir—. Tu padre era un maldito chiste. Tan débil.

Bajé la mano hacia el costado y de repente sentí que el arma pesaba demasiado. Me faltaba oxígeno en los pulmones y cada respiración entrecortada me dificultaba la respiración. Era demasiada información. Una historia que no entendía.

—Por supuesto, en cuanto Basilio te vio, supo quién eras —continuó y mi corazón se hizo añicos—. Planeamos esto. Eres nuestro *ticket* con el *Pakhan* y los rusos que siguen negándose a unirse al Sindicato.

Tragué con fuerza, los latidos de mi corazón me destrozaban con cada latido contra mi pecho. Era irónico que lo mismo que me aseguraba la vida fuera tan doloroso.

—Te casarás con Basilio, y la familia DiLustro se aliará con el *Pakhan* —presumió—. Nos desharemos de los irlandeses, de una vez por todas.

Sobre. Mi. Cadáver.

—Estás loco —siseé.

Echó la cabeza hacia atrás y se rio como si hubiera contado un chiste o toda esta situación fuera divertida.

—No pensaste realmente que Basilio perseguía a una niña tonta sin un objetivo en mente. Todo el tiempo fue para asegurar una alianza y acabar con tu tío. Él sabía que esto pasaría. Lo sabía, por eso se fue.

Dio un paso adelante, y al instante levanté mi pistola.

—Te mintió. —Se rio Gio—. Después de todo, fui el que le enseñó a mi hijo a jugar el juego.

«No soy un buen hombre». Las palabras de Basilio de nuestra primera cita volvieron con fuerza. Me dijo que era un tipo malo y, sin embargo, como una tonta, me negué a verlo.

—Dame esa pistola —ordenó. Otro paso—. No eres una asesina, así que ahórranos tiempo a ambos.

Se movió hacia mí y apunté a su rodilla derecha, luego apreté el gatillo.

Bang.

—Tienes razón —declaré mientras caía al suelo—. No soy una asesina. Pero no estoy más allá de hacerte perder una pierna.

Amartillé el arma y volví a apretar el gatillo.

Capítulo Veintiséis

WYNTER



Me temblaban las piernas, me dolía el cuerpo y la sangre me cubría las manos y la cara. Sujetaba los harapos de mi ropa con una mano mientras con la otra me apoyaba en las paredes del pasillo.

Tenía que salir de allí. Apretando los dientes e ignorando el dolor que me producía cada paso, seguí avanzando y salí a tropezones de la casa de ladrillos rojos de Bas.

El aire cálido me golpeó. El ruido de la ciudad coincidía con mi estado agitado. Mis pasos se detuvieron.

Un coche estacionado delante de la casa de Basilio y un hombre de pie frente a él. Grande, corpulento. Nuestras miradas se cruzaron y, por un momento, pensé que me mataría o me enviaría de vuelta al interior, para enfrentarme a la muerte.

—Vete. —Articuló con la boca y sentí alivio. Incliné la cabeza y las lágrimas me quemaron los ojos.

Salí corriendo. Iba descalza, la sangre manchaba mi camiseta rasgada, dejando mi espalda al descubierto. Solo llevaba *boyshorts*, ahora manchados de sangre. Mi teléfono quedó atrás. Todo.

«Bas jugó conmigo. Bas jugó conmigo», me repetía una y otra vez. Las palabras gritaban en mis oídos mientras corría por la calle, me lanzaban miradas, pero las ignoraba todas mientras me ardía el pecho.

¡Dios mío! El padre de Bas le disparó a mi madre.

¿Cuántos secretos tenía nuestra familia? Ni siquiera sabía que le habían disparado a mi madre. ¿Tenía un pasado con los DiLustro? DiLustro tenía que estar mintiendo.

—¿Necesitas ayuda? —preguntó un transeúnte, mas lo ignoré, corriendo sin rumbo por la calle. No podía llamar al tío Liam. Mataría a Bas.

Idiota, no debería preocuparme por Bas. Me traicionó. Me dejó para que su padre...

Un escalofrío recorrió mi espalda y el miedo congeló mis venas. *«Bas me dejó»*.

El sonido de neumáticos chirriando. Gritos. Lo ignoré.

Fui una idiota. Caí en su trampa. Como un cordero al matadero.

—Wynter.

Mi corazón se aceleró. Venía por mí. DiLustro venía a acabar conmigo. Aceleré, mis oídos zumbaban con adrenalina y terror.

Una mano me rodeó la muñeca y grité, sacudiéndome contra ella.

—Wynter, soy yo. —Dos manos me rodearon y me dieron la vuelta. Unos pálidos ojos azules se encontraron con los míos y parpadeé—. ¿Me recuerdas?

Miré frenéticamente a mi alrededor. No había nadie más, solo él.

—Sasha —solté, con desesperación. Los ojos me ardían y el dolor me arañaba el pecho y me

robaba el aliento. Los sollozos que intentaba contener desesperadamente me ahogaban, haciendo que cada inhalación y exhalación fueran físicamente dolorosas.

Asintió y rompí a llorar. No había forma de detener el torrente de lágrimas. Los grandes brazos de Sasha me rodearon y mi cuerpo se estremeció con lamentos.

—¿Quién te hizo esto? —gruñó.

Mis sollozos me destrozaban y las palabras se negaban a salir. ¿Cómo podía decírselo? La maldita idiota que había en mí aún se preocupaba por lo que le pasaría a Bas. No debería importarme. No me importaría. Algún día, aunque en ese instante, no podía pronunciar esas palabras. Además, si Bas y su padre eran tan despiadados, pondrían a tío y a mamá en peligro. Juliette y Killian, mis amigas. No podía dejar que les pasara algo, y sabía que en cuanto pronunciara Gio DiLustro, tío iría a la guerra contra todos ellos.

—Dime —exigió, su pecho vibrando bajo mi mejilla. Negué con la cabeza. Nunca diría el nombre.

—Tenemos público —refunfuñó, quitándose la chaqueta del traje. Dirigí una mirada vacía hacia la suya azul pálido. En cuanto apoyó la chaqueta sobre mis hombros, me estremecí y un músculo de su mandíbula se tensó.

—Déjame llevarte a casa. —Algo amargo pasó por sus ojos, como fantasmas persiguiéndolo. El pensamiento no tenía sentido, sin embargo, no podía quitármelo de la cabeza—. Llamaré a Brennan desde el coche.

Sacudí todo el cuerpo para zafarme de su agarre y negué la cabeza frenéticamente.

—No. A tío no —supliqué, con la voz ronca—. A su casa no. Todavía no.

Vio a nuestro alrededor, gruñéndole a la audiencia que se dispersó inmediatamente.

—Ven al vehículo conmigo. Mi hermano está ahí. Te llevaremos a un lugar seguro.

—A casa no —repetí, con mi exigencia clara. Si tío me veía, sería malo. No podía permitirlo. Era mi carga. Aun sabiendo quién era Bas, acudí a él de buena gana. A pesar de las advertencias que había oído, confié en Basilio DiLustro.

—No, no a casa —me prometió, y entonces su brazo me rodeó la cintura, empujándome hacia delante.

Me guió hacia el coche y lo seguí mientras miraba fijamente los tatuajes de sus dedos. Parecían símbolos, mas no podía distinguirlos. Tenía la vista borrosa a causa de las lágrimas y aún más la concentración.

Una vez junto al Mercedes G-Benz negro, abrió la puerta trasera y me ayudó a entrar en él, para luego deslizarse a mi lado. Su hermano estaba detrás del volante. Me agarré a la chaqueta de Sasha y miré por el retrovisor los pálidos ojos azules de Alexei.

En sus ojos destelló algo oscuro y desquiciado que me hizo encogerme en el asiento.

—*¿Qué demonios le pasó? ¿Quién?* —escupió en ruso, con la voz más fría que las temperaturas árticas. Sasha respondió también en ruso y mis ojos pasaron de uno a otro.

—N… nada —respiré, con la voz ligeramente distorsionada por el labio que empezaba a hincharse. Me pasé la lengua por él y el corte me escocía mucho.

—¿Entiendes ruso? —Sasha y Alexei preguntaron al mismo tiempo, con sorpresa en sus rostros.

Asentí.

—Era una materia electiva y, por alguna razón, me funcionó —musité, doliéndome cada músculo de la cara mientras hablaba.

—Dame un nombre —ordenó Alexei, la exigencia clara en su fría voz.

Sacudí la cabeza.

—Sabes que no podemos dejar que quien te haya hecho esto se salga con la suya. —Fue la respuesta de Sasha.

—No —respondí obstinadamente.

Sasha se pasó la lengua por los dientes con agitación. Agarré la gran mano de Sasha con las dos mías y apreté desesperadamente.

—Por favor. Por favor, déjalo así. No iré alrededor de B... —Me interrumpí justo a tiempo—. No andaré por esa zona. Por favor.

Alexei sacudió la cabeza y buscó algo en sus pantalones. Lo miré con los ojos muy abiertos, conteniendo la respiración. Era su teléfono, buscó y marcó un número.

—Nico, necesito vigilancia en la zona Este de New York —declaró, con voz monótona y áspera. Luego recitó la manzana de la ciudad en la que me encontró.

—Por favor —supliqué en un ronco susurro—. Por favor, no. T… te daré lo que sea.

Alexei me ignoró y me giré hacia Sasha.

—Sea quien sea, Wynter, no te preocupes. Te protegeremos. Nunca volverán a llegar a ti.

Sacudí la cabeza con desesperación y se me nubló la vista, por las lágrimas y el dolor. El dolor físico no se comparaba con el dolor de mi corazón. Se suponía que era un órgano que daba vida a un cuerpo, pero cada bombeo y cada latido me dolían más que cualquier otra cosa que hubiera experimentado antes.

—Eso es imposible —refunfuñó Alexei al teléfono y mis ojos abandonaron a Sasha para mirar fijamente a Alexei, tratando de leer su expresión imposiblemente pasiva.

—Jesucristo, estás sangrando por todas partes —siseó Sasha, y luego llevó un pañuelo a mi cara, el movimiento me recordó a Bas.

Me empezaron a pitar los oídos, se me cerraron los pulmones y respiré entrecortadamente. No podía respirar. Agarré el dobladillo de su chaqueta y mi cuerpo empezó a temblar. Las lágrimas me irritaban las cortadas, y luego corrían por mis mejillas.

—Maldición —lanzó Alexei desde el asiento delantero—. Hablaremos más tarde, Nico. Sigue intentándolo. Sasha y yo queremos ese nombre.

Sasha me aprisionó en un abrazo de oso y me estremecí contra él. La certeza de que nunca tendría a Bas me atravesó el pecho y me partió el corazón. Se me hizo un nudo en la garganta y cerré los ojos.

«Nunca lo tuve», susurraba mi corazón. Todo fue una mentira.

—¿Qué dijo Nico? —Podía oír la furia en la voz de Sasha y mandaba más miedo por mis venas. Si el nombre de DiLustro salía a la luz, irían a la cacería de Bas, de su padre... de todos los DiLustro. Si no lo hacían ellos, seguro que lo haría tío Liam. Con razón mamá no quería venir a New York.

—Los videos de vigilancia de la ciudad ya están borrados —comentó Alexei, poniendo el coche en marcha. Sentí un pequeño alivio—. Revisará los videos privados.

No tenía ni idea de lo que significaba. Mi cuerpo temblaba incontrolablemente, y ahora que la adrenalina había desaparecido, el dolor aumentaba a cada segundo.

—Tenemos que llevarla al hospital —refunfuñó Alexei—. Brennan se enterará y quemará esta maldita ciudad. Lo sabes, Sasha. Tenemos que llamarlo.

Me castañetearon los dientes mientras negaba desesperadamente con la cabeza.

—N-no. P-por favor.

—Wynter, el hospital lo llamará y necesitas atención médica. Especialmente si fuiste v… —*Violada.*

Se interrumpió a sí mismo. Pero no fui violada. Estuvo muy cerca, pero escapé.

—N…no h…hospital —aseveré toscamente, todo mi cuerpo temblando incontrolablemente —. P… periódicos. Me reconocerán.

Sasha me miró sin comprender y luego se giró para mirar a Alexei a los ojos.

—Es patinadora artística olímpica —explicó Alexei. Si no estuviera en un estado tan horrible, me sorprendería que alguien de su calibre lo supiera.

Sasha debió pensar lo mismo porque murmuró:

—No te tomé por un fanático del patinaje artístico.

—Vete a la mierda, Sasha —declaró Alexei—. A Aurora le gusta.

Buscó en su teléfono y marcó a otra persona mientras todo mi cuerpo se estremecía y una neblina se agolpaba en mi cerebro.

—Cassio, tenemos que llevar a alguien a tu *penthouse*. —La voz monótona de Alexei llenó la niebla de mi cabeza. Una mano invisible me rodeó la garganta, cortándome el oxígeno.

Intenté aferrarme a mi consciencia, no obstante, el zumbido de mis oídos crecía y crecía. Moví la cabeza, al menos lo intenté.

—Sasha, creo...

Y el mundo se volvió negro.

Capítulo Veintisiete

BASILIO



Debería haber sabido que los villanos no obtenían un final feliz.

Demasiada sangre en mis manos. Demasiados males. Pero me di cuenta en las últimas horas que destrozaría este mundo. Pedazo a jodido pedazo, hasta que la encontrara o a algún lugar dejado de la mano de Dios donde pudiera poner mi dolor.

Este dolor dentro de mi pecho me arañaba el corazón y el alma. La presión había sido una compañera constante, desde el momento en que entré en mi casa y encontré sangre por todo el pasillo y el salón. Encontrar a mi padre allí. Pero no a Wynter.

Ojalá hubieran podido intercambiar lugares. Deseaba que los rusos se hubieran llevado a mi padre, no a mi mujer. Aunque había un sentimiento que no podía quitarme de encima. Mi padre *nunca* iba a visitarme. Nunca, maldición. Prefería citarme en su casa. Cuando revisé mi video de vigilancia, lo encontré limpio. Técnicamente, los rusos podrían haber hecho eso también.

Hice que Angelo comprobara en mi presencia la vigilancia de las calles circundantes, pero también encontramos la mayor parte borrada. Con una pequeña excepción. Un vistazo al cabello rizado dorado manchado de sangre que metían en un Mercedes G-Benz negro tres calles adelante. Era inconfundiblemente Wynter, el tono exacto de su pelo rizado rubio dorado. Apenas se captaron dos segundos, pero fueron suficientes para ver lo herida que estaba. Y todo lo que pudimos ver del hombre que la empujó dentro del coche fue su gran espalda y un atisbo de un tatuaje en su dedo.

El número de las placas no nos llevó a ninguna parte. Tratar de encontrar un ángulo diferente también fue inútil.

Nunca me había sentido tan impotente. Ni siquiera podía permitirme pensar en lo que le había pasado a Wynter, preguntándome si seguiría viva. El miedo y la furia hervían bajo mi piel. No podía pensar con todo eso en la cabeza.

En el momento en que entré en mi casa y vi que no estaba, un enorme agujero me atravesó el pecho y crecía por momentos. Mi mente se agitó, lista para desatar una maldita guerra y causar estragos en todo el mundo. Rusos, irlandeses. Cada. Uno. Me llamaban *Capo Perverso*, pero obtendrían una probada de un *Capo Psicópata.*

A menos que recuperara a mi chica, perdería la maldita cabeza.

Todo lo que podía pensar era que le fallé. No la protegí. Igual que no protegí a mi propia madre.

Mi mundo no valía nada sin ella. Este agujero en el pecho me dolía más ahora que después de haber perdido a mi madre.

Tenía a *Priest* indagando en los registros de Yale. Videos de vigilancia. Hasta ahora, no habíamos encontrado nada. Ni una maldita pista. Como si hubiera desaparecido en el aire.

Llegué a la esquina de un edificio que pertenecía a la *Bratva*. Era el segundo en cuestión de horas. Estaba desesperado por localizarla. Mantuve con vida a un captor del último ataque y lo interrogué. Sin respuestas. Ninguna pista. Nada de nada.

La *Bratva* no poseía ningún edificio en la ciudad, pero justo fuera de ella tenían unos cuantos almacenes. Agachado, eché un vistazo y encontré a dos hombres vigilando la entrada.

Mi teléfono vibró. Introduje el código en la pantalla para abrirlo y descubrí que el mensaje era de Dante.

Dante: ¿Dónde estás?

Yo: Ocupado.

Priest: Deja de cazar a ciegas.

A menos que alguno de ellos fuera capaz de darme información sobre Wynter, o algún video de vigilancia sobre mi casa para que pudiera ver qué le había pasado o quién había invadido mi residencia, no tenía nada que decir. Tenía el mejor sistema de control de vigilancia y para qué mierda sirvió. No había ni un segundo capturado del ataque. Angelo debía estar volviéndose descuidado en su vejez y quería matarlo por ello, maldición. Ni Angelo ni *Priest* consiguieron información sobre las amigas de Wynter tampoco.

Dante: Vas a conseguir que te maten cazando solo tras la Bratva.

No estaba solo. Traje conmigo a tres de mis mejores hombres. Los miré fijamente.

—Mantengan a uno vivo —ordené.

Un asentimiento breve. Y levantamos nuestras armas y disparamos. Uno caído. Dos abajo.

Las balas empezaron a volar. Seguí el camino y divisé la ventana de donde procedían las balas. Apunté y apreté el gatillo. Otro. Corrimos hacia la entrada. No venían más balas.

Miré a mi hombre, que escaneaba el edificio en busca de calor corporal con nuestro dispositivo de grado militar. Levantó cinco dedos. Excelente, esto debería ser fácil, entonces.

Al atravesar la puerta, dos atacantes fueron tras de mí. Le disparé a uno y corrí hacia el siguiente. De los otros tres se encargaron mis hombres. Sin balas, saqué mi cuchillo. El desgraciado lanzó el cuchillo en mi estómago, pero lo esquivé y le incrusté la cuchilla en el hombro. Gritó y mi siguiente movimiento fue clavárselo en el muslo.

Antes de que pudiera atacarme de nuevo, lo agarré por detrás y le rodeé la garganta con un brazo. Siguió forcejeando contra mí como un maldito loco. Aún no había visto la locura. Con la empuñadura de mi pistola, le golpeé la sien y su cuerpo se aflojó.

Media hora después, mi ropa estaba empapada en sangre y seguía sin tener respuestas.

Sus últimas palabras antes de morir fueron:

—*Pakhan* quiere a la mujer.

¿Estaba hablando de mi mujer?

Capítulo Veintiocho

WYNTER



Las voces a lo lejos se oían distorsionadas. Hacían que me doliera la cabeza. Podía sentir la tensión tan fría en el aire. La sentía en mi piel y me producía escalofríos.

—No seas estúpido, Sasha —gruñó una voz clara—. Brennan tolerará muchas cosas. Ocultarle algo como esto, no lo hará. Quemará la ciudad, el mundo, e irá a la guerra por esto.

—Ella no quiere ir con él —argumentó Sasha—. Deja que se mejoré aquí. O puedo llevarla a mi casa, pero deja que el doctor termine de limpiar sus heridas.

Intenté con todas mis fuerzas abrir los párpados o al menos moverme, mas mi cuerpo se negaba a obedecer.

—Podría tener una conmoción cerebral. —Otra voz, de mujer—. Si es así, esto saldrá a la luz. Es una patinadora olímpica, tendrá que someterse a pruebas médicas para comprobar su estado físico. Saldrá a relucir. Necesita los mejores médicos para esto.

—Jódanse todos —refunfuñó la voz de Sasha—. En cuanto acabe el médico, me la llevaré a mi casa. Si Brennan se entera, será culpa mía.

—No seas estúpido, Sasha —replicó secamente la misma voz de mujer. Me sonaba vagamente familiar—. Como si Alexei o Vasili te fueran a dejar luchar solo contra él. Nos estás arrastrando a todos y obligándonos a luchar contra Liam.

—Tienes que llamar a Brennan —discutió una voz de hombre—. Al menos dile que está contigo y que se encuentra bien. Acaba de recuperar a su esposa y está preocupado asegurándose de que está bien, no obstante, irá detrás de Wynter. Es solo cuestión de horas.

—¿La violaron? —cuestionó una voz femenina desconocida. Mi cuerpo se estremeció y abrí la boca para negarlo. Sin embargo, no podía oír mi voz. ¿Les dije que no?

—Jesucristo. Brennan perderá la cabeza. Nos quemará a todos y nos llevará a la guerra, sin importar si puede ganarla o no. —Ojalá conociera esa voz—. ¿Recuerdas lo malo que fue cuando a su hermana le disparó DiLustro? —Un dolor agudo me atravesó el pecho—. Quemó su lado de la ciudad, demonios. Los cazó y...

Mi mente se alejó y una bienvenida oscuridad llenó mi cerebro. Y todo el tiempo las voces permanecían cerca.

Capítulo Veintinueve

SASHA



Me importaba una mierda lo que Cassio, Alexei o cualquiera dijera.

No rompería mi promesa a Wynter. Incluso después de todos estos años, recordé haberle fallado a otra mujer. Resultó en su muerte. Me quedaría con Wynter a través de todo, y si la guerra con Brennan era necesaria para mantener mi promesa, al carajo, lo haría.

De todos modos, no tenía nada mejor que hacer. Me negué a fallarle también a esta mujer.

El doctor examinó su cuerpo y el malestar se me quedó en la boca del estómago, con moretones y cortes por todas partes. Se defendió de quien la atacó, de eso no había duda. Sus puños y nudillos lo demostraban.

Me negué a salir de la habitación cuando el médico revisó sus heridas y la enfermera limpió la sangre de su cuerpo. Había mucha. En la cara, en las manos, en los muslos, en las piernas. Llevaba horas inconsciente. Demasiado tiempo. No podía especular que tuviera una conmoción cerebral, al menos no hasta que se despertara.

Solo deseaba que despertara ya.

Después la llevaría a mi casa y podría quedarse allí hasta que estuviera lista para seguir adelante. Cuando fuera y donde fuera. Las luces de la ciudad brillaban a través de las ventanas y se reflejaban en su cabello.

Incluso en su maltrecho estado, la chica parecía vulnerable y angelical.

Alargué la mano y le toqué la frente. No tenía fiebre.

—Creo que solo está descansando —informó la enfermera, intentando consolarme. Mierda, debería haber continuado siguiéndola. Ella y sus amigas eran una receta para el desastre, especialmente entre hombres despiadados como nosotros.

¿En qué estaba pensando Brennan cuando protegió tanto a las chicas que no sabían distinguir lo imprudente y peligroso de una aventura?

Tatiana, mi hermana, e Isabella, la esposa de Vasili, hicieron algunas cosas aventureras y locas, pero nunca imprudencias. Nunca peligrosas.

—¿Deberíamos hacer un escáner cerebral? —le pregunté a la enfermera. Wynter no se había despertado ni una vez.

La puerta se abrió detrás de mí y no necesité darme la vuelta para saber quién era. Alexei estaba tan perturbado con esto como yo. Por una razón diferente. Él lo vivió.

—¿Algo? —Negué con la cabeza en respuesta. No me importaban mucho las emociones, pero demonios, sentía que me estaban ahogando en ese momento. Ciertos fantasmas eran difíciles de olvidar.

La mano de Alexei se posó en mi hombro. Nunca tocaba a nadie, excepto a su esposa, así que sabía que le estremecía ver así a Wynter.

—Es fuerte —dijo en su manera monótona.

No estaba de acuerdo. Era débil. Demasiado feliz. Demasiado descuidada. Demasiado inocente.

Busqué diferentes videos de ella, y joder, la chica sí que era una excelente patinadora artística. Pero era demasiado suave. Incluso abrazaba a las chicas descalificadas en sus competencias para consolarlas.

¿Quién demonios hacía eso? Aplastabas a tus oponentes, no los abrazabas.

—Si quieres quedártela —continuó Alexei a su manera—, te ayudaré.

Dios, sonaba como si quisiera secuestrarla y tenerla como mascota.

—Suenan como unos idiotas —nos regañó suavemente la voz de Aurora. Miró a la enfermera, que se levantó y salió de la habitación. Supongo que la enfermera quería asegurarse de que la chica nunca estuviera a solas con un hombre—. No pueden quedársela. Es un ser humano. Quiero decir, qué demonios corre por las venas de los Nikolaev. —Movió al bebé en la cadera—. Pertenece con su familia, Sasha. Y lo sabes.

—Aurora —comenté entre dientes. Me caía bien mi cuñada, pero Dios, me suicidaría si fuera mi esposa. Tan testaruda—. Wynter estará con su familia cuando esté lista para estar con su familia. Ni un momento antes.

—¿La conocías de antes? —cuestionó con curiosidad. Cuando negué con la cabeza, continuó —: ¿Cuál es tu obsesión con ella? Es un poco joven para ti.

Apreté las manos. Por qué todo el mundo asumía que quería follármela, por el amor de Dios.

—¿No eres un poco joven para Alexei? —repliqué secamente.

—La chica ni siquiera tiene veintiún años —objetó—. Eso no se compara con Alexei y conmigo.

Se me tensó la mandíbula y apreté los dientes o corría el riesgo de gritarle a mi cuñada y que Alexei empezara una de sus sesiones de gruñidos o, peor aún, intentara pelear mientras Wynter permanecía inmóvil.

—¿Por qué no se despierta? —Volví a preguntar.

—No lo sé —respondió mientras se acercaba al cuerpo dormido de la paciente. Los ojos del pequeño Kostya estudiaban a Wynter y, por primera vez desde que había nacido, se mantuvo concentrado durante más de un segundo. Tenían que ser esos rizos dorados—. El doctor dijo que no está seguro de si fue agredida. Tendrá que hacer una prueba de violación, pero necesita su consentimiento.

«No lo dará», pensé inmediatamente. Apostaría mi vida en ello.

Áine, la esposa de Cassio, se ofreció a ayudarla si Wynter quería hablar con alguien cuando se despertara. Fue un mal momento para traerla aquí. Cassio y Alexei planeaban tener una cita doble. Por supuesto, eso se fue a la mierda y todos se quedaron en el *penthouse*.

Otro par de pasos. Mierda, esto era como toda una maldita reunión en la sala de enfermos.

—Brennan llamó a Nico —siseó Cassio por lo bajo—. Ha intentado llamar a Wynter y no ha obtenido respuesta. Le dijo hoy temprano que se quedaría con un amigo.

—Creía que las cuatro chicas eran inseparables —declaró Aurora pensativa.

—Brennan dijo que siempre estaban juntas —confirmó Alexei.

—Davina está con Brennan. Juliette e Ivy están en la casa, intentando averiguar cómo planear otro robo sin que las atrapen. —Puso los ojos en blanco para enfatizar lo imprudentes que eran las muchachas—. Eso significa que Wynter probablemente estaba con un chico.

—¿Y se te ocurrió eso antes o después de que la agredieran? —Me estaban poniendo los nervios de punta—. Considerando el estado en el que está, todos podemos llegar a la conclusión

de que no estaba con una amiga.

—Sasha... —gruñó Alexei.

El cuerpo de Wynter se movió y todas nuestras cabezas se giraron hacia ella. Unos ojos verdes claros se abrieron y se encontraron con los míos. Me acerqué e incliné sobre ella.

—¿Wyn?

Los moretones oscuros que tenía alrededor de los ojos y a los lados de la cara contrastaban con la palidez de su piel.

Alguien debió de llamar de nuevo a la enfermera y al médico porque, de repente, ambos nos apartaron a todos de su cama.

—Hola, querida —dijo el doctor como si fuera una bebé. Me daban ganas de darle un puñetazo—. ¿Recuerdas tu nombre? —Wynter parpadeó lentamente, luego asintió—. ¿Sabes cómo llegaste aquí?

Lo observó fijamente durante un momento como si intentara recordar y luego asintió lentamente.

—Limpiamos tus cortes y moretones. Tenemos que comprobar tu conmoción cerebral y hacer un *kit* de violación. —Se puso rígida al instante y podría haberle dado una bofetada en la cabeza al estúpido médico. Cassio debería buscarse un doctor más brillante que este imbécil.

Su lengua recorrió sus labios resecos.

—No me violaron.

El médico le tomó la mano y se la acarició suavemente.

—Hagamos una prueba y...

Wynter retiró la mano.

—Acabo de decírtelo —reviró—. No me violaron. Escapé.

La observé en busca de cualquier señal de que pudiera estar mintiendo o negándolo. No lo creía. Sus ojos se dirigieron a mí, ignorando a todos los demás.

—¿Cuánto tardarán en desaparecer los moretones y los cortes? —murmuró, girando la cabeza para mirar por la ventana.

—Unas semanas. —El doctor no parecía contento de que lo callaran. Obviamente no le creía. No es que importara.

—Wynter, tenemos que llamar a tu tío. —Maldito Cassio, siempre quería hacer lo correcto. ¡Maldito sea!

La cabeza de Wynter se giró hacia nosotros, sus ojos amoratados parecían derrotados.

—No. Traería guerra.

—¿Los DiLustro te hicieron esto? —preguntó Cassio bruscamente.

—No es asunto tuyo —aseveró Wynter, entrecerrando los ojos, aunque por la expresión de su rostro, aquel pequeño movimiento le dolió.

—Wynter, soy Áine. Podemos ayudarte. En lo que necesites. Alguien con quien hablar, lo que sea.

Wynter sacó las piernas de debajo de las sábanas de la cama y se incorporó lentamente, mientras la enfermera y el doctor protestaban. Sin hacerles caso, echó la cabeza hacia atrás y nos miró a todos sin pestañear.

—Si le dices algo a mi tío, lo negaré. —Dejó que las palabras calaran—. Los culparé si es necesario. No volveré con tío y mamá hasta que esté curada.

Cassio le gruñó y di un paso más cerca de Wynter, por si el idiota pretendía algo.

—Intenta algo, Cassio, y serás hombre muerto —advertí.

En la sala reinaba el silencio y la tensión. Nada nuevo. Me seguía a todas partes.

—Por favor, no quiero que nadie muera por mi culpa —suplicó Wynter, dándose cuenta de que sus palabras habían sido tomadas como una amenaza—. Solo quiero alejarme de mi familia por ahora.

Cassio dejó escapar un suave gemido, claramente en desacuerdo con aquella petición.

—Te quedarás en mi casa hasta que estés lista para volver —anuncié con firmeza, mirando a mis amigos y retándoles a que dijeran algo.

Los labios magullados e hinchados de Wynter se curvaron en una sonrisa y vi el parecido de aquella chica que abrazaba a sus compañeras patinadoras ofreciéndoles consuelo. Esta mujer nunca sería dura.

—Gracias, Sasha.

Tenía el tipo de sonrisa que rompería corazones. Justo como alguien rompió el suyo.

Capítulo Treinta

WYNTER



Vi cómo Sasha se quitaba la funda de la pistola y luego se pasaba la camisa por la cabeza, dejando al descubierto su torso tatuado y musculoso. Mi corazón no se saltó ni un latido.

—Wyn, realmente no tienes reparos en mirar el cuerpo de un hombre —comentó Sasha con sarcasmo.

—No me digas que eres tímido —bromeé suavemente.

Llevaba dos semanas con Sasha en su casa y me había acostumbrado a su particular estilo de humor. Estaba casi completamente curada. Físicamente, al menos. Las pesadillas me atormentaban y las cicatrices emocionales se negaban a sanar. No me ayudaba a mí misma no enfrentarme a ello. Excepto que, cada vez que pensaba siquiera en lo sucedido, el pánico me desgarraba el pecho, frío y oscuro, y mi respiración se entrecortaba.

Así que cuando Sasha se ofreció a enseñarme a pelear, acepté la oferta con entusiasmo. Lo vi como una forma de curarme. Me haría más fuerte y nunca más me atraparían vulnerable.

Tío Brennan se había puesto furioso. Lo único que evitó que atacara a Sasha fue Davina. Gracias a Dios por ella. Había sido el mayor tiempo que había pasado sin ver a mis mejores amigas. Las echaba muchísimo de menos, pero seguía retrasando el reencuentro con ellas. Habría sido difícil explicar las marcas en mi cara.

—Estoy lejos de ser tímido —dijo Sasha secamente—. Aunque la mayoría de las mujeres apartan la mirada en señal de respeto.

Puse los ojos en blanco.

—Claro que *sí* —murmuré—. Seguro se quedan mirando boquiabiertas. —Sasha sacudió la cabeza, con una expresión de incredulidad—. De todos modos, he visto cambiarse a muchos atletas a lo largo de mi vida. No eres nada especial.

De acuerdo, una pequeña mentira. Nunca había visto un atleta con un físico como el suyo. Tal vez si tratara con luchadores de MMA, aunque ciertamente no patinadores artísticos.

Sasha esbozó esa sonrisa de tiburón a la que me había acostumbrado e insinuaba que lo siguiente que saldría de la boca del intrépido mafioso sería algo inapropiado o simplemente imprudente.

—Confía en mí, Wyn. Todo en mí es especial.

Resoplé, mas no pude evitar sonreír. Realmente era el hombre más imprudente que había conocido, pero tenía un corazón de oro debajo de ese gran pecho. Cualquier mujer tendría suerte de tenerlo.

Le di la espalda mientras seguía cambiándose. Había un límite de cuánto tiempo podía observar embobada.

—¿Tus tatuajes significan algo, Sasha? —inquirí, mirando las colchonetas que tenía por todo

el gimnasio. Tenía sacos de boxeo en un rincón, incluso material de esgrima y una pared llena de cuchillos. Era un poco inquietante, pero de ninguna manera me quejaría.

Quería aprender a luchar y a defenderme con éxito. Nunca volvería a ser vulnerable.

—Algunos los conseguí cuando estaba en el ejército —señaló.

—No sabía que los mafiosos se unían al ejército.

Su risita llenó el espacio detrás de mí.

—Te sorprendería saber hasta dónde llega nuestro alcance.

Algo había estado en mi mente desde que Sasha me llevó a su casa. Era estúpido, pero casi esperaba que Bas me encontrara. Después de todo, fue capaz de borrar los videos de vigilancia y todas las pruebas relacionadas con nosotras quemando la casa de Garrett. Así que teóricamente, debería ser capaz de encontrarme.

—De acuerdo, estoy decente —notificó Sasha, su voz directamente detrás de mí.

Me giré lentamente y me encontré con aquellos ojos extraordinarios. Realmente esperaba que supiera lo agradecida que estaba por su ayuda. Por todo.

—Sasha. —Empecé vacilante y él esperó, como si supiera que algo grande saldría de mi boca —. ¿Alguien... alguien me ha estado buscando?

Se tensó, sus ojos se clavaron en mí.

—¿Cómo quién?

Todavía no le había dado un nombre. Nunca le daría un nombre, aunque en el fondo sabía que lo adivinó.

—Quien sea —susurré.

—No.

Me dolía la nostalgia en el corazón. Me dolía más que todas mis heridas. Y aunque mis cortes y moretones se curaron, el dolor en mi corazón no lo hizo. Se convirtió en parte de mis latidos. Y mi mente susurraba cosas que no quería admitir. Bas me usó. No le importaba para nada, de lo contrario me habría buscado.

Aún más preocupante era que le había disparado a su padre. Hasta ahora, no había represalias. Tío había puesto seguridad extra a todas. No estaba segura si era el resultado del secuestro de Davina.

—¿Mi tío y mis amigas están a salvo? —cuestioné. Debatí durante semanas si debía advertirles, porque existía la posibilidad de que lo que había hecho arrastraría a mi familia a una guerra. Sin embargo, no sabía cómo decirlo sin arriesgar la vida de Basilio.

Asqueada de mí misma por preocuparme siquiera de si vivía o moría, sentía que traicionaba a mi propia familia cada día que guardaba este secreto.

—Están a salvo, Wyn —confirmó Sasha, sus ojos observándome y viendo demasiado. El hombre era muy perspicaz. Probablemente era lo que lo mantenía a salvo, pero en mi caso, daba miedo.

Forcé una sonrisa y asentí con la cabeza.

—Empecemos.

Corrí mis kilómetros dentro de este gimnasio. Practique *ballet* y Pilates aquí. Incluso mis coreografías. Lo único que no podía hacer aquí era patinar sobre hielo, pero no me atrevía a volver a la pista de hielo. Era demasiado arriesgado.

Sasha me entregó el cuchillo que había hecho especialmente para mí.

Tomé aire e intenté olvidarme de todo, agarrándolo con fuerza. Me concentré en las instrucciones de Sasha.

—Mantén el contacto visual. No mires en la dirección a la que apuntas. Pon toda tu fuerza en

ello. Apunta a matar.

—Das demasiadas instrucciones —me quejé y avancé hacia él. Justo cuando intentaba agarrarme, le di una patada entre las piernas.

Se rio entre dientes.

—Eso es. No juegues limpio —alabó, aunque por desgracia me atrapó el pie antes de que pudiera hacer contacto.

Aterricé de espaldas con un fuerte golpe mientras se me escapaba la respiración. Agradecí a todos los santos que las colchonetas de Sasha estuvieran tan bien revestidas, de lo contrario me habría dolido.

Me quedé mirando el techo del tragaluz, el cielo azul despejado de la sala del gimnasio de su *penthouse* que me permitía vislumbrar un día precioso en el exterior. Contrastaba tanto con cómo me sentía por dentro.

Dos semanas. Sentí como si toda una vida de cambios se hubieran agolpado en dos semanas.

—Sabes, tu escuadrón de chicas está reventando mi teléfono —declaró Sasha mientras se sentaba a mi lado—. Volviéndome loco, de hecho.

Cerré los ojos.

—Las extraño —susurré—. Pero no quiero disgustarlas. Y Juliette se volvería loca si supiera...

Sasha rio entre dientes.

—La ayudaré y me aseguraré de que salga viva de eso.

Giré la cabeza hacia un lado para encontrarme con una mirada sin disculpas en su rostro. Este hombre iría encantado a matar.

—Si te hubiéramos conocido cuando crecíamos, quizá todas sabríamos manejarnos y ocuparnos de nuestros propios problemas —dije.

Pero entonces probablemente no le habría pedido ayuda a Bas. Lo extrañaba mucho. Por un lado, esperaba que me encontrara. Por otro lado, tenía que seguir recordándome a mí misma que todo fue una mentira. No me amaba. Aunque no podía evitar sentir dolor por él. Le prometí que me quedaría, mas todo el tiempo me mintió. Me tomó por tonta. No había futuro para nosotros.

¿Sabía lo que su padre le había hecho al mío? ¿Sabía que su padre destruyó a mi madre?

—¿Tienes una hermana? —inquirí con curiosidad. No sabía mucho de la familia Nikolaev, aparte de que eran tres hermanos.

—Sí. Tatiana es la menor de los hermanos. Ella y su amiga, que ahora está casada con mi hermano mayor, eran unas locas durante sus años universitarios. —Su hermana y su cuñada tenían suerte de tenerlo. Por la forma en que hablaba de ellas, sabía que le importaban mucho—. Aunque esas dos no pueden competir con tu juerga criminal y la de tus amigas.

Me burlé.

—Somos las peores criminales de este planeta.

No se me escapó que no me contradijo. Le robamos a mi tío y fracasamos. Apenas escapamos ilesas de Chicago. Nos atraparon robándole a *Priest*, aunque afortunadamente no por él. Probablemente nos recitaría los últimos sacramentos y luego nos mataría a todas. Obviamente, Bas mintió cuando dijo que me protegería.

¡Demonios! No podía olvidarme de Bas. Seguí repasando cada minuto de nuestro encuentro desde el momento en que lo conocí, tratando de detectar las señales que podría haber pasado por alto. No pude encontrar ninguna. Tal vez era excepcionalmente bueno en el engaño.

—Tendrás que hablar con alguien en algún momento —interrumpió Sasha mi pensamiento —. Áine, la esposa de Cassio, ha visto mucha mierda. ¿Quizás te ayudaría hablar con ella?

Devolví la mirada al tragaluz y al cielo azul despejado. ¿Qué podía decir para darle sentido a todo aquello? Era muy sencillo. Me enamoré del enemigo. Podría haberlo pasado por alto. Que su padre le disparó a mi madre y que Bas me utilizó para ganar más poder para sí mismo, no podía.

Las palabras de Gio DiLustro aún resonaban en mis oídos. ¿Cómo iba a aceptar mi madre a Bas cuando se parecía tanto a su padre? Y luego estaba el asunto de Bas usándome para fortalecer su posición con los rusos.

—¿Prometes no ir tras ellos? —pregunté en voz baja.

Tum Tun. Tu tum. Tu tum.

—Lo prometo.

Cerré los ojos un momento, luego exhalé y abrí los párpados.

—Me encontré con Basilio cuando salía a hurtadillas de casa de mi tío hace varios meses —narré en voz baja, manteniendo la mirada en el cielo azul despejado—. Salté por el balcón y me atrapó. —Solté una risita suave—. Romántico, pensé.

—Más bien *Romeo y Julieta* —resopló—. Trágico.

—De todos modos, no sabía quién era hasta que oí hablar a tío y a Quinn, su mano derecha. Sí, sabía que los DiLustro y los Brennan no estaban en buenos términos. Aun así, me gustaba. —Suspiré pesadamente—. Y cuando quemamos la casa de Garrett, no sabíamos que hacer. Una afortunada coincidencia, me encontré con Bas otra vez. —En ese momento, me preguntaba si había sido a propósito. Me cuestionaba todo—. Le pedí ayuda.

Sasha escuchaba atentamente. Esperaba que interrumpiera, mas no lo hizo.

—Me pidió una cita para cenar conmigo como pago por ayudarnos —dije con voz ronca, con las emociones espesas ahogándome—. Puedes reírte todo lo que quieras, Sasha, pero fue la cita más increíble de la historia. —Mi estúpido labio tembló y mis ojos se llenaron de lágrimas, mientras todos los sentimientos que mantenía ocultos me oprimían la garganta, dificultándome la respiración.

—No me estoy riendo, Wyn.

Me ardían los pulmones y me mordí el labio para recomponerme. *«Las emociones nos hacen débiles»*, decía mi madre. *«Y el amor nos destroza»*. Resultó que tenía razón. En parte, al menos. Perder a Bas me destrozó. Amarlo me hizo completa.

—Le dije que me quedaría con él —continué, con la voz apenas por encima de un susurro—. Iba a decirle a mamá que entrenaría aquí para las Olimpiadas, sino no lo haría. —Tal vez lo que pasó fue el karma, porque estaba siendo tan egoísta—. Bas dijo que había olvidado algo en su club, a dos cuadras de allí. Se fue. Y su padre... —Mis dedos se cerraron en un puño, mis uñas se clavaron en mis palmas. Pero fue bueno. El dolor me ayudaba a concentrarme—. Su padre apareció e intentó...

Dios, ni siquiera podía decir las palabras. *«Intentó violarme»*, mi mente gritaba. Incluso sabiendo lo que dijo el padre de Bas, no podía decirle a Sasha que todo fue una trampa. Simplemente no podía. Tal vez decirlas en voz alta las haría demasiado reales.

Así que no dije nada. Demasiado asustada para enfrentar la verdad. Demasiado asustada de que le costaría la vida a Bas.

Sasha se levantó, mientras yo seguía inmóvil.

—¿Quieres entrenar un poco más?

Asentí.

Le tendí la mano, puse los dedos en su palma y me puso en pie.

—¿Wyn?

De pie, pecho con pecho, incliné la cabeza para encontrarme con su mirada.

—Nunca traicionaré tu confianza. —Me tragué el nudo que tenía en la garganta—. Sin embargo, si alguno de ellos vuelve a hacerte daño, los mataré. Con promesa o sin ella.

Era todo lo que una chica podía pedir.

—¿Otra vez? —cuestionó y asentí.

Lo haría tantas veces como fuera necesario.

Hasta que pudiera vencer a hombres como Gio DiLustro. Porque me juré a mí misma que haría pagar a ese hombre algún día.

Lo rompería, igual que lo hizo con mi madre.

De la forma en que trató de romperme.

Capítulo Treinta Y Uno

WYNTER



Tres semanas desde que sentí los labios de Bas en los míos. Tres semanas desde que lo inhalé profundamente en mis pulmones. Tres semanas desde que me sentí viva.

Me metí en la ducha. El agua fría me cubrió la piel, pero antes de que empezaran los escalofríos, la temperatura de cada gota se tornó caliente, dolorosa contra mi piel. Sin embargo, el dolor físico no se comparaba con el que sentía en mi pecho. Me recosté en la pared y me deslicé lentamente.

El collar de Capo que me dio Basilio ya no colgaba de mi cuello. En su lugar, me lo enrollé en la muñeca y lo utilicé como pulsera. Mantenía la calavera oculta bajo la cadena, temerosa de que alguien la reconociera.

Recogí las piernas contra el pecho y empecé a llorar. Lo extrañaba. No importaba lo que hiciera, nunca podría olvidarlo. Cada aliento que tomaba era por él. Quizá solo quería mi maldita conexión con los rusos, mas todo aquello no podía ser mentira.

¿Podía serlo?

Le había pedido a Sasha que investigara a mi abuela. Winter Volkov. Necesitaba saber más sobre mi familia. Me habían mantenido en la oscuridad lo suficiente.

La historia no fue buena. Comenzó con un secuestro por parte de mi abuelo. Como un ladrón en la noche, el abuelo se coló en Rusia y robó a una joven. Mi abuela. Con el fin de asegurarse de que el *Pakhan* no se uniría al Sindicato. Se enamoró. Pero mi abuela murió al dar a luz a mi madre y la guerra entre los Brennan y el *Pakhan* Volkov se intensificó.

Por Dios. El abuelo nunca dejó de estar de luto. Incluso ahora, después de todos estos años, nunca hablaba de nadie más que de la mujer que perdió. La mujer que robó de su casa, pero falló en mencionar esa parte.

¿Fue su castigo? Perder algo que no debía ser suyo y tener un recuerdo en su hija y su nieta. Cuántas veces me dijo que me parecía a su verdadero amor y el recuerdo siempre fue agridulce.

Como todo lo que me recordaba a Bas.

Un aroma. Una palabra. Una canción.

La imagen de Bas arrodillado frente a mí, con mi pie sucio entre las manos y mirándome como si fuera mi dueño. Las palabras de su padre me estaban matando lentamente desde adentro. Palabras venenosas y demoledoras que alteraron mi mundo para siempre.

Pero ¿y si eran mentiras? Tío también mentía. Sí, sus intenciones eran buenas, pero me había mentido durante tanto tiempo. Tal vez Gio también lo hizo.

O tal vez fui una tonta.

Dios, esto era una tortura. Me estaba desmoronando por dentro.

Cuando estaba cerca de Sasha, era capaz de mantener la compostura. Me lo exigían desde

que empecé a competir. Nunca se toleraban los arrebatos ni las reacciones en público. No obstante, cuando estaba sola, mi corazón se rompía una y otra vez.

Salí a rastras de la ducha y me puse la ropa. Unos *jeans* blancos y una camiseta verde. Eché un vistazo fugaz al espejo y me aseguré de que el reflejo que me devolvía la mirada no se pareciera a mi estado interior. Afortunadamente, por fuera estaba bien. Probablemente gracias a Sasha. Me compró ropa nueva y agarró algunas de mis cosas de las chicas para que me sintiera más cómoda.

Con un pesado suspiro, puse cara de "estoy bien" y me dirigí a la sala, donde un gran ventanal del suelo al techo ofrecía magníficas vistas de la ciudad. Solo eran las nueve de la mañana y Sasha tenía trabajo que hacer hoy, así que lo pasaría sola.

«Probablemente tiene que matar a alguien», pensé irónicamente. ¿Me molestaba? No, la verdad es que no. Me juró que solo mataba a gente mala. Así que supongo que estaba bien. Santos cielos, a lo mejor mi brújula moral había estado torcida todo este tiempo.

Mi suspiro sonó fuerte en el espacioso y vacío *penthouse* decorado en blanco y negro.

Tres semanas desde que me alejé de los DiLustro. Me había quedado con Sasha en su *penthouse* del lado de Jersey con vistas a New York. Era casi una tortura porque me recordaba a mi primera cita con Bas.

Y como una tonta a la que le gustaba abrir la herida y dejaba que volviera a sangrar, me quedaba mirando la ciudad cada mañana y cada noche, y recordaba nuestro primer baile. Su aliento caliente contra mi piel y sus palabras en mi oído.

El sonido del timbre llenó el *penthouse* y salté, sobresaltada. Miré a mi alrededor sin saber si debía contestar o no.

Luego, golpes en la puerta. Quienquiera que fuera, no estaba contento. Golpeaban como maníacos.

—Sabemos que estás ahí. —La voz de Juliette se escuchaba lejana, y no pude evitar poner los ojos en blanco. Bueno, los maníacos golpes en la puerta tenían sentido ahora—. Abre la maldita puerta o voy a abrirla a patadas.

—Siempre tan dramática —murmuré en voz baja, pero me dirigí a la puerta y la desbloqueé, para luego encontrarme cara a cara con mis tres mejores amigas.

Tres pares de ojos: azules, grises, y avellana me miraban fijamente. Mis tres mejores amigas me observaban con lástima y tristeza. Aquello me destripó y en algún lugar de mi garganta burbujeó un grito. No quería compasión. Quería gritarles que había sobrevivido y que ahora era más fuerte. Pero en lugar de eso, sonreí y abrí la puerta.

—¿Quieren entrar? —pregunté, con voz ronca.

En un momento se quedaron mirándome, al siguiente las tres se lanzaron sobre mí y me rodearon con sus brazos. Fue como si me asfixiaran con amor.

—Te extrañé, Wyn. —La voz de Juliette era ligeramente aguda por las emociones.

Me tragué el nudo que tenía en la garganta.

—También las extrañé.

—Killian quería atacar este edificio —añadió Ivy. Se me escapó una risa ahogada. Eso sonaba a mi primo—. Estaba todo tan tenso sin ti —continuó—. Brennan grita por teléfono a todo el mundo y a cualquiera, exigiendo que te traigan a casa o eliminará a los hombres Nikolaev de la faz de este planeta.

—Davina tuvo que distraerlo como fuera —explicó Jules, poniendo los ojos en blanco—. Sexo todos los días, todo el día. En la cama, en el escritorio, en el baño... follando por todas partes. Estoy intentando con fuerzas desoír esos sonidos.

Davina la golpeó contra su hombro.

—Funcionó, ¿no? —Davina refunfuñó—. Querías planear el ataque con Killian.

Jules sonrió culpable.

—Bueno, algún día tenemos que aprender la estrategia de ataque.

Y así, las cosas volvieron a la normalidad. Como si nada hubiera pasado, pero sí pasó mucho.

—Pasen. —Las insté a entrar.

Una vez adentro, Juliette silbó.

—Vaya, así que así es como viven los malditos rusos, *¿eh?*

Me estremecí al oír su tono. La aversión de tío Liam por los rusos siempre fue evidente, aunque ahora que conocía parte de mi pasado familiar, no sabía cómo tomármelo. Ignorando sus comentarios habituales, las conduje a la sala de estar y, en lugar de sentarnos en el sofá, las cuatro nos sentamos en el suelo y entrecruzamos las piernas.

Como hacíamos en nuestro pequeño dormitorio. Parecía que había pasado mucho tiempo, pero solo fue el mes pasado.

—¿Qué demonios pasó, Wyn? —Juliette no perdió el tiempo—. ¿Por qué te negaste a vernos?

Suspiré.

—Maldita sea, Jules —regañó Davina—. Dijimos que le daríamos tiempo.

Mi prima la ignoró.

—Estaba muy preocupada. Preguntándome si estabas bien o qué escondías. —Tragué con fuerza—. Sé que estás ocultando algo. Pasó algo y no quieres que lo sepamos.

Sacudí la cabeza e intenté sonreír, no obstante, fracasé miserablemente.

—Dios, Jules —Ivy gimió—. Basta ya. La estás alterando y nos echará. Deja que nos lo diga cuando esté lista.

¿Desde cuándo Ivy había entrado en razón?

—Estoy bien. —Hice un gesto con la mano.

—No estás bien —protestó mi prima—. Crecimos juntas. Sé cuándo estás sufriendo y con una mirada sé que estás herida.

El nudo en mi garganta se hizo cada vez más grande y las lágrimas ardieron en el fondo de mis ojos, mientras mi corazón y mi alma se estremecían. Juliette se tensó y nuestras miradas se cruzaron. Nunca me había visto así. Después de todo, no todos los días te enamorabas de tu enemigo.

Mi villano.

Todavía lo consideraba mío.

Una lágrima solitaria rodó por mi mejilla y me tembló el labio. Antes de verla dar un paso, Jules me envolvió en sus brazos. No lloraría. No podía llorar. Si empezaba, no pararía.

—Está bien —murmuró—. Lo siento, no quería molestarte.

—N-no pasa nada —balbuceé, apenas encontrando la voz.

—No, no es así.

Al momento siguiente, Davina e Ivy se unieron, intentando asfixiarme con amor, supongo.

—Sabes que estamos aquí para ti —susurró Davina—. Cuando sea. Donde sea. No tienes que esconderte aquí. Puedo mantener a raya a Liam y advertirle que te de espacio. —Asentí con la cabeza—. Simplemente ven a casa con nosotras. Te echamos de menos.

Me mordí el labio, saboreando el cobre en mi lengua. Tenía razón, tal vez era hora de que dejara de esconderme. También se me estaba acabando el tiempo de entrenamiento con Derek.

—Díganme qué me perdí —inquirí en su lugar.

—Ah, no, no, no —refutó Ivy—. Dinos lo que nos hemos perdido.

—¿Sasha y tú son algo? —Juliette volvió a su modo de boca sin filtro—. ¿Es esa la razón por la que quieres quedarte aquí? ¿Porque Brennan odia a los rusos?

Suspiré. En el *chat* grupal que teníamos no paraba de quejarse de que me quedara aquí. De todas las personas por qué un ruso. Casi me arrepentí que Sasha me hubiera comprado un teléfono nuevo. Juliette necesitaba un filtro.

—Ya te lo dije, Jules —expresé—. No somos nada. Solo me está ayudando con algunas cosas.

—Nos ayudamos mutuamente a superar cosas —contestó—. Él es un extraño.

Ivy puso los ojos en blanco.

—Davina y yo también lo somos.

Juliette negó con la cabeza.

—No, somos un escuadrón y no se aceptan nuevos aspirantes. Sasha tiene que irse.

Davina puso los ojos en blanco.

—¿Y qué quieres que haga con mi esposo? —preguntó secamente a Jules—. ¿Quieres que me deshaga de él también?

—Bueno, ya que lo mencionas... —Empezó Juliette y las tres gemimos.

—Deberíamos *buscarte* un maldito hombre, así te obligaríamos a deshacerte de él —pronunció Ivy molesta.

Mi prima se encogió de hombros.

—Y lo haría. Los hombres son una distracción innecesaria. —Jesucristo, tal vez las palabras de mi madre realmente se le pegaron a Juliette—. Además, tenemos problemas más grandes.

Nunca se sabía lo que saldría de la boca de mi prima.

—¿Cómo qué? —cuestioné, cuando se hizo evidente que ni Davina ni Ivy querían preguntarle. Probablemente les preocupaba en qué clase de problema loco nos metería. Y con justa razón.

—Bueno, ya no tenemos el dinero que robamos —anunció Juliette y todos nuestros ojos se clavaron en ella.

—Eran casi cincuenta millones, Jules —solté, horrorizada de que hubiera gastado tanto en cuestión de semanas.

—Bueno, compramos ese terreno extra y pagamos todo al contado —explicó—. Luego vinieron los impuestos, arquitectos para los edificios y el diseño, cómo trazarlo, permisos, el material. Se acabó todo. *Pum*. —Agitó las manos en el aire, como si imitara una explosión.

—¿Cuánto nos falta para terminar? —inquirí en tono exasperado.

Se encogió de hombros.

—Aún necesitamos tres edificios y un dormitorio más. Entonces creo que habremos terminado.

—¿Obtuvimos artículos que no necesitábamos? —indagó Davina, molesta—. Realmente esperaba hacer esto sin utilizar el dinero de nadie más que el nuestro.

—En teoría, dinero robado —nos recordó Ivy.

Juliette puso los ojos en blanco.

—Ya no necesitamos que nos lo recuerdes. Tenemos que terminar esto para poder pasar a obtener la licencia del consejo de educación, crear una plantilla, un plan de estudios y quién sabe qué más.

—Vaya —murmuré, ligeramente impresionada. Juliette podría haber encontrado por fin lo suyo.

—¿Cómo te sientes sobre jugar una ronda de póquer? —preguntó.

—Juliette, dijimos que ya no más —gimió Davina—. Liam perderá la cabeza. Hay una cantidad limitada de sexo relajante que puedo tener para distraerlo.

Juliette levantó la palma de la mano y la dirigió hacia Davina.

—Escucha, madrastra, no necesito que me recuerdes tus escapadas sexuales con mi padre, que en realidad no es mi padre, aunque lo considero como mi padre.

—Bueno, *confúndenos* más, ¿por qué no? —Ivy intervino—. Si nos metemos en problemas y mi padre se entera, me enviará a Irlanda.

—Como un saco de papas —añadió Davina.

—No dejaremos que eso ocurra. —Juliette agitó la mano—. Si conseguimos construir al menos uno de los edificios de la escuela, no necesitaremos la casa de papá. Podemos quedarnos allí. La escuela necesitará toda nuestra atención de todos modos.

—Sí, quedémonos allí mientras los obreros están golpeando y construyendo cosas —declaró Ivy sarcásticamente—. Es mi sueño hecho realidad.

Alcé una ceja, sorprendida por la reticencia de Ivy a meterse en líos. Normalmente eran Jules e Ivy las que se lanzaban de cabeza al caos.

—De acuerdo, esto es lo que tenemos que hacer —anuncié—. Juliette *no* pagará facturas. Tenemos que ser más inteligentes con nuestros gastos. Sé que queremos que todo sea perfecto, no obstante, siempre podemos mejorar más adelante, cuando la escuela dé ganancias.

—Me encargaré de todos los acuerdos comerciales y contratos —aceptó Davina—. Wynter, encárgate de los fondos.

Sonreí, sintiéndome más ligera por primera vez en más de dos semanas.

—Seré la banquera.

—Me parece bien —comentó Juliette—. Quiero ser la asesina y matar gente.

Las tres compartimos una mirada y pusimos los ojos en blanco.

—Hasta ahora lo has manejado todo estupendamente —elogié a Jules—. Sigue organizando los siguientes pasos, pero deja que Davina se encargue de las negociaciones. Sé que quieres que todo sea perfecto y lo será, mas no hasta el punto en que tengamos que seguir jugando póquer.

Juliette asintió.

—Puedo ayudar con la decoración y el mobiliario. —Ofreció Ivy—. Cuando estemos en la fase de decoración interior, también deberíamos empezar a hacer ofertas a las personas que queremos que trabajen para la escuela.

Las cuatro asentimos, entusiasmadas con nuestros objetivos a largo plazo.

—Pero hasta entonces, tenemos que encontrar a alguien a quien robarle. —Juliette tuvo que arruinar el momento. Ignorando nuestras protestas, continuó—: Creo que deberíamos robarle a Nico Morrelli.

—¿Estás loca? —Ivy siseó—. ¿No te dije que es conocido como *The Wolf*?

Se encogió de hombros.

—¿Y qué? Somos cuatro y él uno.

—Jules, basta. Nos vamos a meter en problemas —advertí—. No hemos tenido éxito con nada de eso. Pero puedo ir allí y jugar póquer.

Eso no era robar.

—Exactamente —asintió—. Estás contando cartas. No es robar exactamente.

Suspiré.

—Tampoco es estrictamente legal.

—En realidad, estoy de acuerdo con Juliette —afirmó Davina, sorprendiéndome.

Normalmente estaba del lado cuerdo, conmigo—. Vayamos a uno de los casinos de Nico en Baltimore y juguemos póquer.

—Sabes que no hay forma de conseguir millones contando cartas —murmuré—. Al menos no de la forma normal y sin llamar la atención hacia nosotras.

—Estamos tan jodidas —gimió Ivy, pasándose la mano por el cabello rojo—. Bastante jodidas, maldición.

—Hagámoslo por los viejos tiempos —animó Davina, clavando sus ojos en los míos—. Pero luego, si fracasamos, buscamos formas *normales* de conseguir dinero. Inversionistas. Liam quiere invertir y no quiere ninguna participación en la escuela. —*Ah*, así que esa era la razón por la que estaba de acuerdo con Jules—. Si hacemos esto, no más robos —le dijo Davina con firmeza—. Y quiero tu palabra, Juliette. Promesa, voto de sangre, todo el maldito asunto.

Sería cómico si fuera cualquier otra persona.

—Bien, tienes mi voto de sangre y toda esa mierda —aceptó Juliette—. Voy a ser una mejor asesina de todos modos.

—Estoy segura —refunfuñó Ivy—. Aunque primero tienes que atrapar a un tipo malo y matarlo sin cagarte en los pantalones.

Y sin más, las cuatro rodamos sobre la alfombra persa de Sasha riendo como idiotas.



—Llevarnos el coche de Sasha fue una buena decisión. —Davina sonrió, mirando a su alrededor con los ojos muy abiertos—. Este maldito auto es bonito.

Me encogí de hombros. Sasha ofreció que si necesitaba ir a cualquier parte me podía llevar su Mercedes G-Benz. Tenía uno en cada color. Davina llevó a las chicas en mi Jeep, pero pensé que era demasiado arriesgado conducir en él. DiLustro se daría cuenta, estaba segura.

—Los asientos traseros están perfectamente nivelados y son anchos —continuó Davina—. No tendría que agacharme para colocar al bebé en un asiento infantil.

¿Espera? ¿Qué?

—¡¿Qué?! —chilló Juliette, con los ojos muy abiertos—. ¿Qué bebé? ¿El de tu hermana?

Davina siguió mirando alrededor del coche, evaluándolo, y observé por el retrovisor. En cuanto nuestras miradas se cruzaron, supe que no era por el bebé de su hermana.

—Estoy embarazada —anunció, mordiéndose el labio inferior—. ¡Sorpresa!

Dios, las miradas en las caras de Ivy y Juliette eran cómicas. Quizás habría tenido la misma reacción si no estuviera conduciendo. Regresé los ojos a la carretera. Me alegraba por mi mejor amiga y mi tío. De verdad.

Entonces, ¿por qué sentía esa punzada de envidia que me recorría las venas? Era fea y me hacía sentir como una mierda. No era como si fuera a tener un bebé pronto. Patinar era mi prioridad.

—Estás callada, Wyn —señaló Davina.

Sacudí la cabeza y sonreí.

—Solo pensaba en lo maravilloso que será tener una sobrina o un sobrino —comenté—. Me alegro mucho por ustedes. Por ambos.

—Dios, pensé que ibas a esperar a tener hijos —gimió Juliette.

Se encogió de hombros.

—Ocurrió antes de lo que esperaba. No lo lamento.

—Por supuesto que no —declaró Ivy rápidamente—. Y todas nos alegramos por ti.

Los ojos de Ivy parpadearon en mi dirección, la preocupación en sus ojos color avellana era inconfundible. Asentí con la cabeza y volví a centrarme en la carretera. Aún nos quedaba otra hora antes de llegar a Baltimore.

El silencio de los cinco minutos siguientes fue más intenso que todos los gritos de Jules. El gran elefante en la habitación, o en el coche en nuestro caso, acabaría saliendo a relucir. No pensé ni por un momento que fingirían que nunca había pasado. Especialmente Juliette.

—¿Quién te hizo daño, Wyn? —Ivy finalmente preguntó. Me sorprendió que se le adelantó a Juliette.

Mantuve mi atención hacia delante y la vista se me nubló mientras las lágrimas me escocían, amenazando con derramarse. Parpadeé, intentando contenerlas. Pero perdí la batalla. Las lágrimas quemaron un rastro caliente por mis mejillas y me las sequé con rabia con el dorso de la mano.

La mano de Juliette me rodeó por detrás, el alcance era incómodo porque tenía que hacerlo por encima del asiento.

—Estoy bien —informé con una sonrisa tensa.

—No, no lo estás —protestó Juliette en voz baja—. Y está bien admitirlo. El maldito italiano te rompió el corazón.

Sacudí la cabeza. No quería que Juliette se hiciera ideas.

—No, no es eso —susurré. Estaba harta de las lágrimas y de revolcarme en la autocompasión. La gente pasaba por cosas peores que un desamor y un casi suegro loco que intentaba violarte y matarte.

—¿Entonces qué pasa? —espetó con amargura—. Nunca nos has abandonado. Nunca ignoras a tu madre o a tu tío. Y luego te vas y te quedas con ese ruso. Tuvo que ser algo malo.

La angustia inundaba mis venas y cortaba cada aliento que tomaba.

—Las cosas con Bas no funcionaron —confesé en voz baja. Las tres contuvieron la respiración, esperando a que continuara. Preferiría que no lo hubieran hecho. Preferiría que Juliette empezara a soltar amenazas. Pero ninguna dijo nada—. Descubrí algo que tío y mamá me ocultaron.

Juliette se puso rígida.

—¿También eres adoptada? —indagó con incredulidad en el rostro.

Negué con la cabeza.

—No, me enteré de que a mamá le dispararon en la rodilla. Fue lo que acabó con su carrera. Gio DiLustro. —Y el padre de mi novio lo hizo.

—¡¿Qué demonios?! —exclamaron las tres.

—¿Estás segura? —preguntó Jules.

Asentí, con los ojos en la carretera.

—Sí, estoy segura. —Mis ojos se centraron en el camino, aunque mi mente estaba en algún lugar lejano—. Los Brennan y los DiLustro son enemigos porque Gio DiLustro intentó utilizar a mamá por sus conexiones.

—¿Qué conexiones? —cuestionaron las tres.

—*Oh,* solo un pequeño detalle insignificante —repliqué amargamente—. La conexión de mamá con los rusos. Me enteré de que el abuelo secuestró a mi abuela. Era la hija del *Pakhan*, el jefe de la mafia rusa.

—¿Mafia rusa? —repitió Juliette, parpadeando confusa.

—Pero creía que los Brennan odiaban a los rusos —comentó Ivy.

Me encogí de hombros.

—Creo que hay muchas cosas que no sabemos. Tío nos ocultó muchas cosas. Mamá también.

Aunque no podía culparla. Imaginaba que perder la capacidad de patinar sobre hielo era como perder una extremidad para ella. Había visto sus cintas de patinaje artístico. Era magnífica sobre el hielo.

—Deberíamos hablarlo con ellos —recomendó Davina—. No permitas que se complique.

—Necesitan ser confrontados —coincidió Jules.

Era demasiado tarde para eso. Nos mantuvieron en la oscuridad y caí en la trampa. Si hubiera sabido lo que Gio le había hecho a mamá, nunca habría estado alrededor de Bas. ¿Lo habría hecho? El dolor familiar se hinchó en mi pecho. El amor se había vuelto amargo. La traición ardía. Pero por ahora la empujé a un rincón profundo y oscuro. Ya me ocuparía de ella en otro momento.

—Centrémonos en entrar en el casino de Morrelli y en que cuente las cartas para que podamos conseguir algo de dinero —sugerí—. Por favor, hazlo por mí —supliqué suavemente, mi mirada encontrando sus ojos en el espejo retrovisor—. Por favor.

Los ojos azules de Jules se clavaron en los míos, escudriñando mi rostro. No sabía por qué. Pero fuera lo que fuera, finalmente cedió.

—Bien —aceptó y la mano de Davina se acercó a mi hombro y apretó en señal de consuelo.

No tenía sentido que le contara tantas cosas a Sasha y no a mis amigas. Tal vez era más fácil porque Sasha era un extraño hasta hace tres semanas.

Una hora más tarde, las cuatro entramos en el casino Morrelli & Associates, en el centro de Baltimore. Nos cambiamos a nuestros vestidos en el estacionamiento y entramos en el lugar. Nico Morrelli tardó exactamente veintidós minutos en aparecer en la mesa en la que me había sentado cinco minutos antes.

—Señoritas —saludó, con sus ojos grises como lobo recorriéndonos a las cuatro. El traje de tres piezas que llevaba era azul oscuro con finas rayas grises. Solo le faltaba un sombrero anticuado y daría vibras de *Al Capone*. Salvo que este tipo estaba mucho más *sexy* que *Al Capone* y además era mucho más alto—. Vendrán conmigo.

Bueno, eso no me llevó mucho tiempo. Suspiré y dejé las cartas.

—Queremos nuestro dinero de vuelta —anuncié fríamente, encontrándome con su mirada de acero.

El hombre era mortal; estaba escrito en él. Sin embargo, no sentía miedo. Tal vez después de lo que pasó con Gio, mi tolerancia a las amenazas creció.

Su boca se curvó en una sonrisa y se metió las manos en los bolsillos del traje.

—Por supuesto, señorita Flemming. —Luego se giró hacia Davina, Juliette e Ivy—. Después de ustedes, señoritas.

Juliette se me acercó y, como la prima temeraria que era, me susurró:

—Sabes que somos cuatro. Podríamos acabar con él.

Sacudí la cabeza, cansada de repente de tanta mierda. Como si pudiéramos acabar con cualquiera.

—Probablemente llamará a tío —murmuré—. No hemos hecho nada malo. Así que no matemos al viejo y salgamos de esta intactas.

—Pero... —Juliette empezó y la interrumpí.

—Recuerda el trato con Davina —le recordé—. No más fechorías criminales.

Exhaló un suspiro de frustración.

—Que estupidez —resopló—. Ni siquiera estás intentando ser una buena criminal.

Rodé los hombros.

—Lo siento, estoy preocupada con otra mierda.

Sus ojos me estudiaron y finalmente lo dejó en paz. Cinco minutos más tarde, estábamos frente al lujoso casino, donde nos esperaba una limusina. Nico Morrelli nos metió en ella y se sentó atrás con nosotras, desabrochándose la chaqueta y mostrando su funda.

—Será mejor que no me envíen de vuelta a Irlanda por esta mierda —espetó Ivy—. Te dije que somos las peores.

Nico la miró con una expresión divertida.

—No hicimos nada malo —aseguró Davina—. Probablemente es porque nos fuimos de la ciudad y Liam no lo sabía.

Me acurruqué en mi asiento y apoyé la mejilla en la ventanilla, viendo pasar los edificios de la ciudad. Sentía las miradas ocasionales de Nico hacia mí. Me preguntaba qué sabía o qué no. Durante las dos últimas semanas, Sasha me había adelantado quién era quién en el bajo mundo. Según él, Nico Morrelli era uno de los pocos hombres que podía conseguir información sobre todo el mundo. A veces sabía cosas que la propia gente no sabía de sí mismos.

¿Sabía quién era yo? Una maldita princesa de la mafia rusa. ¿Sabía que me había enamorado del enemigo?

No, gritó mi corazón. Basilio no podía ser el enemigo. Tenía que ser la persona más estúpida de este planeta, porque mi corazón aún lo quería. Solo a él.

Se me cerró la garganta y me clavé las uñas en las palmas de las manos, concentrándome en el dolor físico. Este amor por Bas me destrozaba, pedazo a maldito pedazo. Cerré los ojos, luchando contra las lágrimas que me ardían en los ojos y amenazaban con derramarse.

El trayecto hasta casa de Nico transcurrió en absoluto silencio. Solo cuando el auto se detuvo abrí por fin los ojos. Nos detuvimos en la verja, y por lo que parecía, toda la propiedad estaba rodeada de altas vallas y árboles.

El portón se deslizó hacia la derecha y el conductor atravesó la entrada y siguió el sinuoso camino a través del bosque hasta llegar a un claro.

Al final del claro se alzaba una gran mansión. Parecería inmaculada y prístina, si no fuera por los niños que correteaban por allí.

—Esto parece una maldita guardería —dijo por lo bajo Juliette y Davina le dio un codazo para que se callara. El coche se detuvo frente a la gran escalera de mármol, que caía en cascada delante de la casa.

Jesucristo, ¡qué elaborado!

En el momento en que Nico salió del vehículo, dos niñas idénticas que parecían tener unos siete años salieron corriendo hacia él.

—Papá, papá.

Y observé hipnotizada cómo el despiadado mafioso se agachaba y sonreía a sus niñas. Juliette y yo no tuvimos eso. No porque tío no fuera un hombre cariñoso, sino porque estaba en la Costa Este, mientras que nosotras dos estábamos casi siempre en California.

Un par de idénticos ojos azules se asomaron por la puerta abierta y lentamente salimos también de la limusina.

—Hola, chicas —saludó Davina—. Soy Davina.

—Wynter —me presenté, y Juliette e Ivy siguieron mi ejemplo.

—Sasha y el hombre viejo ya están aquí, papi —anunció una de ellas y Juliette soltó una risita.

—Llamó a tu marido viejo —resopló Juliette.

—Ese es tu padre, mujer —replicó Davina secamente—. Y podría convertirme en madrastra

malvada si no te comportas, Jules.

—Esa sí que es una idea para un disfraz de *Halloween* —indicó Ivy, intentando contener la risa.

—Si ustedes tres ya terminaron, vamos a buscarlos antes de que tío intente matar a Sasha —le dije a las tres—. ¿Por dónde es, señor Morrelli?

—Vayan corriendo a decirle a mamá que tenemos cuatro invitadas más —les informó a las gemelas y ambas salieron corriendo antes incluso de que terminara la frase. Subió las escaleras y las cuatro lo seguimos.

Observamos su casa. La riqueza y el lujo eran evidentes en todas partes. Podía oír los ecos de risas y música. El llanto de un bebé.

—¿Así suenan los hogares felices? —musité.

Juliette y yo compartimos una mirada. No tuvimos una infancia infeliz, pero sí tranquila. Ninguna entendía la necesidad que tenía mamá de imponernos un horario estricto. Lo entendía en ese momento, pero no antes.

A veces Jules y yo fantaseábamos con una gran familia y mucha música y risas cuando éramos pequeñas. Aunque luego se nos pasó conforme crecimos. Pensábamos que solo era un cuento de hadas.

Luego, al darme cuenta de que me había detenido a mirar en dirección a las risas, reanudé la marcha pasando por delante del gran vestíbulo con un gran candelabro de cristal y alcancé a Nico.

—Nos dirigimos a mi despacho —señaló, dirigiéndonos a todas hacia el ala izquierda de su casa. Mientras nos acercábamos, pude oír las voces de tío y de Sasha. Ambos sonaban enfadados, aunque no podía distinguir las palabras que se decían.

En el momento en que entramos en la oficina de Nico, el olor a puro y la tensión factible se abalanzaron sobre mí.

Dos pares de ojos azules, uno pálido como el cielo más claro y otro oscuro como el océano más profundo, y ninguno parecía feliz.

—Lo siento, Sasha —susurré, yendo a lo fácil primero—. Íbamos a devolver el coche.

Se encogió de hombros.

—Es solo un auto.

Me giré para mirar a mi tío por primera vez desde la noche en que los hombres Nikolaev nos arrastraron de vuelta de nuestra misión de robo en Philadelphia. Me recorrió con la mirada, como asegurándose de que no estuviera herida. Solo me quedaban unos pocos moretones en el cuerpo y mi ropa los cubría.

—Hola, tío Liam —saludé suavemente, con las emociones ahogándome. Nunca había pasado tanto tiempo sin hablar con él. Aunque a veces pasaba meses sin verlo, siempre hablábamos: mensajes, llamadas, emojis.

—Wyn. —Dio dos grandes zancadas y estaba delante de mí—. Jesucristo, estaba muy preocupado.

—Estoy bien —aseguré. Miró a Davina y luego a Juliette, como pidiendo su confirmación. Era la razón por la que no podía contarles todo lo sucedido. Si lo supieran, no podrían reafirmarlo, como ahora, con cara seria.

—¿Por qué no vienes a casa? —cuestionó, acariciándome la mejilla—. Tu madre está muy preocupada, se está volviendo loca.

Le sostuve la mirada y me preparé para lo que sabía que iba a ocurrir.

—Tienes que volver a casa. Puedo tener un avión listo para llevarnos a California.

Di un paso atrás y negué con la cabeza.

—No, todavía no.

La tensión en la habitación aumentó un poco más. Los ojos de tío estaban llenos de incredulidad, evaluándome.

—¿Por qué no?

Porque en el momento en que me pusiera un leotardo, mi espalda quedaría al descubierto, dándole a todo el mundo una vista completa de cicatrices y moretones.

—Necesito otra semana más o menos —supliqué.

Tío se pasó la mano por el cabello. Casi parecía haber envejecido diez años en el último mes. No habíamos sido amables con él con toda la mierda que habíamos causado desde que quemamos la casa de Garrett.

—Dale otra semana, Liam —intervino Davina—. Se lo merece antes de que comience su entrenamiento completo.

—¿Por qué? —exigió saber—. Puedes tener un maldito año entero si lo quieres, Wyn. Quiero saber por qué. Algo pasó, y quiero saber qué.

Sacudí la cabeza.

—No ha pasado nada, tío. T… te lo prometo —mentí.

—Si no pasó nada, vuelve a casa. —Me tendió esa trampa maravillosamente y caí en ella. Él también lo sabía.

Sasha también lo sabía e inmediatamente salió en mi defensa.

—Brennan, dale otra semana. No puede hacer daño y luego la llevaré personalmente a California.

Y tío perdió la cabeza.

—No te quiero cerca de ella, Sasha —gruñó—. Te pedí que la siguieras, no que mi sobrina se mudara contigo. Tú y ella... nunca sucederá.

Se me escapó un suspiro exasperado.

—No hay un él y yo, tío —resoplé—. De verdad. Solo me está dando un lugar donde quedarme.

—Wyn, estoy tratando de protegerte —refunfuñó tío—. Tienes que confiar en mí.

Y fue entonces cuando perdí los estribos. Estaba harta de que me mantuvieran como a una muñeca frágil y quebradiza y, lo peor de todo, de que me mantuvieran en la oscuridad. Ignoraba todos y cada uno de los peligros que acechaban en las sombras. No sabía *nada*.

La esposa de Nico entró justo en ese momento con galletas en las manos, pero me temblaban las manos y me zumbaban los oídos para intentar siquiera ser cortés.

—¡¿Protegerme?! —grité—. Quieres protegerme manteniéndome ajena a ¡TODO! —Tío me miró confundido—. Podría mirar al enemigo a la cara y sonreír, y ni siquiera sabría que es el enemigo. ¿Sabes por qué? ¡Porque me mantienes en la oscuridad! —reviré.

Mi pecho subía y bajaba, mi respiración se agitaba y sabía que todo el mundo me miraba como si hubiera perdido la cabeza. Los arrebatos eran inexistentes en mi infancia. Todo era disciplina y control. Pues bien, perdí el maldito control. Lo perdí todo.

—Wynter, yo...

—No me digas más mentiras, maldición —espeté, con la voz rígida—. Si tu protección significa dejarme a oscuras y descubrir quiénes son los malditos enemigos mientras me...

Me detuve, incapaz de terminar la frase. Me zumbaban los oídos, se me cerraron los pulmones, se me hizo un nudo en la garganta. Era como si alguien me la hubiera apretado con fuerza. Como si el mismísimo Gio DiLustro me hubiera estrangulado hasta la muerte.

No podía respirar. A cada segundo que pasaba, aumentaba el pánico en mi pecho. Desesperada, luchaba por respirar, solo una onza de oxígeno. «*Demonios, un ataque de pánico me va a matar*», susurraba mi mente. Nunca fui propensa a ellos, pero se los había visto a mi madre una o dos veces.

Me agarré el pecho con las manos, como si abriéndomelo fuera a darme aire para respirar. Temblaban tanto que ni siquiera podía hacerlo bien. El zumbido en mis oídos crecía, este terror retorcía algo dentro de mí y no me soltaba.

La cara de tío se acercaba, pero mi visión era demasiado borrosa. Apenas podía enfocarlo. Las voces de Juliette, Ivy y Davina sonaban como ecos en mi cerebro, alejándolas cada vez más.

Capítulo Treinta Y Dos

SASHA



Tanto Brennan como yo agarramos el cuerpo de Wynter al mismo tiempo, antes de que cayera al suelo.

—¿Qué le pasa? —Brennan exigió.

Estaba alarmado, sus ojos se movían entre las mujeres y yo, requiriendo saber.

Sabía que Wyn no les había dicho nada, no quería disgustarlas, pero sabían que había pasado algo. No eran tontas, imprudentes sí, pero no tontas.

Sin embargo, las tres negaron con la cabeza y no dijeron nada, y mierda, me sentí orgulloso de las amigas locas y un poco idiotas de Wyn porque se negaron a traicionarla.

Entonces sus ojos volvieron a mí.

—Sé que lo sabes, Nikolaev —gruñó.

—Dios, cuánta maldita testosterona. Qué tal si te preocupas por mi prima y no por este concurso de meadas en el que parecen estar metidos. —Por supuesto que sería Juliette quien diría algo así.

—Juliette. —Su padre le lanzó una mirada de advertencia.

—Mi prima yace inerte en tus brazos. Qué tal si nos centramos en ayudarla y luego puedes gritarle a la gente —razonó con él.

—Así que a esto te referías cuando me aconsejaste que buscara una escuela muy vigilada —reflexionó Nico.

Y como si las gemelas supieran que su padre hablaba de ellas, entraron al mismo tiempo que levantaba a Wynter en brazos.

—La llevaré a mi casa —le informé a Brennan.

—Sobre mi cadáver —gruñó—. Es mi sobrina. Mi familia.

—Y volverá contigo cuando esté lista —declaré con voz fría—. Ni un momento antes.

—¿Qué tal si la acostamos en una de las habitaciones de invitados? —sugirió Bianca, la esposa de Nico. Me recordaba tanto a Isabella que ni siquiera tenía gracia. La mujer no tenía nada que hacer entre hombres como nosotros. Al igual que Wynter.

Juliette, por otro lado, esa podría convertirse en una maldita asesina.

—Dámela, Nikolaev —ordenó Brennan. Supongo que el imbécil no se había enterado de que era malísimo siguiendo órdenes. Tomé suficiente de esa mierda en el ejército para durarme dos vidas—. O acabaré contigo, al diablo tus hermanos.

Mi expresión se ensombreció.

—Puedes intentarlo —comenté fríamente—. Pero no acabará bien para ti. Da gracias a los santos, Brennan, de que tengo a tu sobrina en mis brazos, o te aplastaría la garganta.

—*Whoa, whoa*. Que todo el mundo se calme. —La esposa de Brennan saltó y la chica de

hecho se puso entre su marido y yo—. Dejemos a Wynter con Sasha. Lo quiere así y él la ha mantenido a salvo hasta ahora.

—¿Por qué no dejamos que se peleen? —Las gemelas de Nico se apoyaron a cada lado de la puerta—. Hagamos apuestas. Quiero ver quién es mejor.

—¡Hannah! —la regañó Bianca, dirigiéndole la mirada más amenazadora que podía lanzar. Parecía una gatita mala. Estaba seguro de que sus gemelas se estaban *cagando* de miedo.

La rubiecita se limitó a encogerse de hombros y cruzar los brazos frente al pecho.

—¿Qué? Tengo que ganar dinero de alguna manera.

—Demonios, deberíamos hacer que esta nos de algunos consejos —murmuró Ivy—. Deberían asistir a nuestra escuela.

—Estaba pensando lo mismo —añadió Juliette, y luego se giró hacia Nico—. ¿Considerarías enviar a tus hijas a nuestra escuela? Podría estar lista para cuando tengan edad suficiente. Solo tenemos que encontrar otros mafiosos a los cuales robar —susurró Juliette—. Fuiste una mala elección.

—¿Tú crees? —reflexionó Nico, entretenido.

—No, no más robos —siseó Davina, mirando a su amiga que pestañeaba.

—¿Puedes acostarla y luego luchar contra él? —preguntó la otra gemela.

—Nadie peleará —anunció Bianca con firmeza—. Pero ustedes podrían ganarse un tiempo fuera. Por separado —advirtió, dirigiéndoles una mirada mordaz.

Eso pareció tener el impacto deseado porque ambas desaparecieron enseguida.

—Deja que te muestre la habitación de invitados. —Ofreció Bianca y asentí, pero antes de salir de la habitación, Brennan me llamó.

—Cuando esté despierta, quiero hablar con ella —declaró, con voz sombría. Mis hombros se tensaron, sabiendo que era inevitable que Wynter y Brennan hablaran. Sinceramente, me sorprendió haber conseguido mantenerlo a raya durante tanto tiempo.

Seguí a Bianca por su propiedad. No paraba de charlar en voz baja, probablemente su forma de liberar su tensión. A diferencia de la esposa de Cassio o la de Luciano, Bianca y Bella nunca se habían sentido del todo cómodas alrededor de hombres como nosotros. Sus maridos eran la excepción, por supuesto.

Una vez en la habitación de invitados, bajé el cuerpo de Wynter en la cama. Había perdido peso en las últimas semanas. Por lo que había oído, solía tener buen apetito, pero no desde su encuentro con el viejo DiLustro.

—¿Va a estar bien? —Bianca susurró.

Asentí. No le di suficiente crédito a Wynter. *Era* fuerte. Lo había visto en las últimas tres semanas, en su persistencia y determinación. Tenía un corazón muy grande y me temía que escondiera un corazón romántico bajo su apariencia de princesa de hielo.

—No puedo creer que tenga a una medallista de oro olímpico en casa —murmuró Bianca—. Quizá las gemelas tomarán nota e intentarán aspirar a algo más que a ser unas pequeñas astutas alborotadoras.

Mi labio se torció.

—Entonces tal vez quieras mantenerlas alejadas de Wynter y sus amigas. Son unas graduadas problemáticas. También imprudentes.

Se rio suavemente.

—Me di cuenta. ¿En qué estaban pensando tratando de hacer dinero en el casino de Nico contando cartas?

Sospeché que era su forma de llamar la atención. Davina me envió un mensaje, contándome

su plan. Por supuesto, esperó hasta que estuvieran metidas de lleno en él.

—¿Cómo te trata la vida de casada? —cuestioné con curiosidad—. Todavía recuerdo aquella boda llena de drama *Hallmark*. Creo que lo único que superó aquel acontecimiento fue atrapar a estas cuatro delincuentes temerarias… —Ladeé la cabeza hacia la forma dormida de Wynter—. Empujando un vehículo blindado a un río después de que robaran millones.

—¡Jesucristo! —Bianca sonaba ligeramente consternada. Miró a Wynter dormir durante unos segundos y luego añadió—: Sabes, no puedo evitar pensar que ella tenía razón.

Enarqué una ceja.

—¿Sobre qué?

—De ser mantenida en la oscuridad —aclaró—. Están en todos sus genes proteger a las mujeres. Es como si se los hubieran inculcado desde que ustedes nacieron. —No estaba muy lejos de la realidad—. Mi familia lo hizo. Nico todavía lo hace, conmigo y con las niñas. Y aunque no me molesta en absoluto, de hecho lo amo, me preocupa cómo afectará a nuestros hijos. Especialmente a las niñas. Como dijo Wynter, está tan protegida que no sabría si está mirando a la cara de un enemigo.

No estaba en desacuerdo. Wynter era tan ajena a la causa de la pelea entre su familia y la de DiLustro que fue y se enamoró de uno. Sí, se negó a decir que lo amaba. Pero estaba más claro que el agua.

Wynter se movió entre las sábanas y Bianca quedó olvidada. Di dos grandes pasos hasta un lado de la cama y me puse en cuclillas.

Sus ojos se abrieron y aquellos pozos verdes que tenían al mundo cayendo ante sus pies se encontraron con los míos.

—Hola, rebelde.

Por un momento se quedó mirando en silencio, probablemente intentando averiguar cómo había llegado hasta aquí.

—Los ataques de pánico no son buenos —susurró finalmente.

—No, no lo son. —Estuve de acuerdo—. Pero son manejables.

—Siempre tan positivo —agregó, curvando un poco los labios. Fue entonces cuando se dio cuenta de que Bianca también estaba en la habitación.

—¿Qué tal si te traigo limonada y galletas? —Ofreció, siempre deseosa de alimentar a todo el mundo.

Wynter negó con la cabeza.

—No, gracias. Pero ¿podría hablar con mi tío, por favor?

—Claro, iré a buscarlo.

Una vez que Bianca nos dejó, observé a Wyn.

—Puedes quedarte en mi casa todo el tiempo que necesites.

Se sentó en la cama, llevándose las rodillas al pecho.

—Gracias. Solo necesito una semana para que el resto de los moretones desaparezcan.

—Tienes que pensar en tomarte un tiempo para recuperarte mentalmente también, Wyn. Tu madre lo entenderá si se lo explicas. —Sacudió la cabeza enérgicamente—. Siempre están las próximas Olimpiadas.

—No, no, no —protestó en voz baja—. No puedo seguir escondiéndome. Sabes qué es exactamente lo que he estado haciendo.

Me importaba una mierda. Debería esconderse todo el tiempo que quisiera. Eso no la convertía en una cobarde, no después de todo lo que había pasado.

—Jesucristo, me asustaste. —La voz de Brennan vino de detrás de mí y se acercó al otro lado

de la cama para sentarse. El tipo era tan grande que su peso casi hizo rodar a Wynter hacia él.

—Ven a casa conmigo —exigió Brennan en voz suave, mas Wyn negó con la cabeza—. Hablaré con tu madre y podrás quedarte en New York si así lo deseas. Dentro de dos meses visitaremos a tu abuelo. Puedes ganarle al póquer o al ajedrez. El abuelo de Davina vendrá. Será bueno para ti.

Manchas rojas de agitación recorrieron la delicada garganta de Wynter.

—No, iré a California. Terminaré lo que empecé. No puedo volver a New York. No por un tiempo. Te veré en Irlanda. Pero, por favor, deja que Ivy y Juliette vengan conmigo. —Brennan asintió—. Y ven a visitar también con Davina.

Demonios, si no sonaba como si se estuviera despidiendo. Al menos de la Costa Este.

—Lo siento, Wyn. —Brennan le agarró la barbilla—. Siempre he querido protegerte. Tanto a ti como a tu madre. Parece que fracasé con ambas.

Le pasó los rizos por detrás de la oreja, casi como un padre. Probablemente lo era, ya que nunca había tenido uno en su vida.

Wynter tomó su mano grande con la suya pequeña y apretó.

—No lo hiciste. No es tu trabajo protegernos.

—Sí, lo es —refunfuñó en desacuerdo.

Wynter negó con la cabeza.

—Sé lo que pasó con los DiLustro —susurró en voz tan baja que apenas podía oírla.

—¿Cómo? —Sinceramente, no podía creer que fuera capaz de ocultarle un secreto tan grande durante tanto tiempo.

—No importa. Lo primordial es que deberías habérmelo dicho. No debería ser sorprendida por otra persona sobre cosas que me conciernen. De quién soy nieta, mis conexiones con los rusos, sobre los DiLustro y lo que le hicieron a mi madre.

Un gruñido vibró en lo más profundo de Liam. La historia y la información que obtuve fue que Liam perdió la cabeza cuando le dispararon a Aisling. Tenía fama de ser un hombre justo, pero durante ese tiempo, mató a cualquiera que estuviera relacionado con Gio DiLustro.

—Ese desgraciado la destruyó —siseó Liam—. Si hubieran sabido sobre ti y Jules, habrían sido su objetivo. Quería que ambas tuvieran una infancia normal, lejos del bajo mundo. Era lo que quería mi hermana. Tenía que protegerte a ti y a Jules para evitar que la historia se repitiera.

—Quizá cuando éramos niñas. Ya no. Haznos más fuertes, no ciegas y dependientes de alguien que nos salve.

Wynter podría tener irlandés en ella, pero honestamente podría decir que no heredó ni un solo rasgo de ellos. Tal vez la imprudencia. Pero, incluso eso, podría ser su lado ruso.

—Algunos hábitos son difíciles de romper —expresó en tono sombrío.

Lo miró a los ojos con la terquedad que conocía bien.

—Pues rómpelos. Si no, nos perderás a todas.

Capítulo Treinta Y Tres

BASILIO



Cuatro malditas semanas.

La había buscado por todas partes. Incluso tenía hombres vigilando la casa de Brennan. Su Jeep estaba allí. Sus amigas estaban allí. Wynter no.

Fui a Yale y me enteré por el encargado del edificio de que todas sus cosas habían sido empacadas y enviadas a Davina Hayes-Brennan. Cuando le pregunté por qué, se limitó a decir que la chica había desaparecido y que una de sus compañeras de piso se ocupaba de sus asuntos.

Si tan solo pudiera poner mis manos sobre Davina. Contemplé seriamente secuestrarla para poder interrogarla. *Priest* hackeó el teléfono de Wynter y descubrió que todo fue borrado en él. Intentó entrar en la red de Brennan, pero estaba bloqueada.

—No puedes seguir así —habló Dante—. Estamos persiguiendo fantasmas.

Estábamos sentados al fondo de la entrada con *grafiti* de uno de los almacenes de la *Bratva* en Long Island, que les servía de laboratorio. Había una cosa que aprendí en las últimas cuatro semanas. Los rusos se habían estado expandiendo por todo New York. Eso tenía que terminar.

—No, no lo hacemos —siseé. Los tres llevábamos nuestros diez mejores hombres—. Ella está en alguna parte. La gente no desaparece de la nada.

Había algo que me estaba molestando sobre el secuestro de Wynter. Carecía de lógica y razonamiento. Dejaron a mi padre vivo, muy a mi pesar. Hubiera preferido que lo mataran o se lo llevaran y dejaran a Wynter atrás. No obstante, parece que mi padre persuadió a los rusos y se libró de que lo mataran.

—Jesucristo, Basilio. Tienes que enfocarte —añadió *Priest*, con los ojos fijos en la hoja de su cuchillo mientras seguía dándole vueltas—. A lo mejor se escapó de los rusos y cambió de opinión sobre casarse contigo.

Dante golpeó a su hermano menor en el hombro para que yo no lo hiciera. Apreté los dientes porque diría algo así.

—Mi padre no debería haber estado en mi casa —declaré, aquel puto día repitiéndose en mi mente una y otra vez. Nada de lo que dijo mi padre me sentaba bien. Nada tenía sentido. Demasiadas inconsistencias.

—¿Sospechas que él lo organizó? —cuestionó Dante. El hecho de que tuviéramos que preguntárnoslo era jodido. Pero eso era mi padre. Apuñalaría a cualquiera por la espalda, incluyéndome.

—Demasiadas coincidencias —razoné, frustrado por no poder resolver este rompecabezas—. Fue casi como si el secuestro de su amiga fuera una distracción. —Sus expresiones me decían que estaban de acuerdo—. Mi padre aparece, la vigilancia en mi casa falla, la mayor parte de la cuadra alrededor de mi casa estaba corrompida. Los rusos lo dejaron con vida. Nadie tiene tanta

suerte.

—Excepto tu padre —participó *Priest*—. Aunque tengo que estar de acuerdo. La *Bratva* no es conocida por dejar sobrevivientes.

En cuanto lo dijo, se dio cuenta de su error y una retahíla de maldiciones lo abandonaron.

—Vámonos —le dije a todos.

No había tiempo que perder.



El ataque fue brutal y sangriento. Casi perdimos a un hombre. La *Bratva* tenía más hombres de lo que esperábamos, pero lo superamos.

Tras horas de luchar y matar, y luego torturar a los imbéciles rusos para obtener información, nos quedaban los dos últimos desgraciados.

—*Nyet*, *nyet* —negó uno de ellos. Después, una sucesión de palabras rusas salió de su boca.

Nada los salvaría. No obstante, primero conseguiría algo de información.

—Cambia a inglés o italiano —demandé mientras amartillaba mi arma. El feo idiota cubierto de tatuajes intentó escupirnos.

Entonces, como en cámara lenta, perdí el control. Durante las últimas cuatro semanas, había estado pendiendo de un hilo. La rabia se apoderó de mí y me abalancé sobre él. La *Glock* en mi mano se convirtió en un arma letal. Mas no para dispararle, sino para golpearlo. Una y otra vez.

—¿Quién eres? —rugí—. ¿Por qué estás en mi ciudad?

Sonrió, estúpido y repugnante, mostrándome la boca y los dientes manchados de sangre.

—Mata a este —expresó Dante con una sonrisa retorcida, mirando al otro cautivo—. Y trabajaremos con este. Apostaría mi dinero a que habla inglés.

El otro sacudió la cabeza enérgicamente y luego pronunció unas palabras en ruso. *Suka.* Sí, esa la entendí.

El disparo sonó con fuerza y puso fin al primer ruso. Entonces todos dirigimos nuestra atención al siguiente. Lo llamaríamos *tipo suka* mientras duraba su corta y miserable vida.

—Es sensible a que lo llamen *zorra* —comentó despreocupadamente *Priest,* el prisionero estaba a punto de orinarse en los pantalones.

—¿Puedo? —preguntó *Priest* cuando me preparé para empezar a trabajar en el desgraciado. Últimamente, había sido la única forma de liberar mi maldita frustración. Matar gente.

Mierda, quería negárselo. Necesitaba liberar la rabia que hervía en mi interior, pero también sabía que había estado caminando por la delgada línea que separaba la ira de la cordura. Y el monstruo que disfrutaba infligiendo dolor no estaba satisfecho. Aún no, pero asentí con la cabeza.

Priest sacó un trozo de cristal de algún sitio y se adelantó para clavárselo en el dorso de la mano al imbécil. Luego vi cómo le abría la boca mientras se lo clavaba en la lengua.

—¿Cómo demonios se supone que va a hablar con un agujero en la boca? —se quejó Dante.

Priest se encogió de hombros.

—No está cortada. Todavía puede hablar. —Dante puso los ojos en blanco—. Bien, ya que eres tan sensible —accedió *Priest,* luego dejó escapar un suspiro exagerado—. Dejaré de jugar con su lengua.

Así que hundió la punta más afilada del cristal en su torso.

—Voy a jugar con sus costillas.

—Eres un enfermo hijo de puta —le dije a mi primo *Priest*.

Su respuesta fue una sonrisa ligeramente desquiciada.

Dante nos miró a ambos y luego se encogió de hombros.

—Ambos son unos idiotas enfermos.

—Gracias —contestamos *Priest* y yo al mismo tiempo.

Mis demonios bailaban por mis venas, ansiosos por jugar con el desgraciado. Deseosos por hacerlo sufrir. Habían pasado semanas y seguía esperando la oportunidad. Por cualquier pizca de información que me acercara un paso más a *ella*.

Así que cedí ante el monstruo y di un paso hacia el ruso, mientras *Priest* murmuraba sus últimos sacramentos. Mientras le retorcía el cristal en las costillas, mi mano rodeó su garganta y apreté.

—¿Por qué está la *Bratva* aquí? —gruñí—. ¿Quién es tu maldito *Pakhan*?

La sangre le salía por la comisura de los labios mientras se ahogaba. Solté el agarre lo suficiente para dejarlo hablar.

—N-nunca verás ve-enir a nuestro *Pakhan* —balbuceó, resollando—. La muerte viene por todos ustedes.

Golpeé mi frente contra la suya. Hueso contra hueso. El zumbido en mi cabeza fue bienvenido. Era exactamente el tipo de dolor que necesitaba. Pero él no. Su grito recorrió la habitación vacía.

—Malditos italianos locos —siseó, gorgoteando sobre su propia sangre, mirándonos con recelo.

—Aún no has visto la locura —se mofó *Priest*, y luego continuó recitando los últimos sacramentos. Otra vez—. Que el Espíritu Santo te libre de esta vida miserable y los pecados te traguen entero con la gracia del Espíritu Santo.

A *Priest* realmente le *gustaba* este.

Saqué mi cuchillo y se lo clavé en el muslo. Mientras *Priest* continuaba clavándole el cristal en las costillas, yo me dedicaba a desgarrarle el muslo.

—Empecemos de nuevo. —Dante se apoyó en la pared, observando la escena desarrollarse —. Verás, mi primo y mi hermano disfrutan bastante torturar. Pueden durar días, jugando con sus presas. Así que tal vez quieras acelerar el proceso y decirnos lo que sabes.

Entonces para probar su punto, golpeé la *Glock* en su cráneo. Y otra vez. El crujido de los huesos rotos se mezcló con sus gritos de dolor.

—¿A quién buscan los rusos? —demandé. No había un error, estaban buscando a alguien. Los imbéciles estaban por todo New York, atacando diferentes organizaciones. A Brennan. A mí. Los rusos en New Orleans. Colombianos. Incluso la *Yakuza*—. ¿Quién es tu maldito *Pakhan*? Último aviso.

Entonces, para demostrarle que hablaba en serio, le clavé el cuchillo en el muslo.

—¡Winter Volkov! —gritó un nombre y me quedé helado. También *Priest*. El *shock* me inundó y me quedé inmóvil.

—¿Quién? —inquirí, con voz fría y distante.

—Winter Volkov. —Jadeó, su acento pesado—. La hija del *Pakhan*. Está muerta, pero están buscando a los descendientes de Winter Volkov.

—¿Quiénes son ellos? —cuestioné con dureza.

—Akim Kazimir —gimoteó—. Tiene una pista y trabaja directamente con el *Pakhan*. Eso es todo lo que sé, lo juro.

Lloró como un bebé, repitiendo que era lo único que sabía. Una y otra vez.

—Te creo —notifiqué finalmente y levanté la pistola.

—Amén, hijo de puta —concluyó *Priest* su último sacramento, justo cuando apreté el gatillo.

Al girarme hacia mi primo, me encontré con que ya estaba buscando información en Internet.

—Sabes que estoy manchando de sangre mis malditos aparatos electrónicos —refunfuñó mientras sus dedos volaban sobre la pantalla.

—Te compraré otro —le prometí.

—Te quejas de la sangre en tus aparatos electrónicos, mientras estás empapado en ella. —Dante sacudió la cabeza—. Ambos son unos malditos idiotas. No entrarán así en mi coche. Tengo asientos de cuero blanco.

Le mostramos el dedo medio sin levantar la mirada de la pantalla del lujoso aparato de *Priest*.

Mientras tanto, mi corazón retumbaba y la oscuridad de mi visión se disipaba lentamente. Esto tenía que ser una señal. El nombre no podía ser una coincidencia. No era precisamente un nombre común y todo el mundo conocía a la familia rusa Volkov. Prácticamente eran la realeza de la mafia rusa.

—Jódeme. —La voz de *Priest* interrumpió mis pensamientos y mis ojos se clavaron en los suyos. Giró la pantalla y una imagen llenó mi visión.

Me quedé paralizado, mirando fijamente la imagen de la mujer que había estado buscando. Era casi idéntica: los mismos ojos, los mismos rizos, la misma cara. Lo único diferente eran las pecas en la cara de mi Wynter.

—Winter Volkov —soltó *Priest* con voz ronca—. Winter con i, en lugar de y.

Jódeme.

Mi Wynter era una princesa de la mafia rusa.

Capítulo Treinta Y Cuatro

BASILIO



—Esto no puede ser una coincidencia —protestó Dante, repitiendo exactamente mis pensamientos. Los tres nos quedamos en mi casa de los Hamptons. Era más fácil que volver a la ciudad. Después de asearnos, nos sentamos en el patio trasero frente al océano, repasando sobre los hallazgos de hoy.

—De acuerdo.

Érase una vez, mi padre quería al *Pakhan* Volkov en la mesa del Sindicato. No sucedió. En su lugar, consiguió una alianza rusa diferente en la mesa. Una más débil.

Pero conociendo a mi padre, guardaba rencor. No me cabía la menor duda de que, o bien trabajaba con los rusos para poner sus sucias garras sobre mi mujer, o inventó una historia diferente. En la que él terminaría en la cima.

—¿Cuál es su ángulo? —cuestionó *Priest*.

—Quizá reconoció a Wynter —dije con voz ronca, con el hielo fluyendo por mis venas—. Si conoció al *Pakhan* y a su familia hace décadas, es imposible que no viera el parecido. —Mis ojos volvieron a parpadear hacia la pantalla. Nunca había visto a dos seres humanos tan parecidos—. Eso explicaría su odio hacia los Brennan.

—Nada de esta mierda tiene sentido —indicó Dante—. Así que el viejo desgraciado de Brennan secuestró a Winter Volkov para mantener al *Pakhan* fuera del Sindicato. Cuando la mujer murió, ¿qué habría evitado que el *Pakhan* se uniera?

—La nieta. Aisling Brennan —pronuncié. Wynter había sido parte del bajo mundo todo el tiempo. Sin embargo, parecía haber tantas desconexiones. Mi sexto sentido me decía que ella no creció en el bajo mundo. No podía ser. Nada en su comportamiento lo indicaba.

—Pero todos los registros apuntan a que Aisling Brennan y su hija nonata murieron —razonó Dante.

—Sabemos que la información puede manipularse —siseó *Priest*, mirando fijamente las imágenes—. Es imposible que este tipo de parecido sea una coincidencia.

Princesa rusa.

—No la tienen —concluí—. El imbécil dijo que están buscando a los descendientes. Eso significa que no la encontraron.

—Quizás sea hora de que unamos fuerzas con otras organizaciones —sugirió Dante—. Está claro que el Sindicato está haciendo movimientos sin que nadie se entere.

—O tal vez es solo mi padre está haciendo esos movimientos.

Ciertamente no lo pondría más allá de él. Se creía invencible. Se suponía que el Sindicato debía repartir el poder entre los diferentes miembros, pero mi padre parecía olvidarlo convenientemente. O simplemente lo ignoraba. Usaba la organización para conseguir lo que

quería, a cualquier precio necesario.

—¿Podría esto ser suficiente para removerlo del Sindicato? —consideró *Priest*—. Si hizo un movimiento sin su conocimiento, esto fue un claro intento de hacerse con más poder.

Negué con la cabeza.

—Si el *Pakhan* fuera miembro del Sindicato, iría contra las normas. Pero es libre para cualquiera fuera del Sindicato. Es la laguna legal que le permitió a Padre continuar sus ataques contra los Brennan.

Los tres estábamos sentados en silencio mientras las olas rompían contra la orilla. También había querido traer a Wynter aquí. Tenía tantos malditos planes para nosotros y ahora...

Tenía que estar viva. Si los rusos la tenían, estaba viva. El *Pakhan* nunca le haría daño a su bisnieta. Casarla, sí. Beneficiarse de ella, sí. Mas el idiota nunca la mataría.

Mi padre, en cambio, la rompería. La amargura era como un maldito ácido, carcomiéndome por dentro. Era una puta broma que esperaba que la tuvieran los rusos y no el desgraciado de mi padre.

¡Joder!

Si le tocaba una hebra de la cabeza a Wynter, lo mataría. Al diablo las reglas, acabaría con él.

—Tal vez podamos hablar con Brennan —propuso Dante—. Es su familia, después de todo.

—¿Entonces por qué no está destrozando la ciudad, buscándola? —siseé—. No podemos confiar en nadie fuera de nosotros tres y Emory. —No me arriesgaría. Si mi padre hizo un trato con los rusos, Brennan se volvería loco. Nos atacaría, y nos distraería de buscar a Wynter—. Seguimos buscando a Wynter, nos centramos en ella y en la eliminación de Gio de la Mafia.

Priest y Dante asintieron.

—Si queremos sacar a Gio del Sindicato, es el mejor plan —musitó Dante—. Me pone tan enfermo que tengamos que jugar a este juego del gato y el ratón con él. Ojalá, Liam le hubiera disparado a Gio hace décadas y hubiera terminado con todo.

Estuve de acuerdo con el sentimiento. Podía ser mi padre, pero solo de nombre. En toda mi vida, no había mostrado una sola emoción paternal. Ni a mí ni a Emory. Destruyó su vida incluso antes de que empezara.

Los gritos resonaron por toda la casa, sacándome de mi pesadilla.

Siempre era la misma.

La primera muerte que presencié. La forma en que gorgoteaba y se ahogaba con su propia sangre mientras mi padre permanecía junto a ella con una dura sonrisa en su rostro.

Habían pasado siete años desde aquel día. Ya no era un niño de cinco años. Mi madre era un recuerdo borroso en el suelo de una sucia habitación de motel. Emory ni siquiera sabía qué aspecto tenía, porque papá había eliminado toda prueba de la existencia de nuestra madre.

Pero cuando él no estaba, le susurraba sobre mamá. Lo poco que recordaba. Y cuando me preguntaba lo hermosa que era nuestra madre, le decía que se mirara en el espejo. Porque Emory era tan bella como mamá.

La puerta se abrió de golpe y Emory, de siete años, corrió hacia mi cama con los ojos muy abiertos con miedo y el cabello revuelto. Caminó descalza por la habitación, guiada por la luz de la luna.

—¿Qué ocurre? —pregunté en voz baja—. ¿Una pesadilla?

Ella también las tenía. Cortesía de nuestro maldito padre. Aunque las suyas eran ligeramente diferentes a las mías.

—Hay gritos —murmuró—. Abajo.

Saqué mi pistola de la mesita de noche y salí disparado de la cama.

—Escóndete debajo de la cama —ordené—. Y no hagas ruido. Pase lo que pase.

Padre la habría arrastrado en medio de lo que sea que estuviera pasando. Pero me negué. Los miedos de Emory ya eran bastante malos y solo tenía siete años.

Una vez convencido de que estaba escondida, bajé las escaleras. El pulso me retumbaba en los oídos mientras me acercaba a la cocina, de donde procedían los ruidos. Fue entonces cuando lo vi.

Una mujer atada a la silla. Estaba desnuda, con las piernas abiertas con una herramienta que no reconocí. Tenía sangre por toda la cara interna de los muslos, que resaltaba sobre su piel pálida incluso en la penumbra.

Mi padre se agachó detrás de la mesa que estaba volcada. Otros dos hombres en el lado opuesto de la cocina. Uno escondido detrás de la gran nevera Subzero y el otro detrás de la isla donde desayunábamos. Estaba de espaldas a mí y habría sido el más fácil de acabar.

Los ojos de mi padre se movieron hacia mí. Tenía sangre en la camisa y en la cara. Instintivamente, mis ojos se desviaron hacia la mujer que seguía atada, con su silla en medio del fuego cruzado. ¿La intentaba salvar?

Yo tenía que salvarla, pero la necesidad de matar a mi padre era aún más fuerte. Lo odiaba. Nos hizo daño a Emory y a mí, removiendo nuestra humanidad día a día. Sin embargo, no podía dejar que mi odio pesara más que lo correcto. No podía sacrificar a la mujer que gemía, ensangrentada y desnuda, en medio de nuestra cocina.

Así que levanté la mano y le disparé a uno de los hombres. Luego apunté al siguiente, justo cuando me vio. Apreté el gatillo y él intentó esquivar la bala. Pero lo alcanzó, alojándose en su clavícula.

Cayó de rodillas, agarrándose el hombro y el cuello, mientras mi padre saltaba de su escondite y corría hacia él. Hice lo mismo, apartando el arma de una patada, y luego corrí hacia la mujer atada.

Gimió cuando me acerqué a ella.

—Está bien —susurré mientras acercaba la mano a los nudos de sus muñecas.

Padre le disparó al atacante superviviente en ambas rodillas. El grito atravesó el aire, tanto el del hombre como el de la mujer, y me hizo gritar de sorpresa. ¿Por qué lloraba y miraba así a los atacantes? Como si...

Tragué con fuerza. Como si se preocupara por él.

Bilis y ácido atascados en mi garganta. Error de cálculo. Maté a los hombres que intentaban proteger a la mujer. Mi corazón tronó contra mi pecho y la culpa no tardó en alojarse en lo más profundo de mi corazón y de mi alma.

Mis piernas cedieron, mi pecado fue demasiado duro de soportar y caí de rodillas. Quería hundirme en el suelo de azulejos y dejar que la tierra me tragara. Era un monstruo, igual que mi padre.

Mis ojos conectaron con los suaves ojos marrones, llenos de angustia y dolor. Yo lo causé. Era directamente responsable de ello. Iría al infierno por ello.

No tenía ni idea de quién era. Debería saber de quién era la perdición que causé ¿no? Sin embargo, no me atreví a preguntarle. Cada suave gemido suyo me culpaba. Gritaba mi traición a su inocencia.

Le había dado a mi padre acceso abierto a ella.

Mi padre se dirigió hacia mí y tiró bruscamente de mí para ponerme en pie.

—¡Contrólate! —reviró, y me empujó a una silla vacía—. Lo hiciste bien, muchacho.

Tuve que luchar contra las ganas de escupirle a la cara. Odiaba tanto sus entrañas que una niebla roja empañó mi visión. Este odio me ahogaba, amenazando con tragarme entero y dejarme en la oscuridad total. Sin embargo, sabía que tenía que luchar contra ello. Por Emory.

Si sucumbía a la oscuridad, a mi hermana pequeña no le quedaría nadie. Me necesitaba.

Padre se acercó al único atacante vivo. No intentó alejarse, sino que se arrastró hacia la mujer. La mujer a la que amaba, me di cuenta por la mirada en sus ojos. Lo había visto en la televisión cuando mi niñera veía sus telenovelas.

Padre levantó al hombre con una mano y lo ató a la silla más cercana a la mujer. Pero lo suficientemente lejos como para que no pudiera alcanzarla.

Luego, con un brillo cruel en los ojos, la mirada de Padre se centró en la mujer.

Se desabrochó los pantalones y sacó el cinturón de las trabillas de un tirón.

—Ahora, terminemos lo que empezamos. —Ronroneó mientras la bilis subía por mi garganta —. Ahora, hijo, quiero que veas cómo se folla a una mujer. Son buenas solo para el placer. Nada más ni nada menos.

Los gritos llenaron la habitación, agudos y desgarradores.

Primero, le folló la boca con tanta violencia que le dio una arcada. Pero todo el tiempo, mantuvo una pistola apuntando al atacante.

—Si siento un solo rasguño de tus dientes, le dispararé otra vez —gruñó padre mientras se introducía más profundamente en su garganta. No terminó ahí. Las lágrimas corrían por su cara, con cada minuto que pasaba veía algo morir lentamente en sus ojos.

Cuando terminó, padre le echó el semen por toda la cara.

—Así es como tratamos a las putas. Y todas son unas putas.

Dejando colgar su polla, como un pepino asqueroso y arrugado, se acercó al hombre atado.

—¿Qué se siente, figlio di puttana, el saber que nunca te follarás su coño virgen? ¿Su culo virgen?

Padre agarró su cuchillo y lo acercó a la herida de bala del hombre, luego clavó la punta en ella. Sonaron gritos, me zumbó la sangre y el olor metálico me llenó la nariz.

Error de cálculo, susurró mi mente. Perdí mi oportunidad y elegí salvar a mi padre, a expensas de un inocente.

Mi padre me miró.

—¿Aprendiste algo hoy, hijo? —indagó mi padre.

Asentí con la cabeza, pero permanecí entumecido. Mi respuesta no le agradaría, incluso podría ganarme una bala.

Desató a la mujer, luego la jaló del cabello. Después la inclinó sobre la mesa de la cocina, para que quedara de cara a mí. Entonces, de un empujón, se enterró profundamente en su culo. Mientras la follaba en carne viva, su cuerpo desnudo se deslizaba sobre la mesa, ella no me quitaba los ojos de encima.

Acusadores. Rotos. Con odio hacia mí.

—No quites tu mirada de él, puta —ordenó papá. Mis manos temblaban, un rugido se formó en mi garganta, arañando para salir—. Está aprendiendo.

Ese día aprendí que nunca podría coexistir con mi padre.

Esa noche, arrojó a la mujer a los traficantes. Fue un castigo por la traición de su padre. Muchos años después, la busqué. Quería salvarla, expiar mis pecados y explicarme.

Un *No lo sabía* parecía inadecuado. Sin embargo, no tenía nada más.

Pero antes de llegar a ella, Nico Morrelli la salvó. Trabajaba para él, incluso dirigía un refugio para mujeres maltratadas. Sus ojos aún eran oscuros, pero su cabello era blanco como la nieve. Como su inocencia antes de que mi padre la destruyera.

Sacando mis pensamientos de aquel oscuro día, me centré en el presente y en las cosas que *podía* arreglar.

—Violar las normas es una forma segura de que nos echen del Sindicato —comenté finalmente, dejando el pasado donde pertenecía. En el maldito pasado—. Y eso dejará a Emory vulnerable. A Wynter también. La única forma de protegerlas es ocupar los puestos de nuestros padres en la Mafia.

Una cálida brisa de verano recorrió el gran patio trasero, y los recuerdos de mi época con Wynter en la playa se convirtieron en un recuerdo renuente. Casi podía oler su bronceador, oír su risa, imaginar sus ojos resplandeciendo con ese brillo travieso en su mirada.

La encontraría, aunque fuera lo último que hiciera antes de dar mi último aliento.

Era la única esperanza que tenía en ese momento.

Capítulo Treinta Y Cinco

WYNTER



Una semana para Navidad.

Seis meses desde la última vez que lo vi.

Tío Liam, Davina, Juliette, Ivy y yo estábamos en Portugal. Necesitaba algo de tiempo a solas, así que les dije a todos que me reuniría con ellos en su casa. Tío insistió en que nos quedáramos en el hotel. Probablemente porque quería privacidad con Davina.

Estaba feliz por ellos. De verdad. Excepto que era un recordatorio tan doloroso del poco tiempo que tuve algo similar. Sin importar si era real o falso. Dios, se sentía real. Mi corazón creía que fue real.

En lugar de dejar que mi mente vagara por el pasado, volví a cambiar de canal. La cobertura del patinaje artístico era tan intensa aquí como en Estados Unidos. Y, de alguna manera, no paraba de dar con el número de Derek y el mío.

Mi fracaso, lo llamó mi madre. Su crítica fue acertada, y me culpaba aún más de lo que podría haberlo hecho mi entrenadora.

Tercer lugar. Lo llamaron una desgracia para la princesa de hielo. Odiaba ese maldito título.

Vi cómo tanto Derek como yo salíamos disparados en un *quad Lutz*. El público se lo atribuyó a él, pero todo fue culpa mía. Me distraje, perdida en mi mente y en esa maldita canción. Aterricé demasiado cerca de mi compañero. La caída dolió demasiado, pero seguí adelante. A pesar de la canción que me tenía sangrando el corazón y todo el costado derecho que me dolía bastante. No coincidía con el dolor en mi pecho.

La primera canción que bailé con Bas bajo la noche llena de estrellas y los faros de su coche iluminándonos. Esa canción no debería volver a sonar. *I Found* de Amber Run estaría para siempre en mi lista prohibida. Porque no podía escuchar la letra sin sentir las manos de Bas sobre mí, su boca sobre mi piel y su olor por todas partes.

Tercer lugar. No era suficiente. Tenía todo el lado derecho de la cadera magullado y me dolía. Mi ego podía doler aún más y mi corazón ya estaba tan acostumbrado al maldito dolor que apenas lo notaba.

Los Juegos Olímpicos de Invierno comenzarían en dos meses. El mundo especulaba sobre quién competiría. Yo me quería salir. Mi madre se negaba a escucharme hablar de ello. Me esforcé tanto en los últimos seis meses. Si estaba en patinaje individual, podría superarlo. Pero no con Derek y la forma en que tenía que luchar contra el estremecimiento cada vez que sus manos se posaban sobre mí.

—Todavía tenemos una oportunidad para el oro —discutió mamá cuando intenté decirle que no podía hacerlo.

Excepto que ya no sentía la música, ni la pasión.

—*¿Es el fin de Star Flemming?* —gritó el locutor en la televisión—. *Brillaba con luz propia, pero toda estrella eventualmente se apaga.*

Lancé el control contra el televisor. Lo peor era que no se equivocaba. Estaba agotada. No tenía nada más que dar. Todo lo que sentía era dolor. Ni siquiera sabía cómo aceptarlo.

Bas, su padre, mi madre, su carrera arruinada, mi padre. Ya no sabía nada.

Sasha me dio hechos, aunque había mucho más en la historia que solo mi madre sabía. Sin embargo, no me atrevía a preguntarle y causarle dolor.

Y este maligno dolor en mi pecho era insoportable. Quería que se aliviara para que cada respiración no me doliera tanto. Quería olvidar, para ser la antigua yo. La vieja yo que solo se preocupaba por patinar.

Alguien llamó a la puerta de mi hotel. Lo ignoré. Otro golpe.

—¡No necesito servicio a la habitación! —vociferé.

—Abre la maldita puerta. —Se oyó la voz de Juliette y me cubrí la cara con las manos. No podía lidiar con nadie—. Te escucho repetir esa estúpida mierda. Déjame entrar antes de que tire esta puerta abajo y el hotel llame a papá.

No podía quedarme sola ni un momento, por el amor de Dios. ¿Era mucho pedir un poco de tiempo a solas?

Cuando sus golpes se hicieron más violentos, suspiré y me detuve para la máscara que me había acostumbrado a llevar. La máscara de "todo está bien". Me levanté de la cama y caminé hacia la puerta, luego la abrí.

—Creí que ya te habías ido —murmuré.

—No, no tienes tanta suerte.

Puse los ojos en blanco. Evidentemente. Volví a sentarme en la cama y Juliette se tiró encima.

—Deja de pensar en toda la mierda que pasó en el campeonato —comentó, exasperada—. Dejas que las cosas se infesten dentro de ti demasiado. Los nacionales ya pasaron. Patearás traseros en los Juegos Olímpicos.

Me quedé mirando la pantalla, sin ganas de hacer comentarios.

—*Sus días como patinadora en solitario fueron increíbles. Su talento es incomparable.* —Otro locutor reflexionó—*: Pero quizá su ambición llegó demasiado lejos. Debería haberse quedado en patinaje individual.*

Mis labios se afinaron y finalmente pulsé el botón de silencio. El locutor no estaba del todo equivocado. Patinaba mejor sola. Ahora más que nunca, porque más que nunca, odiaba tener que confiar en que alguien me atraparía mientras me balanceaba por el aire. Confié en Bas y mira cómo acabó.

«Con un corazón roto, así es como». No necesitaba un cráneo agrietado también.

Cuando me quedé callada, Juliette se incorporó y me rodeó con los brazos.

—Escuché lo que dijo tu madre —susurró—. No fue solo tu fracaso. No *eres* un fracaso. Eres increíble sin importar el lugar que ocupes.

«Entonces, ¿por qué mi propia madre no puede decir eso?», pensé en silencio.

—Todavía tienes una oportunidad de conseguir el oro olímpico —consoló Juliette—. Si quieres. Tienes derecho a decir que no.

Se me hizo un nudo en la garganta tan fuerte que no pude pronunciar ni una sola palabra. Así que me limité a asentir. Como decía aquel refrán... No hay mal que por bien no venga. Intenté fuertemente encontrar el lado bueno, pero se me escapaba.

Nos mirábamos fijamente en un espeso silencio y volví a centrar mi atención al televisor

silenciado, donde se repetía mi fracaso.

—Aún recuerdo aquel día cuando pisaste el hielo —glosó Juliette suavemente, rompiendo la tensión que era tan sofocante que apenas podía respirar—. Encontré un lugar seguro para sentarme, pero tú seguías patinando y cayéndote. Estabas decidida a mantenerte de pie. —Giré la cabeza para encontrarme con los ojos azules de Juliette, preguntándome a dónde quería llegar—. Sí, tenías esa mirada loca que decía que el hielo era tu vida. —Puso los ojos en blanco—. Déjame decirte que era la mirada más irritante. Sin embargo, no era tu amor por el hielo lo que siempre me fascinó. Era tu maldita determinación.

Parpadeé ante su inesperado comentario.

—¿Determinación?

—Demonios, sí, Wynter. —Empujó su hombro contra mí—. Eres la mujer más decidida y molesta de la historia. Lo sabía cuándo tenía cinco años y lo sé hoy.

—Vaya, *gracias* —murmuré—. Me siento amada.

Me abrazó como para compensar sus palabras. La verdad era que no me importaban. Nunca me molestó la honestidad de Juliette. Sus maneras locas y desquiciadas... un poco. Pero nunca su honestidad o franqueza. La amaba tal como era.

—Te amo, Wyn. —Sus manos se apretaron a mí alrededor—. Pero me está matando verte así. Te cierras, te niegas a hablar de lo que pasó. —Cuando no dije nada, continuó—: No creas que se me escaparon los moretones amarillos y descoloridos cuando por fin volviste a casa. —A pesar de lo imprudente y salvaje que era Juliette, se daba cuenta de demasiadas cosas—. Si no quieres compartirlo, no te obligaré. Solo tienes que saber que, pase lo que pase, estoy aquí. Siempre estaré aquí.

Las lágrimas me quemaban y la garganta me arañaba.

—Estoy bien —aseguré, sin poder decir nada más.

—Dices que estás bien, pero por dentro es como si aún sangraras.

Quería soltarlo todo, contarle lo que pasó. Mas no confiaba en su carácter. Se pondría agresiva y utilizaría todos los recursos disponibles para acabar con todos los DiLustro del planeta. A mis mejores amigas les conté lo justo. Prefería dejarlo en un corazón roto que en un intento de violación.

No importaba lo que pasara, sabía que Juliette iría tras él. El problema era que no sería capaz de vivir sabiendo que cierto hombre con cabellera de carbón y los ojos más oscuros, ya no caminaba por esta tierra.

Independientemente de si jugó conmigo o no.

Capítulo Treinta Y Seis

WYNTER



Convencí a Juliette para que fuera antes que yo. Le prometí que estaría justo detrás de ella. Y así fue, salvo que al acercarme a la villa Nikolaev, en la capital de Portugal, tomé un desvío. Solo unos minutos más a solas.

—Recalculando —se quejó Siri. Tomar el camino más largo tenía un significado totalmente nuevo para mí. Seguía buscando excusas para retrasar el momento de volver a verlos a todos. Había evitado a mi tío y a toda la familia Nikolaev, a excepción de Sasha. Él aparecía cada vez que quería para ver cómo me encontraba. Si viviera en la Costa Este, estaba segura de que lo vería aún más.

Era la única ventaja de estar en California, en casa de mi madre. Era un mundo totalmente diferente.

Sasha incluso me acompañó a Irlanda tres meses atrás, cuando fui a visitar al abuelo. El hombre se encargó personalmente de estar al pendiente de mí.

Recorrí las viejas calles de Lisboa. Era una ciudad preciosa. Atemporal y con un ambiente acogedor. El tiempo era agradable, aunque todavía fresco. Había tanta historia por todas partes, y se respiraba el aliento de los viejos tiempos coloniales.

No era como que me gustara la historia. Especialmente cuando la mía parecía tan jodida.

Contemplé el horizonte de esta vieja ciudad. La espectacular vista desde St. George´s Castle se extendía por kilómetros. Aurora, la hermana de Davina, vivía en una villa junto al mar. Tío Liam y Davina la visitaron algunas veces. Había estado demasiado ocupada entrenando y evitando a todo el mundo.

Incluso Juliette dejó de pasar tiempo en California, ocupada con nuestros nuevos planes de la escuela.

Me senté en los escalones antiguos y me quedé mirando el horizonte, con los dedos recorriendo el brazalete en mi muñeca y el pulgar encontrando de vez en cuando el colgante oculto del Capo y rozándolo. Incluso después de tanto tiempo, seguía sin atreverme a quitármelo.

—¿Te estás escondiendo aquí? —Una voz grave y familiar llegó detrás de mí y me di la vuelta para encontrar a Sasha Nikolaev allí de pie, apoyado contra la pared del castillo. Llevaba su característico traje de tres piezas que odiaba desde que conocí a Basilio. Aunque, a decir verdad, no me recordaba a Basilio en absoluto. Sasha tenía más físico de luchador MMA. Bas era más... bueno, hermoso.

—No me escondo.

De alguna manera, no me sorprendió encontrar a Sasha aquí. El hombre tenía algunas aterradoras habilidades de acecho, que eran seriamente perturbadoras. Muy parecido a su hermano Alexei por lo poco que escuché.

Los ojos de Sasha me recorrieron, como siempre. Era como un hermano molesto y controlador, asegurándose de que no estuviera herida.

—Entonces, ¿por qué estás aquí, mirando al espacio con esa expresión vacía? —desafió.

Sacudí la cabeza, cansada.

—¿Qué quieres, Sasha?

Se extendió un silencio tenso, roto por el sonido del viento y el bullicio lejano de la ciudad que teníamos debajo. Solo quería sentarme y quedarme con esos ruidos como compañía. La sola idea de una reunión social y sonrisas falsas era agonizante.

—Solo dilo, Wyn —declaró—. Y está muerto.

Solté un suspiro exasperado.

—¿No tienes suficiente gente en tu lista para matar?

Me dedicó su sonrisa de tiburón.

—Algunas son negocios. Otras son por placer. Esta caería en la segunda categoría.

Entrecerrando los ojos, lo miré con cautela.

—Estás loco. Lo sabes, ¿verdad?

Se encogió de hombros.

—Sí, pero te agrado.

Puse los ojos en blanco. Vestía mis cálidos *leggings* negros Lou & Grey y un gran suéter gris. La temperatura aquí era lo bastante agradable como para no necesitar chaqueta.

—Sí, pero más a distancia —murmuré—. Algo así como los leones. Son criaturas magníficas, mas no quieres estar a su lado.

Se sentó a mi costado, sin importarle su costoso traje.

—No me digas que ahora me tienes miedo.

Lo miré de reojo.

—No, no me asustas. Pero hay algo trastornado en ti. Y tengo mucho de eso con Jules. —Me dedicó otra de sus características sonrisas de tiburón—. Sinceramente, no sé por qué Juliette y tú no se llevan bien. Ambos están locos.

—¿Le gusta el BDSM? —preguntó con curiosidad y casi me voy de espalda. Menos mal que estaba sentada.

—Estás bromeando, ¿verdad? —Tragué saliva. No le diría que Juliette era virgen. Era del tipo de chica que solo hablaba y no actuaba cuando se trataba de interacción sexual.

—Sí, solo quería una reacción tuya. —Me empujó el hombro juguetonamente—. Ella es demasiado joven para mí. Ustedes son básicamente niñas.

Me burlé.

—Jódete. Tengo veintiuno.

—*Ah*, ahí está tu espíritu —musitó—. Me preguntaba si las Nacionales te habían destrozado.

Y sin más, la autocompasión hizo acto de presencia. Me ardían los ojos y parpadeé para asegurarme de que ninguna lágrima se atreviera a aparecer.

—Sasha, eres agobiante. —Mi voz salió temblorosa y retorcí los dedos juntos.

—¿Quieres hablar de las Nacionales?

Observé al horizonte, intentando encontrar la calma. O mi voz. O algo. Cualquier cosa. Estaba harta de este dolor que me oprimía el pecho. Seguía pensando que se me pasaría, me decía a mí misma que al día siguiente mejoraría. Seis meses después, me dolía tanto como el primer día. Si no peor.

—Me derrumbé —susurré, incapaz de mirarlo a los ojos—. Derek cambió la música. Era... —Me tragué el nudo en la garganta—. La canción significaba algo. Me trajo recuerdos y me

desmoroné. Por un momento, olvidé que tenía un compañero de patinaje.

Lo observé de reojo. Me miró a los ojos y asintió, como si lo entendiera. De algún modo, pensé que sí.

—Tu tío está preocupado por ti —pronunció.

—Se preocupa demasiado —repliqué.

—Contrató a Morrelli para averiguar toda la información sobre el amigo con el que estabas cuando secuestraron a Davina.

Cerré los ojos un momento, recordando aquel día. Irónico. Ese día decidí que me quedaría con él. Ese mismo día lo dejé.

—¿Morrelli se lo dirá? —Carraspeé.

—Borré la vigilancia de la pista de patinaje. El resto de los videos de la ciudad ya estaban eliminados.

Puse mi mano sobre la grande y tatuada de Sasha.

—Gracias —susurré. Sabía que él no lo aprobaba. Sabía que no era así como esos hombres se cubrían las espaldas. Aun así, Sasha lo hizo por mí.

—Wyn, creo que ambos sabemos que no estás bien. —Tomó mi mano entre sus dos grandes palmas. La mía parecía demasiado pequeña en la suya, pero no era solo eso lo que me fascinaba. Era que su tacto se sentía seguro—. Todavía no te he visto sonreír.

—Sonrío todo el tiempo —protesté débilmente.

—Las sonrisas falsas son tu especialidad —concordó—. He visto tus viejas grabaciones de patinaje y las nuevas. Ya no sonríes.

—Quizá no haya nada por lo que sonreír.

—Tal vez —respondió pensativo—. O tal vez es hora de que le digas a tu madre qué es lo *que* quieres. O que me digas que está bien matar a ese desgraciado. Dinos a todos lo que te hará feliz, te ayudará a sanar y a seguir adelante.

Tenía la nariz y la garganta obstruidas por las lágrimas que amenazaban con derramarse. Luché contra ellas desesperadamente, intentando mantener la compostura. Pero fue en vano. Me derrumbé y enterré la cara en la chaqueta de Sasha. Después de seis meses intentando ser fuerte, perdí la batalla y me desplomé en público. Lloré feo, los sollozos sacudían mi cuerpo.

—No sé cómo. —Jadeé, con las palabras llenas de desesperación. Sabía lo que quería. *A Bas*. Siempre Bas—. Me siento tan rota. En un momento lo tenía todo y al siguiente...

No pude terminar las palabras y hundí más la cara en el pecho de Sasha. Me dolía mucho.

—Creía que mamá amaba a mi padre. No fue así —lloré, sin que ninguna de mis palabras tuviera sentido—. Gio dijo que ella era de su hermano, pero él la quería. Ya no sé nada.

Sasha me agarró la cabeza y sus pálidos ojos azules se clavaron en los míos.

—Olvídate de tu madre, Wyn. Tiene que ocuparse de sus propios fantasmas, no poner esa carga sobre ti. Olvídate de todos. Haz lo que quieras. Sé feliz por ti.

Tragué saliva. Bas me hacía feliz. Con él, me sentía contenta de ser la típica yo. No la patinadora. No la sobrina de tío Brennan. No cualquiera, solo yo.

Resoplé.

—Dijiste que Gio le disparó a mi madre. Arruinó su carrera. Y luego está toda la mierda de la mafia rusa. Pero Bas, nunca me dijo nada de eso. Yo… —Mis palabras vacilaron por un momento y luego se precipitaron—. No sé si me utilizó. O cuál era la situación de mi madre con el hermano de Gio. Quiero preguntarle, pero ¿cómo sacar a relucir algo así? Siempre que le pregunto por el pasado, el dolor cruza su expresión y me desgarra provocarlo.

Me sostuvo la vista.

—¿Estás segura de que quieres saberlo?

Asentí. No saber fue lo que me trajo aquí. Me hizo ciega y vulnerable ante los DiLustro. Aunque algo en el fondo me decía que ningún conocimiento de los DiLustro y de la historia de mi familia me habría mantenido alejada. Igual me habría enamorado de Bas.

—Tu madre tuvo una aventura con el hermano de Gio. Él estaba casado y dejar a su esposa no era una opción. Por un tiempo, casi un año, ella vivió en Chicago. Una chica de diecisiete años viviendo con un hombre casado en un apartamento. Eran felices por lo que escuché. Liam no lo estaba. Tu madre finalmente dejó a DiLustro y se casó. Tenía sueños de patinaje artístico, y también el hombre con el que se casó. Desafortunadamente, Gio también tenía a tu madre en la mira. Fue tras ella, no estaba dispuesto a aceptar el rechazo. No sé todo lo que pasó allí, mas sé que estaba embarazada de ti cuando la hirieron. Tu padre murió, y *oficialmente*, tu madre y su recién nacido murieron también. Tu tío les buscó nuevas identidades a ambas.

—Gio DiLustro le disparó —susurré, con el pavor llenándome las venas—. Me lo dijo él mismo. Se deleitó de ello.

El silencio acompañó mi admisión.

—Te digo esto, Wyn. Si te ponen un dedo encima, están muertos.

La convicción en su voz era firme y fría. Este tipo de declaraciones de Sasha me hacían darme cuenta de que era un hombre temido en el bajo mundo. A pesar de su actitud despreocupada, sería él quien mataría a una persona con una sonrisa feliz en su cara. Era aterrador.

—Sabes, no tiene ningún maldito sentido que tío y mamá me dejaran patinar y competir si se suponía que estábamos escondidas.

Se encogió de hombros.

—Sí lo tiene. Tu madre perdió la oportunidad de patinar. Así que probablemente quería vivirlo a través de ti. Tu tío hace que la empresa de Nico Morrelli borre información sobre tu familia a diario. Tal vez pensó que eso era suficiente. Con todo el mundo pensando que habían muerto y creándoles nuevas identidades, tal vez pensó que estarían a salvo.

—Tantos secretos —opiné. Por alguna razón, me guardé una revelación que Gio me contó—. ¿Y este *Pakhan*? —pregunté—. ¿Por qué es tan importante el *Pakhan*?

—Es poder —informó Sasha—. *Pakhan* gobierna una gran parte del bajo mundo ruso y tu conexión con él inclinaría el poder a favor de DiLustro. Era la razón por la que Gio quería a tu madre.

—Todo esto es tan jodido —solté por lo bajo, cerrando los ojos y apoyé la mejilla contra su ancho pecho mientras él me abrazaba con fuerza.

Encontré consuelo en el lugar menos probable.



La sala de la casa de Alexei y Aurora era enorme.

Todos los invitados ya estaban aquí cuando Sasha y yo llegamos. Los Nikolaev. Los Ashford. Los King. Tío y mis tres mejores amigas.

En cuanto entramos en la sala, la atención de todos se centró en nosotros y el ambiente se volvió más callado. Parecía ser la norma.

—Hola a los dos —saludó Vasili. Él y Alexei parecían ser los únicos a los que no les molestaba la amistad de Sasha y mía.

Cassio frunció el ceño y su esposa le dio unas palmaditas en la mano, calmándolo, mientras

sostenía a su hija con el otro brazo y su hijo colgaba de su pierna. Tenían gemelos, Océane y Damon.

Los ojos de tío se oscurecieron y gruñó. Realmente gruñó. Le dije a tío Liam que Sasha solo me mantenía a salvo, no obstante, él tenía en la cabeza un escenario diferente. Davina le dio un suave empujón con el hombro y luego susurró:

—Basta.

—Hola, Brennan —dijo Sasha con una amplia sonrisa—. Wyn y yo dimos un agradable y romántico paseo por Lisboa. Realmente es una de las ciudades más románticas del mundo.

A Sasha le gustaba provocarlo.

Puse los ojos en blanco. Aurora también. Al igual que Vasili y su esposa, Isabella. Alexei era demasiado rudo para poner los ojos en blanco. Los hermanos Ashford parecían divertidos.

—Basta —le advertí a Sasha en voz baja.

Byron y Winston se parecían, ambos apoyados despreocupadamente contra la repisa de la chimenea, sorbiendo su bebida y observando a todos con aquellos ojos avellana, mientras Royce y Kingston permanecían a un lado, cada uno con una cerveza. Aquella familia tenía unos genes increíbles.

—Buen patinaje —elogió Royce y me puse rígida al instante. No fue un buen patinaje y todo el mundo lo sabía. Kingston le dio un golpe.

—Ignóralo —refunfuñó, con voz ronca—. Yo lo hago. A veces es lento para captar las cosas.

Alexei se me acercó, con su esposa sosteniéndole de la mano y el bebé en su cadera.

—¿Quieres tomar algo? —Ofreció.

Sacudí la cabeza.

—No, gracias —contesté, sonriendo.

—Nada de alcohol hasta que ganes ese oro, ¿verdad? —intervino Aurora, mientras Kostya seguía tratando de alcanzarme.

—Sí —asentí, con los ojos puestos en su hijo. Era mucho más fácil tratar con los pequeños.

Me enteré de que Aurora era en realidad prima de Basilio. La madre de Aurora era tía de Basilio. Qué pequeño era el mundo, ¿no? No era como que pudiera preguntarle algo sobre ellos. Ella no tenía conexiones con los Capos o ese lado de la familia.

—No sé qué pasa contigo y este bebé —refunfuñó Sasha—. Siempre que estás cerca, es como si no existiera nadie más.

Inclinándome hacia delante, sonreí y tomé su manita.

—Hola.

Kostya esbozó su sonrisa desdentada y mi corazón estuvo a punto de derretirse. Entonces sus deditos me agarraron un mechón rizado y jaló.

—*Auch* —protesté—. Cuando tengas cabello, te devolveré el favor.

Sonrió aún más.

—Hola, Wyn. —Juliette se nos unió. Me dio un beso en la mejilla—. Pensé que estabas detrás de mí. A menos que tú y Sasha tomaran un *tour* para tener sexo.

—No digas sexo delante de los pequeños —siseé, y luego me dirigí a Aurora—. ¿Quieres que lo sostenga un rato?

Mis ojos se desviaron hacia Alexei, al igual que los de su esposa. Era obsesivamente protector y no quería llevarle la contraria.

Asintió con la cabeza y su esposa me lo acercó.

—Esta tan grande —murmuré en voz baja, cambiándolo de sitio para que estuviera cómodo sobre mi cadera.

—Los bebés crecen —señaló Juliette, poniendo los ojos en blanco—. Espero que te vomite encima. Porque si te subes a la moda de Davina y de repente quieres un bebé, voy a ser yo la que vomite.

Me reí por lo bajo.

—Vamos a vomitar sobre Juliette, Kostya. ¿Qué te parece?

Sus manos y piernas se agitaron con emoción y todos nos reímos.

—*Ugh*, bebés —se quejó. —Somos demasiado jóvenes para esta mierda. Deberíamos estar buscando a algún imbécil al que podamos robarle.

—Juliette —advirtió bruscamente tío.

Mi prima, siendo quien era, se limitó a encogerse de hombros.

—¿Qué? No íbamos a robarles a ninguno de los presentes —gimieron tío y Davina—. O a gente que conocemos.

—Jesucristo —refunfuñó tío.

—No te preocupes —Ivy se unió a la conversación, sorbiendo su ponche—. Después robaremos al cártel. Luego a los rusos, excluyendo a la compañía actual, por supuesto.

Negué con la cabeza.

—Están bromeando —le aseguré a tío Liam, quien miró a su esposa.

Davina asintió.

—Así es. En el último nos fue mal y Juliette pactó no más atracos. Todo el mundo la escuchó.

—Sí —concordé.

—Si necesitan dinero para la escuela, solo pídanlo. —Ofreció Sasha—. Estos rusos todavía quieren ayudar.

—Preferiría robarte —Juliette lanzó, antes de que él pudiera responder.

La expresión de Juliette se volvió pensativa, como si estuviera contemplando seriamente algo y realmente esperaba que no fuera un robo.

—No sé por qué no se dan una oportunidad —comentó Juliette a Sasha—. Se llevan muy bien. Y todo el mundo dice que el verdadero amor viene de la amistad.

Parpadeé y me quedé mirándola sin palabras. Sonaba seria. No sarcástica ni asqueada, sino realmente seria.

—Ni siquiera sé qué decir a eso —musité, sacudiendo la cabeza.

Con Kostya en brazos, me dirigí al sofá y el hijo de Cassio se tambaleó hacia nosotros. Me agaché hasta el suelo y apoyé la espalda en el sofá para que pudiera estar a la altura de mis ojos. Los hijos de Vasili no tardaron en seguirme.

—Realmente eres un imán para los niños —declaró Áine suavemente.

—Probablemente porque parece un ángel —bromeó Juliette—. Ese cabello suyo brilla. Como malditos *glow sticks* en la oscuridad.

Kostya se agitó en mis brazos y se giró para poder mirarme. Sus ojos azules claros y pálidos se encontraron con los míos y juré que cuando el niño me miraba, me sentía más ligera. Sus ojos se parecían tanto a los de su padre y a los de su tío, daba un poco de miedo. No tenía ni un solo rasgo físico de su madre.

La conversación fluía, el ambiente era liviano. A pesar de todo, me sentía bien rodeada de gente que se preocupaba por mí y yo por ellos. Deseaba que mi madre pudiera participar. De algún modo, cuanto mayor me hacía, menos la tenía.

Algunos días deseaba poder hablar con ella de todo. Quería preguntarle qué había pasado, ayudarla y ayudarme a mí misma. Éramos muy unidas, pero solo cuando se trataba de objetivos y

entrenamientos.

—¿Cómo está la situación en New York? —Escuché preguntar a Vasili. Estaba escuchando la conversación a medias, mientras balanceaba a Kostya en mi regazo y jugaba con el hijo de Cassio.

—El maldito DiLustro está causando estragos. —Mi espalda se puso rígida y mis ojos se desviaron hacia el grupo de hombres. Ninguno me prestó atención, excepto Sasha. Tragué saliva y aparté la mirada.

Sasha quería matar a todos los DiLustro y solo su palabra a mí lo detenía. La promesa de Sasha me recordó mi propia promesa rota. Aunque si todo era mentira, no era realmente una promesa. ¿O sí?

—El joven Basilio está tan loco como su viejo. Está atacando a los rusos en la ciudad y en los alrededores. A su vez ellos están atacando a todos los demás.

—¿Sabe algo Morrelli? —inquirió Cassio.

—No, no tiene ninguna información útil —respondió Alexei.

—¿Pero por qué los rusos? —tío preguntó—. DiLustro nunca tuvo problemas con ellos.

—¿Quién demonios lo sabe? —agregó Cassio—. Tal vez decidió que los odia de repente y quiere causar caos. Sabemos que a su papá le gusta causar estragos.

Todos bajaron la voz y ya no pude oír lo que decían.

Les dirigí una mirada y capté los ojos de Alexei en mí.

Apartando rápidamente mi vista, sentí que me ardían las mejillas. Todo mi cuerpo. Era como si mis células recordaban esa sensación mientras estaba con Bas y nunca la abandonaron. Era el tipo de adicción que te acompañaba el resto de tu vida.

Nunca lo olvidaría. Lo peor de todo es que no quería.

Capítulo Treinta Y Siete

BASILIO



La obsesión por encontrar a Wynter era cada vez más profunda.

No era saludable. No era bueno para el negocio. Sin embargo, no podía rendirme. La necesidad de encontrarla me consumía. Era Nochebuena y me preguntaba si la *principessa* de cabellos dorados estaría celebrando en Rusia o en algún otro lugar del mundo.

Sonó mi teléfono y miré el identificador de llamadas. *Priest.*

—Sí —respondí.

—*¿Vendrás? —Priest*, Dante, Emory y yo pasaríamos la Navidad en Philadelphia. Había evitado el maldito Philly como la peste, pero era pasarla solo en New York y arriesgarme a ver a al imbécil de mi padre, o pasarla con la familia que de verdad me cubría la espalda. Además, Emory se merecía tenernos a todos allí.

—Sí.

—*Entonces deja de perder el tiempo y trae tu trasero aquí* —refunfuñó—. *Es fin de semana de Navidad. Dale un descanso a esta cacería.* —Cuando no le contesté, continuó—: *Basilio, a lo mejor no quiere que la encuentres. ¿Has pensado en eso?*

Cada puto día.

—*¿Has localizado a Brennan?* —No tenía sentido responder a su pregunta. Él sabía la respuesta.

—Lo hice. Está en Portugal con su esposa y su familia.

Pensé en los antecedentes de Davina que Angelo había desenterrado. Al igual que Wynter, no había mucho allí.

—*¿Pensé que solo tenía un abuelo?* —En este punto, empecé a pensar que todo lo que sabíamos era una basura. Tal vez Angelo nos alimentaba mentiras por órdenes de papá.

—Maldición no, está conectada con los Nikolaev a través del matrimonio de su hermana. —Sí, Angelo nos alimentaba mentiras. Si esto no era prueba suficiente, no sabía que lo era—. ¿Sus amigas están con ella? —cuestioné.

—*No dijiste nada de sus amigas, así que solo busqué a Brennan, a su esposa y a Wynter.* Aunque, todo lo relacionado con Wynter es un callejón sin salida. Así que o la chica se esconde o alguien esconde su rastro.

—¿Has hackeado la actividad de mi padre y Angelo? —No me extrañaría que lo hicieran y ocultaran el rastro.

—*Lo hice, y no son ellos.* —Sonaba seguro—. *Sabes que es imposible que ella no lo supiera, ¿verdad?*

—¿No supiera qué? —siseé.

—*Sobre la disputa entre los DiLustro y los Brennan. Que resulta ser descendiente de uno de*

los Pakhan más poderosos de la rússkaya máfiya. Que es una maldita princesa de la mafia rusa.

Seguía dándole vueltas, y por mucho que odiaba admitirlo, *Priest* tenía razón. Era difícil creer que ella no lo supiera. Aunque yo asumiera que no conocía su herencia rusa, estaba claro que sí conocía su herencia irlandesa y que la había ocultado.

Aún resultaba difícil creer que Wynter era descendiente de la familia Volkov. Siempre había formado parte del bajo mundo. El parecido con sus antepasados era notable. Era como si no hubiera heredado ni un solo rasgo de la familia Brennan.

Excepto su engaño. Me engañó bien. Ni por un momento dudé de su papel en el bajo mundo y allí tenía conexiones con los rusos y los irlandeses. No era de extrañar que mi brutalidad no la molestara.

Y aun así me negaba a dejarla ir.

—Te veré pronto —anuncié finalmente—. Mantén a mi hermana entretenida y feliz.

Terminé la llamada y observé la calle desierta.

Vacía. Al igual que la búsqueda de *Priest* sobre los descendientes Volkov. Buscó todo sobre Winter Volkov. No había mucho. Se casó con el viejo Brennan y murió joven. Buscamos información sobre Aisling Brennan, mas era un camino sin salida. Sin fotos. Lo mismo cuando se trataba de su hija. La única explicación razonable era que Wynter era la hija de Aisling Brennan. La mujer a la que mi padre le disparó.

Y aunque todo apuntaba a que la hermana de Brennan estaba muerta, no había manera de que lo estuviera. Brennan debió haber cambiado las identidades de Aisling y su bebé.

¡Jesucristo!

Dejé escapar un suspiro frustrado, con el frío aire invernal llenándome los pulmones.

En este momento, estaba seguro de que la presencia de mi padre en mi casa aquel día no fue una coincidencia. Por supuesto, no tenía pruebas. Debería matarlo y acabar con ese desgraciado. Si tan solo eso no traería al Sindicato sobre nosotros. No me importaba si era solo yo, pero se irían contra Emory, *Priest* y Dante también.

Así que en vez de eso, me centré en encontrar a Wynter.

La esperanza de encontrarla se hacía cada día más tenue, pero me negaba a dejar que se extinguiera. No sobreviviría. Mi humanidad, desde luego, no lo haría. La necesitaba y nunca necesité algo antes. Nunca besé una boca que supiera como la suya. Nunca experimenté un toque que calmara y quemara como el suyo.

Sacudí la cabeza, con la frustración arañándome el pecho. Nací de un monstruo y me convertí en uno. Durante los últimos seis meses, mi oscuridad me dominó. Corría por mis venas como veneno y la ligereza de Wynter era mi única cura. No dejaría de buscar hasta encontrarla. Hasta hacerla cumplir su promesa.

Dijo que se quedaría. La obligaría a hacerlo.

«Hora de enfocarse».

Eché un vistazo a la calle, en las afueras de Jersey City. Solo había un restaurante en toda la calle, probablemente en toda la manzana. A la *Bratva* no les gustaba la competencia en ningún ámbito de la vida. El restaurante daba a las turbias y contaminadas aguas de *Newark Bay*. El restaurante se jactaba de tener vistas al agua. Más bien vistas a una cloaca. Déjaselo a un ruso fantasear sobre la vista.

La calle estaba vacía. La mayoría de la gente normal prefería quedarse en casa y celebrar la Nochebuena con su familia. Para mí, los rusos no eran gente normal. Además, no celebraban la Nochebuena el mismo día que los demás. Funcionaba para mí.

Entré en el restaurante y me senté junto a la mesa que me daba la vista entera del restaurante

y del río de mierda.

Solo había dos hombres sentados alrededor. Probablemente había un cocinero y una mesera en alguna parte. Clavé los ojos en un hombre con bigote que parecía haber nacido en el siglo pasado por su forma de vestir. Una especie de bigote al estilo Romanov. No tendría más de cuarenta años, sin embargo, vestía como si tuviera ciento cuarenta. Estos rusos no tenían estilo.

Sus ojos se movían de un lado a otro, nerviosos y asustados. Luego miró hacia la puerta, debatiendo en huir o esperando refuerzos, no lo sabía. No importaba. Mataría al hijo de puta tanto si sabía algo como si no. Ante mis ojos, todos los rusos eran culpables.

Una camarera asomó la cabeza para comprobar si había algún cliente. Se me paró el corazón. Cabello rubio dorado. Nuestros ojos se cruzaron. Me invadió la decepción. Eran del color equivocado. Ella salió de la cocina y más amargura se deslizó por mis venas.

Pelo equivocado también. Rubio pero no del mismo tono. Liso.

Uno pensaría que después de casi seis meses de cazar a Wynter, me acostumbraría a este sentimiento. Decepción. Angustia. Arrepentimiento.

Se acercó a mi mesa.

—¿Qué puedo servirte?

Parecía abatida. De la edad de Wynter, parecía maltratada mental y físicamente.

—Cualquiera que sea el especial de la noche.

Asintió y se fue a la cocina. Mientras desplegaba los cubiertos envueltos sin apartar la vista del bigotudo. Akim Kazimir, el hombre de mayor confianza del *Pakhan*. El segundo hombre debía de ser su guardaespaldas, porque mientras su jefe comía y sorbía como si fuera su última comida, el otro tipo se limitaba a sentarse en la mesa.

«Haré que sea su última comida», pensé sardónicamente. Solo esperaba que el hijo de puta no vomitara toda la mierda con la que se estaba atiborrando. Sería un enfado limpiarlo, aunque no lo haría personalmente. O podría hacer que mis hombres volaran este maldito restaurante con vistas al agua. Nos ahorraría tiempo.

La comida no tardó en llegar, teniendo en cuenta que era el único cliente. No me molesté en comerla. Me senté en mi silla, observando al hombre que había buscado durante los últimos meses.

La mesera no tardó en volver, con pasos vacilantes y mirada dubitativa.

—¿Quieres algo más de beber o de comer? —cuestionó, con los ojos fijos en la mesa vecina. Sabía muy bien que no quería nada más, ya que no había tocado ni una sola cosa.

—Tal vez quieras quedarte un rato en la cocina —sugerí con los dedos alrededor del cuchillo de carne que tenía en la mano. A su favor, no se inmutó. No miró hacia la mesa vecina. Vi un destello de comprensión en sus ojos, se dio la vuelta lentamente y se dirigió al fondo del restaurante.

El imbécil en la otra mesa no paraba de comer. Tenía que estar seguro de sí mismo, teniendo en cuenta que estaba solo.

En cuanto desapareció la camarera, lancé el cuchillo, cuyo sonido zumbó por el aire hasta golpear al guardaespaldas justo en la garganta. Apenas se oyó el ruido de los cubiertos y los gorgoteos, y antes de que el otro idiota pudiera hacer algo, ya estaba en su mesa y le atravesé la mano izquierda con el tenedor.

—No tan rápido, compañero —comenté, ignorando su aullido—. Vamos a hablar primero.

—Los malditos DiLustro están todos locos —reviró.

—*Ahhh*, así que ya sabes quién soy —declaré—. Bien, vayamos al grano, entonces. Dime dónde tienes a mi mujer.

Se rio.

—¿Qué mujer?

—*Ah*, mira, cuando lo dices así, estoy seguro de que la tienes.

Sacudió la cabeza.

—¿Quién es tu mujer? —se quejó.

—Wynter Star. —Sinceramente, no pudimos confirmar si ese era su verdadero nombre. Pensaba que sí, ya que ella siempre respondía sin demora. Además, si ocultaba su identidad, ¿por qué elegir el nombre de su abuela? Todo el mundo sabía el nombre de la hija del *Pakhan*. Bueno, todos menos yo hasta hace poco.

Lección aprendida.

Sus ojos brillaron con sorpresa y me di cuenta de mi maldito error. Revelé mis cartas. Él no sabía que estaba buscando a Wynter.

No importaba, no saldría vivo de esta.

Agarró el cuchillo con la otra mano e intentó cortarme. Con los reflejos rápidos, le agarré la muñeca y se la retorcí hacia atrás, con un crujido de huesos que llenó el aire. Le agarré la garganta y apreté con fuerza.

—Ahora, vamos a jugar amablemente —gruñí—. ¿Vamos?

Me escupió, al menos lo intentó. Era pésimo en eso también, porque la saliva solo babeó por su cara. Maldito imbécil.

—Me dirás lo que sabes —dictaminé—. Y haré que tu muerte sea rápida.

—¡Nunca! —bramó.

—Todos dicen eso al principio —aseguré fríamente, y luego sonreí con toda la crueldad que nadaba en mis venas. Ya no había necesidad de enmascararla.

Mi padre era un asqueroso pedazo de mierda con una vena sádica, pero en momentos como este, era bienvenida. Dejé que contaminara mis venas y se apoderara de mí.

Su mano izquierda aún tenía un tenedor clavado en ella, saqué mi pistola y le disparé dos veces. Una en la mano izquierda y otra en la derecha.

Sus ojos se desorbitaron y chilló como un bebé.

—Allá vamos —indiqué—. Ambas manos están incapacitadas. Ahora habla. —La sangre se acumuló en la mesa, mezclándose con su asquerosa cena—. Puedes tomarte tu tiempo —afirmé, sonriendo satisfecho—. No tengo otro lugar donde estar.

Bueno, excepto Philadelphia, pero esa era otro tipo de tortura. La autoinfligida.

—¡Estás tan loco como tu padre! —gritó, con el dolor retorciéndole la cara. El bigote le quedaba mal. No es que estuviera bien para empezar—. Los DiLustro son monstruos. Monstruos asquerosos y enfermos.

Mi boca se curvó en una sonrisa cruel.

—Entonces sabes de lo que soy capaz. ¿De verdad quieres mantener todos tus secretos? —Saqué mi cuchillo Ka-Bar y corté su horrible traje ruso a medida. Luego repetí el movimiento, solo que esta vez corté a través de su carne. Una larga línea desde su hombro hasta su muñeca—. Todavía estoy practicando mis habilidades de filetear.

Así que empecé a cortar, separando su piel de sus músculos y sus gritos agudos llenaron el lugar.

—Puedo hacer esto durante días —dije con una sonrisa retorcida.

—¡Nosotros también la estamos buscando! —chilló como una mujer. Detuve mi movimiento y esperé a que continuara—. *Pakhan* también la está buscando —repitió, jadeando—. Queremos devuelta a ella y su madre.

—¿No la tienes? —inquirí para asegurarme de que no había malentendidos.

Sacudió la cabeza, con gotas de sudor cayéndole por la frente.

—Creíamos que estaban muertas, hasta hace poco. Recibimos información de que vivían. Aisling Brennan y su hija. —Entonces se echó a reír, un poco loco y psicópata, tosió sangre—. Fue tu padre quien nos dio la información a cambio de una novia. Quiere hacer crecer tu poder.

Jódeme.

La rabia hervía en mi interior, consumiéndome. Al igual que la sangre de este hijo de puta empapaba mi ropa, también lo hacía el odio que sentía por mi padre. No creí que pudiera odiarlo más. Estaba tan equivocado.

—Quería una alianza, un acuerdo matrimonial entre DiLustro y Volkov —continuó, escupiendo sangre sobre sí mismo.

—¿Cuál DiLustro? —pregunté, mi voz extrañamente calmada.

—No lo sé. Nunca lo dijo. *Pakhan* rechazó su despreciable oferta. Volkov no diluiría aún más la línea de sangre con los DiLustro. —Se atragantó, y luego volvió a toser—. Los Brennan ya eran bastante malos.

Me importaba una mierda su linaje. Wynter era mía. Estaba desesperado por destrozarlo y acabar con su miserable vida. Pero no podía hacerlo demasiado pronto.

—¿Qué más? —indagué, la furia hirviendo a fuego lento por mis venas.

—Nuestros hombres los siguieron en Philadelphia, pero luego los perdieron. —El Land Rover negro. Los hombres que *Priest* y yo torturamos—. Estábamos tan cerca. Y ahora desapareció de nuevo. Tú y tu padre tienen la culpa.

Era todo lo que necesitaba saber. Los rusos no la tenían.

Esta vez le agarré la garganta y apreté tan fuerte como pude hasta que las venas de sus ojos empezaron a brotar y sentí que los huesos de su garganta se aplastaban bajo la fuerza de mi agarre. Siguió luchando. Los malditos rusos tenían el cuello grueso. Así que levanté mi cuchillo con la otra mano y lo corté de oreja a oreja.

Vi cómo la luz se extinguía en sus ojos y su sangre empapaba mis manos.

Respirando con dificultad, me di la vuelta y vi a la mesera mirándome con terror en los ojos. No podía culparla.

—No te haré daño —dije con voz ronca—. Puedes irte o puedo ayudarte a desaparecer. Tú eliges.

Parpadeó. Una, dos veces.

—Mi madre es la cocinera.

—Ambas, entonces —pronuncié, la adrenalina todavía bombeando por mis venas.

«¿Dónde estás, Wynter?».

Capítulo Treinta Y Ocho

WYNTER



Presente

Nueve meses sin Basilio DiLustro.

Contar los días sin él se convirtió en parte de mi rutina. Independientemente de lo que estuviera pasando en mi vida.

No importaba lo brutales que hubieran sido los dos últimos meses.

Habían sido los meses más agotadores de mi vida. Tal vez era el estado de mi cabeza. Incluso después de tanto tiempo, Bas era un susurro constante en el fondo de mi mente. A veces incluso tenía una conversación completa con él.

Sí, era inquietante, pero me ayudó a salir adelante.

—Hombre, incluso cuando estás sudada te ves *tan* hermosa —comentó Derek.

Sonreí ante su cumplido. Me agradaba Derek, no obstante, me preocupaba demostrárselo. Salimos unas cuantas veces, pero enseguida me di cuenta de mi error. Para mí solo era una forma amistosa de pasar el rato y sentirme cómoda con mi pareja de patinaje. Para él, era algo más.

Así que siempre que teníamos que hacer acto de presencia en un evento o para un patrocinador, arrastraba a las chicas conmigo. Muy a su pesar, pero siempre iban.

—De acuerdo, una vez más. —La voz de mi madre llegó por la pista de hielo.

—Tu madre no tiene piedad —refunfuñó Derek, con las comisuras de los labios apenas flexionadas.

Tenía razón. Era despiadada. Era casi medianoche y nuestro vuelo salía mañana. Los Juegos Olímpicos no empezaban hasta dentro de cinco días, pero no queríamos arriesgarnos a que el tiempo empeorara.

Ambos llegamos a nuestras posiciones, en medio de la pista. Rodé los hombros y Derek hizo lo mismo. A veces nos movíamos de forma tan parecida que daba miedo.

Giré la cabeza para mirarlo. No era un hombre feo, con su cabello castaño y sus ojos cálidos. Era alto y fuerte, apenas unos años mayor que yo. Pero no podía evitar compararlo con Bas. Comparaba a todo el mundo con él y, de alguna manera, todo el mundo se desvanecía en comparación con Basilio.

Brad Pitt. «*No, paso*».

Theo James. «*No, estoy bien*».

Basilio DiLustro. «*Sí, por favor y gracias*». Patético, considerando que me traicionó. Claramente, me faltaba respeto a mí misma.

—¿Listos? —La voz de mi madre detuvo mi comparación de hombres guapos.

Ambos asentimos.

Sonó la música. Mi canción favorita de Dua Lipa. Tuve que pelearme con mi madre y Derek por la elección de la música. Gané, aunque a regañadientes. *Hotter than Hell* sería nuestro *freestyle*, programa corto.

Apagué mi mente, deseando que mamá me dejara patinar con los AirPods puestos. Era mucho más fácil ignorar al mundo, sin embargo, no estaba permitido durante las competencias, así que tenía sentido que también lo prohibiera durante los entrenamientos.

En cuanto empezamos a patinar, sentí que se me quitaba un peso de encima. Era lo que me gustaba de este deporte, aunque prefería patinar sola. La adrenalina de la última hora de patinaje todavía bombeaba por mis venas.

—Altura perfecta —elogió mamá. Derek y yo volamos por los aires, dando saltos juntos de lado a lado. *Triple Lutz*. Luego el salto *Axel*. Teníamos que estar haciéndolo bien porque no nos gritó ninguna corrección a través de la pista con su firme voz de entrenadora.

Probablemente otra razón por la que no me dejaba usar auriculares mientras patinaba.

Cuatro minutos y treinta segundos.

Y habíamos terminado. Fue todo lo que hizo falta para que tanto Derek como yo respiráramos con dificultad y entrecortadamente, con los latidos del corazón acelerados. Nuestros ojos se encontraron y ambos lo supimos. Lo habíamos hecho genial.

Me acarició la cara y tuve que reprimir una mueca de dolor.

—Esa medalla de oro Olímpica es nuestra. —Sonreía.

Asentí. La competencia sería feroz, lo sabía. Pero trabajábamos duro y lo dábamos todo. Era todo lo que podíamos hacer.

Mis ojos buscaron a mi madre, nuestra entrenadora, sentada en las gradas. Un gesto de aprobación.

—Estamos listos.

Esto era por ella, incluso antes de conocer toda la historia de lo ocurrido. Estaba feliz por mis logros de hace cuatro años. Después de eso, patinaba para relajarme y perderme en ello. Nunca imaginé volver a ello como profesional.

Se levantó y la vi hacer una mueca de dolor, luego cojeó lentamente hasta la verja abriéndola para esperarnos.

Derek y yo nos dirigimos hacia ella, donde ya nos esperaba con unos protectores para los patines. Agarré el plástico que me ofrecía y lo coloqué sobre las cuchillas. Derek hizo lo mismo.

Entonces pisamos tierra firme. La entrenadora nos miró fijamente.

—Mañana volaremos. —Empezó, luego miró a Derek—. Volarás con nosotras. —Tío Brennan nos consiguió un avión privado. Era más fácil viajar. Y más seguro. Luego volvió a mirarme—. Patinaste lo mejor que pudiste, Star. Estoy orgullosa de ti. —Mi madre era la única persona en todo el planeta que me llamaba Star. Era mi segundo nombre, aunque según ella debería haber sido el primero. Pero cedió ante el abuelo—. Hiciste bien sintiendo la música y sincronizando tus movimientos con los de Derek.

Asentí, con la respiración aun ligeramente agitada.

—¿Quieren que las lleve a casa? —Derek se ofreció y negué con la cabeza.

—No, gracias —expresé—. Conduje el coche de mamá.

Mi Jeep seguía en New York, pero mamá tenía un auto aquí a pesar de que la mayor parte del tiempo no podía conducir. La rodilla le dolía mucho y nunca pudo dominar la conducción con el pie izquierdo. Incluso le reemplazaron la rodilla, no obstante, le seguía molestando.

Derek me dio un beso en la mejilla, saludó con la cabeza a su entrenadora, se dio la vuelta y

se retiró.

Me senté en el banco más cercano y estiré las piernas hacia delante. Me dolían todos los músculos del cuerpo cuando me agaché y empecé a desabrocharme los cordones. En mi cabeza repasaba la lista de cosas que tenía que meter en la maleta y de las que debía hablar con mamá, pero que seguía evitando.

Quizá podría hacerlo después de las Olimpiadas. No quería disgustarla y arruinarle este momento.

—Tu guardaespaldas vino a ver cómo estabas. —Rompió el silencio y mis hombros se tensaron al instante. Dejó claro que no le agradaba Sasha. Desde que volví a California, había estado yendo y viniendo, al azar. Se nombró a sí mismo mi guardián. Lo apreciaba, de verdad. Excepto que hacía que mi madre se agitara cada vez.

—*Hmmm.* —Hice un pequeño ruido. Esperaba que lo dejara ir. Estaba segura de que estaba tan cansada como yo.

—No me gusta que esté cerca de ti. —Sí, no había suerte. Incluso las horas de medianoche no podían domar su disgusto. Deseaba que Juliette estuviera aquí para distraerla. Se había vuelto buena en eso.

—Sasha es un buen tipo —aseguré, mientras me ponía los *Chucks* y un dolor agudo me atravesó el pecho. *«Dios, ¿acabaría alguna vez?»*. Cada vez que me ponía los zapatos, la imagen de Bas arrodillándose aparecía en mi mente. Empezó como un cuento de hadas y terminó...

No, no podía pensar en eso ahora.

Puse los patines en su funda protectora y cerré la cremallera. Saqué las llaves del coche del bolsillo de la bolsa, la levanté del suelo y me la eché al hombro.

—¿Estamos listas?

Ambas nos dirigimos fuera del complejo y sobre el estacionamiento vacío que ahora estaba iluminado como un maldito estadio. Cortesía de Sasha Nikolaev. Para asegurarse de que no había nadie merodeando en la oscuridad cuando él no estaba cerca.

«Y a mi madre no le agrada», me burlé en mi cabeza. Estaba loca. Debería ser exactamente el tipo de chico que las madres deberían querer para sus hijas.

Pulsé el botón del mando y me senté en el asiento del conductor, después esperé para que mi madre se acomodara. Tardó un momento, porque le dolía doblar la rodilla. Nunca me quejé de que se tomara su tiempo. Era lo menos que podía hacer.

Una vez adentro, se abrochó el cinturón e hice lo mismo.

Justo cuando metí las llaves en el contacto y arranqué el coche, mi madre volvió a hablar:

—Los hombres como él, sean buenos o no, destrozan la vida de la gente.

La miré de reojo. Ahora entendía por qué había dicho algo así. Tampoco estaba necesariamente en desacuerdo. Sin embargo, nacimos en este mundo. El bajo mundo. No importaba lo lejos que nos mudáramos, esa vida siempre formaba parte de nosotras. No podíamos escapar de ella.

—Mamá, después de las Olimpiadas, ya no competiré más —le comuniqué, cambiando de tema.

La cabeza de mi madre se giró de golpe hacia mí.

—Eres demasiado joven para jubilarte.

Me encogí de hombros.

—Las chicas y yo queremos comenzar una escuela. Puede que abra una pista de hielo y enseñe. No lo sé. Pero no continuare compitiendo.

Tictac. Tictac. Tictac.

—¿Por qué?

Respiré hondo y exhalé lentamente.

—Estoy haciendo esto por ti. Tú querías esto, no yo. El patinaje individual era lo mío. Parejas era lo tuyo. Tuyo y... —Mis palabras vacilaron. No quería causarle angustia, pero al igual que tío me mantenía en la oscuridad, mamá también. Ninguno se molestó en ilustrarnos ni a Juliette ni a mí. Además, el momento parecía oportuno y había algo más fácil en conducir y hablar—. Tuyo y de mi padre, supongo. No obstante, eso te lo quitaron cuando te dispararon en la rodilla.

El jadeo de mamá sonó en la cabina de su pequeño coche Honda. Mis ojos parpadearon en su dirección para verla pálida y odié, maldición, haberla disgustado. En cierto modo entendía por qué tío seguía protegiéndonos, sabiendo que decir algunas cosas podía traer dolor. Aunque al final el dolor llegaba a pesar de todo.

—¿Qué pasó, mamá? —susurré. Por una vez, quería que alguien me contara toda la historia.

El silencio se alargó, y justo cuando estaba segura de que no me lo diría, empezó:

—No sé cuánto sabes.

—Haz como que no sé nada —animé—. Y cuéntamelo todo.

Una risa oscura y amarga, distinta a todas las que le había escuchado antes, salió de sus labios.

—Bueno, empecemos por mi padre, quien secuestró a mi madre de un poderoso *Pakhan*. —Sus manos se aferraron a su grueso suéter gris. Nunca se molestaba en llevar una chaqueta—. Pero luego se enamoró. Tu abuelo puede ser muy romántico, ¿sabes? —Asentí con la cabeza porque lo sabía. La forma en que hablaba de la abuela podía hacerte llorar—. Temo que pudiste haber heredado ese gen —continuó. No dije nada, porque a decir verdad, no estaba segura de no haberlo hecho. Juliette me acusó una vez de ser realista con el más romántico de los corazones.

»De todos modos, fui el producto de ese fiasco. Liam me cuidó más que mi padre. Se afligió demasiado o tal vez le recordaba demasiado a mi madre. No lo sé. Aprendí mucho más tarde que tú que me gustaba patinar sobre hielo. Era buena. —Asentí. Tenía buen ojo para todo lo relacionado con el patinaje sobre hielo—. Aunque me atrevería a decir que eres mejor. —Cuando iba protestar, levantó la mano y me detuvo—. Eres mejor, Star. Y estoy muy orgullosa de ti. Tanto de ti como de Juliette. Sé que no lo digo lo suficiente.

Se me hizo un nudo en la garganta y agarré el volante con tanta fuerza que me dolían los nudillos. Rara vez nos elogiaba. Así que ambas nos acostumbramos a elogiarnos mutuamente. Incluso cuando hacíamos cosas tontas. Como robar dinero de la mafia.

Demonios, ojalá Juliette estuviera aquí para oír esto. Ella también lo necesitaba.

Mamá extendió la mano izquierda y la colocó sobre mi derecha, que se aferraba al volante.

—Te amo, Star. Independientemente de la historia.

Tragué saliva.

—¿Qué quieres decir?

—Me mudé a Chicago cuando apenas tenía dieciséis años. Tenían un programa de patinaje sobre hielo y *tenía* que estar en él. —La forma en que lo dijo me hizo pensar que *insistió* en estar en él—. Liam lo hizo posible para mí. Mi pobre hermano siempre trataba de hacer que las cosas sucedieran para mí. Dos meses en una ciudad extraña y aprendí a engañar a mis guardias. Fingía que me iba a dormir y luego me escabullía. —No pude evitar sonreír, ya que era exactamente lo que hacíamos Juliette y yo—. Una noche me encontré con un hombre. Me enamoré; pensé que moriría sin él. Pasaba más tiempo con él que patinando. Quería ser todo su mundo, igual que él era el mío. No obstante, era demasiado joven para comprender la brutalidad de nuestro mundo.

Fue demasiado tarde cuando supe quién era. Un hombre casado, con un hijo propio ya.

Para entonces, ya estábamos en casa y estacioné el coche. No nos movimos. Nunca habíamos tenido conversaciones como esta y no iba a interrumpirla.

—Tuve un bebé a los diecisiete años y lo perdí —confesó, con una expresión llena de dolor que me rompió el corazón. No pude soportarlo, así que me incliné y la rodeé con mis brazos. La abracé con fuerza, deseando poder aliviar todo su dolor. Incluso después de todos estos años, su dolor era tan vibrante. No me daba esperanzas de sanar y superar lo de Bas—. Volví a New York. Por desgracia, llamé la atención de Gio DiLustro. —Un escalofrío repugnante recorrió mi columna vertebral. No podía pensar en ese hombre despreciable sin miedo y asco.

—¿Por qué te disparó? —cuestioné con voz ronca.

—Porque lo rechacé —susurró—. Gio DiLustro quería más poder, y a través de mi conexión con la familia Volkov, pensó que lo conseguiría. Quizá lo hubiera hecho, o quizá no. No me importó averiguarlo. Liam lo mantuvo alejado de mí mientras yo ponía toda mi energía en patinar con tu padre. Era un buen hombre. No era un amor apasionado. Más bien del tipo de cariño mutuo. Pero fue suficiente para mí. Después del dolor que experimenté, no quería el tipo de amor que podía consumirte, solo para dejarte vacía cuando estuvieras sin él.

Mamá se apartó un poco y me tomó la cara entre sus manos.

—Sabes de lo que hablo, ¿verdad? Tu distracción.

Mi corazón se detuvo y se congeló. Si se enteraba de que otro DiLustro estaba destruyendo a nuestra familia y se lo contaba a Liam, podría causar más muertes. La de mi familia. *«La de Basilio»*, me preocupé de mala gana.

Y como una cobarde permanecí en silencio. No podía admitirlo. Todavía no. No en ese momento.

—Termina la historia, mamá —alenté, con las palabras ahogándose en mi garganta y el agarre alrededor de mi corazón apretándose.

—Quedé embarazada, el patinaje tomó una pausa, pero enseñé un poco. No podía soportar estar lejos de la pista de hielo. Estaba embarazada de cinco meses de ti —continuó, con la mirada fija en el parabrisas y en la oscuridad—. Tu padre y yo nos encontramos con Gio a solas, justo después de que se enterara de que era a su hermano a quien le había dado mi virginidad. Así que decidió quitármelo todo, para hacerme pagar por mi negativa. Tu padre, mi patinaje y tú. Lo consiguió con los dos primeros, pero no contigo.

El pasado azotaba a nuestro alrededor, el aire fresco del invierno se colaba por las ventanas, pero no era un frío glacial como era la verdad.

—Te amo, mamá —susurré, abrazándola con fuerza—. Lo siento mucho.

«Siento mucho no haber matado a Gio DiLustro cuando tuve la oportunidad y haber acabado con su cruel vida».

Capítulo Treinta Y Nueve

BASILIO



Era mediados de febrero. No visitaba a mi hermana, Emory, tanto como debería. Dante y *Priest* también estaban aquí. Combinábamos placer con negocios.

Nos ocupamos del negocio antes. Conseguimos un acuerdo con un distribuidor e interceptamos otro cargamento de armas que iba en dirección a mi padre. Los clientes se agitaban y se disgustaban con él. Poco a poco, le dieron la espalda y vinieron corriendo hacia nosotros.

Ojo por maldito ojo, padre.

Las suaves notas del piano llenaban el aire de la sala de la casa de mi hermana en Las Vegas. Siempre tuvo afición por el lujo, la ópera y todo sobre películas para mujer. Odiaba toda esa mierda. Solo hubo una breve etapa de mi vida en que lo toleré. No me importaba pensar en ese período.

Mi mandíbula se tensó mientras el veneno me recorría las venas, igual que cada vez que pensaba en *ella*. Y pensaba en Wynter todo el puto tiempo. Habían pasado doscientos ochenta y nueve días.

La busqué por todas partes. Sin embargo, era como si nunca hubiera existido. Incluso *Madame* Sylvie también desapareció.

—Deberías de detener tus matanzas, Basilio —regañó Emory. Cualquier otro se cagaría en los pantalones por decirme algo así. No mi hermana y mis primos. Y últimamente me habían estado dando consejos más de lo que me importaba escuchar—. Los hombres que trabajan para Padre nunca lo traicionarán, ya lo sabes.

Sí, amplié mi campo de caza para incluir a los hombres que trabajaban para mi padre. Angelo también entró en esa lista.

—¿Me estás escuchando, Basilio? —Fastidió.

—Me estoy esforzando mucho por ignorarte —refunfuñé—. Pero me lo estás poniendo difícil. ¿No tienes el corazón de un *hombre* que romper?

Estaba tan dañada como yo. Ninguna cantidad de mi protección no la habría librado de la brutalidad de nuestro padre. Dejó una marca. Todavía la recordaba como solía ser. Suave y cariñosa.

Nuestro padre acabó con esa mierda. Al igual que hizo con todo lo suave en nuestras vidas.

Aún la recordaba escondida debajo de mi cama, suplicando que le contara un cuento para no tener que escuchar los gritos.

—¿No tienes una *esposa* que encontrar? —replicó sarcástica. Nadie más se atrevería a sugerir eso. Los destriparía vivos.

La idea de llevar a cualquier otra mujer a la cama era repugnante. El amor y el afecto no

tenían cabida en nuestro mundo. La había probado y me había arruinado. Para cualquier otra persona.

La parte racional de mí comprendió que no podía permanecer soltero el resto de mi vida. Cuanto antes asegurara un heredero, menos posibilidades tendría mi padre de declarar otro heredero. Tomó otra amante después de Thalia y se rumoreaba que estaba intentando tener otro hijo.

Porque Emory y yo éramos sus mayores decepciones. Como si me importara una mierda.

—No. —De acuerdo, en cuanto a conversaciones, esta no era tan buena. Sabía que tenía que casarme, asegurar un heredero. Pero, demonios, no estaba de humor para ello.

Solo hubo una mujer que me hizo querer dar ese salto.

De repente, Emory se levantó de un salto y sonrió.

—Esta noche veremos los Juegos Olímpicos —anunció.

Dante y *Priest* resoplaron. Estaba de acuerdo con el sentimiento, pero sabía que Emory siempre había querido algo más qué esta vida del bajo mundo. Era lo menos que podíamos hacer. Concederle una tarde viendo las Olimpiadas.

«Maldición, será una noche larga».

La gran pantalla de cincuenta pulgadas se encendió y la entusiasta voz del locutor llenó la sala.

Jesucristo.

Dante, *Priest* y yo compartimos una mirada. Dante puso los ojos en blanco y sonrió. Pensaba que Emory era cursi. Tenía razón, pero incluso así la amábamos. *Priest* se pasó rápidamente una mano por la boca en un pobre intento de ocultar su diversión. Sabía que Emory intentaría patearnos el trasero a todos si nos atrapaba riéndonos de ella.

Debería inventar alguna excusa pobre y largarme. Si dijera que es momento de ir a cazar rusos o a quien sea, todos me creerían.

Decidido, me levanté y me ajusté las mancuernillas. Abrí la boca para excusarme por esta noche cuando el comentarista empezó a parlotear de nuevo:

El siguiente equipo son nuestra querida princesa de hielo Star Flemming y su compañero, Derek Konstantin.

—Dios mío —comentó Emory—. Estos dos son los favoritos de todo el mundo. Ella es tan buena, ya ganó una medalla de oro olímpica en individuales cuando apenas tenía diecisiete años.

Lancé una mirada agitada al televisor y nada me habría hecho más feliz que dispararle a la maldita cosa para que se callara. El público vitoreó y gritó como si hubieran nacido nuevos dioses.

Una pareja salió al hielo y Emory chilló, recordándome a la niña que solía ser hace mucho tiempo.

—Star tuvo momentos difíciles últimamente, pero sé que terminará en la cima. —Emory debía haber sido su fan número uno. *Maravilloso,* del bajo mundo a fanática.

Me quedé helado, incapaz de apartar la vista. Las dos figuras se deslizaban en perfecta armonía, tomadas de la mano. Cabello oscuro y sol dorado. Cabellos de oro hilado y ojos verde claro que miraban fijamente a la pantalla.

Estaba en la televisión.

La familiar sonrisa brillante en el rostro de una mujer que solía conocer tan bien. Sus rizos rubios rebeldes recogidos en un peinado apretado. Estaba un poco más delgada, pero era

inconfundiblemente *ella*. La única mujer que siempre había deseado.

La mujer que había estado buscando desesperadamente.

Ayer la pareja patinó sin esfuerzo. ¡Estos dos son increíbles juntos! ¡Qué química!

El comentarista en la pantalla murmuraba de emoción mientras aparecían en la pantalla fragmentos de su actuación de ayer. Giros. Espirales. Saltos.

Dios mío. No me extrañaba que sus piernas fueran tan importantes para ella. Las imágenes pasaban como polaroids por mi mente. La primera noche, cuando me ofreció quinientos dólares para atraparla, alegando que sus piernas eran valiosas. Sus extrañas clases de *ballet*. El día que nos vimos en la pista de patinaje sobre hielo, pero desde luego no daba la impresión de ser una campeona.

Sin embargo, ahora que miraba la pantalla, cada movimiento sobre el hielo reflejaba a una patinadora artística profesional. No sabía una mierda de patinaje sobre hielo, aunque no hacía falta saber mucho para ver que la actuación de ayer fue buena.

Vamos a ver qué tipo de espectáculo nos dan hoy. Tengo la sensación de que será grandioso. Y si lo hacen, los veremos mañana. No tengo ninguna duda de que estos dos están en camino por el oro.

Emory se rio.

—Si no gana la medalla de oro, las Olimpiadas están manipuladas.

Observé aturdido cómo una mujer que se parecía a mi Wynter patinaba hasta el centro de la pista, con aspecto de princesa del hielo. O más bien, una reina.

Dante me colocó un vaso en la mano.

—Toma, siéntate.

Por primera vez en más de una década, permití que alguien me dijera lo que tenía que hacer. Mis ojos pegados en la pantalla, como si temiera que volvería a desaparecer. Los vi ocupar su lugar en medio de la pista de hielo.

La vi sacudir los hombros, inhalar profundamente y luego exhalar, y ya estaba enfocada. Igual que cuando la veía tomar clases de *ballet*. Por el amor de Dios, pensé que estaba entrenando para ser una bailarina profesional. No una patinadora profesional.

Star Flemming.

Me dio un nombre diferente. Wynter Star.

Su compañero y ella compartieron una mirada. El público los aclamaba. Coreando su nombre como si fueran celebridades.

¡Star! ¡Star! ¡Star!

¡Derek! ¡Derek!

La gente se volvía loca por ellos.

Ambos se dieron la vuelta al mismo tiempo para mirar hacia el centro del hielo. Su compañero le tendió la mano a un lado y, sin mirarlo siquiera, Star puso la suya. Los dos estaban tan sincronizados, casi como si compartieran la misma respiración y los mismos pensamientos.

Lo odiaba, maldición.

Su mano se apretó contra su pecho, su cuello se extendió con gracia mientras surgían las notas de una canción. Comenzó la música. *Unstoppable* de Sia. No podía apartar los ojos de ella.

Bailaba con él, pero solo la veía a ella.

La música la guiaba, sus músculos se relajaban mientras bailaba expresando cada melodía de la canción con su movimiento. Sentías su danza, sentías su mensaje. Mierda, era imparable.

Mientras patinaba, toda su cara resplandecía.

Era imposible apartar la mirada de ella. Como si sintiera cada palabra y cada nota de la canción.

¡Mira la altura! ¡Triple Lutz! Y otro. ¡Mira esos saltos! Nunca había visto tanta química ni dentro ni fuera del hielo.

Mi agarre se tensó alrededor del vaso y el hielo se agitó en él, protestando. La expresión de Wynter era de pura felicidad. Era esa expresión la que me había perseguido durante los últimos nueve meses. Era la forma en que me miraba. Como si fuera todo su mundo.

—Vaya, es muy buena —murmuró *Priest*.

—¿Crees que se está acostando con él? —Dante curioseó, y no quería nada más que darle un puñetazo.

—Se ha especulado con que ambos son pareja —intervino Emory sin ánimo de ayudar y alimentando, sin saberlo, la rabia que hervía en mi interior—. Ella lo negó, aunque su pareja se negó a confirmarlo o desmentirlo, lo que alimenta todo el frenesí sobre ellos.

«Lo cazaré y lo mataré», resolví.

¡Salchows triples impecables, sincronizados a la perfección!

Gritó el locutor, sus palabras atravesando mi cerebro. No tenía ni maldita idea de lo que eso significaba. Excepto que volaba por el aire. Se movía rápido sobre el hielo. Tan rápido que si se caía, se rompería más de un hueso de su bendito cuerpo.

¡Mira esa espiral de muerte! ¡Increíble! Estos dos son realmente imparables.

—¡Mierda! —Exclamó Emory—. ¡Qué regreso!

Mi hermana saltaba de la emoción mientras sentía la rabia expandirse en mi pecho, amenazando con explotar.

Wynter se arqueó hacia atrás sobre un pie, pegada al hielo, mientras su compañero la lanzaba en espiral. Un error y se abriría el cráneo. Al momento siguiente voló por los aires y aterrizó de pie. Los gritos emocionados de Emory sonaban lejanos, el ajetreo de mis oídos lo ahogaba todo.

Triple Axel. ¡Otra vez, sincronizado perfectamente!

Ambos aterrizaron al mismo tiempo. Como si fueran uno, cuerpo y alma. Su mirada sobre el hielo me dejó sin aliento y ni siquiera estaba seguro de que fuera en el buen sentido.

Mira ese salto de lanzamiento.

Odiaba verla con él. Sus manos en su cuerpo.

Estos dos tienen la química más increíble que he visto alguna vez.

El odio se deslizaba por mis venas. Venenoso y poderoso. Debería dejar de verlo antes de explotar.

La actuación terminó, las últimas notas de la canción terminaron en el mismo momento exacto que su pose final. El público enloqueció. La pareja sobre el hielo jadeaba, ambos sin aliento.

Entonces su compañero la levantó por su esbelta cintura, la hizo girar en el aire y luego le estampó un beso en los labios. Agarré mi vaso como si mi cordura dependiera de ello, el crujido del cristal reflejaba el estado de mi corazón y de mi alma.

El ruido de cristales rompiéndose llenó la habitación y se hizo añicos a mi alrededor. Escuchar al locutor hablar maravillas de la pareja fue como un golpe en el estómago. Me dejó sin aliento, convirtió mi sangre en fuego y mató algo dentro de mí. Perdí mi cordura.

Agarré mi pistola y apreté el gatillo. La pantalla del televisor echó chispas. Luego destruí cada maldita cosa en la sala de estar de Emory.

Capítulo Cuarenta

BASILIO



Priest agitó su iPad, la única pieza electrónica intacta que sobrevivió después de que perdiera los estribos.

Extendí la mano, pero entrecerró los ojos.

—No lo creo —gruñó—. Esta es la única pieza que sobrevivió en un radio de ocho kilómetros.

Después de haber destruido todo lo que pasó por mis manos, *Priest* se aferró a su iPad como si su vida dependiera de ello. Y menos mal, porque una vez que la neblina roja que cubría mi cerebro se retrajo, pude volver a pensar con claridad. Y puse a *Priest* a trabajar. Había desenterrado todo sobre Star Flemming. Estaba claro que no se podía contar con Angelo, la mano derecha de mi padre, si era incapaz de recuperar un solo dato sobre la mujer que todo el mundo conocía. Maldito traidor.

—¿Qué encontraste? —pregunté, mirando en la oscuridad de la noche.

Emory y Dante estaban en la habitación con nosotros. Mi hermana conocía el lado atlético de Wynter y pudo compartir todo lo que sabía sobre Star Flemming. Pero necesitaba saberlo todo.

—Todo lo que tuvimos que hacer fue buscar Star Flemming y la información fluyó —*Priest* soltó la bomba y toda nuestra atención se fijó en él—. ¿Y adivina qué?

—¿Qué? —refunfuñé.

—Brennan tiene un acuerdo permanente con Nico Morrelli, borrando todo rastro de su familia a diario, posiblemente cada hora. Encuentro algo sobre ella y luego desaparece. Solo pude hackear la *web* de Morrelli durante quince segundos, mas fue suficiente para averiguar su nombre.

Apreté los puños, la necesidad de golpear algo tan fuerte que me dolían los músculos.

—La escondió a ella y a su madre de los DiLustro después de lo que sea que pasó entre Aisling Brennan y tu padre, Basilio. Y las mantuvo fuera del radar de los rusos.

La frustración contenida se agitó en mi cuerpo. Reconocía estar cerca de mi objetivo y quería abalanzarme. No obstante, tenía que ser calculador y cuidadoso. De lo contrario, la perdería y la próxima vez podría no volver a encontrarla.

El tipo de *Priest* entró en la oficina y colocó una gran pantalla de escritorio sobre la mesa del despacho de Emory.

—Abstente de destruir esto —refunfuñó Emory, dándome una mirada asesina—. ¿Necesitas cables? —le preguntó a *Priest*.

Este negó con la cabeza.

—Lo tengo conectado por Bluetooth.

Dos arrastres del dedo, la pantalla se encendió y la imagen de Wynter llenó mi vista.

Me quedé helado.

Me dejaba sin aliento. Cada. Maldita. Vez.

Llevaba unos *leggings* negros, unos *Chucks* y camiseta rosa suelta que le llegaba a la mitad del muslo. Con la bolsa de viaje colgada del hombro y la mirada distante, mientras le sonreía a alguien. Los *paparazzi* la fotografiaron a la salida de uno de sus entrenamientos.

Joder, era tan dolorosamente hermosa. Sus rizos rubios daban una expresión de halo incluso en la foto. Sabía de primera mano lo suaves que eran esos rizos. El cabello le caía por los hombros. Su rostro era impecable. Pero fueron sus ojos los que me cautivaron. La forma en que brillaban, grandes y curiosos, incluso en la imagen.

Ahora que sabía que estaba viva y bien, viviendo su vida feliz y libre, mientras yo quemaba este mundo buscándola, una neblina roja empañaba mi visión. La rabia de que me hubiera abandonado era tan fuerte que tuve que ahogarla. Ardía en mi garganta, dejando ceniza y ácido a su paso.

Quería herirla, para que probara el dolor por el que pasé los últimos nueve meses.

—¿Quién es el tipo que está a su lado? —inquirió Dante—. No parece su compañero de patinaje.

—Sasha Nikolaev —respondió *Priest*—. Lo verás mucho.

Mi mirada se oscureció y Dante soltó una risita.

—Mierda, ya veo que tendremos que matarlo.

Se pasó una mano por la boca en un pobre intento de ocultar su diversión y emoción ante el desafío. A Dante le encantaban los retos. Maldito loco.

—Puedes intentarlo —replicó *Priest* en tono sarcástico—. Sin embargo, lo más probable es que fracases. Se rumorea que Sasha Nikolaev es uno de los mejores asesinos contratados por Cassio King, de su grupo y de los hombres Nikolaev. Ella ha estado bajo la protección de Sasha.

—Poniéndose dulce con un ruso, *¿eh?* —Dante incitó y tuve que luchar contra el impulso de dispararle—. La ironía de todo esto.

No podía pensar en Wynter y en el imbécil rubio de la pantalla; si no, les metería una bala a todos en la maldita cabeza.

—Es platónico entre Nikolaev y la estrella del patinaje —añadió *Priest*. Aquello no calmó la furia. Agarré un cigarrillo y lo golpeé contra la mesa, aunque no lo encendí.

—Tienes que admitir que hacen una pareja impresionante —reflexionó Dante.

Inclinándome hacia atrás, rodé un cigarrillo entre los dedos y lancé a Dante una mirada que transmitía que estaba cerca de ser mi primo muerto.

—Ambos son demasiado rubios —razonó Emory, tratando de calmar mi furia hirviente.

Priest cambió la imagen en la pantalla y, por desgracia, apareció una de Sasha y Wynter juntos en Portugal. Un reportero debió haberles tomando una foto trotando juntos. Odiaba lo bien que se veían. Tendrían bebés rubios y lindos.

¡SOBRE. MI. CADÁVER!

—*Priest*. Continúa. —Mi voz azotó el aire mientras una niebla roja nublaba mi visión. Resultó que mi madre tenía razón al temer que me convertiría en un molde de mi padre y el Sindicato de la Mafia. Fue exactamente lo que pasó.

Aún recordaba la mirada soberbia de sus ojos mientras se alejaba, con la pequeña Emory en brazos.

—*Te convertirás en tu padre* —susurró mientras se alejaba sin mirar atrás. Me odiaba incluso antes de que tuviera la oportunidad de demostrarle que podía ser un hombre mejor.

Para Wynter, quería ser un hombre mejor y ella también se fue sin mirar atrás. Después de

nueve meses de enloquecer, resultó que estaba sana y salva. Patinando, joder.

Las imágenes de la mujer a la que he estado persiguiendo durante los últimos nueve meses parpadearon en la pantalla. Medallas de oro. Competencias. Logros. Viajes. Amigas.

—Congela eso —bramó Dante, enderezándose en su sitio—. ¿Quién es?

Una imagen de una mujer con un rostro parecido al de Wynter nos miraba fijamente. Ojos que parecían vacíos. Rostro demacrado pero que hablaba de una belleza que se desvanecía en pena y resignación.

—Esa es su madre, Aisling Brennan —manifestó *Priest*—. También la entrenadora de Wynter.

Dante negó con la cabeza.

—No puede ser —murmuró—. Se parece...

—A Wynter —espeté, molesto por su comportamiento—. Puedo verlo.

Dante negó con la cabeza.

—No, se parece a la antigua amante de mi padre.

Todos nos enderezamos.

—¿Qué?

—La recordaría en cualquier lugar. Se parece a la examante de mi padre. De cuando éramos niños. Su cabello era negro en ese entonces, pero podría haber sido teñido. O una peluca. Siempre ocultaba su cara tras unas gafas de sol y su cabellera bajo sus chales.

Los cuatro compartimos una mirada.

—¿Estás seguro?

—Sí, estoy seguro —espetó—. Y el día que la vi traer al bebé. *Priest*. No olvidas a una mujer que trajo un bebé a tu puerta.

Priest tenía el cabello rubio, su coloración era diferente a la del resto de nosotros. Dante y *Priest* compartían padre, pero tenían madres diferentes.

—¿Quién es el padre de Wynter? —Mantuve la voz baja, con el miedo acumulándose en la boca de mi estómago. Estaba demasiado enredado en esta chica y el incesto no estaba en mis malditas cartas.

—No te preocupes, su padre era patinador artístico —aseguró *Priest*—. El compañero de patinaje de su madre.

—¿Estás seguro? —indagué. No permitiría ningún maldito obstáculo entre nosotros, pero eso sería imposible de superar. *Dios santo.* Más le valía a mi tío no haberse cogido a la madre de Wynter y haberla dejado embarazada de ella.

—Sí —confirmó *Priest*—. Aisling Brennan se sometió a una transfusión de sangre fetal para tratar la anemia del feto mientras estaba embarazada de Wynter. El recuento sanguíneo del feto era demasiado bajo y la situación ponía en peligro su vida. Utilizaron la sangre de su padre para la transfusión mientras estaba en su lecho de muerte. Ivan Flemming. El feto era Rh positivo y los glóbulos rojos estaban siendo destruidos por el sistema inmunológico de la madre sensible al Rh.

—Bien, ¿asumo que solo se podía usar la sangre de los padres? —preguntó Emory—. Porque eso sonó como un montón de palabrería de mierda para mí.

—La madre de Wynter es Rh negativo y nuestros padres también —resumió Dante—. Nosotros también. Significa que la probabilidad de que DiLustro sea el padre de Wynter es nula. Los factores Rh siguen un patrón común de herencia genética. Si ambos padres tienen un factor Rh negativo, el bebé también lo tendrá. Pues bien, Wynter es Rh positivo.

—Gracias a Dios —murmuré.

En la pantalla apareció otra imagen. Wynter con sus tres amigas. El escuadrón. Las cuatro sentadas juntas en el Jeep de Wynter, sombrías y con los ojos fijos, probablemente contemplando el próximo robo.

Priest congeló la pantalla y apuntó a la mujer.

—¿Quién es? —señaló a la amiga pelirroja de ojos avellana de Wynter.

—Una de las amigas de Wynter. Las cuatro quemaron la casa de un tipo. Según Wynter, todas fueron juntas a *Yale University*. —Por supuesto, no podía estar seguro de que me dijo la verdad.

—Estaba en mi club la noche que robaron mi furgón blindado —declaró *Priest*, con los ojos clavados en la mujer.

—Si ella estaba allí, también lo estaban sus amigas —informé.

—Significa que Wynter y sus amigas tuvieron algo que ver con el robo del camión —gruñó Dante—. Igual que hicieron eso en mi casino.

¿Por qué no me sorprendió?

—La pelirroja es mía —gruñó *Priest*. Arqueé una ceja ante la inesperada declaración.

—Bueno, si estamos lanzando reclamos —Dante dijo arrastrando las palabras—, la de ojos azules es mía.

Sonreí.

—Esa es una psicópata —pronuncié—. Quemó una maldita casa.

Dante se encogió de hombros. Por supuesto, a ninguno nos importaría lo que hicieran. Mientras fueran nuestras.

Emory se burló.

—Ustedes tres son unos idiotas.

Ignorando a mi hermana, clavé los ojos en *Priest*.

—Voy a necesitar comprar tu club de Philadelphia, con fecha de compra del año pasado.

—¿Por qué? —cuestionó Emory, con las cejas fruncidas.

—Porque voy a hacer que Wynter salde esa deuda —comenté, sonriendo sombríamente—. Dante, ¿ese Ashford ilegítimo en Canadá sigue pidiendo información sobre un proveedor afgano?

Se burló.

—El desgraciado nunca la conseguirá.

Sonreí.

—Nunca digas nunca. Sé que Byron Ashford está intentando arreglar la relación con su hermano ilegítimo. Así que usaremos la conexión con el proveedor afgano para chantajear a nuestros queridos primos Ashford para que nos respalden.

—¿Por qué demonios los queremos de nuestro lado? —inquirió Emory.

—No podemos ganar contra los Brennan, los Nikolaev y el grupo de Cassio. Pero con los cuatro hermanos Ashford de nuestro lado, las probabilidades serán mejores. Tenemos que planear para el peor de los casos.

—Brennan va a querer una guerra —adivinó *Priest*.

—Y la conseguirá —declaré.

—Basilio, eres un hijo de puta aterrador cuando conspiras —expresó Emory secamente. Sería un hijo de puta temible si perdiera a Wynter para siempre.

Volví a centrar mi atención en la mujer de cabello dorado en la pantalla.

Me casaría con esa chica aunque fuera lo último que hiciera en esta maldita tierra.

Capítulo Cuarenta Y Uno

WYNTER



—Lo has hecho muy bien, Star. Ahora termínalo y trae el oro a casa.

Asentí, sin girarme a mirar a mi mamá.

En este momento, era mi entrenadora. A decir verdad, había sido más entrenadora que madre toda mi vida. Al menos ahora, después de nuestra conversación, entendía la razón y estaba bien con ello. Tal vez el ser entrenadora era su mecanismo de supervivencia, del mismo modo que mi forma de lidiar con toda la mierda era empujar todos mis sentimientos a lo más profundo de un oscuro abismo.

El familiar y sordo dolor creció en mi pecho. Ya estaba acostumbrada. No creía que fuera a desaparecer nunca. Podría aliviarse, mas formaría parte de mí hasta el día de mi muerte. Bas retumbaría para siempre en mis venas con cada latido de mi corazón.

Derek se colocó detrás de mí y sus manos llegaron a mis hombros. Odiaba el toque de cualquier hombre, no obstante, con Derek era una necesidad. Había aprendido a soportarlo.

—¿Bien?

Mantuve la respiración tranquila.

—Sí.

No le había dicho que esta sería mi última competencia. Mamá lo sabía y ambas estuvimos de acuerdo en que no tenía sentido cargarle con ese peso. Este era nuestro *home run*. Una vez que ganáramos el oro, tendría que poner fin a todo esto. Averiguar quién era yo. Sin patinaje sobre hielo y sin Bas.

Derek tendría que buscarse una nueva compañera.

Mis ojos se centraron en la pareja que estaba patinando. Seríamos los últimos sobre el hielo. Irnos a lo grande o a casa. Mi intención era ganar y luego irme a casa. Dondequiera que eso fuera.

Un hormigueo conocido me recorrió y busqué entre la multitud de las gradas. Estaba abarrotado. Aficionados con las pancartas de sus parejas favoritas. No vi a nadie que destacara, sin embargo, no pude deshacerme de la sensación de ser observada. Y no por la multitud de aficionados.

Era el tipo de mirada familiar que me producía escalofríos por la columna. Como una caricia cálida sobre mi piel. Se me puso la piel de gallina y una emoción me llegó al alma. Dios, a veces deseaba no sentir nada. Así como Alexei Nikolaev.

En cambio, sentía tantas cosas que, por dentro dolía como un cristal hecho añicos, mientras que por fuera intentaba mantener la compostura. Ser la patinadora perfecta. Ser la compañera perfecta. Ser la hija y amiga perfecta.

Ya no era perfecta para nada, salvo para ser la mujer de Bas. Una necesidad familiar de gritar

me arañó la garganta.

Parpadeé. Traje negro. Hombros anchos. Ojos azul pálido.

Alexei y Aurora estaban de pie con Davina, las dos últimas me miraban con preocupación en sus ojos. Sonreí, mientras se me hacía un nudo en la garganta. Me estaba desmoronando. Lo sabía. Ellos lo sabían. El hilo se rompería. Solo tenía que hacer una última actuación.

—No tienes que hacer esto —expresó Davina. Tenía la barriga tan grande que estaba segura de que albergaba gemelos en su vientre. Me aseguró que los médicos decían que solo había un bebé.

—Solo di la palabra. —Sasha se unió a los tres—. Y nos vamos. Que se jodan las Olimpiadas.

Derek se burló detrás de mí.

—¿Por qué iba a querer irse? Estamos a una última actuación del oro.

Esta vez miré a Derek a los ojos y negué con la cabeza.

—Mantengámonos concentrados —declaré, con la voz ronca—. Hacemos esto y somos los mejores.

Eres la mejor.

Volví a sentir las manos de Derek sobre mis hombros y no pude evitar el estremecimiento, pero lo oculté rápidamente.

Habíamos calentado. Repasamos la rutina una vez más. No había nada más que hacer. Solo esperar nuestro turno. Quería terminar con ello, aunque por otro lado, me preocupaba lo que ese final significaría para mí.

—Tu tío está aquí —susurró Derek al oído y me hizo levantar la vista. La última vez que mi tío vino a mi competencia, fue en las últimas Olimpiadas. Aparte de eso, no venía a mis competiciones. Simplemente no era lo suyo.

Lo reconocí sentado junto a Juliette e Ivy, Cassio y su esposa al otro lado de él. Incluso Nico, su esposa y sus hijos estaban aquí. Todo el maldito bajo mundo. Me sorprendió que mi madre no dijera nada al respecto.

Las mujeres agitaban los brazos como locas, sonriendo y más que probablemente gritando. Parecían tan emocionadas mientras yo... no sentía nada. Muerta por dentro.

Tan vacía.

Empujé los sentimientos que amenazaban con surgir y ahogarme en algún lugar profundo de un agujero oscuro. Ya no podía sentirlo. Si el dolor se apoderaba de mi garganta, perdería incluso antes de pisar el hielo. *«Perderíamos»*, me recordé.

Me tragué el nudo que tenía en la garganta, levanté la mano y la agité hacia mi familia.

Mi tío y yo llegamos a un acuerdo, aunque a veces seguía habiendo mucha tensión. Recurríamos a Davina para calmar nuestras diferencias.

La música terminó y volví a prestar atención a los dos patinadores artísticos que salían del hielo.

Mamá agarró mis manos y las de Derek entre las suyas, nos miró fijamente y dijo:

—Ambos están preparados. Háganme sentir orgullosa. —Nos dedicó una sonrisa, una de esas raras—. Es su momento. Vayan a lo grande. —*O váyanse a casa*.

Los dos asentimos. Agarré la mano de Derek y nos dirigimos a la pista de hielo. Me quité las protecciones de los patines y se las entregué a mi entrenadora. A mi madre. Nuestros ojos conectaron y percibí un destello de preocupación en los suyos, pero lo disimuló rápidamente. Era buena ocultando sus sentimientos. Me estaba poniendo al día lentamente.

En cuanto mi freno del patín tocó el hielo, el público estalló en ovaciones. Me olvidé de todo.

La multitud salvaje. Los vítores. Los cánticos.

—Están locos por ti —murmuró Derek suavemente en mi oído.

—Y por ti —respondí automáticamente.

Solía vivir y respirar patinaje. Me sentía como en casa. Como el amor, tan correcto e invencible. Y ahora me sentía como un fraude, porque la única forma en que podía funcionar sobre el hielo era fingiendo que Bas estaba conmigo. Siempre se trataba de él. Era mi principio y mi fin.

Tomados de la mano, Derek y yo patinamos juntos hacia el centro del hielo. Los gritos del público eran cada vez más fuertes y salvajes.

¡Star! ¡Star! ¡Star!

¡Derek! ¡Derek! ¡Derek!

Ambos nos colocamos en nuestros sitios. Mis manos y rodillas se pusieron en posición. Nuestros ojos se cruzaron y empezó la música.

Mi primer deslizamiento sobre el hielo, y todo el mundo fue olvidado. Sonó la canción *Astronomical* de SVRCINA y la cara de Bas pasó por mi mente. Mi cuerpo se relajó y la sensación de olvido recorrió mis venas.

Temporalmente, lo olvidé todo. El dolor. El pasado. La crueldad.

Floté entre el cielo y la tierra.

Se sintió como cuando Bas me abrazaba. Como la euforia de un amante. No pensé, solo dejé que la rutina y la memoria muscular me guiaran, y todo el tiempo mi alma estaba con el hombre con el que perdí mi corazón. La mezcla musical cambió a *Legends Are Made* y con el ritmo fui por un triple *Axel*, perfectamente sincronizado con el de Derek.

La adrenalina nadaba por mis venas mientras hacíamos un medio círculo y luego saltábamos por los aires en un cuádruple salto en *Salchow*.

Otro círculo, la música y cada movimiento formaban parte de mí, estaban enterrados en mis huesos. Arraigados en cada fibra, como lo estaba Bas.

Patinaba hacia atrás, Derek hacia delante mientras nos desplazábamos en una elevación de baile y el mundo giraba en círculo. Esto era para lo que vivía, era la mejor sensación del mundo. El dolor, la adrenalina, la euforia. Era mi *inyección de adrenalina*, la única que me funcionaba.

Hasta Basilio DiLustro.

Meses de práctica y dolor al golpear la dura superficie del implacable hielo. Esto era todo. Todo fue para esto. Mi respiración se elevó, una capa de sudor recorrió mi espalda a pesar de la gélida temperatura. Otro crescendo alcanzó su punto máximo y *llegó el momento*.

El espiral de muerte.

Derek me hizo girar alrededor de una curva sujetándome por la mano izquierda, con el cuerpo horizontal y pegado bajo al hielo. No podía ver nada, lo único que sentía eran los movimientos, cada movimiento afincado en mí, anticipado. Entonces fui lanzada, volando por el aire, aterrizando perfectamente.

Oí gritos y vítores entre el público.

Me detuve perfectamente, con nuestros cuerpos alineados y la respiración agitada, y clavé los ojos en Derek. Con nuestra pose final, la música terminó.

Una respiración. Dos respiraciones.

—Lo hicimos. —Exhalé, jadeando. Y fuimos increíbles, si las aclamaciones y los gritos no dejaban ni una duda.

—¡Sí! —gritó Derek, moviendo la mano en el aire.

Respiré con dificultad, me tapé la cara con las dos manos y me agaché. Los pulmones me

estaban matando.

¡Así es como se hacen las leyendas!

Gritaba el público una y otra vez.
A pesar de todo, sonreí con incredulidad y devolví el abrazo a Derek.
—Lo hicimos, maldición —susurró.

Capítulo Cuarenta Y Dos

BASILIO



—Estuviste espectacular, Wynter. —La voz de Brennan estaba llena de orgullo.

Todo el grupo estaba de pie en el pasillo, frente al vestidor de mujeres. Wynter y su escuadrón, Brennan y su supuesta hermana muerta, los hombres Nikolaev y sus mujeres. Parecía una maldita reunión familiar, quería dispararles a todos y robarles a la princesa de oro. Aunque eso podría ir demasiado lejos.

Ninguno se movió ni se molestó con el constante alboroto de chicas que entraban y salían de los vestidores.

Observé como Nico Morrelli y Cassio King se marcharon con sus familias en cuanto Wynter y su compañero aseguraron el oro.

—Fue grandioso —continuó—. El abuelo vio el espectáculo desde Irlanda, animándote.

Liam la abrazó y apreté los puños. Por fin tenía sentido por qué me encontré con Wynter en casa de Liam. Era su sobrina. Todo el tiempo había estado delante de mis narices.

Aunque estaba de acuerdo con Brennan en una cosa. Wynter en el hielo era un espectáculo para la vista. Era como si hubiera nacido sobre él. Su elegancia y velocidad al patinar eran incomparables. Ella y su compañero se movían como amantes, viviendo y respirando el uno al otro en ese cuerpo de agua congelada desolado.

Incluso Dante se quedó boquiabierto ante sus saltos y su fuerza.

Y a mí... Me ponía celoso de todas las superficies congeladas de este puto planeta. Cuando patinaba sus ojos brillaban y su cara resplandecía como la luz de una vela en la oscuridad de la noche. Como si acababa de ser follada minuciosamente. Y estaba tan celoso. Quería derretir todos los malditos trozos de hielo de la tierra para que ella solo me mirara así.

Y su compañero. Si volvía a acercársele, sería hombre muerto. Ella solo me miraría así de ahora en adelante. ¡Hijo de puta!

—Gracias, tío.

Wynter dio un paso atrás, rodando los hombros. Como si no pudiera liberar la tensión que la atormentaba. La sorprendí mirando hacia la zona en la que me sentaba con Dante y Emory, como si pudiera sentirme allí. Pero era imposible que nos viera. No con la multitud que nos rodeaba.

Priest se quedó atrás, monitoreando todo. Hasta que no confirmáramos nuestras sospechas, no podíamos arriesgarnos a que se cruzara con los Brennan. Además, estaba trabajando en conseguirnos una copia de las llaves del hotel y en poner en marcha nuestro plan de huida. Necesitaríamos un escape rápido una vez que mi plan fuera puesto en marcha.

—¿Estás lista para esto? —pregunté a mi hermana en voz baja. Hice que mi piloto nos sacara de Las Vegas en medio de la noche sin tiempo que perder. Mi plan se había puesto en marcha, y tenía que suceder hoy. Antes de que volviera a desaparecer.

Era el último día de los Juegos Olímpicos de Invierno. Ya fueron anunciados los ganadores. Wynter añadió otra medalla de oro a sus logros.

Emory asintió.

—Por supuesto. Vamos a tener una celebridad en nuestra familia.

Dos latidos.

—¡Dios mío! —chilló Emory, entrando en modo *fan.*

Dante gimió a mi lado, murmurando:

—Demasiado.

Seis pares de ojos se giraron hacia nosotros, pero solo un par importaba. El reconocimiento parpadeó en aquellos ojos verde claro. Su boca se entreabrió de asombro y se quedó inmóvil, mientras una amplia gama de emociones destellaba en su mirada.

Pero la última emoción fue desprecio.

No era exactamente la reacción que buscaba. Seguía llevando su traje con una chaqueta azul encima.

—Soy una gran *fan* —continuó Emory, corriendo hacia Wynter—. Soy Emory. Te he visto patinar desde que eras una niña.

Brennan frunció el ceño y me miró con los ojos entrecerrados.

—DiLustro, ¿qué estás haciendo aquí?

—¿DiLustro? —Sonaron los suaves jadeos de las damas, un destello de sorpresa cruzó sus rostros. Wynter nunca les dijo a sus mejores amigas quién era yo. *Interesante*.

—Lo mismo que tú, supongo —repliqué secamente, con los ojos fijos en la mujer que ya debería haber sido mi esposa.

Los ojos de Brennan se desviaron hacia Emory y luego volvieron a mí.

—Adiós, DiLustro.

No tan rápido, viejo.

—¿No me vas a presentar? —cuestioné.

—No, no lo haré —respondió Brennan, con voz fría. Mi mirada se oscureció. No era como que esperara otro tipo de respuesta del jefe de la familia Brennan.

Reconocí a su esposa, Davina. Se acercó tambaleándose a su marido, con la mano en su gran barriga mientras deslizaba la otra en la de su esposo.

Inclinando la cabeza hacia nosotros, le dijo a Liam:

—Cariño, no creo que Wynter tenga ganas de cenar. ¿Qué tal si volvemos al hotel?

—Por supuesto —apaciguó Liam a su esposa. Por la forma en que lo miraba, estaba seguro de que él le ofrecía el sol y la luna—. Que Sasha te lleve al hotel, Wynter.

Un calor recorrió mis nudillos agrietados. En los últimos nueve meses los he usado más de lo normal. La necesidad de golpear a Liam era como un picor que tenía que rascarme. Con Sasha, ni siquiera me molestaría con mis nudillos. Una sola bala.

Wynter no se movió, su mirada se posó en mí. Era diferente a la de antes. La curiosidad en sus ojos fue reemplazada por otra cosa. Desprecio. Tal vez incluso arrepentimiento. Posiblemente ambas cosas.

No había ni rastro de esa sonrisa que estaba acostumbrado a ver en sus labios.

Emory dio un paso adelante y extendió la mano.

—Soy Emory —se presentó—. Soy la hermana de Basilio.

Otro parpadeo en los ojos de Wynter. Bajó lentamente la mirada, observando la mano extendida de Emory, y luego la tomó en la suya, vacilante. Traer a Emory había sido una buena decisión.

—Soy tu más grande *fan* —soltó Emory emocionada—. Y la actuación de hoy ha sido increíble.

—Gracias. —Wynter retiró la mano y la dejó caer por su cuerpo.

—Este es mi hermano, Basilio —continuó Emory con una gran sonrisa en su rostro. Interpretaba su papel a la perfección. Tendría que comprarle toda una maldita ciudad por su persistencia—. Y mi primo Dante.

Wynter inclinó la cabeza y me observó. Ni siquiera miró a Dante, su luz colisionando con mi oscuridad. Mi agarre se tensó, la necesidad de tocarla me quemaba la piel.

La observé tragar saliva, el delicado movimiento de su cuello. Una sonrisa educada y falsa apareció en sus labios. Era el tipo de sonrisa que reservaba para los desconocidos.

—Encantada de conocerlos —reconoció finalmente, con voz tranquila.

«No lo creo, Principessa».

—En realidad, ya nos conocemos —anuncié, enojado porque fingiera que no me conocía.

Las tres mujeres sacudieron sus cabezas frenéticamente. Como si eso fuera a detenerme. Ella era mía en ese momento y para siempre.

—¿Recuerdas, *Wynter* Star?

—¿Alguna vez has oído que a los soplones les va mal? —siseó Juliette, la mujer a la que Dante reclamó. Luego miró a Dante mientras sus mejillas se sonrojaban. Al parecer, Juliette recordaba demasiado bien a Dante.

—Pero en vez de acabar en cualquier otro lugar, acabarás en mi cama, cariño —respondió Dante. Juliette le hizo un gesto con el dedo medio.

Por lo que a mí respectaba, Juliette y su desquiciado trasero podían irse a enloquecer a Dante. Me ajusté las mancuernillas, con los ojos fijos en Wynter. Sus ojos observaban mis manos, y por un momento sus ojos parpadearon con el viejo fuego. El mismo deseo y lujuria.

Bien, me conformaría con la lujuria. Por ahora. La usaría contra ella.

—Star, ¿quién es? —La mujer con un gran parecido a su hija se nos acercó, sus pasos tentativos. Los ojos de su madre nos miraban a Dante y a mí, como si estuviera viendo un fantasma.

Los dedos de Wynter rodearon su muñeca derecha, haciendo girar su brazalete. Una y otra vez. Me fijé en él. Era el collar que le había regalado, convertido en una pulsera improvisada. Su pulgar seguía rozando el amuleto, como si la tranquilizara.

—Nadie, mamá.

«¡Genial! Era nadie para ella y ella lo era todo para mí».

La multitud que nos rodeaba era demasiado grande; de lo contrario, pondría en marcha mi plan ahora mismo. Entonces le mostraría exactamente quién era.

Estaba claro que Aisling Brennan no le creía a su hija, porque se giró hacia su hermano y sus ojos se desviaron hacia Dante y hacia mí.

—¿Liam?

—Lo tengo controlado —aseguró, con los ojos entrecerrados sobre nosotros—. Wynter, vamos.

Sasha Nikolaev se acercó por detrás de Wynter, con sus pálidos ojos azules entrecerrados sobre nosotros tres. La forma en que se alzaba sobre ella y su complexión de fornido luchador de MMA la hacían parecer una niña en comparación.

—¿Lista para irte a dormir? —Ronroneó Sasha, con una oscura expresión de diversión en su rostro. Mi mandíbula se tensó y mis puños se apretaron, luchando contra el impulso de matar al hijo de puta. Quería que atacáramos. De hecho, lo deseaba. Pronto cumpliría su deseo.

—Encantado de conocerte, Emory —declaró Wynter en voz baja a mi hermana antes de darse la vuelta para marcharse.

Se alejó de mí sin mirar atrás.

¿Se alejarían de mí todas las malditas mujeres que me importaban en la vida sin mirar atrás?



—¿Estás listo? —preguntó Dante, sonriendo con emoción.

La adrenalina crepitaba bajo mi piel, pero por un motivo distinto. Dante esperaba una pelea en toda regla, mientras que mi objetivo era secuestrar a la mujer y sacarla de esta ciudad antes de que alguien se diera cuenta de que se había ido.

Y si tenía mucha suerte, tendría mi anillo en su dedo y estaría embarazada antes de que su familia nos descubriera. No era exactamente una boda de ensueño, no obstante, esto requería medidas extremas. Aunque sabía con certeza que su familia no tardaría meses en encontrarla. Más bien días.

Comprobé mi arma y la volví a meter en la funda.

—¿Planeas embarazarla? —Dante inquirió, leyéndome la mente—. Así puedes sostener a chantajearla con el bebé para mantenerla contigo.

—Jesucristo, dime que ese no es tu plan, Basilio —gimió Emory.

—Centrémonos en sacar a Wynter de sus garras —agregué mientras mi boca se elevaba en una oscura sonrisa.

—Hermano, te quiero mucho. —Emory sacudió la cabeza—. Pero eres un maldito loco.

—Gracias.

Sin que lo supieran los Brennan y los Nikolaev, ni ninguna otra maldita pandilla, nos alojábamos en el mismo hotel que Wynter. De hecho, en el mismo piso. Me costó una pequeña fortuna, mas valdría la pena. Y si el maldito Sasha Nikolaev estaba en su habitación, le dispararía. Acabaría con él para siempre.

—¿Les dio *Priest* la llave? —pregunté con tensión.

Dos asentimientos de confirmación.

—El piloto también está listo —informó Emory.

Revisé las cámaras de vigilancia de nuestra planta; estaba vacía. Casi a medianoche, la mayor parte del hotel dormía profundamente.

Capítulo Cuarenta Y Tres

WYNTER



Me quedé mirando el techo oscuro.

Bas estaba aquí. En la misma ciudad que yo. Escuché a tío hablar con los hombres Nikolaev. Sasha quería trasladarme esta noche. Tío Liam quería esperar hasta mañana y no alarmar a mamá.

Demasiado tarde.

Tal como predije, bastó una mirada a Basilio y Dante DiLustro para que los reconociera. Perdió la cabeza y tío tuvo que sedarla. *Sedarla, mierda*. ¿Qué demonios pasaría si supiera que me había enamorado de uno de ellos?

Sasha y yo la acompañamos fuera del edificio y la metimos en el coche. Luego la ayudé a entrar en su habitación y la metí en la cama.

—¿Es él, Star? —continuaba susurrando—. Ha vuelto.

—No, mamá —aseguré mientras sus párpados se volvían pesados—. Estás a salvo. Él no está aquí.

Ahora yacía en mi cama, incapaz de encontrar descanso. Debería estar asustada, pero no lo estaba. Debería estar sorprendida de verlo de nuevo, aunque no lo estaba. Por ese momento, cuando estuve frente a él, con su aroma especiado envolviéndome, me sentí completa de nuevo.

Dios, sentir tanto por alguien no podía ser sano. Sin embargo, temía que no hubiera cura. En el fondo, esperaba que me encontrara. ¿Por qué? Tal vez porque era una maldita glotona por castigo. No era como si pudiera conseguir un final feliz con él.

La expresión de mi madre cuando miró a Bas fue desgarradora. Podía ver los fantasmas que la atormentaban, arremolinándose a su alrededor. Una vez qué el padre de tu novio le disparó a tu madre, eso anulaba todas las posibilidades de un futuro con él. ¿Verdad?

Y luego estaba la cuestión de su engaño. Era una idiota por sentir algo por él. Tan estúpida.

Sin embargo, no podía olvidar el momento en que nuestros ojos se cruzaron. Una simple mirada suya podía encenderme y derretir mi alma. De la manera que más me consumía.

Volví a moverme en la cama, con el cansancio pesando en mis huesos. Semanas y meses de entrenamiento constante fueron duros, pero ahora todo había terminado. Y de nuevo, no podía descansar.

No tenía ni idea de lo que haría conmigo misma. Necesitaba mantenerme ocupada. Más adelante, la escuela nos mantendría ocupadas a mí y a las chicas, pero pasaría un buen tiempo antes de que eso ocurriera. Hasta entonces, tendría que encontrar una manera de ocuparme con otra cosa. No podía soportar tener todo este tiempo para pensar.

Como en este instante.

Me sentía cansada, pero mi mente se negaba a calmarse. Los pensamientos se arremolinaban

en mi mente y todos giraban en torno a *él*. Basilio DiLustro.

Tenía que haber algo malo en mí porque una parte retorcida lo ansiaba. El hijo del hombre que destruyó a mi madre.

El hombre del que me enamoré. Sabía que era un DiLustro cuando le pedí ayuda. Sabía que era un asesino. Un criminal. Nada de eso me importó, porque vi al hombre que valía la pena amar detrás de todo eso.

Hasta su padre. Hasta que el pasado desconocido llamó a la puerta. Hasta la traición de Bas.

Si lo hubiera sabido, habría mantenido la distancia. Habría luchado contra la atracción. No me habría acercado a Bas. No me habría enamorado de él.

Mi mente se burló de esa afirmación implícita.

—No lo habría hecho —protesté en un susurro en la oscura habitación vacía. La verdad era que la atracción hacia él había sido tan diferente y curiosamente emocionante. Una sensación tan nueva y desconocida.

Sí, se me había dado bien mentirme a mí misma. En el fondo, sabía que el camino siempre me habría llevado a Basilio DiLustro.

—¿Hablando sola, *Principessa*? —inquirió una voz grave y familiar. Salí disparada de la cama y me encontré con dos figuras oscuras sobre ella.

—¿Qué están haciendo aquí? —siseé. El corazón me latía con fuerza y los pulmones luchaban por conseguir aire.

—Vas a cumplir tu promesa, *Principessa*.

Abrí la boca para gritar, pero antes de que pudiera emitir un sonido, una mano me tapó la boca, amortiguándolo. Con los ojos muy abiertos, vi cómo me introducía una jeringa en el cuello. Intenté forcejear, no obstante, mi visión se volvió borrosa.

Mis ojos se clavaron en el rostro difuso de Bas con incredulidad.

—Te dije que siempre te seguiría —susurró.

Lo último que recordaba era un aroma especiado familiar en mi nariz, que me llenaba los pulmones, y mis ojos se cerraban mientras me invadía la oscuridad.

Después, no había más que un abismo.

Capítulo Cuarenta Y Cuatro

BASILIO



El cuerpo de Wynter se desplomó en mis brazos.

Con un gesto seco de la cabeza a Dante, levanté su pequeño cuerpo y salimos de la habitación. No pude evitar echarle un vistazo a la cara. Estaba un poco más delgada, con ojeras bajo sus ojos.

—Habrá consecuencias graves —indicó Dante mientras nos dirigíamos a la escalera de salida. Encontrarse con alguien a estas horas era poco probable, pero no podíamos arriesgarnos. Dejaría un camino de cadáveres a su paso.

Seguí tomándole el pulso mientras bajábamos la escalera. Ahora que la tenía, estaba tan asustado de perderla de nuevo. No tenía planes de dejar que eso ocurriera. Llevaba el cabello suelto, tan largo, y aquellos rizos que normalmente le daban un aire travieso la hacían parecer aún más delgada.

En cuanto salimos del hotel, Emory nos vio y arrancó el motor.

—Siéntate adelante —le ordené a Dante, que arqueó una ceja y sonrió con complicidad.

No sabía nada. No dejaría que otro hombre sostuviera a Wynter. Ahora era mía, y sería el único hombre que la tocaría. Una vez en el auto, bajé la mirada para observar su rostro. Parecía un bendito ángel con aquel halo dorado de rizos alrededor de la cabeza y la piel pálida. Recorrí con la mirada la suave curvatura de sus pechos. Su respiración era superficial y volví a tomarle el pulso.

—No me digas que le diste demasiado sedante y la mataste —siseó Emory, mirando por el retrovisor.

—Está respirando —aseveré, sin apartar los ojos de Wynter—, concéntrate en conducir y en sacarnos de aquí.

Wynter llevaba una delgada camiseta de tirantes y unos *shorts* cortos. Rosa otra vez. Algunas cosas nunca cambiaban, suponía. Un ligero escalofrío recorrió su cuerpo y me maldije. Debería haber agarrado una manta; estábamos en pleno maldito invierno, con temperaturas bajo cero en las montañas.

Estaba demasiado concentrado en el hecho de que finalmente la tenía. ¿Por qué no podían hacer las Olimpiadas de Invierno en el trópico?

Me quité la chaqueta y cubrí su cuerpo.

Se removió ligeramente y un suave gemido sonó en sus labios. Y joder, se me puso dura. Sí, era un idiota enfermo. No obstante, nueve meses sin una mujer te hacían eso. Te convertían en un imbécil malhumorado, cachondo y listo para explotar.

Tardamos diez minutos en llegar al helicóptero y otros treinta en llegar al *jet* que nos esperaba. Wynter no volvió a moverse.

Como un ladrón en la noche, había robado a mi futura esposa.

Capítulo Cuarenta Y Cinco

WYNTER



Un zumbido constante de un motor atravesó la niebla, exigiéndome que despertara. Todavía estaba en la habitación del hotel. ¿Qué podía ser ese ruido?

Parpadeé lentamente, desorientada. Sentí un cuerpo caliente debajo de mí y un brazo pesado a mi alrededor. Fui a moverme, mas los movimientos se sintieron lentos y perezosos. Mi respiración se aceleró y un terror helado me arañó por dentro.

Apretando los puños, empujé el cuerpo y retrocedí a trompicones. Luché por sentarme, la habitación entera daba vueltas y la vista se me nubló.

El rostro del hombre que tanto amaba se enfocó y parpadeé de nuevo.

—¿Bas? —susurré, la confusión nadando a través de mí—. ¿Qué...?

Tenía la boca seca y mi cuerpo se negaba a escuchar mientras retrocedía, alejándome de él. Lo veía borroso y no paraba de moverse.

—Vuelve a dormir, *Principessa*. —Escuché su voz profunda. Luché por mantener los ojos abiertos y perdí.



La siguiente vez que me desperté fue en un coche, acurrucada en mí misma y con una chaqueta encima. El olor familiar me rodeaba.

Levanté los ojos y encontré a Bas en el asiento trasero, a mi lado. Sus ojos oscuros me provocaban escalofríos. El problema era que no podía distinguir si era miedo o algo más, que no me auguraba algo bueno.

Me levanté con dificultad y las manos de Basilio me asistieron.

—No —siseé, apartando sus manos de mi hombro.

Un conductor que reconocí estaba detrás del volante. Dante DiLustro y la hermana de Bas. ¿Ayudó a su hermano a secuestrarme? La tensión era palpable, me dolía el cuerpo y mis ojos revoloteaban alrededor, observándolos a los tres.

No había disculpas ni arrepentimiento en ninguno de sus ojos oscuros.

—¿Qué has hecho? —reviré, con la voz temblorosa—. Llévame de vuelta. Ahora mismo.

Bas sonrió, como un lobo, con los ojos llenos de algo oscuro y cruel. *«Una mirada muy parecida a la de su padre»*, me di cuenta con terror.

—Cumplirás tu promesa, *Principessa* —declaró Bas, con voz oscura y llena de amenaza, mientras sus ojos me recorrían.

Y como una tonta, me ahogué en ellos, dejando que me arrastrara al abismo.

«Ódialo, Wynter. Ódialo».

Era mi única arma contra él. Sin embargo, mi corazón no podía encontrar una pizca de odio hacia él. Estúpido, corazón traidor.

El auto se detuvo. Me sobresalté, mis manos alcanzaron el pomo de la puerta y salté fuera. Aunque al instante me di cuenta de mi error.

No había ningún sitio al que huir. Estaba en medio de un desierto.

Capítulo Cuarenta Y Seis

BASILIO



El sedante debilitó a Wynter, quien salió a tropezones del coche.

Inmediatamente levanté su pequeño cuerpo en mis brazos y entré en la casa de Emory. Estábamos de vuelta en Nevada. Lo suficientemente lejos de todo el mundo como para ver venir a alguien desde kilómetros de distancia.

—No sabes lo que has hecho —siseó débilmente, sus puños golpeando contra mi pecho—. Vendrán por ti.

Me encogí de hombros.

—Que lo hagan. Cuento con ello, y si intentan llevarte, los mataré a todos. Les demostraré por qué me llaman *Capo Perverso.*

Se puso rígida y se me escapó una risa amarga.

—¿Qué pasa, *Principessa*? ¿Obtuviste más de lo que esperabas?

Me dejó, siguió adelante, sin pensárselo dos veces mientras yo me volvía loco buscándola.

—No estaba apostando en absoluto, imbécil. —Sus ojos se entrecerraron hasta convertirse en rendijas—. No quiero tener nada que ver contigo o con tu familia.

Dante se rio detrás de mí y luché contra el impulso de darle un puñetazo en la cara.

Tomando dos escalones de mármol a la vez, entré en el dormitorio que designamos que sería de Wynter mientras estuviéramos aquí. El más alto en la torre para mi *principessa* sin salida al balcón.

La dejé caer sobre la cama, con su cuerpo delgado rebotando contra el suave colchón.

—Bienvenida a casa, *Principessa* —anuncié, más brusco de lo que pretendía.

—Esta no es mi casa —replicó—. No puedes hacer esto, Basilio. Llévame de vuelta ahora mismo antes de que alguien se dé cuenta que no estoy —exigió, aunque su voz era demasiado jadeante. Demasiado carrasposa.

Recorrí con mis dedos su delgada garganta. Dios, cómo me tentaba.

—A partir de ahora, donde yo vaya *será* tu casa —declaré.

Mierda, mi verga estaba dura, presionándose contra mis pantalones, ansiosa por probarla por fin después de todo este tiempo sin ella. No podía soportar el tacto de otra mujer desde el momento en que la toqué y nueve malditos meses era mucho tiempo para permanecer en abstinencia. Mi puño solo llegaba hasta cierto punto.

—No eres mi hogar —siseó—. Eres el enemigo.

Mi mano envolvió su delgado cuello. No me apartó, aunque algo oscuro brilló en sus ojos. Demonios, eso me excitó aún más.

—Te ves tan bella con mi mano alrededor de la garganta —gruñí, apretando más los dedos.

La mirada que me lanzó habría congelado a un hombre con corazón. Por suerte para mí, me

arrancó el corazón cuando me dejó atrás, sin pensarlo dos veces.

Antes de hacer algo lamentable e imperdonable, solté su tentadora garganta y me dirigí a la puerta.

—Duérmete, *Principessa* —ordené amargamente—. O lo consideraré una invitación a meterme en tu cama y hacerte gritar mi nombre.

Cerré la puerta detrás de mí justo cuando oí su suave jadeo.

Capítulo Cuarenta Y Siete

WYNTER



El hombre había perdido la maldita cabeza.

Sin embargo, algo dentro de mí se estremeció ante su brusca amenaza. El calor y el miedo chocaron mientras los latidos de mi corazón retumbaban en mis oídos y corrían por mis venas. Bas siempre me hacía sentir segura. Me dijo que nunca me tocaría sin mi permiso.

Le creí. En el pasado.

Ahora, no estaba tan segura. Sus ojos me recordaban demasiado a su padre. Ya no era el mismo hombre. Y yo ya no era la misma mujer.

El cielo sombrío coincidía con la oscuridad en Basilio. La ansiedad y los fantasmas me recorrían, mi corazón martilleaba con fuerza contra mi pecho.

«No, no pienses en ello».

Cerré los ojos con fuerza, esperando apagar mi mente. Pero no fue así.

Las imágenes y el olor de su padre, asqueroso y aterrador me asfixiaban. La sensación de sus manos frías y repugnantes sobre mí me hizo sentir terror. Su aliento rancio me tocó y luché contra la desesperación de arrastrar una respiración profunda a mis pulmones.

El miedo me envolvió la garganta.

Planeamos esto. Eres nuestro ticket con el Pakhan y los rusos.

No podía volver a estar cerca de su padre. Me negaba a que Basilio me utilizara de nuevo.

Y aun así, había muchos días en los que deseaba que estuviéramos solos él y yo, nada más. Sin fantasmas de nuestros padres y nuestras familias. Sin tratos que hacer.

Pero el poder y el dinero gobernaban el bajo mundo. El dinero y el poder gobernaban a Bas.

Aun sabiéndolo, ansiaba sentir sus manos sobre mi piel. Tuve que endurecerme para aceptar que Derek me tocara mientras patinábamos. Sin embargo, cuando Bas me rodeó el cuello con la mano y mi cuerpo se movió hacia él, el mismo calor lánguido y deseo se encendieron en la boca de mi estómago.

Me puse de lado y miré por la gran ventana francesa mientras las estrellas brillaban sobre el oscuro desierto. Me concentré en mi respiración y en los recuerdos de Bas arrodillado como mi príncipe azul.

Fue esa imagen la que me mantuvo cuerda durante los últimos nueve meses. El hombre que actuaba como un monstruo con todos menos conmigo.

Ya no. En ese momento, también se había convertido en mi monstruo.



Abrí los ojos y lo primero que vi fue a Bas, sentado en el sofá con los ojos cerrados. Dormido, con la respiración fuerte y uniforme. Acostada de lado, observé las líneas de su rostro. Incluso dormido, parecía tenso. Su expresión era dura y sus cejas fruncidas, como si contemplara el siguiente movimiento mientras dormía. Respiraba oscuridad con cada inhalación, con cada latido de su corazón. Lo sentía en mi piel y en mi alma.

Basilio DiLustro fue mi principio. Y temía que también sería mi final. Por mucho que luchara. Océanos y continentes de distancia nunca serían suficientes para olvidarlo.

Mis ojos parpadearon hacia la ventana. Aún estaba oscuro, lo cual no me sorprendió. Las noches de invierno eran largas. La luna llena arrojaba un resplandor sobre el desierto. Lo hacía parecer hermoso, de una cierta manera mortal.

«Algo así como este hombre», pensé en silencio.

—¿Contemplando saltar por la ventana? —La voz de Bas sonaba con algo oscuro y tentador.

Mis ojos se dirigieron hacia él. Se movió ligeramente y su rostro quedó entre las sombras.

—Es raro observar a la gente mientras duerme. —Respiré. El corazón se me aceleró en el pecho al ver su rostro familiar, pero de algún modo más viejo y agotado.

«¿Le hice eso?», me pregunté con una punzada aguda en el corazón.

—Tuviste una pesadilla —respondió, pasándose la mano por la cara con cansancio—. Gritabas.

Cerré los ojos un momento, maldiciendo mis estúpidas pesadillas y maldiciendo aún más a Gio.

Cuando abrí los ojos, era Bas el que me observaba, pero esta vez no había burla ni petulancia en su rostro. Dios, sería mucho más fácil si él fuera un chico y yo una chica, sin toda la jodida carga en nuestras espaldas. O sin la ambición de DiLustro de dominar el mundo.

Sin embargo, Basilio era hijo de su padre.

—¿Quién te hizo daño? —Me lo pidió en voz baja, con tono amenazador, aunque no iba dirigido a mí.

—Nadie.

Un tenso silencio llenó el espacio que nos separaba y una expresión atormentada parpadeó en sus ojos antes de que la fría máscara se apoderara de su rostro.

—¿Tienes pesadillas con frecuencia? —inquirió con voz apagada.

Sí.

—No —mentí.

Odiaba lo débil y aterrorizada que me hacía sentir su padre. Vulnerable y quebradiza. Un momento extra de vacilación, y su padre me habría violado. Y Bas me dejó en manos de su progenitor. Para destruirme, como lo había hecho con mi madre.

En vez de eso, le disparé. Dios, deseé haberlo matado. Para vengar a mi mamá. ¿Bas estaba aquí para vengar a su padre?

Él se levantó y me di cuenta de que aún llevaba ropa, aunque la camisa estaba descuidadamente desabrochada y la corbata colgaba suelta. Era como si hubiera venido corriendo justo cuando iba a desvestirse.

Mis ojos se clavaron en sus abdominales y en ese tatuaje que siempre admiré en el pasado. La calavera de *Capo*. Apreté los dedos en puños, luchando contra el impulso de estirar los brazos y tocarlo. Aún recordaba lo duros que estaban sus músculos bajo mis palmas y lo cálida que se sentía su piel bajo las yemas de mis dedos.

Se acercó más a mí y se puso en cuclillas, nuestras caras a escasos centímetros. Tan cerca, su mirada era más negra de lo que alguna vez la vi.

—*Tú* me dejaste.
Tres palabras. Dos corazones. Una promesa rota.

Capítulo Cuarenta Y Ocho

BASILIO



Esperé a que dijera algo. Cualquier cosa.

No lo hizo, pero los fantasmas en sus ojos eran inconfundibles. Cuando oí sus gritos a mitad de la noche, el terror que se adueñaba de su voz, casi me hizo caer de rodillas. No pude despertarla, su piel brillaba de sudor mientras se retorcía.

Así que hice lo único que sabía. Lo que mi madre solía hacer las noches que tenía miedo de mi padre. Empecé a hablarle en voz baja. Ella no podía escucharme, pero parecía que eso la tranquilizó. Le conté que la había buscado día y noche. Que nunca había renunciado a ella porque hacerlo significaba vivir en la oscuridad permanente.

Era mi luz. Mi sol.

Sin ella, solo había oscuridad.

Era mi calma en la tormenta.

Cuando se alejó de mí, se llevó la única luz de mi vida, así como mi corazón. O tal vez simplemente dejó de funcionar, no estaba seguro.

Fue la razón por la que sobreviví a mi desdichado padre y a toda la brutalidad de mi mundo. Todos los caminos me llevaron a ella, y que Dios me ayudara, me quedaría con ella.

A. Cualquier. Maldito. Costo.

No era nada sin ella. Solo un reflejo de mi padre y odiaba eso, carajo.

Sin embargo, para ella, no era nadie ahora. *Nada.*

Mis dientes se apretaron, mi mirada se endureció y sonreí sombríamente.

—Me dejaste sin mirar atrás, *Principessa* —gruñí—. ¿Por qué?

Sus labios se afinaron y su barbilla se inclinó hacia arriba, obstinadamente, mientras el desafío brillaba en sus ojos. No me lo diría. Todavía no. Pero derribaría esos muros. Le gustara o no.

—Hiciste una promesa y pretendo que la cumplas —pronuncié.

Antes de que esto terminara, sería su maldito todo.



—Deberíamos trasladarla —dijo *Priest* secamente.

Dante, *Priest* y yo estábamos sentados en el despacho de Emory. Apenas eran las ocho de la mañana.

Me senté en el sofá con los pies sobre la mesita de centro. La oficina tenía toques femeninos. Cuadros y destellos de rosa y azul aquí y allá. A pesar de que Emory rara vez vestía con color.

Me senté y crují los nudillos. Una y otra vez. La inquietud me recorría la piel, exigiéndome que fuera a ver a Wynter. La quería en mi vista todo el maldito tiempo. No podía dejar de pensar en ella.

Seguía oliendo a miel y hielo, tal como la recordaba. Cuando por fin se calmó de sus pesadillas, no pude apartar la mirada de ella. La forma en que la luna se reflejaba en su piel clara y hacía brillar sus rizos.

La necesidad de tocarla me corroía las venas, pero me negué a hacerlo. No sin su permiso. No podría soportar que me mirara como lo hacía mi madre cuando se alejó de mí. O como mamá miraba a mi padre.

—¿Estás escuchando o soñando despierto, Basilio? —espetó *Priest* y Dante le dirigió una mirada tensa.

—Basilio solo necesita follar —se mofó Dante, sentándose frente a mí y sonriendo como un hijo de puta—. En cuanto consiga que su princesa de hielo le congele las pelotas, volverá a la normalidad.

—¿Qué demonios te pasa? —soltó *Priest*, observando a su hermano mayor.

Definitivamente *Priest* se despertó con algo en el culo, y no estaba de humor para eso. Debería ir a recitarle los últimos sacramentos a alguien. Eso normalmente lo ponía de buen humor.

—Estoy dispuesto a dispararles a ambos, hijos de puta —gruñí—, si no me dicen por qué demonios tengo que moverla de aquí. Nadie conoce este lugar. Ni siquiera nuestros propios padres.

—Todo el mundo va a saber de este lugar pronto —notificó *Priest*—. Secuestraron a una patinadora olímpica de fama mundial.

¿Qué mierda le pasaba a mi primo?

—¿No te quejaste cuando se nos ocurrió el plan?

Dante debió de notar mi mal humor porque intervino:

—Wynter tenía una entrevista programada para las siete de la mañana. Notaron de inmediato que no estaba. *Priest* pudo piratear la vigilancia del hotel. Brennan se volvió loco. El gran ruso no se quedó atrás. Ambos se pelearon. Al parecer, su guardaespaldas quería sacarla en avión anoche, pero Brennan se negó.

—Bueno, eso debió haber sido entretenido —opinó Emory, entrando en la oficina como si estuviera modelando en una maldita pasarela con botas de combate y una funda—. Alguien *tenía* que tener a la princesa. —Me lanzó una mirada mordaz—. Será muy divertido cuando ataquen los irlandeses y los rusos. Será como una guerra mundial de la mafia. Quizá podamos convertirlo en un sangriento banquete de bodas.

—¡Cállense! —rugí—. Déjenme ver el vídeo.

Priest sacó su teléfono y abrió el video de vigilancia del hotel. Efectivamente, Brennan y Sasha Nikolaev estaban luchando uno contra el otro.

—Ya están hackeando toda la vigilancia y comprobando todos los registros de vuelo —advirtió *Priest*—. Están usando a Nico Morrelli. Es el mejor.

—Creía qué *tú* eras el mejor —repliqué secamente.

Me mostro el dedo medio.

—Lo soy, pero Nico tiene una empresa de tecnología que solo hace eso para él. Y con los hermanos Ashford respaldando a Brennan, estamos en desventaja.

—Excusas, malditas excusas —refunfuñé—. Los Ashford no lo apoyarán por mucho tiempo.

—Basilio, no tardarán en encontrarnos —advirtió *Priest*.

Me levanté, me abroché la chaqueta y di la vuelta para marcharme.

—Déjalos —manifesté, antes de separarme de los tres para ir a buscar a Wynter.

—¡Échate una follada! —vociferó Dante detrás de mí—. No podemos aguantarte mucho más así.

Le hice una seña con el dedo medio por encima del hombro y continué mi camino hacia la habitación de invitados del piso más alto, la que no tenía opciones de escape, donde habíamos escondido a Wynter. Después de todo, la conocí bajando por el balcón de su tío y estaba seguro de que no era la primera vez que se escapaba.

Irrumpí en su habitación sin tocar. Mis ojos se desviaron de la cama vacía hacia la pared, el balcón y el baño. No estaba aquí.

Salí corriendo de allí y bramé:

—¡Wynter!

Si se escapó, la encerraría con llave la próxima vez. No habría libertad para vagar por la casa. Estaba de vuelta en la oficina de Emory, los tres en el mismo lugar donde los dejé con expresión seria en sus rostros.

Si la dejaron escapar a mis espaldas, les aplastaría la garganta. Les enseñaría una lección que nunca olvidarían.

—¿Dónde está Wynter? —indagué, enloquecido. No estaba en su habitación. Ni en el baño. En ninguna parte.

—Está en el gimnasio del sótano —contestó Emory, mirándome con sospecha—. ¿Qué demonios te pasa?

Ignorándola, salí corriendo del despacho y casi me estrello contra su guardia.

A cada paso que daba más cerca del gimnasio del sótano, la música subía de volumen. Abrí la puerta y los graves de los altavoces casi hacían temblar las paredes de lo alto que los tenía. Sería capaz de despertar a los muertos con este tipo de música. Una especie de versión furiosa de la canción *Paparazzi* de Lady Gaga, pero gritada por un tipo.

Wynter corría sin parar en una caminadora, sin darse cuenta de que había alguien más en la habitación. Me corría la sangre hacía mi polla al ver su hermoso cuerpo en sujetador deportivo y *shorts* ajustados que apenas le cubrían el trasero. Y mierda, tenía un buen culo.

Será mejor que mis primos se mantuvieran alejados de aquí. Les sacaría los ojos si la miraban.

La sorprendí llevándose la mano a la oreja, pero su mano vaciló y me di cuenta de que estaba acostumbrada a tener los auriculares puestos. Recordé que una vez me dijo que le gustaba ponerse los auriculares y no oír nada, ni siquiera sus pensamientos. La ayudaba a concentrarse.

Saqué mi teléfono y le envié un mensaje a *Priest* para que me consiguiera unos AirPods de Apple, de todas las versiones y modelos, y un nuevo teléfono desechable de Apple. Luego me apoyé en la puerta y me quedé observándola.

Probablemente me convirtió en una especie de acosador psicópata, sin embargo, esa visión me tranquilizó. Mientras supiera dónde estaba, podría respirar.

—Tiene algo de resistencia. —La voz de Emory vino de detrás de mí y me puse rígido. Demonios, ni siquiera la escuché acercárseme. No podía ser ajeno a lo que me rodeaba, sobre todo con Wynter bajo mi protección.

—Es una atleta olímpica, dos veces medallista de oro, ¿qué esperabas? —Dante casi sonaba impresionado.

—¿Tienen que estar donde yo esté? —refunfuñé—. Y por el amor de Dios, Dante, deja de mirarla.

—No puedo evitarlo —se mofó Dante—. Puede que me prefiera a mí que a mi primo.

Un gruñido me subió por la garganta.

—Dante —advertí antes de que dijera más estupideces.

—Sí, tendrán suerte si no les dispara su tío o uno de esos rusos que utiliza como guardaespaldas. —El mundo se había ido a la mierda si mi hermana era la única a la que le quedaba algo de sentido común.

—¿Qué demonios le pasa a *Priest*? —pregunté, en lugar de comentar la observación sonora de mi hermana.

No se me escapó la fugaz mirada que ambos compartieron.

—¿Qué? —exigí saber, mis ojos pegados a la figura de Wynter.

—Necesita algo de tiempo para aceptarlo —informó mi hermana en voz baja.

—¿Aceptar qué?

—Comparó su ADN con el de ella. —Dante no parecía contento.

—¿Y?

—*Priest* y Wynter comparten la misma madre.

Capítulo Cuarenta Y Nueve

WYNTER



Me bajé de la caminadora, con la respiración agitada. Llevaba así pasada de una hora y media. Pero se sintió bien. El calmante para el estrés que necesitaba, a pesar de lo poco que había dormido.

Me acerqué al equipo de música, lo apagué y me di la vuelta para encontrarme con tres pares de ojos clavados en mí. Me detuve un segundo, sin saber por qué estaban allí. Sus rostros eran sombríos y Dante me miró acusadoramente.

Algo dentro de mí se quebró y le devolví la mirada.

—¿Qué estás mirando? —cuestioné, con los ojos entrecerrados en Dante—. Me secuestraste, ¿recuerdas? Así que no puedes parecer descontento de que esté aquí.

La hermana de Bas se rio y le dio una palmada en el pecho.

—Hombre, realmente no le agradas.

Puse los ojos en blanco.

La hermana de Bas era sorprendentemente... agradable. Para ser una secuestradora. Sabiendo que tenía un horario de entrenamiento reglamentado, vino a buscarme a la habitación y me ofreció ropa deportiva

—¿Quieres desayunar con nosotros? —Ofreció.

Mis ojos se desviaron hacia Bas y odié, maldición, que casi pareciera que le estaba pidiendo permiso.

—Sí, desayunará con nosotros —contestó Bas por mí, y mis ojos se entrecerraron en él con fastidio. O quizás conmigo misma, qué sabía.

—Puedo responder por mí, muchas gracias.

Así que volví mi atención a su hermana.

—Sí, gracias.

—Jesucristo, ni siquiera están casados todavía y ya están discutiendo —comentó Dante, sonriendo como un idiota.

Entonces comprendí el significado de sus palabras y miré a Dante y luego a Bas.

—¿Casados? —repetí, sonando como si no supiera lo que significaba *casados*.

—Te llevaré a tu habitación para que puedas ducharte —indicó Bas, y luego despidió a su hermana y a Dante. Me tomó del brazo y me llevó escaleras arriba hacia mi dormitorio. No dije nada, esperando a que me explicara a qué se refería Dante con sus palabras.

En cuanto entramos en mi recámara, giré y me encontré con sus ojos. Oscuros, intensos, ardiendo con algo que podía sentir en lo más profundo de mis dedos.

—¿De qué está hablando Dante? —exigí, mi respiración todavía entrecortada.

Bas me observaba. Nuestras miradas se cruzaban, sus ojos oscuros me arrastraban cada vez

más profundamente hacia su abismo. Sí, había dureza en ellos, crueldad y algo desquiciado. Pero también indicios de la vulnerabilidad y el dolor que le causé al alejarme de él.

Se alzaba sobre mí, sus ojos llenos de oscura obsesión. Luego agachó la cabeza, sosteniéndome la mirada. Casi como si esperaba que diera un paso atrás. Sin embargo, no lo hice. Mantuve la cabeza en alto y le sostuve la vista. Acortó la distancia y sus labios rozaron mi barbilla.

Mi corazón latía desbocado, como si fuera mi primer beso. Su boca me quemó la piel, su aroma se filtró en mi torrente sanguíneo. Dios, él era mi veneno. El más dulce que acabaría matándome. Contuve la respiración, mientras sus labios continuaron por mi mejilla, hasta encontrarse con mi boca.

Me quedé quieta, luchando contra el impulso de inclinarme hacia él. Como una polilla que se acercaba a la llama, esperando a que encendiera mis alas.

Inhalé con fuerza y se me cortó la respiración cuando su mano se acercó a mi cintura y me agarró con firmeza. Mi pecho rozó el suyo y el pulso me retumbó en los oídos. Su tacto era tan abrasador como recordaba.

—Dúchate, *Principessa* —me susurró al oído, con voz áspera—. O te bañaré yo mismo.

Se dio la vuelta y se marchó enfadado, dejándome con la mirada fija en el lugar donde estaba. Incapaz de apartar mis ojos, permanecí inmóvil.

Sentía la garganta espesa, la necesidad me ahogaba los pulmones y la desesperación me arañaba el pecho.

Nunca sobreviviría a él, no esta vez.



Cuando salí de la ducha, encontré ropa para mí tendida sobre la cama. Simple ropa interior nueva, unos *jeans* negros y una camisa negra de cuello redondo. No hacía falta ser un genio para darse cuenta de que le pertenecían a Emory.

Parecía que le gustaba el negro, pero le agradecía por el préstamo. Una vez vestida, bajé las escaleras. Encontré a los *Capos* de la familia DiLustro murmurando entre ellos, pero se detuvieron en cuanto entré.

Eran las once de la mañana y era más tarde de lo habitual para desayunar, mas con sus actividades delictivas de la noche anterior, específicamente secuestrarme, me imaginaba que todos empezaban la mañana más tarde.

—Hola, Wynter —saludó *Priest*, frunciendo profundamente el ceño y observándome con una mirada extraña.

Me quedé de pie un momento, luego ladeé la cabeza y me acerqué a una silla vacía. La más alejada de los cuatro. Siguieron mi ejemplo y tomaron asiento. Excepto Bas. Se acercó y se sentó a mi lado. Lo miré con fastidio, aunque no dije nada.

—¿Tienes todo lo que necesitas? —inquirió Bas mientras colocaba una servilleta sobre su regazo.

—¿Los italianos siempre llevan traje de tres piezas? —solté, irritada.

Un latido de silencio y la sala se llenó de risas. Incluso Bas. Odiaba lo mucho que echaba de menos su risa, el sonido me ponía nerviosa por dentro y me hacía retumbar un cálido timbre en la espalda.

—No siempre. —Se rio Dante.

—Cuando follamos, no lo llevamos —comentó Bas, con una voz oscura y sugerente.

Ya lo sabía, pero ignoré sus palabras.

—¿Cuánto tiempo llevas patinando? —preguntó Emory mientras agarraba los carbohidratos de su lado de la mesa. Supongo que fue su intento de ayudarme a esquivar una bala.

—Mucho tiempo —susurré. La verdad era que no recordaba ninguna época en la que no patinara.

Mientras comíamos, los cuatro charlaban y me limité a escuchar y comer. Se concentraron en temas genéricos. Al fin y al cabo, eran mentes maestras de la mafia. A diferencia de Juliette, Ivy, Davina y yo. Nosotras éramos una catástrofe del bajo mundo.

No pude evitar fijarme en lo cómoda que estaba Emory con la pistola en la funda. Era como una mujer fatal ruda. ¿Su padre le enseñó eso o Bas?

Un escalofrío me recorrió la espalda al recordar a su padre. Lo odiaba a muerte. Hubo tantas noches en las que deseé apuntarle a la cabeza y apretar el gatillo. Estaría muerto y ya no formaría parte de mis pesadillas. Habría pagado por destrozar la vida de mi madre.

—¿Wynter? —La voz de *Priest* me devolvió a la compañía actual. Tres pares de ojos oscuros y uno azul se encontraron conmigo. Entre sus primos, su cabello y sus ojos parecían aún más marcados.

—¿Estás bien? —cuestionó Emory, frunciendo el ceño.

—Sí.

—¿En qué estabas pensando? —inquirió Bas.

«Cómo quiero matar a tu padre». Pero no dije eso, en su lugar respondí:

—Nada.

—*Umm*, te pregunté por qué pasaste del patinaje individual al patinaje en pareja —comentó Emory, con los ojos clavados en mí. Puede que no se pareciera a su hermano, pero era tan perspicaz como él.

Me ardían los ojos y parpadeé para aliviar el escozor. Los recuerdos del ataque de su padre me arañaban el pecho con cada respiración superficial. Pero aún peor, para mi madre, que lo había perdido todo cuando tenía mi edad.

—La especialidad de mi madre era el patinaje en pareja —expliqué, con voz distante para mis propios oídos. Me giré para mirar a Bas. Dolía por él, cada minuto del día. Era un dolor crudo, presente constantemente en mi pecho. Se había convertido en un compañero constante desde el momento en que me alejé. No obstante, mi amor por él era una traición directa a mi madre—. Le dispararon en la rodilla. Arruinó... —*A ella*— . Su carrera. Aunque eso ya lo sabías, ¿no? —cuestioné, manteniendo mi atención en Bas. La tensión era tan palpable que temí que se rompiera y dejaría muerte a su paso—. Después de todo, eres hijo de tu padre.

Los ojos de Bas se volvieron oscuros y duros, algo severo y brutal en ellos me hizo sentir miedo. Por primera vez en mi vida, Bas me aterrorizaba. Intenté disimularlo, de verdad. Pero me temblaban las manos cuando intenté apretarlas y me tembló el labio.

Si empezaba a llorar, me volvería loca. *«¡No empieces a llorar! ¡No empieces a llorar!»*.

Bas se levantó de la silla, qué cayó de espaldas con un sonoro golpe, haciéndome saltar en mi asiento. Salió furioso de allí con una expresión sombría en su rostro y la mandíbula tan apretada que tenía que doler.

Dante y *Priest* estaban justo detrás de él, dejándome a solas con Emory y preguntándome si Bas sabía lo que su padre me había hecho.

Capítulo Cincuenta

BASILIO



Mi padre le disparó a su madre y Wynter lo sabía.

—¡Basilio, espera! —gritó Dante y me giré para ver a mis dos primos que me seguían a grandes zancadas.

—*Priest*, hackea los registros de mi padre y mira si puedes localizar su próximo cargamento —ordené—. Dante, averigua el horario del proveedor de Afganistán y mantén la información a la mano. En caso de que lo necesitemos con los Ashford.

Los dejé atrás, atravesé la gran puerta de la terraza y me adentré en el sol abrasador del desierto. No se comparaba con la furia que me consumía por dentro. Tenía que calmarme o arriesgarme a perder la cabeza. Si lo hacía, le daría un susto de muerte.

Sinceramente, no debería sorprenderme que lo supiera. Probablemente lo supo todo el tiempo. Después de todo, mi padre le disparó a su propia madre. ¿Por qué mierda sentía que era yo el ciego todo este tiempo?

La tensión se enroscaba bajo mi piel, acercándose a la violencia, y temí que si estallaba, el caos seguiría. Metí la mano en el bolsillo y saqué el paquete de cigarrillos. Los mismos que tenía durante mi viaje a Philadelphia con ella. El mismo paquete que me pidió que no fumara porque le preocupaba que me diera cáncer de pulmón.

Sacudí un poco la cabeza.

Mi razón se fue a la mierda cuando se trataba de la princesa de hielo. Deseaba cada maldito centímetro de su cuerpo y de su alma, y lo único que ella veía en mí era a mi padre. Al igual que mi madre.

Dejé escapar un suspiro irónico, mientras algo se me apretaba en la garganta y me dolía el pecho. ¡Me dolía tanto, joder!

Así que encendí un cigarrillo porque era seguro que eso me curaría el dolor de pecho. Inhalé profundamente hasta que me ardieron los pulmones y luego exhalé suavemente. La nicotina se extendió por mis venas, calmándome un poco. Era un tipo de calma antinatural, pero aun así la disfrutaría. O perdería la maldita cabeza. Todos estos meses me negué a encender un cigarro por sus palabras en Philadelphia y aquí estaba en ese momento, fumando uno por su culpa.

Ironía en estado puro.

Mi mirada se posó en el paisaje desértico. Podía ver por qué a mi hermana le gustaba estar aquí. Lejos de la civilización y de la gente. El olor a aceite salía de su garaje exterior, donde pasaba la mayor parte del tiempo trasteando con chatarra. Era su vía de escape.

¿Cuál era la de Wynter?

La calma me inundó con la certeza al tomar mi decisión. No importaba una mierda lo que Wynter supiera o lo que mi padre hubiera hecho. Era mía y me negaba a dejarla ir. Le advertí

desde el principio que no era un buen hombre, así que no debería sorprenderla.

El teléfono vibró en mi bolsillo, lo saqué y eché un vistazo al identificador de llamadas.

El momento perfecto para que llamaran mis primos.

—¿Sí?

—*Basilio.* —Era Byron Ashford, mi siempre controlador primo.

—Byron, ¿a qué debo este placer? —indagué.

El silencio sonó durante cinco latidos y no tenía la más maldita intención de romperlo.

—*Secuestraste a Wynter, quien está bajo la protección de Sasha Nikolaev*. —Mi mano se apretó alrededor del teléfono, el plástico protestando contra mi agarre. Si nunca volvía a escuchar ese maldito nombre, sería feliz—. *¿Por qué?* —exigió.

Me pasé la lengua por los dientes.

—¿Qué te importa? —respondí, dejando escapar un aliento socarrón.

—*Es amiga de la familia. Basilio, si tú...* —La voz de Byron contenía una advertencia, excepto que no hizo absolutamente nada para mí.

—No mandas aquí, Byron. Quédate en tu mundo y yo me quedaré en el mío.

—*Eres un imbécil, lo sabes, ¿verdad?* —Una voz furiosa sonó de fondo.

—*Dile, maldición, que es un idiota muerto.*

Sonaba como la voz de Brennan.

—Saluda a Brennan de mi parte —declaré sin expresión.

—*Winston, evita que esos dos se maten* —ordenó Byron a su hermano pequeño, y entonces oí cómo se cerraba la puerta.

—*¿Qué se necesita para que la liberes?* —preguntó mi primo.

Nada en este maldito mundo me haría soltarla. Era mía, mierda.

—Se quedará conmigo. Sin embargo, escuché que tú y tus hermanos están acosando a Dante. Tenemos algo que tu hermano en Canadá quiere. Lo conseguirá, pero solo si me apoyas contra Brennan y los Nikolaev.

Ojalá pudiera ver la expresión de Byron. Me diría lo que estaba pensando. Byron siempre intentaba compensar los pecados de su padre. La similitud no pasó desapercibida, pero a la mierda si lo señalaría. Él querría hacer lo correcto por su medio hermano. Esta podría ser posiblemente la única manera de Byron de tener una relación con Alessio. El desgraciado en Canadá era más rico que Midas y nunca necesitaría el dinero de Byron y definitivamente no quería el apellido de su padre. De hecho, despreciaba el apellido Ashford.

—*¿Vas a hacerle daño a la chica?* —inquirió en voz baja.

—No.

—*Entonces tienes un trato* —confirmó, aunque a regañadientes.

Capítulo Cincuenta Y Uno

BASILIO



A la mañana siguiente, ordené a uno de los guardias de Emory que llevara a Wynter al comedor. Dante, Emory y *Priest* ya estaban sentados alrededor de la mesa, y la tensión en el aire era tan densa que se podía cortar con un cuchillo.

No se me escapó la mirada compartida por Dante y Emory.

—¿Qué? —ladré.

Dante arqueó la ceja, imperturbable.

—No he dicho nada.

—Pero lo pensaste. —Se rio Emory.

—Tú también —objetó Dante.

—¿Quieren dejar de discutir cómo bebés? —solté—. Y díganme que están pensando.

Emory se encogió de hombros.

—Me avisaron que Brennan está a quince minutos de distancia. Viene por ella.

—¿Cómo la encontró tan rápido? —Sabía que era cuestión de tiempo, pero esperaba que tardara más.

—Nico Morrelli —notificó Dante.

—Maldita sea, tenemos que encontrar una manera de bloquear a ese viejo —siseé molesto—. O trabajar con él.

—Fue estúpido secuestrarla —argumentó *Priest*, con expresión asesina—. No estuvo bien, Basilio.

Mi mirada entrecerrada encontró la suya.

—Métete en tus malditos asuntos. —Nunca me había enfrentado a Dante ni a *Priest*. Pero si intentaban quitarme a Wynter, lo haría. Nadie me la volvería a quitar. *Nadie.*

Priest se puso de pie al mismo tiempo que yo.

—Es mi maldita hermana. Eso lo cambia todo.

Me puse en su cara mientras un ardor irradiaba en mi pecho.

—¡Y es mi mujer! —rugí—. Lo juro por Dios, *Priest*. Tócala y *yo* te leeré tus últimos sacramentos.

Dante y Emory compartieron una mirada, no obstante, se negaron a interferir. Aunque todos sabíamos que si llegaba el caso, Emory se pondría de mi lado y Dante del de *Priest*.

—Estás demasiado ciego cuando se trata de ella. —*Priest* se negó a retroceder. No es que esperara que lo hiciera—. Estás tan obsesionado que no puedes ver que la chica te tiene miedo. No dejaré que la lastimes.

Mi cuerpo chocó contra el de *Priest* y los platos de la mesa se sacudieron.

—¡Prefiero cortarme la polla antes que hacerle daño! —bramé—. Si vuelves a sugerir algo

parecido, acabaré contigo.

En toda mi vida, nunca había tenido desacuerdos con *Priest* o Dante. ¡Nunca! Hasta este instante. Y todo se reducía a Wynter. *Priest* tenía razón, estaba obsesionado con ella. De hecho, era mucho más que una simple obsesión. Era una locura. Era amor.

La amaba muchísimo. La vida sin ella no era una opción. Me amó una vez. Haría que me amara de nuevo.

Demonios, estaba tan metido que no tenía forma de salir a tomar aire.

—Basilio, está emparentada con Brennan y el *Pakhan*. Tiene como guardaespaldas a un maldito ruso loco y es una celebridad —agregó Dante desde su lugar, aunque sus hombros tensos no pasaron desapercibidos.

—¿Pedí tu opinión? —gruñí—. Wynter se queda conmigo. Dondequiera que vaya, ella irá. —Miré fijamente a *Priest*—. ¿Entendido?

Se quedó en silencio. Un segundo. Dos segundos.

Asintió.

—Pero si le haces daño, te mataré, mierda. Primo o no. ¿Entendido? —amenazó.

—Me parece justo. —Di un paso atrás.

—Todos están perdiendo el punto de que *Priest* está relacionado con el *Pakhan* también —señaló Emory—. Y si ustedes tres, idiotas, le hacen daño, los mataré a todos.

—Vamos a relajarnos —animó Dante, el pacificador—. Tenemos que trabajar juntos, sobre todo ahora que vienen visitas.

—Basilio, ¿sabe Wynter que estará unida a ti por el resto de tu vida? —murmuró Emory, con una clara advertencia en los ojos—. Tienes que darle a elegir.

Mi mandíbula se apretó y mi humor se oscureció. El hecho era que Wynter huiría si se le daba la oportunidad. Para eso no necesitaba que le leyeran la mente. Me abandonó una vez; me abandonaría de nuevo.

Ahora todos estábamos sentados, aparentemente tranquilos, mas la tensión rebosaba bajo nosotros.

—¿Y qué vas a hacer, Basilio? Arrastrarla por el cabello hasta el altar —continuó, incitándome.

—Si tengo que hacerlo.

Alguien se aclaró la garganta desde el otro lado de la habitación y los cuatro miramos para encontrar a un guardia junto a la puerta.

—¿Es un buen momento? —preguntó.

—*Oh*, por el amor de Dios. —Wynter se rio detrás de él y lo esquivó—. Me importa un carajo si es un buen momento. Tengo hambre.

Evitando mis ojos, Wynter se dirigió al asiento más alejado de los cuatro y se sentó como una reina. Como alguien acostumbrada a salirse con la suya. Como alguien que sabía exactamente cuánto valía.

Fue lo que amé de ella cuando nos conocimos. Su fuerte personalidad. Su determinación. Y la forma en que me miraba. Como si fuera su príncipe. Esto último ya no existía.

Uno de los empleados tomó nota de su petición de desayuno y desapareció para ir a buscar su comida. El silencio llenó el comedor, la atención de Wynter estaba en todo menos en los cuatro. Nos ignoraba a propósito, y cada segundo que pasaba aumentaba mi ira.

Que se atreviera a ignorarme.

—¿Dormiste bien? —cuestionó Emory, tratando de romper el silencio.

Wynter se puso rígida un momento y luego nos miró a los cuatro.

—No, no dormí bien. Me secuestraron —reviró—. También tuve un visitante no deseado a mitad de la noche, observándome mientras dormía. Durante dos noches seguidas. Es aterrador —indicó, mirándome fijamente. No pude evitarlo, tuvo una pesadilla—. Quiero irme a casa. —Entonces nos vio fríamente—. Ahora.

—Tú no mandas aquí, cariño —opinó Dante, lo que le valió un pequeño gruñido de nuestra invitada—. Pero ya que estás aquí, cuéntame cómo ganaste la partida de póquer en mi mesa el año pasado. Desde hace tiempo que me lo he estado preguntado.

—Y, yo me he *preguntado* durante un buen tiempo qué se sintió cuando Juliette te dio una patada en las pelotas. —Se rio Wynter, y luego tomó un sorbo de su jugo de naranja.

Emory ahogó una carcajada, ganándose una mirada fulminante de nuestro primo.

—¿Qué? —inquirió Emory inocentemente—. Se te olvidó mencionarlo. También me gustaría saber qué se siente.

—Dolió bastante —refunfuñó.

—¿Por qué te pateó en las bolas? —Curioseó Emory.

—La señorita Flemming tenía una pequeña operación de robo en marcha —declaró Dante—. Fuimos a interceptar su conteo de cartas y su maldita prima me distrajo, luego me pateó en las bolas.

Wynter se encogió de hombros.

—Sinceramente, me ofendes, *Dante* —se burló de él—. Llamando pequeña a nuestra operación.

La expresión de Dante se tiñó de diversión y se tapó la boca con la mano para disimularla. No todos los días alguien nos embaucaba.

El desayuno de Wynter entró en ese momento, interrumpiendo la conversación.

—Gracias a Dios —murmuró, agarrando sus carbohidratos. Nunca había conocido a una mujer que comiera tanto como Wynter. Finalmente entendí por qué, por su estricto horario de entrenamiento de patinaje sobre hielo.

—No tienes que comértelo todo de una sentada —se burló Dante de ella. Wynter lo fulminó con la mirada y la risa de Emory llenó la habitación. Hacía mucho tiempo que no oía reír tanto a mi hermana.

Mis ojos parpadearon hacia mi hermana, estudiándola. Esta habría sido ella si hubiera tenido una vida normal. Probablemente habría tenido amigas como Wynter, metiéndose en líos y riéndose. Todo el tiempo. En cambio, era dura. Lo ocultaba tras su pequeña figura, engañando a sus enemigos con que era débil. Sin embargo, era igual de despiadada que nosotros.

Tenías que serlo para sobrevivir a nuestro padre.

La casa tembló y una voz estridente recorrió la casa.

—¡¿Dónde está?! —La voz de Brennan resonó en el primer piso y, al momento siguiente, la puerta del comedor se abrió con un estruendo.

Bueno, esos no fueron quince minutos.

Wynter salió disparada de su asiento, y yo también. Dante y Emory siguieron, ambos con las armas desenfundadas. Antes de que Wynter pudiera acercarse a Liam, estaba a su lado, con el brazo alrededor de su cintura y levantándola.

—¡Suéltame, bruto! —siseó Wynter cuando Brennan entró en la habitación.

—DiLustro, quita tus manos de mi sobrina ahora mismo —ordenó Brennan.

Wynter seguía intentando darme codazos, retorciéndose contra mí.

—Si quieres vivir —advirtió el imbécil rubio que reconocí como Sasha Nikolaev—. Le quitarás las manos de encima.

Brennan vino con refuerzos.

Capítulo Cincuenta Y Dos

WYNTER



Armas apuntando en todas direcciones.

Tío tenía apuntando a Bas. Sasha también. Luca sostenía dos pistolas apuntando a Dante y *Priest*, mientras Killian sostenía la suya contra Emory quien parecía tan divertida. Como si estuviera disfrutando esto.

¡Jesucristo! Estaba tan desquiciada como su hermano y sus primos.

Y los hermanos de Davina, Byron y Winston Ashford, llegaron justo detrás de mi tío y sus aliados. Aunque no parecían estar en modo de lucha, ambos apoyados en la pared y con las manos en los bolsillos. Observaban toda la escena desarrollarse como si fuera un programa de televisión en vivo.

¿Qué demonios estaba pasando?

Me sacudí contra Bas, intentando una vez más liberarme.

—DiLustro, último aviso —gruñó tío Liam—. Antes de que te meta una bala entre los ojos.

—El desgraciado no necesita advertencias —escupió Sasha, su mirada preocupada conectó con la mía—. Digo que los matemos y acabemos con esta mierda.

Se me heló la sangre de miedo. Por Bas. Por tío. Por todos.

—Sasha, por favor... —susurré, pero no pude terminar la frase. Me encontró ensangrentada. Quería volver y matar a todos los DiLustro. Tuve que rogarle que no lo hiciera. Juró que no lo haría, a menos que algún DiLustro volviera a tocarme—. Por favor, no lo hagas.

Sacudió la cabeza, sus pálidos ojos azules ardían con furia.

—Nadie sale impune con esta mierda, Wyn. No después de lo que te hicieron.

La mirada de tío Liam oscilaba entre nosotros. No sabía nada del trato que habíamos hecho Sasha y yo. Tío no sabía que Gio DiLustro casi me violó.

—¿Qué está diciendo? —Bas preguntó entre dientes, su agarre apretándose.

—Sí, ¿qué está diciendo Sasha? —Tío Liam hizo eco de las palabras de Basilio.

Sacudí la cabeza, rogándole a Sasha que no dijera nada. No quería la muerte de nadie en mis manos. Excepto por un DiLustro, pero ese no estaba en esta habitación.

—Malditos rusos con sus bocotas —gruñó Dante con asco.

Luca King se pasó una mano por la mandíbula con socarrona diversión.

—Se creen invencibles, ¿*eh*? Malditos Capos.

El corazón amenazaba con salírseme del pecho mientras mis ojos recorrían alrededor de la habitación. Si seguía así, me marearía de verdad.

—No pareció importarte que fuéramos Capos cuando necesitaste ayuda con cierta dama —se burló Emory de él—. No creas que olvidé tu viaje y el de tu hermano a Las Vegas.

Parpadeé confundida. No tenía ni una maldita idea de lo que estaban hablando.

—Dios, ustedes son insoportables —anunció Winston mientras una chispa divertida brillaba en sus ojos. Ambos hermanos Ashford no se movieron, relajados contra el marco de la puerta. Solo necesitaban un bol de palomitas para que su entretenimiento fuera completo.

—Ya, ya, todos. —Tranquilizó Byron con esa civilidad enmascarada. Era tan brutal como el resto del bajo mundo. Apostaría mi vida en ello—. Tenemos que arreglar esto como gente normal. Deja que mis primos digan lo que quieran, y todos podemos llegar a un acuerdo. Sin derramamiento de sangre.

—Primos —se burló Emory—. Solo porque tu madre era hermana de nuestro padre, no nos convierte en familia.

—No te llamé familia, ¿verdad? —Byron dijo arrastrando las palabras, sus ojos fríos en ella.

—Byron, tus primos están locos —solté, con la respiración agitada.

Nadie me hizo caso. Byron y Winston tenían los ojos puestos en los hombres, listos para dispararse unos a otros. Me sentí como una presa atrapada en la guerra, sin saber hacia dónde correr.

¿Quizá quedarme con el captor actual?

—Me importa una mierda de quién son primos —argumentó Killian—. Secuestraron a una mujer. *A mi prima.* DiLustro ha ido demasiado lejos.

—Wynter es *mía* —gruñó Bas—. Es el pago de una deuda. —La confusión se retorció en mi estómago mientras mis ojos buscaban frenéticamente a tío y a Killian, y luego a Sasha. Mi sexto sentido me lo advirtió, pero mi cerebro no daba con los detalles con la suficiente rapidez—. Cuarenta millones de dólares.

Me llegó de golpe.

—Maldición —solté al mismo tiempo que tío. Intenté darle un codazo a Bas, mas su brazo alrededor de mí no cedió. En lugar de eso, mi trasero se rozó contra él.

Sus labios presionaron mi oreja.

—Cuidado, *Principessa* —susurró en mi oído para que nadie más pudiera escucharlo—. Me estás dando una erección, empujando contra mí de esa manera.

Me quedé inmóvil al instante, con los ojos fijos en tío y en Sasha. Este último parecía dispuesto a empezar a disparar y dar por terminado el día. Mi tío era el estratégico.

—Haré que te envíen el dinero —acordó tío—. Hoy en la mañana.

Una sonrisa sardónica apareció en la expresión de Basilio.

—No se puede, Brennan.

—¿Qué quieres, entonces, DiLustro? —Tío cuestionó entre dientes.

Mi corazón martilleaba contra mi pecho; de hecho, me dolía respirar. Algo en la pregunta de tío hizo que mi instinto de supervivencia se activara. Y al igual que una presa, sentí la necesidad de correr.

Giré la cabeza y vi que los ojos de Bas estaban llenos de oscuridad. Durante una fracción de segundo, sus ojos se encontraron con los míos, y algo vulnerable brilló en aquellas profundidades, lo que hizo que me doliera el pecho.

Mi respiración se entrecortó cuando todos los sentimientos reprimidos se abalanzaron sobre mí. El hombre que solía conocer me ofrecía destellos de su vulnerabilidad, pero justo cuando iba a abrir la boca, su expresión volvió a cambiar a una máscara fría y oscura.

—Una esposa —contestó Bas y su mirada se endureció al volver a mi tío. Una fría comprensión me llenó los pulmones al ver cómo los ojos de tío se volvían oscuros, como los océanos más profundos durante una violenta tormenta. Nunca antes había visto esa mirada en su cara, ni cuando nos atraparon con nuestras travesuras o cuando perdí la cabeza con él.

—Pon un anuncio en el periódico —replicó este—. No tendrás a mi sobrina. De hecho, a nadie de mi familia.

Lentamente, como si estuviera atrapada en una película en cámara lenta, miré a Dante y luego a Emory, cuyos ojos parpadearon con arrepentimiento.

—¿Por qué iba a hacerlo? —Bas declaró—. Ya he encontrado a mi futura esposa.

Sacudí la cabeza, incapaz de respirar. Se me escapaban las palabras y el corazón se me comprimía en el pecho. No podía casarme con él. Me enamoré de él una vez y seguir adelante casi me destruyó. No podía estar cerca de él; mi corazón volvería a enamorarse de Bas. No sobreviviría.

El silencio que se hizo en la sala fue de odio y enojo por parte de tío y Sasha, de aburrimiento por parte de Luca King, de reflexión por parte de los hermanos Ashford y de apatía por parte de Bas.

—No, no, no. —Respiré.

—Ella no te quiere, imbécil —comentó Killian, con voz fría, mientras la mirada de Bas me atravesaba.

No sobreviviría a mi antiguo amante.

Capítulo Cincuenta Y Tres

BASILIO



Ella no me quería.

Me importaba una carajo. Me tendría. Solo a mí. Por el resto de nuestras vidas.

La princesa de hielo sería mía. Aunque la sangre cubriera el altar mientras decíamos nuestros votos. No había forma de evitarlo, para ninguno de nosotros.

—Un miembro de tu familia me robó —informé—. Y este es mi pago. O tendremos una guerra.

—Ese club no es tuyo —discutió Brennan.

—Es mío —declaré, sonriendo sombríamente—. Deberías estar recibiendo una copia de las escrituras... ahora mismo.

Los teléfonos de todos sonaron.

—Caballeros, eso serían las escrituras —anunció *Priest*.

Brennan no se molestó en ver el mensaje, pero su mirada se desvió hacia *Priest* y sus cejas se fruncieron. Luego sacudió un poco la cabeza y volvió hacia mí con su sobrina en mis brazos.

Byron, mi primo renuente, fue el único que lo comprobó. Sus ojos se desviaron hacia mí.

Una respiración. Dos respiraciones.

—Es suyo —confirmó Byron—. Desde hace más de un año.

—Te enviaré el doble de la cantidad que se llevó. —Ofreció Brennan.

Dejé escapar un suspiro sardónico.

—No es suficiente.

No había nada ni nadie que sirviera, excepto esta mujer en mis brazos. Empezaría atándola a mí, luego haría que me amara. Tendría su lealtad, su confianza, su amor. Lo quería todo.

Y lo daría. Tal y como prometió.

—Nombra cualquier cosa —pronunció Brennan secamente—. Cualquier cosa, excepto ella.

Lancé una mirada hacia él y sus refuerzos. Aunque Brennan no lo sabía, los hermanos Ashford estaban aquí para respaldarnos, no a él. Si Alessio Russo, el hijo ilegítimo del senador Ashford, quería el contacto de nuestro proveedor para entrar en Afganistán, los Ashford tendrían que pagar.

Familia o no. Nada en esta vida era gratis.

Mis primos y yo éramos de los pocos que podían entrar en aquel país y Alessio quería entrar desesperadamente. A toda costa.

—Ella es mi término. —Sonreí satisfecho. Y negármela no era una opción.

—¡Tendrás tu guerra, entonces! —aseveró Brennan entre dientes—. No puedes tener a Wynter.

Los ojos de Wynter recorrieron frenéticamente la habitación. Dejó de luchar contra mí y su

cuerpo se tensó en mis brazos.

—¿No pueden estar hablando en serio? —susurró—. Díganme que esto es una broma.

—Así es como se hacen las cosas —comentó Luca sin expresión—. Creí que tú y tu escuadrón de chicas estudiaban actividades criminales.

—Cállate, Luca. —La mirada amenazadora de Sasha probablemente haría que un hombre menor se cagara encima. Desafortunadamente para todos los presentes, estábamos acostumbrados a cosas mucho peores.

—Estaba ocupada entrenando —siseó Wynter—. Estaba corta de tiempo para estudiar sus jodidas costumbres medievales.

Luca sonrió.

—Te apuesto oro olímpico a que esta chica mata a DiLustro con sus propias manos al final.

—Me apunto a la apuesta —declaró Byron—. Yo digo que no.

—Basta —refunfuñó Brennan—. DiLustro, suelta a mi sobrina. Te transferiré cien millones. Y dejaremos esto en el pasado.

Dante silbó.

—Vale mucho para ti, ¿*eh*?

—Todo —admitió—. Hice la promesa de mantenerla a salvo. No lo está cerca de ti. Igual que su madre no lo estaba cerca de tu padre.

Apreté los dientes. La mantendría a salvo hasta mi último aliento.

—Podemos tener una guerra, Brennan, pero Wynter es mía de cualquier manera.

Capítulo Cincuenta Y Cuatro

WYNTER



La expresión de tío era asesina.

El odio y la aversión eran tan intensos en el aire que me tocaban la piel mientras permanecía congelada en los brazos de Bas, saboreando el miedo.

Por la vida de Bas. Por la vida de mi tío. Por la vida de todos.

Mientras nadie más parecía preocupado, mi corazón se convirtió en un bloque de hielo.

El miedo se retorció tan violentamente en mi estómago que sentí la necesidad de vomitar. No podía permitir que estos hombres se mataran entre sí. Giré la cabeza y me encontré con la oscura mirada de Bas.

Sin palabras. Sin sonrisas. Nada.

No obstante, en el fondo había una vulnerabilidad que percibía más que verla. El dolor en mi pecho creció. Si no hacía algo, significaría violencia y muerte. *Una guerra*.

Sabía lo que tenía que hacer. Lo que debía hacer. Pero la autopreservación era algo difícil de superar.

Mi vista se desvió hacia mi tío. No habíamos hablado desde que desahogué mi ira en él meses atrás. Lo culpé de tantas cosas. Estuvo mal y ver de primera mano que estaba dispuesto a ir a la guerra para mantenerme protegida lo resaltaba aún más.

—Lo haré —dije con voz ronca. Basilio me rodeó la cintura con su brazo y juré que me acercó más a él. Mientras, se me hacía un nudo en la garganta y la tensión se cernía sobre la habitación como una nube tormentosa.

Los ojos de tío se desviaron hacia mí.

—Wynter, eso no es lo que tu madre quiere para ti.

—Tampoco lo es una guerra —razoné.

—Chica lista —elogió Luca. No se sentía inteligente.

—Wyn, no —protestó tío—. No, te mereces algo mucho mejor. —Entonces entrecerró los ojos hacia Bas, y si las miradas mataran, el amor de mi vida estaría muerto.

—Tengo que estar de acuerdo —aseveró Sasha—. Nunca estoy de acuerdo con tu tío, pero en este caso. Solo di la palabra, Wyn.

Sacudí la cabeza. Nunca sería capaz de decirla. No cuando se trataba de matar al hombre que amaba. A su padre... sí. Pero nunca a Basilio.

—¿Wyn? —Tío llamó y me sentí como una tramposa. Se preocupaba por mí y yo ansiaba a mi villano con todo mi corazón. Nunca sería capaz de cortar este amor que sentía por él. Mi corazón lo sabía. También mi alma y mi cerebro.

—*Lo tengo* —le aseguré en gaélico, sosteniéndole la mirada—. *Déjame casarme con él y mantenemos la paz.*

Tal vez al menos tendría la oportunidad de matar a Gio.



Me quedé encerrada en mi habitación.

Tres guardias de DiLustro me rodearon, me acompañaron a mi habitación y me encerraron.

Tío Liam quería llevarme a casa. Bas se negó. No confiaba en nosotros. Creía que desaparecería a la primera oportunidad. No estaba segura de si lo haría.

Me quedé observando hacia la puerta.

Me casaría con Basilio DiLustro. Antes de conocer nuestra historia familiar, era un sueño hecho realidad. En ese momento, era simplemente... *complicado*. Y estaba la cuestión del padre de Basilio.

Apreté los puños, dejé que las uñas se clavaran en mis palmas y me deleité con el dolor. Estaba decidida a matarlo, a hacerlo pagar por lo que había hecho. Fue terriblemente fácil apretar el gatillo la última vez. Sobre todo cuando la adrenalina y la ira bombeaban por mis venas. Podía volver a hacerlo.

Solo tenía que pensar en mi madre y encontraría el valor para acabar con él.

Me dirigí a la ventana francesa y salí al balcón. El suelo de baldosas me refrescaba los pies descalzos. Me recosté contra la pared y me hundí lentamente. Recogí las piernas contra el pecho y apoyé la frente en mis rodillas.

No había oído disparar ningún arma y lo tomé como una buena señal. Aunque odiaba que estuvieran teniendo conversaciones sobre mí, sin mí.

Mirando al horizonte, el desierto parecía interminable, rodeando la mansión. El paisaje se convirtió en una renuente familiaridad.

Me quedé allí sentada, viendo al horizonte, pero sin verlo realmente. Me pregunté si mamá estaría bien. Ni siquiera le pregunté a tío.

Me puse de pie de un salto, corrí hacia la puerta y, a pesar de saber que estaba cerrada, tiré de ella. Entonces golpeé como una loca.

—¡Basilio! —vociferé mientras golpeaba con el puño la dura puerta de caoba—. ¡Basilio!

Seguí golpeando, me dolían los puños por el impacto.

Unos pasos retumbaron hacia la habitación y me detuve.

—¡Basilio! —grité.

La puerta se abrió y me encontré cara a cara con Dante.

—¿Qué demonios, Wynter? —refunfuñó.

—¿Sigue aquí mi tío? —cuestioné frenéticamente. Asintió con la cabeza—. Tengo que preguntarle por mi madre. —Respiré.

—Dime qué quieres que le pregunte —gruñó con fastidio.

Sacudí la cabeza.

—No, quiero hacerlo yo.

Por un momento dudó.

—Por el amor de Dios. —Cedió—. Date prisa, porque se están preparando para irse. —Asentí y lo seguí—. Y no intentes ninguna estupidez y hagas que me arrepienta de esto.

—Deberías arrepentirte de haberme secuestrado —siseé, con pasos apresurados.

Entramos en el vestíbulo justo cuando mi tío, Killian y Sasha se dirigían a la puerta principal. La mano de Dante me rodeó el antebrazo cuando me disponía a correr hacia ellos.

—¡Tío! —llamé. Dante me jaló hacia atrás y le lancé una mirada molesta—. Dante, suéltame.

Antes de que pudiera decir una palabra, Basilio estaba a mi lado.

—Suéltala *ahora* —ordenó Bas, con voz fría; la advertencia me produjo escalofríos. Tenía la mirada fija en Dante, oscura y fulminante.

Dante me soltó el brazo y Bas inclinó la cabeza en señal de reconocimiento. No tenía ni una maldita idea de qué se trataba aquello, pero cuando volví la vista hacia mi tío Liam, Killian y él compartieron una fugaz mirada.

—Tío, ¿cómo está mamá? —inquirí, dando un paso para ir hacia él, pero Bas se aferró a mí ahora. Tiré de mi brazo—. Suéltame, Basilio —espeté.

—No irás a ninguna parte sin mí —advirtió y solté un suspiro frustrado.

Di cinco pasos y me detuve, a un metro de los tres hombres que me protegían.

—¿Mamá? —Exhalé—. ¿Está bien?

Bas permaneció a mi lado, con la silueta de su pistola presionando mi espalda. Un recordatorio de que si hacía algo estúpido, podría acabar en un derramamiento de sangre. No me arriesgaría, pero tenía que saber que ella estaba bien.

—Está bien —me aseguró tío—. Juliette, Davina e Ivy están con ella.

—No... No la dejes sola, ¿de acuerdo? —pedí.

—Nunca.

Ignorando el agarre de Bas, tío Liam me abrazó. Era un poco incómodo con Bas a mi espalda, lo que me permitía abrazarlo con una sola mano.

Y entonces Sasha, que Dios lo ayudara... o a mí... dio un paso adelante y me abrazó, jalando también a Bas.

—Lastima aunque sea una sola hebra de su cabeza y estás muerto —amenazó Sasha.

—Adelante, rubio —respondió Bas con voz sombría. Los labios de Bas se curvaron en una mueca, sus ojos duros e implacables—. Y no vuelvas a tocar a mi mujer. O te haré pedazos.

—Maldito diablo italiano —espetó Sasha.

—Ruso imbécil —se mofó Bas.

—Jesucristo, ¿es esto la preparatoria? —siseé—. *Estaré bien* —le aseguré a Sasha en ruso y sonriendo con confianza—. *Me enseñaste bien.* —Algo peligroso parpadeó en los ojos de Bas y rápidamente añadí—: Adiós, Sasha.

Capítulo Cincuenta Y Cinco

BASILIO



La puerta se cerró tras el idiota ruso y fue entonces cuando solté el brazo de Wynter.

Brennan y yo estuvimos de acuerdo con la boda, y solo en la boda. Fue un acuerdo a regañadientes y apenas civilizado. No me importaba un carajo, mientras Wynter estuviera conmigo. Le dije que me encargaría de la boda. Le informaría la hora y el lugar.

—Ansiosa por salvarlo, *¿eh?* —provoqué con voz sombría, pero la verdad era que estaba tan celoso que una niebla roja cubrió mi visión.

Wynter me miró y se encogió de hombros.

—Sasha no necesita ser salvado —opinó—. Y si hubieras mantenido la cabeza fría, te habrías dado cuenta.

Una risita sonó detrás de mí y la seguí hasta donde estaban mis primos y mi hermana, los tres observándonos.

—Cabeza fría y Basilio cuando se trata de ti no van en la misma frase —mencionó mi hermana.

—Emory —advertí.

—Es verdad —replicó ella—. Y sabes que lo es, así que ahórranos a todos el dolor de cabeza y escucha a tu futura esposa.

Wynter se puso rígida por un momento, su respiración se calmó y sus ojos se clavaron en mí.

Tragó saliva antes de preguntar:

—¿Cuándo?

—Este sábado —informé. Si es que podía esperar tanto—. Nos casaremos en St. Patrick´s Cathedral en New York.

—Esperemos que no se convierta en una boda sangrienta —expresó Emory.

—Tengo que hacer eco de ese sentimiento —repitió Wynter, mirándome fijamente. Ignoré su insinuación. No podía prometerle nada al respecto. Si alguien intentaba arrebatármela, habría derramamiento de sangre. No había forma de evitarlo.

—¿Quieres ir a caminar? —pregunté en su lugar.

Levantó las cejas.

—¿Por qué? —cuestionó con suspicacia.

—Han pasado dos días y has estado encerrada. —Se quedó quieta, como si no confiara en que la llevaría afuera—. Vamos —animé.

—*Vaya*, pensé que me lo estabas pidiendo —comentó sarcástica.

Nos dirigimos al pasillo trasero y salimos por la puerta doble. En el momento en que el sol toco su rostro, sus pasos se detuvieron y exhaló, luego inclinó la cara hacia el cielo.

La observé en silencio. Su expresión me dejó sin aliento. Sus largas pestañas rubias oscuro

abanicaban sus pómulos y sus labios se curvaban en una sonrisa. La primera que veía desde que la secuestré.

Cuando por fin abrió los ojos, me encontró mirándola todavía. Me importaba una mierda. Después de nueve meses, quería bebérmela y saciarme de ella.

—*Principessa*, ¿por qué te fuiste? —Tenía que saberlo. Me lo debía. La vacilación se reflejó en su expresión, pero la disimuló rápidamente—. Prometiste quedarte y luego te fuiste. ¿Por qué?

Sus cejas se fruncieron, como si evaluara mis palabras. O mis intenciones. Luego empezó a caminar, apartando su atención de mí. Caminábamos en silencio. Si creía que iba a renunciar a encontrar la razón de su partida, estaba muy equivocada.

Era implacable cuando quería algo. Y la quería a ella. Fue lo que me mantuvo hacia adelante, durante los últimos nueve meses.

—Tengo algo que decirte. —Empecé, rompiendo el silencio que no era precisamente incómodo.

Priest era su hermano. Tenía derecho a saberlo y no estaba bien ocultárselo. Aunque me preguntaba cuánto sabía exactamente.

—¿No me digas que estás nervioso? —retó, con tono sarcástico.

—Nos vamos a casar —continué, ignorando su sarcasmo—. No deberíamos tener secretos entre nosotros. —Se burló, pero no le presté atención. Ya entraría en razón—. *Priest* analizó tu ADN.

Se puso rígida, aunque no dijo nada.

—*Priest* y tú son medios hermanos —confesé.

Sus ojos se abrieron de par en par y la expresión de asombro de su rostro reveló la verdad. No lo sabía.

—¿Q… qué? —balbuceó, con los ojos muy abiertos—. ¿Cómo?

—Comparten la misma madre —expliqué. Parpadeó y volvió a parpadear, probablemente tratando de asimilarlo—. Hace veinticinco años, tu madre y mi tío tuvieron algo.

—Un medio hermano —repitió—. Pero dijo que había perdido al bebé.

Mis ojos se clavaron en ella.

—¿Lo sabías?

Un suspiro pesado se deslizó por sus labios rosados.

—Me lo contó no hace mucho. —Sus ojos se desviaron hacia el horizonte y los jardines que se extendían alrededor de las varias piscinas que Emory tenía aquí atrás—. Dijo que había perdido al bebé, no que el bebé hubiera muerto —susurró, como si hablara consigo misma.

—¿Crees que lo sabe? —indagué.

Los ojos de Wynter se encontraron con los míos.

—No lo sé —murmuró—. Ya no sé nada.

Capítulo Cincuenta Y Seis

WYNTER



Bas me llevó de regreso a mi habitación después de pasar una hora afuera.

Después de la revelación sobre *Priest*, no hablamos más. No me atreví a contarle lo que sabía. No podía confiar en él. Aunque me hacía pensar por qué me confiaba su información. Ni siquiera la había compartido con mi tío.

¡Dios, qué desastre!

No podía llamar a mamá para preguntarle. ¿Lo sabía? Debí malinterpretarla cuando dijo que había perdido al bebé. Entendí que había muerto.

Con un fuerte suspiro, me di cuenta. Estaba sola aquí, hasta la boda. Bas dijo que mi familia estaría allí, junto con sus invitados. Quienesquiera que fueran.

Caminé de vuelta al balcón y me senté. Se había convertido en mi lugar preferido cuando estaba atada a este dormitorio. Cerré los ojos, apoyé la cabeza contra la pared y escuché el susurro del viento en el desierto. A diferencia de la ciudad, me resultaba relajante y tranquilizador. Irónico, teniendo en cuenta cómo me había encontrado aquí.

Bas preguntó por qué me fui. ¿Por qué? Él lo sabría. Realmente no esperaba que me quedara, no después de esa cruel actuación de su padre. No después de descubrir que fue su padre quien le disparó a mi madre.

La última vez, puse mi fe en él. Confié ciegamente en él. No volvería a repetir el mismo error. *No podía* permitirme repetir el mismo error otra vez. Podría destruirme. A mamá. A tío Liam. A mis amigas.

No sabía cuánto tiempo llevaba así sentada cuando Basilio salió al balcón y mis ojos se posaron en él. Ni siquiera lo escuché entrar. Mientras me cambié en unos *shorts* y una camiseta de tirantes, él seguía con su traje de tres piezas.

Se puso en cuclillas ante mí, me tomó la barbilla y la levantó suavemente hasta que nuestras miradas se encontraron. Sus ojos oscuros me observaban, escudriñando mi rostro.

No podía leer sus emociones, su mirada oscura, pero cálida. Había algo en él que me hacía sentir tan *bien*. Tan *cálida*. Tan *mío*. Pero sin confianza, todo era en vano. Con la historia entre nuestras familias, estábamos condenados desde el principio.

Y aun así, no lo aparté de mí.

El aire que nos rodeaba se detuvo y los latidos de mi corazón ahogaron todos los ruidos. Me acunó la cara con sus ásperas palmas y me rozó la punta de la nariz con su boca.

«Nos destruiremos mutuamente». Las palabras permanecieron encerradas detrás de mis labios.

Este hombre atormentó cada uno de mis pensamientos durante los últimos nueve meses. Dicen que el tiempo cura todas las heridas, sin embargo, la mía se infectó. El dolor de su pérdida

se hizo permanente en mi alma. La sanación no empezó hasta que volví a verlo.

—No me iré —susurré una promesa que sabía que no creería.

Se inclinó hacia mí y me besó la garganta. Suspiré e incliné la cabeza para mostrarle mi sumisión.

—Mentirosa —declaró con voz ronca. Me lo esperaba, pero aun así me dolía el corazón.

Los recuerdos de las promesas que le hice nueve meses atrás jugarían siempre en mi contra. A pesar de la electricidad que ardía entre nosotros, robando todo el oxígeno de la habitación.

Su mano bajó hasta tomar mi muñeca derecha entre las suyas. Se alejó mientras sus ojos contemplaban el collar que me había regalado convertido en una pulsera improvisada. Nunca me lo quitaba. Ni siquiera cuando patinaba. Siempre lo quise conmigo, aunque fuera en un pequeño símbolo.

Lo rozó con el pulgar.

—¿Lo usaste cuando estabas con *él*?

Sabía que se refería a Sasha. Todo el mundo siempre se refería a Sasha.

Se me tensaron los pulmones y el corazón me dio un doloroso golpe. Algo en su suposición me atravesó el pecho. Entrecerré los ojos. La amargura me ahogó los pulmones y me dejó sin aliento.

—Vete al maldito infierno —siseé. Que se jodiera por pensar que yo seguiría adelante sin pensarlo dos veces. Que se jodiera por él hacerlo tan fácilmente y asumir que hice lo mismo.

Su mirada se entrecerró.

—He pasado por eso, *Principessa*. —Un destello de emoción en sus ojos me retorció el estómago—. Casi pierdo la puta cabeza cuando desapareciste. Te busqué por todas partes.

«¿Lo hizo?».

—Princesa de hielo —murmuró, mirándome con la oscuridad que me arrastraba cada vez más al abismo.

—No me llames así —demandé con voz ronca, tratando sin entusiasmo de apartar la cara de su agarre.

—¿Cómo pudiste irte sin decir una palabra? —Apretó su frente contra la mía y me dolió el corazón. Me dolía tanto que pensé que me moriría—. ¿Qué pasó? ¿Por qué te fuiste?

Una lágrima corrió por mi mejilla y la limpié. No podía decírselo. No confiaba en él. Y sin embargo, la desesperación me arañaba el pecho, mis instintos me gritaban que lo tomara. Hacerlo mío. Dárselo todo y exigírselo todo.

—Durante semanas, pensé que estabas muerta. Luego supe quién eras. —Su risa amarga fue silenciosa—. ¿Estuviste jugando conmigo todo el tiempo? Recopilando información para tu tío.

Me puse rígida, insegura de si se refería a mi herencia irlandesa o a la rusa.

—¿Tu padre no te lo dijo? —Respiré, un hilo de incertidumbre serpenteando por mis venas.

Una risita oscura vibró entre nosotros.

—¿Decirme qué, *Principessa*? —Pasaron unos segundos y contuve la respiración. No sabía por qué. Debería aprovechar esta oportunidad y contárselo todo. Pero ¿y si se ponía de parte de su padre? ¿Y si no me creía?—. ¿Que mi *principessa* era una mentirosa y una ladrona?

Su acusación dio en el clavo. No le mentí exactamente, pero tampoco le dije la verdad.

—Puede que sea una mentirosa, pero tú también lo eres, Basilio.

No me habló de mi herencia rusa. No me dijo que quería mis conexiones con el *Pakhan*.

Su pausa fue el único indicio de su sorpresa, pronto sustituida por una lenta sonrisa.

—Me encanta tu fuego, *Principessa*. Y siempre estoy dispuesto a aceptar un reto. —Lo fulminé con la mirada, a lo que siguió su risita sardónica—. Debería haberlo sabido por tu forma

de comportarte —murmuró crípticamente.

—Deberías haberme dejado ir a casa con mi familia —protesté, apartando la mirada, asustada de ahogarme en él. Cada vez que empezaba a odiarlo, me venía a la mente la imagen del hombre que conocí bailando conmigo bajo las estrellas, con las luces de New York a lo lejos. O el hombre hincado mientras me ponía el zapato.

Eso se sintió crudo, mágico y tan real.

—Nunca —gruñó, bajo y casi feroz—. Ahora soy tu familia. Tú eres mía. —Cuando no dije nada, me rodeó el cuello con la mano y apretó con sus dedos. No con fuerza, sino con la suavidad suficiente para advertirme—. Si vuelves a dejarme, cazaré a todos y cada uno de los miembros de tu familia y de tus amigas que tengas. Los torturaré hasta que me digan dónde estás. Ahora me perteneces.

«Ya soy tuya». Pero no estaba preparada para admitirlo.

—No puedes poseer a un ser humano —objeté en voz baja, levantando la barbilla y encontrándome con su mirada mientras apoyaba el cuello en su agarre—. Y si me voy, nunca me encontrarás. Ninguno lo hará. —Dejé que las palabras calaran hondo antes de continuar—: Pero dije que me quedaré. Así que lo haré, a menos que me des una razón persuasiva para marcharme.

Mis palabras cortaron el aire alrededor, la batalla de voluntades vibrando entre nosotros. Caliente y pesada.

Su agarre se tensó un poco más y la adrenalina recorrió mi cuerpo. Había partes retorcidas y rotas de mí que disfrutaban de su dominio. No me asustaba, no físicamente. La parte que temía era que me rompiera el corazón irrevocablemente y me dejara para vivir el resto de mi vida como un cascarón de persona.

Como mi madre.

—Lo juro por Dios, Wynter. Si me dejas otra vez, tendrás la muerte en tus manos. Mataré a todas las personas que te importan. Quemaré todo este mundo.

Sus ojos se endurecieron, las sombras en su interior salieron a la superficie.

—Dame tu palabra de que nunca te irás —exigió.

—Basilio, ya te lo dije, me quedaré. —Le sostuve la mirada. No me arriesgaría a admitirle que la vida sin él me asustaba más que la oscuridad que albergaba o las amenazas que lanzaba. Mas le daría esta promesa—. A pesar de que eres el enemigo de mi familia, me quedaré.

—Si tan solo pudiera creer en tus promesas —reflexionó con voz ronca.

—También me encantaría creer que no me harías daño —repliqué—. O a mi familia.

Me agarró la nuca y moldeó sus labios contra los míos. Sentí rabia en mi interior y saboreé esa misma rabia en sus labios.

Y aun así, su beso se sentía tan bien.

Abrí la boca para protestar y aprovechó para meter la lengua. La necesidad contenida que había sentido desde el momento en que nuestras miradas se cruzaron aquel día de invierno, hace un año, había estallado. Me perdí en él, en su olor, en su calor.

—Joder, te sientes tan bien —gimió contra mi boca.

Le rodeé el cuello con las manos, apuñé su cabello y tiré de él. Necesitaba su cuerpo contra el mío.

Gemí en su boca y gruñó, luego deslizó sus manos por mi cuello, sobre mi espalda y hasta la parte posterior de mis muslos.

Sin ningún esfuerzo, me levantó. Lo rodeé con mis piernas, disfrutando de lo bien que encajaban nuestros cuerpos. Como piezas perfectas de un rompecabezas. Sus dedos apretaron la piel de mis muslos, posesivos, y su palma se deslizó bajo mis *shorts* hasta mi trasero mientras

nos llevaba de vuelta a la habitación.

Con un puñado de mis nalgas en sus manos, se sentó en la cama, colocándome a horcajadas sobre sus muslos. Nuestras bocas se separaron para que pudiera quitarme la camiseta. En cuanto me la retiró, nuestras bocas volvieron a chocar. Mis *shorts* siguieron con un fuerte sonido.

Era pura lujuria y deseo. Necesidad de liberación. Sin embargo, para mí, era mucho más. Esta hambre por él sería mi perdición.

Me agarró de las caderas, deslizando las palmas hacia arriba. Cada vez más. Me dolía ese punto dulce entre mis piernas y sabía que él era el único hombre que podía aliviar ese dolor. Sus dedos rozaron el interior de mis muslos, mientras me mordía el labio inferior con un suave tirón. Como si quisiera darme una lección.

Acarició las curvas de mi trasero, mientras sus labios recorrían mi garganta hasta la parte superior de mis pechos. Mordisqueó la suave piel y mi cabeza cayó hacia atrás.

—Bas —suspiré su nombre con un gemido. Lo sentía por todas partes, cada nervio de mi interior se estremecía con placer.

—*Mía* —declaró bruscamente, mientras acariciaba las curvas desnudas de mi trasero. Que Dios me ayudara, ya era suya. Siempre lo había sido y ninguna cantidad de negación lo cambiaría.

Su otra mano áspera se deslizó bajo mi sujetador y apretó la piel. El placer me invadió al instante y hundí la cara en su cuello.

Presionó sus labios contra mi oreja.

—Pregúntame.

—Por favor —tarareé contra su cuello, mis caderas rozándose contra él. Ya reflexionaría y me arrepentiría de mis decisiones más tarde. Ahora mismo, lo necesitaba como una flor marchita ansiaba el sol y el agua—. Por favor, Bas. Necesito esto.

Gruñó profundamente, como si mi admisión lo complaciera. Me desabrochó el sujetador y me lo quitó. Sentí los pechos pesados cuando el aire frío los rozó. Se apartó y sus ojos recorrieron mis senos con una mirada casi reverente. Con algo oscuro y posesivo en sus ojos que parecía locura. Tal vez mía, tal vez suya.

Me pasó un pulgar por el pezón, luego se inclinó y lo chupó en su boca. Un fuerte gemido llenó el dormitorio y eché la cabeza hacia atrás mientras pasaba una mano por su cabello, apuñándolo. Tiró de mi sensible pezón y juré sentir el calor entre mis piernas. Me apretó la suave carne de los pechos y luego los mordió, lamió y succionó de uno a otro.

Las llamas se agolpaban en mi estómago y me mojaba más a cada segundo que pasaba.

—Puedo oler tu excitación —murmuró contra mi piel—. Echaba tanto de menos tu olor, demonios.

—Más —supliqué, moviéndome contra su erección con un jadeo.

—¿Lo quieres aquí? —preguntó, con la mano cubriéndome el coño a través de la fina tela de mis bragas.

Un gemido desesperado y un movimiento de cabeza.

—Por favor.

Su pulgar se deslizó bajo la tira de mi ropa interior, jalándolas hacia abajo. Luego me acercó los labios a la oreja.

—Quítatelas para mí —ordenó. Ni siquiera se me ocurrió objetar. Con manos ansiosas, me bajé las bragas, moviéndome y sin bajarme de su regazo. Un par de veces rocé accidentalmente, o no, su dura erección y soltó un suspiro entrecortado.

Se quedó mirándome el coño con una mirada tan oscura como la medianoche. Me temblaban

las manos cuando las puse sobre sus hombros, agarrando el material de su traje.

—Eres mi maldito vicio —admitió, su tono duro. Como si odiara encontrarme deseable—. Este cuerpecito me pertenece y a nadie más.

Su mano subió por mi muslo hasta llegar a mi trasero, tirando más fuerte de mí contra él. Luego apretó su puño en mi cabello, inclinó mi cara hacia la suya y su vista se endureció.

—Dilo. —Su exigencia fue despiadada,

Su rostro se acercó al mío. Nuestros labios estaban a centímetros de distancia y nuestras miradas se ahogaban la una en la otra.

Debería luchar contra él. Negarlo. Pero no tenía sentido mentirle, al menos en este aspecto.

—Mi cuerpo te pertenece a ti y a nadie más —suspiré—. Soy tuya.

«Por siempre y para siempre».

Me pasó un pulgar por los labios y los separé, rozando la punta con la lengua. Le sostuve la mirada mientras nos sentábamos pecho con pecho. Latido con latido. Se inclinó hacia mí y me rozó la garganta con los labios.

Incliné la cabeza para darle más acceso, el movimiento sumiso. No me importaba. Confiaba en él con mi cuerpo. Podía ser un *Capo* despiadado, mi villano, pero conocía mi cuerpo mejor que yo misma.

—Qué bien te sientes —gruñó contra mi garganta. El calor de sus labios provocó un calor entre mis piernas. Como si lo supiera, la palma de su mano se coló entre nuestros cuerpos y presionó mi clítoris, aplicando la más mínima fricción. Su mano era áspera y yo ya estaba muy cerca. No necesitaba mucho más. Me mordí el labio para contener un gemido.

Bas observó su mano en mi centro a través de sus párpados entrecerrados. Su palma se movía tortuosamente contra mi clítoris, y la frustración bullía en mi interior. Sabía exactamente cómo excitarme, mas retenía el placer a propósito.

—Deja de provocarme, maldición —declaré, mirándolo con mis mejillas sonrojadas. Quería correrme y lo único que él hacía era aumentar mi frustración.

Su mano se detuvo, como si le sorprendiera mi fuego, y tras un segundo que se alargó como horas, se le escapó una risita baja.

Me dio un mordisco en la mandíbula a modo de castigo y luego levantó sus ojos negros hacia los míos. La insinuación de oscuridad empañó sus siguientes palabras.

—¿Qué le pasó a mi dulce *Principessa*?

—Murió. —Respiré. Sentí como si una parte de mí hubiera muerto de verdad aquel día.

—¿Quieres correrte? —inquirió en voz baja. Asentí, deslizó dos dedos por mi humedad y los introdujo dentro de mí.

Arqueé la espalda, clavé las uñas en sus hombros y gemí de placer. Esto era más brusco que todo lo anterior, sin embargo, el dolor aumentaba el placer. Deslizó sus gruesos dedos dentro y fuera, y los dos respirábamos entrecortadamente.

—Cuando te vuelva a follar, voy a ser duro —declaró con dureza.

Sus palabras solo parecieron encender una mecha en mi interior y la adrenalina se extendió en mis venas como una inyección de una potente droga, mientras volvía a introducir sus dedos en mí. Golpeó ese lugar dentro de mí. Mi cuerpo se estremeció y mis ojos se pusieron en blanco mientras mis entrañas se apretaban con avidez alrededor de sus dedos.

La presión caliente se expandió y cerré los ojos con fuerza, alcanzando aquellas alturas. Bas me golpeó el trasero con la otra mano. Abrí los ojos de golpe y me encontré con su mirada oscura, apasionada y profunda.

—¡Ojos en mí, *Principessa*! —rugió, la tensión en sus hombros era visible. Entonces volvió

a darme otra nalgada y el inesperado escozor me hizo vibrar hasta el fondo. Gemí contra sus labios, respirando su aire.

A juzgar por el estruendo que vibró en su pecho, le gustó mi reacción. El siguiente azote fue más fuerte. Más firme.

—¡*Ouch!*—me quejé.

—Eso fue porque me dejaste —dijo entre dientes, y volvió a darme otra nalgada.

Provocó un fuego que se agrandó mientras seguía follándome lentamente con sus dedos. Lo observé con los ojos pesados antes de bajar la mirada para ver sus dedos resbaladizos con mis jugos, bombeando dentro y fuera de mí mientras mis caderas se rozaban descaradamente contra él.

Todo mi cuerpo temblaba con la inminente liberación, como un volcán amenazando con entrar en erupción. Estaba tan mojada que goteaba por su mano y mis piernas. Un escalofrío me recorrió la espalda, cada músculo de mi cuerpo se estremeció y me besó bruscamente. Y todo el tiempo me agarré a su mano y jadeé mientras escalaba la cima. Mis uñas se clavaron en sus bíceps y la inminente liberación me recorrió la columna vertebral.

—¿En quién estás pensando? —preguntó con los dientes apretados. Sus dedos empujaron con fuerza, dando vueltas dentro de mí y haciéndome ver estrellas—. ¿En quién? —demandó bruscamente.

—En ti —gemí.

Como si quisiera recompensarme por mi admisión, su pulgar presionó mi clítoris y me introdujo otro dedo. Mis adentros se apretaron y mi cuerpo se estremeció ante la presión adicional. La presión crecía y crecía.

Otro empujón de sus dedos y me envió al precipicio mientras me agarraba a un puñado de su cabellera.

El calor estalló en cada fibra de mi cuerpo, mi visión se oscureció y mi corazón palpitó con fuerza para seguir el ritmo de la sangre abrasadora que bombeaba a través de mí, robándome el aliento. Mi piel ardía mientras jadeaba en busca de aire y sus dedos se movían lentamente, entrando y saliendo de mí.

El zumbido en mis oídos se desvaneció, la niebla de mi visión se despejó y sus dedos permanecieron dentro de mí. Con la cara hundida en su cuello, aspiré profundamente su aroma y emití un suave sonido de apreciación. Olía tan bien, a *whiskey*, a pecado y a especias. Tan masculino. Tan mío.

El calor se extendió por mi cuerpo mientras me exprimía el último pulso y, en ese momento, no me importó la jodida historia de nuestras familias, el pasado o la forma en que me secuestró. Solo me importaba *él*. Conmigo.

Le besé el cuello y tarareé un suave sonido de apreciación. Inhalando su embriagador aroma que era mi propia marca de alcohol. El éxtasis postorgásmico me hacía sentir cruda y vulnerable. Estaba completamente desnuda y él completamente vestido.

Pasé los dedos por su erección, sintiendo su longitud gruesa y dura, y la lascivia que había en mí lo deseaba. *En ese instante*. Dentro de mí. Era tan duro y grande, y mi cuerpo aún recordaba cómo se sentía dentro de mí. Mi coño se apretó, listo para que él me reclamara.

Mis ojos se encontraron con los suyos y contuve la respiración. Sabía que podía ver mi deseo en ellos, pero también debió de ver algo más. Porque soltó un suspiro frustrado, me besó en los labios y luego me metió bajo las sábanas.

—Duérmete, *Principessa* —ordenó—. Muy pronto.

Me tumbé en la cama con la mirada perdida mientras se levantaba y salía por la puerta.

Un dolor agudo me recorrió el pecho. Una sola lágrima recorrió mi mejilla y se me escapó un sollozo ahogado.

Me advirtió que era un villano cuando nos conocimos. Nunca me advirtió que me robaría el corazón.

Capítulo Cincuenta Y Siete

BASILIO



La imagen de Wynter desnuda contra la pared, con la piel enrojecida por la excitación, ardía en mi cerebro. Estaba duro como una piedra y listo para tomarla. Después de nueve meses de soñar y fantasear con ella, por fin la tenía en mis manos y estaba decidido a hacerla mía. Marcarla. Follármela hasta dejarla sin sentido.

Sin embargo, todo estaba mal.

Sus ojos, del color de lagos fríos, me veían con tanta desconfianza que me desgarraba el pecho. No quedaba ni rastro de esa mirada que solía tener hacia mí. La confianza ciega había desaparecido.

Maldita mierda.

Me dejó sin mirar atrás. Me sentí tan loco durante los últimos nueve meses imaginándola herida, torturada o muerta. Esperé una explicación. Nunca llegó. Mi padre era una víbora sádica y mentirosa, así que preguntarle estaba descartado. Lo intenté con Angelo y eso no llevó a ninguna parte. Sospechaba que me ocultaba información, pero a menos que lo torturara, no la revelaría.

Aun así, mi verga quería entrar en su apretado y húmedo coño. No le importaba la razón. Solo ella. Era mía, desde el momento en que aterrizó en mis brazos. Y quemaría todo este puto mundo para quedármela. Nadie me la quitaría otra vez.

En mi habitación, me acosté en la cama, maldiciéndome en silencio por haber llegado tan lejos. Ahora estaba duro como una roca y corría el riesgo de que se me pusieran las pelotas azules. Excepto que la necesidad de tocarla era un picor que exigía ser rascado. Tenía que sentir su suave piel o arriesgarme a perder la maldita cabeza.

Así que sucumbí a la tentación. Y ahora, la inquietud me recorría la piel, exigiéndome que volviera y la tomara.

Jódeme. Dante tenía razón todo el tiempo. Estaba demasiado enamorado de Wynter. Estaba tan metido en ella que no sabía cómo salir.

Esta mujer me jodió el cerebro y el corazón. Sin embargo, ahora era mía y no había ninguna posibilidad de que la dejaría ir. Tenía un cuerpo en el que quería enterrarme, pero sobre todo, tenía un alma que quería consumir.

Me dio lujuria. Me dio su cuerpo. Pero no era suficiente.

Tomaría todo lo que me prometió.



Dormir esta noche sería discutible.

Así que en la cama, vistiendo solo bóxers, con la cabeza apoyada en las almohadas y los ojos fijos en el tragaluz. El cielo oscuro estaba lleno de estrellas, pero lo único que hacían, maldición, era recordármela. La chica que dormía en la habitación a mi alcance; la chica a la que quería consumir.

La tensión me picaba la piel, exigiendo mi liberación. Mi polla quería estar dentro de su apretada y húmeda entrada. Mi paraíso personal.

Me agarré la verga, imaginando las suaves manos de Wynter alrededor de mi longitud. Ella bombearía de arriba y abajo, muy suavemente al principio, aunque le enseñaría a hacerlo con más fuerza. Me apreté con fuerza, bombeándola arriba y abajo, acariciándola, mientras por mi mente pasaban imágenes de Wynter retorciéndose de placer debajo de mí.

Una tabla crujió, la tensión se disparó a través de mí antes de que alcanzara mi pistola y abriera los párpados.

Wynter me miraba con los ojos muy abiertos y los labios entreabiertos.

Me quedé quieto, preguntándome cuánto tiempo estuvo allí. Ni siquiera escuché abrirse la maldita puerta.

—¿Cómo entraste aquí? —refunfuñé.

Caminó hacia mí, con sus pies descalzos silenciosos sobre la madera. Dios, esas piernas largas y ágiles serían mi muerte.

—N… no quiero dormir sola —musitó, relamiéndose los labios y con la respiración ligeramente agitada.

El deseo inundaba mis venas y mi polla palpitaba dolorosamente. Mierda, no era el momento adecuado para que me buscara. Mi control pendía de un hilo.

—*Principessa* —pronuncié, incapaz de alejarla.

Capítulo Cincuenta Y Ocho

WYNTER



Dios, ver a Bas masturbándose fue tan erótico que me olvidé de mi pesadilla. Su ruido gutural mientras sus dedos bombeaban arriba y abajo hizo que me doliera el coño. El corazón me retumbaba en el pecho y me ardían las venas.

Di un paso. Luego otro. Ninguna protesta salió de sus labios, así que acorté la distancia hasta su cama y me subí a ella.

No podía apartar los ojos de su mano, que rodeaba su enorme y gruesa longitud. Los débiles sonidos de la canción que reconocí venían de otro lugar de la casa. La canción *Ashes* de Madi Diaz susurraba palabras que podía sentir en mi alma.

Empezó a bombear su polla de nuevo, arriba y abajo, sus suaves gruñidos mezclándose con las melodías de la canción, haciéndola para siempre deliciosamente sucia.

La bruma del aire se espesó; ardía con cada inhalación. Levanté la vista hacia su rostro y descubrí que su mirada pesada ardía de deseo y se clavaba en mí. Me pasé la lengua por el labio y un gemido salió de mi garganta.

Me ardía la piel, se me aceleró el corazón y respiraba entrecortadamente, como si acabara de patinar un programa de diez minutos a gran velocidad.

La punta de su verga brillaba con semen, tentándome con su sabor. Recordé lo bien que sabía.

Extendí la mano hacia su dura longitud y rodeé sus fuertes dedos.

—Demonios, *Principessa*. —Su voz era torturada, la tensión desprendiéndose de su cuerpo.

—Permíteme hacerlo —pedí con voz ronca.

Retiró la mano con demasiada impaciencia. En el momento en que la mía tocó su piel, un fuerte gemido resonó en la recámara y llegó hasta mis adentros. No importaba que acabara de provocarme un orgasmo apenas unas horas antes. Lo deseaba de nuevo.

Empecé a bombear su longitud lisa y dura, arriba y abajo, mientras él me miraba con los párpados entrecerrados. Parecía tan fuerte y vulnerable al mismo tiempo, su musculoso cuerpo era un espectáculo para la vista.

—Bas —susurré tragando saliva. Lo deseaba tanto que sentía un dolor por todas partes—. ¿Puedo probarte?

Me agarró por la cintura y me colocó encima de él. Mis rodillas se separaron, a horcajadas sobre sus fuertes muslos. Mi coño estaba tan cerca de su miembro que podía sentir su calor y un dolor palpitante pulsaba entre mis piernas.

Sin embargo, esto era para él. Me dio placer y ahora quería darle el suyo.

Bajé por su cuerpo y lamí su verga desde la base hasta la punta, con mis ojos fijos en él. Los suyos se nublaron y respiró con dificultad. Un escalofrío me recorrió la espalda y gemí con su

longitud en mi boca.

Su mano me agarró un puñado de cabello, sus entrecerrados ojos me observaban. Le pasé la lengua por la cabeza, y lo succioné dentro y fuera de mi boca.

—Tómalo todo —dijo con dureza, con la tensión vibrando en cada célula de su cuerpo. Aún más inquietante era la forma en que mi cuerpo respondió a su tono autoritario. La humedad se acumulaba entre mis piernas y mi coño palpitaba.

Era solo la segunda mamada que le había dado, pero esta era diferente de la primera. Era más desesperada, sus empujones en mi boca eran espasmódicos, como si estuviera al borde del abismo.

Me lo metí todo en la boca, mis pechos rozaban sus muslos y provocaban fricción sobre mi delgado *top*.

Movió mi cabeza arriba y abajo, controlando el ritmo. Empujó profundamente, su polla golpeó el fondo de mi garganta, y mis ojos se cerraron, gimiendo con necesidad.

Sabía salado y tan adictivo.

—Mírame —ordenó bruscamente y un escalofrío recorrió mi cuerpo cuando mi mirada se desvió hacia él.

—Mía —murmuró.

Tarareé mi aprobación, apretando los muslos para aliviar el dolor. Sin dejar de agarrarme los rizos con una mano, me acarició la mejilla con la otra, como si yo fuera todo para él. Como hizo todos aquellos meses.

En mi pecho parpadeaban emociones crudas y temía que pudiera ver mi amor por él brillar en mis ojos. Siguió cogiéndome la boca y lo dejé. Porque él lo era todo para mí.

Sus gemidos retumbaban en su pecho, nuestras miradas fijas mientras seguía metiendo y sacando. Más profundo y fuerte, y su gemido se convirtió en un sonido ronco mientras se derramaba en mi boca. Tragué saliva y me lamí los labios, sin romper el contacto visual.

Me senté sobre los talones, aún a horcajadas sobre él. El pecho de Bas subía y bajaba, su respiración agitada llenaba el silencio entre nosotros y la oscuridad se acumulaba como *whiskey* en sus ojos.

Después, sin una palabra, se subió los bóxers. Luego me tiró sobre su torso desnudo y sus manos rodearon mi cintura. Apoyé la mejilla en su pecho y escuché los latidos de su corazón.

Era la primera vez en más de nueve meses que dormía sin pesadillas que plagaran mis sueños.

Capítulo Cincuenta Y Nueve

BASILIO



Me desperté con los rizos de Wynter en mi cara, su olor por todas partes y su rostro apretado contra mi pecho.

Se veía tan serena, con la respiración tranquila y la palma de su mano apoyada en mi pecho. No quería moverme y despertarla.

Empecé a sospechar que las sombras negras bajo sus ojos eran el resultado de sus pesadillas. Si tan solo confiara en mí lo suficiente como para contarme de qué se trataban. Tenía que ser malo si ella venía voluntariamente a mi cama.

Desde el momento en que conocí a Wynter, había querido protegerla. Los últimos nueve meses no habían disminuido esa necesidad. En todo caso, se hizo más feroz. Sin embargo, algo sucedió y apostaría todo el dinero del mundo a que mi padre tuvo algo que ver con eso.

Besé la parte superior de su cabeza, mi pecho dolía con todas estas malditas emociones. Ella era la única que tenía el poder de destruirme y ni siquiera lo sabía.

Y mierda, cuando me metió en su boca, sus labios rosados se cerraron alrededor de mi polla, casi me volví loco. Podría haber explotado en ese momento. Eso fue lo mucho que me impactó. Su suave expresión se clavó en mí y sus ruidos mientras le follaba su boca eran de lo que estaban hechos los sueños eróticos.

Pasé los dedos por su sedoso cabello, su respiración me abanicaba la piel acalorada. Todavía tenía una mano alrededor de su brazo y no podía dejar de pasar el pulgar por su suave piel.

Otros tres días y sería mi esposa. Casi quería llevarla a rastras hasta el juez de paz y acabar con esto de una vez, pero le prometí a Brennan que se haría como era debido.

Volaríamos de vuelta a New York este día, mas no quería volver a mi antigua casa. Hasta que no supiera exactamente qué había hecho mi padre, no me arriesgaría a tenerla cerca de ese desgraciado. Así que la llevaría al nuevo *penthouse* que compré y que nadie conocía. Nadie tenía acceso a él, excepto yo.

Se agitó entre mis brazos y abrió los ojos. Nuestras miradas se cruzaron y sus labios se curvaron en una sonrisa.

—Hola —murmuró somnolienta.

Por un instante, me recordó a la chica de hace nueve meses. Sus ojos volvieron a cerrarse y un suspiro de satisfacción salió de sus labios.

—Buenos días, *Principessa*.

Volvió a abrir los ojos y se incorporó bruscamente. El aire se detuvo y su mirada recorrió el dormitorio. Parpadeó lentamente y se pasó una mano por los ojos.

—Dormí toda la noche —dijo distraída y confirmó mi sospecha sobre sus pesadillas.

—Lo hiciste —confirmé.

—¿Te...? —Dudó antes de continuar—: ¿Te mantuve despierto?

Sacudí la cabeza.

—Me acabo de despertar.

El alivio se reflejó en su rostro, aunque luego apartó su vista. Se me hizo un nudo en la garganta y me llenó la boca de un sabor amargo.

Entonces se apartó de mí, se pasó los dedos por el cabello y miró a cualquier sitio menos a mí.

Como si no pudiera soportar verme.

—Volaremos hoy a New York —anuncié con más dureza de la que pretendía. Palideció al instante—. Tengo un *penthouse* que acabo de comprar. Nadie más lo conoce, así que nos quedaremos allí hasta la boda.

—¿Nadie? —inquirió en voz baja, mordisqueándose el labio inferior con nerviosismo—. ¿Ni siquiera tu padre?

—Nadie —corroboré—. Ni mi padre. Ni siquiera mi hermana y mis primos.

—¿Y la boda? —agregó. Se apartó un mechón de la cara, con un pequeño temblor en su mano—. ¿Estará tu padre?

—No.

¿Qué carajos pasó ese día?



Medio día después, estábamos en New York, tomando el elevador hasta el último piso de mi nuevo *penthouse*.

El ascensor emitió un pitido y se detuvo para abrirse al espacio que ya estaba decorado, aunque bastante vacío. De camino hacia aquí, encargué una entrega de comida, ropa para Wynter y para mí, así como una cena.

Le hice un gesto a Wynter para que entrara y dio unos pasos vacilantes hacia el gran vestíbulo.

—Nunca me he quedado aquí, así que faltarán cosas —avisé—. Hazme saber lo que necesitas y haré que lo ordenen.

Me miró por debajo de sus pestañas.

—Si me consigues un teléfono, puedo pedirlo yo misma.

La verdad es que ya le había encargado uno, unos AirPods y un Apple Pro. ¿Por qué no se los había dado? Porque me preocupaba que huyera.

Demándame, joder. Nunca pretendí ser un buen tipo.

Se negó a abrirse, lo que me hizo sospechar de sus verdaderas intenciones.

Sus ojos recorrieron la sala y se acercó a las grandes ventanas francesas. Emory le había comprado un vestido tipo suéter rosa que le llegaba a las rodillas y unas botas *Ugg* blancas. Parecía una verdadera princesa de invierno.

Y por desgracia, la chica me ponía duro como una roca. Todo el maldito tiempo.

Dio dos pasos a la izquierda, abrió la puerta y salió a la gran terraza de la azotea. La seguí y observé cómo se inclinaba para comprobar la pendiente.

—Desde aquí no se puede bajar —comentó mientras me inclinaba a su lado.

Sonrió.

—No, a menos que consiga un helicóptero —replicó. Antes de que pudiera decir algo más, añadió en voz baja—: Bas, dije que me quedaré.

Excepto, que dijo eso la última vez y luego se fue.



Mirara donde mirara, ella estaba allí. Su olor. Sus ojos. Su cuerpo, esperando a que lo reclamara. Me quité la chaqueta y el chaleco, luego la funda y seguí colocando mi pistola en la mesita de noche.

Me sorprendió que no hubiera pedido dormir en la habitación de invitados. La respuesta habría sido no, pero aun así, esperaba que me lo pidiera.

Tal vez me quería después de todo. Al menos en la puta cama.

Maldita sea, debería ser suficiente. Cualquier otro hombre estaría eufórico de ser deseado por una mujer como ella.

Excepto que lo quería todo. Su cuerpo, su corazón y su alma. Demonios, quería ser parte de cada latido de su corazón. De cada uno de sus pensamientos. Quería ser todo su mundo. Igual que ella era todo mi mundo.

La puerta del baño se abrió y salió vestida con unos diminutos *boyshorts* rosas y un *top* negro. Jesucristo, estaba tratando de matarme.

—¿Qué lado de la cama quieres? —pregunto, señalando la cama.

—El más cercano a la puerta —repliqué, con mi control rondando el borde.

Se acercó al otro lado de la cama y se inclinó para dejarme ver su glorioso trasero.

La tentación tenía un nombre. Era *Wynter Star*. Era mía. Siempre sería mía.

No tenía ni idea de qué demonios estaba buscando, pero deseaba que dejara de mostrar el culo y de darme todo tipo de ideas que nos llevaría toda la noche ejecutar.

—¿Vas a seguir mirándome el trasero? —inquirió, enderezándose y girándose para verme a los ojos.

Sus pozos verdes adquirieron un tono más oscuro y sus labios entreabiertos suplicaban ser besados. O follados. No podía decidirme. Entonces olí su excitación y se acabó el juego para mí.

En un segundo, estaba en el lado opuesto de la cama; en el otro, la tenía contra la pared. Mi cuerpo se abalanzó sobre ella, acorralándola. Empujé mis caderas contra ella y un suave jadeo se deslizó por sus labios.

Sin previo aviso, enganché los dedos en sus *boyshorts* y tiré de ellos, bajándome a las rodillas al mismo tiempo.

Pasando la mano entre sus muslos, la encontré empapada y un gruñido de satisfacción vibró en mi pecho. Quería golpearme el pecho. Mi mujer estaba mojada.

Para mí.

Le acaricié el coño y tarareé con satisfacción cuando su espalda se arqueó, empujándose aún más contra mi mano.

—Ansías esto —gemí—. Igual que yo.

—No te sientas tan satisfecho —desafió, con la voz ronca y sus ojos entrecerrados—. Es una reacción normal.

Sin previo aviso, le di una ligera palmada en el coño.

Un gimoteo vibró entre nosotros y, como si se hubiera dado cuenta demasiado tarde de lo ocurrido, sus ojos se abrieron de golpe. Aunque no me apartó. O estaba demasiado aturdida. O demasiado excitada.

Antes de que tuviera tiempo de reflexionar, rocé con mis dedos su núcleo. Observé su sexo rosado como un hombre que se moría de sed. Acerqué mi cara a ella e inhalé su aroma

profundamente en mis pulmones.

Su espalda se arqueó contra la pared y sus ojos se cerraron. Vi cómo la felicidad se reflejaba en su expresión. Llevaba tanto tiempo soñando con tenerla. Quería que suplicara por mi verga, pero la maldita mujer tenía una voluntad de piedra.

Wyn había cambiado. La joven de sonrisas y reacciones abiertas ahora se escondía de mí. Pero fue justo en ese momento cuando decidí que cazaría a los hombres que tuvieron el placer de verla deshacerse desde que se alejó de mí. Y los mataría a todos.

Sería el único hombre en esta tierra que la había visto desmoronarse cuando alcanzaba su clímax.

Deslicé mis dedos dentro de sus húmedos pliegues y esta vez se le escapó un suave gemido. Sus entrañas se apretaron con avidez alrededor de ellos y pensé que me correría solo con eso.

—Dime que quieres esto —demandé con voz ronca contra su coño, con mis ojos fijos en su cara. Observé su labio inferior atrapado entre los dientes. Lamenté no oír sus gemidos.

—¿P…podemos dejar de hablar?

Me erguí por completo, dispuesto a sacar los dedos de sus pliegues, cuando su mano voló hacia mi muñeca.

—P… por favor, Bas. —Desde que volví a su vida, me encantaba cada vez que me llamaba por el apodo que me había puesto. La necesidad lasciva en sus ojos aliviaba mi ira, mas no era suficiente. Quería todo lo que me prometió antes de dejarme.

Sus ojos verde claro me miraban a través de unos párpados semicerrados llenos de lujuria y supe que, no importaba lo que pasara, haría cualquier cosa por ella cuando me miraba de esa manera.

Volví a meter los dedos en su apretado canal, su boca se entreabrió y cerré la mía contra la suya. Me mordió el labio, el escozor me recorrió, pero cuando su lengua lo lamió, mi maldito pecho explotó.

Esta mujer era más dura, más exigente que la que se alejó de mí hace nueve meses. Y me encantaba.

Nuestras bocas chocaban, nuestras lenguas bailaban juntas, mis dedos se deslizaban dentro y fuera de ella. Dentro y fuera. Mi verga palpitaba dolorosamente contra mis pantalones, pero ahora mismo, quería verla deshacerse. Por mí.

—Bas. —Jadeó en mi boca, con las caderas agitándose. Estaba cerca. Con esta mujer, la sangre ardía más y la palabra *mía* se me clavaba en mi pecho.

Wynter Star DiLustro. *¡Muy pronto!*

Se estrechó contra mi mano y sus gemidos llenaron el dormitorio. Supe cuándo se acercaba al orgasmo. Sus manos se aferraron frenéticamente a mis hombros y sus dedos se clavaron en mi piel.

—Así es, *Principessa*. —Le mordisqué el lóbulo de la oreja—. Dame todo.

Su cabeza cayó hacia atrás, dejándome al descubierto su cuello. Lo mordí suavemente, marcándola. Quería que todo el mundo supiera que era mía.

Metiendo y sacando los dedos. Dentro y fuera, su agarre se hizo más fuerte. Detuve el movimiento de mi mano y sus ojos se abrieron de golpe.

—No —chillo frenéticamente, sus caderas moviéndose contra mi mano—. No pares.

Me reí entre dientes.

—Haré que te corras —prometí con voz ronca—. Pero te pondrás de rodillas y me la chuparás.

Necesitaba su boca alrededor de mi polla para excitarme y llegar a nuestra noche de bodas.

Entonces me la follaría toda la maldita noche. Despacio. Fuerte. Rápido. Tenía nueve meses para follarla para poder compensar.

Observando la cara de Wynter, me di cuenta de que quería decirme que no. Aunque quería correrse aún más.

—Puedo hacer que me corra sola —amenazó, pero al mismo tiempo sus caderas chocaron contra mi palma, hambrientas de fricción.

—Sin embargo, no es lo mismo —decreté. Lo sabría. Me había estado masturbando durante los últimos nueve meses. No soportaba follar con ninguna otra mujer. El olor no era el mismo. El color del cabello tampoco. Todo en ellas estaba apagado—. ¿Cierto, *Principessa*? —Pasé mi boca por su cuello. Lamiendo. Mordisqueando—. Voy a hacer que te corras tan fuerte. Luego te comeré tu coño codicioso. —Un gemido vibró a través de su pecho y directo a mi ingle—. Y después de lamer todos tus jugos, me enterraré tan profundo dentro de ti y te follaré tan fuerte que gritarás hasta que tu garganta se ponga en carne viva.

—Sí. —Jadeó, con los ojos cerrados. Me pregunté si se imaginaba a sus otros amantes. La idea me quemó como ácido.

—Abre los ojos —dictaminé con dureza.

Obedeció sin dudar y algo en sus ojos me tranquilizó. Sin otra palabra, se inclinó hacia adelante, con los labios apenas a unos centímetros de mi boca.

—Haz que me corra —susurró, su lengua lamiendo mi boca—. Y te la chuparé.

Apenas pronunció su última palabra, cerré mi boca contra ella al mismo tiempo que mis dedos la penetraban. Con fuerza. Nos besábamos como dos personas desesperadas. La cogí con los dedos como si su orgasmo fuera lo último que vería en esta tierra.

Sus manos me arrancaron la camisa, ansiosa por quitármela. Sus pequeñas palmas se sintieron frías contra mi piel caliente. Y, Dios, podía sentir su tacto por todas partes. En mi espalda, en mis hombros, en mi pecho. Como si estuviera tan hambrienta de mí como yo de ella.

—¡Ahhh... Ah.... Ahhh!, Bas —gimoteó.

—Abre los ojos —ordené, con los celos como un oscuro pensamiento en el fondo de mi mente. Obedeció sin demora, probablemente asustada de que le negaría el placer. Nuestras miradas se encontraron, sus profundidades verdes brillantes mientras se derrumbaba. Seguí introduciéndole los dedos, sin importarme lo brusco que era. Lo necesitaba tanto como ella.

—Dios mío —gimió, mirándome a través de sus pesados párpados.

Me reí entre dientes.

—No, Dios no —pronuncié, con la verga dura como una roca—. Tu futuro esposo.

—Más —rogó, con las caderas agitándose.

Enrosqué mi dedo dentro de ella y golpeé su punto. Y voló fuera de control.

—Sí, sí. Bas, p… por favor. —Nuestras bocas chocaron, me bebí sus gemidos y sus jadeos. Su coño se apretó mientras se derrumbaba por mí. *¡Por mí!* Por nadie más. Era suficiente para mantenerme y saciar la rabia que sentía desde que me dejó.

Sus jugos goteaban por mis nudillos, sobre mi mano. Tuve la tentación de arrodillarme y lamerla, follármela con la lengua, comérmela para que volviera a caer rendida ante mí. Pero me derramaría en los malditos pantalones. Estaba cerca.

—Tu turno —comuniqué, con un poco de dureza.

Sus ojos brillaban como las estrellas, su respiración era agitada. Tenía esa mirada saciada, mezcla de felicidad y asombro. Igual que antes. Se me endurecieron las entrañas al pensar en lo de antes.

«Me dejó, mierda».

Sus manos recorrían mi pecho, su toque ligero y suave. Llevé mis dedos resbaladizos con sus jugos a su boca y los unté en su labio inferior, luego los traje hacia mí para probarlos. Mientras me los chupaba, sus ojos no se apartaban de mí. Se pasó la lengua por el labio inferior, una visión enloquecedoramente erótica. Y ni siquiera estaba intentando provocarme.

Odiaba lo mucho que la necesitaba para mantener la cordura.

—Una promesa es una promesa —susurró.

Me quitó la camisa y cayó al suelo sin hacer ruido.

—No eres buena manteniendo las promesas —expresé sombríamente, con el ánimo amargado al recordar su última promesa.

Juró quedarse conmigo, no dejarme nunca. Y luego me abandonó sin mirar atrás, sin una sola nota. Me dejó para que me volviera loco buscándola.

Algo parpadeó en su expresión, aunque no dijo nada. En lugar de eso, se arrodilló y empezó a quitarme el cinturón. No podía esperar, así que la relevé, lo desabroché junto con los pantalones.

Entonces mi mano rodeó su nuca y la agarré con fuerza. La ira en mi pecho ardía, como ácido y fuego salvaje. Una mala combinación.

Me bajó los bóxers por las piernas y se pasó la lengua por sus labios. Quizá me deseaba tanto como yo a ella. Por ahora, me decía eso a mí mismo. Si no, me volvería loco.

Su pequeña mano rodeó mi polla y se inclinó hacia mí, lamiendo la punta.

—Joder —gemí, mis caderas empujando en su boca. No podía escapar, mi mano la mantenía en su lugar. Ensanché mi postura y empujé aún más dentro de su garganta—. Mírame mientras te follo la boca —demandé, mi control temblaba con fuerza.

Su mirada se desvió hacia mí, suave y llena de lujuria.

—Mierda —murmuré. Estuve a punto de eyacular mientras hundía más mi longitud en su boca.

Dios, estaba perfecta de rodillas, con la boca llena de mi verga. Respiraba agitadamente mientras la miraba con los ojos pesados de lujuria. Era perfecta. Sus mejillas sonrojadas, sus ojos brillantes mientras me miraba y me succionaba más profundamente en su boca.

Con nuestro ritmo sincronizado, empecé a moverme más rápido. Más fuerte. Más profundo. Sus gemidos guturales vibraron a través de mi longitud, enviando descargas por toda mi espina dorsal.

Sus manos se agarraron a mis caderas y sus dedos se clavaron en mi piel. Le estaba gustando tanto como a mí. Su cabeza se balanceaba arriba y abajo con entusiasmo y mis abdominales temblaban por la necesidad de correrme en su garganta. Pero no estaba listo. Quería prolongar este paraíso.

—Eres mía —gruñí, embistiéndola más profundamente en su garganta—. Cada centímetro tuyo.

Empujé más y más rápido dentro de su boca húmeda y caliente. Los únicos sonidos que llenaban la habitación eran mi respiración entrecortada y sus gemidos ahogados. No se lo puse fácil, como si cada arremetida fuera un castigo por lo que me había hecho pasar. Gorgoteos salían de su garganta, pero no me detuvo, no me apartó. De hecho, me acercó más.

—Te vas a tragar hasta la última gota —ordené, con la voz ronca. Parpadeó en señal de acuerdo—. Porque eres mía. —Empecé a empujar dentro de ella, más rápido y profundo en su garganta—. Y soy tuyo.

Me agarró con más fuerza, mientras un gemido vibraba en lo más profundo de su garganta. Maldición, le gustaba mi reclamo. Al menos en este preciso momento.

Me corrí más fuerte que nunca, mi semen llenó su boca y goteó por su barbilla. Mi orgasmo

me atravesó, salvaje y ardiente, aunque no se comparaba con los sentimientos que tenía por ella. Serían mi perdición, lo sabía. Sin embargo, no podía detenerlos. Ella me consumía y me daba vida. Sin Wynter, estaba amargado y enojado, una cáscara de hombre. Con ella, lo sentía todo. Cada respiración, cada sonrisa, cada mirada.

Un rubor rosa pálido tiñó sus mejillas, su vista fija en mí y su boca entreabierta. Parecía una diosa de rodillas. Y su mirada... Podía convencerme de que sentía *algo* por mí.

«Algo», me burlé en mi cabeza. El odio también era un sentimiento. Aunque en ese momento no me miraba como si me odiara.

Así que me la follé y la hice gritar mi nombre toda la noche.

Capítulo Sesenta

WYNTER



Me desperté con una mano pesada envolviéndome y el aroma que tan bien había llegado a conocer. Me dolía el cuerpo del cansancio más dulce. Algunas de las cosas que habíamos hecho anoche harían sonrojar a una mujer mucho más experimentada.

Y cuando murmuró algo en italiano, me derretí. *¡Derretí!* Quería preguntarle qué había dicho, pero entonces su lengua se deslizó dentro de mí y olvidé cualquier maldito idioma, excepto los gemidos. Me folló despacio, de todas las maneras posibles, susurrándome palabras suaves al oído.

Nuestros cuerpos encajaban a la perfección. Sus manos me marcaron; su boca me dio esperanza; su corazón me poseyó.

Durante unos instantes, me quedé allí acostada, mirando por la gran ventana que cubría toda una pared del dormitorio con la ciudad extendida en el horizonte, y me di cuenta de algo sorprendente.

Ninguna pesadilla.

Dos noches consecutivas sin pesadillas y ambas mientras dormía con Bas. Me sentía mejor. Descansada. Como si sintiera mi revelación en sus sueños, Bas me abrazó con más fuerza. *Consuelo.* Era mi consuelo.

Poco después de llegar al nuevo y lujoso *penthouse* de Basilio, nos trajeron nuestra ropa y las provisiones. Bas y yo lo guardamos todo. Se sentía natural, casi como si lo hubiéramos retomado donde lo dejamos antes de que todo estallara. Antes de su padre.

El aire estaba tenso, como si él esperara algo.

Miré por encima de mi hombro y parecía muy tenso, incluso dormido. Como si esperaba que lo traicionara. Pero no lo hice. Fue él quien me traicionó al no revelarme nunca sus verdaderas intenciones.

La atracción estaba ahí a pesar de todo. Aunque quizás si me hubiera contado todo lo que sabía y hubiera mantenido alejado a su maldito padre, habría cumplido mi promesa y no me habría alejado como su madre. Aun así, me dolía saber que mis acciones lo habían vuelto más frío.

Tal vez, en lugar de huir, debí haber buscado a Bas. Empecé a intuir que tal vez, solo tal vez, la visita de su padre no era exactamente como Bas la planeó. Tendría que enfrentarme a él por lo sucedido.

Volví a centrar mi atención en la ventana y miré el horizonte de la ciudad. Tal vez debería haber confiado en mi corazón. Diablos, no lo sabía. Pero ahora que conocía el dolor, dudaba en confiar plenamente en él.

No pude evitar reírme de la ironía de que mamá nos mantuviera a Juliette y a mí alejadas del

bajo mundo, solo para hundirnos en él hasta los codos.

Y nuestro pasado volvió a perseguirnos con más fuerza.

¡Mamá! ¡Y *Priest*!

¿Ella lo sabía? Él no estuvo en las Olimpiadas, así que mamá no lo habría visto. Un medio hermano. Así que técnicamente eso lo hacía irlandés, ruso e italiano también. ¿Verdad? Entonces, ¿por qué diablos me necesitaban para hacer una conexión con el *Pakhan*?

No tenía sentido. Nunca lo averiguaría, a menos que le pidiera y exigiera a Bas todas las respuestas.

Con cuidado de no despertarlo, me solté de su agarre y salí de la cama. Me miré a mí misma, con unos *boyshorts* negros y una camiseta de tirantes rosa. Me compró muchas cosas rosas y, cuando le pregunté por qué tanto rosa, refunfuñó algo sobre que era mi color.

Caminé descalza hasta la cocina, sin saber qué hacer. Aquí no había gimnasio, ni aparatos. Nada. Dijo que en su casa de los Hamptons había un gimnasio y que me conseguiría lo que necesitara.

Sin embargo, solo una cosa me venía a la mente cuando pensaba en lo que necesitaba. *A él*.

Pero no había mencionado palabras de amor, y me negaba obstinadamente a admitirlo. Dios, ojalá tuviera un teléfono para poder llamar a... ¿Mamá? Alguien que pudiera decirme qué era normal en esta situación.

Eché un vistazo a la cocina. Incluso esta habitación tenía un gran ventanal con vistas al Hudson River. Desde aquí arriba, la ciudad parecía tranquila y lo único que la delataba era el movimiento de los coches.

Dos días más.

Sería su esposa. Aunque después de todo lo de antes, me sentía su esposa en todos los sentidos menos en el nombre. Me ardían las mejillas al recordar todo lo que había pasado la noche anterior. Era casi como si Bas intentara recuperar todo el tiempo perdido y meterlo todo en una noche de sexo.

No había duda: aquello fue follar. No había nada de suave o cariñoso en ello. Que Dios me ayudara, me encantaba.

Si pudiera casarme con él... solo nosotros dos y nadie más. No, no... nosotros dos, mi madre, mi tío, las chicas y Sasha. Podría tener a sus primos y su hermana allí también. Los perdonaría por el secuestro. Después de todo, *Priest* era mi hermano, Emory su hermana, y Dante ... Bueno, no estaba segura de lo que era.

Un suspiro salió de mí y la inquietud revoloteó en lo más profundo de mi ser. No era por el matrimonio forzado. Después de todo, quería casarme con Bas desde hace nueve meses. Tenía miedo de ver a su padre.

¿Y si volvía a intentar algo?

Me temblaron las manos al abrir la puerta de la nevera. Me quedé observando el contenido, fijándome en los ingredientes. Mucha fruta, pasta precocinada, leche de almendras, espinacas y yogur griego.

—Banana, moras, leche de almendras, espinacas —murmuré, obligando a mi mente a alejarse de los pensamientos oscuros—. Banana, moras, leche de almendras, espinacas.

Me rugió el estómago. Miré por encima de la puerta, en dirección a nuestro dormitorio, y mis labios se curvaron en una sonrisa. La idea me golpeó como un rayo.

—Despierta, despierta —susurré alegremente. Me acerqué a la isla, me recogí el cabello en un moño desordenado y empecé a buscar una licuadora—. ¡Ajá! —exclamé en voz baja, con cuidado de no despertar a Bas... bueno, al menos no de esa manera.

Pelé las bananas y los eché en la licuadora. Luego lavé las moras y las espinacas, y las añadí. La leche de almendras siguió, y con una sonrisa malvada en mi cara, apreté el botón de encendido.

El rugido de la licuadora llenó el silencio matutino y sonreí al escucharla moler. Ya podía imaginarme a Bas gimiendo, maldiciendo el día en que me arrastró hasta aquí.

«Eso es tan fácilmente remediable», bromeé para mis adentros, manteniendo el dedo en el botón de trituración de hielo. Pero de inmediato sentí una opresión en el pecho. Lo amaba tanto que me dolía. Era el tipo de amor enloquecedor que punzaba, pero te negabas a dejarlo ir porque formaba parte de cada respiración. De cada latido de tu corazón.

Un fuerte pinchazo en mi trasero me hizo dar un salto y solté el botón para girarme. Por supuesto, sabía que era él. No había nadie más, pero aun así el corazón me retumbó en el pecho.

Bas estaba de pie en la cocina, a medio metro de mí, llevando solo unos bóxers negros y el cabello oscuro despeinado. Su mirada penetrante estaba clavada en mí y la mía en sus abdominales, cubiertos por el tatuaje de la calavera de *Capo* a lo largo de su costado derecho. El tatuaje que lamí anoche.

Mis mejillas se encendieron y el anhelo ardió con un dolor en la boca del estómago. *Ardía* por él con una necesidad tan cruda que me asustaba.

Bueno, el tiro salió por la culata rápidamente.

—¿Qué haces? —refunfuñó, con la vista fija en mí, pero algo oscuro y que lo consumía todo se encendió tras sus ojos.

—*Smoothie* de desayuno. —Respiré—. ¿Quieres?

Debería ponerse algo de ropa y esconder ese cuerpo. Su pavoneo era cruel con las mujeres débiles como yo, me tentaba. Mis palmas recordaban el sentir de sus abdominales, me picaban por tocarlo de nuevo. Quería seguir con mis dedos la línea de vello bajo su ombligo, apreciar cómo sus músculos se tensaban y su control se quebraba de nuevo. *Por mí*.

Dios, ayúdame. Me estaba convirtiendo en una mujer loca por el sexo.

—¿Vas a quedarte mirándome todo el día? —Su voz era grave y me provocaba escalofríos.

Tragué saliva, con el calor subiéndome a las mejillas. De repente, mi brillante idea no me pareció tan brillante, porque ver a Bas en bóxers me dio otro tipo de ideas.

Del tipo que nos llevaría de vuelta al dormitorio.



Basilio conducía su coche con confianza y control. Tal y como follaba.

Mi pulso se agitó y un dolor palpitante viajó entre mis muslos. Este hombre sería mi muerte, porque todo lo que podía pensar y sentir era a él. Tantas palabras no dichas perduraban en el aire y no encontraba el principio para empezar a desentrañar el pasado y encontrarnos de nuevo en el día en que caí en sus brazos.

El sol resplandecía con fuerza y el aire estaba húmedo, pero dejamos las ventanillas abajo. Conducía en silencio y no pude evitar dirigirle una mirada. La oscuridad brillaba a su alrededor, incluso bajo los rayos del sol, pero no pude evitar observarlo fijamente.

—¿Adónde vamos? —pregunté.

Se limitó a decirme que me pusiera un traje de baño y agarrara una toalla de playa, y lo dejó en eso. Su cabeza se inclinó hacia un lado y me miró antes de volver a la carretera.

—Playa.

Puse los ojos en blanco.

—Ya me lo imaginaba cuando me dijiste que me pusiera el traje de baño. ¿Pero dónde?

Miré su perfil y vi aparecer una pequeña sonrisa en sus labios.

—La curiosidad mató al gato —dijo.

Me dirigió una mirada y en sus ojos brilló una oscura diversión.

Elevé una ceja, sorprendida por su burla. El aire cálido me rozó las mejillas y agitó mis rizos. Este momento casi me recordaba a cómo se sentía antes... antes de su padre.

—Este gato podría matar a Basilio DiLustro —comenté despreocupadamente, mas mi sonrisa arruinó un poco la amenaza.

Sonrió.

—Si tuviera que elegir cómo morir, sería por tu mano, *Principessa*.

Un dolor crudo me atravesó el pecho al pensar en la muerte de Bas. Solo pensarlo me destrozaba los latidos del corazón uno a uno y sabía que nada volvería a ser lo mismo si él ya no caminaba por esta tierra. *Yo* no sería la misma.

El vehículo se detuvo e inmediatamente reconocí la zona. La casa de los Hamptons de mi tío estaba cerca. Me enderecé en el asiento.

—¿Los Hamptons? —cuestioné, mis ojos iban de un lado a otro—. ¿Están las chicas aquí?

Sacudió la cabeza.

—No, están con Davina y el bebé en California.

Mis hombros se desplomaron.

—Es verdad, lo olvidé. Davina tuvo a su bebé.

La semana pasada, justo después del ataque en casa de Emory. Me lo perdí por culpa de Bas. Mi tío llamó a Bas a regañadientes, ya que no tenía ningún aparato electrónico conmigo. Luego le pasó el teléfono a Juliette, que enseguida maldijo a Basilio y le dijo que lo cortaría en pedacitos cuando le pusiera las manos encima.

«Las reuniones familiares serán muy divertidas», pensé sarcásticamente.

—Esta es mi casa —interrumpió mis pensamientos—. Quiero que veas dónde haremos la recepción. —Incliné la cabeza y lo miré en silencio—. Quiero que veas el montaje y que me des tu opinión. —Parpadeé, algo confundida. ¿Era su ofrenda de paz?—. Cualquier cosa que no te guste, en la casa o para la recepción de la boda, podemos cambiarla.

—De acuerdo —concerté finalmente mientras las emociones tiraban de mi corazón, instándome a inclinarme y besarlo. Era mi centro de gravedad y la vida sin él no tenía sentido. No obstante, también lo era el orgullo que me detenía.

El motor de su Chevy Corvette negro se apagó. Ambos salimos del auto, y se acercó para tomar mi mano entre las suyas, y luego me entregó su teléfono.

—Llámala —indicó, su voz cálida contra mi oído.

Agarré su móvil, aunque algo muy dentro de mí se rebeló.

—Quiero que me devuelvas mi propio teléfono, Basilio —exigí en voz baja—. ¿Cuándo...? —*«¿Cuándo confiarás en mí?»*. Pero debía tener miedo de su respuesta porque no me salían las palabras—. No me iré —prometí.

Metió la mano en el asiento trasero de su Corvette y tomó la bolsa de playa. Uno pensaría que iba a hacer el ridículo llevando una gran bolsa rosa, pero no. Estaba tan guapo, con sus gafas estilo aviador, pantalones negros de vestir y una camisa blanca de manga corta. Pude ver a través de ella una pizca de sus tatuajes en el costado de sus abdominales y el calor me subió a la boca del estómago, a pesar de mi agitación por su desconfianza.

—Da igual —murmuré, abrí su teléfono y me quedé helada al ver la foto que me devolvía la mirada.

El salvapantallas de Bas era nuestra foto de hace nueve meses, cuando conduje el Jeep de *Priest* a la playa. Cuando llegamos, insistí en que nos tomáramos una *selfie* y él aceptó. Tomó la imagen justo cuando me giré para decirle que pulsara el botón, así que los dos nos quedamos mirándonos fijamente cuando la capturó.

Me veía completa y absolutamente enamorada de él.

Capítulo Sesenta Y Uno

BASILIO



—¿Encerraste a mi hermana en tu *penthouse*? —gruñó *Priest*.

Me reuní con Dante, Emory y *Priest* en *The Eastside Club*. Mañana sería el día de nuestra boda y necesitaba que todo saliera bien. Necesitaba mi anillo en su dedo antes de perder la cordura.

Los cuatro nos sentábamos alrededor del despacho que solía pertenecer a Liam. Un auténtico cuadro de Picasso era el único testigo de nuestra discusión.

—Para mantenerla a salvo —le aseguré. Sí, no era el mejor plan, pero joder, era el único que tenía. Hasta ese momento, nadie sabía de ese lugar. No obstante, confiaba en mis primos y en mi hermana. Aunque *Priest* se estaba comportando como un hermano chiflado sobreprotector—. Emory, necesito que vayas y te quedes con ella esta noche. Dante los escoltará a la iglesia con nuestros hombres mañana.

Emory puso los ojos en blanco.

—No puedo creer que te molestes con la tradición de no ver a tu novia la noche antes de tu boda. Considerando que rompiste todas las otras tradiciones.

Le mostré el dedo medio.

—Es supersticioso —se burló Dante.

—Es un idiota obsesivo —siseó *Priest*—. No puedes tenerla encerrada y encadenada el resto de su vida.

Me encogí de hombros.

—Mírame como lo hago. —Hasta que aprendiera a amarme y me jurara todo su amor, no me arriesgaría. Sí, era moralmente cuestionable, pero me hacía seguir adelante y mantenía a raya mi oscuridad. Si la perdía, yo...

Sí, no sería bueno para el mundo.

Priest perdió los estribos y se puso de pie de un salto. Hice lo mismo, y antes de que su enorme cuerpo pudiera chocar contra mí, lo esquivé desplazándome hacia la derecha. Sonó el crujido de la madera, las astillas protestaron y el escritorio se derrumbó.

Antes de que pudiera hacer algo más, lo agarré de las muñecas y apoyé la rodilla en su espalda.

Tanto Emory como Dante se pusieron en pie.

—*Priest*, es mi esposa. No te metas —advertí, con voz tranquila y fría.

—¡Todavía no, no lo es! —rugió. Dio un tirón con el brazo, sin importarle si se dislocaba el hombro. Era una cosa que mis primos y yo teníamos en común. Nos cortaríamos el brazo con tal de llegar a nuestro objetivo—. ¿Te preguntaste si sería tu esposa si le dieras a elegir? —Cada maldito minuto del día—. Elige a otra mujer, no a mi hermana.

—Era mía antes de ser tuya —declaré—. Te aprecio, *Priest*, pero no dejaré que nadie se interponga entre mi esposa y yo. ¿Entendido?

Ni el cielo. Ni Dios. Ni el diablo. Nadie me alejaría de ella nunca más.

—Son unos malditos idiotas —opinó Emory, molesta y agitada—. Tenemos que hablar de mañana. Y el hecho de que Padre te haya convocado.

—De acuerdo. —Miré a *Priest*—. ¿Estás lo suficientemente tranquilo? Mantener a salvo a Wynter y Emory mañana y a mi padre lejos es nuestra prioridad.

Priest refunfuñó algo en voz baja, pero asintió. Lo solté, con mi cuerpo aún sin relajarse por si volvía a perder la cabeza.

Se puso en pie y se quitó las pequeñas manchas del traje. Seguía enfadado, se le notaba en la tensión de sus hombros, su mandíbula apretada y sus ojos oscurecidos.

—Estoy calmado —soltó finalmente entre dientes—. Siempre te cubriré la espalda, Bas. Pero primero la cubriré a ella.

Asentí.

—Me parece justo.

—Esto es demasiado drama para mí —anunció Dante, sonriendo como un idiota—. Es como una telenovela.

—No sabía que las vieras —comentó Emory secamente.

—No lo hago, pero los pequeños destellos que capté cuando las estabas viendo fueron suficientes para relacionarlo.

Emory le mostró el dedo medio.

—Tal vez mi hermano y yo patearemos los traseros de *Priest* y el tuyo. Por los viejos tiempos.

—Puedes intentarlo, prima —desafió, sonriendo. Negué con la cabeza. Solíamos hacer eso cuando éramos niños. Siempre acababa alguien con un hueso roto.

—De acuerdo, ya es suficiente. —Metí las manos en mis bolsillos y me acerqué a la pared con el cuadro de Picasso—. Tengo que ir a ver a papá después de esto. Si pasa algo, ustedes vigilen a Emory y Wynter.

—No necesito que me vigilen, maldición —objetó Emory, con los ojos brillando como relámpagos. La ignoré y me centré en *Priest* y Dante.

—Seguro que se enteró de la boda y quiere saber dónde está su invitación —adivinó Dante lo mismo que pensé.

—No lo mates todavía —advirtió Emory—. Sé que quieres hacerlo, pero nos traerá una serie de nuevos problemas. A todos y eso no ayudará a Wynter. Ten paciencia, ya llegará nuestro momento.

No lo suficientemente pronto.

—De cualquier manera, no vendrá mañana. —Por encima de mi cadáver se acercaría a mi mujer. O a Emory. O a la madre de Wynter. Mi padre le disparó y arruinó su carrera—. Emory, te quedarás con Wynter en el *penthouse*.

—Me siento *honrada* —dijo sarcásticamente—. Puedo quedarme en tu *penthouse* secreto.

Ignoré su comentario.

—Si Wynter tiene una pesadilla, habla con ella. Sobre cualquier cosa, mantén la voz baja y habla.

Tres pares de ojos me observaban con un escrutinio que no me gustaba.

—Jesucristo, estás domado. —Dante rompió el silencio—. Quiero decir, lo sabía, aunque no sabía que tanto lo estabas realmente hasta este mismo momento.

Le mostré el dedo medio.

—No estoy lo suficientemente domado como para patearte el trasero a menos que te calles de una maldita vez.

—De acuerdo, quizás Wyn estará contenta —murmuró *Priest* pensativo.

—¿Wyn? —Emory y yo preguntamos al mismo tiempo.

Priest se encogió de hombros.

—Es como la llaman sus allegados.

¿Sasha la llamó Wyn? Nunca me pidió que la llamara Wyn. Mierda, tenía que controlarme. La llamaría mía, esposa... nadie más podría llamarla así.

—Dante, no pasarás la noche en el *penthouse*, pero llega allí a primera hora. Y, *Priest*, vigila el lugar. Si ocurre algo inusual, saca a Wynter.

La mantendría a salvo, incluso a su costa. Confiaba en él. Pero no confiaba en él lo suficiente como para llevar a Wynter a la iglesia y para que yo pudiera por fin ponerle un anillo en el dedo. Sospechaba que si ella le suplicaba que se la llevara, cedería.

Porque era su hermana.



Mi padre estaba sentado en su oficina.

Apestaba a alcohol, antiséptico y maldita piel muerta.

Mis ojos revolotearon hacia su rodilla. Estaba jodida. Se veía muy mal. Y apestaba aún más. No es que me importaba. Deberían haberle disparado a través de su negro corazón.

Desde que le dispararon, rara vez se sentaba detrás de su escritorio. No podía estirar la rodilla lo suficiente. Tenía que sentarse junto a la mesa y apoyar la pierna en un taburete.

—¡Por fin! ¿Por qué tardaste tanto? —espetó.

—Tráfico. —Era después de la hora pico. Era una excusa de mierda. Ambos lo sabíamos.

Sus ojos me observaban detenidamente, ese rostro que mi madre detestaba me devolvía la mirada y sabía que era la misma cara que tendría en mi vejez. Pero tendría a Wynter. Ella mantendría la luz en mi vida y evitaría que me convirtiera en mi padre.

—Así que te vas a casar. —No era una pregunta. Una declaración. Una acusación. Un juicio.

—Sí.

—Con la chica de Brennan.

—Sí. —Que se joda. No podía impedírmelo. Que traiga a todo el maldito Sindicato de la Mafia sobre mí, me negaba a renunciar a *ella*. Había preparado suficiente dinero y residencias por todo el mundo para escondernos.

Se levantó y agarró el bastón. Estaba apenas fuera de su alcance, pero no me molesté en moverme para ayudarlo. Él nunca había ayudado a nadie en su vida.

Agarrándolo por fin, se levantó, con ese maldito bastón tambaleándose. ¡Dios, lo que daría por romperle el cráneo con él! Acabar con él para siempre.

—Supongo que Brennan no me quiere en la boda. —*«No te quiero en la boda»*. Pero permanecí en silencio. Dejé que llegara a sus propias conclusiones—. La alianza con ellos será buena. Será mejor que les saques más propiedades por tomar a una puta irlandesa por esposa.

Un gruñido sonó en mi garganta. Fue imposible contenerlo.

Sus ojos brillaron victoriosos y sus labios se curvaron con una oscura carcajada. Seguí sin decir nada.

—Deberían mudarse a nuestra casa familiar una vez casados. —«*Nunca sucedería*»—.

Después de todo, te criaste aquí. Querrás que tus hijos se críen aquí.

Por supuesto que no. Planeaba quemar este maldito lugar hasta las cenizas en el momento en que estuviera muerto.

Una vena palpitaba en mi sien, mi rabia quería salir. Hacerlo sufrir. Acabar con él, de una vez por todas.

—Tengo mi propia casa —pronuncié—. Viviremos en nuestra propia casa y crearemos nuestros propios recuerdos. —Recuerdos felices sin tu maldito trasero en ellos.

—Angelo asegurará tu casa —expresó. Ese imbécil nunca volvería a pisar mi casa—. Los Brennan no son parte del Sindicato. Necesitamos proteger los intereses de nuestra organización.

—Envía a Angelo a mi casa y es hombre muerto.

Giré sobre mis talones y me marché. O me arriesgaba a matar al hombre allí mismo.

Capítulo Sesenta Y Dos

WYNTER



Bas realmente pensó en todo.

Desde el masaje, el baño con aceites perfumados, el tratamiento facial, la manicura y la pedicura, así como el equipo de maquillaje y peinado. Lo único que no tenía era a mis amigas. No confiaba en ellas ni en mí.

Dante nos recogió a Emory y a mí en el *penthouse* y nos acompañó a la catedral en la parte trasera de un Rolls Royce de lujo. Eran mi seguridad, o mejor dicho, mis guardias. Bas no confiaba en nadie más que en su familia. Cuando nos detuvimos frente a St. Patrick´s Cathedral, un grupo de hombres con trajes negros llenó la entrada.

Divisé a Davina, Juliette e Ivy y mi mano agarró la manilla.

—Detente aquí —ordené al conductor—. Pudieron llegar.

Davina me aseguró que nada les impediría venir, pero seguía preocupada. Después de todo, acababa de tener un bebé.

Dante negó con la cabeza.

—Pararemos al lado y podrás esperar dentro hasta que empiece la ceremonia.

Le dirigí una mirada molesta. Se parecía mucho a Bas, con su cabello y sus ojos oscuros. Su complexión era parecida a la de su primo, pero Dante tenía algo diferente. Mientras que Bas y *Priest* tenían algo de desquiciados y locos, no conseguía leer la personalidad de Dante.

Mis ojos se desviaron hacia Emory. Estaba muy hermosa con un vestido rosa suave. Iba a ser mi dama de honor junto con Ivy, Juliette y Davina. Sinceramente, todo parecía un circo. Un circo de lujo.

Una vez que el coche se detuvo, Dante y Emory me ayudaron.

La cola de mi vestido era demasiado larga, mierda, y Emory se apresuró a recogerla para que no la arrastrara por el suelo. Qué criminal tan tentativa, pensé y una risa histérica me subió por la garganta, mas me la tragué rápidamente.

Dante observaba los alrededores, con la mano bajo la chaqueta en su pistola, listo para dispararle a cualquiera que osara a acercársenos.

Como dije, un maldito circo.

—Esto es una mierda —murmuré, cuando varios *paparazzi* nos vieron y se abalanzaron sobre nosotros, ya tomando fotos—. El camino es demasiado largo para entrar con estos tacones.

Dante se rio entre dientes, ofreciéndome su brazo para ayudarme a caminar con mis tacones altos. Ponme sobre hielo y me mantendré firme. Si me ponías tacones, me caía.

Una vez dentro, mis zapatos repiquetearon contra el suelo de mármol. Después de doblar varias veces, Dante se detuvo y abrió la puerta de la rectoría. El débil sonido del órgano se escuchaba a lo lejos y Dante extendió la mano, indicándome que entrara.

Mi mirada se desvió hacia Emory y luego hacia Dante.

Emory me dedicó una sonrisa reconfortante.

—Pronto se acabará —musitó.

—No puedo esperar —refunfuñé al entrar, y luego me di cuenta de que estaba siendo un poco grosera con ella—. *Umm*, gracias por... —Mis palabras me fallaron. Ayudó a Bas a secuestrarme, pero también se desvivió por hacerme sentir cómoda—. Supongo que por todo —comuniqué.

—No hay problema —respondió, sonriendo ampliamente—. Sé que Bas y tú serán felices juntos. —Un latido de silencio—. Es duro por fuera, pero es un osito de peluche por dentro.

Una suave inhalación de aire. Lo habría descrito exactamente igual antes del incidente con su padre.

Cuando guardé silencio, continuó:

—Desde que tengo memoria, me ha estado protegiendo de nuestro padre a su costa. Ya es hora de que encuentre su felicidad. Aunque sea robándola.

Cada célula de mi cuerpo se llenó de esperanza. Esa peligrosa esperanza que podría elevarte a lo alto.

—Gracias, Emory.

Ladeó la cabeza y cerró la puerta. Casi esperaba escuchar el clic de la cerradura, pero no hubo nada.

Me dejaron en una habitación sin llave. ¿Quizás era una prueba? Me quedé de pie en medio de la sala, sin saber qué hacer hasta que empezara la ceremonia. Fue entonces cuando vi mi reflejo en el espejo.

Llevaba los rizos rubios en un recogido con perlas entrelazadas. El vestido era impresionante. Las perlas y los bordados plateados brillaban en él, captando la luz cada vez que me movía. Me ceñía el cuerpo y bajaba con la larga cola. Me hacía sentir como una princesa y no tenía a nadie con quien compartirlo.

No tenía ni idea de quién formaría parte de esta boda, ya que no había participado en su planificación. A decir verdad, no tenía ni idea de quién lo había hecho y, con tan poco tiempo de preparación, esperaba que fuera un acontecimiento pequeño.

Escuché un sonido suave y giré la cabeza en su dirección. La alfombra que colgaba de la pared se movió y de ella salieron Juliette e Ivy.

—¡Jules! —Jadeé, poniéndome en pie—. ¡Ivy! ¿Qué hacen aquí? —Y entonces me lancé a sus brazos, arrugando sus preciosos vestidos rosas de damas de honor—. ¡Me alegro tanto de verlas! —chillé, parpadeando con fuerza y con miedo de estropearme el maquillaje.

—*Duh,* ¿no es obvio? —replicó Juliette—. Salvándote.

Miré a mi alrededor después de que pronunció esas palabras, casi esperando que alguien irrumpiera en la habitación y se desatara el infierno.

—Nada de salvarme —susurré. De alguna manera no me sorprendía que Juliette ideara un plan para rescatarme—. No quiero que te metas en problemas.

Si Bas las encontraba aquí o escuchaba las palabras de Juliette, temía lo que haría. El hombre con el que me casaría hoy era un hombre diferente al que había abandonado. Además, le prometí que me quedaría.

—Los DiLustro están locos —soltó Juliette—. No puedes casarte con ese chiflado que te secuestró, no importa lo que diga papá.

—¿Y qué dijo tío? —pregunté, insegura de qué hacer con las dos.

Ivy hizo un gesto con la mano.

—Que tienes que pagar la deuda por haber robado entre las cuatro ese camión blindado. —Bueno, eso lo resumía todo. Pero era mucho más que eso—. Wyn, no puedes hacer esto —siseó Juliette—. No dejaré que te sacrifiques.

—No es... —No me dejó terminar.

—¿Y sabes lo que hizo Dante DiLustro? —continuó, con la voz aguda—. Le pidió mi mano a papá.

—¿Tu mano? —cuestioné, confundida.

—Le pidió a papá casarse conmigo, demonios —reviró—. Debería haberle cortado las pelotas en vez de darle una patada en ellas.

Parpadeé, viendo cómo se sonrojaban sus mejillas. Mi prima nunca se sonrojaba. Nunca, maldición. Pero algo en Dante DiLustro hacía que Juliette se pusiera furiosa. Siempre.

—¿Qué le dijo tío Liam? —inquirí con curiosidad.

—Dijo: *¡Maldición, no!* —narró—. Eso fue. Gracias dios. Si no, usaría el día de hoy para matarlo en lugar de salvarte el trasero. Ahora vámonos antes de que ese loco DiLustro aparezca. Solo tenemos unos minutos para despejar la cuadra.

La puerta se abrió de un jalón, con un fuerte golpe contra la pared, haciendo sonar el marco de madera. Basilio estaba allí, con expresión sombría y tormentosa.

—No irán a ninguna parte —gruñó Bas—. Y desde luego no se van a llevar a mi novia. ¡Fuera!

Las tres nos encogimos ante su expresión asesina.

Sabía que Juliette era pura palabrería. ¿Verdad?

—Bas, son mis damas de honor y mis mejores amigas. —Me atraganté con mis emociones, lanzando una mirada a mis amigas.

Juliette se recompuso, disimulando su reacción inicial, y lo observó fijamente. Se llevó las manos a las caderas y dio un paso, como si fuera a abalanzarse sobre él.

—Escucha, DiLustro —bramó—. Está muy mal secuestrar a la gente. Y ahora la vas a arrastrar por el altar. ¿No tienes vergüenza? —Luego soltó una risita como si recordara algo—. *Oh*, es verdad. Ninguno de los DiLustro tienen vergüenza. Como tú maldito primo. Montón de italianos. —Sus ojos se dirigieron a mí, satisfecha de haberle dicho a Bas lo que pensaba.

Ivy nos observaba con un brillo de incertidumbre.

Bas dio un paso hacia Juliette y se elevó sobre ella, aunque no la tocó.

—Y tú, Juliette, ¿no tienes vergüenza? —espetó, entrecerrando los ojos—. Después de todo, fuiste tú quien empezó esta mierda cuando prendiste fuego a esa casa.

Juliette se estremeció y, por un momento, pensé que se echaría a llorar.

—Basta, Bas —gruñí, no quería ver llorar a mi prima.

—Tu prima tiene que aprender que todas las acciones tienen consecuencias —comentó entre dientes—. Y prácticamente te empujó a mis brazos cuando hizo esa locura. Así que tal vez debería mirarse en el espejo si quiere culpar a alguien.

Demonios. ¿Por qué tuvo que ser tan brutalmente honesto?

Tiré de su manga y le supliqué.

—Bas, eso no es justo.

Bas se quedó quieto.

—Lárguense. Ambas —le demandó a ella y a Ivy.

—Váyanse. —Articulé.

Ivy tomó a Juliette de la mano y la jaló, saliendo a toda prisa por la puerta, en lugar de por el pasadizo secreto. La boda ni siquiera había empezado y ya se estaba convirtiendo en una

catástrofe.

A solas con Bas, su mirada negra como el carbón se clavó en mí. Fue entonces cuando me fijé en su esmoquin negro entallado. Le daba un aspecto más oscuro y siniestro, pero también muy atractivo.

Le sostuve la vista, ahogándome en su oscura posesividad que me producía escalofríos. Su pecho subía y bajaba mientras un silencio lleno de tensión se arremolinaba en el aire.

—Ibas a huir, *Principessa* —aseveró en voz baja, con la mirada ensombrecida. Negué con la cabeza, pero antes de que pudiera decir algo, continuó—: No me mientas. Escuché su plan de despejar la cuadra. No estuviste en desacuerdo.

La ira fue creciendo lentamente en mi interior.

—Es porque entraste como un demonio dispuesto a matar —respondí.

—Dile a esa bruja de tu prima que se ocupe de sus asuntos y que nos deje con los nuestros.

—¿Por qué no empiezas a golpearte el pecho y a rugir *mía*? —siseé, molesta—. Jules solo quiere protegerme. Todo lo que sabe es que me secuestraste, así que ¿qué diablos esperabas de ella?

Dio un paso, poniéndonos frente a frente.

—Dile que si alguna vez se atreve a sugerir una maldita idea estúpida que te ponga en peligro otra vez, haré que se arrepienta de haberte siquiera hablado.

Sus palabras me hicieron temblar. Debí de perder la cabeza porque su oscuridad tiró de algo muy dentro de mí.

Se inclinó hacia delante hasta que su frente se apoyó en la mía.

—Hoy, eres mía. Mi esposa. Nada ni nadie me alejará de ti —susurró con fuerza.

Mis entrañas ardieron mientras le sostenía la mirada.

—Todo esto está mal —comenté, con emociones espesas oprimiéndome la garganta y dificultándome la respiración—. No debería ser así.

Basilio me agarró la muñeca con fuerza y tiró de mí hacia la puerta. Lo miré alarmada.

—¿Qué estás haciendo? —reviré en voz baja. Intenté zafarme de su agarre. Sin éxito.

Apretó con fuerza como si le preocupara que me escapara. ¿No creía en mi promesa?

—Nunca te haré daño —indicó, arrastrándome por un largo pasillo. Me burlé de aquella declaración. ¿Qué se creía que estaba haciendo en ese momento?—. Pero no toleraré tu rechazo. Eres mía, y cuanto antes te des cuenta, mejor. Si huyes, te seguiré. Si tocas a otro hombre, lo mataré. Recuérdalo por el resto de nuestros días.

Mi paso vaciló y mis ojos se abrieron de par en par. ¿Dónde estaba el hombre del que me había enamorado? Los cálidos ojos marrones fueron sustituidos por una mirada oscura y fría que podrían congelar esta tierra, por no hablar de mi corazón.

Sacudí la cabeza, no sabía si por mis pensamientos o por sus acciones.

—Nos vamos a casar —gruñó, y luego me jaló hacia delante.

—P… pero no podemos ir juntos al altar —protesté débilmente. Bas había perdido la maldita cabeza.

Jalándome, llegamos a una puerta arqueada. La entrada a la capilla principal. ¡Jesucristo! Hablaba en serio. Me arrastraría hasta el altar donde esperaba el sacerdote porque no confiaba en que iría sola. Delante de todos nuestros invitados.

—Bas, por favor, sé razonable —imploré. Me ignoró y siguió jalándome.

Se me hizo un nudo en la garganta, el corazón me retumbó robándome el aliento.

Se lo había hecho su padre. Su madre se lo había hecho cuando lo abandonó de niño. Yo lo abandoné. Y ahora que me encontró, creía que volvería a hacerlo.

En cuanto los invitados nos vieron, un suave murmullo se extendió por la iglesia. No hubo sonidos de asombro ni jadeos suaves. En su lugar, recibí miradas sorprendidas y fuertes cuchicheos.

El camino por el pasillo de la enorme iglesia terminó demasiado rápido. La música sonaba anunciando mi paso. Los pétalos de rosas blancas y rojas cubrían mi camino y me pareció irónico que coincidiera con nuestra historia. Sangre e inocencia. Excepto que aquí no había inocentes.

Despreocupado por los demás, los pasos de Bas fueron apresurados, y no se detuvo hasta que estuvimos frente al altar, con un sacerdote sorprendido viéndonos fijamente. Al igual que un centenar de invitados. Reconocí a algunos, a otros no.

Por el rabillo del ojo, vi a tío Liam y a Killian dar un paso adelante, con miradas furiosas en sus rostros. Mis ojos buscaron a mi madre, pero se limitó a permanecer sentada con una expresión ligeramente vacía en su rostro.

Los padrinos de Basilio, vestidos con chalecos y pantalones de vestir oscuros, no llevaban chaqueta, pero las fundas eran claramente visibles. Tres padrinos. Dante DiLustro, *Priest* y Killian.

Tres damas de honor. Juliette, Ivy y la hermana de Bas, Emory. Mis ojos volvieron a mirar a mamá, preguntándome si había visto a *Priest*.

Parecía que Killian y Emory fueron arrojados a los lobos, para estar en el lado equivocado del ring de lucha.

Mis ojos conectaron con las miradas de mis mejores amigas. Confort. Apoyo. Amor. Y, por supuesto, su conmoción.

—¿Qué carajos estás haciendo, DiLustro? —señalo tío Liam enfadado—. Quítale las manos de encima. Acordamos en una boda, no que abusaras de mi sobrina.

Bas me agarró la mano con más fuerza y se me escapó un pequeño gemido.

—Quítale las manos de encima, DiLustro —advirtió Sasha, apareciendo de la nada y con la pistola ya apuntando a Bas—. O te mataré. Ahora mismo.

Los hermanos de Sasha vinieron a colocarse detrás de él, Quinn se colocó justo detrás de tío y Killian, mientras que Dante y *Priest* venían detrás de Bas. Los únicos que parecían despreocupados por este volcán a punto de entrar en erupción eran los hermanos Ashford. Aunque vinieron a ponerse detrás de Bas.

—Vas demasiado lejos, DiLustro —gruñó Sasha, sus ojos furiosos sobre Bas—. Por esto, morirás.

¡Dios mío!

Habría derramamiento de sangre en la iglesia. El día de mi boda. Delante de todos los invitados. Los Ashford. Nikolaev. Los Morrelli. Todo el maldito mundo.

Sacudí la cabeza, incapaz de pronunciar una sola palabra.

—¡Intenta apartarla de mí y te mataré! —rugió Bas mientras me arrastraba hacia su izquierda y sacaba una pistola de debajo del esmoquin. Sus ojos se entrecerraron en tío y Sasha—. A ti y a toda tu maldita familia.

El zumbido de mis oídos ahogó los murmullos de los invitados. La sangre corría por mis venas.

—No lo dice en serio. —Respiré, sacudiendo la cabeza. Empujé a Bas y me puse en medio —. Solo ha sido un malentendido —le declaré a todos, con los ojos desorbitados—. Todo está bien. Por favor, guarden las armas.

¡Quienquiera que planeó esta boda debería ser despedido!

Capítulo Sesenta Y Tres

WYNTER



El sacerdote celebró la ceremonia, temblando como una hoja contra el viento.

La ceremonia y las palabras pronunciadas durante ella fueron un borrón. Me concentré en mi respiración y en la gente que mataría Bas si yo perdía la cabeza.

No. Perder. La. Cabeza.

Me encantaba mi villano. Era la estupidez. El suicidio. Excepto que no podía olvidar sus sonrisas. Cómo me atrapó desde el balcón. La forma en que deslizó los zapatos en mis pies descalzos.

Eso era tan patético incluso sin decirlo en voz alta. Me secuestró, me drogó, y lo amaba. Era un psicópata. Tal vez yo también lo era.

Bas me susurró sus votos al oído, sus palabras una oscura promesa.

—Nadie me separará de ti. Ni los dioses. Ni el cielo. Ni el infierno. Siempre serás mía. Te tendré, y me tendrás. Hasta que la muerte nos separe.

No podía decidir si era un voto romántico o uno loco y obsesivo.

La fuerte mano de Basilio tomó la mía y, sin vacilar, deslizó el anillo en mi dedo. Mi corazón tamborileaba enérgicamente bajo mi caja torácica, pero mis dedos no temblaban. Mi rostro era una máscara perfecta.

Ante un centenar de testigos, nuestro destino quedó sellado. Los rostros desconocidos de New York, Chicago, Philadelphia, New Orleans e incluso Washington fueron testigos de la unión. Me pusieron los grilletes de forma permanente.

Sin embargo, nadie sabía que había aceptado esos grilletes nueve meses atrás, porque me enamoré del monstruo.

Mis ojos se desviaron hacia Davina. Se había casado con mi tío. No fue en circunstancias perfectas, pero funcionó. Eran felices. Aunque no tenían la historia que tenían nuestras familias.

—Puedes besar a la novia. —Las palabras del sacerdote penetraron en mis pensamientos.

Levanté la cabeza y me encontré con la mirada oscura de Basilio. Esos ojos que me capturaron desde el momento en que me atrapó aquella noche. Parecía que había pasado hace siglos, como si les hubiera sucedido a dos personas distintas. No era el mismo; yo tampoco.

Inclinó su imponente cuerpo para cortar la distancia que nos separaba y me besó sin vacilar. Nuestro primer beso como marido y mujer. Suave. Posesivo. Desgarrador.

Separé los labios y sentí el calor de los suyos. Su lengua rozó mi labio inferior y un gemido llenó el aire entre nosotros.

Tomé su labio inferior entre mis dientes y lo mordí con fuerza. Su cuerpo se puso rígido, pero no retrocedió. No se movió. Terminó el beso con la lengua recorriendo la picadura, como si disfrutara el dolor.

Nuestros ojos permanecieron fijos cuando se apartó, con algo oscuro y posesivo en el fondo de su mirada. Me recorrió un escalofrío, aunque no sabía si era de anticipación o de miedo.

Me tomó de la mano y una sonrisa tensa enmascaró su expresión mientras caminábamos por el altar, pasando junto a los invitados, hacia la salida de la iglesia. Afuera, la limusina ya nos esperaba y nos dirigimos directamente hacia ella.

—Espera, quiero ir con...

—Vienes conmigo —gruñó, con una clara advertencia en su voz.

—¿No deberíamos darles las gracias a los invitados? —cuestioné con voz ronca—. Apenas pude ver a mi familia. A mi madre.

Todavía no podía creer que estuviera de vuelta en New York. No habría pasado nada si no hubiera podido venir, sobre todo teniendo en cuenta cómo reaccionó después de ver a Bas y a Dante. Tío Liam no había dicho mucho y esperaba que no la sedaran para convencerla de venir.

—Lo haremos en la recepción.

Durante todo el trayecto hasta la recepción, en la mansión de playa en los Hamptons de Basilio, el aire entre nosotros era tan tenso que se podía cortar con un cuchillo.

Capítulo Sesenta Y Cuatro

WYNTER



Basilio y yo estábamos de pie junto al arco, su mano agarrando la mía. Como la pareja de novios perfecta.

Su casa en los Hamptons era muy elaborada. Demasiado para alguien tan joven; parecía un poco extravagante. El edificio de mármol blanco podía albergar fácilmente a treinta personas. Una fila de coches caros rodeaba la entrada. Todos pertenecían a Bas.

Decenas de camareros esperaban fuera con copas de *champagne* preparadas y pequeñas bandejas de aperitivos.

De pie, esperando a que llegaran los primeros invitados, casi parecíamos unos felices recién casados. *Casi.*

Se inclinó, sus labios rozaron mi oreja y susurró:

—Sonríe, *Principessa*.

Su aliento caliente me produjo un delicioso escalofrío y un recuerdo acudió a mi mente.

—Te encontré. —Su aliento era ardiente en mi oído mientras nuestros cuerpos se movían juntos, las lentas melodías de los altavoces de su coche llenaban el aire. Las estrellas parpadeaban sobre nosotros y las luces de la ciudad brillaban a lo lejos, pero lo único que sentía y veía era a él—. Quiero tus labios y tu cuerpo porque quieres dármelos. No porque quieras pagar la deuda.

Esos momentos con él, era la más feliz. Nunca pensé que nos traerían hasta aquí. Los recuerdos me sabían ligeramente amargos después de todo lo que había pasado, pero aun así no los cambiaría por nada. Eran el combustible de los latidos de mi corazón, sin importar si sufría o no.

Abrí la boca para asegurarle, de nuevo, que realmente no iba a huir, cuando los primeros invitados llegaron frente a nosotros. Tío y Davina, junto con su recién nacido. Un hermoso bebé, Aiden.

—¿Estás bien? —refunfuñó el tío, mirándome como si esperara encontrar pruebas de abuso. No me extrañaría que matara a Bas y diera por terminada toda esta farsa.

Forcé mi sonrisa más brillante.

—Sí, estupenda. —Por el rabillo del ojo, vi que Bas me miraba con desconfianza. Tío también me estudiaba y, de algún modo, dudaba que alguno de los dos se hubiera dejado engañar —. ¿Mamá está bien?

Él asintió.

—Tu madre insistió en estar aquí.

Me invadió la sorpresa.

—¿En serio?

No podía culparme por dudar de él. Tras veintiún años negándose siquiera a visitar la Costa Este, bastaba una boda para que viniera.

—Sí. Se niega a perderse más momentos. Sus palabras; no las mías.

Oh.

—Felicidades, Wyn. —Davina me abrazó, con el pequeño Aiden en sus brazos durmiendo plácidamente—. Estás hermosa.

Sostenía a su recién nacido con tanto amor que se me salieron las lágrimas.

—Es tan pequeño —susurré, asustada de despertar a mi sobrino en brazos. Le pasé los dedos ligeramente por la mejilla y el pequeño Aiden no se movió—. Es mi sobrino, ¿verdad?

Tío Liam me abrazó.

—Sí, tu sobrino. —Luego me susurró al oído—: ¿Quieres ser viuda?

Me aparté y sacudí la cabeza, esperando que estuviera bromeando. Aunque nunca se podía estar segura con una familia de locos en el bajo mundo.

Los Ashford fueron los siguientes.

—Maravillosa boda —felicitó Byron, y luego se giró hacia Bas—. Tienes a tu mujer. Espero ese contacto.

Mis ojos pasaban curiosamente de uno a otro.

—¿Qué contacto? —inquirí vacilante.

Bas se encogió de hombros.

—Mi primo tiene un medio hermano con el que quiere hacer las paces.

—Nunca había visto una ceremonia así —anunció Royce Ashford—. Y he estado en unas cuantas. Ese cura probablemente se jubiló justo después de casarlos. Aunque ese beso al final... sí, romántico, *muy romántico*.

Parpadeé ante su extraño comentario. Bas le mostró el dedo medio, mientras el primero sonreía y le devolvía a Basilio el comentario de *psicópata de mierda*. Royce y Bas eran los más cercanos en edad, así que tal vez se entendían mejor.

—Ignóralo —refunfuñó Kingston, con una mirada aterradora. De los cuatro hermanos, era el que más incómoda me hacía sentir. Desprendía vibras tipo Alexei y sabías que te mataría sin perder el sueño—. Felicidades.

Asentí, pero me quedé callada. No me iban a creer si sonreía como una novia efusiva.

Los siguientes invitados fueron Aurora y Alexei con su pequeño. Sinceramente, me sorprendió que las familias con pequeños no se retiraran. Especialmente después del fiasco en la iglesia.

Mis ojos buscaron detrás de ellos, pero Sasha no estaba por ninguna parte. Por un momento, me encontré con los ojos de Alexei, pero su mirada inmóvil no revelaba nada.

—Estás preciosa —halagó Aurora, y luego se inclinó para darme un beso en la mejilla—. Sasha tuvo que ir a calmarse un poco.

—*Ah*, de acuerdo —murmuré. Quizás era lo mejor, aunque lamenté no haberlo visto.

La mano de Kostya se extendió.

—¡Mía! —sollozó.

—Dios mío, ya es posesivo —soltó Aurora—. Deben ser los genes.

Sorprendiéndonos a todos, Bas se rio.

—Ah no, amiguito. Ella es mía. Encuentra tu propia princesa.

Los ojos de Aurora brillaron hacia él, sorprendida.

—No sabía que bromeabas, primo —expuso.

Dando un paso más hacia ella, agarré las manitas de Kostya.

—Cuando termine con esta farsa —murmuré en su cabello, luego besé su frente—. Iré a buscarte.

La interminable fila de invitados tardó mucho más de lo que pensaba.



No tenía ni idea de cómo habíamos acabado con tantos invitados con tan poca antelación. Me dolían las mejillas de la sonrisa falsa que había mantenido durante tanto tiempo.

De vez en cuando, me arriesgaba a ver a Bas. Siempre me observaba a los ojos. La oscuridad y las llamas ardían profundamente en su mirada. A pesar de todo, él era mi amor, mi lujuria y mi felicidad. No podía luchar contra él. Era mi llama y sin él no viviría. Solo existiría.

—¿Bas? —susurré para que nadie más pudiera oírnos.

Su vista encontró la mía y los recuerdos de todas nuestras primeras veces pasaron por mi mente. Había tanto que podía ver en la intensidad de su mirada que temí que él también lo sintiera. ¿O era solo mi imaginación?

—No iba a huir —alegué suavemente—. En la iglesia.

Un rugido de satisfacción, o tal vez de incredulidad, le subió por la garganta e inclinó la cabeza para darme un beso en la boca. Mas no dijo nada, lo que me hizo preguntarme si me creía.

Estábamos en esto para bien o para mal. Tendríamos que aprender a confiar el uno en el otro.

—¿Bas?

—*Hmmm.*

—¿Podemos hablar esta noche? —El día del ataque de Gio tendría que ser abordado. Me había preguntado por qué me fui. Repetidamente. Si no aclarábamos las cosas y llegábamos a algún acuerdo, no sería un buen comienzo para nuestro matrimonio.

—Esperaba que hiciéramos algo más que hablar en nuestra noche de bodas —replicó, con sus ojos oscuros llenos de promesas pecaminosas.

—Pero quizá podamos hablar del día... —Hice una pausa. Era difícil pensar en ese día, no digamos hablar de él—. Hablar del día que me fui —terminé.

La sorpresa brilló en sus ojos.

—Esta noche —afirmó.

Deslizó su mano entre las mías y nos dirigimos a nuestros asientos, donde la suave música llenaba el gran patio trasero con vistas al océano Atlántico que se extendía kilómetros a la redonda.

Una vez sentada, Davina me tomó la mano que agarraba mi vestido y la apretó suavemente.

—Ya casi termina.

En nuestra mesa estaban sentados mamá, tío, Dante, Emory, *Priest*, Ivy, Juliette, Killian y el tío de Basilio. Mis ojos se desviaron hacia mi madre, que estaba sentada rígidamente junto a tío Liam. No pude evitar recordar lo que me había dicho sobre enamorarse del hermano de Gio. Tenía que ser el tío de Bas.

Quería disculparme con ella. Abrazarla y decirle que Bas no era su padre. Decirle que *Priest* era el hijo que había perdido. Ni siquiera había mirado a su lado de la mesa. Aunque capté más de un parpadeo de miradas hacia ella, de *Priest*, Dante y su padre.

No sabía qué pensar de ello.

Dante se levantó de su silla y chocó su copa para llamar la atención de todos. Me esforcé por concentrarme en su brindis, pero mis oídos zumbaban tan fuerte que no oía más que el estruendo de mi propio corazón.

Tío fue el siguiente. Por el rabillo del ojo, capté el cuerpo tatuado y voluminoso que se movía con elegancia entre las mesas para sentarse en la de los Nikolaev. Me levanté de golpe y los ojos de todos se dirigieron a mí.

Me quedé inmóvil y los ojos de Sasha se encontraron con los míos. Asintió con la cabeza y esbozó una sonrisa. Respiré aliviada. Era su manera de asegurarme que no le haría daño a Bas.

Davina me tomó de la mano y me jaló hacia abajo. Lentamente, volví a sentarme en el asiento. Bas apretó los labios y sus ojos oscuros se clavaron en los míos. Se inclinó hacia mí y su aliento me rozó el lóbulo de la oreja.

—Si te atrapo con él, es hombre muerto.

Se me escapó una risa estrangulada. Me preocupaba por proteger a Bas de Sasha, mientras mi imprudente marido amenazaba con matarlo. ¡Qué perfectamente irónico! Un maldito circo.

Mi tío empezó su brindis.

—Desde el momento en que Wynter nació y la sostuve en mis brazos, le hice una promesa a ella y a mi hermana. Juré que la mantendría a salvo. —Sus ojos se entrecerraron en mi nuevo esposo—. Es mi familia, y no importa su apellido, si está herida, vendré por ella.

—No hay nada mejor que ese discurso —murmuré en voz baja, salvo que todos en nuestra mesa lo oyeron.

—Apuesto a que podría superarlo. —Rio Juliette.

Sacudí la cabeza.

—Por favor, no lo hagas.

Sonrió.

—Solo porque te amo.

—Y quiere tu Jeep —añadió Ivy, lo que le valió una mirada fulminante de Juliette.

—Juliette no va a tener un auto —espetó tío Liam—. No hasta que pueda demostrar que es seguro para los demás y para sí misma mientras conduce.

—Eso sería nunca —se burló Davina.

—Oye —protestó ella—. He mejorado mucho.

—En tus malditos sueños —musitó Davina.

—No digas malas palabras delante de mi sobrino —advertí—. Es de muy mala educación.

—Te compraré un coche nuevo —intervino Dante, con los ojos puestos en Juliette—. Todo lo que tienes que decir es sí.

Y si las miradas mataran, Dante estaría muerto.

Siguió una ronda de risitas y otro tintineo me hizo girar la cabeza con curiosidad hasta casi caerme de la silla. Mi madre se levantó y me miró.

—Me gustaría hacer un brindis. —Empezó con su voz suave—. ¿Te parece bien?

Se me hizo un nudo en la garganta. Odiaba que le prestaran atención y, sin embargo, quería hacer un brindis. Asentí con la cabeza.

—Por supuesto —solté con la garganta apretada.

Un camarero acercó un carrito con un televisor de pantalla grande y le asintió a mi madre. Ella inclinó la cabeza en señal de agradecimiento y se giró para mirarme a los ojos.

—Sé que no he dicho lo suficiente lo mucho que te amo —habló suavemente.

—Está bien, mamá —declaré con voz ronca y con las emociones oprimiéndome la garganta.

—Agradezco cada día que, el día que perdí tanto, no te perdí. —Se me hizo un nudo en la garganta, sabiendo que se refería al día en que Gio le disparó a papá y a ella—. Has superado mis sueños más salvajes y me has hecho sentir tan orgullosa. —Se retorció las manos—. Dentro y fuera del hielo, mi pequeña Star. —Dejé escapar un suspiro estremecido y sentí que una mano grande apretaba la mía por debajo de la mesa—. Desde el momento en que naciste, fuiste mi luz. Tú y Juliette me hicieron seguir adelante.

Sus ojos se desviaron hacia Juliette y luego volvieron a mí.

—Hice un pequeño video de fotos y grabaciones para ti —anunció suavemente—. También tengo uno para Jules para cuando se case.

—Ya puedes entregarlo —murmuró Juliette—. Nunca me voy a casar.

Luego fulminó a Dante con la mirada y tuve que morderme el interior de la mejilla o reírme. Una carcajada siguió la proclamación de Juliette y mamá pulsó el botón de inicio.

Me quedé mirando la pantalla. Apareció una foto de mamá en el hospital conmigo en brazos. Una sonrisa triste y suave. Pasaron fotos que nunca había visto. Primera vez que gire sola en la cama de bebé. Primeros pasos. Primer patinaje sobre hielo. Yo desparramada sobre el hielo, con el cabello alborotado. Fue mi primer salto y mi primera caída.

—Todavía me acuerdo de esa —añadió Juliette—. Después de caerte, te diste la vuelta y besaste el hielo. Asqueroso.

Me ardía la garganta y el nudo que tenía en ella me dificultaba tragar. También lo recordaba. Era tan feliz en el hielo. Realmente lo era. Algunas personas buscan toda su vida algo que les apasione. Encontré lo mío antes de aprender a escribir.

Entonces se reprodujo un vídeo. Mi primera competencia. El primer día de clases.

—No sabía que seguías grabando todo eso —musité en voz baja, mirando a mi madre.

—¿Cómo no iba a hacerlo? —cuestionó con voz ronca—. Sabía que el tiempo volaría y me dejaría sin ti.

Me levanté de mi asiento y di tres pasos hacia ella, rodeándola con mis brazos.

—Siempre estaré aquí —juré—. Te quiero mucho, mamá.

Inhalando profundamente, intenté evitar que se me salieran las lágrimas delante de todos.

—También te quiero mucho, Star. Siempre. —Difícilmente mostraba emociones. A veces Juliette y yo refunfuñábamos por ello. *Sabíamos* que nos amaba, pero escasamente lo decía o nos mostraba afecto. Así que cuando hacía cosas como esta, me sacudía hasta la médula.

Se apartó y nuestras miradas se cruzaron.

—Tu distracción te encontró. —Una aguda inhalación de mi aliento resonó entre nosotras. ¿Cómo lo sabía? La culpa se me agolpó en el pecho y en los ojos, y abrí la boca para empezar a explicarle, cuando continuó—: Sé feliz, Star. Y tú distracción… —dijo dirigiendo una mirada a Bas—. Más vale que adore el suelo que pisas. O seguiré el ejemplo de mi hermano y haré que lo maten.

Se me escapó una risa ahogada. Mi madre nunca le había levantado la voz a nadie. No podía imaginarla amenazando de muerte a alguien. Hasta ese momento.

Volvió a observar a mi marido.

—Hazla feliz, Basilio. —*O de lo contrario* quedó flotando en el aire.

Bas asintió, su vista se encontró con la mía, consumiéndome.

—Lo haré —prometió—. Lo juro por la vida de mi madre.

Demonios. Puede que hoy acabaría llorando como una bebita.

—Vuelve con él —me susurró mamá al oído. Cada paso que daba hacia él se sentía mucho más. Mierda, casi me sentía como si hubiera encontrado el camino de vuelta a él.

«Este lado romántico sería mi fin», pensé irónicamente.

Los meseros empezaron a traer la comida. Parecía estrictamente cocina italiana. Todos comieron, la ligera tensión en torno a nuestra mesa era evidente; no obstante, de algún modo, no creí que tuviera nada que ver con Bas y conmigo, y sí con mamá y Franco DiLustro.

Una banda empezó a tocar y Bas se levantó, tendiéndome la mano.

—Es hora de nuestro primer baile, *Principessa*. —Algo en la forma en que me miraba me hizo palpitar el corazón y, sin quererlo, me vino a la mente nuestro primer baile.

Diferentes momentos, diferentes circunstancias. Y la misma canción, me di cuenta con una alarmante realización.

Con el corazón en la garganta y probablemente estrellas en los ojos, nos dirigimos a la pista. No dijimos nada, los invitados guardaron silencio o tal vez se desvanecieron en el fondo mientras él me jalaba contra su pecho.

La funda bajo su chaleco me presionó y nuestros ojos conectaron.

—Te encontré —musitó, en voz baja, mientras las melodías de la primera canción que habíamos bailado bajo el cielo estrellado hace más de nueve meses llenaban el patio trasero de su casa de los Hamptons.

Las mesas estaban acomodadas en círculos alrededor de la gran pista de baile para que todo el mundo pudiera ver en primera fila a los novios. Pero para mí, no había nadie. Solo nosotros, como hace nueve meses.

Nuestros cuerpos se movían juntos, como si lo hubiéramos hecho un millón de veces.

—¿Por qué esta canción? —inquirí en voz baja.

Inclinó la cabeza, sus labios contra mi frente.

—Porque vayas a donde vayas, Wynter, te seguiré.

No sabía si era una amenaza o una promesa. Pero mi corazón se derritió igualmente.



Bailé con tanta gente y esbocé tantas sonrisas falsas que, cuando por fin apareció Sasha, respiré aliviada. No tenía que fingir.

—Hola —saludé, sonriendo suavemente—. ¿Dónde te has estado escondiendo?

—Manteniéndome fuera del alcance de tu marido —refunfuñó—. O lo mato yo o me mata él.

Negué con la cabeza.

—No lo hará.

Siempre y cuando mantuviera mi distancia de Sasha. Aparentemente en los últimos nueve meses, Bas se había vuelto obsesivamente loco también.

—¿Te ha hecho daño? —Tenía la mandíbula apretada, los músculos tensos.

—No. —Era la verdad. Físicamente nunca me había hecho daño—. Gracias por...

Mis palabras vacilaron porque sabía que no era lo que él quería escuchar.

—Por no matarlo —concluyó por mí.

Mis dedos se enroscaron en su bíceps.

—Lo amo —admití en voz baja—. Solo pensar en vivir sin él me hace pedazos.

Suspiró.

—Tiene que ser algo en el agua —pronunció. Fruncí el ceño y él sacudió la cabeza, desestimando su extraño comentario—. Tomo como una buena señal que su padre no está aquí.

Los recuerdos me golpearon. El aliento pestilente en mi cara; el agarre de Gio mientras empujaba contra mí. Me estremecí, bajé los ojos y me concentré en la corbata de Sasha.

Gio DiLustro dejó una marca.

—Wyn, te juro... —Empezó a hablar y metí al pasado en una esquina.

—Estoy bien —afirmé—. Me entrenaste bien. Y si me encuentro cara a cara con Gio, lo mataré.

Otro gruñido vibró entre nosotros. ¿Qué les pasaba a estos hombres con los gruñidos?

Sasha, al igual que sus hermanos, podía dar miedo. Ese cabello rubio y esos ojos azul pálido con vibras de peligro que gritaban por todos sus poros. Basilio tenía el oscuro encanto que se escondía bajo su exterior caballeroso. Con Sasha, ninguna cantidad de trajes inmaculados ocultaría su crueldad. No sabía si era la tinta que cubría la mayor parte de su físico o su corpulento cuerpo de MMA.

Pero a diferencia de sus hermanos, no le temía. Tal vez porque me abrazó mientras lloraba como una bebé. O tal vez porque me cuidó después de lo que pasó con el padre de Bas.

Aurora y Alexei se balanceaban a nuestro lado, su pequeño Kostya protestaba y se estiraba hacia mí.

—Puedo cargarlo. —Ofrecí. Mis ojos se quedaron mirando a Alexei solo un segundo antes de desviarse hacia Aurora. Ella era la alternativa segura.

—No sé por qué siempre se retuerce por ti —se quejó.

Me encogí de hombros.

—Soy una susurradora de bebés.

—Te embarazas y te juro por Dios. —Juliette apareció al otro lado de ellos, bailando con Ivy —. Que esta amistad se acabó. Contigo y con Davina.

—Menos mal que somos familia —repliqué—. No hay escapatoria.

Moví al pequeño Kostya sobre mi cadera, que balbuceó feliz.

—¡Mía! —reclamó tirando de mi rizo.

—De acuerdo, amigo —musité riendo—. Eres un pequeño mandón, sabes.

Como parecía ser la tendencia en la familia Nikolaev, tenía los ojos azul pálido y el cabello rubio platinado. Algún día sería un chico guapísimo. Sasha y yo seguíamos bailando, Aurora y Alexei apenas a medio metro de nosotros. Alexei era un obsesivo psicópata, pero a su mujer no parecía importarle.

—A tu esposo no le hará ninguna gracia que un niño de un año le robe a su esposa —se burló Aurora.

—Se lo tendría bien merecido —refunfuñó Sasha y los ojos del pequeño Kostya se clavaron en él.

—*Shhh.* —Lo tranquilicé antes de que empezara a llorar—. Tu tío es un gruñón.

—Me importa una mierda lo que te prometí, Wyn —refunfuñó Sasha—. Veo herido un solo cabello de tu cabeza, e iré contra todos ellos.

No había nada mejor que un hermano mayor psicópata, y para colmo, un nuevo marido psicópata.

Capítulo Sesenta Y Cinco

BASILIO



—¿No me digas que tu esposa te está ignorando? —se burló Dante, y no quería otra cosa que darle un puñetazo.

Me apoyé contra la pared, viéndola bailar con Sasha Nikolaev y me hirvió la maldita sangre. Tampoco me agradaba el pequeño Nikolaev. La miraba con estrellas en sus ojos, como si fuera su juguete personal.

—Habrían hecho una pareja impresionante —comentó *Priest*, apareciendo de la nada. Había estado mirando a Ivy, la amiga de Wynter, como si fuera su trabajo a tiempo completo. Y eso además de observar a la madre de Wynter. Mi tío se negó a decir algo sobre la mamá de *Priest*, pero aseguró una invitación a la boda. Mi padre no—. ¿Te imaginas lo rubios que habrían sido sus bebés? —provocó *Priest*.

Le devolvería el favor al imbécil, y por las miradas que le había dirigido a Ivy, y sus mejillas sonrojadas, sería más temprano que tarde.

—Demasiado rubios —observó Emory, golpeando a *Priest* en el estómago—. Sus bebés habrían cegado a todo el mundo en este planeta. Quiero decir, la prueba está justo ahí con ese niño que está sosteniendo.

Tanto Sasha como Wynter tenían el cabello dorado y rubio. Mientras que ella parecía más un ángel consumido por un demonio a mi lado, junto a él, parecía angelical abrazada a un ángel. Un maldito ángel corrupto y caído, pero aun así un maldito ángel.

La vi devolver el bebé a su padre y a su madre. Menos mal; de lo contrario, la imagen de una familia perfecta ya estaba grabada en mi mente. Estos malditos celos ardían más que el sol.

—¿Habías escuchado que la madre de Wynter no había estado en la Costa Este en más de dos décadas? —inquirió Dante en voz baja.

Me encontré con los ojos de mi primo. Asentí, aunque no di más detalles. Fue la única condición que puso Brennan para la boda. Nada de Gio. No era como si fuera una dificultad. Apenas hablaba con el hombre desde la desaparición de Wynter, nueve meses atrás.

Mi padre era un hijo de puta cruel, pero nunca dejaría que le hiciera daño. De hecho, lo mantendría lo más lejos posible de ella. Sería lo mejor para todos que acabara con mi padre, no obstante, si saliera a la luz, no solo me perseguirían, sino también a mi esposa y a toda mi familia.

El ritmo aumentó y volví mi atención a la pista de baile para encontrar a Wynter girando, todavía bailando con Sasha.

—No creo que sea la primera vez que esos dos bailan esa canción —opinó Dante mientras retrocedía sobre sus talones, con las manos en los bolsillos.

Wynter y Sasha empezaron a cantar *Don't You Know* de Jaymen Young, ambos sonriendo,

como si fuera su propia maldita boda. Dejé a mis primos y a mi hermana allí de pie y me dirigí hacia Sasha y mi esposa.

Los ojos de Nikolaev se desviaron hacia mí y se oscurecieron un poco. El frío y calculador bastardo que era dijo:

—Sabes que te quiero mucho, Wyn.

—También te quiero, Sasha.

Me invadió una furia abrasadora y necesité toda mi fuerza de voluntad para no sacar la pistola y dispararle al hijo de puta. Me hervía la sangre bajo la piel y me daban ganas de arremeter contra todos los hombres Nikolaev.

—Sasha, deja que Wynter baile con su esposo —sugirió Vasili, su hermano, con un tono frío y molesto, cargado de su acento ruso. Brennan insistió en que los invitaran y ahora lo lamentaba. Hubiera preferido matarlos.

—Solo si ella quiere —replicó Sasha, mirándome como si estuviera listo para una pelea.

Me desplacé hacia delante, pero Wynter soltó su mano de inmediato, mientras Vasili agarraba a su hermano menor y lo arrastraba hacia su mesa, siseando algo en su lengua madre.

Rápidamente agarré la mano de Wynter y la hice bailar el resto de la canción conmigo.

—Tienes que calmarte de verdad —agregó con un fuerte suspiro.

—Entonces deja de bailar con otros hombres —advertí.

Puso los ojos en blanco. ¡Me puso los ojos en blanco, maldición!

—Antes eras más divertido —criticó y luego, como si se hubiera dado cuenta de que se le había salido, sus ojos se clavaron en los míos.

Una sonrisa perezosa se curvó en mis labios.

—La última vez que bailamos tuve que golpear a otro hombre por tocar lo que era mío. Quizá tenga que mejorar mi juego —informé.

—No le hagas daño a Sasha —indicó, y me irritaba que le importara si le hacía daño o no.

—¡Hora de lanzar la liga! —gritó Dante y ambos giramos la cabeza para encontrarnos a Juliette fulminando a Dante con la mirada. Mi primo le sonrió, como si estuviera listo para devorarla. Había sentido fascinación por ella desde que le dio un rodillazo en las pelotas. Uno pensaría que tendría el efecto contrario, teniendo en cuenta lo mucho que le dolió esa mierda. Pero no, mi desquiciado primo lo tomó como su propio desafío personal.

La multitud nos rodeó y alguien acercó una silla. La senté, luego me encorvé y enarcando una ceja miré a mi esposa. Estaba sentada, con los ojos congelados sobre mi cabeza y las manos agarrándose el vestido con tanta fuerza que los nudillos se le pusieron blancos.

Seguí su mirada y la encontré en mi padre. ¿De dónde demonios había salido? Mis ojos encontraron a *Priest* y a Dante, ambos asintieron y lo rodearon. Para mi sorpresa también lo hizo Sasha que parecía listo para abalanzarse sobre él.

Y todo el tiempo, mi padre sonreía y sus ojos estaban clavados en mi esposa.

—¿Cuándo veremos sábanas ensangrentadas? —exclamó mi padre y Wynter se estremeció, luego le entrecerró los ojos. Sasha gruñó y Brennan echó mano a su pistola. La madre de Wynter palideció y mi tío, de entre toda la gente, se encontró junto a ella, protegiendo su cuerpo con el suyo.

—No escuchaste —declaró Wynter, levantando la barbilla y dedicándole una sonrisa orgullosa. Mi padre no podía ver las manos de Wynter cerradas en un puño sobre su vestido blanco porque le impedía la vista—. Él reventó esa cereza hace tiempo. —Alguien empezó a ahogarse detrás de nosotros, pero no me giré para ver quién era, manteniendo la mirada fija en mi padre—. La única sangre que verás esta noche podría pertenecer a un DiLustro.

«Eso mujer», pensé con orgullo.

Un silencio mortal llenó el aire helado y los invitados se tensaron, cada hombre protegiendo a su propia familia con las manos en sus armas. La tensión era más fuerte que una explosión y la ira me quemaba el pecho. Mis dedos se movieron con la necesidad de sacar mi pistola y dispararle al hijo de puta, sin importar las consecuencias.

Lo único que me detuvo fue Wynter. La sentí temblar bajo mi tacto y no quise causarle más angustia.

Mi tío le asintió a Brennan y se dirigió hacia su hermano mayor. Seguí a ambos con la vista, mientras mi tío introducía a mi padre en la casa, y no les di la espalda hasta que mi padre desapareció de mi vista.

Wynter también los observaba y su mirada era inquietante. Desgarraba mi negro corazón.

—*Principessa* —murmuré suavemente, y sus ojos bajaron hacia mí. Poco a poco, la tensión de sus hombros se relajó, pero la angustia aún permanecía en aquellas profundidades verdes. La conversación que me había prometido tenía que tener lugar. *Pronto*—. Solo *mírame* —declaré y ella asintió.

Le acaricié las pantorrillas, su piel suave y cálida bajo mis ásperas palmas. Fue a levantarse el vestido, pero la detuve.

—La encontraré —anuncié con voz ronca.

Suavemente, le quité su tacón y nuestra primera cita pasó a primer plano. Cuando nuestras miradas se cruzaron, supe que ella también pensaba en eso. Aquel día en la tienda de Emilia. El primer asesinato que hice por ella; no fue el último.

Deslicé mis manos lentamente hacia arriba hasta llegar a sus muslos. Sentí que se le erizaba la piel y que un pequeño temblor recorría su cuerpo. Me sostuvo la mirada, como si encontrara fuerza en ella. Subí más y más, hasta que mis dedos rozaron la liga de su pierna derecha. Le levanté el vestido, lo justo para meter la cabeza debajo, mi cara contra su suave piel.

Besé la piel justo por encima de su rodilla, cerré los dientes en torno a la liga y la arrastré por su pierna hasta que cayó al suelo. Ella levantó el pie y agarré el trozo de tela. Luego volví a ponerle el tacón.

—Igual que el Príncipe Encantador. —La escuché murmurar suavemente—. Villano Encantador.

—Pero siempre tuyo.

Me levanté con la liga y la ayudé a ponerse de pie, luego la rodeé con mi brazo de manera protectora.

—¿Quién quiere ser el siguiente en casarse? —exclamé.

Los hombres se reunieron a mi alrededor y la risa de Wynter desvió mi atención. Sus ojos brillaron y seguí su mirada para encontrarlos en Sasha, quien daba un paso atrás.

—Sabes que lo deseas, Sasha —bromeó con picardía.

Este puso los ojos en blanco y retrocedió otro paso, por si acaso.

Rodeando a mi mujer con el brazo, levanté el otro libre y lancé la liga a la multitud de hombres solteros. No me sorprendió ver a Dante lanzarse por ella y luego ponérsela entre los dientes para girarse y mirar fijamente a Juliette.

Ella le mostró el dedo medio y le dio la espalda.

La multitud se dispersó y Wynter se distrajo con sus amigas y Emory.

Me dirigí hacia mis dos primos y, una vez fuera del alcance de todos, pregunté:

—¿Cómo demonios entró?

El rostro de *Priest* era sombrío. El de Dante no era mejor.

—Padre lo está controlando.

Mantuve el rostro neutro, consciente de las miradas que nos lanzaban, aunque me hirviera la sangre de furia. Era lo único en lo que Brennan insistió. Me importaba una mierda que mi padre fuera el jefe de la Mafia de New York mientras estuviera vivo. No acercaría a ese desgraciado enfermo a mi esposa, ni a mi hermana.

—¿Qué pasó? —gruñí en voz baja.

—Nuestro padre se está haciendo cargo de él —siseó Dante—. Déjaselo a Gio aparecer sin invitación. Lo sacará y se quedará con él.

—Gracias a Dios —concluí.

Los ojos de *Priest* se desviaban hacia Wynter y su madre. La madre de él. No tenía ni maldita idea de si Aisling sabía que tenía un hijo. Mantenía su mirada alejada de mi tío y de la mayoría de nosotros los DiLustro.

No es que pudiera culparla, considerando que los DiLustro destruyeron su vida.

De repente, la música subió tanto de volumen que los altavoces temblaban. Las miradas de todos se giraron hacia Wynter y sus amigas en la esquina, sus caras brillaban risueñas mientras todas reían. Fuera lo que fuese, las cuatro y Emory se rieron tanto que se sujetaban el estómago.

La letra de la canción *Problem* de Natalia Kills sonaba y las chicas no paraban de mover la cabeza mientras Juliette decía algo a su loca manera animada. Wynter alargó la mano y bajó el volumen de la canción.

—No dice nada de doblar el culo —resopló Emory, con las mejillas realmente sonrojadas.

Ivy se encogió de hombros.

—Bueno, la hemos estado cantando con el culo doblado, así que seguimos con ello.

La risa brillante de Wynter recorrió el aire.

—Tú y Juliette la han estado cantando de forma pervertida.

Juliette les mostró el dedo medio a sus amigas, volvió a subir el volumen de la música, se subió a la mesa y empezó a menear el trasero al ritmo de la canción que seguía sonando a todo volumen por los altavoces. Emory se rio fuertemente y me alegré de verla llevarse bien con las chicas. Era algo que nunca había hecho antes.

—¿Escuché que fuiste tan estúpido como para pedirle a Brennan casarte con Juliette? —preguntó *Priest* en tono aburrido.

Dante se metió las manos en los bolsillos, sin apartar la mirada de la mujer de cabellera oscura, que llevaba las palabras problema y desquiciada escritas por todas partes.

—Lo intenté —replicó—. De una forma u otra, voy a tener a esa chica.

Dante sonrió satisfecho y ya podía presentir problemas en el horizonte. Entrecerré los ojos.

—No la jodas, Dante.

Dante se frotó la mandíbula con una mano.

—No te preocupes —aseguró, aunque de algún modo me puso de nervios—. Seré el perfecto caballero.

—¿Incluso cuando te vuelva a dar una patada en las bolas? —cuestionó *Priest* con una risita.

—Espero que la pelirroja te corte las pelotas —dijo Dante, apartando los ojos de Juliette.

La música bajó y los hombres Nikolaev se rieron de lo que decía Wynter. Mi esposa encontró la manera de volver a tener al pequeño Kostya en brazos y le besaba las manitas.

—Jesucristo, es muy buena con los pequeños —murmuró Dante, viéndola ayudar al pequeño Kostya a empujar a Sasha. El gran bruto fingió caerse y Kostya soltó una sonora carcajada, agitando las manos y las piernas. Luego Wynter volvió a hacerlo y Sasha fingió tropezar hacia atrás.

Amaba y odiaba lo a gusto que estaba con la familia Nikolaev. Eran mis celos, lo sabía. Antes de que me dijera que me amaba. Esas palabras ya no salían de sus labios.

Obligando a mi rostro a mantener la calma mientras los observaba, los ojos de mi esposa se movían de un lado a otro, como buscando a alguien.

Capítulo Sesenta Y Seis



No vi a mi madre por ninguna parte.

Mis ojos recorrieron la multitud de invitados y nada. Mi tío estaba allí pero no había ni rastro de ella. No se había separado de él en todo el día.

Entregué a Kostya a Aurora, me excusé y fui a buscarla.

«Tal vez fue al baño», pensé.

Entré en la casa y giré por un pasillo. Los meseros estaban ocupados entrando y saliendo.

—Disculpe. —Paré a una mujer de larga melena rubia—. ¿Ha visto a uno de nuestros invitados viniendo por aquí? —Cuando me miró sin comprender, continué—: Mi madre.

Sacudió la cabeza.

—El otro pasillo —informó—. El de la derecha.

—Gracias. —Me apresuré a volver por donde había venido y giré a la derecha por el largo pasillo. Prácticamente corrí, abriendo cada puerta en mi camino. Había llegado casi al final cuando escuché un gemido.

Atravesé la puerta del almacén y me encontré con la mano de Gio alrededor del cuello de mi madre, con una mirada de horror en sus ojos. Había un cuerpo desplomado en el suelo y reconocí al tío de Basilio. No tenía ni maldita idea de lo que había pasado aquí, pero no lo iba a tolerar.

—Aléjate de ella, maldición. —Volé hacia él y lo golpeé en la cabeza. Ni siquiera se inmutó y su agarre debió de apretar la garganta de mi madre, porque sus ojos se desorbitaron y arañó su mano, desesperada por respirar.

—¡Quita tus asquerosas manos de ella! —grité, golpeando furiosamente su espalda—. Te voy a matar.

La cara petrificada de mi madre me miraba fijamente y me negué a dejar que este hombre ganara. Salté sobre su espalda y lo mordí en el hombro. Su aullido fue música para mis oídos.

Empujó a mi madre y ella cayó de rodillas.

—Puta inútil —bramó, aunque no sabía a quién se dirigía. A mamá o a mí.

—Métetelo en tu cabezota —siseé—. Ella no te quiere. Y yo tampoco.

Sus ojos me miraban, oscuros y despiadados, prometiendo un doloroso castigo. Que se atreva a intentarlo, mierda.

—¿Cómo está tu rodilla? —me mofé—. Debería haber sido tu cráneo al que le disparara. —El grito ahogado de mamá llenó la habitación, pero no aparté la mirada—. Apuesto a que ninguna mujer te querrá con esa pierna jodida que tienes.

Levantó la mano y me dio una fuerte bofetada. Me zumbaron los oídos y un sabor metálico me llenó la boca.

—¡Corre, mamá! —exclamé con voz ronca mientras toda la atención de Gio parecía estar

puesta en mí. Fue a regresar sus ojos hacia ella, pero rápidamente dije—: Esta vez, voy a matarte, Gio DiLustro —auguré con convicción—. Por lo que le has hecho a mi madre. Y por lo que me hiciste.

Esta vez, su mano se cerró en un puño y voló por el aire. Lo esquivé para que no me diera en la cara, pero no lo bastante rápido para evitar que me golpeara en el hombro.

—Te enseñaré cómo presentamos las sábanas ensangrentadas, incluso sin tu virginidad, puta.

Capítulo Sesenta Y Siete

BASILIO



Me acerqué a la puerta y una niebla roja llenó mi visión.

—Esta vez, voy a matarte, Gio DiLustro. —La voz de Wynter era fuerte, pero subrayada por un temblor—. Por lo que le has hecho a mi madre. Y por lo que me hiciste.

Mi boca formó un gruñido y me volví loco. Se atrevió a tocar a mi mujer. Lo cortaría en pedazos.

Su puño conectó con su hombro y el dolor apareció en el rostro de mi esposa, pero se contuvo.

—Te enseñaré cómo presentamos las sábanas ensangrentadas, incluso sin tu virginidad, puta.

Saqué mi cuchillo de la funda y arremetí contra él. Le rodeé la garganta con la mano y apreté el cuchillo contra su bajo vientre.

—¡La tocaste! —rugí—. ¡La tocaste, maldición!

No me vio llegar, estaba tan concentrado en ambas mujeres. La madre de Wynter estaba en el suelo, junto a mi tío.

Con ojos desorbitados, Padre trataba de agarrar mi mano, mientras yo lo estaba ahorcando.

—No puedes matarme. —Se atragantó, con la respiración agitada—. El Sindicato te aniquilará. Matará a todos los DiLustro, incluida tu esposa.

Le retorcí el cuchillo en el abdomen, odiando que tuviera razón.

—Morirás de un modo u otro —aseveré, con una sonrisa retorcida curvando mis labios—. Como dijo mi esposa, hoy se derramará tu sangre. No la de ella. Nunca la suya.

—La Mafia...

No llegó a terminar sus palabras porque saqué el cuchillo y lo apuñalé de nuevo. Su grito vibró contra las paredes y fue la mejor maldita banda sonora.

Lo torturaría, pero entonces tendría que huir. Tendría que llevarme a Wynter y esconderla para que este enfermo hijo de puta nunca la encontrara.

Abrió la boca para decir algo y le clavé más el cuchillo. El aire se llenó de gorgoteos de dolor.

—Basilio. —Reconocí la voz de Dante detrás de mí.

—Wyn, ¿estás bien? —Sasha bajó sobre su rodilla, revisando a mi esposa. Debería haberla revisado, excepto que perdí la cabeza.

Mis ojos se desviaron hacia mi esposa, sin soltar a mi padre de mi agarre. Sasha hablaba con ella, pero sus ojos estaban fijos en mí.

—*Principessa* —murmuré, con pesar en la voz. ¿Hasta qué punto la había herido mi padre? Había visto a lo largo de mi vida de lo que era capaz. Una sensación de terror se instaló en mi estómago. ¿Vería a mi padre cada vez que me veía? ¿Me odiaría?

Por fin entendí por qué huyó. Tenía todo el derecho a alejarse. Sabía que mi padre era el culpable. Había dañado a su madre y a Wynter. Y no estuve allí para protegerla. Ese cabrón desgraciado.

Ya había hecho suficiente daño en esta tierra.

Mi tío Franco se movió y la madre de Wynter se inclinó sobre él.

—¿Estás bien? —Ella lo observó con inquietud.

—Papá. —*Priest* bajó a ayudar a su padre, sus ojos miraron a su madre. Los dos se observaron y la madre de Wynter apartó la mirada mientras la vergüenza cruzaba su expresión. *Lo sabe.*

Apostaría mi vida a que sabía que *Priest* era su hijo.

Tío Franco se incorporó con ayuda de su hijo y de su mujer. Por la forma en que miraba a la madre de Wynter, no había duda de que era suya.

—¿Quién sabe qué estamos aquí? —preguntó tío.

—Nadie —comenté con voz ronca, apretando la garganta de mi padre un poco más fuerte. Por desgracia, no fue lo bastante fuerte como para matarlo—. Solo nosotros siete. Ocho incluyendo a este asqueroso padre mío.

Wynter se levantó, Sasha se quedó detrás de ella como una sombra oscura.

—Basilio, sabes que ninguno de nosotros puede matarlo —concretó tío Franco con voz ronca, frotándose la nuca. Un gran chichón me dijo que mi padre debió de haberlo golpeado por la espalda. Imbécil traidor.

—Puedo matarlo —declaró Wynter con firmeza, pero todos negamos con la cabeza.

—Ahora eres la esposa de Basilio. Si lo matas, la culpa es de tu esposo —explicó tío.

La madre de Wynter tragó saliva.

—Podría intentarlo.

Pero todos sacudimos inmediatamente la cabeza. Esa mujer no era una asesina.

—Yo lo haré —anunció Sasha—. No tengo conexiones con el idiota y se me ha negado ese placer desde hace nueve meses. Fue el mayor tiempo que tuve que aguantar para matar. Es peor que tener bolas azules.

Wynter le lanzó una mirada de reojo y negó con la cabeza.

—Nadie quiere oír hablar de tus pelotas azules, Sasha. —Se rio entre dientes, y en ese momento lo supe. Mi esposa nunca se acostó con Sasha Nikolaev. Entonces sus ojos regresaron a mí, suaves y brillantes.

—Te deberé una grande —le indiqué a Sasha, sin apartar los ojos de ella. Esperaba que me perdonara. Algún día.

Porque no importaba qué, no podía dejarla ir. Se necesitaría un hombre mejor que yo.



Cerré la puerta de la biblioteca tras de mí y luego le puse llave. No habría necesidad de testigos y definitivamente no quería interrupciones para esto.

La biblioteca estaba en el lado opuesto de la mansión, pero aún se escuchaban las voces de los invitados.

—Tenemos que hablar —abordé, acariciándole la cara. Tenía una mejilla enrojecida por el golpe de mi padre. La ira hervía tan fuerte en mi interior que tuve que ahogarla.

—Sí, eso creo. —Aceptó.

—Dime por qué te fuiste. —*Necesitaba* que me contara toda la maldita historia.

Una respiración lenta y temblorosa la abandonó, un atisbo de pánico en esa mirada verde que me fascinaba.

—Te… te esperé —balbuceó—. Entonces tu padre apareció y...

Su voz vaciló y el dolor en su expresión me golpeó justo en el alma.

El sonido de la música sonaba a lo lejos, vibrando suavemente contra las ventanas y reflejando la angustia en el rostro de mi esposa y en mi pecho. Fue como una puñalada en el corazón.

—Sea lo que sea, está bien —susurré, sabiendo exactamente lo que mi padre les hacía a las mujeres. Lo había presenciado muchas veces—. Lo superaremos juntos —prometí—. Y lo haré pagar.

Me ardía el pecho, la necesidad de hacer pagar a mi padre era *ahora* como llamas a punto de convertirse en un incendio forestal.

—Apareció —continuó suavemente—. Dijo que ustedes dos lo planearon. Que me dejaste allí sabiendo que él vendría. Solo querías la conexión con los rusos. —Me tensé, conteniendo la rabia. Hervía en mí la rabia como un ácido y tuve que tomarme un momento para tragarla—. Intentó... —Inhaló fuerte entre nosotros—. Intentó violarme, pero no lo consiguió. Escapé y Sasha me encontró.

Sus dientes tiraron de su labio inferior y desvió la mirada, viendo hacia algún lugar detrás de mí. Me alegré de que evitaba hacerlo, porque ella habría presenciado el monstruo loco que desataron sus palabras. Que exigía venganza. El monstruo que llevaba dentro agitaba los barrotes de su jaula, exigiendo que lo liberara para poder vengar a mi mujer.

Mi esposa.

—Pagará. —Mi voz sonaba distorsionada por la furia que zumbaba en mis oídos—. Por lo que les hizo a tu madre y a ti. Y a muchas otras.

Estábamos en el sótano de Nikolaev, especialmente diseñado para la tortura. Digamos que Sasha Nikolaev era un loco hijo de puta, aunque estaba considerando seriamente redecorar mi propia sala de torturas.

Le estampé el puño en la cara.

—Tocaste a mi esposa —gruñí.

Sus huesos crujían bajo mis nudillos y nunca nada había sonado tan bien.

Los ojos brillantes de Gio me encontraron y, por primera vez en mi vida, la crueldad de su mirada fue sustituida por el miedo. El cadáver de Angelo yacía inerte a su lado. La única razón por la que tuvo una muerte rápida fue porque dejó marchar a Wynter cuando salió de la casa magullada y ensangrentada. En lugar de obligarla a volver para que Gio acabara con ella.

—En aquel momento no era tu esposa —razonó con voz ronca. Solo me enfadó más.

Dante, Sasha, *Priest* y tío miraban desde su lugar contra la pared, dejándome tener este momento. Durante nueve meses, me volví loco, cazando a todos los desgraciados rusos en un radio de ciento sesenta kilómetros.

Todo fue culpa suya.

Lo arrastré del suelo y lo empujé a una silla, luego lo até. Intentó forcejear. Sin éxito.

—Es hora de que pruebes tu propia medicina, padre. —La última palabra me supo amarga.

Las imágenes de él intentando violar a mi esposa se repetían en mi mente. Lo asustada que probablemente estaba. No tenía un solo hueso cruel en el cuerpo y ese imbécil intentó forzarla.

Le mintió, haciéndole creer que yo lo sabía, que sabía quién era en realidad.

No me extrañaba que huyera.

Con mi cuchillo, me incliné más hacia él y sonreí cruelmente mientras presionaba la hoja contra su piel y le cortaba el pecho. La sangre recorrió su piel desnuda mientras pedía clemencia.

—¿Le mostraste piedad a mi esposa? —siseé. Me esperó, en mi lugar, donde debería haber estado a salvo y mi padre la atacó, demonios—. ¿Le mostraste piedad a mi madre? —Aplasté mi puño en su costado—. ¿O a Emory?

—Te lo di todo —soltó, con la boca llena de sangre...

Otro puñetazo en la nariz.

—¿O a cualquier otra mujer? —Le di otro golpe.

Le corté el antebrazo. Luego la oreja. Sus muslos. Su dedo. El recuerdo de la voz en mi cabeza mientras buscaba a Wynter estaba demasiado fresco. Demasiado crudo. Casi me costó mi mujer.

Otras cuantas horas torturándolo y mi respiración se agitó. Sentía salpicaduras en la cara, mis manos estaban empapadas de la sangre de mi padre. No estaba de vuelta al cien por ciento, no obstante, esto era demasiado bueno para perdérmelo. Demasiado bueno para acortarlo.

Sonó mi teléfono y le eché un vistazo.

La cara sonriente de Wynter me saludó. Me llamaba mi esposa.

—*Principessa* —respondí—. ¿Está todo bien?

—*Sí. Me preguntaba si ¿volverás a casa pronto?* —Una pregunta tan simple. Sin embargo, me dio la mejor sensación del mundo. Volver a casa con ella era lo mejor de cada escenario.

—Estaré pronto en casa —confirmé—. ¿Está Emory contigo?

Mi cuerpo pedía descanso a gritos. Llevábamos casi veinticuatro horas. Nuestra boda resultó sangrienta después de todo, tal como lo predijo Emory. Excepto que de la mejor manera posible.

Se rio entre dientes.

—*Sí, ella y las chicas. Y mi madre.*

Bien, no quería que estuviera sola.

—¿Los hombres de tu tío vigilan la casa? —cuestioné.

Mis hombres también la patrullaban, aunque por primera vez no me importaban los refuerzos.

—*Sí, es como una base militar.*

—Bien, te veré pronto.

Terminé la llamada y miré el estado ensangrentado de mi padre. No merecía que le dedicara más tiempo.

Dándome la vuelta, le tendí el cuchillo a Sasha. Estaba agradecido que se ocupó de Wynter tras su ataque, pero había una parte en mí que aún lo envidiaba. Debería haber sido yo quien la ayudara a curarse, quien aliviara sus heridas.

Sasha se apartó de la pared y se me acercó. Me quitó el cuchillo, asintió con la cabeza y observó a mi padre.

La mirada de puro odio brillaba en sus ojos mientras tenía su atención. Coincidía con mi propio odio.

—Esto es por Wyn y su madre. —Se puso de rodillas y se le acercó—. Por cada mujer a la que le has hecho daño. —Levantó el cuchillo sobre el pecho de mi padre y luego se inclinó aún más cerca.

Clavó la hoja en el maldito corazón negro de mi padre y la dejó allí.

—Y esto es por una amiga en común. —Entonces sacó su propio cuchillo y le cortó la

garganta—. Gia, ¿la recuerdas?

Mi padre estaba demasiado débil para confirmarlo. Aunque no importaba. La recordaría y pensaría en sus pecados en el infierno.

—Te veré en el infierno —gruñí.



Cuatro horas después, por fin estaba en casa.

Llamé a Brennan antes de tiempo para decirle que ya estaba hecho. La deuda con la familia Brennan que empezó hace más de veinte años estaba saldada. Luego me duché y me cambié antes de ir a casa. Nadie podía verme cubierto de sangre, y menos la noche en que aparecería muerto.

Mi padre había muerto. Después de décadas de desear su caída, por fin se había ido. Para siempre.

Tío Franco, Dante y *Priest* ya habían pasado por la casa. Al parecer, tío y la madre de Wynter se fueron a su propio *penthouse*. Ni idea adónde fueron Dante y *Priest*. Ni Emory. Brennan se llevó a las mujeres a su casa, dejándonos a Wynter y a mí para empezar nuestra luna de miel.

¡Por fin!

Mi cuerpo palpitaba de hambre oscura por ella. Aún no me había tomado mi tiempo para saborear su cuerpo desde que la secuestré. La parte loca de mí quería reservarlo para nuestra noche de bodas.

Cuando entré en mi casa de los Hamptons, la casa estaba en silencio y a oscuras.

—¿Dónde está mi esposa? —pregunté a mi hombre vigilando la entrada de nuestra casa.

—Arriba —respondió—. Me pidió que le diera esto.

Me tendió la mano con un pequeño sobre cerrado. Al abrirlo, leí el mensaje.

Si estoy dormida cuando llegues a casa, despiértame.

Eran casi las diez de la noche y sabía que probablemente estaría dormida. Era como una niña pequeña con un horario de sueño. Le hice un gesto con la cabeza, crucé el vestíbulo y subí las escaleras de dos en dos.

Cuando entré en el dormitorio, la encontré acurrucada a un lado y dormida. Su corto camisón rosa le llegaba hasta la cintura, dejando al descubierto su trasero con un tanga del mismo color a juego. Debería dejarla dormir, pero mientras pensaba en ello, me puse en cuclillas y apoyé la mano en su muslo suave, que estaba fuera de las sábanas.

La curva de su trasero desnudo me tentaba, me rogaba que lo mordiera. Sin embargo, no podía hacerlo. Como si sintiera mi presencia, sus ojos se abrieron y nuestras miradas se encontraron.

—Estás en casa —murmuró suavemente.

—Siempre —juré en voz baja—. Siempre volveré a casa contigo.

Capítulo Sesenta Y Ocho

WYNTER



Bas ya se había puesto en cuclillas frente a nuestra cama, nuestros rostros muy cerca.

Por alguna razón me vino a la mente el día en que me propuso matrimonio. El día en que rompí la promesa que le había hecho. Después de ver su reacción ante su padre, me arrepentí de no haber confiado más en él. Se merecía toda mi confianza.

—Está muerto —anunció, una pizca de vehemencia se mostraba en cada una de sus palabras —. No volverá a hacerte daño.

Sentí un gran alivio y solté un suspiro tembloroso.

—Debería decir que lo siento —susurré. La verdad era que no lo sentía. En absoluto.

Su cara se acercó más a mí.

—¿Por qué?

—Porque era tu padre.

Sus hombros se tensaron y un gruñido vibró en su pecho.

—Era un imbécil sádico. Nunca fue un padre. Nos torturó tanto a Emory como a mí con su crueldad. Nunca debió tocarte.

Extendí la palma de la mano.

—Tampoco debería haberte tocado a ti —dije suavemente—. Ni a tu hermana. Nunca debí culparte por sus pecados. O al menos haberte dado la oportunidad de explicarme. Me asustó, y cuando apenas salí viva de aquello, yo...

Inhalando entrecortadamente, medité las palabras adecuadas para decírselo. No quería hacerle más daño. Le conté la versión abreviada en la biblioteca.

Como si leyera mis pensamientos, instó:

—Todo. Cuéntamelo todo.

Tragué saliva, odiando esos recuerdos.

—Cuando tu padre apareció inesperadamente, me ofreció dinero. Lo rechacé. Me convenció de que estaban juntos en eso. Que te fuiste a propósito para dejarlo... —Dios, ¿por qué era tan difícil decir esas palabras? Su frente se acercó a la mía y había tanto dolor en su mirada que me rompió el corazón en mil pedazos—. De todos modos, me atacó y me defendí. Estuvo cerca, pero entonces me acordé de tu pistola. La vi cuando me diste el collar.

Mi mano rodeó mi muñeca, la pulsera siempre tenía ese efecto relajante en mí.

—No me violó, te lo juro —aseguré y un destello de alivio y algo crudo sangró por cada uno de sus poros—. No obstante, sus palabras sobre mi madre me dolieron mucho —continué con mi voz entrecortada—. No pensó que le dispararía. Entonces empezó a hablar de mi madre. De cómo le disparó en la rodilla y le quitó su carrera. De mi padre. Cómo lo mató.

—Mi valiente mujer —comentó con voz ronca mientras su mirada se clavaba en la mía—. Le

disparaste en la rodilla.

—Ojo por ojo. —Respiré—. Aunque deseé tantas veces desde entonces haberlo matado.

Un ruido bajito de ira le subió por la garganta.

—La próxima vez, aunque me aseguraré de que no haya una próxima vez, vienes a mí. No a Sasha. No a tu tío. *A mí.* —De alguna manera, con este hombre cerca, no creí que nadie se atreviera a venir contra mí—. Siempre protegeré lo que es mío. Y tú, Wynter Star DiLustro, has sido mía desde que caíste en mis brazos cuando saltaste de aquel balcón.

Desvié la mirada, avergonzada por haber sido tan estúpida de creer una sola palabra de Gio DiLustro.

—Después de todo lo que me dijo, después de lo que intentó hacer... —Cerré los ojos recordando aquel último día y una sola lágrima resbaló por mi rostro—. Parecía imposible encontrar el camino de vuelta a ti.

El silencio era ensordecedor y una pesada tensión llenaba el espacio entre nosotros. Un sollozo ahogado salió de mis labios.

—Soy una mujer vacía sin ti, Bas.

Me acunó las mejillas.

—Mírame, *Principessa* —exigió en voz baja. Abrí los ojos y me encontré con sus ojos oscuros clavados en mí—. *Te* quiero —declaró con voz ronca, con el pulgar rozándome suavemente el labio inferior—. Solo a ti. Todos tus primeros y tus últimos. Quiero ser tu principio y tu final. Porque eres mía. Soy un cascarón de hombre sin ti. A la mierda tus conexiones. Al carajo con tu familia. Solo tú y yo.

Sus labios rozaron los míos. Dulces. Suaves. Consumiéndolo todo. Era el tipo de beso que podía romperte el corazón y repararlo en el mismo instante.

—Tengo algo para ti —notificó contra mis labios.

Apartándome ligeramente de él, lo miré con curiosidad.

—Vi todos los zapatos que guardaste —solté.

Sacudió la cabeza, divertido.

—No podía soportar deshacerme de ellos, pero no son los zapatos. —Su nariz rozó la mía. Sacó algo de su bolsillo. Tenía una cajita de terciopelo en su mano—. Esto es lo que fui a buscar aquel día. —Abrió la caja y en su interior había un anillo de compromiso precioso. Un diamante corte princesa rodeado de esmeraldas en forma de lágrima—. Hace juego con la alianza de matrimonio.

—¿Lo guardaste todo este tiempo? —pregunté mientras mi corazón se aceleraba en mi pecho, anhelándolo.

—Siempre te seguiré. —Su palma rozó mi mejilla y me incliné hacia él, absorbiendo su calor —. Un día sin ti es un infierno en esta tierra. Prométeme que nunca te irás.

Apreté mis labios contra los suyos, suave y posesivamente.

—Nunca me iré, Bas —confirmé con voz ronca. Vi cómo deslizaba el anillo en mi dedo—. Dondequiera que vayas, te seguiré.

Estos votos eran nuestros. Para nuestro futuro. Para nuestra felicidad.

Me agarró del dobladillo del camisón y me lo quitó por la cabeza, dejándome solo en mi tanga. Mi piel ardía por la necesidad de sentirlo sobre mí, dentro de mí. Su boca aprisionó la mía, devorándome. Profunda y devastadora. Cuando separé los labios, su lengua se deslizó en mi boca y gemí.

Ardía como un fósforo, lo necesitaba con desesperación. Me llevó la mano al cabello, apretándolo con el puño, mientras sus labios abandonaban los míos y recorrían mi cuello. Se

levantó y su peso se asentó sobre mí. Se sentía tan bien, tan correcto.

Me levantó el muslo con una mano y le rodeé el torso con las piernas, su erección presionando contra mi pierna. Palpitaba el dolor en mi centro y me arqueé, moviéndome contra él.

Ardía el deseo, saltaban chispas y brillaban los corazones.

Tiré de su camisa y se detuvo para quitársela. Entonces volvió a poner la boca sobre mi piel, mordisqueándome los pechos, mientras su polla dura me rozaba el coño caliente.

Deliraba con necesidad. Nueve meses sin él habían sido demasiado. Ahora necesitaba una sobredosis suya. Me aplasté contra su erección, desesperada por venirme. La fricción entre nosotros era deliciosa, mi coño avaricioso aferrándose a su longitud, necesitándolo dentro de mí.

El sonido de algo desgarrándose cortó el aire. Me daba igual lo que desgarrara o destruyera, mientras siguiera follándome.

Inclinando su verga hacia mí, la sentí caliente y dura en mi entrada. Mis músculos se contrajeron, hambrientos de él, necesitándolo con desesperación.

—Bas —supliqué con voz entrecortada.

—Suplica por mi polla, *Principessa* —gruñó, su boca mordisqueando el lóbulo de mi oreja.

Giré la cabeza y sus ojos me atravesaron. Le agarré la cara y lo jalé para acercarlo.

—Por favor, dámela —rogué. Mientras me daba un beso abrasador en mis labios, me la metió hasta el fondo de un solo empujón. Mi cuerpo le dio la bienvenida a la intrusión, calentándome la sangre. Empujó dentro de mí con movimientos largos y profundos. Duro e implacable.

—Mierda, echaba de menos esto —declaró, clavándome su dura y gruesa verga.

Me apreté contra su dura longitud, con la respiración entrecortada. Una oleada de sensaciones invadió mi cuerpo, absorbiendo cada uno de sus potentes empujones.

—Tan bueno, joder —alabó, con voz gutural. Esas tres palabritas me hicieron jadear con lujuria enloquecida, al borde del orgasmo.

Mi sexo y mis adentros se habían amoldado a la forma de su miembro, acogiendo su intrusión. Era la pieza que me faltaba. Gemidos y quejidos salieron de mis labios, sus ojos se clavaron en mí con una posesividad enloquecida.

—Ahhh, por favor —imploré. Cada centímetro en mí estaba ardiendo. Tenía que apagarlo. Cada embestida suya me ensanchaba y estiraba, acercándome a la cima. Nunca en mi vida me había sentido tan deliciosamente llena como cuando Bas me cogía, implacable y duro. Mi espalda se arqueaba sobre la cama y cada arremetida encendía una chispa que se extendía desde mi clítoris hacia fuera.

Mi cabeza se agitó contra la almohada, mi cuello expuesto a él. Estaba tan cerca de alcanzar las estrellas. Su gran mano se enroscó alrededor de mi cuello y, con un ligero apretón, mi cuerpo se hizo añicos. Esto era lo que necesitaba: su dominio, su intensidad.

Un gemido salió de mi boca, su nombre en mis labios mientras mi cuerpo estallaba. Un orgasmo me sacudió y abrumó. El calor recorrió cada fibra de mí, los temblores sacudieron mi cuerpo.

Cuando bajé, fue ante la oscura mirada de Basilio sobre mí.

—¿Quién te folla? —gruñó, apoyando la frente contra la mía.

Me estremecí.

—Tú.

Conseguiría cualquier admisión de mi parte después de un orgasmo tan intenso.

—¿Quién más?

—Nadie más —suspiré.

—Hasta mi último aliento, solo tú y yo —juró.

—Sí. —Jadeé, una lánguida sensación recorrió mi torrente sanguíneo—. Solo tú y yo.

La satisfacción retumbó en su pecho. Sus embestidas se hicieron más superficiales, sus músculos se tensaron y, con un gruñido, se derramó dentro de mí, su propio cuerpo estremeciéndose.

—Te sientes increíble, *Principessa* —halagó, su aliento caliente contra mi piel. Su espeso semen resbalaba por la cara interna de mi muslo y mi pecho se hinchó ante el elogio—. Eres mía.

Suspiré satisfecha.

Porque Basilio DiLustro era mío.

Capítulo Sesenta Y Nueve

WYNTER



La felicidad empezaba con la letra B y terminaba con la letra O.

Pasamos dos días en su habitación. Follábamos, nos besábamos, volvíamos a follar hasta que me dolía tanto caminar. La mejor bendita luna de miel.

No necesitaba París. Ni Venecia.

Mientras tuviera a este hombre conmigo, flotaba. Él era todo mi mundo.

Y cuando me dio mi regalo de bodas, me atraganté y empecé a llorar. Me compró una pista de hielo. Mi propia pista de hielo.

—No te compré nada —refunfuñé en voz baja.

—Eres mi regalo —expresó, y luego apretó su cara entre mis piernas y casi ardía como una estrella.

Había hecho tantas promesas en los últimos dos días. No dejarlo nunca. Confiar siempre en él. Nunca dejar que otro hombre me tocara. Llevar siempre su anillo.

Había una cosa de la que nunca hablábamos. Otras mujeres que él pudo haber tenido en los últimos nueve meses y otros hombres que creía que yo había tenido. Era como si ambos tuviéramos miedo de lo que nos haría.

El pasado ya no importaba. Solo el futuro.

Él era todo mío, y yo era toda suya.

Estaba tan contenta que temía que pasaría algo más.

Me sequé el cabello y me puse otra ropa interior rosa. Entré en el armario que compartíamos, buscando algo que ponerme. Nos reuniríamos con mamá, *Priest* y su padre.

El novio de mi madre. O algo así.

Solo pensaba en él como el tío de Bas. Que mamá tuviera novio era un concepto extraño que no podía asimilar.

Luego, esta tarde, asistiríamos al funeral de Gio DiLustro. Preferiría no hacerlo, pero la etiqueta lo requería. Sobre todo porque Bas tomaría oficialmente su lugar en el Sindicato de la Mafia como jefe de New York.

Un fuerte pinchazo en el trasero me hizo girar para encontrarme cara a cara con mi esposo.

—¡Bas! —exclamé indignada, aunque fracasé porque una gran sonrisa se elevó en mis labios.

—No puedes andar por ahí medio desnuda y esperar que no se me ponga dura —gruñó mientras me levantaba y me tiraba en la cama.

Me reí, jalándolo hacia abajo conmigo. En cuanto su peso se asentó sobre mí, solté un suspiro. Separé los muslos y me apreté contra su erección.

—Dime lo que quieres —pidió, con su aliento caliente en mi oído.

—A ti. —Exhalé—. Dentro de mí.



—Llegan una hora tarde —protestó *Priest* cuando nos acercábamos a la mesa.

Noté que mi zapato estaba desabrochado. Mi paso vaciló. Eran los zapatos que me había comprado hace nueve meses y no quería estropearlos. Justo cuando iba a bajar, Bas se me adelantó.

—Permíteme —murmuró, sus dedos rozaron la parte posterior de mi tobillo y se me erizó la piel.

Una ronda de jadeos y asombro hizo eco, pero todo lo que podía hacer era mirarlo fijamente. Respiraba a este hombre. Me sentía segura con él. Mató a su padre para mantenerme a salvo. Bueno, técnicamente Sasha le dio el último golpe, pero Bas lo hizo sufrir primero.

Sentí un zumbido de felicidad en cada centímetro de mi cuerpo mientras lo veía abrochar la correa y ponerse de pie. Sin él, la vida era una muerte dolorosamente lenta.

—¿Por qué no puedes hacer esto por mí? —Una voz desconocida me hizo girar la cabeza justo a tiempo para ver a una mujer golpear a su cita en el pecho y luego girarse para mirar a mi marido con corazones en los ojos.

Deslicé mi mano entre las de Basilio. Puede que fuera una tontería, pero quería que todo el mundo viera que era mío.

—Vamos, ustedes —nos llamó el tío de Basilio.

Apretando mi mano en señal de consuelo, Bas ignoró a todo el mundo e inclinó la cabeza para darme un beso en los labios.

—No estés celosa —susurró contra mis labios—. Eres la única para mí.

Mis labios se curvaron en una suave sonrisa y mi corazón se hinchó, temí que explotaría por esos sentimientos que bullían en mi interior.

Caminamos hacia la mesa donde estaban sentados mamá, *Priest* y su padre en el restaurante Eleven Madison Park, en Madison Avenue, en el corazón de New York. Consiguieron una mesa cerca de la ventana que daba al Madison Square Park. La calle estaba llena de peatones, a pesar del frío que hacía. El buen tiempo atraía a la gente, que esperaba con impaciencia la primavera.

—¿Qué demonios estaban haciendo? —añadió *Priest*.

Me ruboricé y evité mirarlo. Temía que si me veía a los ojos, sabría exactamente lo que estábamos haciendo.

Bas se encogió de hombros.

—He estado ocupado.

—Son recién casados —nos defendió el tío de Bas—. Dejemos que Bas disfrute de su luna de miel.

—Hola, mamá. —Rodeé la mesa y la abracé—. ¿Estás bien?

Se apartó para mirarme. Se veía hermosa, llevaba un suéter verde claro y unos *jeans* blancos combinados con un par de *flats* blancos. Llevaba el cabello recogido en un moño y, por primera vez en mi vida, no parecía tener fantasmas acechando en los ojos.

Tomando mis dos mejillas entre sus palmas, me sujetó la cabeza con firmeza.

—La próxima vez, corre. No intentes salvarme. —Sacudí la cabeza ante sus palabras—. Tenía miedo de que te llevaría también. Eso, no lo hubiera sobrevivido.

—Eres mi madre —susurré—. Te quiero mucho. Por supuesto, siempre te salvaré.

Sacudió la cabeza, con una expresión de tristeza.

—Puede que después de lo de hoy no pienses lo mismo —respondió enigmáticamente.

Priest asintió con la cabeza y el tío de Bas me tendió la mano.

—No nos conocemos oficialmente. Soy Franco DiLustro.

Llevaba un traje de tres piezas y también *Priest*, ambos listos para asistir al funeral de Gio. Yo llevaba un sencillo vestido negro que me llegaba a las rodillas con zapatos negros.

—Wynter —murmuré, aceptando su mano con vacilación—. ¿Cómo está tu cabeza?

Una expresión sombría pasó por su rostro.

—Está bien, gracias.

Sin saber qué más podía decirle, le ofrecí una sonrisa tensa y ocupé el asiento que Bas me había señalado. Una vez sentados todos, apareció el mesero y nos tomó la orden a Bas y a mí.

Cuando el camarero se marchó, fue Franco quien rompió el incómodo silencio.

—Escuché que juegas póquer —comentó.

Me moví incómoda, mis ojos miraron a *Priest*.

—Sí —repliqué, preguntándome cuánto sabía Franco.

—Tuviste un buen juego en Royally Lucky —continuó. Bueno, parecía que sabía mucho.

—Star le gana a mi padre al póquer y al ajedrez —anunció mamá—. Es muy buena.

—A veces —contesté.

El mesero volvió y me puso delante mi *mocha* de caramelo. Rodeé la taza con los dedos, con los hombros ligeramente tensos.

—Ya vas por calorías, *¿eh?* —se burló mamá.

Solté una risita incómoda.

—Pensé que podría disfrutar de todas las cosas que he estado anhelando.

La mano de Bas se acercó a mi pierna por debajo de la mesa y apretó para tranquilizarme.

—Se lo ha ganado —declaró a mamá.

—Mierda, sí —reconoció *Priest*, dirigiendo una mirada de desaprobación a mi madre—. Dos veces medallista de oro olímpica, puede comer y beber lo que quiera.

—Cuidado, hijo —replicó su padre—. Muestra respeto.

—¿Cómo te sientes, Star? —inquirió mamá—. Tengo solicitudes de entrevistas de algunos de tus patrocinadores.

Sacudí la cabeza.

—Te lo dije, mamá. Se acabó el competir para mí. —Miré a Bas y asintió—. Basilio me compró un regalo de bodas. Una pista de hielo. Quiero limpiarla, cambiarle el nombre y quizás entrenar a otros. —Apreté los dedos y los de Bas se entrelazaron con los míos, su pulgar rozó suavemente mi palma. Me pareció un movimiento relajante—. Si quieres, podemos enseñar juntas. No sé si te quedarás en New York o...

Mamá y Franco compartieron una mirada y la sonrisa que le dedicó aquel hombre me dijo que la amaba. No conocía su historia completa, pero me alegraba por mi madre. Por fin consiguió su felicidad. Era lo justo.

—Bueno, estoy pensando en mudarme a Chicago. —Sonrió.

Le devolví la sonrisa.

—Chicago está bien —asentí—. Más cerca que California.

Y no estaría sola.

—¿Vendrás a visitarme? —cuestionó.

Bas y yo compartimos una mirada y él asintió.

—Te visitaremos a menudo. También tienes que visitarnos.

Priest resopló frustrado.

—¿Por qué no le decimos a Wyn y Bas la información que me contaste?

Priest estaba agitado. Era evidente en sus hombros tensos y en la forma en que sacudía la cabeza con disgusto. Aún no me había hecho a la idea de que *Priest* era mi hermano. No tenía ni idea de cómo comportarme, sobre todo porque mamá no había dicho ni una palabra al respecto. Tampoco mi hermano.

El pesado suspiro de mamá cambió el aire entre los cinco y no pude evitar tensarme de nuevo.

—¿Recuerdas lo que te conté sobre un bebé que perdí? —Afirmé con un movimiento de cabeza, tragando saliva—. Bueno, *Priest*... Christian, es tu medio hermano.

—¿*Eh?*

—Él es...

Hice un gesto con la mano.

—Sí, lo sabía. Basilio me lo dijo después de que *Priest* hiciera una prueba de ADN. —La confusión marcó el rostro de mamá y me giré hacia *Priest*—. ¿Tu verdadero nombre es Christian?

Se encogió de hombros.

—No se lo digas a nadie.

—No lo haré —prometí. Esto se sentía un poco incómodo. Sentí que esto no era la bomba a punto de ser lanzada.

Me giré hacia mi madre, que miraba a *Priest* con anhelo en sus ojos. No entendía su historia.

—Mamá —susurré, y sus ojos volvieron a mí—. ¿Por qué me dijiste que habías perdido al bebé?

Mamá parpadeó y volvió a parpadear.

—No te lo he contado todo, Star. —Me quedé quieta, esperando a que me relatara cualquier otra cosa que tuviera que sacar de su pecho—. Mi abuela, tu bisabuela, enloqueció cuando perdió a su hija. Su marido, el *Pakhan*, declaró la guerra a los Brennan y juró secuestrar a todos los descendientes de la familia Volkov.

—¿Qué? —Respiré confundida—. ¿Por qué?

—Mi madre, tu abuela, era hija única —explicó—. Les robaron a sus herederos. Así que cuando tuve a Christian, arriesgué su vida. Por no hablar de que el abuelo y mi hermano se habrían vuelto locos. Franco estaba casado y yo... —Sí, no era el escenario ideal, pero por qué dejar atrás a su bebé.

—Franco y yo decidimos que lo mejor era esconder a Christian. Era la opción más segura. Luego regresé a New York y finalmente me casé con tu padre. Cuando Gio... —Sus ojos revolotearon hacia mi esposo, y esta vez, apreté su mano en señal de consuelo—. Cuando Gio atacó y mató a tu padre, se presentó una oportunidad perfecta. Liam hizo que me declararan muerta, cambió mi identidad y el *Pakhan* dejó de cazarnos. Pero hace nueve meses, Gio los alertó sobre ti, Wynter. No saben nada de Christian, pero vienen por ti.

Bas gruñó a mi lado.

—Que lo intenten, maldición.

Capítulo Setenta

WYNTER



El funeral de Gio fue lujoso.

Había muchas personas, pero no muchos rostros afligidos. Y tenía la sensación de que los que estaban apenados eran falsos.

El clima era hermoso y de alguna manera encajaba con la ocasión. ¿Estaba mal? Dios, no. Gio DiLustro fue un desgraciado sádico y este mundo era un lugar mejor sin él. Me paré junto a Bas, su hermana a su otro lado. Dante, *Priest* y Franco también estaban aquí. Mi madre no. Incluso en su muerte, ella le temía.

El rostro de Basilio era una máscara inmóvil. Muchos hombres se acercaron a darnos el pésame. Me tomó la mano con la izquierda, necesitando mantener libre la derecha.

—Por si acaso —declaró.

Emory estaba ligeramente pálida, pero cuando los invitados se retiraron y Dante, *Priest* y su padre se marcharon, llegó el turno de que ella arrojara una rosa sobre la tumba de su padre, susurró un siseo.

—Púdrete en el infierno. —Lanzó una rosa roja arrugada y podrida y se marchó sin una mirada atrás.

Un escalofrío me recorrió la espalda, no quería saber lo que había sufrido para odiar tanto a su padre.

El funeral no duró mucho y me alegré por ello. Unos cuantos hombres de la Mafia se apartaron a un lado, discutiendo de negocios, y eso pareció llevar más tiempo. En todo momento, Emory permaneció conmigo.

—¿Cómo es que no puedes estar allí con ellos? —inquirí, inclinando la barbilla hacia el grupo de hombres.

—No tengo un cerebro pequeño —murmuró en voz baja y tuve que reprimir la risa.

Sus ojos, tan oscuros como los de Basilio, se dirigieron a mí y sonrió.

—Me alegra ver que Basilio y tú llegaron a buenos términos.

Volví a mirar a mi marido y vi que ya me estaba observando. Me guiñó un ojo, sonreí y su atención regresó al grupo de hombres. Sin embargo, supe todo el tiempo que no me perdía de vista.

—Sabes, me atrapó cayéndome del balcón de mi tío —narré con una suave sonrisa. Su ceja levantada me dijo que no—. Él es mi cuento de hadas.

—No te tomé por una romántica —se burló.

Mis ojos volvieron a encontrar a mi esposo.

—Solo cuando se trata de Bas.

Eran más de las seis de la tarde cuando nos dirigíamos a casa.

Bas iba a toda velocidad por la carretera, cubierta con nieve ligera. La última visita de la madre naturaleza, supongo. No era el estado ideal de la carretera para su Bugatti.

Miré hacia él, con el cuerpo tenso y la expresión sombría.

—Basilio... —Empecé pero no llegué a terminar la frase. Algo chocó contra nuestra cajuela y mi cuerpo se sacudió hacia delante.

Mi cabeza giró detrás de nosotros para encontrar los faros de una todoterreno negra. Una Land Rover. Bas pisó el acelerador de repente, pero también lo hizo el conductor del SUV. Otra embestida en la parte de atrás del vehículo de Bas.

—¿Qué está pasando? —gemí.

—Malditos rusos —siseó.

—¿Cómo sabes que son rusos? —pregunté, mis ojos mirando detrás de nosotros.

—Siempre conducen malditas Land Rovers.

—¿Crees que son mis...? —No pude pronunciar la palabra bisabuelos—. ¿Crees que es el *Pakhan*?

—No lo sé. —Excepto que su lenguaje corporal me decía que pensaba que eran exactamente ellos.

Me moví, me temblaban las manos. Bas debió de notarlo, porque intentó consolarme:

—No dejaré que te pase nada.

—A ambos —dije con voz ronca. Arqueó una ceja y aclaré—: Que no nos pase nada a los dos.

—A ambos, entonces —confirmó. Giró bruscamente el volante y tomó una curva cerrada a la derecha—. Cabeza abajo —ladró, con voz tensa y fría.

Sin demora, obedecí y me incliné hacia delante. En cuanto lo hice, empezaron a volar balas. La ventanilla del copiloto estalló, al igual que la ventanilla trasera. Mis dos manos cubrieron mi cabeza mientras Bas seguía conduciendo.

Tenía la cara apretada contra las piernas y mi cuerpo se sacudía con cada giro brusco que daba Bas. Las balas seguían volando y miré hacia mi marido. El miedo me ahogaba. Por fin tenía mi cuento de hadas y ahora esta mierda.

Mantuve la vista fija en Bas, deseando poder hacer algo para ayudarlo. Estaba en la línea de fuego y eso me aterrorizaba. Él mantenía la calma, pero yo no. Sentí que se me llenaban los ojos de lágrimas y recé para que saliéramos de esto con vida.

De algún modo, Basilio consiguió sacar su propia pistola y empezó a disparar al todoterreno. Recibimos más disparos. Siguió disparando, pero estaba en desventaja, intentando conducir y disparar al mismo tiempo.

Y me sentía inútil.

Dobló otra esquina y mi cuerpo se estampó contra la puerta, mi cabeza golpeando la agarradera.

—¿Estás bien? —cuestionó Bas, con preocupación en su voz. Le estaban disparando y le preocupaba si yo estaba bien.

—Sí. Dime cómo ayudar —inquirí.

—Agarra mi teléfono —ordenó—. Bolsillo derecho.

Me acerqué y metí la mano izquierda en su bolsillo. Era lo único que tenía en el mismo, así que lo saqué.

—Marca a Dante o a *Priest*.

Asentí con la cabeza, abrí el móvil y empecé a buscar en su agenda.

—D. D, D aquí no hay ni un solo nombre con D —dije frenéticamente.

—Bajo Primo —aclaró, sus ojos sobre mí—. Maldición —gruñó y seguí su línea de visión.

Sonaron más disparos, el eco ensordecedor de las balas contra el metal del coche. No podía dejar de estremecerme, con los ojos desorbitados por el miedo. El terror me apretaba la garganta y el miedo de perder a Bas a manos de la muerte era la mayor parte de él.

Un fuerte silbido a mi izquierda me hizo girar la cabeza. Bas no frenó el coche y siguió disparándole a los hombres que nos perseguían, pero fue alcanzado por una bala.

—¡Bas, estas herido! —grité.

No bajó el ritmo. Siguió disparando otra ronda de tiros. Su manga estaba empapada de sangre y me levanté para ayudar a detener la hemorragia. No podía soportar la idea de que sufriera. Mis manos temblaban, nuestros ojos se conectaron. Aún había tantas cosas que quería decirle. Tanto que quería hacer con él.

—Bas, yo... —Su mano se posó en mi cabeza y la empujó hacia abajo justo a tiempo para oír una bala volar junto a mi oreja. En cámara lenta, vi cómo la bala le rozaba la cabeza y la sangre salpicaba mi cara y la suya.

El coche se descontroló y, con el último sentido de la razón, pulsé el botón de llamada a su primo. El débil tono de llamada se mezcló con el arma de fuego y el chirrido de los neumáticos. El vehículo salió disparado hacia una valla de contención y tuve la certeza de que este era nuestro fin.

Giré la cabeza para verlo por última vez.

—Te amo, Bas. —Nuestras miradas se cruzaron, mi boca se movió, mas no pude escuchar mi voz. Algo parpadeó en sus ojos y tuve que creer que sabía lo que había dicho. No podía morir sin decir esas palabras una vez más.

Se oyó un ruido estremecedor al chocar contra la barandilla. El coche se volcó y mi cuerpo se sacudió hacia delante y hacia atrás, volando por los aires. El cinturón de seguridad me cortó el cuello y se me clavó en la clavícula. Mi cabeza se estrelló con algo duro y una fuerte explosión me destrozó los oídos.

Mi visión se volvió negra, me zumbaban los oídos, me dolía todo el cuerpo. Pero podía escuchar voces. Voces rusas en la distancia. Mi cuerpo yacía inerte y mis párpados se negaban a abrirse. El repentino silencio era ensordecedor. Espeluznantemente aterrador.

Durante varios latidos, permanecí inmóvil. Escuchando.

El motor de un coche rugió, pero no se movió. Quienquiera que nos hubiera atacado seguía aquí. Haciendo caso omiso de mi dolor de cabeza palpitante y del dolor en el cuerpo, me obligué a abrir los ojos. Mi visión era borrosa y por todas partes se veían puntos en el aire. Parpadeé una vez. Dos veces.

Mi vista se aclaró y observé el humo que nos rodeaba.

Me giré hacia el lado del conductor y se me cortó la respiración. Bas estaba desplomado sobre el volante. La sangre le empapaba toda la manga y le goteaba por los dedos. También había sangre en su sien y un miedo nunca visto se apoderó de mi garganta.

¿Estaba muerto?

Sentí que el pánico me subía a la garganta, no obstante, lo ahogué. En lugar de eso, escuché cualquier sonido suyo. Cualquier cosa. Contuve la respiración, rezando en silencio a quien estuviera escuchando.

«No lo dejes morir. No lo dejes morir». Mi garganta estaba en carne viva, tantas emociones

me ahogaban.

Fue entonces cuando lo vi. Sus dedos se movieron. Como si quisiera seguir luchando.

«Está vivo», mi mente y mi corazón suspiraron aliviados.

Las duras palabras rusas se acercaban y miré frenéticamente alrededor de Bas en busca de su pistola. No podía dejar que acabaran con nosotros. El olor a gasolina viajaba con el humo y se introducía en mis pulmones. Me mantuve inmóvil mientras mis ojos giraban alrededor, el pánico se extendía por cada una de mis células.

El humo y el calor llenaban el auto, y temí que nos quemaríamos vivos si nos quedábamos aquí.

¡Arma! Vi la pistola de Bas junto a su pie. No podía perder tiempo. Ignorando el dolor de mi cuerpo, me desabroché el cinturón de seguridad y me desplacé hacia la izquierda. Luego agarré la pistola y me trasladé hacia la derecha.

Dos hombres estaban a tres metros del coche y, sin pensarlo, coloqué el dedo en el gatillo y apreté.

Bang.

Fallé. ¡Demonios! Me obligué a calmarme y apuntar. Justo como Sasha me enseñó.

Bang. Bang. Bang.

Les di. Tropezaron. Uno cayó de rodillas. El otro lo siguió. Este último levantó su arma, pero volví a apretar el gatillo.

Bang. Bang.

Cayó al suelo y la sangre se acumuló rápidamente a su alrededor.

Maté a un ser humano. La realización me golpeó fuertemente, sin embargo, no me arrepentí.

Saltaron chispas bajo el capó. Sin tiempo que perder, agarré la manilla de la puerta y empecé a empujar. No cedía. Levanté las piernas y coloqué la parte inferior de mis *Chucks* contra ella, luego apliqué toda mi fuerza para empujarla y abrirla.

«Gracias a dios que me cambié de ropa antes de volver a casa después del funeral». Era un pensamiento extraño mientras intentabas salir de un coche destrozado.

—Vamos —gruñí. Pateé la puerta. Una y otra vez. El capó del vehículo ardía y el pánico aumentó en mi interior. Empecé a patear frenéticamente, luego alterné con el hombro.

La puerta se abrió de golpe. Las manos y las piernas me temblaban y las lágrimas me corrían por la cara. Me ardían los músculos, pero no podía parar. Salí corriendo del coche y di la vuelta hacia la puerta de Bas.

El fuego se extendía con rapidez y llegaba hasta el parabrisas. Agarré la puerta del auto y jalé con fuerza, gruñendo mientras mis músculos gritaban en señal de protesta. La puerta se abrió de golpe y caí sobre mi trasero.

El humo llenaba el coche mientras el fuego lamía el parabrisas. El terror se apoderó de mis pulmones, quemándolos en carne viva. El humo y los gases me entraban por la nariz y bajaban hasta los pulmones, dificultándome aún más la respiración.

Me puse de pie a tropezones y agarré a Bas. No llevaba cinturón, así que le rodeé el bíceps con las dos manos y empecé a jalarlo. Era mucho más fornido y grande que yo, pero rendirme no era una opción. Él nunca me dejaría atrás.

El fuego se propagaba con mucha rapidez y Bas era demasiado pesado para que me moviera rápidamente fuera del alcance en caso de que el auto explotara. Se me llenaron los ojos de lágrimas de frustración y se me nubló la vista, pero me negué a detenerme.

—Por favor, Bas —gemí—. No te me mueras —supliqué sin aliento. La sangre empapó rápidamente su cabello oscuro y el pavor se acumuló en la boca de mi estómago. Cada paso que

daba se sentía pesado como el plomo. Pero seguí adelante hasta que estuvimos a una distancia segura.

Me arrodillé. Mis ojos recorrieron su cuerpo, alarmada por la cantidad de sangre que se acumulaba alrededor de su cabeza. Me incliné sobre su rostro y sentí su suave aliento rozar mi mejilla. Con dedos temblorosos, rocé el pulso de su garganta.

—Está ahí. —Exhalé con un suspiro de alivio. El pulso estaba ahí.

Cerré los ojos y me invadió un alivio abrumador. Y recé, prometiéndole a Dios cualquier cosa. Siempre y cuando Bas se quedara conmigo.

Me escocían los ojos y sentía una opresión en el pecho que hacía que me doliera cada vez que respiraba. No podría vivir sin este hombre en esta tierra. Podría sobrevivir sabiendo que estaba en algún lugar del planeta, caminando y respirando. Sano y salvo. Mas no sobreviviría a su muerte.

—Te amo, Bas —susurré, apoyando su cabeza en mi regazo—. Nunca dejé de amarte. Prometí que nunca te dejaría. Me fui, pero mi corazón se quedó. —Incliné la cabeza y le di un suave beso en la frente—. Por favor, quédate conmigo.

Apenas se movió y me quedé helada, casi asustada de haberlo imaginado.

—¿Bas? —solté con voz ronca.

Contuve la respiración, esperando a que se moviera de nuevo. Que dijera algo. Lo que fuera. Cuando no lo hizo, mi corazón se hundió. ¿Tal vez debería seguir hablando? No lo sabía.

—Bas, por favor, no te mueras —imploré en voz baja, susurrando contra su frente húmeda—. Te amo tanto que duele. No ha habido nadie desde que me fui aquel día, y si me dejas, me destrozarás. Por favor, aguanta. Por mí.

Un fuerte chirrido de neumáticos me hizo levantar la cabeza. Una Land Rover negra. Otra más. Mis ojos buscaron frenéticamente el arma. Estaba tirada cerca del coche en llamas. Durante un segundo permanecí inmóvil, dudando sobre lo que debía hacer. No quería dejar a Bas, vulnerable en su estado inconsciente.

Excepto que, sin un arma, ambos seríamos vulnerables. Dejé su cabeza en el frío suelo de tierra y me acerqué al coche en llamas. La alcancé y me quemó la palma de la mano. Un pequeño gemido sonó en mi garganta, pero lo ignoré.

Escuché que la puerta de un coche se cerraba detrás de mí y me giré para ver a una mujer que salía de una Land Rover negra. Llevaba un abrigo de piel que le llegaba hasta las rodillas y un gorro de piel a juego.

Llevaba gafas de sol y, si el escenario fuera otro, juraría que era una antigua estrella de Hollywood. La forma en que se movía, con elegancia y seguridad. Casi esperaba que tuviera uno de esos cigarrillos largos y delgados en los dedos y se lo llevaría a los labios. Tres hombres que daban miedo la rodeaban, con sus ojos y sus armas apuntándome.

Volví a acercarme al cuerpo inmóvil de Bas, con el revólver entre los dedos.

Poniendo la mano en su pecho para asegurarme de que respiraba, levanté la mano y apunté hacia ellos.

—¡Quédense dónde están! —exigí con el valor que no sentía exactamente.

Para mi sorpresa, la mujer se detuvo y susurró algo a sus hombres.

—Wynter Star Volkov.

La voz de la mujer era baja y suave. Y sobre todo espeluznante.

Se quitó las gafas de sol y sus ojos se encontraron con los míos. Eran marrones oscuros, pero algo en ellos me asustó aún más que los de Gio. Dio un paso, luego otro.

Hice un disparo de advertencia, que casi rozó su estúpido gorro de piel que mató a animales.

—Alto ahí —gruñí.

—Te pareces a tu abuela —informó con su voz suave que era tan espeluznante—. Winter era todo mi mundo. Lo único bueno en mi mundo.

Me puse rígida. ¿Era ella...?

No, no podía serlo. Esta mujer con un tono de piel oliva no podía ser rusa. Tal vez trabajaba para el *Pakhan*.

—¿Quién eres? —cuestioné.

—Soy tu bisabuela. —Sus ojos se desviaron hacia mi marido—. Sofia Catalano Volkov. Y tú, mi niña... Vendrás conmigo.

—¡A la mierda si lo haré! —bramé—. Nos disparaste. ¡A mi esposo! Y no soy tu maldita niña.

—¿Sabes quién soy? —preguntó, ignorando mi arrebato.

—*Duh*, me lo acabas de decir.

Se rio entre dientes, su risa espeluznante.

—Fui el primer pago de mi familia hacia el jodido acuerdo de *Bellas y Mafiosos*, vendida al tristemente célebre Ivan Petrov. Su *Pakhan* me vio y me tomó para él. Pasé por un infierno, pero salí ganando. —Contuve la respiración, insegura de adónde iba esto. Nunca había escuchado del acuerdo del que hablaba—. Hice que el *Pakhan* se enamorara de mí. Y luego tuve a mi hija. Ella era todo mi mundo.

Tragué saliva.

—Eso no tiene nada que ver conmigo. O con mi marido.

Otra risa espeluznante.

—Sí tiene que ver contigo. Porque son hombres como tu esposo y como tu tío los que juegan con las vidas. Son hombres como ellos los que me lo han quitado todo. Les quitaré todo. Sin embargo, necesito a alguien de mi sangre que ocupe mi lugar. Que gobierne este mundo y haga que estos hombres se arrepientan de haberme quitado a mi bebé.

—¿D… dónde está tu *Pakhan*? —inquirí, algo en mi subconsciente me cosquilleaba algo importante. Excepto que mi dolor de cabeza estaba empeorando.

Su cacareo me hizo daño en los oídos. La mujer tenía que estar loca. Una chiflada certificada.

—¿*Pakhan*? —Su voz chillona estaba haciendo que me doliera la cabeza—. Soy la maldita *Pakhan*. Yo gobierno todo.

Puede que se me haya caído la boca al suelo. O tal vez me golpeé la cabeza más fuerte de lo que pensaba.

—*Apúntenle a él y disparen* —ordenó suavemente en ruso—. Si le dan a ella, haré que los destripen y a toda su familia.

¡Jesucristo, estaba chiflada!

Levantaron sus armas. No pensé, solo actué mientras me lanzaba sobre el cuerpo de Bas y lo cubría con el mío.

Si no podían dispararme, era la mejor defensa.

Escuché el chasquido antes de que empezaran a volar las balas. Pero nunca llegaron. Mantuve el cuerpo de mi esposo cubierto, mirando por encima de mis hombros. Fue entonces cuando oí el rugido de un motor y el chirrido de los neumáticos.

—Aguanta —le susurré a mi esposo—. Los refuerzos están aquí.

Al menos eso esperaba. Quienquiera que fuera hizo correr a los rusos. Mataron a uno, hirieron a otro, pero la loca llegó hasta su coche.

Fue entonces cuando los vi y podría haber llorado del alivio que me invadió.

Dante y *Priest* estaban aquí. Gracias a Dios, rastrearon el teléfono.
—Ahora recibirás tus últimos sacramentos, perra —siseé.

Capítulo Setenta Y Uno

WYNTER



Mamá no dejaba de lanzarme miradas.

Desde que llegamos al hospital, había sido un desfile interminable de pinchazos y sondeos. Y preguntas. Tantas malditas preguntas. Me palpitaban las sienes, el olor a humo y sangre persistía en mi nariz y mis pulmones.

No obstante, la emoción dominante era el miedo. Por Bas.

No sobreviviría.

Mi mirada se clavó en su rostro pálido. Ya debería haber despertado. Habían pasado horas desde que se desató el infierno. La puta loca, mi bisabuela, se escapó. Sasha, *Priest* y Dante aparecieron justo a tiempo. Mataron a todos sus hombres. Aparentemente, la mujer también tenía refuerzos viniendo detrás de ella.

—Star, ¿estás bien? —La voz de mamá me hizo regresar la mirada para encontrarme con sus ojos. Incluso con las cejas fruncidas y una expresión de preocupación en el rostro, parecía más feliz que nunca.

El padre de *Priest* estaba parado a unos metros de nosotras para darnos privacidad, pero no quitaba los ojos de mamá en ningún momento. Como si le preocupara que desapareciera. Mi medio hermano estaba junto a su padre, pero era más difícil leerlo.

Él aún estaba asimilando todas estas revelaciones.

—Sí. Solo necesito que Bas esté bien. —Sostuve la vista de mamá, preguntándome cómo estaba—. ¿Cómo estás?

Sus ojos se desviaron hacia su hijo y el dolor cruzó su rostro.

—Estoy mejor de lo que he estado en mucho tiempo. Solo desearía... —Le falló la voz y tomé su mano entre las mías, apretando suavemente. Dejó escapar un fuerte suspiro—. Ojalá pudiera hacerle ver que mis intenciones eran buenas. Sí, lo dejé con su padre, pero fue para protegerlo.

—Entrará en razón, mamá. —Lo creía de verdad. Podría llevarle tiempo, aunque en el fondo, bajo sus locos últimos sacramentos y la mirada desquiciada de esos ojos azules que ahora sabía que eran los ojos azules de los Brennan, era un buen hombre—. Dale tiempo. Son muchas revelaciones en tan poco tiempo. Y no sabemos por lo que ha pasado.

No te levantabas un día y decidías leer a los hombres los últimos sacramentos antes de matarlos. Al menos, esperaba que no. Tuvo que haber algo traumático que lo llevó a ese punto.

—No ha habido un solo día en el que no haya pensado en él —admitió en un susurro—. Nunca quise dejarlo, mas era la única manera de mantenerlo oculto.

Nuestras miradas se cruzaron, todos los secretos que nuestras familias guardaban, bailando por el pasillo del hospital. Eran grandes secretos. Del tipo que nunca deberían habernos ocultado,

pero en este momento me di cuenta de que ninguno me importaba un bledo. Ellos me trajeron aquí, a este preciso momento. A Bas.

Lo único que necesitaba era que mi marido estuviera bien.

Mis ojos buscaron al hombre del que me había enamorado desde el momento en que caí en sus brazos. De acuerdo, puede que no en ese mismo momento, pero en el segundo en que deslizó aquel zapato en mi pie, sus ojos como diamantes negros, estaba perdidamente enamorada de él. Mientras estuviera a mi lado, sobreviviría a cualquier cosa.

—Guardabas muchos secretos —declaré, sin dejar de observar a mi esposo—. Tú, tío, y el padre de *Priest*. Sí, estuvo mal. Sin embargo, eso me trajo a Bas.

—Tu distracción —murmuró suavemente.

Mis labios se curvaron en una sonrisa.

—Sí, mi distracción. No estuvo bien ocultarnos todo eso. Ocultar a *Priest* de su madre. Pero ayúdalo a ver que, a pesar de todo, lo hiciste por una buena razón y le aportó algo bueno. Encuentra qué es ese bien y no te rindas con él.

Era el único consejo que tenía. El mejor que se me ocurrió.

—No te merezco, mi estrellita. —Su voz tembló ligeramente y me giré para ver una lágrima solitaria rodando por su mejilla.

Envolviéndola con mis brazos, la apreté con fuerza.

—*Oh*, mamá. Te lo mereces todo. Ahora ve y tómalo. Fuiste buena con Jules y conmigo. Tuvimos suerte de tenerte. Pero ahora, *Priest* te necesita. No te preocupes por nosotras. Si te necesitamos, sabemos cómo localizarte.

Franco DiLustro se nos acercó y di un paso atrás, dejándolo que consolara a mi madre.

—¿Qué tal si nos vamos a casa? —sugirió—. Necesitas descansar.

Ella negó con la cabeza.

—No, esperemos un poco más.

Ambos se alejaron, dejándome de pie con *Priest* a mi lado. Se hizo el silencio, aunque no podría decir que fuera incómodo.

El pitido de la máquina, que indicaba que Bas respiraba, calmaba mi preocupación y me concentré en eso. Él seguía dormido, e incluso en su estado, parecía una fuerza a la cual tener en cuenta.

—¿Están admirando a Basilio durmiendo? Me recuerda a un tipo de mierda de la *Bella Durmiente*, pero al revés. —La voz de Sasha vino de detrás de mí y me di la vuelta para encontrarlo con Alexei y su esposa, junto con Nico Morrelli y su esposa—. Quiero decir, sé que es guapo y todo eso, pero me atrevo a decir que yo soy aún más guapo.

Me burlé y puse los ojos en blanco.

—Tu cabello es demasiado rubio.

—¿Te has mirado en el espejo últimamente?

Los observé a todos.

—Gracias por aparecer cuando lo hiciste —reconocí seriamente—. Si no hubieras...

Ni siquiera podía pensar en eso.

Mis ojos se desviaron hacia mi hermano. Jesucristo, todavía me conmocionaba pensar en él como mi medio hermano.

—Si me olvido de darle las gracias a Dante, por favor házselo saber. ¿De acuerdo, *Priest*?

Asintió con la cabeza, con una expresión sombría en su rostro. Como si nada, el chillido de Jules resonó en el pasillo del hospital y se apresuró furiosa.

—Esos dos están jugando al gato y al ratón —reflexionó Bianca, la esposa de Nico—.

¿Adivina quién es el ratón?

Y Jules estaba haciendo la persecución aún más emocionante.

—Deberíamos anunciar mi conexión contigo —anunció *Priest*, cambiando de tema—. Te quitará de la mira de la zorra loca.

Bianca hizo un gesto de dolor y abrió la boca para decir algo, pero Franco y mamá estaban de vuelta.

—Absolutamente no —siseó mamá—. No sacrifiqué todos esos años para ponerte en peligro ahora.

—He estado en peligro todo el tiempo —reviró y mi madre palideció.

—*Priest*, no puedes decirle esas idioteces a nuestra madre —regañé.

—Tu madre —gruñó bajamente—. *Tu madre*, Wynter.

La expresión de mamá se quebró y sus sollozos rompieron el aire.

—Hablaremos de esto más tarde —le indicó Franco a su hijo—. En privado.

—Buena suerte encontrándome —discutió *Priest*—. Se acabó lo de pedir permiso. Haz lo tuyo, yo haré lo mío.

Franco y mamá se alejaron arrastrando los pies. Sabía que podíamos resolver toda esta tensión y fantasmas del pasado que parecían habernos marcado a todos. La cuestión era cuánto tiempo llevaría.

—Sé que no es un buen momento para sacar el tema. —Empezó Bianca tímidamente—. La mujer. Tu bisabuela.

—La zorra loca —añadí útilmente—. Como que prefiero eso.

Bianca compartió una mirada fugaz con su marido.

—Sí, sobre eso. Bueno, es mi tía abuela. Sasha dijo que te dio un nombre. Sofia Catalano.

Mis cejas se alzaron.

—¿Estás bromeando? —*Priest* preguntó exactamente lo que yo estaba pensando.

Nico se metió una mano en el bolsillo, con aspecto despreocupado y letal.

—Muy en serio.

Priest y yo compartimos una mirada.

—No te ofendas, pero esa zorra morirá en cuanto le ponga las manos encima —comunicó *Priest*—. Por lo que le hizo a mi primo y por poner a Wyn en peligro con su ataque psicópata. —Asentí—. Y no esperes reuniones familiares si esa mujer está allí.

Amo a mi hermano.

Priest tardó unos cinco minutos en echar a todo el mundo. Bueno, a todos menos a Sasha. No pude evitar sonreír mientras los observaba a ambos. Realmente me sentía contenta. Ahora, si tan solo mi marido despertara, estaría completa. El médico me aseguró que estaría bien, pero hasta que pudiera ahogarme en esos ojos oscuros, la preocupación me arañaba el pecho.

—Sabes, Sasha, tengo a Wynter. —*Priest* rompió el silencio—. Soy su hermano. Cuidaré de ella.

Sasha encogió su enorme hombro que he usado para llorar. Bastantes veces.

—La conocí primero —comentó Sasha. Sin embargo, técnicamente estaba equivocado y, por la sonrisa amplia de *Priest*, él lo sabía.

—*Ah*, incorrecto, ruso —informó *Priest*—. La conocí primero. En Philadelphia.

—Cierto —expresó Sasha, con cara de aburrimiento—. Cuando te robó.

—Es solo dinero. Y es mi hermana. Aunque ese no fue su primer viaje a Philadelphia.

—Está bien, *amiguito* —soltó Sasha—. Pero si haces llorar a la niña, te daré una paliza.

—Oye, oye, no soy una niña. Soy una mujer casada —protesté.

Ninguno me prestó atención.

—De acuerdo, viejo. Puedes intentarlo, pero no lo conseguirás —gruñó *Priest*. Me jaló en un abrazo—. Es mi hermana.

—*Umm…*

Con los ojos muy abiertos, observé a Sasha, pero su expresión no revelaba nada. No se pelearían aquí. ¿O sí?

Luego sonrió.

—Mantenla a salvo —demandó Sasha—. Y si necesitas ayuda, llámame.

Con un guiño, Sasha se alejó, dejándome con *Priest*.

—Así que, Christian —pronuncié, volviendo a su nombre real ya que estábamos solos—. ¿Muy posesivo?

—No. —Mantuvo sus brazos a mi alrededor y levanté la cabeza para mirarlo a los ojos—. Solo de mi familia.

—¿Eso se extiende a nuestra madre? —cuestioné en voz baja. Su rostro se ensombreció. No lo confirmó, aunque tampoco lo negó—. Dale una oportunidad —musité suavemente. Recordé el día en que me habló del bebé que había perdido. Claro que entonces lo entendí de otra manera—. Es una mujer increíble con un gran corazón que se rompió.

Permaneció en silencio y lo rodeé con mis brazos. Sentí que se ponía rígido por un momento, pero luego se relajó lentamente.

—Si no lo haces por ella, hazlo por mí. —Era una petición atrevida, considerando que no éramos cercanos. Al menos no todavía.

—Me abandonó —dijo entre dientes—. Una vez declarada muerta, podría haber vuelto por mí y criarme contigo.

Dios mío, ¿qué tan mal le fue a *Priest*?

Capítulo Setenta Y Dos

BASILIO



B*ip. Bip. Bip.*

Sentía la cabeza pesada, con dolorosas punzadas en la sien. Tenía la boca seca, como si alguien me hubiera metido algodón en ella. Juraba que me dolía cada centímetro del cuerpo. Como si me hubieran golpeado hasta dejarme sin sentido.

Como cuando era niño y estaba demasiado débil para defenderme de mi padre. Gemí e intenté moverme, pero me parecía imposible.

Bip. Bip. Bip.

¿Qué demonios era ese molesto ruido?

Bip. Bip. Bip.

Le dispararía a la jodida cosa. Moví los dedos para agarrarlo, pero solo sentí piel suave.

Dios, ¿qué mierda pasó?

Entonces los acontecimientos volvieron lentamente a mi memoria. El viaje de vuelta después del funeral, el ataque. Escuchar la voz de Wynter a través de la niebla de mi cerebro.

Te amo tanto que duele. No ha habido nadie desde que me fui aquel día, y si me dejas, me destrozarás. Por favor, aguanta. Por mí.

¡Maldición! Nunca me había aferrado tan desesperadamente como cuando escuché esas palabras. Por ella.

La afirmación gritó con fuerza en mi cerebro. No hubo nadie para ella.

Había sido el tema que habíamos evitado entre nosotros porque sabía que si confirmaba que hubo otros, investigaría a esos nombres y los cadáveres se amontonarían. No quería que nadie más que caminara por esta tierra hubiera probado lo que yo había probado. El imbécil egoísta que había en mí la quería solo para mí.

Abrí los ojos lentamente, parpadeando con fuerza contra la luz, y me encontré a mi esposa acurrucada a mi lado, con la mano alrededor de mi torso.

Sus rizos salvajes le ocultaban su cara y no pude resistirme a estirar suavemente la mano y apartarle unos cuantos mechones dorados del rostro. Demonios. Se me oprimió el pecho al verla así. Tenía los labios ligeramente entreabiertos mientras respiraba y sus gruesas pestañas se apoyaban en su piel. Arrugó las cejas como si estuviera pensando incluso en sueños.

«Nació para mí». La convicción era dura y firme. Cada aliento que había tomado desde el momento en que nací, había sido para el momento en que ella tropezó en mi vida. No podía vivir sin esta chica porque había estado irremediable e irrevocablemente enamorado de ella desde el primer momento.

—Tampoco ha habido alguien para mí, *Principessa* —confesé en voz baja, con la garganta en carne viva. Nunca habría nadie más para mí.

Abrió los ojos y nuestras miradas se cruzaron. Parpadeó y volvió a parpadear como si no pudiera creer lo que estaba viendo.

Luego se sentó y sus ojos me recorrieron.

—¿Estás despierto? —susurró. Antes de que pudiera responder, se lanzó sobre mí y me llenó la cara de besos. Ni siquiera me importó el dolor, mientras siguiera besándome—. Estaba tan preocupada, Bas. ¿Cómo te sientes?

Fue a apartarse, pero la atraje hacia mí.

—Mejor ahora que me han besado minuciosamente. —Entonces enterró su cara en mi cuello y sus labios rozaron mi piel, depositando pequeños besos—. ¿Fuiste herida?

—No, estoy bien —musité, inhalando profundamente—. Solo un pequeño golpe en la cabeza.

—Tiene una conmoción cerebral. —La voz de *Priest* llegó de la nada. Se apoyó en la puerta, con las manos en los bolsillos—. Se negó a irse de tu lado y la única razón por la que los médicos la dejaron acosarte el trasero fue porque es una famosa patinadora olímpica.

Me reí entre dientes, el pequeño movimiento me causó dolor, mas me importaba un carajo.

—¿Qué pasó? —protesté.

—Mi hermana loca se te echó encima cuando la maldita vieja rusa loca ordenó a sus hombres que te dispararan —refunfuñó *Priest* despreocupadamente.

Me tensé y busqué los ojos de mi mujer para ver la verdad en ellos.

—*Principessa* —gruñí.

Sacudió la cabeza, entrecerrando los ojos hacia mí.

—¡Nada de *Principessa*! Primero, lo habrías hecho por mí. Así que no te atrevas a sermonearme —declaró, ligeramente molesta—. Mamá, tío Liam y *Priest* ya lo han hecho bastante. Y segundo, la vieja loca les dijo a esos hombres que los destriparía si me hacían daño. Así que tenía todo el sentido ser tu escudo.

Era un pensamiento inteligente, pero aun así me produjo un maldito escalofrío. Si le hubiera pasado algo, la vida sin ella sería imposible. Nunca nada me había afectado tanto como esta mujer.

—¿Quién era? —indagué. Sus ojos revoloteaban hacia *Priest* y luego volvieron a mí—. ¿Qué?

—Es la *Pakhan* —explicó Wynter en voz baja—. Mi bisabuela es la *Pakhan* y quiere destruir todo el bajo mundo. Hacerlos pagar por perder a su hija con mi abuelo.

—No dejará de perseguir a Wynter —anunció *Priest*, con un tono de voz frío. Mi primo era protector con la familia. Sería sobreprotector con su hermana—. Tenemos que hacerle saber que existo. Así retrocederá.

Wynter negó con la cabeza.

—De ninguna manera. Mamá nunca nos perdonará. Menos a mí, si dejamos que eso suceda.

Se le escapó una carcajada ligeramente amarga.

—No pareció preocuparse por mí en los últimos veinticinco años. No debería empezar ahora.

Lástima apareció en el rostro de Wynter.

—Christian... —susurró en voz baja—. Creyó que te estaba protegiendo.

—Siento que me he perdido toda una maldita conversación aquí —gemí, moviéndome ligeramente—. ¿Qué demonios está pasando?

Priest se encogió de hombros.

—Dejaré que tu esposa te informe. —Después, se dio la vuelta para marcharse.

—Cierra la puerta —exigí.

Priest me miró de reojo.
—Nada de sexo en el hospital.
No cerró la maldita puerta.

Capítulo Setenta Y Tres

WYNTER



Una vez que *Priest* se retiró, Bas volvió a estrecharme entre sus brazos. Apoyé la cara contra su pecho e inhalé profundamente aquel aroma familiar. El último mes había sido un torbellino, pero no me di cuenta hasta que vi a Bas sangrando. La vida era demasiado corta y me negaba a perder un solo instante conteniéndome.

Era mío y yo era suya. Nadie me lo quitaría. Mentiría, robaría y mataría por él.

—Ahora dime lo que me perdí —ordenó, el *Capo* en todo su esplendor, de nuevo en control.

Sin embargo, no me importaba. Así era él. Me lo había advertido desde el principio y entré con los ojos bien abiertos. Su padre provocó un obstáculo, pero Bas lo torturó por mí. Sasha lo mató para protegernos.

—Bueno, debería empezar diciendo que mi bisabuela está demente —suspiré, recordando aquella mirada desquiciada en sus ojos—. *Priest*, Dante, Sasha y su hermano aparecieron en el momento perfecto. De lo contrario, los guardaespaldas de la *Pakhan* me habrían despegado de tu cuerpo y te habrían disparado, y luego probablemente me habrían arrastrado a algún lugar de la maldita Siberia.

—No lo hubieran hecho, joder —gruñó, con voz oscura—. Iría por ti.

Mis labios se curvaron en una sonrisa.

—Incluso en la muerte, *¿eh?*

—Nada me alejará de ti. Ni la muerte ni la maldita *Pakhan*. —Si había alguien que podía hacer que eso ocurriera, era sin duda Basilio DiLustro.

Rocé mi boca con la suya.

—Afortunadamente, eso no es necesario. Tus primos y los hombres Nikolaev mataron a sus hombres, pero ella escapó. —Un escalofrío me recorrió la espalda al recordar aquella mirada aterradora en sus ojos—. Sin embargo, el mundo es muy pequeño porque, al parecer, la mujer es la tía abuela de Bianca Morrelli. Hermana de su abuelo. Sophia Catalano. Alexei la reconoció.

—Demonios, el mundo es demasiado pequeño —murmuró.

—Bueno, mi hermano quiere sacrificarse y hacer saber que él también es descendiente de la familia Volkov. Mamá y tu tío se oponen. Mamá en particular. Sacrificó no poder criarlo, y si él siguiera adelante y lo hace, ella siente que todo fue por nada.

Con mirada pensativa, su mano a mi alrededor se tensó.

—*Priest* es testarudo y, según mi experiencia, si decide algo, nadie ni nada lo detendrá. ¿Lo sabe Dante?

Tragué saliva. Eso no presagiaba nada bueno para nadie.

—Sí. Está bastante molesto con todo el mundo. Mamá, tu tío, y yo... —Se puso rígido, pero no interrumpió—. Y Juliette no está ayudando. Algo pasó entre los dos, y cuando ella salió del

hospital, rayó su coche y le rompió las ventanas.

—Jesucristo.

—Pienso exactamente lo mismo —agregué—. Y ahora Cassio y su grupo también están indignados por la tal *Pakhan*. Y luego están los Ashford. Byron también apareció. Vino a verte y luego acosó a Dante por una deuda. Era todo como una telenovela.

Sacudió la cabeza, con una pequeña sonrisa en los labios.

—Tal vez fue bueno que haya dormido un poco. Probablemente Byron quería confirmar que no estaba muerto. Si me pasa algo, el puesto en el Sindicato es para él, como es el pariente más cercano que no es miembro.

—Es un enredo —me quejé—. Y yo que pensé que entrenar para las Olimpiadas era duro.

Se rio entre dientes y luego rozó sus labios con los míos.

—Serás la reina del *Capo*. —Su agarre se hizo más fuerte y sentí su mano recorrer mi cadera —. Quiero follarte otra vez.

Una punzada de calor me recorrió las venas, pero luché contra ella.

—De ninguna manera. La enfermera me echará.

Dejó escapar un suspiro frustrado y mi mirada se desvió hacia la suya que ardía oscura y caliente.

—Si tengo una erección, estoy fuera de la zona de peligro.

—Estás loco, Bas —comenté con voz ronca, mirando hacia la puerta. Pasó un doctor y rápidamente le aparté la mano—. Ya basta. Hablo en serio.

El médico se detuvo en la puerta, nos lanzó una mirada irritada a ambos y se marchó. Me giré para mirar a mi esposo y me di cuenta de por qué el médico se había ido corriendo. Los ojos de mi marido amenazaban con vengarse si entraba.

—Eres el peor paciente —solté, recostándome contra él. Su mano recorrió mi espalda y luego volvió a subir, casi distraídamente. Cuando no dijo nada durante un rato, lo miré al rostro—. ¿En qué estás pensando?

—Eres pariente de Nico Morrelli —explicó pensativo.

Levanté la cabeza y puse los ojos en blanco.

—Supongo que a través del matrimonio.

—Nico es parte del grupo de Cassio. Podría dar lugar a extrañas reuniones familiares si el Sindicato y Cassio no están en la misma página.

Me aclaré la garganta incómoda.

—Será raro de todos modos, porque cuando Sasha me encontró después de que tu padre... —Mis palabras vacilaron y sentí que el cuerpo de Bas se tensaba debajo de mí—. De todas formas, me llevó a casa de Cassio y con su doctor. Cassio se empeñó en llamar a tío Liam y yo *como* que lo amenacé.

En su pecho retumbó una carcajada que intentaba reprimir.

—¿Qué le dijiste a Cassio? —cuestionó, con un tono de aprobación en su voz.

—Que le echaría la culpa si me enviaba de vuelta con tío —admití, ligeramente avergonzada —. No quería que tío Liam fuera contra ti. No me importaba que tu padre saliera herido en el proceso, pero nunca tú.

—Mi reina —dijo en voz baja.

Me burlé, pero sus palabras me hicieron sonreír.

—Todo esto es un poco raro. Robarle a Nico, amenazar a Cassio. No será una buena reputación.

Se rio entre dientes e hizo una mueca de dolor al segundo siguiente.

—¿Qué les pasa a ustedes con lo de robar dinero? Sabes que somos ricos, ¿verdad?

Sonreí.

—¿En serio?

Asintió con la cabeza.

—Lo que es mío es tuyo —informó, con sus ojos oscuros brillando divertidos.

—Es bueno saberlo —declaré—. Lo tuyo es mío y lo mío es mío.

Su mano me jaló del cabello.

—Nuestro, *Principessa*. Todo es nuestro. Ahora dime, ¿por qué necesitas el dinero?

—Las chicas y yo queremos empezar una escuela —pronuncié—. Cuando quemamos la casa de Garrett, nos dimos cuenta de lo ineptas que éramos para manejar el crimen. Nacimos en el bajo mundo y ni siquiera sabíamos cómo hacer para borrar el video de vigilancia después de que ese idiota nos amenazara.

—Viniste a mí. Fue lo correcto.

Negué con la cabeza.

—No, nosotras también queremos poder hacerlo. De todos modos, después de que borraras la vigilancia, nos quedamos con el dinero que le robamos a tío y decidimos que fundaríamos una escuela. Para ayudar a las hijas protegidas de hombres como... bueno, tú. —Me miró como si estuviera loca—. Aunque la escuela será tanto para chicos como para chicas. No discriminamos.

Me observó fijamente y empecé a preguntarme si pensaba que podría detenerme.

—Me encanta —añadió finalmente—. Te daré el dinero para ello.

Elevé una ceja sorprendida.

—¿Te encanta?

—Sí. Era exactamente lo que Emory necesitaba. *Priest*, Dante y yo le enseñamos lo que sabíamos, pero nos costaba luchar contra el impulso de protegerla de algunas cosas. Una escuela así... habría sido perfecta.

En ese momento, sonreí tanto que me dolían las mejillas. No me importaba.

—Y estará a solo unas horas de la ciudad. Así que todos ganamos. Puedo ser tu esposa, entrenar, encargarme de las cosas de la escuela, y podemos tener hijos que serán una gran parte importante.

—¿Quieres hijos?

—Algún día —susurré—. ¿Tú?

La mirada de Bas estaba llena de posesividad y tiró de mi cabeza para que mi frente descansara contra la suya. Inhalando un respiro, me besó tan suavemente que me dolió el corazón. Era el beso que podía romperme el corazón o hacerlo volar a alturas inimaginables.

—Solo contigo. Lo quiero todo, pero solo contigo.

Los latidos de mi corazón se ralentizaron y la felicidad vibró bajo mi piel. Era el tipo de amor crudo, apasionado y que lo consumía todo. El tipo de amor que hacía que todo valiera la pena.

—¿Bas? —Empecé con voz vacilante. Tenía los ojos cerrados y la mandíbula cubierta de barba. Apreté los labios contra su mandíbula, la piel ligeramente áspera contra mi boca—. ¿Es verdad lo que dijiste?

—Sí —confirmó, abriendo los ojos. Dios, amaba sus ojos. Amaba su sabor y su olor. Amaba todo de él. Incluso sus maneras psicópatas—. ¿Pero de qué parte estamos hablando exactamente?

Besé una línea en su garganta.

—¿No ha habido nadie para ti? —susurré mi pregunta, pasando mi lengua por su garganta.

Me acunó la cara y la acercó a la suya. Acorté la distancia y besé la comisura de sus labios. Era más fácil besarlo que ahogarme en su mirada y dejarlo ver lo asustada que estaba de lo

mucho que lo amaba. Era el tipo de amor demente que te consumía y podía destruirte. Aun así, no había forma de detenerlo.

Se tragó mi suspiro, besándome húmedo y áspero hasta que me mordió el labio inferior.

—No ha habido nadie más para mí, Wynter. Eres mi estrella, mi luna y mi sol. Te amo y nunca te abandonaré. Haría falta un hombre mejor que yo. Es bueno que hayamos establecido desde el principio que no soy un buen hombre. Soy un villano.

Mi corazón brilló en mi pecho y el fuego se extendió por mis venas.

—Pero eres *mi* villano. Te amo —suspiré, con la garganta ahogada por tantas emociones—. Después de irme, me sentía muerta por dentro. Mi madre decía que el amor te destrozaba, pero no era verdad. Dejarte me destrozó.

—Joder, *Principessa* —dijo con voz ronca, besándome con un nuevo tipo de posesión y exigencia—. Estamos en esto de por vida. Te haré feliz, lo prometo.

Sonreí, saboreando la sal en mis labios.

—También te haré feliz, Bas. Te lo prometo.

Él era mi cuento de hadas. Mi príncipe perverso.

Epílogo

BASILIO



Siete años después

La inauguración de la escuela St. Jean d'Arc.

Extraoficialmente, la escuela para las chicas rudas. Aunque había muchos chicos en ella.

—Papi, cuando sea grande, ¿puedo ir a la escuela aquí? —preguntó mi hija de cuatro años. Mi pequeña señorita independiente era la viva imagen de Wynter. Sus grandes ojos verdes brillaban cuando me miraba. Sabía cómo controlarme, como un maldito violín.

Y se lo permitía. Cada maldita vez, porque no podía soportar verla infeliz. Fallon, fiel al significado de su nombre, sabía cómo gobernar una habitación y a la gente que había en ella. Para consternación de Wynter.

Mi esposa lo llamaba venganza por la mierda que habíamos hecho. Yo lo llamaba una perfecta bendición.

—Solo si voy yo —replicó el mayor. Incluso con seis años, Grayson se comportaba como un hermano mayor protector—. Nadie toca a mis hermanas. —Era un jodido terror y de vez en cuando llevaba la protección de sus dos hermanitas a otro nivel.

Nuestra hija menor, Noelle, de veinte meses de edad, agitaba las piernas y los brazos, emocionada al oír la voz de su hermano.

—¡Tú no vendrás! —chilló Fallon su protesta con indignación—. Mujeres rudas. No eres una mujer.

Levantó la mano como si fuera a darle una bofetada a su hermano cuando se la agarré.

—Nada de golpes, Fallon —regañé y sus ojos verdes se llenaron de fuego—. Y nada de malas palabras. Mami no estará muy contenta si las oye. Y le prometí a tu *mamma* que siempre la haría feliz.

Con sus coletas rubias y rizadas y sus grandes ojos, parecía un ángel. Hasta que se enojaba. Entonces era un maldito monstruo disfrazado.

¿Mencioné que Fallon tenía un jodido temperamento irlandés?

Igual que su maldita tía Jules.

Nuestra familia era una puta pesadilla. Pero no lo cambiaría por nada del mundo.

—Pegar es malo —expliqué, con voz severa.

La bebé se retorcía en mis brazos como un animal salvaje, chillando:

—Abajo. Abajo.

—Cómo sea —murmuró Fallon, poniendo los ojos en blanco. *«¿Se suponía que las niñas de cuatro años pudieran poner los ojos en blanco?».* No tenía ni la más mínima idea. Lo único que

sabía era que Fallon sería capaz de hacer beber a un maldito santo.

—Hola, señor DiLustro. —Dos pares de ojos azules se encontraron con los míos. Las hijas mayores de Nico Morrelli. Su padre y su madre se acercaron lentamente con sus propios diablillos.

—Hannah. Arianna. —Nunca podía averiguar cuál era cuál, así que lo dejé pasar—. ¿Están emocionadas de asistir a esta escuela?

—Claro que sí —respondió una de ellas—. No puedo esperar a probar la libertad.

Sí, esas dos serían problemas.

—Hola, Basilio. —Bianca fue la primera en saludarme, inclinándose para darme un beso en la mejilla. Sí, estas mujeres estaban estableciendo nuevas normas, supuestamente normales, por aquí. Nico gruñó y su esposa puso los ojos en blanco. Sus veinte hijos corrían como locos. De acuerdo, quizá no veinte, pero sí eran muchos. Gemelos. No tenía ni maldita idea de cómo los mantenían en orden.

—Abajo, abajo —repitió su exigencia mi hija menor. La pequeña monstruo era un gusano retorciéndose—. Yo *q-quielo* —balbuceó.

Noelle sabía cómo hacer oír sus deseos.

—Veo que los niños están bien —anunció Nico—. Debes estar orgulloso.

Mis ojos se desviaron hacia donde estaba mi esposa. Orgulloso ni siquiera empezaba a describirlo.

—Más que orgulloso.

Bianca se rio.

—Y pensar que tuviste que arrastrarla hasta el altar.

Por supuesto, era un tema de discusión casi todos los días festivos. Imbéciles.

Bianca alargó la mano para agarrar la manita de Noelle que no paraba de estirarse por su tía. O era su prima, mierda ni lo sé. La conexión familiar era complicada, conectando a mi esposa con Bianca a través de la loca *Pakhan*.

—Por lo que escuché, Nico también te obligó a llegar al altar —musité mientras me agachaba para dejar a mi hija pequeña en el suelo.

Se rio entre dientes.

—Tienes razón. El mejor maldito día de mi vida.

Sonreí. No acababa de entender si habíamos corrompido a nuestras mujeres o viceversa.

Mis tres hijos salieron corriendo en dirección a su madre, que estaba rodeada de nuevos alumnos. Algunos fascinados por su carrera de patinadora sobre hielo y otros haciendo preguntas sobre la escuela.

—Voy a saludar a Wynter —avisó Bianca y asentí. Los minutos pasaban en silencio.

—Nunca desaparece, *¿eh?* —El comentario de Nico me hizo alzar las cejas—. Persiste constantemente la preocupación de que algo pueda cambiarlo todo. *Quitarnos* todo.

Mis ojos volvieron a buscar a mi esposa. Tenía razón. La preocupación nunca terminaba de verdad. Sin importar lo que pasara, probablemente nunca acabaría. Me preocuparía por mi esposa y nuestros hijos hasta mi último aliento.

—Nunca desaparece —confirmé.

Nico se dispersó para ir a ayudar a sus hijas a ubicarse en el dormitorio en el que se quedarían. Hablaría con Wynter para que pusiera un seguro extra en ese edificio, porque esas dos seguro que causarían estragos.

Los ojos de mi esposa parpadearon en mi dirección y al instante se me llenó el pecho. Sí, gobernaba el Sindicato junto a mis primos. Sí, aún nos ocupábamos de la mierda ilegal. Y sí,

joder, mataba a cualquiera que intentaba amenazar a mi familia.

Pero al final del día, siempre volvía a casa con ellos. A una casa llena de niños, juguetes esparcidos por todas partes, y a mi esposa mientras intentaba cocinar. Era mejor patinando sobre hielo y dirigiendo la escuela, pero mi esposa no se rendía. Mi cocinera se aseguraba de ello.

Noelle se acercó a su madre, sonrió y levantó los brazos regordetes. Podía oír su débil demanda.

—*Aribaa.*

Antes de que mi esposa pudiera cargar a nuestra bebé, la abuela se la llevó.

—¿Dónde está mi niña? —Aisling la arrulló—. ¿Adivina lo que tengo?

La madre de Wynter encontró una cura para el envejecimiento. Aunque solo funcionaba en ella. Mi esposa juró que nunca había visto a su madre así. Brillaba de felicidad. Y mi tío la mimaba muchísimo. Aunque la mujer se lo merecía.

—¡*Omitas de oshos*! —Noelle chilló emocionada e instantáneamente abrió la boca.

Era su comida chatarra favorita. De la nada, Fallon y Grayson se encontraron al lado de su abuela. Pequeños bribones.

El aire salado del océano llegaba desde la costa. A pesar de que el escuadrón de chicas apestaba en su actividad delictiva, tenía que admitir que lo habían hecho bien con este proyecto. Encontraron la ubicación perfecta, la gran extensión de bosque que las ocultaba de la carretera más cercana de transeúntes entrometidos y las vistas del océano en el lado opuesto.

Las manos de mi esposa me rodearon la cintura por detrás y su tacto me produjo un pequeño escalofrío. Cada. Maldita. Vez.

A este paso, acabaríamos llenando la escuela con nuestros propios hijos.

—Hola, esposo. ¿Cómo va tu trabajo de padre en casa? ¿O te gusta más ser el *Capo*?

La acerqué a mi frente para perderme en sus ojos. Era mi paraíso personal.

—Bueno, me quedan otras diez horas. Solo conseguimos derramar un jugo y un puñado de galletas de animalitos dentro del coche. Este *Capo* estará siempre feliz de pasar un día con nuestros hijos. Y contigo, *Principessa*.

Su suave risita vibró contra mi pecho.

—Lo hiciste bien —murmuró—. Eres tan bueno en tu trabajo de padre como en el de *Capo*.

Había días en que era tan feliz que temía que todo fuera un sueño. Me despertaría y me daría cuenta de que seguía buscando al amor de mi vida, cazando a los rusos y a todos los demás villanos de esta tierra.

—Te amo —pronunció, y la satisfacción me recorría la sangre cada vez que me decía esas palabras. Nada me importaba más que ella y nuestra familia. Mis primos y las suyas venían de visita. La familia de nuestros sueños se hizo realidad.

Su labio inferior quedó entre sus dientes y una alerta se disparó instantáneamente a través de mí.

—¿Qué pasa?

—¿Por qué crees que pasa algo? —cuestionó.

—Porque te conozco.

—Cierto —afirmó—. ¿Cómo te sientes acerca de tener otro bebé?

Me quedé quieto, buscando en su cara cualquier señal de que estuviera bromeando. No había ninguna.

Le acuné la cara y le pasé el pulgar por la mejilla.

—¿Eres feliz? —asintió, separó los labios y se ruborizó—. Entonces soy feliz. Podemos tener tantos hijos como quieras. —Levanté una comisura de los labios—. Nada me hace más feliz que

hacerlos.

Se puso de puntillas y respiró contra mi boca.

—Soy tan feliz que a veces me asusta.

Me incliné para morderle el labio inferior.

—El único que puede asustarte soy yo, *Principessa*. A cualquier otro, lo mataré.

FIN

Agradecimientos

Quiero dar las gracias a mis amigas y a mi familia por su continuo apoyo. A mis lectoras alfa y beta: son todas increíbles. Gracias a **Susan C.H.** y **Beth H.**, que siempre me apoyan. Son increíbles y no sé cómo habría superado algunas de estas cosas sin ustedes.

A **Christine S., Denise R. y Jill H**.: ¡son lo máximo! Y a todos los demás: ¡GRACIAS!

Mis libros no serían lo que son sin cada uno de ustedes.

A mi editora, Rachel, de **MW Editing**. Tus preguntas mejoran mucho mis historias.

A mi diseñadora estrella de portadas, **Eve Graphics Designs, LLC**. ¿Dónde estaría sin ti?

A los *bloggers* y reseñadores que ayudaron a difundir este libro. Se los agradezco mucho, y saber que les gusta mi trabajo lo hace mucho más agradable.

Y por último, pero no por ello menos importante, **¡a todos mis lectores**! Esto no sería posible sin ustedes.

¡GRACIAS! ¡Gracias a todos! ¡No podría haber hecho nada de esto sin ustedes!

Eva Winners.

Conecta Conmigo

¿Quieres ser el primero en conocer las últimas novedades?
Visita www.evawinners.com y suscríbete a mi boletín.
SÍGUEME en las redes sociales.
Grupo FB: https://bit.ly/3gHEe0e
Página FB: https://bit.ly/30DzP8Q
Instagram: http://Instagram.com/evawinners
BookBub: https://www.bookbub.com/authors/eva-winners
Amazon: http://amazon.com/author/evawinners
Goodreads: http://goodreads.com/evawinners
Twitter: http://Twitter.com/@Evawinners
TikTok: https://vm.tiktok.com/ZMeETK7pq/